



Universitat Autònoma de Barcelona

**ADVERTIMENT.** L'accés als continguts d'aquesta tesi doctoral i la seva utilització ha de respectar els drets de la persona autora. Pot ser utilitzada per a consulta o estudi personal, així com en activitats o materials d'investigació i docència en els termes establerts a l'art. 32 del Text Refós de la Llei de Propietat Intel·lectual (RDL 1/1996). Per altres utilitzacions es requereix l'autorització prèvia i expressa de la persona autora. En qualsevol cas, en la utilització dels seus continguts caldrà indicar de forma clara el nom i cognoms de la persona autora i el títol de la tesi doctoral. No s'autoritza la seva reproducció o altres formes d'explotació efectuades amb finalitats de lucre ni la seva comunicació pública des d'un lloc aliè al servei TDX. Tampoc s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant als continguts de la tesi com als seus resums i índexs.

**ADVERTENCIA.** El acceso a los contenidos de esta tesis doctoral y su utilización debe respetar los derechos de la persona autora. Puede ser utilizada para consulta o estudio personal, así como en actividades o materiales de investigación y docencia en los términos establecidos en el art. 32 del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual (RDL 1/1996). Para otros usos se requiere la autorización previa y expresa de la persona autora. En cualquier caso, en la utilización de sus contenidos se deberá indicar de forma clara el nombre y apellidos de la persona autora y el título de la tesis doctoral. No se autoriza su reproducción u otras formas de explotación efectuadas con fines lucrativos ni su comunicación pública desde un sitio ajeno al servicio TDR. Tampoco se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al contenido de la tesis como a sus resúmenes e índices.

**WARNING.** The access to the contents of this doctoral thesis and its use must respect the rights of the author. It can be used for reference or private study, as well as research and learning activities or materials in the terms established by the 32nd article of the Spanish Consolidated Copyright Act (RDL 1/1996). Express and previous authorization of the author is required for any other uses. In any case, when using its content, full name of the author and title of the thesis must be clearly indicated. Reproduction or other forms of for profit use or public communication from outside TDX service is not allowed. Presentation of its content in a window or frame external to TDX (framing) is not authorized either. These rights affect both the content of the thesis and its abstracts and indexes.

# ***Culturas de Desmovilización***

***Conflictos, sociedad juvenil y la construcción cultural moderna  
del veterano de guerra durante la Guerra Fría (1965-1996)***

**Albert Soler Ruda**

Tesis dirigida por: Francisco José Veiga Rodríguez

Dept. Historia comparada política y social

2017-2020

**UAB**

Universitat Autònoma  
de Barcelona



*¿Que velas se aguantaran para acelerar a todos?  
No están en las manos de los chicos, sino en sus ojos  
Resplandecerán los destellos sagrados de las despedidas  
La palidez de las chicas será su manto  
Sus flores de ternura de mentes pacientes  
Y cada lento atardecer una lenta persiana hacia abajo*

(“Himno a los jóvenes malditos”, Wilfred Owen)

Con humildad y orgullo, querría ofrecer mis mas profundos agradecimientos por todo este trabajo de investigación, que tanto me apasionó y desveló durante seis años de mi vida académica y profesional, a las personas que han estado clave en su desarrollo.

Primero de todo, a Francisco Veiga, mi tutor y comandante en jefe durante tantos años, quien valoró mi entusiasmo y mi tarea investigadora cuando nadie mas se presentó dispuesto a ello.

Agradecer también a Misael Arturo López Zapico, quien supo ver interés y curiosidad en mi obsesión por Vietnam, la contracultura y mi tesis alrededor de los excombatientes, ofreciéndome apoyo y oportunidades para hacer visible mi trabajo. Junto a ello, mi enorme agradecimiento a la profesora Irina Feldman, quien me tendió su ayuda vital y desinteresada con traducciones e interpretaciones de textos y fuentes primarias rusas. Persona que además me calificó como “una persona de talento excepcional”, palabras que jamás podré agradecer con gesto alguno dentro del difícil contexto que supone la elaboración de una tesis doctoral de investigación.

Por último, agradecer a mi padre, allá donde esté, que jamás llegó a ver en lo que me convertí el “día de mañana”, por lo que espero que pueda sentir orgullo y amor por este trabajo, de la misma manera que yo lo siento por él desde su partida. Y a mi abuelo, quien con su vida de resistencia, determinación, amor y perseverancia, me hizo sentir el lado humano y real de la Historia, sin poder tampoco llegar a vislumbrar el resultado de tantas horas observándome estudiar







# Índice

<b><u>-Introducción</u></b>	4
<b>1 -La Generación de 'Nam</b>	20
1.1.- “El roble en la margarita”: Juventud y contracultura	21
1.2. - “Goodbye darling, hello Vietnam”: Vietnam y el impacto de las políticas de reclutamiento	28
1.3.-“ All along the watchtower”: Combate y experiencia estadounidense en Vietnam	37
1.4.-“The quiet mutiny”: Vietnam y contracultura	48
1.5.-“No Vietnamese ever call me a nigger”: Tropa, rebelión y derechos civiles. El impacto de Vietnam en la radicalización social y el auge de los nacionalismos étnicos	55
1.6.-“We gotta get out of this place!”:La música rock y la imagen del combatiente	66
1.7.-“It's just a shot away”:Vietnam, el combatiente y los medios de comunicación	75
1.8.-“Once I was a soldier”. El veterano de Vietnam como construcción cultural	78
1.9.- La guerra de un soldado: la guerra y la memoria del combatiente	84
1.10.-“The world”: retomando el testigo, asimilando pérdidas	89
1.11.- Bombas de relojería: El PTSD y el redescubrimiento del trauma	93
1.12.-Medalla de Honor: el veterano y la mitificación de la víctima	106
1.13.-Como escribir una historia de guerra: el revisionismo de los años 80	127
<b>2 -Afgantsy, los últimos veteranos soviéticos</b>	138
2.1.-“Generación Glasnost”: crisis juvenil y contracultura	138
2.2.- “¿Que fue de Vova Sidorov?”: Juventud soviética y servicio militar	143
2.3.- “Pokoleniye”: Experiencia bélica, percepción y trauma	148
2.4.-Tulipanes negros: Desmovilización y construcción de la subcultura <i>afgantsy</i>	155
2.5.-“El Síndrome afgano”: Trauma e identidad cultural <i>afgantsy</i>	162
2.6.-La “hermandad afgana”: construcción y configuración de la subcultura del veterano	184
2.7.-Soldados en la Nueva Rusia: Los <i>afgantsy</i> en la Rusia pos -soviético.	191
2.8.-Las facciones afganas: <i>los afgantsy</i> hacia la oposición política	193
2.9.-El Golpe de Agosto de 1991.	198
2.10.-Nuevos emprendedores: corrupción <i>afgantsy</i> , crimen y el negocio de la violencia	199
2.11.-Soldados internacionalistas: Nacionalismos, <i>afgantsy</i> y el nuevo imperialismo ruso	201
2.12.-“Chechenskiy blyuz”: De Kabul a Grozny, una nueva generación de veteranos	207
2.13.-Hermanos menores: Una nueva generación de veteranos.	218
2.14.-“Boevik”: la construcción cultural de los nuevos veteranos	228
2.15.-“La 9ª Compañía”: Los nuevos veteranos en la era Putin	246

<b>3 -<i>Los Chicos de la Guerra: Malvinas, la guerra de una generación</i></b> .....	258
3.1.- <i>Pibes, náufragos y guerrilleros</i> : La generación juvenil moderna en Argentina.....	258
3.2.-La reconstrucción autoritaria y la “ <i>colimba</i> ”: militarismo e impacto del servicio militar sobre la juventud argentina .....	265
3.3.- <i>Los Chicos de la Guerra</i> .....	272
3.4.-“ <i>Hambre y coraje</i> ”: movilización, características y desarrollo del conflicto en el Atlántico Sur.....	276
3.5.-“ <i>Galtieri, borracho...</i> ”: Desmovilización, impacto y reinserción de los ex combatientes de Malvinas.....	287
3.6.-“ <i>Malvinizados</i> ”: Juventud, trauma y contracultura. La constitución de los excombatientes de Malvinas como colectivo.....	296
3.7.-De la Desmalvinización a la reacción: politización del colectivo de excombatientes y veteranos de Malvinas.....	308
3.8.-La Transición democrática y la irrupción de Malvinas en la política argentina.....	309
3.9.-“¿Que pasó con las Malvinas?”: excombatientes y su organización política.....	314
3.10.- <i>Carapintadas</i> : Malvinas y la Rebelión de Pascua.....	324
3.11.-Remalvinizar: Revisionismo y representación del excombatiente en la sociedad argentina.....	334
3.12.-“ <i>Y no volvieron mas...</i> ”: Malvinas o como contar una guerra.....	341
<b>4.-<i>Conclusiones</i></b> .....	356
<b>5.-<i>Fuentes consultadas</i></b> .....	376
5.1.-Bibliografía.....	376
5.2.-Fuentes Documentales.....	389
5.3.-Fuentes audiovisuales.....	395

## Introducción

El impacto de los excombatientes en los conflictos bélicos modernos y la memoria individual y colectiva de la guerra ha estado presente a lo largo de la historia contemporánea. La modernización de las políticas militares, la industrialización de la guerra, la tecnificación de los campos de batalla y la movilización masiva de grandes contingentes de personas como tropa se hizo patente década tras década, remontándose a conflictos de mediados del siglo XIX como la Guerra de Crimea o la Guerra de Secesión estadounidense. Levas forzadas y servicio militar, ejércitos cada vez mayores, tácticas que evolucionan ante la capacidad mas mortífera y eficiente de las armas y la aparición del periodismo de guerra y los medios de comunicación de masas fueron apareciendo de manera progresiva, estructurando a las sociedades y empapando la memoria y la ideología popular.

La Gran Guerra y la culminación de la modernización bélica con la máxima industrialización de ésta, las millones de bajas y la movilización de sociedades enteras hacia campos de batalla y puestos de trabajo vinculados a la producción bélica, trajeron al frente una nueva concepción del veterano. Los excombatientes retornaron a sus hogares como héroes de guerra y víctimas por igual, y la patina de su experiencia en los campos de batalla y su memoria colectiva se hizo eco en las movilizaciones sociales y voces de la política. Por primera vez apareció públicamente el concepto de *shock* de combate, lo que mas tarde la psiquiatría teorizó como trauma, que empapó múltiples facetas de la sociedad occidental, desde la literatura con la Generación pérdida o los neoconservadores alemanes, hasta el arte, el cine y la socialización, incluso creando un mercado único de prótesis faciales, fármacos y artilugios para aquellos soldados marcados física y psicológicamente por la guerra. Marineros y soldados alemanes y rusos protagonizaron la oleada revolucionaria de los años 20, pero también cuerpos de élite como los *arditti* italiano o los *sturmtruppen* alemanes se unieron a los coros ultranacionalistas y formando las fuerzas de choque del creciente fascismo. Más tarde, otros veteranos de la Gran Guerra marcharían en las calles de Washington reclamando ayudas gubernamentales ante la crisis de la Gran Depresión, y en 1936 miles de excombatientes de Europa y Norteamérica se presentarían voluntarios en la lucha contra el fascismo en las calles de Madrid tras el estallido de la Guerra Civil española.

Aun así, la concepción y memoria hacia los veteranos de Guerra no parece consolidarse como una cultura en sí misma, con unos símbolos, discursos o dinámicas que los definan como un colectivo genérico con unas necesidades, unas contradicciones y un pensamiento característico. Así tampoco sucedió con la Segunda Guerra Mundial. Como ocurrió en la Gran Guerra, la Gran

Depresión y el reclutamiento masivo que trajo la Segunda Guerra Mundial fueron percibidos por gran parte de la población joven occidental como una represión y muerte de su juventud. Millones de veteranos asimilaban sus experiencias como un estancamiento generacional, y a pesar de mostrar conciencias ideológicas, consumir productos culturales o poseer símbolos representativos asociados a su servicio en combate como las melodías de jazz y pop o los cómics de acción, estos no se identificaron jamás como parte de las subculturas juveniles u otros aspectos culturales que sus compañeros de generación vivían en casa. De hecho, la mayoría de productos consumidos por la tropa eran símbolos del agotamiento, el cinismo y la representación de la muerte de la juventud. Canciones como la exitosa “*We will meet again*” de Vera Lynn y “*Lili Marleen*” de Marlene Dietrich, o las viñetas satíricas de *Up Front!* dibujadas por el Sgt. Bill Mauldin representaban ese agotamiento psicológico y añoranza por la libertad desenfadada juvenil que la disciplina militar y los peligros del frente les habían retirado. Mientras una Europa desolada y marcada por el genocidio del holocausto y los movimientos masivos de población desplazada padecía la posguerra, los soldados aliados eran encumbrados como la mejor generación de la historia, victoriosa contra el fascismo, representante de los ideales democráticos y con una reinserción facilitada por efusivas acogidas y novedosas leyes como la *GI Bill* estadounidense que garantizaba pensiones, domicilios y acceso a los estudios, permitiendo la aparición de una nueva clase media.

La reinserción no fue fácil para algunos, afectados de nuevo por el shock de combate y las heridas traídas de Europa y el Pacífico. Sin embargo la victoria y una imagen positiva del combatiente dejó su huella en la cultura popular, en especial a través del cine con la aparición de los grandes héroes bélicos de la pantalla en los años 50. Pero es difícil poder observar la conformación de un concepto de excombatiente como una subcultura, pues sus experiencias habían quedado lejanas en los diferentes frentes de batalla, sus recuerdos y memorias no tenían sentido en una nueva sociedad de posguerra. De nuevo aparecieron autores, novelistas y artistas que plasmaron el impacto de su servicio en obras como *Los desnudos y los muertos* de Henry Miller o *Johnny cogió su fusil* de Dalton Trumbo. Aquellas expresiones y constructos que pretendían reflejar al combatiente quedaban limitados a una minoría culta que había gozado de los privilegios de la educación. Para la mayoría de combatientes que venían de los contextos de pobreza, el alistamiento voluntario supuso salir de las miserias de la Gran Depresión, y sus experiencias y necesidades personales quedaron de nuevo ocultas bajo una gran victoria, mas representativa de un estado que de sus combatientes. Lo mismo se puede decir de los excombatientes soviéticos del Ejército Rojo, para los cuales su conquista del Reichstag berlinés perteneció exclusivamente a Stalin y la Gran Madre Patria. A pesar de gozar de ciertos beneficios del estado soviético, los veteranos soviéticos acabarían por tener una difícil vuelta a casa y adaptación del modelo soviético de ciudadano

trabajador y fiel adepto al Partido

Hizo falta una nueva generación de reclutas, los hijos de aquellos que vivieron el Crack de 1929 y la Guerra Mundial, para ver nacer la creación de un germen cultural juvenil ligado a un frente bélico. Los soldados que se vieron involucrados en conflictos en territorios periféricos durante el teatro de la Guerra Fría terminarían por configurar una imagen cultural y política del combatiente y veterano de guerra muy distinta, pero más penetrante dentro de la sociedad y con una repercusión que perduró hasta la actualidad. Aquellos millones de chicos nacidos de la explosión de natalidad de posguerra, el conocido popularmente como *Baby Boom* que trajo un índice de natalidad nunca visto hasta el momento, serían los que consolidaron una cultura propia del combatiente en un contexto muy distinto al que se observó en las dos guerras mundiales. A semeja más que curioso que sea en estos contextos bélicos, cuyo impacto, localización geográfica, marcos políticos y distintos esquemas de movilización los diferenciaba notablemente de los teatros bélicos anteriores, donde se construía una cultura del veterano de guerra. Y más aun que aquellos que fueron reclutados no fueran considerados “hombres” como tal. Mientras en anteriores conflictos del siglo XX la media de edad del soldado rondaba entre los 24 y los 30 años, estas guerras modernas de la Guerra Fría movilizaban a reclutas con una media de edad de 18 años, en un período donde la edad adulta legal se fijó a los 21. El servicio militar obligatorio, instaurado de forma definitiva en muchos estados tras la Segunda Guerra Mundial, no solo movilizó a chicos recién salidos del instituto, también los paralizaba de rituales considerados de paso psicológico a la madurez como la entrada al mercado laboral o la oportunidad de seguir cursando estudios superiores, sustituyendo esos procesos por el ideal de militarización como paso a la masculinidad adulta. Junto a esto, cabe añadir que la generación del *Baby Boom*, tanto en Europa como América, sería la primera en ser asimilada en términos de juventud, tanto a nivel político, pedagógico y familiar como a nivel de autoconcepción generacional de sí misma. La industrialización y la distinción de la mano de obra infantil había traído proyectos educativos y mercados de consumo y ocio para infantes, de la misma manera que se fomentaron proyectos de adoctrinamiento y construcción hacia la madurez mediante grupos escultistas o juventudes políticas. Ya fueran *boyscouts* estadounidenses, juventudes hitlerianas alemanas o clubes de juventudes peronistas argentinos, dichos proyectos proponían la construcción del niño en adulto mediante la inculcación de valores y prácticas asociadas a una madurez militarizada y politizada. No fue hasta la década de los 50, con la consolidación de la familia nuclear, el aumento de la escolarización, la evolución en la pedagogía y la explosión de un mercado de consumo exclusivo para jóvenes, que apareció el concepto de adolescencia. Adolescentes de diversas partes del globo tomaron consciencia de sí mismos, de sus intereses y de las contradicciones que rodeaban sus entornos, independientemente si provenían de contextos de clase

trabajadora o media, elaborando así poco a poco respuestas culturas y elementos de representación que respondían a dichas necesidades. La moda, la música rock, nuevos comportamientos sociales, ocupación de espacios públicos, nuevas maneras de expresar la sexualidad y distintos modos de protesta donde el factor psicológico va antes que lo social. Todo este conjunto de factores, desde lo generacional hasta los militares, pasando por todo el trasfondo cultural y político ligado a estos colectivos juveniles, serán los pilares que construyen un marco específico que a lo largo de este trabajo de investigación se decidió bautizar como cultura de desmovilización.

Cuando proponemos hablar de cultura de desmovilización como un nuevo concepto hablamos de un marco de análisis historiográfico vinculado a la generación juvenil de posguerra Mundial y la aparición de conflictos modernos que derivan hacia las guerras de nueva generación, en un espacio de pleno protagonismo de esta generación juvenil y su cultura propia, en contraposición a las culturas estructurales y los valores tradicionales. La definición del concepto de cultura se asemeja compleja y ambigua, sin embargo en este caso se debe remarcar la diferencia entre cultura, contracultura y subcultura. Una cultura representa una serie de concepciones, orden, símbolos, tradiciones y comportamientos hegemónicos y estructuralmente aprobados, normalizados y consentidos de manera activa o pasiva por un sistema o un colectivo mayoritario, que repercute en la vida cotidiana de una sociedad y en sus instituciones. En este caso, la cultura hegemónica aprobada por estados de posguerra, a grandes trazos, se construyeron en torno a la familia nuclear, el conservadurismo, la tecnocracia de estado y el establecimiento de patrones de consumo, vinculados al modelo de ciudadano que se propone de manera institucional.

En cambio cuando hablamos de contracultura nos referimos a la aparición de una serie de nuevos símbolos, rituales, dinámicas y comportamientos que se salen o contraponen a la norma estructural aprobada, que responden a una dicotomía de orden consensuado por la política y la familia, frente a un sector juvenil que se enfrenta a estos mediante representaciones de autodeterminación. Aunque fuera a inicios del siglo XX cuando el autor Stanley Hall se refiriera por primera vez al espacio entre niñez y adultez como adolescencia, no lo hizo en un sentido de definición psicológica y cultural, sino mas bien a la necesidad de formar a los jóvenes en beneficio del trabajo industrial con la idea de crear una educación segregada y fomentar un mercado de consumo. Aun hicieron falta décadas y la experiencia de vacíos de autoridad como los años de movilización bélica de los 40 para poner el foco en las experiencias que los propios colectivos de jóvenes estaban desarrollando en relación a su situación y percepción de sí mismos<sup>1</sup>. La primera formulación de contracultura la realizó el historiador estadounidense Theodore Roszak en 1968 en su obra *El nacimiento de una contracultura*, mediante la cual definió unos nuevos patrones

---

1 SAVAGE, J.: *Teenage. La invención de la juventud 1875-1945* (2018); p.487

socioculturales y simbólicos asociados a los a los mas de 25 millones de adolescentes nacidos del *Baby Boom* en Estados Unidos. Roszak relacionó la aparición de la contracultura a la explosión demográfica y la autodeterminación de ésta como colectivo diferenciado de las generaciones anteriores, no solo en términos generacionales sino a nivel ideológico, psicológico y social. Roszak habla de una contracultura que nace en oposición al acomodamiento, el núcleo familiar, el conservadurismo, los patrones de consumo y la tecnocracia política. Pero Roszak la asocia exclusivamente a los jóvenes de clase acomodada, al movimiento estudiantil bajo las influencias de las ideas de alienación individual y psicológica de Marcuse y Norman Brown, y a un pseudomisticismo ligado al consumo de drogas, la psicodelia y las ideas de Timothy Leary; dándole una connotación negativa y pesimista, donde esa contracultura no busca un cambio real en la psique y estructura social, sino tan solo aplacar el contraste generacional con nuevos patrones de consumo que respondan a sus necesidades. No se puede rechazar la teoría de Roszak por completo, sin embargo tal teoría en la actualidad ofrece una lectura arcaica y muy limitada, pues hablando de los millones de adolescentes y jóvenes estadounidenses, tan solo se centra en el colectivo universitario y de clase media. Por su puesto, también está cerrada en el ámbito geográfico nacional, teniendo en cuenta que la explosión de natalidad se produjo a nivel mundial, y jóvenes de múltiples partes del globo, desde Gran Bretaña a Brasil, Argentina, Francia, México o la Unión Soviética también gozaron de una concepción como colectivo y desarrollaron una contracultura de gran calado y trascendencia nacional. Un incremento de población juvenil no solo asociada a la búsqueda de estabilidad y crecimiento de núcleos familiares tras la Segunda Guerra Mundial, y que por supuesto también trajo consigo una contracultura propia en oposición a la cultura aprobada y asumida por el entramado social y político.

En la misma tónica, Roszak no daba importancia al factor ideológico y al entramado social dentro de la conjunción de elementos en la conformación de a contracultura juvenil, pues se centró en la dicotomía de la cultura conservadora reinante frente a la contracultura. Mientras, otros sociólogos como Stuart Hall habían definido las culturas como mapas de significado, en el sentido de un conjunto de elementos y relaciones que poseen una ideología que acaba por ser naturalizada, y responden a la complejidad de la propia sociedad, y que por tanto, acaban por reproducir distintas percepciones de una misma cultura o generando variantes en relación a los términos de clase o intereses de grupo.

A partir de aquí es cuando podemos hablar de las subculturas. Autores como Dick Hebdidge definieron las subculturas como la expresión de objeciones o contradicciones por parte de sectores de población joven contra la cultura estructural a nivel superficial en forma de signos, símbolos o rituales de expresión, que también desarrollan patrones de consumo y se extienden a lo largo de la

vida cotidiana. Hebdidge además señala que dichas subculturas, con sus rituales y signos con significados secretos para el resto de colectivos ajenos, no solo expresan una contradicción frente a su realidad contextual, sino que al salir del esquema de la cultura mayoritariamente aprobada representan una forma de resistencia. Por tanto contienen una ideología opuesta a los proyectos de normalización y consenso político adoptados por muchos gobiernos en la segunda mitad del siglo XX, representando una “violación simbólica del orden social”<sup>2</sup>.

Aunque sigue asemejando difícil la descripción de contracultura y subcultura, la definición que Hebdidge y otros sociólogos realizaron a partir de los 90 ofrecía una visión mas clara y profunda de los términos con los que podemos situar el conjunto de expresiones y rituales de un colectivo social juvenil, y por supuesto entender su origen y sus motivaciones mas allá del factor generacional. Tras esto, resulta mas fácil explicar lo que es el marco de la cultura de la desmovilización dentro de la esfera contracultural general y poner analizar sus orígenes y patrones que la definen y le dan la categoría de subcultura.

Lo que se propone en este trabajo de investigación es dar cuerpo y nombre a esa subcultura, creada y representada por reclutas y excombatientes que lucharon en conflictos modernos a lo largo de la Guerra Fría, que procedían del contexto de la explosión demográfica de posguerra y una esfera cultura propia que les dotó de consciencia colectiva y rituales de identificación y resistencia. La propuesta de teorizar el concepto de culturas de desmovilización supone una novedad dentro del campo historiográfico, pues aunque se han hechos múltiples y diversas monografías sobre los conflictos y numerosos estudios en psicología y sociología sobre el trauma o las subculturas juveniles, que se trataran en esta investigación, no se ha investigado las reacciones y representaciones de sus colectivos de excombatientes como una cultura en sí, y muchos menos intentando conectarlas en un marco de análisis general con distintos contextos sociales, políticos, económicos y geográficos. Por tanto, la hipótesis que se plantea es analizar como el impacto de la movilización mediante la leva obligatoria sobre las masas de jóvenes de la Guerra Fría tornaron la experiencia del servicio militar y el combate en una contradicción mas de sus contextos domésticos. La desigualdad social y étnica de la leva, las desvinculación con los motivos del conflicto en pos de la contracultura juvenil o causas sociales y la exposición al combate siguiendo las pautas de la tecnocracia militar y la guerra moderna en términos que no se correspondían con el uso arcaico de la estrategia militar hacia una guerra pasiva, generaron unas consecuencias físicas y psicológicas que condujeron a la asimilación de la tropa como colectivo, desarrollando sus propios símbolos y rituales de resistencia activa y pasiva.

Por otra lado, no solo seria el factor juvenil y las guerras modernas impopulares y de carácter

---

2 HEBDIDGE, Dick: *Subcultura. El significado del estilo* (2004); p.34

pasivo, definidas por la historiadora británica Joanna Bourke como aquellas donde los frentes y los combates entre contendientes son sustituidos por posiciones indefinidas, incapacidad de determinar los enfrentamientos y un alto porcentaje de bajas por la capacidad de fuego moderno sin mostrar la cara de un enemigo físico, las que llevarían a cabo la construcción de esta subcultura. Es clave la gran influencia que tuvo la contracultura de sus respectivos contextos, ligadas a la música, expresiones culturales y movilización sociopolítica. A pesar de ser contraculturas que se opusieran, respaldaran o ignoraran el conflicto, no dejaba de significar que los combatientes pertenecientes a esa generación se impermeabilizaran de ella o la rechazaran. Elementos de la contracultura juvenil servirían de ejemplo para la construcción de la subcultura de la desmovilización, especialmente en lo que rituales de resistencia y movilización representa. Por otra parte, hay otro factor determinante en la construcción de la cultura de la desmovilización: el trauma.

El trauma o la definición de sus síntomas mediante las siglas PTSD o *Post Traumatic Stress Disorder* (síndrome de estrés postraumático) es un término íntimamente ligado a Vietnam y sus veteranos. Lo que en la Gran Guerra era sinónimo de cobardía, después *shock* de combate y posteriormente fatiga de combate durante la Segunda Guerra Mundial, alcanzó un nuevo estatus tras la guerra de Vietnam y las altas tasas de soldados que tras un año de servicio, desarrollaron numerosas y marcadas dolencias asociadas a la exposición al combate. Desde estrés crónico, depresión, desorientación, insomnio, alucinaciones, *flashbacks* o asociaciones fortuitas a recuerdos del combate hasta reacciones como agresividad, violencia doméstica, incapacidad de adaptarse al trabajo, socializar o caer en patrones de conducta nociva como el alcoholismo, drogadicción o sobre masculinidad tóxica. Fueron los psicólogos Chaim Shatam y Robert Lifton quienes trabajando con colectivos de veteranos observaron los patrones comunes, dados también en víctimas de accidentes, pérdidas de seres queridos, violencia o abusos y supervivientes de experiencias extremas como el Holocausto o las bomba atómicas de Hiroshima y Nagasaki. Pronto esa nueva definición en los campos de la psicología, psiquiatría y la medicina se extendería alrededor del mundo y los combatientes de otros conflictos modernos se convirtieron en los mayores representantes de los pacientes con estrés postraumático. Esa serie de síntomas, causados por la sobreexposición a periodo de estrés de combate o sucesos de gran impacto psicológico, que se conocería a partir de entonces como trauma constituyen una de los pilares principales para definir la propuesta de la cultura de la desmovilización. Como cada subcultura, la de los veteranos desmovilizados incluía contradicciones respecto a la sociedad estructural y generalizada que representaban un conflicto con la norma establecida. En este caso el trauma, tanto sus síntomas como las necesidades para reconocerlo, asimilarlo y tratarlo dentro de esa sociedad, constituían esa contradicción. Mientras en contextos de guerra mundial el trauma podía haber sido extendido a gran parte de la sociedad, ya

estuviera en el frente o afectada por los daños colaterales, las guerras modernas camino de las guerras de nueva generación en frentes aislados en el globo y planteados en términos de contrainsurgencia, presentaron un trauma mas pronunciado, visible y con unas características propias irreconciliables con el resto de la sociedad. Eso no solo incidía en el desenlace de las desmovilizaciones y reinserciones fallidas, sino también a crear una barrera mas alta entre el discurso de la memoria colectiva y la memoria social de la guerra.

Es necesario incidir que para definir y analizar las culturas de desmovilización como subcultura debemos tratar y tener presente los conceptos de memoria y discurso. A diferencia de otras subculturas de la contracultura moderna, las de desmovilización nacen en un contexto donde se combina contracultura juvenil con un proceso concreto como es el servicio militar y el despliegue en zonas de combate. Estos conflictos de Guerra Fría y sus resultados no solo generaron una memoria propia entre los veteranos a nivel individual y colectivo. Su impacto y las consecuencias políticas y sociales que arrastraron el desenlace de tales conflictos llevaron a la creación de una memoria social y un discurso político paralelo, que en muchos casos diferían de la memoria colectiva de sus combatientes. En otros casos ignoraron tal memoria o la demonizaron, llevando a que por parte de sectores de veteranos se generaran procesos de disonancia cognitiva y revisionismo. Por tanto se trabajará en base a los conceptos de memoria individual y colectiva, que como definió la antropóloga argentina Rosana Guber, se entiende como el recuerdo que veteranos a nivel personal y como grupo tienen sobre su experiencia y su reinserción, una percepción que no es inmutable a lo largo de sus vidas, puede no acotarse a los hechos en sí y que puede variar según los contextos o procesos por los que pasen los excombatientes. A su vez, éstas difieren de los conceptos de memoria social y política sobre el veterano y los conflictos, consistentes en los constructos ideológicos y culturales que la sociedad cotidiana edificó alrededor del excombatiente y el discurso institucional que desde las estructuras de poder se hizo de la guerra, y por ende de sus combatientes. Del mismo modo, aunque la memoria colectiva contraste en la mayoría de los casos con la memoria social y política, éstas dos últimas tampoco constituyeron estructuras firmes a lo largo de los años, moldeándose según intereses o circunstancias y siendo sometidas a políticas de revisionismo histórico que cambiaron la lectura del conflicto y el papel de sus protagonistas

Para poder determinar como se produce la construcción de este marco cultural, es necesario tomar unos sujetos de análisis, guerras y sociedades donde se cumplan los requisitos de un destacado colectivo juvenil, presencia contracultural y el desarrollo de un conflicto moderno de carácter pasivo e impopular como los descritos anteriormente. Por supuesto, el primero y más representativo de estos es la intervención estadounidense en la Guerra de Vietnam entre 1964 y 1973, que podríamos fijar como la que da origen a la cultura de desmovilización, a través de un

conflicto impopular que implicó a más de millón y medio de soldados bajo leva obligatoria en una guerra de contrainsurgencia que se cobró cerca de 54.000 víctimas solo en el lado estadounidense, y que se convirtió en centro catalizador de los malestares sociales, los movimientos de protesta y la contracultura. Pero junto a éste ejemplo, tenemos otros posteriores como la invasión de las Islas Malvinas en abril de 1982 y la intervención soviética en Afganistán entre 1979 y 1989. Dos países completamente diferentes, con modelos de gobierno y sociedades distintas, pero que a su vez desarrollaron una cultura contestataria juvenil propia a raíz de un auge de la natalidad, unas condiciones socioeconómicas concretas y que fueron movilizados mediante leva obligatoria a guerras en áreas remotas que pronto se tornaron impopulares ejes de donde brotaría una cultura de la desmovilización de combatientes bajo sus propios términos. De ese modo, con tres sujetos tan distintos pero queriendo crear un marco de análisis que los interrelacione, lo más propicio es realizar una investigación profunda de los tres casos de manera paralela, en lugar de comparativa, teniendo en cuenta que pueden producirse conexiones entre los tres teatros de manera directa, influencias o fenómenos de absorción en lo que a impacto del trauma, movilización o acciones políticas de revisionismo se refiere. No se puede obviar que, siendo la intervención estadounidense el primer caso en la línea temporal y de más duración, además del que más influencia tuvo a nivel mundial en lo que a protesta y producción cultural de consumo se refiere, la imagen del veterano de Vietnam y algunos aspectos de su cultura repercutieran de manera directa o indirecta en las otras culturas de desmovilización, como se verá por ejemplo en la definición y tratamiento del trauma y su absorción dentro de la memoria social, política y colectiva de la guerra. Sin embargo, el trabajo de investigación en cada uno de los teatros bélicos, contextos sociopolíticos y colectivos de veteranos muestran que, aun producirse dinámicas similares, sus resultados son totalmente distintos dependiendo de los espacios que ocupan y el papel que acaban por determinar en la sociedad civil según sus respectivos marcos.

Siendo la idea de la cultura de la desmovilización y sus características como posibilidad de marco de análisis historiográfico para este periodo de la historia actual la hipótesis central, no ha sido fácil tomar un punto de partida. Historiadores, sociólogos y antropólogos han abarcado desde hace medio siglo la temática de los veteranos de guerra, del mismo modo que la psiquiatría y la psicología tomaron en consideración a los excombatientes en sus respectivos campos desde mediados de la década de los años 70. Sin embargo, la aproximación a la figura del veterano de guerra, ya fuera a nivel historiográfico, de otras ciencias sociales o la medicina, ha sido siempre desde una perspectiva limitada. Mientras autores como la historiadora Marilyn Young o Nick Turse han trabajado las vertientes políticas de la Guerra de Vietnam, otros como Christian G. Appy desarrollaron importantes trabajos para contextualizar a nivel de clase la experiencia del

combatiente en guerras como Vietnam, destacando importantes aspectos poco visibles como la desigualdad de clase en el reclutamiento y la existencia de distintas experiencias durante el servicio y reinserción según el contexto en que se desarrollaron sus pasos por el teatro bélico. A su vez, otros autores como Mosser o Cortright se centraron en resaltar, también desde una perspectiva de clase y étnica los movimientos de resistencia activa y pasiva de reclutas, soldados y veteranos a lo largo del conflicto. Importantes han sido las investigaciones que historiadores, algunos de ellos veteranos de guerra, realizaron en relación a los aspectos étnicoculturales del servicio en Vietnam. Trabajos como los de Holm que destacan el impacto del reclutamiento y la guerra dentro de la comunidad nativoamericana, hasta entonces ignorado dentro de las ciencias sociales, o los de las historiadoras Lorena Oropeza y Lea Ybarra en relación a los veteranos de la comunidad chicana y la influencia que Vietnam tuvo en el movimiento de derechos civiles mexicano en Estados Unidos, contribuyeron con aportaciones novedosas. Perspectivas nuevas y fascinantes sobre la percepción de la guerra dentro de dichas comunidades, el papel de las minorías como carne de cañón dentro de servicio militar estadounidense y las características propias de la desmovilización y memoria colectiva en veteranos pertenecientes a otros sectores étnicos.

De manera similar, autores como la antropóloga argentina Rosana Guber o historiadores como Federico Lorenz o Daniel Chao hicieron grandes aportes al visibilizar la historia y desarrollo de la figura del excombatiente malvinense a partir de la década de 1990 y 2010. Dichos autores no solo contribuyeron con estudios sobre los procesos de reclutamiento y las experiencias en las Islas Malvinas, sino que aportaron grandes resultados sobre la reinserción, la movilización política de los diversos colectivos de excombatientes durante el periodo de la Transición democrática y la influencia que Malvinas y el revisionismo histórico tuvo en la vida política argentina hasta la actualidad.

Por el lado que afecta a los veteranos soviéticos, las aportaciones son aun más limitadas y la mayoría de los trabajos existentes han sido abordados por autores anglosajones. Braithwaite y su conocido libro *Afgantsy* constituye una de las primeras obras populares en abarcar la temática de los veteranos soviéticos de la guerra afgano-soviética, aunque en ello sigue primando una perspectiva política y militar. Destaca mas aun la obra anterior de Mark Galleoti, historiador que ahondó en los aspectos sociales del reclutamiento, servicio y reinserción de los combatientes soviéticos, al igual que el impacto que la guerra afgana tuvo en la política y la sociedad soviética y los primeros años del colapso dela URSS. Desde la sociología, Hellen Jones entre otros realizaron grandes aportaciones con análisis sociológicos del sistema de conscripción del Ejército Rojo y sus problemas ligados a su estructura, falta de disciplina y fenómenos de crisis interna como la *dedovschina* o abusos estructurados y el alcoholismo. En la actualidad, también han aparecido

novedades en lo que a desmovilización y su influencia en términos de nacionalismo se refiere, como los artículos de Markus Goränsson en relación al papel de los colectivos *afgantsy* en la independencia y guerra civil en Tayikistán. No obstante, aunque la historiografía rusa se ha centrado en el conflicto afgano-soviético o en otras intervenciones militares cuya resonancia establecía una conexión directa con éste, como la primera guerra chechena, desde una perspectiva militarista y en muchos casos patriótica, existen libros y artículos de gran interés que ahondan en aspectos ignorados. Ejemplo de ello son las aportaciones que Natalia Danilova realizó sobre las políticas de beneficios y reinserción para veteranos soviéticos o el papel de Afganistán en el revisionismo de la memoria política y social del conflicto a través del monumentalismo a partir del gobierno de Yeltsin.

Partiendo que a lo largo de éste trabajo analizaremos al colectivo de veteranos de guerra modernos como una construcción subcultural de finales de la Guerra Fría, y no existiendo obras previas que traten la cultura de la desmovilización como tal, ha sido necesario el revisado de importantes trabajos en los ámbitos de la historia cultural, contracultural y la historia social ligada al ámbito juvenil de la segunda mitad del siglo XX. Yendo mas allá del libro de Roszak, cuya perspectiva ya se ha visto limitada, parece mucho mas apropiado y de utilidad abordar nuevas lecturas que analicen las dinámicas sociales y culturales de los colectivos juveniles desde una óptica horizontal, teniendo en cuenta las barreras de clase y étnicas. *Subculturas* de Hebdidge realiza un breve trabajo pero de gran interés, mediante el cual introducir los conceptos de conformación de subculturas juveniles, la creación de simbologías y los factores contextuales, mas allá de los generacionales, a la hora de explicar las contradicciones de la configuración de éstas. Del mismo modo, el trabajo más reciente y extenso de Savage, dedicado al estudio de la construcción de la idea de adolescencia desde finales del siglo XIX hasta la posguerra de la Segunda Guerra Mundial, tiende unas importantes bases a la hora de entender los patrones y antecedentes previos que llevarían al nacimiento de las contraculturas durante la llegada a la madurez de la explosión generacional de posguerra. Savage además introdujo elementos clave en su análisis como el escultismo juvenil y el servicio militar, esenciales para entender la construcción de la cultura de desmovilización que proponemos a continuación. A su vez Savage resalta factores diferenciales dentro de las propuestas subculturales en relación a la clase social o conceptos como el aislamiento cultural entre colectivos juveniles, yendo mas allá de la simple contradicción entre sociedad estructural consensuada adulta y las necesidades juveniles leídas en clave de rebeldía. Esa idea del aislamiento se hace muy interesante, ya que Savage la aborda en referencia a los jóvenes excombatientes desmovilizados de la Primera y Segunda Guerra Mundial, los cuales sintieron frustración y desapego hacia sus congéneres generacionales al haberles sido arrebatado dichas

experiencias y fenómenos nuevos que sucederían durante los años de movilización bélica, como la mayor libertad, acceso al mundo laboral, menor represión familiar y estatal y la sustitución paralela de instituciones como la familia o el instituto por dinámicas subculturales, bandas o una sexualidad más liberada<sup>3</sup>. Fenómenos como estos llevaron a puntos de crisis y violencia, como los conocidos motines de Los Ángeles en 1946 entre marinos recién retornados del frente del Pacífico y miembros de la subcultura pachuca chicana. Unos sucesos que no solo representaron un enfrentamiento que muchas veces se ha analizado desde una óptica racial, sino que también reflejan un conflicto entre la disciplina férrea, el aislacionismo, el estrés y la transgresión del periodo de desarrollo psicológico juvenil que significó el servicio militar frente a la liberación, el consumo, la rebeldía y la ostentación que representó la cultura pachuca con sus trajes holgados de vistosos colores, su jazz desenfadado, una sexualidad liberada y el consumo de drogas. Esta propuesta se muestra más que interesante a la hora de entender las respuestas de los colectivos de veteranos en el marco de la cultura de la desmovilización moderna. Podremos observar respuestas similares por parte de combatientes y veteranos hacia representaciones contraculturales de sus respectivos ámbitos, pero a su vez, la comercialización masiva y la politización de dichas contraculturas, fenómenos que anteriormente no habían tenido lugar, llevaron a que combatientes adopten elementos, símbolos y patrones de éstas, elaborando desde respuestas de resistencia a imágenes de autodefinición.

Por supuesto, los trabajos de Hebdidge y Savage se centran en el mundo anglosajón occidental. Por lo tanto era necesario sumergirse en las esferas juveniles que abarcaban el mundo soviético y la Argentina de la década de los 70 y 80. Obras como la de la historiadora Valeria Manzano sobre la juventud argentina y la proyección que tuvo en la política han sido de gran utilidad, al igual que la de Thomas Cushman, James Riordan y Donald Raleigh. Cushman desde la sociología y Riordan y Raleigh desde la historiografía aportaron trabajos clave tanto en lo que a conformación de subculturas juveniles en el bloque soviético se refiere como a la evolución y características propias de conformación de la identidad juvenil en la URSS. Cabe añadir obras más concretas como las aportaciones de Artemy Troitsky, periodista ruso especializado en el ámbito musical *underground* soviético, que ofrecen un repaso cuidadoso e íntimo de los factores sociales de la subcultura soviética como de la influencia de grandes iconos y movimientos en la sociedad rusa.

El desarrollo de todo esta investigación se sustenta en una importante y escogida bibliografía, desde la historiografía hasta la psicología. Sin embargo, el peso que sustenta el trabajo de propuesta y defensa del concepto de cultura de desmovilización recae en el análisis de diversas fuentes primarias, principalmente prensa clandestina o *underground*; a la vez que panfletos, manifiestos y

---

3 SAVAGE, J.: *Teenage. La invención de la juventud 1875-1945* (2018); p.221

publicaciones de distinta índole realizada o relacionada con los respectivos colectivos de veteranos de guerra. Desde números de la conocida como *GI. Press*, la prensa clandestina del movimiento de resistencia de tropas y veteranos contra la guerra de Vietnam, a números de revistas de organizaciones de veteranos *afgantsy*, pasando por una gran variedad de publicaciones, revistas y diarios de la contracultura nacional argentina donde Malvinas y sus excombatientes aparecen con un papel estratégico fundamental. Destaca también el uso que se ha realizado para esta investigación de publicaciones hasta la fecha nunca empleadas, como los cancioneros o poemarios *afgantsy*, pequeños libretos, ahora difíciles de conseguir, donde se recogen canciones y testimonios contemporáneos de veteranos soviéticos, cuya publicación, hecha con el afán de recaudar dinero para causas sociales, incluye discursos sobre su memoria colectiva y su percepción como subcultura dentro de la sociedad.

Junto a esto también se ha trabajado con múltiples documentos oficiales de las FF.AA., a excepción de las del Ejército Rojo que en la actualidad continúan como documentos clasificados. Informes como las actas de la secretaria de veteranos estadounidenses o la comisión de búsqueda de prisioneros de guerra y desaparecidos en combate, cuyo agencia de presión en el Congreso sigue vigente en la actualidad, o documentos como el Informe oficial del Ejército argentino o el Informe Rattenbach, donde se analizan los factores del combate, impacto sobre la tropa y sus consecuencias. Documentos que no solo ofrecen aspectos técnicos de la experiencia de la tropa en el conflicto y su posterior desmovilización, sino que también sirven como fuentes de contraste frente el resto de fuentes primarias producidas por y para excombatientes. En este sector, podemos incluir otro tipo de fuentes primarias de prensa producida por gobiernos o por las FF.AA., diarios como *La Gaceta Malvinense*, editado en Malvinas por el propio Ejército en los meses de ocupación de las Islas, o la revista *Boevoe Bratsvo*, publicación originaria de un colectivo de veteranos de Afganistán y Chechenia pero cuya posterior vinculación con el gobierno de Vladimir Putin se hizo visible con el paso de los años.

Otra fuente clave ha consistido en la gran cantidad de memorias, relatos, poemas y novelas escritas por veteranos. Detrás de la popularidad de obras como las novelas de Tim O'Brien, Vladimir Rybakov, Oleg Pavlov o Edgardo Esteban, existen una ingente cantidad de relatos y obras publicadas de manera contemporánea a los años inmediatos que siguieron a la desmovilización. Su estudio y análisis, la búsqueda de sus tópicos comunes y la lectura de su memoria individual de la guerra y su concepción como veterano hacen de estos relatos fuentes que nos trasladan a un momento concreto, a una percepción de esa experiencia específica que en muchos casos difiere del discurso que se tiene de los veteranos en la actualidad. Dicho elemento hace más interesante estudiar dichas obras cercanas al conflicto que no insistir en ir tras testimonios actuales, ya que la

memoria individual y colectiva, como la política y los contextos sociales, no son inmutables y evolucionan de diversos modos según las circunstancias.

Para concluir, la lectura de fuentes bibliográficas y el profundo análisis de las fuentes primarias citadas ha permitido la elaboración de la investigación que da lugar a este trabajo. Con tal de seguir la idea de ofrecer una investigación paralela mas que comparativa, el trabajo se ha estructurado en tres claros apartados. Cada uno de éstos representado por uno de los colectivos o casos de análisis siguiendo una línea en gran medida cronológica, teniendo en cuenta que como subculturas se extienden en el tiempo y permanecen de forma distinta en sus respectivos espacios políticos y sociales. El primer apartado está dedicado a los veteranos de Vietnam, el caso sin duda mas extenso y con mas duración en el tiempo, tanto en lo que a influencia global tuvo en su momento como por la comercialización e impacto político y social que dio lugar años después de su fin. El segundo está protagonizado por los *Afgantsy*, los veteranos de la intervención soviética en la Guerra civil afgana en 1979 hasta 1989, acompañados brevemente por los excombatientes de la Primera Guerra de Chechenia, con los que por circunstancias materiales y políticas se estableció una relación de similitud cultural. Por último, el tercer apartado lo conforma el estudio de los Chicos de la Guerra, el nombre que se dio a los excombatientes argentinos que sirvieron en la ocupación y defensa de Malvinas en Abril de 1982.

Cada uno de estos apartados sigue una estructura similar, presentando en primer lugar un análisis profundo de las características, orígenes y trascendencia de sus respectivas generaciones juveniles y configuración de contraculturas nacionales propias, seguido de la influencia que estructuras como el servicio militar obligatorio tuvieron sobre dicha generación, que repercusiones representaron y como fueron percibidas.

A continuación, se pasa a analizarse el conflicto y las circunstancias en que el servicio se llevó a cabo, analizando factores esenciales como la leva obligatoria, la desigualdad en clave social, de clase y étnica estructurales dentro del servicio, las características de la política militar, estrategia y combate, y las consecuencias que todo ello repercutió sobre los combatientes y veteranos.

Tras exponer la base de cada caso en relación al contexto de generación juvenil y su papel en sus respectivos conflictos bélicos, se procede a ahondar en la configuración de movimientos y respuestas tras la experiencia del servicio. Por tanto se hablará de las circunstancias materiales en las que se llevó a cabo dicha desmovilización, es decir, las características que se dieron dentro del proceso de reinserción social, laboral y psicológica dentro de la sociedad civil, siguiendo una pátina similar de crisis política y consonancia cognitiva en lo que a silencio y marginación de dichas guerras se refiere. Pero en estos apartados también se profundiza en las distintas respuestas que los veteranos, de manera individual, colectiva local, federal o nacional respondieron hacia esta

reinserción dificultosa y hacia su propia memoria respecto al conflicto. Respuestas donde encontraremos desde movimientos u organizaciones de veteranos opuestos a la guerra, como sucedió en Estados Unidos, excombatientes que aprovecharon su pátina de civiles combatientes para ejercer un rol político y exigir un cambio como podremos ver en el caso de Argentina y el colapso del régimen de la Junta Militar; o movimientos locales que abarcan desde la ayuda comunitaria como grupos patrióticos internacionalistas o de ultraderecha que se oponen al creciente liberalismo y la influencia cultural occidental como es el caso de los veteranos de Afganistán soviéticos. Conjuntamente se analiza en dichos apartados como se produjo la construcción de las distintas memorias colectivas entre los veteranos, las cuales pueden ser diversas y de distinta índole según los espacios o características de clase y etnia. Es aquí donde se analizará la construcción firme del veterano como una subcultura, una respuesta donde se mezclan la herencia contracultural juvenil intrageneracional con el trauma propio del servicio. Mientras las distintas subculturas de veteranos que surgen en los diferentes casos toman respuestas de sus contextos contraculturales propios, ya sea en clave de movilización u organización, estos también adoptaran símbolos o rituales con los que se definirán como subcultura representando el trauma bélico dentro de una sociedad civil. Ya sea el uso de prendas militares mezclada con ropa civil para representar el papel disonante del ciudadano-soldado, como la redacción de prensa, literatura, música o actos de conmemoración y monumentalismo propios.

Por último, cada apartado concluye con el análisis de los distintos procesos de decadencia, asimilación y revisionismo de la subcultura del veterano. En cada caso, la extensión de dicho apartado en cada sujeto puede ser variable, vistas las distintas circunstancias políticas y sociales y la influencia que la subcultura del veterano tuvo respectivamente. Sin embargo podremos observar unas dinámicas similares, donde la marginación y la decadencia de la cultura del veterano que siguió a los años inmediatos a la desmovilización vivió, aproximadamente una década después siguiendo procesos de cambio y agitación política, un proceso de recuperación por parte de las instituciones, que emplearon el revisionismo histórico y la construcción de una nueva memoria política de la guerra como estrategia política. Dichas estrategias, que incluyen desde el reconocimiento del servicio mediante el monumentalismo, la inclusión de la memoria política dentro de la social a través del calendario político o la entrega de beneficios a excombatientes, llevaron a que parte de las subculturas del veterano se fragmentase, dejando a una parte estancada en los antiguos discursos respecto a otros sectores que decidieron sumarse a las fuerzas gubernamentales o de la oposición política. Mientras existían estas múltiples lecturas de la cultura del veterano, que ya podemos definir explícitamente como culturas de la desmovilización, continuó existiendo un discurso social representado a través del consumo de productos culturales de

masas. Literatura, películas, música o publicaciones aparecen en el mercado durante dichos procesos, ya sea mostrando la nueva lectura revisada que proponen desde las instituciones políticas o reproduciendo tópicos asociados al contexto de crisis o la connotación negativa del veterano.

De nuevo, cabe recordar que cada caso sucede en unos espacios, culturas y circunstancias políticas y sociales distintas, y que no se trata de realizar un estudio comparativo sino ver como se desarrollaron en paralelo. En este caso nos interesa saber como y en que circunstancias se produce la construcción de una subcultura y como sobrevive en el tiempo, evolucionando hasta quedarse de manera permanente en una memoria social, además de buscar si existe una influencia o relación donde el caso de Vietnam tenga un papel influyente sobre las otras. Se trata que a lo largo de toda esta investigación podamos afirmar que la tesis de la existencia de una cultura de la desmovilización entre veteranos de conflictos modernos durante la Guerra Fría es existente y tiene origen en este periodo. Y sin limitarnos a esto, observar que tiene base en unos patrones comunes que pueden darse en diversos espacios, a pesar que los contextos sean totalmente distintos, donde el factor generacional juvenil con una contracultura presente, el efecto de los conflictos modernos y los periodos críticos de transición política son pilares fundamentales.

## **1. La Generación de 'Nam**

La coyuntura en la que la guerra de Vietnam tuvo lugar es sin duda excepcional. Eran los años 60, momento de consolidación del estado del bienestar en gran parte del mundo occidental sumido en la Guerra Fría. El difunto presidente Kennedy había atraído a las masas estadounidenses hacia su idea de reino de Camelot como baluarte de la democracia. Tras su asesinato, Johnson prosiguió parte de su proyecto de *Gran Sociedad*, mientras los hombres y mujeres herederos de las penurias de la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial trataron de concebir un nuevo esquema social donde primaran los valores democráticos, la familia y las comodidades materiales. Se produjo la gran explosión de la natalidad tras la guerra, y los nacidos de aquel *baby boom* de los años 40 y 50 se tornaron en los adolescentes de los años 60, aquellos que se convertirán en protagonistas de la década. Pero lejos de esa imagen idílica, esa década fue el inicio de las grandes tensiones políticas y sociales del país. Fue el momento de auge de la conflictividad racial y de los movimientos de derechos civiles afroestadounidenses, chicanos y nativo americanos. En las universidades, la entrada masiva de chicos y chicas de clase media llevó a la creación de organizaciones situadas en lo que llaman la Nueva Izquierda, que acabó por estrellarse en las calles de Chicago en 1968. En ese contexto, tuvo lugar el surgimiento y rápida expansión de lo que Roszak denominó “Contracultura” que abarcará todos los espectros de la nueva vida juvenil, desde la moda, el consumo y los espacios hasta los medios de comunicación y la respuesta política, que tuvo su gran apogeo con el movimiento hippie, Haigh Ashbury y Woodstock.

Ese marco fue definido y configurado con el advenimiento de la intervención en Vietnam, y quedó pronto absorbida por ese contexto resaltando todos los conflictos y tensiones de la vida estadounidense. Una guerra sin frentes, sin organización clara, donde el racismo quedó reflejado no solo por las políticas militares y las masacres de población civil, también entre las tensiones entre oficiales y soldados de minorías étnicas y en un desproporcional número de éstos últimos en las cifras de bajas. Una guerra donde por primera vez se envió de forma masiva por leva obligatoria a adolescentes sin preparación para afrontar una guerra de guerrillas, donde a la vez se resaltan las desigualdades sociales del país cuando el 80% de la leva la formasen chicos de clase obrera o rural que no pueden costear la universidad que les librara del servicio. Una situación que provocó altos niveles de estrés, depresión y agotamiento psicológico, un notable consumo de drogas y unos índices ascendentes de resistencia, motines y rebeliones dentro del ejército entre unos jóvenes soldados que acabaron siendo absorbidos por esa contracultura doméstica como herramienta de

resistencia, desde la música y la indumentaria, hasta la prensa clandestina, las organizaciones de soldados y veteranos en contra de la guerra o la resistencia activa o pasiva frente al ejército. A partir de 1967, en que se inició la repatriación de los primeros soldados que habían cumplido su servicio, empezó a configurarse una primera fase de esa cultura del veterano. Desde finales de los sesenta hasta el fin de la etapa Carter, el veterano de Vietnam hizo su aparición en la sociedad estadounidense. Las diversas legislaciones no consiguieron destacar como prioridad la reinserción fallida de diversos sectores de veteranos acosados por el desempleo, que arrastraban traumas psicológicos, y que solo lograron visibilidad pública mediante la estigmatización mediática en los índices de delincuencia, drogadicción y suicidios. Los medios de comunicación, que cubrieron la guerra sin censura alguna hicieron eco de la imagen del excombatiente trastornado en una sociedad que se mantenía alejada y muestra cierto rechazo hacia él. Mientras algunos de estos veteranos mantuvieron una lucha contra el gobierno y la guerra arrastrando ese espíritu de los sesenta, para otros su imagen quedó encapsulada en la idea del vencido, el trastornado, el psicópata y el desheredado; un estereotipo de la que todo tipo de representaciones culturales y mediáticas hizo propaganda. A su vez, como respuesta se inició la lucha de los propios veteranos por hacerse visibles en la política, acompañados por la revolución en el ámbito de la psicología con la creación del término de estrés postraumático y las primeras representaciones culturales del trauma en lo que será la literatura de Vietnam.

¿Que hace especial a la Guerra de Vietnam? ¿Que hizo que dejara esa marca tan candente en la cultura popular y política estadounidense? ¿Porque la imagen de su excombatiente sigue siendo un elemento de recuerdo y demanda constante, aun en la actualidad? Vietnam no fue la primera guerra de contrainsurgencia de carácter colonial. En cualquier caso, fue una guerra de contrainsurgencia colonial llevada a los extremos del desgaste y desembocada en fracaso. Lo esencial para comprender que sucedió en Vietnam es que formó parte y a la vez fue detonante de un fenómeno social y cultural nuevo y único en la historia contemporánea occidental.

### 1.1- “El roble en la margarita”: Juventud y contracultura

*“Venid madres y padres a lo largo de la tierra / Y no critiquéis lo que no podéis entender / Vuestros hijos e hijas están fuera de vuestro mando / Vuestro viejo camino está envejeciendo rápidamente”*<sup>4</sup>. Estas populares letras de Bob Dylan que se convirtieron en un pequeño himno de una nueva marea adolescente en 1964 parecían recoger muy bien la tónica del momento. También lo

---

4 DYLAN, B.: “The times, they are a-changin’”, *The times, they are a-changin'* (1964), Columbia

recalcaba el poeta Allen Ginsberg: “*Al carajo la bomba atómica*”, frase donde pide dejar lugar a la siguiente generación, aquella que había nacido de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial. Fue en los 60 donde la cultura, la movilización y el consumo occidental tuvieron su gran cambio, cubiertos con una llamativa pátina de revolución social y dejando una gran huella para décadas posteriores. Desde entonces y hasta la actualidad, esa disidencia política y social juvenil y todo el gigantesco conglomerado que trajo consigo ha sido la marca por excelencia que ha dado la esencia a ese periodo. Sin duda alguna, la vida en Estados Unidos sufrió una intensa y total transformación, un antes y un después donde el conflicto de Vietnam y la intervención estadounidense tiene un importante papel. Una guerra que bautizó a todo un sector juvenil como “*Vietnam Generation*”

Así la denominaron el juez Lawrence M. Baskir y el historiador William A. Strauss en su trabajo de 1978 *Chances and circumstances* sobre los jóvenes y la Guerra de Vietnam. Y si algo marcó ese gran cambio fue la población juvenil, aquella que nació en los hogares estadounidenses en la década de los cuarenta y los primeros años cincuenta. 1943 fue el primer año en que los nacimientos superaron en el país los 3 millones. En 1945 sobrepasaron en un millón más las estadísticas predichas. En total los años cuarenta trajeron unos 29 millones de nacimientos, un crecimiento de población de un 16%. Algo insólito en la historia de Estados Unidos y el mundo en general. Aquellos serían los “*Baby Boomers*”, un fenómeno demográfico horizontal que alcanzó a toda la sociedad occidental sin excepción de clase, raza, región y religión<sup>5</sup>; cuyo impacto en la sociedad marcaría una diferencia para siempre en los parámetros culturales.

Estos casi treinta millones de niños y niñas que poblaron los Estados Unidos surgidos de la victoria de la Segunda Guerra Mundial, los hijos de la “*Greatest Generation*” veterana de las angustias y miedos de la Gran depresión y el conflicto contra el fascismo, creció en un contexto de posguerra marcado por la búsqueda de un hogar, de un orden dentro del caos que había supuesto los años previos<sup>6</sup>. Deseos de paz, matrimonios estables (a pesar de tener la tasa de divorcios más alta del mundo), la devoción a la vida de familia y la cultura de la domesticidad fueron los valores que surgieron de la posguerra. La idea de construir unos nuevos microcosmos familiares individuales, rodeados de los valores liberales democráticos que habían cubierto la patina ideológica de la guerra mundial. Dentro de ese microcosmos, la clave de ese proyecto común era la paternidad. Apareció entonces todo un mercado de consumo dedicado a fomentar ese modelo: las grandes urbanizaciones periféricas siguiendo el ejemplo de Levittown, el auge de los electrodomésticos y la comercialización extrema de productos. Y por primera vez, con la construcción de un espacio estable y un cierto bienestar, el niño y el adolescente hicieron acto de aparición en la cultura de

---

5 SPANN, E. K.: *Democracy Children* (2003); p.2

6 SPANN, E. K.: *Op. Cit*; p.4

masas. Se produce el gran fomento de la educación, la pedagogía y la psicología. El famoso doctor Spock, aquel que exhortaría a los chicos a evadir el servicio militar, enseñaba a los padres la importancia de la formación del niño. Los padres bien educados se preocuparon por formar a sus hijos en los valores democráticos. Estos serían los nuevos caballeros del Camelot de Kennedy, aquellos que debían preguntarse “*que pueden hacer ellos por su país*”. En definitiva, se conformó un ideal de familia democrática, donde se enfatiza “el respeto al niño como individuo”<sup>7</sup>. Es en este punto del esquema es donde el historiador Theodore Roszak se preguntó el porque de la reacción juvenil. Y como él propone a continuación de su pregunta, no hay que ir muy allá para observar como ante la docilidad y sumisión de los padres de la generación de la depresión, la guerra, la confusión, el macarthismo y el terror termonuclear de la Guerra Fría, que Roszak define como sociedad de fracaso; los jóvenes se plantan para actuar contra un ambiente de pasividad patológica del núcleo familiar<sup>8</sup>. Para Roszak estos jóvenes rebeldes, según él educados de forma lamentable, se muestran reaccionarios debido a esos hábitos de tolerancia propios de la posguerra, cuyo intento de erigir una doctrina a partir de su actitud se asemejará a algo tan imposible como “*injertar un roble en una margarita*”<sup>9</sup>. Pero por mucho que le pesara a Roszak, en una sociedad donde el 50% de la población tiene menos de 25 años y ha sido criada en una relativa comodidad y bienestar, parecía inevitable que fueran estos los dispuestos a la acción del cambio.

Ya en los años 50 estos chicos hallaron un precedente en aquellos irreverentes autores y artistas de la Generación *Beat*. Escritores exhaustos del consumismo, el conformismo, la pasividad y la represión sexual, que experimentaban con benzedrina, peyote y marihuana como guía a la inspiración espiritual, escuchaban el nuevo jazz *Be Bop* de Charlie Parker, y rechazaban un trabajo y un domicilio estable. La obra “*Aullido*”, de Ginsberg donde proclamaba “*He visto las grandes mentes de mi generación destruidas por la locura*”, gritaba ante agotamiento fruto de los caminos marcados por la política, la guerra y los modelos sociales. Del mismo modo, “*En el camino*” o “*Los vagabundos del Dharma*” de Jack Kerouack se presentaban modelos sociales opuestos al consumo y la estabilidad, basado en una vida sencilla centrada en el individuo, compuesta por viajes, meditaciones, drogas y espiritualidad. Estos y otros autores como William Burroughs, Gregory Corso o Gary Snyder se convirtieron en obras de cabecera para algunos chicos atraídos por este peculiar modo de vida donde se proclama la renuncia y rechazo al materialismo, el racismo, el imperialismo y la guerra, algo que consideran “la enfermedad de las sociedades del siglo XX”<sup>10</sup>. Aun así, el calado que tuvieron estos autores fue minoritario. Juventud bohemia empezó a

7 SPANN, E. K.: *Democracy Children* (2003); p.11

8 ROSZAK, T.: *El nacimiento de una contracultura* (2005); p.36

9 ROSZAK, T.: *Op. Cit*; p.56

10 RORABAUGH, W. J.: *Kennedy y el sueño de los sesenta* (2005), p.225

frecuentar los barrios del Greenwich Village de Nueva York o el North Beach de San Francisco emulando ese estilo de vida, y muy a pesar de sus creadores originales, las ideas *beat* se popularizaron y difundieron gracias a los medios de comunicación, que asoció su popularidad a la del satélite ruso *Sputnik*, creando la palabra *Beatnik*, con la que la convirtió en una tendencia a vender. Con ello se observa como los *baby boomers* crecen en un contexto que les predispone al cambio, y son sus espacios propios en los que se desarrollan, a la vez que la difusión de los nuevos medios de comunicación y la sociedad de masas, los que forman las bases de lo que Roszak bautizó como contracultura.

Pero, ¿que papel tiene este mundo juvenil, ahora entendido casi en concepto de clase, y la contracultura dentro de la Guerra de Vietnam? Dejando al margen los motivos y la tradición política e histórica que acaba por desembocar en el conflicto del sureste asiático, para entender la década de los sesenta es esencial destacar que es imposible disociar Vietnam de la contracultura juvenil estadounidense. Vietnam representará en parte esa contracultura y concebirá una realidad para ese mundo adolescente, mientras que a la vez la nueva dimensión sociocultural absorberá por completo la guerra y la hará un objeto suyo.

A pesar del modelo de familia democrática que se difundió tras la Segunda Guerra Mundial, resulta absurdo pensar en éste como algo más real que ideológico. En esencia, cuando se habla de ese modelo, se refiere casi en exclusiva a la clase media estadounidense. Pero se obvia que la realidad no era tan idílica para un gran sector de la población del país. No solo se trata de las minorías raciales afroestadounidenses, chicanas, asiáticas o nativo americanas, también de la clase trabajadora blanca, en esencia provenientes de las áreas rurales del sur y el medio oeste, desplazados en masa a las zona industriales del norte como Chicago en la década de los 40 y 50. En definitiva un gran contraste en el que radicaba una latente conflictividad de la que la Guerra de Vietnam se tornó un gran catalizador a la vez que elemento simbólico. Para empezar cabe recordar que, como sería el caso de el movimiento de Derechos civiles de Martin Luther King en los años cincuenta a la vez que otros movimientos populares, tuvieron su carrera ascendente y proceso de radicalización a partir de la segunda mitad de los sesenta de manera paralela a la escalada militar en Vietnam. Fue precisamente en ese contexto donde una gran cantidad de juventud de clase media blanca universitaria estadounidense alterados por las políticas raciales se unirían a la protesta siguiendo los coros de Joan Baez y Bob Dylan. En 1964, el “Verano de la libertad” atrajo a centenares de estudiantes universitarios que sensibilizados por la lucha por los derechos viajaron a Alabama y Mississippi en una cruzada trivial en apoyo del Comité Coordinador de Estudiantes No Violento (SNCC) de King. De allí surgieron populares figuras como Mario Savio, aquel que en Octubre de ese mismo año se hizo famoso en televisión por subirse aun coche de policía en la

Universidad de Berkeley, después de la gran agitación que provocó la prohibición de la reunión de grupos estudiantiles de izquierdas y la detención de algunos de ellos. Se fundó así el *Free Speech Movement*, el Movimiento por la libertad de expresión<sup>11</sup>. Pero si los derechos civiles atrajo a cientos de estudiantes, la Guerra de Vietnam atraería a miles a las filas de la militancia. Surgió así la *New Left*, la oleada de movimientos y grupos de la nueva izquierda estadounidense, como la *Students for Democratic Society* (SDS) nacida en 1965 tras una escisión de la *League for Industrial Democracy*<sup>12</sup>. Vietnam acabó siendo el epicentro que unía a la gran y diversa gama de movimientos sociales, de derechos civiles, pacifistas y liberales de los sesenta, al menos hasta choque en 1968, tras la manifestación antiguerra multitudinaria en las calles de Chicago durante la celebración del congreso del Partido demócrata en motivos de las primarias presidenciales.

Pero a su vez el desarrollo del conflicto en Vietnam y un sistema desigual en políticas de reclutamiento, paralelo al fracaso del proyecto de políticas sociales de la administración Johnson y el recrudecimiento de la represión racial y de clase en las áreas urbanas, generaron por una parte la radicalización de los movimientos de derechos civiles. Esto dio lugar a otros movimientos de base en otros colectivos ajenos al movimiento estudiantil, mas radicalizados, con consciencia de clase trabajadora y activos en sectores marginados por el ámbito de la protesta de clase media. De ahí surgieron dinámicas como la fundación del *Black Panther Party*. Creado por dos antiguos miembros del SNCC, Huey Newton y Bobby Seale, estos dejaron de lado la protesta pacífica para optar por la vía de la autodefensa armada y la resolución de la lucha social a nivel de calle. Lo mismo sucedió en la comunidad chicana con movimientos como *La Raza*, y también entre las comunidades de inmigrantes blancos sureños de áreas urbanas, apodados peyorativamente *Rednecks*, que fundarían movimientos como *JOIN* o los *Young Patriots* para reclamar mejoras sociales y protestar contra la represión racial y social en los suburbios. Todos estos colectivos, incluyendo el nativo americano, observaron en Vietnam un reflejo de su marginación dentro de la historia estadounidense, creando movimientos de base con una consciencia política e ideológica que adaptaba ideas del marxismo con sus identidades colectivas y culturales, definidas en la historiografía estadounidense como “nacionalismos”.

Esa situación definió en gran medida el modo de vida de la sociedad juvenil estadounidense, y en cualquier caso de toda la realidad del país en mayor o menor grado. Es cierto que ante ese contexto de relativa comodidad de las clases medias, era más fácil que surgiera una disidencia cultural entre sus filas que no entre los colectivos de clase trabajadora, pobre y con características raciales o étnicas. Aunque tan solo hubo que esperar a la sucesión de acontecimientos para observar

---

11 DEGROOT, G. J.: *60's Unplugged*; p.187

12 SPANN, E. K.: *Democracy Children* (2003); p.64

como todo puede torcerse hacia una dinámica similar y la absorción de prácticas y elementos se convierte en algo real. En cualquier caso miles de adolescentes y jóvenes pasaron a las filas de la protesta. Y junto a esa disidencia, se inició toda una serie de simbolismos de resentimiento y rechazo cultural contra el contexto imperante y los valores tradicionales de vida en Estados Unidos consolidados tras la victoria en la Segunda Guerra Mundial, entre ellos, el servicio militar obligatorio. El arquetipo tradicional y conservador se asoció directamente con la representación de la guerra, la cual se percibía no solo un sistema contra el que los jóvenes ven la necesidad de rebelarse ante sus principios arcaicos, sino como un ataque directo contra la juventud asumida en términos generacionales y contra las minorías y clases trabajadoras. Aunque llevar adolescentes o niños a la guerra no era nada nuevo, debido al *Baby boom* y el sistema de leva, la media de edad de la tropa era de 19,2 años<sup>13</sup>, factor impactante y nuevo en Estado Unidos, mas aún cuando la mayoría de edad era a los 21. Un adolescente podía ser obligado a combatir, pero éste no podía ejercer el derecho al voto o consumir bebidas alcohólicas públicamente.

Los años de 1965-1967 vieron en definitiva, la configuración y crecimiento del fenómeno de la contracultura y la protesta. Algunas expresiones se convirtieron en la nueva militancia política. Otros, tan solo adoptaron unos valores o patrones culturales nuevos que los distanciarían de los tradicionales. Herederos de la espiritualidad, el modo de vida despreocupado y sencillo, la sexualidad laxa y desinhibida y la experimentación con drogas, nació en el Haight Ashbury el movimiento hippie, que a pesar de componerse de unos cientos de miles, rápidamente se convirtió en la subcultura favorita de los medios de comunicación de masas<sup>14</sup>. A medida que avanzaba la guerra en Vietnam, el lema político “Verano de la libertad” de 1965 pasaría a “Verano del amor” en 1967 a través de sus multitudinarios festivales como el “*Human Be-In*” de San Francisco. Timothy Leary y Ken Kesey propagaban la cultura del ácido queriendo alterar las “puertas de la percepción”; Allen Ginsberg declaraba la “*Declaración de la Evolución Cultural*”, Los *Grateful Dead* creaban el rock psicodélico y los *Diggers* inauguraban el Teatro de Guerrilla y la filosofía “Tómalo porque es tuyo”. Ante la hostilidad y la colisión de clase que provocaron en sus barrios de origen, en un principio del movimiento de gentrificación, muchos marcharon a zonas rurales despobladas repartiéndose en miles de comunas. Todo un fenómeno cultural inofensivo que culminó en el festival de Woodstock, en un vano intento de constituir la “Nación hippie”, decayendo hasta su marginación a partir de 1969 y el violento desenlace del concierto de Altamont, donde las cámaras captaron como dentro de la contracultura no todo era “paz y amor”, tras el asesinato de un joven afroestadounidense por parte de Hell Angels<sup>15</sup>. Muy criticados por los chicos activistas, el

13 M.D. BRENDE, J.O.; Ph.D. PARSON, E.R.: *Vietnam veterans. The road to recovery* (1985); p.42

14 SPANN, E. K.: *Democracy Children* (2003); p.113

15 SPANN, E. K.: *Op. Cit*; pp.115-116

movimiento hippie también rechazaba los valores de clase media, pero desde la sobriedad, la apatía, la superstición, la falta de disciplina, la fantasía y la desvinculación política. Aun así, representaban parte de los valores positivos de esa generación, tales como la creatividad, el idealismo, la búsqueda de valores democráticos y la voluntad de experimentar<sup>16</sup>. Algunos incluso intentarían emplear esos principios en la lucha política, como Abbie Hoffman y el *Yippie Party* con sus actos irreverentes y provocativos.

Se debería destacar un elemento clave de la actividad de esta contracultura, desde el punto de vista tanto reactivo como de expresión artísticocultural: la prensa *underground*. Ya en 1964 se editó el primer diario alternativo, *Los Angeles Free Press*, pero en especial fue entre 1967-1968 durante la escalada militar en Vietnam y la radicalización de la protesta política, cuando los diarios *underground* o prensa libre hicieron su explosión en Estados Unidos. Se conoce como *underground press* a cualquier publicación destinada a contrarrestar o expandir la información de los medios de comunicaciones convencionales a nivel nacional o internacional, la mayoría asociados al *Underground Press Syndicate* o la *Liberation News Service*. Sus redactores no solo escribían, sino que además muchas veces eran ellos mismos participantes de los hechos narrados en sus páginas, cubriendo con el mismo interés sucesos políticos como eventos culturales<sup>17</sup>. Mezclando información con militancia y valiéndose de imágenes, caricaturas y otras expresiones artísticas, estos periódicos trataban de difundir la contracultura y revelar la corrupción de los medios habituales de comunicación, viéndose a sí mismos como órganos clandestinos de resistencia o como guerrillas político culturales<sup>18</sup>.

Activistas y hippies al fin y al cabo acabarían buscando lo mismo pero por vías distintas. Ambos formaban parte de esa nueva contracultura juvenil, y en muchos casos usaban una misma simbología, pues como todo objeto y representación juvenil de la época, estos habían captado a las cámaras y los anuncios publicitarios. El uso de elementos como el pelo largo, escuchar música rock, el consumo de drogas y el lucir ornamentación pacifista traspasó barreras culturales, convirtiéndose tanto en representación de búsqueda de identidades como de manifestación política. Ese famoso símbolo de la paz, que representa la superposición de las siglas del movimiento Antinuclear en código de señales navales, se comercializó masivamente hasta perder su valor original. Vietnam quedó marcado a su vez como emblema representativo de esa generación, popularizando el uso de chaquetas militares compradas en almacenes de excedentes hasta alcanzar altos precios, a pesar de que la inmensa mayoría no había pisado un cuartel y rehuían el servicio militar. Incluso los Beatles, con sus anecdóticos uniformes militares usados en la portada de *Sgt Peppers* no hacían mas que

16 SPANN, E. K.: *Democracy Children* (2003); pp.115-116

17 LEWES, J; *Protest and survive. Underground GI Newspapers during the Vietnam war* (2003); p.9

18 SPANN, E. K.: *Op. Cit* (2003); p.115

reproducir una esencia que se había convertido en símbolo de una generación. Las drogas habían dejado de ser un elemento detonante de la consciencia para ser objeto de consumo masivo con unas terribles consecuencias en el peor de los casos. Porque como afirmó el americanista Mario Maffi, algo que sabía hacer muy bien el sistema estadounidense, a parte de usar la represión o la reprobación moral como arma de contraataque contra la cultura *underground*, era “*explotar su enorme capacidad de absorción*”<sup>19</sup>

### 1.2-Goodbye darling, hello Vietnam<sup>20</sup>: Vietnam y el impacto de las políticas de reclutamiento

Junto con la influencia de la contracultura y la construcción de una identidad cultural y política de la generación juvenil estadounidense, el desarrollo de la guerra en el sureste asiático y su escalada vertiginosa a partir de mediados de la década de los 60 se tornó en el otro gran escenario simbólico de ese periodo. En pleno contexto de la Guerra Fría, de la lucha ideológica y geoestratégica entre el liberalismo capitalista estadounidense y el socialismo soviético, que se desarrolló y relacionó de manera directa con los movimientos de liberación del Tercer Mundo, Vietnam y el auge de su guerra por la independencia colonial se edificó como símbolo por excelencia del antiimperialismo colonial. A su vez, las prácticas y políticas llevadas a cabo en Vietnam, especialmente visibles con la intervención abierta de Estados Unidos a partir de 1963, convirtieron la guerra en una representación del reclamo de derechos civiles en muchos países occidentales, en forma de una abierta y directa protesta generalizada que evolucionó de la clásica protesta de estilo sindical de los años 30 a una nueva protesta donde lo social y los derechos democráticos se tornan el eje central. Precisamente será ese contexto, junto con la contracultura y la desigualdad social y racial que se canalizó a través de la guerra en Estados Unidos, donde se pondrían las bases de una cultura de desmovilización.

Pero para ello primero había que pasar por la experiencia del reclutamiento y la guerra, y entender por ende, en que términos se desarrolló este conflicto. La mayoría de estadounidenses a inicios de los 60 desconocía la existencia del panorama político en Vietnam, muchos siquiera sabían situar Vietnam en el mapa. Tras abandonar las penurias de la era McCarthy o crisis como Bahía Cochinos, se había llegado a un periodo de tranquilidad, quebrado por la crisis de los misiles cubanos y la muerte del presidente John F. Kennedy. Aun así se continuaba con esa fase de

19 MAFFI, M.: *La cultura underground* (1975); p.41

20 Estrofa de la canción country “*Hello Vietnam*”, compuesta en 1965 y popularizada por el cantante Johnnie Wright, lanzada con la intención de sumar popularidad a la movilización en Vietnam frente la creciente popularidad de la canción protesta

esperanza. Johnson presentaba su extensión de la “Gran Sociedad”, su programa de ayudas sociales de erradicación de la descompensada miseria iniciado por la administración Kennedy; acompañado de un movimiento en defensa de los derechos civiles que albergaba luz para los sectores marginados del país. Mientras, en la remota tierra de Vietnam, Estados Unidos había incrementado su presencia, tanto política como económica, incluso militar con el envío de más de 800 asesores y personal militar al final de la etapa Eisenhower, y más de 11.000 en 1962, junto con dos compañías enteras de helicópteros. Desde la fallida del dominio colonial francés en Dien Bien Phu y los pactos de Ginebra de 1954, Vietnam permanecía libre pero dividido, en aras de una unificación constantemente boicoteada por Vietnam del Sur y su gobierno corrupto liderado por Ngo Dinh Diem, con respaldo de la política exterior estadounidense<sup>21</sup>. Vietnam así se tornaba en el nuevo bastión para Estados Unidos, un lugar crucial donde la Guerra Fría y las luchas por la descolonización se unían bajo la representación de la bandera roja estrellada de Ho Chi Minh y su proyecto de liberación nacional comunista.

No obstante, todo esto continuaba siendo algo inexistente en las preocupaciones del país. Hasta 1964, la guerra había permanecido como una operación encubierta, no más allá de las secretas y turbias relaciones internacionales y las operaciones especiales. La escalada de la violencia, la estratagema de la resolución del Golfo de Tonkin en 1964 y la llegada de las primeras tropas a las playas de Vietnam tras el desembarco en Da Nang en marzo de 1965 continuaron siendo unos sucesos aún lejanos. La guerra preocupaba escasamente a la población estadounidense, y en lo que concierne a la juventud en edad militar, las encuestas revelaban que tan solo un 7% mostraba algún tipo de preocupación ante la movilización o el reclutamiento<sup>22</sup>. Sin embargo, unos meses después, Vietnam aparecía en todos los titulares y televisores.

La escalada bélica arrojó a una masa ingente de chicos jóvenes en edad militar. Si al inicio de la escalada se llevó al 6% de población joven masculina, en pocos meses el estado movilizó a media generación de estadounidenses. Esta excesiva llamada al servicio que se puso en práctica a principios de los 50, surgía en base a la idea de crear un ejército ingente y permanente que requería el contexto de una Guerra Fría, convirtiendo a la institución militar en una enorme complejo organizado de forma empresarial con una economía de guerra y una constante modernización.

A su vez, esta leva obligatoria se pensó ya desde sus inicios de una manera desigualitaria, como “un sistema de política social darwinista”<sup>23</sup>. Esto se debió al general Lewis B. Hershey, director del servicio selectivo desde 1941 hasta 1968, quien en los años previos a la guerra diseñó un sistema de leva en función de las nuevas necesidades e intereses nacionales. Los arquitectos de

21 YOUNG, M; *The Vietnam wars 1945-1990* (1991); p82

22 LAWRENCE, M.; STRAUSS, W.A, *Chance and circumstance* (1978); p4

23 *Ibidem*

la política previeron en un futuro una guerra altamente evolucionada en aspectos tecnológicos a medida que avanzaba la era nuclear, que requeriría por tanto de un personal especializado y con formación universitaria, un ejército de ingenieros y científicos, no de tropas de combate<sup>24</sup>. Por lo tanto, la solicitud de prórrogas por estudios eran fáciles de obtener para los estudiantes de clase media que observaban el servicio militar como una contratiempo en su vida, mientras que para miembros de clases trabajadoras o sectores que rozaban la pobreza, el ejército se consideraba un paso asumido dentro de sus vidas, de los que muchos a su vez podían evadirse con facilidad, ya que se requería una calificación superior a IV en los test de inteligencia y un coeficiente intelectual superior a 85, hecho que despachaba a aquellos miembros que recibieron educación de menor calidad o no terminaron sus estudios.

En sí, el servicio militar no se percibiría como una demostración de la desigualitaria situación del pueblo estadounidense hasta pasado 1965. Para hijos de padres de clase trabajadora del campo o la ciudad, muchos de ellos antiguos veteranos de la Segunda Guerra Mundial o Corea, y para chicos de minorías en estado de pobreza sobre todo correspondientes a sectores étnicos del sur o los guetos urbanos de ciudades industriales como Detroit, Chicago o Birmingham; servir un par de años en las filas del ejército era una salida laboral, una oportunidad de progreso y estabilidad.

Hay que tener en cuenta a más el precedente cultural. La experiencia en los frentes del Pacífico y Europa trajo consigo el recuerdo de la lucha contra el fascismo y un fuerte componente ideológico democrático, la resurrección del ideal de “ciudadano soldado” con valores universales que constituye la milicia en defensa de la democracia, los derechos y la libertad<sup>25</sup>. A su vez los años 50 verían la reaparición el ideal del “guerrero” reinventada a partir de los platós de Hollywood. La imagen del guerrero correspondía lo contrario de aquel ciudadano-soldado, enfatizando los valores del periodo de frontera y expansión de conquista del oeste, donde se resalta la violencia, la masculinidad y la superioridad y dominación de los valores occidentales<sup>26</sup>. Esto se tradujo en las numerosas películas de género bélico y western representadas por los iconos de John Wayne o Audei Murphy. Se recreaba un prototipo de soldado que nunca pierde ni cuestiona su causa, con una extensa presencia en la vida cotidiana infantil, en juegos, educación y fantasías juveniles. Bill

---

24 APPY, C.G. *Working-class war* (1993); p.30

25 El ideal de “ciudadano-soldado” es un componente con mucho peso dentro de la cultura patriótica norteamericana, surgido del contexto ideológico de la Revolución de las trece colonias. Como definirían James Madison en *The Federalist*, Thomas Jefferson o Thomas Paine, el ciudadano-soldado constituía el derecho de todo ciudadano de no solo combatir por la libertad, sino defender la soberanía de la nación y sus derechos democráticos, no solo contra la tiranía extranjera sino también frente una tiranía doméstica. Fue un ideal que se recuperó durante la Guerra civil, identificado con la causa abolicionista, y posteriormente volvió a la luz con la II Guerra Mundial en la lucha contra el Fascismo. Como veremos más adelante, ese ciudadano-soldado con “derecho a rebelarse” resurgirá a finales de los 60 y 70 por parte de soldados y veteranos de Vietnam, pero de una forma nueva y más radical

26 MOSSER, R; *The new Winter soldier, GI and veteran dissent during the Vietnam War* (1996); pp.22-23

Ayers, activista antiguerra de la nueva izquierda y la radical *Weather Underground*<sup>27</sup>, describe muy bien esa experiencia: “[...]la guerra era bienvenida como algo especialmente vívido y emocionante. Desde que comenzó mi pasión por las películas bélicas, siempre me iba a jugar a la guerra a una pequeña colina cerca de nuestra casa. [...] Las películas daban forma al juego y el juego se convertía así en la lente a través de la cual la veíamos e interpretábamos. John Wayne era sinónimo de coraje [...]”<sup>28</sup>

Aunque no se puede dar por hecho que la mayoría aceptara servir arrastrados por las fantasías de héroes de guerra, y raramente fue el motivo principal, sí que es un componente que, como dijo el historiador Christian G. Appy, “fue decisivo para reconciliarles con un destino inevitable e incierto”<sup>29</sup>. Este conjunto de factores son los que determinarían los primeros años de Vietnam para estos chicos. No podemos entender la gran mayoría de los movimientos sociales de mediados de los 60 y 70 sin la guerra de Vietnam, y es que para empezar, en 1965 con un movimiento antiguerra aun minoritario, este conflicto trajo a primera plana las profundas desigualdades sociales de Estados Unidos. Usando de nuevo los datos de Baskir y Strauss, de una población de *Baby Boomers* de 53.100.000 comprendida entre 1965-1973, 26,8 millones de los cuales eran hombres, un total aproximado de 10.935.000 sirvieron en el Ejército. 8.615.000 lo hicieron durante el conflicto, y finalmente, 2,3 millones fueron destacados en Vietnam. De estos, unos 1.6 millones combatieron en primera línea, mientras 550.000 realizaron tareas complementarias<sup>30</sup>. Únicamente un 1/3 de los que combatieron en Vietnam fueron voluntarios, mientras el resto fueron reclutados.

El 80% de estos chicos conscriptos pertenecía a familias de clases trabajadoras, de los cuales un 25% venían de contextos de pobreza. Para estos eludir el servicio era complicado, donde la situación económica familiar y la educación tenían un gran peso. El 80% de los que sirvieron en Vietnam tan solo pudo acabar el instituto o directamente no finalizó sus estudios. Es cierto que en los 60 hubo una explosión de la educación universitaria, pero mientras entre esos años subía de un 8,3 a un 13,2% la tasa de matriculados, el tanto por ciento de chicos sin posibilidad de cursar esos estudios varió entre el 62,5 y el 55,4%, mientras una media del 19% continuaba sin haber acabado el instituto<sup>31</sup>.

Pero si la mala calidad de estudios o la carencia de estos podían suponer la exención al

27 Se conoce como *Weather Underground* al grupo de izquierda radical que surgiría escindido de la organización estudiantil *Students for Democratic Society* (SDS), que tras la manifestación multitudinaria en Chicago en 1968 durante la convención del Partido demócrata donde los manifestantes fueron duramente reprimidos por policía y Guardia Nacional, decidió en 1969 que la vía de respuesta contra el gobierno no era el pacifismo, sino la respuesta armada, tomando de ejemplo a las guerrillas y frentes de liberación del tercer mundo, entre ellos el Vietcong

28 AYERS, B; *Días de fuga, memorias de un activista contra la guerra de Vietnam*; (2014); pp.43-44

29 APPY, C.G; *Working-class war* (1993); p.63

30 LAWRENCE M.; STRAUSS; W.A, *Chance and circumstance* (1978); p.5

31 APPY, C.G; *Op. Cit.* (1993); p.26

producir bajos resultados en los test del Ejército, a partir del año de la escalada los rechazos se redujeron de un 50 a un 34%, admitiendo a chicos con resultados en la prueba de coeficiente de menos de 85 puntos<sup>32</sup>. Aun así 1,36 millones fueron rechazados por cuestiones mentales. Más notable es aún los contrastes entre clases medias y pobres en el hecho que 3.5 millones fueron rechazados por condiciones físicas, donde la gran parte venían de vecindarios pobres con deficiente nutrición y escaso o ningún acceso a servicios médicos.

Miembros de clases medias tenían muchas más facilidades para evadir el servicio y está claro, muchos menos intereses para servir. Para empezar, estudiantes universitarios, licenciados en ingeniería o ciencias podían fácilmente eludir el ejército solicitando las prórrogas por estudios, pudiéndose alargar hasta los 26 años y así quedar desclasificado de las mesas de reclutamiento. Eso era posible siempre que se mantuviera una media de notas para conservar esa prórroga. Al manifestarse esa facilidad de las clases medias para librarse, la creciente oposición a la guerra y la necesidad de reestructurar el sistema hizo que Nixon aprobara en 1971 la *Draft Lottery*, un sistema al azar televisado donde se sorteaba un día del año y una letra de alfabeto, y el número resultante ordenaba a todos los nacidos ese día y aquellos cuyo nombre empezara por la letra escogida presentarse al servicio<sup>33</sup>. A la vez se acabó con las prórrogas estudiantiles. Pero los tecnicismos de este sistema hacían que tampoco resultara un sistema democrático, ya que los primeros y últimos meses del año apenas tenían probabilidades de salir o los procedimientos de sorteo no se hacían de forma cuidadosa, por lo que la duración de este sistema fue breve.

Los estudios no fueron el único salvoconducto. La manipulación de resultados médicos estaba al orden del día. Algunos doctores de familia concedían cartas falsas que les calificaba como exentos, la mayoría pero, recurría a doctores con perspectivas de negocio que redactaban esos falsos documentos a cambio de una generosa suma, los cuales podían llegar a cobrar unos 2000 dólares por una de esas firmas. Psicólogos y médicos, incluso dentistas a los que se pagaba para colocar aparatos dentales (elemento que les calificaba como inútiles), eran el personal más socorrido por un sector que podía permitirse esos chanchullos. Otros optaron por simular enfermedades o autoinfligirse heridas. Muy habitual también era la categoría de objetores de conciencia gracias a la ayuda de asociaciones católicas, consejeros, grupos antiguerra o personal educativo; o el pago a mesas de reclutamiento, sobornos que rondaban entre los 200 o 1000 dólares. Y como no, la popular desertión a otros países, con Canadá o Noruega como destinos recurrentes.

Por último, estaba la salida de la Guardia Nacional o la Reserva, la opción favorita de muchos deportistas y atletas de élite. Este tipo de servicio fue mi popular pues establecía un periodo activo

---

32 APPY, C.G; *Op. Cit.* (1993); pp.31-32

33 LAWRENCE M.; STRAUSS; W.A.; *Chance and circumstance*(1978); p.27

de cuatro o seis meses junto con una reunión mensual durante seis años. Ante la perspectiva de ser solicitados, chicos de clase media acudían a la Guardia Nacional. En 1966 ya se demostró que el 71% de guardas y reservistas eran voluntarios con tal de evitar el servicio obligatorio y la posibilidad de ir a Vietnam<sup>34</sup>. Durante el conflicto, una única vez se movilizó a la Guardia Nacional, en 1968 con unas 15.000 tropas que fueron destacadas en el sureste asiático, a diferencia de las guerras anteriores donde si participaron en la guerra, una idea que el entonces presidente Johnson aplicó con el objetivo de no crear más atención y exacerbar la movilización pacifista. En cambio serían muy conocidos por participar en la dura represión contra los movimientos estudiantiles de la Nueva Izquierda, famosos por abrir fuego real contra manifestantes en Kent State en Mayo de 1970 que se saldó con 4 víctimas mortales; o contra la explosión de movimientos sociales étnicos que estallaron a partir de 1967 como el de los indios Pueblo, la revuelta chicana de Reies Tejerina en Nuevo México o los disturbios en guetos afroestadounidenses.

No obstante, para algunos miembros de esa clase media les resultaría mas difícil escapar. Esta minoría, que acabaría conformando sólo el 20% de las tropas de combate, fueron arrastradas al servicio, ya fuera por la pérdida de las prórogas o la incapacidad emocional de desertar o incluso creyendo que podía ser una experiencia positiva. Para otros, como explicaría de forma magnífica el novelista Tim O'Brien en su compendio de relatos *Las cosas que llevaban*, se trataba de la “contradicción moral de la clase media”, la incapacidad de conciliar sus sentimientos antiguerra con el posible ataque o falta de respeto hacia sus valores liberales y su comunidad, el motivo por el cual el autor explica por qué no pudo optar por la desertión a Canadá: “*Era como si hubiera un público contemplando mi vida, aquel remolino de caras a lo largo del río, y en la cabeza podía oír a la gente gritándome. ¡Traidor!, aullaban. ¡Desertor! ¡Gallina! No podía tolerarlo. No podía soportar la burla, o el deshonor, o las inventivas patrióticas. Ni siquiera en mi imaginación, con la orilla apenas a veinte metros de distancia, pude comportarme con valentía. No tenía nada que ver con la moral. Vergüenza, eso era todo*”<sup>35</sup>.

Para Tim O'Brien, convencido demócrata contrario a la guerra, la valentía no suponía ir al ejército, sino no tener la fuerza para desertar por miedo a rechazar los valores liberales con los que había crecido y renunciar a sus principios morales. Es evidente que los no pertenecientes a las clases más adineradas no podían permitirse esas vías. Para algunos, la posibilidad de contraer matrimonio al acabar el instituto y formar una familia o encontrar trabajos considerados de interés nacional podía ser una alternativa, no tan frecuente como puede parecer. Se añadía a más la severa discriminación clasista y racial de las mesas de reclutamiento, que dirigidas por personal civil de la

---

34 LAWRENCE M.; STRAUSS; W.A.,: *Op. Cit* (1978); p.51

35 O'BRIEN, T, *Las cosas que llevaban* (2011); p.73

localidad, estaba integrada en su inmensa mayoría por clases medias acomodadas, propietarios y oficiales públicos, dejando un 7% de representación en las mesas para las familias trabajadoras y un 1,3% para afroestadounidenses y otras minorías raciales<sup>36</sup>. Como destacamos anteriormente, el sector de clase trabajadora observaba el servicio militar obligatorio como un periodo de sus vidas, un proceso que aunque pudiera no entusiasmar o gozar de popularidad, no era evadido y sencillamente aceptado como un trayecto a asumir. La realidad es que apenas les esperaban oportunidades de futuro, y sin apenas mecanismo para huir y sin el menor conocimiento de Vietnam y su conflicto, no quedaban más opciones.

Para empezar, las oportunidades de trabajo se presentaban muy turbias. El ascenso de solicitudes de servicio creó una profunda crisis dentro del mundo laboral juvenil. Adolescentes recién salidos del instituto no podían conseguir trabajo, pues la perspectiva de que algún día u otro serían reclamados por el gobierno les llevaba a ser rechazados por patrones que no querían perder un empleado a las dos semanas de contratarlo. El paro en jóvenes de clase trabajadora blanca ascendió y se mantuvo entre el 12,5%. Para la población afroestadounidense la situación empeoraba con un 27%<sup>37</sup>. Para estos, el servicio parecía y era inevitable, una condición similar a la que marcó a sus padres, víctimas de la Gran Depresión.

En esta situación una gran mayoría prefirió alistarse voluntariamente, en lo que se llamó *Draft Motivation*. Al recibir el primer aviso de reclutamiento, un alistamiento voluntario a tiempo podía significar una posibilidad, aunque remota, de escoger la rama de las Fuerzas Armadas y escapar del destino a Vietnam. Como decía el lema popular “escoge antes de que el Ejército lo haga por ti”. Era a más una vía sugerente, pues podían recibir algún tipo de formación técnica, aunque como se vio pronto, más difícilmente accesible para estos sectores.

Aun así las alternativas eran muy escasas y el contexto muy limitado. Según los datos de 1964, en las ramas del Ejército, infantería de Marina y la fuerza naval entre el 52-57% eran hijos de *blue-collar workers*, es decir, trabajadores de fábrica, junto a un 14-9,1% de granjeros y un 20-17% de *white-collar workers* o pequeños empleados de servicios, oficinas, tiendas, pequeños negocios, etc.<sup>38</sup> Sin acceso a los sistemas de escape de la clase media, y mucho más importante, sin tener un conocimiento o consejo por parte de asesores o ambientes universitarios que advertían de las realidades de esa guerra, la ignorancia les llevó a no cuestionar excesivamente el servicio.

Huir de un hogar desestructurado, de la miseria o de problemas con la ley eran también causas comunes para consentir la leva o presentarse voluntario. Según los datos de 1964 ofrecidos por

---

36 APPY, C.G; *Working-class war* (1993); p.35

37 APPY, C.G; *Op. Cit* (1993); p.47

38 APPY, C.G; *Op. Cit.* (1993) p.23

Appy, entre un 13,6 y un 11,3% venían de familias desestructuradas o con un padre ausente<sup>39</sup>. Para sectores minoritarios raciales, los más afectados por el desempleo, bajas condiciones de vida y la falta de derechos igualitarios, el Ejército siempre había sido desde la Guerra Civil un santuario con el cual obtener una buena posición económica y progreso, incluso una mejora de estatus político, ya que tras la depuración de oficiales segregacionistas la institución militar había dado un paso tímido hacia la igualdad racial. Desde siempre el Ejército fue visto por los afroestadounidenses como la vía para ganar sus derechos mediante el sacrificio. No es de extrañar que se alistaran en los cuerpos más expuestos al combate, como la aerotransportada y los Marines, o que tras un *Tour of duty* (periodo de servicio de un año en Vietnam) un 49,3% se reengancharan de nuevo, suponiendo una paga segura, sumada a 65 dólares por mes en combate, extras de hasta 1.400 dólares y posteriores beneficios de veterano, domicilio y oportunidades educativas<sup>40</sup>.

En la Guerra Civil y en las dos guerras mundiales, la población negra estadounidense que participó en las contiendas fue en su mayoría usada como mano de obra, a excepción de algunas unidades de soldados negros con oficialidad blanca. La posguerra mundial trajo un paso a esa apertura en derechos durante la Guerra de Corea y el experimento de las primeras unidades integradas<sup>41</sup>. El 90% de la población afroestadounidense alistada o reclutada era de clase obrera o pobre, vecinos de guetos urbanos o localidades del sur donde primaba aún la segregación racial. La gran mayoría tenía una pobre o ninguna educación y el 41% suspendía las pruebas mentales de acceso siendo rechazados. Los que aprobaban no tenían a penas oportunidad de acceder a los cuerpos más técnicos y con mejor oportunidades como la aviación o la Marina, que hasta los setenta serían los focos de mayor segregación racial de las Fuerzas Armadas. Aun así, durante la escalada bélica y la necesidad de más chicos para la primera línea, el secretario de defensa Robert McNamara diseñó en 1966 el programa *100.000 project*. En esencia, fue un sistema que camuflado bajo el programa de la “Gran Sociedad” de Johnson, se volvía a llamar a todos los chicos rechazados y se les ofrecía una nueva “oportunidad” de hacer carrera en el Ejército formándose como técnicos especializados. La cruda realidad que amagaba el proyecto es que de los 260.000 hombres llamados a filas, solo un 6% recibió formación adicional, mientras el 40% fue entrenado para el combate y destinada en Vietnam, y de estos, la gran mayoría fue población negra<sup>42</sup>.

En el caso de la población chicana, la situación socioeconómica de exclusión racial era la misma que para afroestadounidenses, pero se añadía una tradición de servicio muy destacada y resaltada, unos valores de masculinidad muy acentuados y ferviente patriotismo. Tanto en la

39 APPY, C.G; *Op. Cit.* (1993) p.23

40 WESTHEIDER, J.E; *The African American experience in Vietnam* (2008); p.9

41 WESTHEIDER, J.E; *Op. Cit.* (2008);pp.7-8

42 *Ibidem*

Segunda Guerra Mundial como en Corea, los miembros de etnia chicana fueron el colectivo que más medallas de honor acumuló y más destacó en primera línea, en parte debido a esos valores culturales militaristas, y por otra parte por la misma razón que los afroestadounidenses, demostrar que eran merecedores de la categoría de ciudadanos estadounidenses a través del sacrificio militar. Hasta Vietnam, el servicio militar se había consagrado como pilar básico de la lucha por los derechos civiles chicanos, encabezada por la organización *LULAC* y la *G.I Forum*<sup>43</sup>, hasta mediados de la década de los sesenta<sup>44</sup>.

Por último se unían otras causas presentes en menor grado: huir de un futuro monótono sin alternativas, rebeldía adolescente contra la autoridad paterna, probarse a sí mismos, búsqueda de estabilidad y seguridad ante la falta de estructura familiar, entre otras. Por ejemplo, el famoso veterano de los Marines y posterior activista de VVAW Ron Kovic, perteneciente a una familia trabajadora blanca, expresaba como el gran impulso decisivo se lo dio el deseo de no continuar como su padre, siendo un empleado sin más aspiraciones de futuro: *“No quería ser como papá al volver cada noche del supermercado. [...] Yo no quería ser así, no quería trabajar en ese despreciable mercado, doce horas cada jornada. Quería llegar a ser alguien. Quería hacer algo con mi vida”*<sup>45</sup>.

En cambio la cuestión patriótica, según Christian G. Appy, no marcó la razón principal. En muchos contextos trabajadores y comunitarios, por tradición evadir el servicio militar podía significar un acto mal visto con repercusiones sociales o familiares, como recordaba Tim O'Brien. En 1965 un cierto número de reclutas defendía su servicio como un deber a la nación y una lucha por una causa justa, bajo el eco de las palabras de Kennedy *“pregúntate que puedes hacer tu por tu país”*. Aun así el patriotismo siempre supuso una minora entre los voluntarios, que si en 1964 solo un 11,2% declaraba que la motivación patriótica era su principal razón, en 1968 ese valor caía casi a la mitad, con un 6,6%<sup>46</sup>. Si es cierto que el ideal de “luchar por una buena causa”, identificando el Comunismo con los nazis o los japoneses de la guerra de sus padres, era muy habitual en un inicio

---

43 Se conoce como *G.I. Forum* a una organización creada por veteranos de origen mexicano-americano de la Segunda Guerra Mundial y Corea que abogó por el fin de la segregación racial y la demanda de un nivel equiparable de educación y oportunidades económicas de chicanos en los estados del suroeste, argumentando el sacrificio realizado en el frente. La *League of United Latin American Citizens* o *LULAC* fue otra organización pro-derechos civiles chicanos, sino la primera, creada en 1929, que defendía la definición de los ciudadanos de origen mejicano como caucásicos, la adopción de la lengua y valores anglosajones para reclamar su igualdad de derechos en Estados Unidos. Siendo altamente conservadora, anti-sindicalista, pro-guerra y no simpatizante de la causa afroamericana, colaboraría en los años 50 junto a la *G.I. Forum* y ambos liderarían el movimiento hasta la aparición de nueva oleada de mov. Chicanos a partir de 1967, caracterizada por el sentimiento anti-imperialista y anti-capitalista, el retorno a los valores culturales y la tierra encabezados por la *United Farm Workers* del pacifista César Chávez, grupos radicales como los *Brown Berets* o sectores anti-guerra como la *Mexican American Youth Organization*; OROPEZA, L; *Raza si guerra no. Chicano protest and patriotism during Vietnam war Era* (2005); pp.19-42

44 OROPEZA, L, *Raza si guerra no* (2005); p.26

45 KOVIC, R; *Nacido el 4 de Julio* (1990); p.65

46 APPY, C.G; *Working-class war* (1993); p.47

para algunos reclutas y voluntarios, demostrando su total desconocimiento de la coyuntura y la realidad de Vietnam y su falta de convicciones personales. Creían que realmente estaban ayudando a un pueblo oprimido por el Comunismo, un enemigo que nunca aparecía en *films* pero sin en discursos, en sus ambientes familiares o sus institutos. De nuevo, era una manera de reconciliarse con esa situación, hasta que esa fantasía se topara con la cruda realidad a medida que pisaban suelo vietnamita.

En definitiva, podemos clasificar a los que sirvieron en el Ejército en Vietnam tres categorías: 1/3 reclutados, 1/3 motivados por el reclutamiento y 1/3 voluntarios. Por tanto, tenemos que 2/3 de *draftees* (reclutados y motivados por el reclutamiento), con un total de un 80% formado por los sectores menos favorecidos de la sociedad americana, donde afroestadounidenses y chicanos siempre representarían un 10% respectivamente. Una realidad institucionalmente no igualitaria claramente visible, no sólo en las estadísticas de combate, sino en las bajas que crecerían a cada año de conflicto. A partir de aquí, la crudeza de la experiencia que les esperaba no podía hacer nada más que acrecentar la percepción de esa realidad.

### 1.3 - "All along the watchtower"<sup>47</sup>: Combate y experiencia estadounidense en Vietnam.

*"Para entender que pasa a los soldados en medio de los campos de My Lai, deben saber algo sobre que pasa en América. Deben entender Fort Lewis, Washington. Deben entender una cosa llamada entrenamiento básico"<sup>48</sup>.*

Tim O'Brien estaba en lo cierto. El primer gran trauma por el que pasarían los cerca de 11 millones de adolescentes estadounidenses involucrados en el servicio entre el 1965 y el 1973 sería el entrenamiento de campo. En este caso no solo nos referimos a los 2,3 millones que sirvieron en Vietnam, sino a todos los movilizados para el proceso de entrenamiento militar básico. Es crucial entender las características de este proceso para que podamos entender no solo lo que sucederá en los campos de Vietnam, también alrededor del mundo y en el interior de Estados Unidos.

Desde el primer minuto de la llegada de un nuevo recluta al campo de entrenamiento, se desataba una completa furia de disciplina, violencia psicológica y depresión moral. Despojados de sus ropas y objetos civiles, y puestos en formación bajo los gritos e insultos del que sería su sargento de instrucción, los nuevos reclutas entraban en un proceso de "desaprendizaje", fase de

<sup>47</sup> Tema compuesto por Bob Dylan para el álbum *John Wesley Harding* (1967), popularizada en su versión psicodélica por Jimmy Hendrix un año después, donde la metáfora bíblica de la caída de Babilonia fue asociada rápidamente por tropa y manifestantes con la crisis política y social doméstica y en Vietnam

<sup>48</sup> O'BRIEN, T.; *If I die in combat zone* (2007); p.40

varios días donde a través de violencia verbal y agresiones físicas se intentaba reducir a los reclutas a una mínima condición psicológica, casi a un nivel infantil<sup>49</sup>. Negándoles cualquier tipo de privacidad y castigando la conversación o cualquier muestra de lenguaje individual o fraternal que representase una resistencia a la regulación militar, los reclutas eran reprimidos de inmediato mediante humillaciones y agresiones.

Con ello se intentaba quitar a esos chicos cualquier voluntad individual, convertirlos en una cáscara vacía donde guardar todo el contenido de la disciplina militar. Literalmente, dejaban de ser un ser humano para ser un *Government Issue*, un *G.I.*, un excedente propiedad del gobierno. Se les enseñaba todo de nuevo, desde vestirse a comer, ir al baño, caminar, hacer la cama; todo a través de extenuantes marchas, trabajo y de nuevo, el uso repetitivo de la intimidación con abusos verbales y físicos. En este proceso, el cuestionar sobre la identidad sexual de los jóvenes era uno de los principales *leitmotifs*, bombardeándolos con constante lenguaje sexista, homófobo e hipermasculinista, que a su vez intentaba crear una visión casi erótica de la violencia<sup>50</sup>. Con un uso extremado de la violencia y ese discurso machista se pretendía recuperar esa ideología del guerrero de frontera en su estado más puro, donde el futuro soldado no debería cuestionarse las órdenes, la autoridad a la jerarquía militar, sus objetivos, sus ideales ni sus principios morales como habría hecho el ciudadano-soldado. Pero esa ideología no solo se acompañaba de un discurso violento e hipermasculinista. A su vez se fomenta la colectividad y se aniquila el sentimiento individual ridiculizando los orígenes sociales y étnicos. Siendo la mayoría de reclutas como ya hemos visto de clase trabajadora blanca, negra y chicana proveniente del Sur, de las ciudades industriales y los guetos urbanos, los epítetos continuos de *rednecks*, *bean-bags*, *niggers* eran constantes. Para la minoría de clase media, que no se veía exenta, se empleaban insultos como *college fags*<sup>51</sup>.

El racismo imperante era el otro gran pilar del adoctrinamiento militar. Se deshumanizaba y menospreciaba al enemigo vietnamita con constantes apelativos racistas, denominándolos con los peyorativos términos *Gooks* o *Commie*<sup>52</sup>. El entrenamiento combinaba disciplina y agresión, obediencia y furia, con el objetivo final de localizar todos estos factores en un enemigo concreto,

---

49 APPY, C.G; *Working-class war* (1993); p.88

50 MOSSER, R; *The new winter soldier, GI and veteran dissent during the Vietnam War*; (1996) ; p.28

51 Estos insultos se originan a partir del origen social de estos reclutas. *Nigger* ya es conocido como término racista para dirigirse a la población afroamericana, mientras que *redneck*, que literalmente significa “cuello rojo” en alusión a la bandana roja que llevaban los trabajadores de los sindicatos mineros de West Virginia que se rebelaron contra el gobierno y la patronal minera en Blair Mountain entre 1920-21, se usaba como sinónimo de “paleta” o “pueblerino”. *Bean-bag*, “bolsa de judías” hace referencia despectivamente a la alimentación básica de la población mexicana, mientras que *college fag*, literalmente “maricón universitario”, hace burla a la comodidad y mayor facilidad de acceso a la universidad de la clase media. APPY, C.G ; *Working-class war*; p.100

52 *Gook* era un apelativo que surgió durante la guerra de Corea para referirse a la población local. Sería en los años sesenta en que se tornaría como término peyorativo con el que se acostumbraba a denominar a la población asiática, especialmente del sur-este. *Commie* en cambio corresponde a la abreviatura inglesa de comunista

generando la cantidad más grande de rabia hacia este objetivo<sup>53</sup>. En algunas ocasiones, capellanes del Ejército imbuían a su vez discursos religiosos donde equiparaban la lucha contra los comunistas de Vietnam como parte del deber moral cristiano. Esto no era algo nuevo, pues el racismo se empleó abiertamente en los conflictos del Pacífico y Corea. No obstante en el caso de Vietnam, el grado descarnado que alcanzó ese lenguaje racista, violento y machista tuvo grandes repercusiones durante las operaciones en Vietnam, como veremos más adelante. No es necesario olvidar que, en una institución como las Fuerzas Armadas estadounidenses donde aún no se había conseguido eliminar por completo el racismo institucionalizado de los mandos, el discurso racista vietnamita rápidamente podía saltar hacia soldados de etnia afroestadounidense, chicana o de forma más agresiva, a los de etnia asiática. Paradójicamente, en otros casos el instructor fomentaba el sentimiento de colectividad e igualdad no usando epítetos racistas o clasistas, promulgando de forma agresiva el sentimiento colectivo del pelotón con insultos como *maggots* (gusanos).

El resultado de este proceso, aunque pueda parecer mínimo, tuvo unas importantes consecuencias tanto a nivel individual como durante su experiencia en Vietnam. Para empezar, aunque muchos pensaron que podrían salir indemnes de la férrea disciplina, de forma progresiva iban asimilando valores competitivos, agresivos y de profunda colectividad. Los constantes castigos en grupo arrastraban a la necesidad de colectividad y pérdida de individualidad. La tarea de los instructores era fomentar el odio racista, la violencia y la disciplina incuestionable como algo justificado. En un principio vistos por la mayoría como simples actos absurdos y tediosos, poco a poco hacían mella en el cerebro de los reclutas, hasta convencerse de la necesidad de “matar *commies*”, los que ya no solo identificaban a los vietnamitas como los malos de la película, ahora se les demoniza; haciendo crecer un nivel de agresividad y rabia que sería empleado después para la política militar en Vietnam<sup>54</sup>.

Para un sector, la dureza psicológica de la experiencia les llevó a situaciones desesperadas para evadir el campo. Tan solo en Fort Dix, Nueva Jersey, se produjeron más de doscientos intentos de suicidio al año. Otros optarían por intentar declararse objetores de conciencia, solicitud que creció de un 28% en 1967 a 77% en 1971, o por la vía de la desertión. Si ya se conocía la cifra de 20.000 desertores que huyeron a Canadá o Suecia antes de entrar en el Ejército, dentro de este se darían cerca de 500.000 desertores o *AWOL*<sup>55</sup>, un nivel de desertiones nunca antes visto en el Ejército estadounidense. Para la mayoría la desertión y lo que implicaba no parecía una opción viable, teniendo en cuenta que acostumbraban a ser bombardeados con falsa información, en

53 APPY, C.G; *Working-class war* (1993); p.97

54 APPY, C.G; *Op. Cit* (1993) pp.95-96

55 *AWOL*, abreviatura inglesa de *Absent Without Official Leave*, es decir, estatus otorgado a los soldados que no se presentaban de nuevo a servicio normalmente tras un permiso o tras volver de Vietnam.

especial sobre la proporción de reclutas que sería enviada a Vietnam, como explicaba este recluta anónimo: “*Para desalentarnos de declararnos AWOL o desertar, a los nuevos reclutas nos decían que solo un 17% de nosotros iríamos a Vietnam. Y que solo un pequeño porcentaje del 11% sería tropa de combate. Eso alivió mi mente. Eh, había una oportunidad de no tener que ir y ver mis tripas reventadas. Terrorífico. Al final del entrenamiento, con solo tres excepciones, cada uno de nosotros fue a Vietnam, 200 chicos.*”<sup>56</sup>

El campamento y el período de formación no era más que la antesala de lo que sería para muchos de aquellos que sirvieron en Vietnam la mayor experiencia traumática del resto de sus vidas. Para entender los costes y consecuencias que tendrá, tanto en el terreno personal como en lo político y social, se hace necesario comprender que características hicieron de la guerra en Vietnam un conflicto tan diferente.

El primer paso de un recluta en Vietnam podía resultar un contraste bastante bizarro, especialmente para unos chicos que rozaban la media de edad de 19,2 años. Antes destacamos una movilización masiva de jóvenes al servicio, pero más que juventud, se trataba de adolescentes en las puertas de la adultez, en pleno proceso de maduración psicológica. Eso contrasta mucho con la media de edad de la población movilizada en guerras anteriores como la Segunda Guerra Mundial o Corea, de unos 26 años. Estos chicos recién salidos de un impactante proceso de formación, eran lanzados en solitario a un mundo que les resultaba extraño y hostil.

Las primeras tropas destacadas en Vietnam fueron enviadas en compañías enteras, formadas durante el entrenamiento y no disueltas, llevadas por vía marítima a través de cargueros militares. Pero la política de la administración Johnson de reducir el impacto internacional y doméstico de la intervención estadounidense en Vietnam hizo que a partir de 1966-67 se empleara el método que caracterizó el resto del conflicto: los reemplazos individuales, utilizando aviones de compañías comerciales.

Los soldados llegaban a aeropuertos como Da Nang, Cam Rahn, Bien Hoa o Tan Son Nhut, zonas activamente hostiles y que en ocasiones recibían la entrada de cualquier transporte con fuego antiaéreo; para después permanecer uno o dos días encerrados en instalaciones militares sin ningún tipo de información, a la espera de asignación de un puesto, objetivos y un batallón, normalmente esperando junto a ataúdes metálicos que contenían los cadáveres muertos o escuchando comentarios y advertencias de soldados a los que iban a reemplazar<sup>57</sup>. Seguidamente, el primer contacto con el exterior no podía ser más surrealista para un joven educado en la sociedad occidental. Algunos esperaban ovaciones civiles, desfiles o muestras de apoyo de aquella sociedad a la que suponían que

---

56 BARKER, M; *Nam* (1988); p.17

57 M.D. BRENDE, J.O.; Ph.D. PARSON, E.R.; *Vietnam veterans, the road to recovery* (1986); pp.43-44

iban a rescatar. En cambio, el ambiente refulgía de hostilidad hacia los invasores estadounidenses, sobre todo por parte de los niños vietnamitas que acostumbraban a perseguir a estos vehículos exclamando insultos o reclamando dinero.

El fuerte impacto del contraste cultural como la suciedad de las calles, el olor, el denso calor, la humedad, la diferente cultura, costumbres, la carreteras con vehículos calcinados y edificios derruidos; suponían un fuerte impacto psicológico para unos chicos que nunca habían salido de su localidad, sin ninguna semejanza a una cultura que les parecía tan lejana e inferior. Esa visión se reforzaba cuando los soldados consternados eran llevados a sus bases en camiones armados hasta los dientes o con autobuses reforzados<sup>58</sup>. Todo completaba una primera impresión que no encajaba con la idea de guerra que podían haber imaginado. Una guerra supuestamente para proteger a un pueblo, pero para el que en cambio tenían que defenderse. Era un idea que para estos recién llegados no tenía ningún sentido, como recordaba este testimonio de un veterano recogido por el periodista Mark Barker : *“Llegué al país, a la bahía de Cam Rahn [...] Somos cargados en un autobús escolar verde oliva para el corto trayecto desde la pista hasta el recinto. Había malla de alambre en las ventanas. Le pregunté a alguien: “¿para que diantres es la malla?”, “Son por los gooks, tío, los gooks”, dijo él, “los gooks podrían tirar granadas dentro. ¿Ves a los gooks allí fuera?”*<sup>59</sup>.

El siguiente paso en esa marcha de la locura para los destinados a zona de combate no podía suponer algo mejor. Se nos hace necesario analizar cómo se llevó a cabo un tipo de guerra que para el Ejército estadounidense era aún desconocida, quizá tan solo comparable a la breve y olvidada experiencia en la insurrección de Filipinas de 1902. Hablar de la guerra de Vietnam en los términos de frentes y batallas no tiene ningún sentido si queremos analizar la política estadounidense en el sureste asiático. En cualquier caso, solo lo tendría si nos refiriéramos a las ofensivas ejercidas por las tropas revolucionarias. A lo largo de los más de diez años de intervención estadounidense, la guerra siempre se desarrolló en los términos del ejército norvietnamita (NVA) y las fuerzas de la guerrilla del Frente Nacional de Liberación, el Vietcong (VC).

A pesar del largo periodo de intervención de Estados Unidos en el sur este asiático desde la Segunda Guerra Mundial, la política estadounidense demostraba un total desconocimiento del terreno, la estrategia, la historia y la cultura del pueblo vietnamita. En primer lugar, nunca se tuvo en cuenta un análisis del nacionalismo vietnamita que había conducido la lucha desde inicios de siglo XX. El pueblo vietnamita del sur no comprendía la separación con sus vecinos del norte en términos ideológicos y políticos. Ya en 1956 todo indicaba que en las fallidas elecciones hacia la

---

58 APPY, C.G; *Working-class war* (1993); p.130

59 BARKER, M; *Nam* (1988), p.26

unificación del Vietnam dividido, un aplastante 80% hubiera votado la unión bajo la propuesta revolucionaria comunista de Ho Chi Minh. No existía una tradición ni una historia separada. En cambio si era presente la tradición de lucha antiimperialista que era el nexo de unión de ese nacionalismo; y mucho más teniendo en cuenta que Vietnam, en su gran mayoría rural, llevaban décadas luchando por una reforma agraria, contra la corrupción y el dominio extranjero. Precisamente, el régimen de Vietnam del Sur respaldado por Washington era la máxima representación de todo eso. Teniendo esto en cuenta, era imposible imaginar a una población campesina rural vietnamita apoyando una nueva invasión extranjera y un gobierno corrupto frente a una lucha revolucionaria nacionalista que venía lidiándose desde hacía dos décadas.

Por otra parte, el menosprecio no solo económico y social, sino también racial, del gobierno estadounidense hacia las fuerzas revolucionarias (y también hacia sus propios aliados del sur) concebía unos tempranos éxitos basándose en una demostración de potencial militar frente a un país pobre y “débil” del tercer mundo. De nuevo, no se tuvo en demasía recordar la historia de la lucha frente a japoneses y franceses y la capacidad de determinación y resistencia del pueblo vietnamita. Sabiendo de la gran desigualdad de fuerzas, el brazo armado del Frente Nacional de Liberación, el Vietcong, optó por una guerra de guerrillas, en un espacio geográfico además idóneo para ello. Vietnam del Sur es un territorio con una geografía constituida en un 60% por sistemas montañosos, colinas y vegetación selvática, a excepción del delta del río Mekong<sup>60</sup>. Tanto las fuerzas de la guerrilla del Vietcong como las fuerzas regulares del NVA<sup>61</sup> que bajaban desde el norte a través de la ruta Ho Chi Minh, tenían un perfecto conocimiento del terreno y en todo momento, fueron ellos quienes decidían cuando y como combatir al enemigo.

Pero en su formación como tropa los reclutas estadounidenses jamás recibieron entrenamiento para combatir en ese tipo de guerra, y mucho menos ningún tipo de conocimiento del contexto sociocultural vietnamita. A pesar de que la guerra se planteó desde un inicio en términos de contrainsurgencia, la formación de este tipo fue nula. En cambio, el general Westmoreland diseñaría la estrategia de *Search and destroy*. Entre 1965-1971, el peso del combate terrestre lo llevó siempre Estados Unidos, en una estrategia que pretendía buscar al enemigo, atraerlo a campo abierto y allí eliminarlo gracias al apoyo masivo de fuego aéreo y artillero. En esencia se resume en intentar tentar al enemigo con infantería, desplegada en el campo de batalla con la novedad del helicóptero, para dejar al rival al descubierto y neutralizarlo. Y para ello las tropas de tierra eran el anzuelo, la carne de cañón que debía servir de reclamo. Por tanto esta estrategia no se planeó en sentido de una guerra de frentes y posiciones como hasta ese momento se concebía. Ahora el único factor símbolo

---

60 APPY, C.G; *Working-class war* (1993); p.154

61 Siglas para *North Vietnamiss Army*, el ejército regular vietnamita. A diferencia del Vietcong, esta no era una fuerza guerrillera, sino un ejército uniformado, controlado desde la comandancia de Vietnam del Norte

de progreso o declive eran los números: toneladas de bombas arrojadas, número de suministros, infraestructuras enemigas destruidas, número de sacos de arroz confiscadas, y en especial, el número de bajas enemigas<sup>62</sup>. Cada operación de búsqueda y destrucción se medía en éxitos según el número de bajas enemigas logradas, el *Body count*. Aun así, ya en 1966 el propio general demostró los fallos de aquella política, que aun así perduró con la idea de llevar a las fuerzas revolucionarias a tal desgaste que fuera imposible su recuperación, un “punto crítico” que les obligara a abandonar la lucha armada<sup>63</sup>. Junto a ello, se incluyó el desplazamiento forzoso de población civil de áreas rurales catalogadas como focos de presencia Vietcong, acción con la que se reconocería el fuerte apoyo civil a la causa revolucionaria, aplicando una política de destrucción y deportación a campos de refugiados. En un intento de dismantelar la red de apoyo civil, esta práctica se inició a principios de 1962 con la Operación Sunrise, y llegó a su auge en 1967, con 14 millones de desplazados hacinados en 17.000 campos de concentración<sup>64</sup>.

Este sistema sin embargo solo trajo falsas ilusiones de progreso y control. Intentando ordenar unas cifras de enemigos neutralizados, población desplazada o aldeas dismanteladas, se trató de dar sentido a la guerra, pero en ningún momento parecía vislumbrarse un final del túnel. Cada movimiento resultó ser una operación sin características determinadas, sin orden geográfico, sin algún sentido o finalidad, pues todo avance se basaba en tomar contacto con el enemigo, intercambiar fuego, tomar una posición y contar cadáveres, para inmediatamente retirarse y que días después dicha posición volviera a ser retomada por tropas revolucionarias. En la gran mayoría de casos eran operaciones infructuosas. Siempre era el VC o el NVA quien decidía donde, cuando y como se luchaba. Habitualmente cuando el Ejército estadounidense planeaba un ataque contra una zona donde se aseguraba presencia enemiga, este se convertía en una pérdida de tiempo porque no estaban allí, o si estaban no hacían contacto si el VC no lo consideraba oportuno. Un ejemplo fue la Operación Thayer, donde el propio general Marshall confirmaría después que el *Body Count* resultante de 221 enemigos abatidos era totalmente falso<sup>65</sup>.

De hecho la mayoría de operaciones con nombre en las que hubo contacto y combate abierto fueron movimientos ordinarios, no operaciones ofensivas planeadas, que tras desembocar en una batalla o escaramuza por estrategia del VC/NVA, fueron retomadas por los mandos estadounidenses, nombradas y clasificadas como una operación planeada por el Ejército en el caso de que produjera un elevado *body count*. La gran mayoría de operaciones de *Search and destroy* en Vietnam del Sur fueron de este tipo, como la operación Hastings o la Operación Irving, donde una

---

62 APPY, C.G; *Working-class war* (1993); p.155

63 TURSE; N; *Kill anything that moves* (2013); p.58

64 CAUTE, D; “The Vietnam war-Tet”; En: STINE, P (Ed); *The sixties* (1995); p.161

65 APPY, C.G; *Op. Cit* (1993); p.161

simple maniobra costera acabó en un combate abierto con cerca de 1000 bajas norvietnamitas<sup>66</sup>.

La cuestión es que hasta 1972,  $\frac{3}{4}$  de los enfrentamientos fueron iniciados por el VC/NVA. Ya en 1966, el Departamento de defensa calculó que el 79% de los enfrentamientos no fueron resultado de una ofensiva estadounidense, mientras solo un 1% de las misiones daban resultado<sup>67</sup>. Los años entre 1964-68 en que Westmoreland estuvo al mando, y muchos después, hasta la retirada de Estados Unidos en 1973, no hubo algo parecido a un progreso. Mientras, la política militar no hacía más que inclinar a la población civil vietnamita, ya partidaria del VC en más de una 70%, a participar activamente contra la ocupación americana.

Ante el infructífero éxito de la estrategia estadounidense, lo que se planeó en Vietnam del Sur en las áreas rurales fue una política de exterminio donde se combinaron bombardeos masivos y ejecuciones con desplazamientos y concentración forzosa. Tal como demuestra el historiador Nick Turse, todo el proyecto organizado por los arquitectos de la nueva tecnoguerra corporativa en el sureste asiático planteada por el secretario de defensa McNammara, revelan que sucesos como la masacre de Mi Lay no fueron aislados. Las presiones para aumentar el *Body Count* y los deseos del gobierno y la prensa de obtener estadísticas tangibles no hacía que más que insistir en este método sin salida, hasta llegar al punto en que el único objetivo de la guerra era la simple aniquilación, una sucia tarea que caían en la práctica en oficiales con ansias de ascenso y la tropa de tierra. Con tal de acabar con ese enemigo escurridizo que se recomponía con obstinada determinación tras cada golpe, se procedió a una destrucción sistemática de lo que llamaban la “infraestructura del Vietcong”: aldeas, campos y población rural. Provincias enteras como la de Quang Nai, y Cu Chi en Julio de 1968 o el delta del Mekong durante la operación *Speedy Express* en febrero de 1968, se hicieron únicamente con el propósito de obtener un elevado *body count* entre la población rural, donde jefes del estado mayor como Julian Ewell se tornaron en verdaderos fanáticos de esta política, obteniendo un número tan elevado de bajas a costa de la masacre de población y localidades civiles que le llevaría a ser conocido como el “carnicero del Delta”<sup>68</sup>. Bastaba con la simple declaración de una zona como territorio bajo control VC o establecer una “*Free fire zone*”, una zona de fuego libre donde cualquier individuo era objetivo de disparo solo por cruzarla: “*A la mañana siguiente una patrulla fue enviada y encontraron tres cuerpos, uno de ellos aun seguía vivo. Una mujer había sido asesinada. Un hombre estaba muerto. Eran gente de las montañas que no prestó atención a la zona de fuego libre. No se si el niño murió o no*”<sup>69</sup>.

Ya en 1966, el 95% de las tropas de combate se dedicaba a infructíferas operaciones de

66 APPY, C.G.: *Working-class war* (1993); p.161

67 APPY, C.G.: *Op. Cit* (1993) p.163

68 TURSE, N; *Kill anything that moves* (2013); p.248

69 BARKER, M; *Nam* (1988); p.90

búsqueda y destrucción, donde en el caso de hacer contacto con el anisado enemigo, solo en la mitad de ocasiones se llegaba a verlo realmente<sup>70</sup>. Unas frustradas y agotadas tropas permanecían disparando a un enemigo invisible, el cual muchas veces apenas dejaban rastro físico, los cadáveres que denotaran una victoria. No solo era eso, sino que en un número bastante elevado de ocasiones, el apoyo aéreo solicitado como parte de esta estrategia acaba impactando sobre los mismos pelotones estadounidenses, situados demasiado cerca del enemigo, remarcando a más la facilidad y gran desfase descontrolado del potencial armamentístico. En total, un 20% de las bajas de bombardeos con napalm o descargas de artillería eran resultado de “fuego amigo”<sup>71</sup>

Pero no todo la guerra se desarrollaría siempre en términos de patrullas y emboscadas. Con un planteamiento similar, se empleó también la táctica de tentar al enemigo a salir a la superficie con la construcción de bases cerca de zonas fronterizas aisladas, lugares donde con seguridad estaban cerca fuerzas del NVA, para obligarlos a salir de los bosques. Durante la fase conocida como Guerra Fronteriza, entre 1966 y 1968, bases como Con Thien, en la zona desmilitarizada en contacto con Vietnam del Norte, Firebase Julie en la frontera con Camboya, o la famosa base de los marines en Khe Sanh se construyeron únicamente con ese propósito. De nuevo las tropas fueron empleadas como cebo para hacer salir a un enemigo que en estos casos decidía atacar frontal y directamente a su invasor con la idea de evitar así el potencial aéreo. En estos casos, se desencadenaban, tras semanas de constantes bombardeos, combates a mayor escala en oleadas masivas de tropas regulares norvietnamitas que en muchos casos llegaban al cuerpo a cuerpo con el miedo repetitivo de ser sobrepasados, similares a los combates lidiados en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial<sup>72</sup>.

Estas son a grandes trazos las características que hicieron de Vietnam un conflicto único hasta la fecha, con unas repercusiones muy diferentes para sus futuros veteranos. El impacto psicológico y físico, a la vez que social, político y moral de este tipo de guerra, en los chicos que llevaron a sus espaldas, a pesar de ser en un relativamente breve tiempo de un año comparado con los servicios durante la Segunda Guerra Mundial, es lo que nos hace entender tanto los actos posteriores y el fin de la guerra en sí, como las consecuencias que se derivaran en este sector de la población.

Tenemos que comprender que hablamos de individuos psicológicamente inmaduros de 19 años que se ven sobrepasados por un violento entrenamiento militar. Combatiendo o simplemente exponiéndose a condiciones de estrés y ansiedad extremas, participando en una guerra de guerrillas que no parece tener un sentido más allá del simple exterminio. Tropas que sin apenas acomodarse bajaban de un avión comercial y fueron llevadas en pocos días a territorio vietnamita sin la más

---

70 APPY, C.G; *Op. Cit* (1993); p.158

71 APPY, C.G; *Working-class war* (1993); p.185

72 APPY, C.G; *Op. Cit* (1993); p.190

mínima conexión, convirtiéndose en un *FNG*<sup>73</sup>, que en un margen de un día o incluso horas, eran sometidos a rituales de iniciación a la violencia como la mutilación de cadáveres. Sin formación ni experiencia, rápidamente eran integrados en una patrulla de búsqueda y destrucción e incluidos en un mundo de incertidumbre, estrés y terror constante ante un enemigo apenas visible, el cual siempre domina la batalla y está adaptado a un terreno con unas condiciones geográficas y climatológicas difíciles de soportar para los estadounidenses. Estos chicos entraron en la dinámica del “*New survivor self*”, la supervivencia como único sentido de la lucha, pues cada avance, cada baja y cada misión no suponían en sí un éxito real<sup>74</sup>. Con helicópteros o camiones fueron llevados a misiones y combates sin frentes ni posiciones, sin la más mínima información de que se encontrarían ni a donde van, una sensación que se tornaba más frustrante cuando el enemigo o los propios civiles estaban informados mucho antes de su llegada y sus objetivos mismos. Debían recorrer largas distancias durante misiones de un mes aproximadamente de duración, bajo el acecho de trampas, minas, francotiradores o emboscadas, sin apoyo, sin saber siquiera el nombre del valle o la aldea donde van, como recogía Tim O'Brien en su relato: *¿Cual es el nombre de este maldito lugar? Pregunto Barney; No lo sé, nunca había pensado en ello. Nadie piensa en el nombre de estos sitios; Lo sé. ¿Es divertido, no? Alguien me preguntará algún día donde demonios estuve, donde estaba el combate duro y toda esa mierda, ¿y que les diré?*<sup>75</sup>.

Se ven a sí mismos como los ejecutores de una guerra sinsentido en la que sólo parece valorarse una ejecución masiva de población, en la que la única meta es la supervivencia individual. No comprenden a una población rural que colabora con las fuerzas revolucionarias cavando búnkeres y trincheras, colocando minas, escondiendo armas o uniéndose a las filas de combatientes revolucionarios.

Al total descontrol por parte del Ejército en determinar unas bases de comportamiento para con el pueblo vietnamita, a excepción de un vago y menos que simbólico intento a través de las *Rules of engagement* (reglas de combate), normativa tan exageradamente ambigua que no limitaba ningún tipo de situación en que no se pudiera solicitar bombardeo aéreo o abrir fuego; se sumaban las constantes presiones de los mandos en obtener elevados *body count* que llevar a Washington. Por ejemplo, tal como recalca Nick Turse, se procedía de forma común a la ejecución masiva de civiles de aldeas rurales acusados de construir búnkeres para el VC, pero no tuvieron en cuenta que estos no eran sino refugios antiaéreos para resguardarse de los bombardeos estadounidenses. Son los soldados quienes llevaron físicamente a cabo esa política de exterminio, convirtiéndose en

73 Siglas de *Fucking new guy*, literalmente “jodido chico nuevo”, término empleado por los *Grunts*, aquellos soldados más veteranos, para referirse a los reemplazos de unidades de combate recién llegados, empleado de forma psicológica para romper o distanciarse de sus nuevos compañeros

74 M.D. BRENDE, J.O.; Ph.D. PARSON, E.R.; *Vietnam veterans, the road to recovery* (1986); p.48

75 O'BRIEN,T; *If I die in combat zone* (2007); p.14

verdugos y víctimas de una guerra que no entienden, donde no pueden encajar una matanza descontrolada con las justificaciones gubernamentales. En muchas ocasiones, la frustración, rabia, agotamiento y el deseo de venganza se manifiesta en forma de masacres indiscriminadas de una población, a veces tenida como inhumana por parte de la tropa, que sin ningún tipo de consecuencia incluía a los civiles dentro del *body count*. Las frases “*It doesn't care*” o “*It doesn't mean nothing*” se tornaron en este sentido unas de las más populares empleadas por los soldados, ninguna muerte tenía significado: “*Tienes un chaval furioso de dieciocho años detrás de su arma y sólo ve que han matado a su colega. Y no va a tener ningún remordimiento por quién recibe el impacto de esa ametralladora del calibre 60. [...] Se que la mitad de los tipos de mi pelotón no disparaban a ancianas ni a chavales. En cuanto a la otra mitad, no puedo dar razón de como actuaron*”<sup>76</sup>

En parte, es necesario añadir que Vietnam fue la primera guerra en que se proporcionó tal responsabilidad de poder bélico a los soldados, un armamento moderno de gran potencial individual. El fusil estándar, el M16, gozaba de una cadencia e impacto jamás visto hasta el momento, tornando más fácil el empleo del “disparar primero preguntar después”<sup>77</sup>. Esa facilidad de ejercer un potencial destructivo tan elevado, junto con el descontrol imperante, hacia fácil que todo el trastorno de estrés, terror, incertidumbre y ansiedad llevara a lo que el historiador Christian G. Appy llamó “Hedonismo de la destrucción”, el placer, incluso sexual, por matar y ejercer la violencia destructiva<sup>78</sup>. De nuevo, el autor Tim O'Brien define muy bien este poderío desmesurado de destrucción: “*Una tarde la Compañía C llegó a un tranquilo poblado a orillas del mar de la China Meridional[...] En menos de una hora reunieron a todos sus habitantes, un centenar entre mujeres, niños y viejos. Mientras los conducían hasta la costa para presenciar nuestra magia, hablaban entre ellos y parecían consternados. [...] el Mago hizo varios trucos con cartas y cuerdas. Hizo aparecer un cigarrillo encendido de su oreja. Transformó una pera en una naranja. Cogió una radio militar, normal y corriente, susurró unas palabras e hizo desaparecer el poblado. Aquel truco incluía fuego de artillería y fósforo blanco, pero el efecto final era espectacular*”<sup>79</sup>

Es cierto que la guerra se llevó a cabo en su mayoría en el espacio rural, a excepción de episodios extraordinarios como la Ofensiva del Tet de enero de 1968, y aquellos que participaron y padecieron sus consecuencias fueron aquellos “*Grunts*”, las tropas de infantería. Pero aunque aquí nos hemos referido en su mayor parte a estas tropas de combate, no era necesario estar en el frente de primera línea para sufrir todos estos trastornos. Uno de cada cinco soldados que sirvió en

76 TURSE, N; *Kill anything that moves* (2013) p.147

77 TURSE, N; *op. Cit.* (2013); p.192

78 APPY, C.G; *Working-class war* (1993); pp.262-263

79 O'BRIEN, T; *En el lago de los bosques* (1994) p.69

Vietnam fue tropa de combate, mientras el resto eran apoyo logístico: oficinistas, intendencia, conductores, mecánicos, operarios, radiotelegrafistas, etc; que no tenía siquiera que ver un enemigo. Destacados en áreas seguras cerca de ciudades, tan solo debían preocuparse de mantener limpio el uniforme y seguir la normativa de sus tareas. Pero eso no los dejaba exentos de la hostilidad de los civiles y las continuas sospechas, de la presión por los ataques de morteros o cohetes, de ser testigos (o participantes) de torturas, maltratos y asesinatos de civiles, de la creciente miseria de ciudades repletas de refugiados desplazados del campo, de tratar con soldados heridos física y psicológicamente o de cargar con las continuas bolsas de cadáveres que eran transportadas a Estados Unidos diariamente. Incluso no les libró de la confrontación con sus propios compañeros destinados al combate, cuya situación evidentemente no solo acarrearaba el estrés y peligro constante, sino que a más no gozaban de los privilegios y comodidades de esas tropas no combatientes, bautizadas como “*remington raiders*” o “*office pogues*”<sup>80</sup>. Estos también padecerán el coste, aunque menor en proporciones y nivel, de la guerra que se estaba llevando en Vietnam.

Tras tres años de esta continua experiencia, la política estadounidense en Vietnam no podía durar para siempre y ya en 1967 los pilares que aguantaban esa guerra de básico exterminio en el sureste asiático acabarían quebrándose por sus propios engranajes, precisamente por los peones que la llevaban a cabo. Aquellos soldados, en su gran inmensa mayoría adolescentes de clase obrera pobre, que llevaron el peso de operaciones infructíferas, los combates, el exterminio de población rural en un invisible avance de la escalada bélica, sometidos a una guerra descontrolada sin sentido, sin frentes y con unas crecientes heridas psicológicas, físicas y morales jamás vistas; serían los primeros en constatar definitivamente el fracaso del costoso proyecto del gobierno estadounidense en Vietnam, tanto a corto como a largo plazo en las heridas sin cicatrizar que este conflicto dejó en la sociedad norteamericana

### 1.5- “The quiet mutiny”: Soldados, resistencia y contracultura

En uno de los numerosos fragmentos emblemáticos de la novela de Gustav Hasford “*Short Timers*”, el autor relataba el siguiente diálogo: “-¿Que llevas en el chaleco marine?, -¿Señor? [...] -Te he hecho una pregunta, -¿Se refiere a esa insignia?, -¿Que es eso?, -Un símbolo de paz. Espero pacientemente mientras el coronel trata de recordar el capítulo de su manual de academia sobre <Mantenimiento de relaciones interpersonales con subordinados> [...] El coronel pincha mi insignia con el dedo índice y me dedica una Mirada Fina bastante decente. Sus ojos azules

---

80 APPY, C.G; *Working-class war* (1993); p.241

*chispean. -Muy bien, hijo, hazte el inocente. Pero yo se lo que significa esta insignia, -Sí señor!, -Es una propaganda de prohibir la bomba, ¡reconócelo!, -No, señor”<sup>81</sup>. En él aparece una representación de la dicotomía del soldado, un chico con un rifle en la mano, un “nacido para matar”, pero con un elemento pacifista en su uniforme. ¿Como puede explicarse tal contradicción?*

Anteriormente se afirmó la inutilidad de separar la contracultura de la guerra. Son dos fenómenos que se retroalimentan: la guerra configura a esa cultura *underground* y le da un eje, y la contracultura acaba absorbiendo el conflicto. Cierto es que un fenómeno transgresor y rebelde que pretende enfrentarse al modelo cultural de clase media tradicional se inició dentro de esa propia clase, mientras los sectores trabajadores se enfrentan de forma directa al peligro real de la guerra. ¿Quiere decir que estos están ausentes de toda influencia?

Cuando en 1995 el famoso novelista y excombatiente de Vietnam Joe Haldeman escribió su novela “1968”, la idea asemejaba confusa. En el relato, donde el autor traspone sus propias experiencias, el protagonista, un adolescente apodado Spider revotado de la universidad, es enviado a una unidad de combate en Vietnam. De forma paralela, la novela narra la historia de su pareja, Beverly, una joven estudiante de familia conservadora atraída por el movimiento de derechos civiles que acaba seducida por el movimiento hippie y su atmósfera sexual. O como dice el autor, la chica acaba “*siendo intoxicada por la atmósfera bohemia, no por los pósteres psicodélicos y los eslóganes en las paredes [...] Ella no era estúpida, pero era inocente*”<sup>82</sup>. A lo largo de la historia, Haldeman narra como Spider siente sobre sí no solo el agotamiento y trauma de la guerra, sino también el contraste de aquello que está sucediendo en casa. La novela acaba siendo antibelicista, aunque la oposición directa a la guerra no está presente. En su lugar, se denota el rechazo a todo el fenómeno contracultural, aquel que cree le arrebató todo cuando vuelve de Vietnam.

Pero esa novela fue escrita décadas después de los sucesos. De nuevo se hace necesario reincidir en la importancia de 1968. Ese año es la cima de los movimientos sociales, el inicio de la radicalización y a la vez el retroceso de la nueva izquierda. También es el año de la Ofensiva del Tet. Los días 30 y 31 de Enero, durante la tregua anual por motivo de la celebración del año nuevo vietnamita, el ejército norvietnamita (NVA) y fuerzas del Vietcong atacaron en una maniobra conjunta 36 capitales de provincia de Vietnam del Sur, desde Da Nang en el norte hasta Can Tho en el Delta del Mekong. El fuerte impacto de esa maniobra militar, que acabaría con la retirada de las fuerzas norvietnamitas, trajeron a la luz la verdadera naturaleza de la fallida política exterior estadounidense. Aquella victoria final, la “Luz al final de túnel” que anunciaban los medios, comunicados y estadísticas del presidente Johnson y el general Westmoreland para ese año, quedó

81 HASFORD, G.: *Short-Timers*, (1987) p.165

82 HALDEMAN, J.: *1968* (1995); p.63

desmentida, dañando a una opinión pública que ya desde Octubre de 1967 había comenzado a desconfiar de la intervención militar en un 67%<sup>83</sup>. La moral cae en picado, pero no solo ante el público pasivo. En un solo mes, 2000 bajas estadounidenses se sumarían a una tasa de mortandad de la tropa del 40%<sup>84</sup>. Y esa mortandad se reflejaba de manera directa en los medios de comunicación, llegando a las salas de estar en los noticiarios cotidianos mostrando escenas de combate y muerte en vivo.

En 1971 el periodista australiano John Pilger realizó un revelador documental titulado “*Vietnam: The quiet mutiny*”. Un fenómeno se extendía entre la tropa estadounidense, imposible de ocultar y suprimir, similar a lo que ocurría en las calles y universidades de la retaguardia. En el film, Pilger entrevistó a diversos soldados que muestran un rechazo abierto a la guerra. Llevan pelo largo, símbolos pacifistas prohibidos por el código de vestimenta militar, fuman marihuana y afirman rehuir el combate cuando un oficial les ordena tomar una colina. “*No tengo nada contra esta gente, no quiero dispararles*”, dice un joven soldado ante la cámara. Pilger lo bautizó como el motín silencioso más grande de la historia del ejército: “*Los soldados de 1970 son diferentes a los de antes. Son soldados que luchan una guerra que no quieren combatir [...] El mundo ha cambiado, porque estos soldados, estos “grunts” no admiten tonterías [...] Los “grunts” no combaten a los “gooks”, combaten al Ejército de los Estados Unidos*”<sup>85</sup>. En Vietnam había estallado una nueva guerra. Una guerra entre “*lifers*” y “*grunts*”, entre oficiales y tropa. Desde 1967 ya se apreciaba el declive de moral y disciplina entre los jóvenes soldados, pero a partir de 1968 y más acentuado aun en 1970, ya era más que visible. Los engranajes de la “gran máquina verde” empezaron a bloquearse.

Se observa como los soldados toman y emplean elementos propios de la contracultura que se expande entre sus compañeros *baby boomers* en Estados Unidos. Empleando lo que Cortright denomina como “Democracia de combate”<sup>86</sup>, los soldados en colectivo, habitualmente bajo un líder, se negaban a tomar parte en un asalto o una patrulla en zona peligrosa. Tuvieron lugar miles de sublevaciones de la tropa a partir de 1968, y solo entre 1969 y 1972 se produjeron diez motines a gran escala en zonas de alta peligrosidad de combate como Cu Chi o Camboya. Uno de ellos, narrado en las páginas del diario “*The 1<sup>st</sup> Casualty*”, fue el motín protagonizado por los soldados de las compañías Bravo y Delta en Firebase Pace en Octubre de 1971, importante base militar situada cerca de la frontera con Camboya en una zona de alta conflictividad. Los soldados se negaron reiteradas veces a participar en la misión de penetrar la frontera alegando estar violando la ley

83 SCHMITZ, D.F.; *The Tet Offensive, Politics, war and public opinion* (2005); p.52

84 APPY, C. G.: *Working-class war*, (1993); p.28

85 Reportaje de John Pilger, J; *Vietnam: the quiet mutiny* (1970)

86 CORTRIGHT, D.: *Soldiers in revolt, GI resistance during the Vietnam War* (2005);p.47

internacional y denunciando los abusos del Ejército como la inexistencia de sanitarios en las misiones, la falta de munición, las cortes marciales por hablar ante la prensa y una dieta basada en raciones militares C datadas de 1949. Un motín que resultó exitoso, finalizando con el abandono completo de la base el 22 de Octubre<sup>87</sup>.

Siguiendo la tónica de Pilger pero adentrándose en las profundidades del asunto, veríamos como en otro reportaje documental presentado por el corresponsal de la CBS John Laurence, “*The world of Charlie Company*”, se mostraba a una compañía de combate entera en abierta rebelión<sup>88</sup>. Los soldados transgredían el código de vestimenta militar empleando símbolos pacifistas, dejándose largo el pelo, realizando el signo de la victoria o escribiendo lemas en sus cascos. A diferencia de la retaguardia, en el campo de batalla se rompían barreras raciales y se crearon vínculos entre la tropa, que se organizó en asambleas comunitarias con su propio vocabulario y bajo la base de la solidaridad, tal como lo reflejaba el periodista Richard Boyle, que cubrió los sucesos de la Base de artillería Pace: *Para muchos de ellos el sargento vividor era el enemigo, no el campesino asiático de afuera [...] Por las tardes, soldados blancos y negros se reunían, fumaban yerba y charlaban. Los “heads” y los negros, los hombres del barracón, empezaban a juntarse. Los “lifers” están más asustados con lo que pasa dentro del campamento que de lo que hay fuera*<sup>89</sup>.

El consumo de drogas y a música rock se tornaron también elementos de resistencia contra el autoritarismo que identifican con los mandos. En 1969 mas de la mitad de los soldados consumía marihuana. En el 71, mas del 60% la fumaba, y un 18,8% tomaba heroína, hachís u otras sustancias psicodélicas<sup>90</sup>. Un sanitario anónimo afirmaba en su testimonio: *“Todo el mundo fumaba marihuana, con pocas excepciones. Había grandes bebedores. Si intentabas beber, bueno, bebías, y si fumabas, realmente fumabas. Todo el mundo lo llevaba al extremo, solo para afrontar la guardia del día siguiente o lo que tuvieras que hacer”*<sup>91</sup> El estrés, la ansiedad y la depresión fruto del campo de batalla se combatía mediante opiáceos, que se consumían al estilo de automedicación, pero al mismo tiempo como ritual de resistencia pasiva, que llegó a percibirse en el Ejército como una auténtica plaga. Así lo recordaba el veterano Juan Ramirez: *“Los fumadores de yerba eran usualmente conocidos como “heads”[...]. Muchas unidades se dividían en dos grupos de drogadictos: los bebedores y los “heads”. A veces también había grupos pequeños de “slammers”, o drogadictos de intravenosa*<sup>92</sup>; [...] *Los marines “heads” no podían estar más atontados. Para ser sinceros, apenas recuerdo muchos de los nombres o apodos de esos chicos. Había un grupo de*

87 *The 1<sup>st</sup> Casualty*, volumen 1 número 2, Octubre 1971; pp.1-3

88 Reportaje de John Laurence, *The world of Charlie Company*, producido por la CBS News en Julio de 1970

89 BOYLE, R; *GI revolts, the breakdown in the U.S. Army in Vietnam* (1972); p.7

90 CORTRIGHT, D.: *Soldiers in revolt, GI resistance during the Vietnam War* (2005);p.20

91 BARKER, M.: *Nam*, (1981); p.163

92 RAMIREZ, J.; *A patriot after all, the story of a chicano vietnam veteran* (1993); pp.71-72

*cinco de nosotros que hacíamos rituales de fumar hierba regularmente.* El término “head” surge explícitamente en Vietnam para referirse a los consumidores de marihuana, como afirma Ramirez. Junto a él, miles de términos surgen del argot y la cultura popular, creando un *slang* propio del soldado en Vietnam

Otros tomarían la vía radical de la acción directa y contundente. Una hostilidad hacia los oficiales, apodados “*lifers*”, que se traducía en amenazas y asesinatos. El llamado “*Fragging*” se convirtió en una práctica muy recurrida para detener actitudes autoritarias, represivas, racistas o de mal liderazgo. Llamado así por el habitual uso de granadas de fragmentación para llevarlo a cabo, aun se desconoce el número real de casos, aunque entre 1969 y 1970 el Ejército constató unos 563 casos, y otros 363 entre 1970 y 1972<sup>93</sup>.

Con ello, la realidad de una bajada en picado de la moral y una progresiva resistencia y oposición a la guerra por la tropa de tierra era evidente. Pero donde se pretende llegar es a otra asunto. Esos métodos, símbolos y rebeldía correspondían a elementos propios de esa misma contracultura. La cuestión es que las estrategias y símbolos que emplearon surgen precisamente de una importación de esa contracultura, a pesar de que una primera impresión pueda juzgar que son irreconciliables. El problema radica en que existe una incompatibilidad o conflicto de clase. En esencia, la costumbre lleva a asociar la contracultura como un fenómeno intrínseco de clases media. Como se dijo anteriormente, fueron los chicos de clases medias los que vivieron mas alejados del reclutamiento y la guerra, pero son ellos quienes acabaron acaparando la atención sobre ella. En cambio, eran las clases trabajadoras, pobres y minorías raciales las que cargaban con el peso físico de la guerra en Vietnam y sus daños colaterales. Pero eso no significa que las clases trabajadoras fueran impermeables al fenómeno *underground*. La imagen del gobernador George Wallace guiando a aquellos obreros de la construcción que, junto a la policía, apalearon a estudiantes antiguerra en la contramanifestación de Nueva York de 1970 acostumbra a ser el tópico que se asocia a la clase trabajadora y su postura respecto a Vietnam. Es mas que coherente que existiera un apoyo a los combatientes por parte de los sectores humildes cuyos hijos eran movilizados a la guerra, aunque no necesariamente intrínseco e ideológico. En cualquier caso si estaba presente una oposición a los manifestantes de clase media por parte de clases trabajadoras, por el sencillo hecho de que sus hijos no habían podido evadir la guerra mientras chicos acomodados escapaban del servicio y les abucheaban en las protestas. De nuevo podemos encontrar un ejemplo en el material recogido por John Laurence en su reportaje “*The world of Charlie Company*”. En una de las escenas, un jefe de pelotón de la compañía es entrevistado por Laurence, mostrando a un soldado en postura rebelde luciendo un medallón pacifista y el mismo símbolo pintado en la cantimplora. Tras dejarlo hablar,

---

93 MOSSER, R; *The new winter soldier, GI and veteran dissent during the Vietnam War*; (1996); p.48

es Laurence quien dice “*Es la generación de Woodstock la que viene a Vietnam*”. Poco después, en escena aparece un pequeño grupo de soldados sentados en círculo. Luciendo la misma parafernalia donde pelo largo y símbolos de resistencia juvenil se mezclan con la ropa de combate, uno de ellos afirma “*lo primero que haré al volver a casa es pillar a uno de esos hijos de puta que lleve una bandera del NVA*”<sup>94</sup>.

Esas actitudes, las imágenes de soldados en rebeldía, sus representaciones y sus gestos no son aleatorios. Con ello se nos muestra que existía una contracultura de clase obrera cuyo origen se puede dar en en las circunstancias derivadas de la movilización en Vietnam. No podemos afirmar que se trate de un movimiento *underground* distinto al de la retaguardia. Sus estrategias, acciones y elementos son los mismos, enseñando una vez mas la extensión y comercialización de la tendencia juvenil que marcó la época. Mientras en casa el enemigo eran la policía y el gobierno, en Vietnam era los tenientes y generales, los “*lifers*” que daban las órdenes, represalias e imponían el autoritarismo. Como escribió Mario Maffi, si por una parte se daba como supuesto el rechazo del joven licenciado o del estudiante con un historial mas o menos largo de radicalismo, fue decisiva la experiencia del blanco pobre, del “*reaccionario*” por extracción social<sup>95</sup>. En este caso si hablamos de “*absorción de la contracultura*”, no es en un sentido que fuera positivo para el *establishment* político, ya que acabó tornándose un arma bastante contundente contra la maquinaria bélica.

Sus componentes no acaban aquí, ni mucho menos. Al estilo de las organizaciones de la *New Left*, la radicalización entre la masa de soldados no tuvo lugar solo en Vietnam. En los cuarteles estacionados en Estados Unidos y en bases alrededor del mundo, los primeros excombatientes desmovilizados y los soldados en servicio articularon su malestar social y aborrecimiento hacia la guerra a través del radicalismo político. Podríamos situar un detonante para la configuración de este movimiento en 1966 y el caso de los 3 de Fort Hood. El 30 de Julio de ese año tres soldados, Dennis Mora, James Johnson y David Samas, se negaron a ser desplegados en Vietnam alegando que se trataba de una guerra “*ilegal, inmoral e injusta*”, en una comunicado oficial que realizaron en un evento del *Peace Parade Commite* en Nueva York dirigido por Stokely Carmichael del *Student Nonviolent Coordinating Committe*. Tras señalar que ese mismo sentimiento era extendido entre muchos de sus compañeros, desmoralizados por una guerra que no entienden y por una institución que priva sus derechos, añadirían: “[*En el ejército*] se nos ha dicho que muchas veces nos encontraremos con una mujer o niño vietnamita y que tendremos que matarlos[...] (Sólo los estadounidenses son lo suficientemente aislados y ciegamente pro-americanos para ser relativamente inmunes al horror.)”<sup>96</sup>.

94 Reportaje de John Laurence, *The world of Charlie Company*, producido por la CBS News en Julio de 1970

95 MAFFI, M.: *La cultura underground* (1972); p.139

96 «Fort Hood Three», *Fort Hood Three Defense Committe*, Nueva York, 1966, p. 7

Cuando en 1967 se crean las primeras *Coffehouses*, espacios de ocios y libertad de expresión para soldados situados fuera de las bases, la oleada de radicalización de 1968 llevó al apogeo ese fenómeno. A partir de esos núcleos primitivos nacieron las primeras agrupaciones políticamente organizadas de soldados, como la *American Servicemen Union* iniciada por Andy Dean Stapp en Fort Dix, ligada a la *Workers World Party* y que llegó a extenderse a más de 100 bases del Ejército y 60 barcos de la armada, iniciando la tradición del “*Working-class peace movement*”<sup>97</sup>.

Aunque las organizaciones eran múltiples y seguían un ideal democrático radical, su atomización y falta de conexión las hizo caer hacia 1972. Aun así dejaron un legado muy interesante, estrechamente ligado a todo esta explosión cultural que se estaba desarrollando. Influenciados por la prensa *underground*, los soldados realizaron su propio medio de comunicación contracultural, la *GI press*, exactamente con la misma función y formato que podría tener el resto de prensa alternativa. Vemos que la primera publicación, *The Bond*, editado el 23 de junio de 1967 por el propio Stapp, nace al mismo tiempo que la oleada general, pero la *GI Press* no arrancaría exitosamente hasta 1968, ascendiendo a unos 259 publicaciones distintas en 1972. No es casualidad tampoco que la *GI press*, como se puede observar a través de la procedencia de sus ediciones impresas de forma clandestina, naciera en la costa oeste, lugar donde se produce la explosión cultural y donde se encontraban las bases militares del Pacífico desde donde partían las tropas a Vietnam<sup>98</sup>. Su contenido es mas que revelador. Por ejemplo, en el número de Enero de 1971 del *Lewis-McFord Free Press*, publicado en las bases del mismo nombre en el estado de Washington, se define como ““un foro de la expresión del GI (soldado) y lanzadera de la acción, acción en armonía con la más alta ley de la conciencia y el espíritu humano, incluso cuando esta acción ataque y esté en conflicto directo con la ley institucional””<sup>99</sup>. En el número de Julio el contenido vuelve a ser similar. Junto a noticias sobre acciones, protestas locales de soldados y otros movimientos sociales, el mensaje insiste en equiparar la causa de los derechos democráticos de la tropa con la resistencia hacia la guerra y la lucha de la nueva izquierda: ““Lucha por la libertad- Cuando entras en el ejército, lo primero que te golpea es que estás desamparado- no vuelves a tener ninguno de los derechos que en la escuela primaria aprendimos que eran “inalienables”. Libertad de expresión, de prensa, de asamblea, los derechos políticos básicos son tirados por la ventana””<sup>100</sup>.

De mayor o menor elaboración, pues los recursos eran limitados, el mensaje era el mismo. Distribuyen una imagen del soldado estadounidense distinta a la que se podía retransmitir en los

97 MOSSER, R; *The new winter soldier; GI and veteran dissent during the Vietnam War* (1996); p.71

98 CORTRIGHT, D; *Soldiers in revolt, GI resistance during the Vietnam War* (2005); p55

99 *Lewis-McCord Free Press*, Volumen 2, número 1, Enero 1971; p.1

100 *Lewis-McCord Free Press*, Volumen 3, número 1, Julio 1971; p.5

medios de masas o el movimiento estudiantil. El soldado no era un héroe de guerra por combatir a los vietnamitas ni tampoco un asesino herramienta de la política exterior estadounidense. Se refleja el ideal del “ciudadano-soldado”, un miembro de clase trabajadora que defiende sus derechos democráticos a través de la oposición a la guerra y la rebeldía contra la estructura militar

1.6.-“No Vietnamese ever call me a nigger”: Tropa, rebelión y derechos civiles. El impacto de Vietnam en la radicalización social y el auge de los nacionalismo étnicos

En el número de Septiembre de 1969 del diario *Counterpoint*, publicación de la *GI's United Against the War*, nos aparece un dato interesante en relación al nacimiento y estructura de las resistencias de la tropa en el contexto de la guerra de Vietnam. Describiendo la organización de una de sus sedes en el cuartel de Fort Lewis, el artículo expone: “*Empezó como un grupo compuesto por soldados negros y puertorriqueños. Adoptaron una exposición de objetivos declarando su soporte a la autodeterminación de los vietnamitas y los grupos del tercer mundo en Estados Unidos y declarando su intento de oponerse a la guerra de Vietnam*”<sup>101</sup>.

El factor étnico y racial destacado en la organización de la protesta en Fort Lewis no es un simple detalle anecdótico. Como tampoco lo fue que en el caso de Fort Hood de 1966 los tres soldados en rebelión fueran de vecindarios de clase trabajadora urbana, y dos de ellos pertenecieran a minorías latina y afroestadounidense. Aunque no se acostumbre a asociar la contracultura con dinámicas de resistencia y con las minorías raciales en Estados Unidos, está claro que la tradición combativa de los derechos civiles y su radicalización, en parte consecuencia de la escalada en Vietnam, tuvo un efecto notable y característico en este ámbito. Entre minorías étnicas, debido al impacto del recrudecimiento de los disturbios, la violenta represión y las políticas de segregación, junto con el reclutamiento y las bajas desproporcionadas en Vietnam, se generó progresivamente una radicalización de la protesta. De se modo, de los movimientos de derechos civiles de base pacifista y moderada surgió una evolución mas combativa, directa y que construyó la base de sus reclamos mediante la reivindicación de un pasado, tradiciones y símbolos propios como colectivo. Así entre 1967-1970 nacieron lo que se conoció como nacionalismos étnicos, entendido como diversos y múltiples movimientos sociales de base étnica cuya protesta radicalizada y nueva concepción de autodefensa les llevó a la protesta por derechos políticos y sociales mediante la afirmación de su identidad cultural dentro de la sociedad estadounidense.

<sup>101</sup> *Counterpoint*, volumen 2, n.15, 20 Septiembre 1969; p.1

Por un lado el colectivo afroestadounidense fue de los primeros en llevar a cabo esa radicalización, cuando en 1966 dos estudiantes pertenecientes al *Student Nonviolent Coordinating Committee* de Martin Luther King, Bobby Seale y Huey Newton, fundaron el *Black Panther Party*, al mismo tiempo que el movimiento *Nation of Islam* dirigido por Elijah Muhammad y Malcom X realizaba su despegue. En 1968, con el asesinato de Luther King y Malcom X, y la represión racial que siguió a las protestas sociales, la tropa negra en Vietnam empezó a adoptar contundentes elementos de afirmación cultural y oposición al racismo y el autoritarismo militar. Mientras en el campo de batalla y bases de infantería de combate el racismo se quedaba suprimido gracias a los lazos de unión y solidaridad que se formaban entre la tropa de cualquier etnia estadounidense bajo las circunstancias de peligro, el racismo institucional seguía imperando entre la tropa destacada en retaguardia, y aun mas en las bases en Estados Unidos y Alemania Occidental entre la tropa negra y la oficialidad<sup>102</sup>. La existencia de clubs e instalaciones segregados, la represión contra cualquier manifestación cultural afroestadounidense, las provocaciones y asignaciones de tareas mas tediosas o repulsivas, daban lugar a fricciones raciales que acostumbraban a estallar en enfrentamientos o revueltas. Un ejemplo de ello se vio en las prisiones militares, saturadas en su mayoría por presos de etnia afroestadounidense y chicana, bajo unas condiciones inhumanas y sometidos a trabajos forzados y violencia. Con frecuencia se dieron motines de gran escala, como el de la prisión militar de Long Binh, cerca de Saigon, el 29 de Agosto de 1968, donde 200 presos afroestadounidenses se declararon en huelga<sup>103</sup>. Poco después, soldados militantes del *Black Power* se harían con un ala de la prisión y declararon un “estado africano libre”<sup>104</sup>. Sin duda alguna, la comunidad afroestadounidense fue la tropa mas rebelde protagonizando motines en numerosas bases y escenarios de Vietnam oponiéndose a la guerra, el racismo de la oficialidad y el autoritarismo, creando escenarios de constante tensión como Chu Lai, Da Nang o Camp Baxter, tornando las bases en verdaderos “estados de sitio”<sup>105</sup>.

La tropa negra en Vietnam y Estados Unidos empezó a hacer uso de elementos de afirmación cultural como el *Dap* (el saludo adoptado por el *Black Power*), portaban brazaletes negros, banderas con lemas en suajili, escuchaban música *soul* y crearon un lenguaje propio, refiriéndose a sí mismos como “*bloods*”, “*brothers*” o “*soul brother*” con tal de reafirmar un sentimiento de comunidad dentro del Ejército. La desertión entre afroestadounidenses creció hasta el 20% entre 1968 y 1970, incluso creando barrios propios como el “*Soul Alley*” de Saigon<sup>106</sup>. Otros, como el testimonio de un soldado anónimo que editó Matt Barker, optaron por predicar esta actitud rebelde dentro de las

102 *Counterpoint*, volumen 2, n.15, 20 Septiembre 1969; p.87

103 *Counterpoint*, volumen 2, n.15, 20 Septiembre 1969; p.86

104 CORTRIGHT, D; *Soldiers in revolt, GI resistance during the Vietnam War* (2005); p.41

105 CORTRIGHT, D; *Op. Cit* (2005); p.42

106 WESTHEIDER, J. E.; *The african american experience in Vietnam* (2008); p.75

bases: “Empecé a agitar el Ejército. Esa fue mi gran acción. Llevaba a todas partes un libro de Marx, solo por el placer de hacerlo. Llevaron a la policía militar a mirar mi taquilla, tratando de buscar libros de algún misionero soviético o algo así [...] Después de horas podía predicar marxismo e Islam. Era un sangre joven en aquel momento, 19 años. Iba en serio con lo de coger un arma y empezar la pelea por aquí. No tanto como una lucha racial sino como un problema social. El sistema estaba en contra de mi gente. Si tengo que cargar con un arma, dejadme tomarla y dirigirla hacia el sistema, no hacia alguien en Vietnam del que no conozco nada”<sup>107</sup>.

Algunos como él llevaron esa radicalización y su frustración ante el racismo de la estructura militar a su manifestación mas violenta siguiendo los parámetros del *fragging*, como el caso de Doc Hampton en la base de artillería Pace, cerca de Camboya. Este fue un caso muy mediático recogido por el periodista Richard Boyle, en el que el joven soldado Hampton acribilló a su sargento tras un continuado maltrato racista y progresivas amenazas a sus compañeros. Finalmente Hampton, a pesar de ser protegido por los soldados de la base, acabó cometiendo suicidio antes de ser hecho preso, lo que Boyle bautizó como “*ultimo acto de rebeldía*” ante el estamento militar<sup>108</sup>.

El 66% de los soldados afroestadounidenses que sirvieron en Vietnam se reenganchaban para un segundo servicio simplemente por la seguridad de un sueldo y obtención de mayores beneficios al retirarse, ante la perspectiva de una difícil reinserción en un barrios segregados donde reinaba un paro regular del 27%. Pero tras el asesinato de King y la Ofensiva del Tet, esas cifras de realistamientos cayeron en picado hasta reducirse a un 13% en 1970<sup>109</sup>.

De manera similar sucedió con sector de la tropa estadounidense de origen mexicano o latino. El que se conoció como movimiento chicano culminó en 1969 con una movilización que había cambiado de raíz toda la tradición de activismo mexicano-estadounidense. Ahora surgía una movilización que se identificaba no con los elementos de clase media, sino con las tradiciones y cultura mexicanas, el vinculo a la tierra, el pasado revolucionario, el antiimperialismo y su hermanamiento con otros pueblos del tercer mundo como los vietnamitas.

A pesar de que la gran mayoría prefirió cooperar con los movimientos anglosajones, el movimiento chicano se desmarcó de la contracultura y de la izquierda radical. Al estilo de los Panteras Negras, algunos sectores proclives al uso de la violencia crearían los *Brown Berets* de carácter paramilitar de autodefensa, bajo lemas como “*no somos hippies, somos luchadores*”, remarcando su separación de la oleada *underground*<sup>110</sup>. Pero aun así, no fue impermeable del todo a

107 BARKER, M.: *Nam*, (1981); p.20

108 BOYLE, R; *GI revolts, the breakdown in the U.S. Army in Vietnam* (1972); p.9

109 WESTHEIDER, J.E; *The african american experience in Vietnam* (2008); p.9

110 OROPEZA, L, *Raza si guerra no. Chicano protest and patriotism during Vietnam war Era* (2005); p.134

las tendencias de movilización y representación colectiva de la contracultura, que acabó asumiendo a través del molde de la reivindicación cultural étnica. En su primera gran acción, la moratoria del 20 de Diciembre de 1969 encabezada por los propios *Brown Berets*, se pudo observar como ese nuevo movimiento chicano con el eslógan de “Raza si, guerra no”, no era un movimiento homogéneo e independiente, donde se juntaron grupos radicales y partidarios de la acción junto a grupos estudiantiles, gente de clase trabajadora y miembros de clase media universitaria, pacifistas como los sindicalistas de Cesar Chávez y los agricultores californianos de la *Union Farm Workers*, y del emergente feminismo chicano. El nacionalismo chicano culminó en Agosto de 1970, con una nueva marcha moratoria en Los Ángeles seguida de algunas movilizaciones en Nueva York, Texas, Illinois, Colorado y Arizona. Reuniendo entre 20.000-30.000 personas, esa marcha de la “Raza Unida” no solo reunió a estudiantes, sindicalistas, trabajadores del campo y radicales<sup>111</sup>. Entre ellos también había veteranos de guerra. Como los afroestadounidenses, los chicos de origen hispano aparecían en las estadísticas como los que sufrían mas bajas en desproporción a su número, llenando los puestos de las unidades más expuestas al combate. Ambos sectores tenían una tradición donde se asociaba el servicio militar a sus derechos de ciudadanía, pero a diferencia de los afroestadounidenses, los chicanos no se habían visto excluidos del combate por la segregación racial y se habían destacado en combate, siendo el grupo social estadounidense en acumular mas medallas de Honor del Congreso. Pero con Vietnam, parecía que había cambiado. Ahora el antiguo valor de la masculinidad característico de la comunidad chicana asociado al servicio militar, extendido durante los años de las guerras mundiales y Corea empezó a disiparse. Ahora el héroe de guerra, el “soldado raso”, era aquel que lucha por los derechos comunidad, no contra los vietnamitas<sup>112</sup>.

Entre 1968-1973, los restantes años de la intervención estadounidense en Vietnam, de esa especie de relación simbiótica entre Vietnam, la contracultura por un lado y la lucha por los derechos civiles por otro, surgió una construcción ideológica nueva del soldado estadounidense. Aun tener movimientos propios, a través de la prensa se puede observar un mensaje que priorizaba la actitud de clase trabajadora y la unión de sectores étnicos dentro del ejército para acabar con una institución política que representa la segregación racial, la represión y la ausencia de derechos democráticos dentro y fuera del país . Si echamos un vistazo al número de Abril de 1971 del *Fed Up!*, en la misma página se combina una crítica contra el racismo practicado por una empresa local de Tacohma junto con un escrito exigiendo mejoras de condición de vida de la tropa y sus familias<sup>113</sup>. Y lo mismo hizo el ejemplar de Agosto de 1973 del *Lewis-McCord Free Press*, diario

111 OROPEZA, L, *Raza si guerra no. Chicano protest and patriotism during Vietnam war Era* (2005); p.147

112 OROPEZA, L, *Op. Cit* (2005); pp.150-151

113 *Fed Up!*, 28 Abril 1971, p.3

que llama al apoyo de la movilización de la *United Farm Workers*, organización de los trabajadores chicanos del valle de Salinas y Coachella en California<sup>114</sup>. Por ese motivo es habitual encontrar que los principales motines o protestas realizadas en cuarteles de Estados Unidos y Vietnam fueron protagonizados por tropas de minoría latina y afroestadounidense. En dichos actos como el mediático caso de los 8 de Fort Jackson en Marzo de 1969, se criticó públicamente a la guerra y a la política exterior y se incidió en remarcar como dicha política y la estructuras que la sustentan afectaban en la anulación de derechos y libertades de los ciudadanos, especialmente a las minorías étnicas que ven su situación doblemente oprimida. Para combatir a dichas estructuras, los amotinados de Fort Jackson afirmaban que era clave la “*nueva tropa de acción con derecho a cuestionar una política*”, frente al arquetipo de recluta sometido a lavado de cerebro: “*Vietnam significa problemas para todo GI. Nosotros no empezamos la guerra. La política exterior del presidente la hizo [...] La administración presidencial y el complejo industrial militar. [...] Y es mucho mas desmoralizante para los soldados negros y otros miembros de minorías oprimidas*”<sup>115</sup>.

Uno de los casos menos estudiados quizá se trata de unas de las minorías mas activas dentro de las Fuerzas Armadas estadounidenses desde los orígenes de país, como fueron los nativos americanos. Empleados como tropa irregular desde el siglo XVIII, a lo largo de dos siglos miembros de las naciones nativas sirvieron en el Ejército estadounidense como rastreadores o fuerzas de apoyo, en paralelo a la colonización, exterminio y desplazamiento forzoso a reservas derivado de guerras y tratados. Pero su presencia se regularizó con la Guerra de Secesión, y mas aún en el siglo XX con las guerras mundiales, en parte seguidos por sus códigos de honor y deber, familia y tradiciones tribales en relación a los tratados con el gobierno. Muchos de los veteranos que sirvieron en Vietnam alegaron que su motivo para servir en el Ejército no se derivaba del vinculo legal como ciudadanos de EEUU, sino como miembros de sus respectivas naciones indias que firmaron tratados con el gobierno estadounidense, por tanto siguiendo un código de lealtad hacia su comunidad y ganar el respeto de sus congéneres <sup>116</sup>

Sin embargo, si a inicios de los 60 la mayoría de población nativo americana se desentendía del movimiento de los derechos civiles nativo americanos, hacia finales de los 60 eso fue cambiando debido al impacto de Vietnam y la retórica imperialista empleada en ella. Un discurso que tomaba herencias de la conquista del oeste y recuperaba continuos símbolos como la denominación de las zonas bajo control enemigo como “*Indian country*” (Territorio Indio), término empleado a su vez por el gobierno estadounidense de manera jurídica para referirse a las reservas federales, pero

114 *Lewis-McCord Free Press*, Volumen 3, número 1, Agosto 1973; p.4

115 *Counterpoint*, Vol2. No.12, Junio 1969., p.2

116 HOLM T. :*Strong Hearts Wounded souls. Native American Veterans of Vietnam War* (1996): p.118

también a los territorios naturales reconocidos de manera informal<sup>117</sup>. Fue el presidente Kennedy quien desde su investidura empleó la retórica de la conquista del oeste y la frontera para referirse a la política exterior de Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría, usando el símbolo de la salvaje frontera norteamericana para hablar del mundo y la lucha contra el comunismo<sup>118</sup>. Esa terminología colonial empleada por el Ejército se repetía continuamente usando nombres de naciones y líderes guerreros indios, tanto para referirse a operaciones militares, como *Rolling Thunder*, como para denominar vehículos y armas del extenso arsenal militar. El empleo de la arma conocida como “*Puff el Dragón Mágico*”, una modificación de la ametralladora Gatling adaptada para helicópteros, hacia recordar a más de un soldado de origen indígena a las ametralladoras Gatling empleadas en masacres como Wounded Knee<sup>119</sup>.

La retórica, el racismo y las estrategias llevadas a cabo por las Fuerzas Armadas estadounidenses, junto con la exposición de la mayoría de reclutas nativo americanos a primera línea de infantería y el auge del movimiento indígena a partir de 1968 ante el aumento de violación estatal de derechos establecidos por los tratados, llevó a la movilización contestataria de soldados y veteranos de Vietnam. En Noviembre de 1969 se fundó la organización *American Indian Movement* (AIM) de mano de los activistas del pueblo ojibwa Dennis Banks y Clyde Bellecourt. Aunque en su principio se trató de un grupo de defensa y acción local para la comunidad nativo americana de Minneapolis, pronto tomó perspectiva nacional en defensa de los derechos de los nativos establecidos por los tratados y la mejora de condiciones de vida de la comunidad indígena. Sus acciones de protesta, que tomaron impacto debido a sus dimensiones, simbolismo y radicalismo como la realizada con la ocupación de la isla de Alcatraz en California, acabaron en muchos casos bajo una contundente represión por las fuerzas de seguridad estatales o federales.

En estas circunstancias, muchos veteranos nativo americanos encontraron un paralelismo entre la política militar en Vietnam, el exterminio de las naciones indias en el siglo XIX y la violenta represión que se realizaba sobre los activistas de su comunidad. Un soldado de la nación Creek-Cherokee recordaría: “*Cuando fui a Vietnam, me encontré con que mi trabajo era llevar a cabo misiones en lo que todo el mundo llamaba “territorio indio”. Eso era lo que llamaban territorio enemigo.... Me levanté una mañana pronto y me di cuenta que en vez de ser un guerrero como Caballo Loco, era un explorador usado por ejército para darle caza[...] Estaba luchando contra el enemigo equivocado*”<sup>120</sup>.

Ese sentimiento se extendió por muchos de los reclutas de manera similar a lo largo de su

117 DUNBAR-ORTIZ, R.: *La historia indígena de Estados Unidos* (2015); p.82

118 DUNBAR-ORTIZ, R.: *Op. Cit* (2015); p.236

119 KIPP, W.: *Viet Cong at Wounded Knee* (2004); p.47

120 HOLM T. : *Strong Hearts Wounded souls. Native American Veterans of Vietnam War*; 1996, p.175

servicio en Vietnam. Woody Kipp, veterano de los marines de la Confederación Pies Negros en Montana y descendiente de uno de los rastreadores indígenas al servicio del general Custer en 1876, recordaba como durante el reclutamiento era apodado despectivamente “Jefe”, por ser el único indígena del pelotón. Aunque al principio lo tomara como un apodo con orgullo por su origen nativo, fue el desplazamiento a Vietnam y el impacto que le produjo las semejanzas entre su pueblo y el vietnamita lo que le empezó a generar contradicciones: “*Como muchos otros indios en Vietnam, me sorprendió nuestro parecido físico con los vietnamitas -piel morena, pelo negro. Hasta mi madre biológica tenía rasgos orientales*”<sup>121</sup>.

Por supuesto para Kipp no solo fue el semblante físico lo que le generó una reacción de identidad frente al servicio en los marines. Como marine, fue testigo del desprecio, abusos y vejaciones que personal militar sometía a los vietnamitas, calificándolas de incivilizados. Del mismo modo, viniendo de la Reserva Pies Negros de Montana, vivió de muy cerca los problemas dentro de su comunidad como el alcoholismo, heredados de la colonización occidental. A su vez, durante el servicio las actitudes impuestas por la oficialidad dentro de su unidad les incitaba a beber, asociando la dureza y masculinidad propia del ideal de la infantería de Marina con el consumo de alcohol: “[...] *Daban glamour al alcoholismo y lo tornaban integral en la personalidad de un marine – llegué a pensar bien que dureza y beber eran gemelos*”<sup>122</sup>. Cuando el mismo Kipp fuera víctima del alcoholismo tras su desmovilización, la relación entre sus problemas heredados de los marines y los que afectaron a su pueblo durante la colonización se tornaron muy semblantes.

Esa disonancia llevó a muchos veteranos nativo americanos a unirse al movimiento de los derechos civiles, muy recrudescido en violencia y que se focalizó en el reclamo de los antiguos tratados en territorios ocupados por el estado. Algunos formaron colectivos propios como la organización *Hew-Kecaw-Na-Yo* (Resistir) en Washington. Los autodenominados “*Reds GI's*” justificaron así su lucha en un comunicado: “*En la actualidad, en el nuevo ejército, prevalecen las mismas condiciones para los soldados nativo americanos que prevalecieron hace 75 años; somos reclutados en el ejército y forzados a servir al Gran Padre Blanco y a los ricos, mientras nuestro pueblo muere de hambre en las reservas, hambrientos por la vida que no han olvidado*”<sup>123</sup>. La organización luchó no solo para combatir el racismo y el lavado cultural dentro del Ejército, sino también para reclamar la ayuda legal garantizada a los soldados indios en los tratados, reivindicar su pasado cultural y el papel en la historia de EEUU, defender los derechos civiles y lograr la excepción del servicio militar para las naciones indias.

El ejemplo mas conocido de esta protesta fue la ocupación y asedio de Wounded Knee,

121 KIPP, W: *Viet Cong at Wounded Knee* (2004); p.35

122 KIPP, W: *Op. Cit* (2004); p.36

123 “Indian GI's UNITE!”, *GI Counseling Services Newsletter* ( No.2, 1970, Nueva York) p.10

iniciado el 27 de Febrero de 1973. Lugar de la última gran masacre de nativos por parte del Ejército en 1890, este espacio simbólico situado en Dakota del Sur fue ocupado por activistas del AIM en protesta contra la gestión de la Secretaria de Asuntos Indios, las condiciones de vida en las reservas y en demanda de la revisión de los antiguos tratados, especialmente el de Fort Laramie de 1868.

Remarcando las desfavorables condiciones de vida de los nativos sioux oglala de la reserva de Pine Ridge, cuya media de edad era entre 44 y 64 años y sus ingresos anuales rondaban los 1500 dolares, se identificaron a sí mismos como un movimiento de liberación del Tercer Mundo. El acto de ocupación y resistencia fue precedida por la demanda de dimisión del presidente representante de la nación dentro de la Secretaria de Asuntos Indios Richard Wilson, acusado de corrupción y máximo responsable de las condiciones de vida para los nativos sioux de la reserva.

Ante la negativa a escuchar sus demandas o disponer una negociación, miembros del AIM y de la reserva de Pine Ridge ocuparon la zona de Wounded Knee, estableciendo un perímetro con bloqueos de carretera y posiciones defensivas. La respuesta federal fue inmediata, con el despliegue de fuerzas de seguridad de la fiscalía, la Guardia Nacional, elementos de la brigada 182 Aerotransportada y el FBI para establecer un asedio, respaldado con blindados y apoyo aéreo. Tras el inicio de las hostilidades con varios intercambios de fuego, diversos veteranos de Vietnam nativo americanos acudieron a la defensa de los activistas provistos con armas automáticas, granadas caseras y otros explosivos, organizando un perímetro defensivo con trincheras bajo el lema: “*Si tenemos que morir algún día, dejadnos morir aquí juntos en Wounded Knee*”<sup>124</sup>.

Los mismos veteranos reflejaron en la prensa como la resistencia en Wounded Knee se asemejaba demasiado al sureste asiático: “*Si el gobierno pudiera matar de una vez a los indios, lo haría, como siempre hicieron en el pasado y como hacen con los vietnamitas. De hecho Wounded Knee, Dakota del Sur, parece Vietnam- blindados APC, rifles M-16, helicópteros Huey, Phantoms, bengalas, etc.*”<sup>125</sup>. El asedio por fuerzas federales se postergó por 71 días, cobrándose dos víctimas entre las filas de los resistentes y convirtiéndose en un evento altamente mediático. Las imágenes televisadas de las barricadas, los manifestantes armados tras parapetos o montando guardia a caballo rememoraban los últimos días de resistencia durante las guerras indias. A su vez, una de las imágenes mas difundidas por al prensa mostraba a un veterano de Vietnam luciendo la chaqueta de combate, pero con una bandana roja en la frente y alzando los brazos con un kalashnikov en la mano derecha, recordando a la famosa imagen del guerrillero del Vietcong empleada en múltiples carteles de propaganda. Para muchos de estos veteranos *Reds GI's*, participar en Wounded Knee reivindicando tanto sus derechos como su herencia sirvió como elemento de transición a la vida

124 “SF State Vets at Wounded Knee”, *The Veteran*; Vol.1, No.2, 1973, p.3

125 “Same Fight-Same Foe”, *Column Left* (Vol.3 n.2, Abril 1973); p.1

civil, pues recibieron el ritual espiritual del guerrero, común dentro de la tradición de diversas naciones indígenas. La negación o la ausencia de esta tradición ritualística, donde se sana y se recibe al guerrero de nuevo en la comunidad, debido a la crisis de la vida en las reservas o a la impopularidad de la guerra, fue lo equivalente a la ausencia de reconocimiento político y social para el resto de colectivos de veteranos.

Al fin y al cabo, Vietnam y la política militar estadounidense había magnificado la percepción de las minorías como los sectores marginados, colonizados, segregados y racializados, concibiendo así unos nuevos valores del “ciudadano-soldado”. Por eso, es habitual que la *GI. Press* se identificara con las protestas de trabajadores chicanos, la lucha por los derechos de la mujer o con la condena de los disturbios raciales. Prácticamente, los colectivos de veteranos y miembros del *GI. Movement* dieron apoyo a todos los movimientos de lucha social. Lo mismo sucedió con el movimiento protesta de la clase trabajadora blanca pobre, representado por la *Young Patriots Organization* y el *Rising Up Angry* de los suburbios de Chicago. Surgido a raíz de una clase trabajadora blanca que emigró del sur al norte tras la Segunda Guerra Mundial, el hacinamiento en barrios periféricos con mínimas condiciones de vida, la marginación y la represión policial violenta sobre los “rednecks” o “hilbillies”, idénticos a la que sufrían sus vecinos latinos y afroestadounidenses, fueron motivos que llevaron a este colectivo a crear una causa común con movimientos radicales como el *Black Panther Party*. Rompiendo con los estereotipos de racismo y el conservadurismo aplicados por clases medias y el movimiento universitario, la *Young Patriots Organization* y el *Rising Up Angry* atrajeron a veteranos criados en barrios industriales en protesta contra la pobreza urbana, el racismo institucional, la represión policial, la guerra de Vietnam y en defensa de la autoorganización barrial y el apoyo mutuo. Fue la única vez que el *Black Panther Party* o un movimiento de reivindicación de derechos civiles se alió con un movimiento social de clase obrera blanca que tuvo como elementos simbólicos de lucha la bandera confederada, el bandido Jesse James y la música *country*. Símbolos que se definieron en términos de rebelión contra el estado y todos sus estructuras de segregación de clase y raza, y que se equiparaban a otros símbolos reivindicativos como el abolicionista radical John Brown o el lema “*Power to the People!*”.

Junto a estas protestas y movimientos donde se combinó la protesta social y el reclamo de derechos civiles junto con la afirmación étnica y cultural de minorías, los veteranos de Vietnam y la guerra en el sureste asiático también tomó un papel notable en la lucha por el género y la identidad sexual. Aunque la reivindicación de los derechos homosexuales ya tomó un punto de salida tras la Segunda Guerra Mundial, protagonizada por la *Mattachine Society* cuya protesta seguía unos tintes

conservadores y políticamente correctos, de nuevo Vietnam y la experiencia dentro de las Fuerzas Armadas sirvieron de catalizador que reafirmaron las contradicciones respecto trauma, servicio y constructo identitario.

Del mismo modo que el entrenamiento y la estancia en el Ejército suponía un espacio de represión y segregación para afroestadounidenses, hispanos y otras minorías, plagado de insultos racistas y violencia, los reclutas homosexuales destinados a Vietnam convivieron con una constante persecución y denigración mediante un lenguaje homófobo. “*Fags*” y “*queers*” constituían insultos constantes durante la formación y el servicio como táctica de alienación y brutalización de los reclutas. Como parte de este discurso, se incluyó la persecución de todos aquellos elementos que contradijeran o se opusieran a ese discurso masculinista, y con frecuencia se convertían en objeto de abuso dentro del adoctrinamiento militar. Dan Pecan, veterano de Vietnam y activista del *GI Movement*, tras recordar como los sargentos instructores comparaban a los “*queer*” con “*gooks*” e incitaban a los soldados a perseguir a compañeros homosexuales, expuso en una carta pública la denuncia de esa situación: “*Los mandos y el estamento militar han usado a los homosexuales para luchar sus guerras; dándoles a los soldados malos nombres mas allá de los mares y en casa, alimentándose de su explotación y opresión, manteniendo al pueblo dividido y alejados de la búsqueda de los caminos verdaderamente revolucionarios para resolver sus problemas*”<sup>126</sup>.

Ante esta perspectiva, Pecan expresaba su decepción pues el *GI Movement* no estaba tomando como causa la persecución de los soldados homosexuales: “*Me gustaría saber quien está llevando el trabajo del GI. Movement gay porque muchas veces me siento solo. Me gustaría saber que se esta haciendo por los soldados gays en los cuarteles, especialmente en Vietnam y los veteranos que vuelven [...] No hay modo mejor de educar a la gente sobre la conexión entre los problemas de la gente gay, la guerra en Vietnam y los grandes negocios que el GI. Movement*”<sup>127</sup>

Pero a partir de la década de 1970, tras la movilización de la nueva protesta a favor de los derechos de homosexuales y transexuales tras los disturbios de Stonewall, reclutas, soldados y veteranos iniciaron el reclamo de sus derechos sobre su sexualidad. Aunque no se constituyó ningún núcleo independiente de protesta radical, sectores del *GI. Movement* y colectivos dentro de la *VVAW* incluyeron al nuevo movimiento gay en su protesta, elemento que no había calado en movimiento pacifista de 1968. De este modo, como representante de la segregación social general, colectivos de soldados y veteranos de Vietnam homosexuales adscritos a estos grupos iniciaron su lucha por sus derechos oponiéndose a ese discurso masculinista y homófobo empleado para fomentar la guerra y el imperialismo: “*La violencia y la guerra han sido perpetrados no solo en el*

126 PECAN, D.; Carta a *Resisters inside the Army*, No. 145, Noviembre 1972, p.7

127 PECAN. D; Carta a *Resisters inside the Army*, No. 145, Noviembre 1972, p.8

*nombre de América, la democracia y Dios, sino también en el de la masculinidad, el masoquismo, el chauvinismo masculino y John Wayne [...] Mientras está socialmente aceptado para un hombre competir, luchar y a veces matar a su hermano, amar a alguien del mismo sexo es algo pervertido, criminal y enfermo. Como muchos saben, alguien que pone delante de su frente el término supermacho está en duda de su propia masculinidad seguramente. Muy a menudo, los resultados de esa máscara y continua represión tiene desastrosos resultados. My Lai no solo fue racista, también sexista. Mata, se un hombre.”*<sup>128</sup>

Bajo el lema “*Nunca un vietnamita me ha llamado marica*”, inspirado en el eslogan empleado por los soldados afroestadounidenses, soldados y colectivos de veteranos gays y lesbianas tomaron como uno de sus objetivos principales atacar a esa retórica masculinista y denunciar la segregación sobre el colectivo. Desde los abusos y el miedo al encarcelamiento o los inacabables chistes de “tortilleras” y “maricas”, hasta la presión de tener que actuar según la imagen de “rectitud masculina” del ejército<sup>129</sup>. De ese modo, soldados como los miembros de la *GI Alliance* con sede en las bases de Fort Lewis y McChord realizaron una de las primeras denuncias contra el lenguaje homófobo y su empleo como herramienta de fomento del militarismo en Vietnam: “*la discriminación que sufren los soldados homosexuales y el lavado de cerebro que todos los soldados sufrimos. Como reclutas somos constantemente acusados de “maricas”. Si no matas a “gooks”, eres un mierdecilla, si tomas entendimiento humano sobre los problemas de otro chico, para los sargentos instructores implica que eres un “marica” o que te faltan “huevos”. [...] Cada signo de compasión es pintado de “afeminado”, mientras la brutalidad, el sadismo y el odio se suponen que son masculinos. [...] No aceptamos el lavado de cerebro de los oficiales vividores,. No pensamos que los vietnamitas son “gooks”. No creemos que cualquier oficial veinteañero que pega a su mujer tenga algún derecho para hacer chistes machistas sobre las WAC's. El “acoso al marica” es otra parte del mismo lavado de cerebro enfermizo, y no aceptamos eso tampoco*”<sup>130</sup>.

Pero la gran movilización de los soldados y veteranos de Vietnam llegó con la represión estructural del sistema de licenciaturas y compensaciones, cuestión que fue introducida en la lucha por los derechos de los veteranos por la *VVAW*. Dentro del Código de Uniformidad Militar existían 11 artículos donde se destacaba la homosexualidad, la sodomía o cualquier definición de contacto sexual entre hombres como motivo de licenciatura con deshonor. Eso no solo los eximia de recibir los beneficios y ayudas sociales para veteranos, sino que además incluían sus datos en el programa de separación por números, un código donde quedaba registrada la falta o motivo de licenciatura con deshonor y por el cual, empresas y departamentos gubernamentales podían descartar la

128 “Cut off da ear or you're a queer”, *The First Casualty*, Vol.1, No.2, Octubre 1971; p.2

129 “Gay people in the military”, *Liberated Barracks*, Vol.1 No.4; Diciembre 1971, p.4

130 “Straights and gays suffer Army sexism”, *Lewis-McChord Free Press*, Vol. III No. 3, Setiembre 1971; p.3

contratación de personal relacionándolo con conductas criminales o asociales. La homosexualidad aparecía definida en 6 códigos distintos, clasificándola como crimen, conducta asocial, desviación sexual o actos lascivos, y por ello los veteranos cuya licenciatura había sido marcada lo tendrían mas difícil a la hora de buscar empleo<sup>131</sup>

### 1.7.- “We gotta get out of this place!”<sup>132</sup>:La música rock y la imagen del combatiente

“Rock 'n roll”se tornaron en palabras populares, conocidas y extendidas mundialmente. Esta nueva música popular surgida en los 50, que definió el carácter de la nueva juventud nacida de la posguerra, se puede encontrar como uno de los pilares clave que explican y acompañan la protesta y la contracultura de la década de los 60. Sin embargo, quizá sorprenda ver que ese término era empleado en el *slang* de la tropa en Vietnam como sinónimo de “fuego a discreción” antes de desatar una mortífera ráfaga de disparos, símbolo del “hedonismo de la destrucción” del que hablaba el historiador Christian G. Appy en referencia al extrema, excitante, libre y sugerente potencia armamentística que residía en las manos de un solo soldado<sup>133</sup>. Aunque no fuera de manera explícita, las referencias a la guerra en las letras que tronaban en conciertos y radios no podían disociarse. Aun hoy día, letras de temas de *The Rolling Stones*, *Creedence Clearwater Revival*, *The Animals* o John Lennon no trasladan a las imágenes televisivas de helicópteros y soldados en arrozales, insertadas en la cultura popular. La música había llegado a Vietnam con aquel medio millón de adolescentes pertrechados a su vez con cascos de combate y rifles M-16.

Muchos hablan de la Guerra de Vietnam como la primera guerra con una auténtica banda sonora, pues el auge de la música folk a inicios de la década y su progresiva evolución hacia su sonido más eléctrico, culminando en la música rock y la psicodélica de finales de los sesenta e inicios de los setenta, la que adoptó la guerra de Vietnam como uno de sus temas recurrentes propios. Herencia de la música folk protesta de finales de los 50, crítica contra la carrera armamentística nuclear y defensora de la lucha por los derechos civiles protagonizada por artistas como Peter Seeger, Tom Paxton, Phil Ochs y los emblemáticos Joan Baez y Bob Dylan, la nueva música rock había adoptado los tonos de crítica y rebeldía contra los valores conservadores, consumistas, clasistas y materialistas de la sociedad estadounidense. Y en ello encontraron en la

131 “Has Uncle Sam got your number?”, *Veterans Voice*, Vol.II, No.4, 1974; p.4

132 Canción lanzada como sencillo por el grupo de rock británico *The Animals* en 1965, cuya popularidad entre la tropa en Vietnam la hizo indisoluble del conflicto y reflejo de la baja moral de los soldados

133 APPY, C. G: *Working-class war*, (1993); p.264

guerra de Vietnam el epicentro de todo aquel malestar social y político, en un momento en que los jóvenes se sentían el centro del mundo. Muchos de esos chicos y chicas hallaron en esa música un factor clave en la motivación de sus actitudes políticas<sup>134</sup>. Ya en 1965, con el inicio de la escalada bélica, el cantautor Tom Paxton editaba “*Lyndon Johnson told the nation*”, sencillo de escaso éxito donde el músico decía: “*Lyndon Johnson dijo a la nación/ No tengo miedo de la escalada/ Estoy intentando convencer a todos/ que eso no es una guerra de verdad/ Estamos enviando a 50.000 mas/ Para salvar a Vietnam de los vietnamitas*”<sup>135</sup>. Un año antes, Phil Ochs publicaba “*Ain't gonna marching anymore*”, canción crítica con la política exterior estadounidense, donde recorriendo diversos conflictos de Estados Unidos el cantante urge a la protesta y la desertión respecto a la nueva guerra que se avecina. Canciones dirigidas a un público de clase media, a los pequeños círculos del Village de Nueva York, los manifestantes de Washington y los bohemios *beatnicks* de San Francisco.

Por muy populares que pudieran ser esas canciones, era una música inicialmente dirigida para aquellos que protagonizaron el famoso exilio a Canadá, los chicos de clase media universitaria, cuyo mensaje era el de desertar como modo de detener la guerra. Cabe recordar que, según las cifras de Strauss y Baskir, de los 2,3 millones de chicos que sirvieron en Vietnam, entre los cuales 1,6 millones pisaron la primera línea de combate<sup>136</sup>, tan solo un 20% tenía su origen en clases medias acomodadas. En general un público que tenía muchas más facilidades y conocimientos para evadir el servicio mediante prórrogas universitarias, la manipulación y falseo de pruebas médicas, sobornos a mesas de reclutamiento y compra de salvoconductos, la desertión a Canadá o Noruega, el juego de la carta de la Objeción de Consciencia o la salvación del ingreso en la Guardia Nacional. No es de extrañar que estos se tornaran en parte los héroes no combatientes de la guerra de Vietnam, precisamente por eso, no combatir. Cabe recordar canciones como la ya temprana “*Eve of Destruction*” (1965) de Barry McGuire, “*2+2=?*” (1968) de Bob Seger, “*Draft Morning*” (1968) de *The Byrds*, “*Draft Resister*” (1969), de la banda de rock canadiense *Steppenwolf* o “*My uncle*” (1969) de *Flying Burrito Brothers*. Todas canciones que insisten en letras similares. Por ejemplo, en “*Eve of destrucción*” el mensaje llamativo recae en la estrofa que dice “*El este del mundo está explotando / La violencia quemando, las balas volando / Eres suficientemente mayor para matar/ pero no para votar / No crees en la guerra / pero porque llevas esa arma?*”<sup>137</sup>; el mismo mensaje que repite Bob Seger: “*Si, es cierto, soy un hombre joven / pero soy suficientemente mayor para matar / No quiero matar a nadie / Pero debo hacerlo si lo queréis / Y si alzo mi mano preguntando / Diréis*

134 MACPHERSON, M.: *Long time passing. Nam and the haunted generation* (1987); p.124

135 PAXTON, T.: “Lyndon Johnson told the nation”, *Ain't that News* (1965), Elektra Records

136 LAWRENCE M.; STRAUSS, W. A.: *Chance and circumstance* (1978); p.5

137 MCGUIRE, B.: “Eve of Destruction”, *Eve of Destruction* (1965), Dunhill Records

que soy un loco / Porque tengo el descaro de preguntaros / Quizás podáis cambiar las reglas”<sup>138</sup>. Y del mismo modo, en “*Draft Resister*” de *Steppenwolf*, el héroe y el valor de la masculinidad no proviene del recluta, sino el desertor que se aventura al destierro: “*Un desertor americano que encontró paz en suelo sueco / Se unió para buscar aventura y probarse a si mismo como hombre / Pero trataron de romper su espíritu hasta que su consciencia arruinó sus planes*”<sup>139</sup>.

La evolución de la juventud estadounidense, el auge de los movimientos, la politización de las masas universitarias y el crecimiento de los valores contraculturas hizo que la música encontrará en su pensamiento, en valores como el antimaterialismo, la rebeldía, el descontento social y el renacer espiritual, los temas claves con los que identificar su música. Y en esos valores idealistas, la guerra en Vietnam, el reclutamiento y la protesta se erige como elemento representativo de todos ellos<sup>140</sup>.

Sin embargo, se debió esperar hasta 1967 para que se publicase un éxito musical en el que se incluya la figura del combatiente. En 1967, el grupo de rock psicodélico *Country Joe and the Fish* publicó “*I Feel-Like I'm fixin' to die Rag*”. Mas tarde, en solitario, el cantante del grupo bajo el nombre Country Joe McDonald lanzó “*Kiss my ass*”. La primera de éstas, aunque fuera de nuevo una canción dirigida a los chicos que iban a ser reclutados, tuvo un gran éxito entre los chicos destacados en Vietnam, ya que además de hacer una abierta crítica al gobierno y la guerra, establecía una estrecha identificación con los soldados<sup>141</sup>. Quizá quede mas claro con el segundo tema. En “*Kiss my ass*”, se narra la historia de un chico que, abatido y sin expectativas de futuro al salir del instituto, decide “*alistarse para dar una vuelta*” pero justo ahí es donde empiezan sus problemas: “*Me dieron unos zapatos que me hirieron los pies / Me dieron comida que no me alimentaba / Me dijeron que no combatiría solo / Me enviaron a Saigón y ellos se quedaron en casa*”<sup>142</sup>. Muchos testimonios de soldados explicaban su sentimiento de alienación a través de las letras de *Country Joe and the Fish* como una salida necesaria ante la ansiedad y la falta de sentido de su servicio, explicando el rotundo éxito de esta canción entre la tropa.

Seria a partir de 1968, fecha en que tuvo lugar la Ofensiva del Tet y el auge del abatimiento, desmoralización masiva y resistencia de la tropa estadounidense, cuando mas popular se tornó la música rock, tanto como un modo de alienación psicológica como a su vez arma de resistencia. En el sentido de la música como herramienta cultural de confrontación hacia la estructura militar, el rock psicodélico, a su vez asociado con el consumo de drogas (otro elemento símbolo de la desmoralización y a su vez subversivo), y la música *soul* popular entre la tropa afroestadounidense,

138 SEGER, B.: “2+2=?”, *Rambli', Gamblin' Man* (1968 ), Capitol Records

139 KAY, J.; MCJOHN, G.: “Draft Resister”, *Monster* (1969), Gabriel Mekler

140 JAMES, D. E.: “The Vietnam War and American music”, dentro de: ROWE, J. C.; BERG, R. (Ed): *The Vietnam War and American Culture* (1991); p. 243

141 JAMES, D. E.: *JAMES, D. E.: Op. Cit* (1991); p. 240

142 MCDONALD, J.A.: “Kiss my ass”, *Vietnam Experience (The Vietnam War, Dec 22 1961-May 7 1975)*, Rag Baby

se erigieron herramientas con las que enfrentarse la oficialidad y el código de disciplina militar. Una música rock moderna que se contraponía a la música *country*, representativa de la oficialidad blanca racista y belicista. El patriotismo belicista se había cernido básica y únicamente en la música *country*, de escasa popularidad entre los jóvenes a excepción de sectores de las clases trabajadoras del sur rural. Por ejemplo, canciones como “*Okie from Muskogee*” y “*A soldier's last letter*” de Merle Haggard, “*Wish you were here buddy*” de Pat Boone, la popular “*Hello Vietnam*” de Dave Dudley, que narra la marcha de un soldado por el deber a su país; o *The minute men*” de Stonewall Jackson; son canciones que intentan recuperar el tono conservador y probelicista que la música folk había dejado atrás. En “*Okie from Muskogee*”, canción que Haggard compuso durante su estancia en prisión, surgió como rechazo directo a aquella nueva generación rebelde cuyos valores contrastaban con los considerados tradicionales y americanos: “*No fumamos marihuana en Muskogee/ No tomamos viajes de LSD/ No quemamos cartillas de reclutamiento en la calle principal/ Queremos vivir bien y ser libres/ Estoy orgullosos de ser un Okie de Muskogee*”<sup>143</sup>. Sin duda, una de las más inquietantes es la balada “*The Battle Hymn of Lt. Calley*” (1971) de Terry Nelson, éxito de ventas con más de dos millones de discos vendidos<sup>144</sup>, donde se defiende la masacre de My Lay como un acto lícito de patriotismo, pero mientras el teniente Calley, responsable material de la masacre, y sus hombres están en el frente, son demonizados y condenados por “*gente marchando en las calles*”. Música, que no obstante, fue relegada tan solo a los rankings de música *country* y programas de televisión como el *Lawrence Welk Show*; canciones que sonaban a la defensiva, arcaicas y que decían hablar por el corazón de la América profunda<sup>145</sup>. Cabe resaltar que algunos artistas *country* como Johnny Cash llegaron a componer canciones críticas con Vietnam, como es el caso de “*Man in Black*”, donde recuerda: “*Llevo el negro en la mañana/ por las vidas que pudieron ser/ porque cada semana perdemos a cientos de hombres jóvenes*”<sup>146</sup>. En cualquier caso, mostraban la profunda contradicción generada en el seno de la sociedad estadounidense, no solo a partir del foco de Vietnam sino ante un fenómeno extendido y general.

Al final de la década, la música se tornó un lazo común, un elemento de unión entre diversos sectores de la población joven estadounidense. Desde militantes de izquierdas, pacifistas y desertores a soldados y marines destacados en el frente<sup>147</sup>. En ese sentido, la música rock en auge se tornaban no solo un producto asimilado y consumido tanto en el frente como la retaguardia doméstica, a la vez podían ser una respuesta o un arma para la tropa. Canciones sin ningún mensaje

143 HAGGARD, M. :”Okie from Muskogee”, *Okie from Muskogee* (1969), Capitol Records

144 APPY, C. G.; *American Reckoning* (2015); p.148

145 APPY, C. G.; *Op. Cit* ; p.125

146 CASH, J.: “*Man in Black*”, *Man in Black* (1971), Columbia Records

147 MACPHERSON, M.: *Long time passing. Nam and the haunted generation* (1987); p.123

antibélico explícito fueron entendidas como temas que se identificaban con la angustia, el miedo y el abatimiento de la experiencia como tropa de infantería. “*For what is worth*”, lanzada en 1966 por Buffalo Springfield, sin estar escrita con una empatía específica para los soldados, les hacía sentirse alienados con sus experiencias y sus ansiedades de combate: “*Hay algo pasado aquí, no está claro que es/ hay un hombre con un arma/ Diciéndome que vaya con cuidado/ Es hora de parar/ Niños ¿que es ese ruido?/ Todo el mundo está cayendo/ Se están dibujando las líneas de batalla/ Nadie tiene razón, nadie se equivoca/ Gente joven hablando a sus mentes/ están obteniendo tanta resistencia desde atrás*”<sup>148</sup>. “*The letter*” (1967) de *The Box Tops*, se relaciona directamente con el soldado que espera la carta de su chica en el frente, “*Nowhere to run*” (1967) de *Martha Reeves and the Vandellas* tiene una asimilación directa con la imposibilidad del recluta de huir del frente; y “*We gotta get out of this place*” (1965), de *The Animals*, se convirtió en un tema recurrente que escuchaban los soldados sumidos en una refriega o cuyos calendarios de servicio están llegando a su fin. Precisamente, en la película “*Hamburger Hill*” de John Irving, es el tema que precede a la llegada de las jóvenes tropas estadounidenses al mortífero valle de Assau, lugar donde en los días siguientes tendría lugar una de las carnicerías más significativas de la guerra. Incluso canciones sobre la evasión y burla del reclutamiento, tema que siempre había generado resentimiento y conflicto de clase entre la masa joven universitaria de clase media y la tropa de clase obrera reclutada a Vietnam, comenzaron a hacerse populares en Vietnam a partir de la ofensiva del Tet. Un ejemplo de ello nos lo ofrece el personaje de Alice en la novela escrita por el veterano Gustav Hasford “*Short-Timers*”, figura que mezcla una imagen de brutalidad bélica degenerada con los elementos propios de la contracultura: “*Alice es un coloso negro, un salvaje africano con un trapo sudoroso de seda verde de paracaídas atado a la cabeza; sin casco. Lleva un chaleco que se ha hecho con la piel de un tigre de Bengala que mató una noche en la colina 881. Luce un collar de huesos de vudú; huesos de gallina de Nueva Orleans. Se llama a sí mismo “Alice” porque su álbum favorito es “Alice’s Restaurant*”<sup>149</sup>. “*Alice’s Restaurant*” (1967) del cantante Arlo Guthrie, representó un éxito de ventas que incluso inspiró un film del mismo título, donde se explica una divertida y surrealista historia de un chico que trata de evadir el servicio militar.

Otras empezaron a hablar explícitamente de la guerra desde el punto de vista de la tropa. Algunas como “*Fortunate son*” o “*Running through the jungle*”, de *Creedence Clearwater Revival*, “*Gimme Shelter*” (1969) de *The Rolling Stones* y “*War*” (1970) de Edwin Starr se volvieron populares al describir la destrucción y los horrores de la guerra con los que de nuevo la tropa se alineó. Una de las más populares fue “*Machine Gun*” de Jimmi Hendrix, donde el cantante se dirige

148 STILLS, S.: “For what is worth”, *Buffalo Springfield* (1966); Atco Records

149 HASFORD, G.: *Short-Timers* (1987), p179

directamente a la tropa: “ *No le dispaes/ está a punto de salir de aquí/ No le dispaes/ Tiene que estar aquí,/ No puede irse a ningún sitio/ Ha sido derribado al suelo/ Oh donde no puede sobrevivir*”<sup>150</sup>. Con extrema facilidad, las brutales escenas de combates casa por casa, calle por calle en la ciudad de Hue durante la ofensiva del Tet de Enero de 1968, podrían intercalarse con los versos de “*Time has come today*” de *The Chambers Brothers*, de nuevo, otro tema popular entre los soldados. Con un inquietante sonido de reloj, casi reproduciendo la cuenta atrás ante de la agonía de un asalto o el fin del servicio, la letra de nuevo sin ser directa, transmite reminiscencias de una situación violenta y caótica: *Ha llegado la hora/ corazones jóvenes en camino/ No se pueden sacar otro día/ Y no me importa lo que dicen los otros/ Porque ellos dicen que no escuchamos igualmente/ Ha llegado la hora/ las reglas han cambiado/ No tengo lugar donde quedarme*”<sup>151</sup>.

Los ejemplos son muy numerosos como para cuantificarlos un por uno. Pero cabe observar la evolución de una dinámica cultural que surge en un contexto social, político y cultural juvenil a mediados de la década, el fenómeno de la nueva música rock estrechamente ligado a esa nueva generación de *babyboomers* a la que pertenece los “*Grunts*”. Vietnam no ha hecho esa música, pero si que la música ha absorbido Vietnam y crea un discurso que acabó por monopolizar la dimensión social y política de la guerra. Del mismo modo que la rebelión juvenil se extendió en 1968 por Chicago, Nueva York, San Francisco o Detroit, la desmoralización y la resistencia entre los chicos destinados en Vietnam hizo aproximarse a ese contexto, desde otra perspectiva de rechazo que en cierto modo pretende distanciarse del contexto doméstico, pero del que adopta símbolos tales como la música. Como se puede constatar, la mayoría de éxitos de música rock iban destinados a una nueva generación joven y militante, bajo el paraguas de la nueva izquierda, los movimientos radicales y los diversas luchas por los derechos civiles; a su vez que a la nueva contracultura y sus elementos característicos como el consumo de drogas, la psicodélica, la celebración de la espiritualidad y el antimaterialismo. En cierto modo, no es mas que una expansión de un mercado dirigido a los jóvenes, que desde el rechazo al capitalismo se torna rápidamente en un producto mas de comercialización de masas para ese nuevo mercado, los adolescentes. Muchas de esas canciones que celebran el rechazo a ese modelo de vida consumista y conservador, la psicodélica y la protesta, canciones como “*White Rabbit*”, “*Volunteers*” o “*We can be together*” de *Jefferson Airplane*, banda de rock psicodélico por excelencia de panorama de la costa oeste, que no mencionan la guerra en su sentido histórico o político, se limitan a vagas representaciones fantásticas o psicodélicas y muestran, en general, el espíritu de una débil disidencia basada en el idealismo ciego. Pero aun así, la evolución del contexto bélico y de la propia dinámica de la tropa olvidada ese panorama

150 HENDRIX, J.: “Machine Gun”, *Band of Gypsies* (1970); Capitol Records

151 CHAMBERS, W., CHAMBERS; J.: “Time Has Come Today”, *The Time Has Come* (1967); Columbia Records

contracultural y acabó siendo absorbida por ese mismo espacio cultural doméstico en auge. Canciones ambiguas que acaban siendo usadas tanto para referirse a una juventud militante como a los soldados<sup>152</sup>. El *GI* hizo aparición en la música, al mismo tiempo que la protesta se extendía por Chicago y las calles de Hue. Como diría el irreverente y enigmático activista *yippie* Abbie Hoffman: “*Dentro de cada corte de pelo GI, reside un Sansón*”.

Mientras, en Abril de 1968, la nueva izquierda y poderosa masa contracultural se estrellaba en las calles de Chicago durante la manifestación pacifista multitudinaria en la Convención demócrata, para nunca llegar a recomponerse; las grandes oleadas de movimientos se fragmentaban y dispersaban, y la gran corriente del nuevo movimiento cultural llegaba a su culmen en el gran festival de Woodstock, el gran evento contra la guerra de Vietnam que se tornó en el gran monumento y a la vez gran mercado de esa nueva contracultura juvenil. Con ello, la guerra poco a poco dejó de ser el centro de atención. Una nueva opción había fracasado. Con el descenso de la escalada bélica, la retirada de tropas, el fin del reclutamiento, la música, al igual que otros elementos de manifestación social, política y cultural de los sesenta, dejó el interés por Vietnam. Con ello, también lo hacía el joven *GI*, aún destacado en Vietnam. Aún así, la huella del soldado, o mejor dicho, del veterano, quedó enmarcada durante mediados de los setenta e inicios de los ochenta<sup>153</sup>.

Como se observa, la tradición belicista de la música, en mayor o menor grado, se mantuvo en ciertos núcleos sociales. Myra McPherson destacaba que, como el resto de la sociedad estadounidense, los veteranos también estuvieron sometidos a una polarización a través de la guerra. Para algunos chicos de clase trabajadora cristiana y tradicional del sur, la herencia de la guerra civil, el racismo y los sentimientos patrióticos continuaron a través de Vietnam. Portaban banderas confederadas en sus cascos, blindados o búnquers, escuchaban *country*, recibían los apodos de “*Rebels*” o “*Johnny Reb*”, y a pesar de estar sometidos a traumas y experiencias idénticas al resto, identificaron un valor honorable en su servicio y se negaron a admitir la derrota y todas las consecuencias derivadas de ella<sup>154</sup>. Está claro que esa visión de la guerra, ya presentes en canciones de tono patriótico *country*, *prosiguió* en los años siguientes, muy en especial durante la década de los ochenta y el período de la administración de Ronald Reagan.

Pero durante la década de los setenta, la huella dejada por la Guerra de Vietnam, la herencia de la música rock y la nueva figura del veterano vencido construida a partir de un nuevo imaginario bélico, hizo que la música de este periodo, en especial el *punk* y *hardrock*, colocasen Vietnam y a

152 JAMES, D. E.: “The Vietnam War and American music”, dentro de: ROWE, J. C.; BERG, R. (Ed): *The Vietnam War and American Culture* (1991); p. 244

153 JAMES, D. E.: *Op. Cit*; p. 245

154 MCPHERSON, M.: *Long time passing. Nam and the haunted generation* (1987); p.75

los veteranos como objeto temático, normalmente no en su mejor faceta. Si el *country* los defendía y el *folk-rock* de finales de los sesenta podía demostrar alguna simpatía o alienación emocional, la música *punk* hizo alarde de los constructos y los miedos sociales esquemáticos elaborados alrededor del excombatiente. Tenemos por ejemplo grupos como *The Ramones*, iniciadores de ese nuevo género, que compusieron explícitos temas como “53<sup>rd</sup> and 3<sup>rd</sup>” (1976), donde un ex boina verde al volver de Vietnam lleno de tribulaciones dice: “*Entonces tomé mi cuchillo/ Entonces hice lo que Dios prohíbe/ Ahora los polis están detrás mía/ Pero demostré que no soy un blandengue*”<sup>155</sup>. Una temática que sin duda nos hacen pensar en filmes que explotan el estereotipo de veterano “*bomba de relojería*”<sup>156</sup> como *Taxi Driver* (1976), aquel tópico del excombatiente que poblaba films, prensa y artículos surgidos del boom comercial de la teorización del estrés postraumático y el impacto inusual de las tasas de fallidas reinserciones, delincuencia, drogadicción y desempleo. La música no fue una excepción. Ahora, en una sociedad que pretendía olvidar la década previa y aquellos símbolos fallidos que les recordaban a la esperanza, al angustia, el amor y la muerte a nivel general y en especial el particular<sup>157</sup>, los veteranos de Vietnam entraron en la historia como los desechos de aquella utopía fracasada, un elemento regurgitante de un proyecto que en los años 80 fue además la nueva cabeza de turco en política. Veteranos de Vietnam, representados con sus desgastadas guerreras militares, con rostro e impulsos trastornados, psicóticos y totalmente sacados de contexto imbuidos por el espíritu de My Lai. La imagen del delincuente, el heroinómano, el maltratador doméstico, equiparados con los comandos de la muerte del holocausto y las tropas de asalto nazis en un nuevo contexto apocalíptico urbano repleto de decepción, desgarró y lenguaje de violencia<sup>158</sup>. Todo un paisaje y un lenguaje extraído de una guerra que permitía construir ese efecto. Y esto siguió durando bastante tiempo, ya entrados los 80. En el panorama del punk fue una temática constante. La banda de hardcore *Circle One*, conocida por su violencia en el panorama musical punk californiano de finales de los setenta, escribieron “*Vietnam Vets*”, de nuevo explotando la figura del psicótico, tullido y marginado veterano: “*Nos hablaron de luchar por nuestro país/ Pero volvimos sin gloria/ En su lugar un zumbido en la cabeza/ O ciegos, paralizados, desmembrados o muertos/ el síndrome de Vietnam no acaba aquí/ Flashbacks, inquietudes, otra pesadilla/ Una guerra que la gente quiere olvidar*”<sup>159</sup>. Aun en 1983 grupos como *Jerry's Kids* publicaban canciones como “*Vietnam Syndrome*”, en el momento en que ese término cogía amplia popularidad tras las primeras experiencias en política exterior de la administración

155 THE RAMONES: “53<sup>rd</sup> and 3<sup>rd</sup>”, *The Ramones* (1976); Sire Records

156 SEPHARD, B; *War of nerves: soldiers and psychiatrists*; (2002); p.365

157 BUZZANCO, R.: *Vietnam and the transformation of American life* (1999); p. 247

158 JAMES, D. E.: “The Vietnam War and American music”, dentro de: ROWE, J. C.; BERG, R. (Ed): *The Vietnam War and American Culture* (1991); p. 246

159 CIRCLE ONE: “Vietnam Vet”, *Patterns of Force* ( 1983 ); Upstart Records

Reagan. De nuevo se reproducía la imagen del veterano trastornado diez años después, que confunde a los ciudadanos con vietcongs y toma venganza con un arma blanca: “*Diez años después de Vietnam/ Dio su mente al tío Sam/ Creyó tener control de su vida/ Pero se volvió demente y tomó un cuchillo [...] Su lápiz se torna bayoneta/ Intentas ayudarle pero el fuego se enciende/ Ahora esta detrás de ti y de mi/ No somos americanos, somos VC*”<sup>160</sup>.

Sin duda, desde esa perspectiva no suponía ninguna contradicción hablar del veterano y la guerra, del mismo modo que para la derecha política tampoco representaba un problema teorizar que los culpables de la derrota y las consecuencias en sus combatientes se debía tanto a los comunistas como a los manifestantes, hippies, la prensa y políticos liberales que no dejaron ganar la guerra al no respaldar la causa<sup>161</sup>. En cambio, para el sector liberal teorizar sobre Vietnam en la música ya representaba algo más complejo. Aún con una comercialización del veterano herido como resultado y responsable de una guerra imperialista fallida, ¿como podía el sector progresista crear la síntesis entre música, cultura de masas y la imagen del veterano? La solución vino siguiendo la estela de aquel folk-rock de finales de la década, pero ahora distinguiendo entre el veterano víctima y el excombatiente de una guerra imperialista genocida. El único modo era reconociendo al excombatiente como víctima de esa guerra, pero sin que ello implicara la legitimación del conflicto. De ahí que surgieran “*Sam Stone*” (1971) del cantante country-folk John Prine, uno de los primeros temas explícitamente referido a un veterano con familia incapaz superar dificultades económicas y que cae en la drogadicción; o “*Bummer*” (1975), de Harry Chapin, donde se describe un relato basado en la historia real del veterano afroestadounidense Dwight Johnson, condecorado con la medalla de honor y diversos corazones púrpuras, pero cuya imposible reinserción social le llevó a cometer un atraco y morir abatido por la policía. Más adelante esa tendencia cogió mas empuje cuando artistas como Charlie Daniels o Billy Joel con su “*Goodnight Saigon*” (1982) elaboren sus propios temas, creando esa tendencia musical de rechazo al imperialismo norteamericano a la vez que establecen una relación de simpatía con el excombatiente, un nuevo modelo de soldado víctima explotado en los 80, pero que correspondería mas a ese nuevo producto cultural comercializado que no a una realidad en sí<sup>162</sup>. Pero sin duda el más popular de ellos fue Bruce Springsteen. Surgido de un contexto de clase trabajadora de New Jersey y muy cerca de haber servido en Vietnam, Springsteen tomó al veterano como tema recurrente de su música dentro de su temática general propia de *heartland* rock, describiendo las dificultades de la clase obrera estadounidense de los 70 y 80. En “*Shut out the light*” (1983), Springsteen habla por

160 JERRY'S KIDS: “Vietnam Syndrome”, *Is This My World?* (1983); Funhouse Records

161 JAMES, D. E.: “The Vietnam War and American music”, dentro de: ROWE, J. C.; BERG, R. (Ed): *The Vietnam War and American Culture* (1991); p. 247

162 *Ibid.*

primera vez de un soldado que vuelve a casa, su familia la recibe, pero no encuentra empleo. En su mundialmente famosa *“Born in the USA”* (1984), un chico problemático es enviado a Vietnam, para de nuevo, volver sin perspectiva de trabajo en la fábrica y ser ignorado por la Administración de Veteranos. Mas tarde en los 90 compuso *“Brothers under the bridge”*, donde parece que al fin el soldado se reconcilia con su pasado, mientras asiste a un desfile con su familia: *“Llegó el Día de los Veteranos/ Me senté en las gradas con mi uniforme de gala/ Tomé la mano de tu madre/ Cuando pasaron los colores rojo, blanco y azul/ Un minuto estas ahí...Y algo se desliza”*<sup>163</sup>. Apelaciones quizá más inteligentes que las que podrían hacer otros artistas, y con las que algunos veteranos se podían sentir realmente identificados. Por ejemplo, en *“Indian Country”*, novela del escritor y veterano Phillip Caputo, el personaje protagonista Christian Starkman, con una profunda depresión contenida por la muerte de su mejor amigo en Vietnam, constantemente escucha a la canción *“My father's house”* (1982) cuando recorre el camino diario de vuelta a una casa donde la vida familiar resulta apática y sin sentido<sup>164</sup>. Springsteen no cuestiona la guerra políticamente ni tampoco sus crímenes, y con un estilo ambivalente pero crítico a la vez logra equiparar el estereotipo del veterano junto con sus otros héroes de la clase obrera<sup>165</sup>. Pero ello no implica que sus apelaciones al veterano no dejen de ser más parte de ese constructo cultural que no de la realidad en si. No por ello dejan de ser válidas, ya que responden a una necesidad de un colectivo de hacerse presentes y reivindicar una situación. Exageradas o no, estos productos vendidos acaba siendo asimilados por la sociedad, veteranos o no, de derechas o de izquierdas, debido a la ambivalencia que muestran y mas aun en el periodo de crisis ideológica y revisionismo histórico de Estados Unidos. Música rock de clase obrera como la de Springsteen, identificando al veterano con el resto de sueños rotos y frustrados de jóvenes rebeldes, adolescentes embarazadas y obreros despedidos, surge como una legitimación sensata de un periodo de la historia reciente del país que nadie quería recordar. Sin embargo, como cualquier tipo de producto de comercialización cultural masiva, no dejó de degenerar y alejarse de la realidad, hasta límites grotescos. Hay que recordar canciones como el exitoso *hit* del británico Paul Hardcastle, *“19”*. Entre ritmos electrónicos funk, escenas de soldados traumatizados, frases de discursos y versos repetitivos, la canción muestra un mensaje antibelicista focalizándose en su efecto sobre una tropa de jóvenes soldados, incidiendo en su media de edad, 19 años. Una muestra de como la huella que dejo Vietnam y un espacio contracultura que se convirtió en un objeto de venta masivo hasta traspasar las fronteras de Estados Unidos.

163 SPRINGSTEE, B.: *“Brothers Under the Bridge”*, *Tracks* (1998); Columbia Records

164 CAPUTO, P.: *Indian Country* (1987), p.162

165 AMES, D. E.: *“The Vietnam War and American music”*, dentro de: ROWE, J. C.; BERG, R. (Ed): *The Vietnam War and American Culture* (1991); p.250

### 1.8. - "It's just a shot away"<sup>166</sup>. Vietnam, el combatiente y los medios de comunicación

A finales de Noviembre de 1943 se emitió en cines de Estados Unidos el documental *With the Marines at Tarawa*, película rodada por el cuerpo de Marines donde se recogían las 72 horas de duro y sangriento combate contra las fuerzas japonesas en aquel atolón del Pacífico. Sus imágenes mostraban por primera vez soldados estadounidenses y japoneses en combate en la misma escena, a la vez que se les recogía juntos como cadáveres calcinados y mutilados. Después de aquel estreno en todas las salas del país, las cifras de reclutamiento voluntario en el cuerpo de Marines descendieron drásticamente.

Su impacto no sería muy diferente al que las imágenes de las calles de Hue o las trincheras de Khe Sanh podían ofrecer a finales de Enero de 1968, cuando las cámaras grabaron el inicio de la Ofensiva del Tet. Vietnam fue la primera guerra con banda sonora. Pero también fue el gran espectáculo del gran elemento que protagonizó y dio gran parte de su significado a la sociedad de posguerra: la Televisión. Vietnam se tornó en la historia viviente mas duradera de la historia de los medios de comunicación, un negocio que se extendió más de una década. Sus imágenes y reportajes cubrieron desde los noticiarios nocturnos televisivos a revistas, documentales y periódicos de todo tipo. Entre 1965-1975 había reporteros de mas de 300 cadenas y agencias distintas destacados en el sureste asiático, enviando a Estados Unidos entre 2 y 5 noticiarios diarios<sup>167</sup>. Lo que comenzó como emisiones de dos minutos de pequeños recortes con breves introducciones, a veces sin corresponder a la realidad, se tornaron en completos reportajes de treinta minutos con impactantes imágenes, donde los realizadores estaban mas preocupados por llevarlas al televidente de forma espectacular que no en cuestionarlas o analizarlas en profundidad<sup>168</sup>. Por supuesto, sería absurdo adjudicar a este conflicto la categoría de primera guerra mediática. El periodismo de guerra moderno y su cobertura en imágenes está bien presente desde la Guerra de Crimea, la Guerra de secesión estadounidense o la Guerra Hispano-estadounidense en Cuba, y tomó su gran arranque con las dos guerras mundiales. Pero Vietnam fue la que coincidió con el gran auge del consumismo, la clase media y la configuración del núcleo familiar, y en ello, la televisión juega un papel crucial. Mientras que durante la Guerra de Corea solo el 9% de los habitantes estadounidenses tenía televisor<sup>169</sup>, en la década de los sesenta en salas de estar y dormitorios este nuevo electrodoméstico estaba presente como nuevo elemento del día a día. De ese modo, las imágenes de la guerra en el sureste asiático se monopolizaron por las cadenas,

166 Verso de la estrofa de "Gimme Shelter", popular himno de rock antibelicista del album *Let it bleed* (1967) de *The Rolling Stones*

167 BONIOR; CHAMPLIN, KOLLY; *The Vietnam Veteran* (1984); p.3

168 SEVERO, R.; MILFORD, L.; *Wages of War* (1990); 349

169 BONIOR; CHAMPLIN, KOLLY; *Op. Cit* (1984); p.18

compitiendo por los índices de audiencia como otro show cualquiera. Entre 1967 y 1968, el 97% de los programas y noticiarios nocturnos dedicaban la totalidad de su espacio a cubrir la guerra de Vietnam. Mas de 50 millones de personas afirmaban seguir los programas de actualidad sobre la guerra de Walter Cronkite y Bob Young<sup>170</sup>.

El modo en que esa cobertura se realizó entre 1965 y 1968 es un elemento a tener en cuenta si se quiere entender que tenia de característico y que tradición marcó en la representación de la imagen del veterano de guerra. Entre esos años hasta el fin de la Ofensiva del Tet, las cámaras se centraron exclusivamente en grabar escenas de combates terrestres, y como no, las bajas entre las filas estadounidenses. En menor grado, la guerra aérea tuvo un leve protagonismo ya que los bombardeos masivos sobre pequeñas aldeas carecían de interés mediático. No se gravaba a pilotos de helicópteros o de combate sino tan solo grandes aviones B-52, muchas veces siendo imágenes proporcionadas por la propias Fuerzas Aéreas. Pero la audiencia no podía ignorar unas imágenes que enseñaban a soldados luchando y muriendo en pantallas a color, captando el dramatismo bélico como nunca antes visto<sup>171</sup>. Las imágenes y los reportajes se centraban en la figura del combatiente, habitualmente queriendo transmitir un tono heroico y profesional, pero que no obstante no podía evitar las imágenes de chicos caídos en bolsas de plástico, civiles muertos, recuentos de cadáveres, prisioneros maltratados y chozas ardiendo. Se intentó lo máximo posible que se pudiera identificar al soldado de tierra con el orgullo y el heroísmo militar estadounidense, mas allá incluso cuando parecía imposible asociarlo con una causa como defender un país corrupto contra un enemigo popular y obstinado. Contrariamente, el combatiente se tendía a relacionar con los detalles mas escabrosos e inquietantes de la guerra que las imágenes mostraban<sup>172</sup>. A diferencia de la aérea, la guerra terrestre era cubierta de primera mano, por reporteros vestidos en uniforme que acompañaban a las unidades dentro de la selva, bases o intercambios de fuego. La guerra por primera vez se veía compleja, frustrante y sucia. Fue la brutalidad de los eventos de la ofensiva del año nuevo vietnamita y el consecuente cuestionamiento del gobierno y la victoria lo que dio lugar a una segunda fase de esa cobertura mediática, donde se enfatizó el increíble coste de unas batallas que no traían una victoria. Es mas, se empezó a pensar en la posibilidad de una derrota. Las palabras de Walter Cronkite, el popular periodista y presentador estadounidense, generalizaron una opinión que se hizo común entre toda la sociedad estadounidense “*¿Que demonios está pasando?, pensé que estábamos ganando*”. Los sucesos del Tet, junto con los eventos de la represión de los manifestantes de Chicago y los asesinatos de líderes políticos como Robert Kennedy, Martin Luther King y Malcom X; el impacto de las bajas y la inestabilidad de la supuesta victoria sumado al

170 BONIOR; CHAMPLIN, KOLLY; *The Vietnam Veteran* (1984); p.5

171 BONIOR; CHAMPLIN, KOLLY; *Op. Cit* (1984); p.4

172 APPY, C. G.: *American Reckoning* (2015), p.130

descrédito político, retiró el interés del público por las escenas bélicas y empezó a sumirlo mas en el descrédito y la confusión. 1968 y la ofensiva del Tet fueron consolidando a su vez la imagen de un soldado derrotado entre la sociedad estadounidense, tras el contraste de escenas como los marines tratando de retomar la embajada de Saigon con la de soldados norvietnamitas que prosiguen incansablemente en su conquista de las ciudades del Sur<sup>173</sup>

Desde un temprano inicio, el soldado fue protagonista de esos reportajes fríos y en gran medida objetivos, que transmitían ese tono cruel y obsceno sin censura que había recogido esa guerra. Fue a partir de 1967, y ya definitivo en 1968, cuando las denominadas “*bang bang stories*” irían desapareciendo de las pantallas siendo emitidas en un 13%<sup>174</sup>. Entonces los reportajes pasaron a alejarse progresivamente de selvas y campos de batalla para acercarse a las mesas de negociaciones y las críticas a la guerra, a la vez que empezó a acercar a los soldados a las pantallas expresando palabras de molestia y pérdida de confianza. Durante el asedio de Khe Sanh, el reportero John Laurence grabó como la moral caía por los suelos entre las tropas de marines estacionadas en la base. Dichas imágenes mostraban a unos marines deprimidos, sentados fuera de una trinchera mientras tocaban la guitarra y cantaban a coro la canción pacifista “*Where have all the flowers gone*” de Peter Seeger. Deteniéndose en uno de los soldados que toca la guitarra, el chico habla ante la cámara respondiendo a las preguntas del periodista de la CBS: *simplemente lo aceptas [...] aceptas que algún colega saltará por los aires y que el día siguiente será como el anterior*”.<sup>175</sup>. El mismo corresponsal dedicó un documental entero siguiendo el día a día de un pelotón en patrulla por el sureste de Vietnam durante la invasión de Camboya en 1970. “*The world of Charlie Company*” mostró en las pantallas como la compañía C de la 1ª División de Caballería, una de las unidades con más bajas destacada en Vietnam, se mostraban hastiados, agotados y desmoralizados por la guerra y la vida militar. Ante los periodistas, los soldados dirigidos por unos de sus suboficiales, el sargento Donneck, se niegan en rotundo a acatar las órdenes de su nuevo oficial que pretende guiarles por una zona de fuego peligrosa y asaltar una fortificación del NVA<sup>176</sup>.

No solo se había agotado la paciencia hacia unos líderes y sus promesas de victoria. La guerra y la violencia había llegado a las puertas de la misma retaguardia doméstica, derramando sangre juvenil en las calles de Chicago en 1968 y mas tarde en la Universidad de Kent State, donde cuatro estudiantes cayeron abatidos en una protesta antiguerra cuando la Guardia Nacional abrió fuego real sobre ellos. Las imágenes mostraban a las tropas federales cargando sobre estudiantes y los gritos de Mary Ann Vecchio sobre el cuerpo muerto de Jeffrey Miller. Esas noticias copaban los medios de

173 BONIOR; CHAMPLIN, KOLLY; *The Vietnam Veteran* (1984); p.14

174 BONIOR; CHAMPLIN, KOLLY; *Op. Cit*; p.8

175 Reportaje de John Laurence en Khe Sanh, dentro del programa número 6 de la CBS News “*The Vietnam War*” dirigido por Walter Cronkite

176 Reportaje de John Laurence, *The world of Charlie Company*, producido por la CBS News en Julio de 1970

comunicación en un momento en que en el país se asemeja irreconciliable el sacrificio nacional en el sureste asiático con esas simbologías que la cultura juvenil trajo a primera línea. De ese modo, el soldado desaparece de la pantalla, a no ser que se muestren en la tónica de esa desesperación y decaída nacional. Tal como muestran las cifras, entre la victoria electoral de Nixon en Febrero de 1969 y el fin del conflicto, la cobertura de la guerra descendió del 90% al 61%. Las imágenes continuaban llegando, pero en la NBC tan solo salían en tres ocasiones durante los telediarios de la noche de Diciembre y noviembre<sup>177</sup>.

Algunos autores como el historiador David F. Schmitz opinan que la cobertura mediática sin apenas censura, en especial durante la Ofensiva del Tet, no llevó en sí a las primeras decisiones de frenar la escalada bélica, pues la creciente polarización social respecto a la guerra no tendría ninguna influencia en las pautas marcadas por la administración Johnson a lo largo de 1966-1967<sup>178</sup>. Otros como Daniel C. Hallin afirman que los medios y la prensa no tuvieron un papel determinante en la opinión pública sobre la guerra, pues escasas veces traspasaron las barreras impuestas por el gobierno, y que fue la propia ambivalencia, falta de claridad y unidad gubernamental junto con la falta de cohesión de la sociedad la que delimitó su papel<sup>179</sup>. Pero a pesar de que estos especialistas insistan en que los medios de comunicación liberales sin censura no provocaron la deriva definitiva de la opinión pública, está claro que la venta de las imágenes del conflicto a través de los medios generó una percepción limitada y concreta de la guerra y de sus protagonistas.

Mientras a partir de 1969 la Vietnamización y las negociaciones en París entre Kissinger y Vietnam del Norte se convirtieron en la nueva carnaza mediática respondiendo a los intereses de la población, el soldado desaparece. Cuando a finales de Enero en 1970 los primeros veteranos organizados políticamente a través de la aún reducida *Vietnam Veterans Against the War* realizaron el evento *Winter Soldier Investigation*, donde se denunció públicamente las atrocidades cometidas por la política militar estadounidense, el suceso casi fue marginado totalmente por los medios de comunicación<sup>180</sup>. No sería hasta mediados de los años 70 cuando una nueva explosión trajera de nuevo al soldado a las pantallas y portadas de los periódicos, cuando la literatura médica empezó a hablar del síndrome de Vietnam. Mientras tanto, en ese lapso de tiempo en que se procedía a la retirada progresiva del sureste asiático, con un movimiento pacifista moribundo y una Nueva izquierda fragmentada y radicalizada que perdía presencia, una pequeña herencia mezcla del veterano resistente y el movimiento antiguerra hizo acto de aparición, breve pero contundente, en los medios de comunicación. Aunque en gran parte dependían de sus propios órganos de

177 BONIOR; CHAMPLIN, KOLLY; *The Vietnam Veteran* (1984); p.7

178 SCHMITZ, D.F.: *The Tet Offensive, Politics, war and public opinion* (2005); pp.165-167

179 HALLIN, D. C.: *The uncensored War* (1989); p.213

180 HUNT, D.: *The turning. A history of VVAW* (1999); p.73

información, los veteranos de Vietnam en contra de la guerra cogieron cierta notoriedad mediática a partir de su protesta política, retomando el testigo de la Nueva Izquierda y el movimiento pacifista a partir de 1968. Aunque la celebración de la *Winter Soldier Investigation* con colaboración de otros grupos civiles como la *Citizen Commission of Inquires* y personalidades de Hollywood con trayectoria activista como la actriz Jane Fonda, Mark Lane o Donald Sutherland pasara inadvertida para las cadenas de televisión, la realización de la gran manifestación en Washington D.C. en Abril de 1971 dejó una huella notable presentando un arquetipo del excombatiente militante. Conocida como Operación *Dewey Canion III*, en memoria de una sangrienta operación militar realizada en Vietnam en 1969, la marcha de mas de 2.300 veteranos, muchos de ellos en silla de ruedas, acompañados por familiares, viudas de soldados e incluso de algunos políticos pacifistas, captó la atención de las cámaras. Veteranos con cabello largo, barbas, vistiendo piezas de su antiguo uniforme militar y recreando “teatro de guerrilla” al más puro estilo de los *Diggers* de San Francisco, fingiendo ser una patrulla que ejecutaba a civiles o entregándose como criminales de guerra ante la secretaria de defensa y la corte suprema. Finalmente, las cámaras se centraron en una emotiva “entrega de medallas”, donde los veteranos arrojaban a las escalas del capitolio condecoraciones, insignias, muletas o piezas de uniforme como representación del rechazo hacia la guerra y el gobierno, a la vez que se deshacían del único reconocimiento que les había sido otorgado por su servicio. Al mismo tiempo, un joven John Kerry, en aquel momento un veterano de clase media condecorado por servir en el delta del Mekong, lanzaba ante el Comité de Relaciones internacionales del Senado un potente discurso donde denunciaba la guerra, su impacto sobre la población y sus combatientes, y las condiciones de los hospitales de la *Veterans Administration*. Aquel discurso no solo hizo despegar la carrera política de Kerry, también fue un golpe contundente contra la administración Nixon y se tornó en foco de atención muy exitoso para las agencias y cadenas de comunicación<sup>181</sup>. Muchos veteranos se sumaron al movimiento tras el gran éxito de la protesta, calificada ya como la mas grande de la época a pesar de reducido miembro, debido a que recibió un apoyo popular del 61%<sup>182</sup>. Incluso revistas de gran difusión como la publicación masculina *Playboy* incluyeron noticias y anuncios sobre VVAW, reuniendo a 8.500 miembros a su causa en 1970<sup>183</sup>.

Resulta inútil, pero, creer que la figura del soldado desmovilizado se asociase únicamente a la del veterano inmerso en la contracultura y la protesta. Teniendo en cuenta el impacto que tuvieron las imágenes de las atrocidades cometidas por la política exterior estadounidense y la gran división surgida en opiniones respecto a la guerra, cabe recordar la dificultad y la alienación cultural y social

181 HUNT, D.: *The turning. A history of VVAW* (1999); p.73

182 HUNT, D.: *Op. Cit.* (1999); p.118

183 HUNT, D.: *Op. Cit.* (1999); p.68

de los chicos que vuelven de Vietnam respecto su contexto doméstico. Un veterano recordaba “‘‘Cuando llegué a casa al principio la gente me quería preguntar, ‘‘Oh, espera, tu estuviste en Vietnam. ¿Mataste a alguien? ¿Era verdad que existía una cosa llamada sífilis negra? O empezaba a decirles ‘‘Bueno, no existía una cosa como la sífilis negra. Había cosas mas duras afrontar, pero...’’. Miraba alrededor, y nadie estaba escuchando. Realmente no querían escuchar’’’’<sup>184</sup>. Cuando en 1969 salió a la luz el juicio por la masacre acontecida en My Lai por tropas estadounidense un año antes, era evidente que la imagen que permanecería sobre el soldado era la del teniente William Calley. Se convirtió en la definición de cada soldado, el objeto a desprestigiar por activistas, estudiantes y vecinos<sup>185</sup>. No importaba que esas masacres fueran parte intrínseca de la política militar fallida de Estados Unidos, ni que fueran veteranos como Ronald Ridenhour o los asistentes a la *Winter Soldier Investigation* los que revelaran esa información a los medios de manera voluntaria como acto de denuncia. La cuestión es que, como detallaría el historiador Nick Turse, no se trataban de hechos aislados, sino de un fenómeno estratégicamente diseñado y extendido durante prácticamente toda la guerra. Hechos que, sin embargo, recayeron en su totalidad sobre los chicos que llevaron el peso de la guerra terrestre, los miembros del primer pelotón del teniente Calley. En ello tienen una gran influencia las imágenes que durante una década se retransmitieron en las pantallas. Mientras nadie podría pensar en celebrar una ceremonia de bienvenida para esos veteranos, sino mas bien una fría y hostil bienvenida, los pilotos que bombardearon el norte de forma masiva en sus aviones B-52 fueron la excepción. Cuando en 1973 fueron devueltos a Estados Unidos los dos primeros pilotos hechos prisioneros de guerra, estos no fueron recriminados. Aterrizaron en Honolulu sobre un alfombra roja, agasajados con coches, lujos y ovaciones<sup>186</sup>. En el galardonado documental de 1974 “‘*Hearths and minds*” se mostraba como el teniente George Coker era recibido por una multitud entusiasta con banderitas estadounidenses y una banda de música<sup>187</sup>. Campañas enteras de manifestación antiguerra se habían centrado en los bombardeos masivos, pero los pilotos, algunos de ellos prisioneros de guerra, no eran asociados con las escenas de My Lai. Durante toda la guerra de Vietnam, el bombardeo sostenido entre 1962 y 1975, mas destructivo en el sur que en el norte, fue mas contundente e implicó mas potencial destructivo proporcional que en la IIª Guerra Mundial. Solo en el sur se arrojaron 4 millones de toneladas, sumadas al un millón lanzados en el norte entre 1965 y 1968, y nuevamente en la campaña aérea de 1972<sup>188</sup>. Y estos, a diferencia de la guerra mundial, no eran bombardeos

184 BARKER, M.: *Nam*, (1981); p.201

185 SEVERO, R; MILFORD, L; *Wages of war* (1990); p.352

186 SEVERO, R; MILFORD, L; *Op. Cit* (1990); p.354

187 Película documental dirigida por Peter Davis, *Hearts and minds*, producido por la BBS (1974)

188 APPY, C. G.; *American Reckoning* (2015); p.158

estratégicos. Los aviones B-52 volaban a más de 12 o 14 km de altura, haciéndoles invisibles desde el cielo, y en solo unas horas volvían a las bases de Guam o Filipinas a gozar de las comodidades, siendo tan solo de forma ocasional alguno derribado por el sistema de misiles norvietnamita<sup>189</sup>. Solo un 5,5% de los bombardeos resultaban en blanco efectivo, y precisamente no eran objetivos significantes, la mayoría puentes o carreteras que se tornaron una obsesión para la Fuerza Aérea estadounidense. El despilfarro y la poca precisión de los B-52 llevó a que la Fuerza Aérea acabara empleando cazas modernos como el F-105, hasta el punto de usar bombas guiadas por láser en 1972. Alta y puntera tecnología, entrenamiento y sofisticación para destruir antiguos puentes coloniales y carreteras de tierra, y aun así los vietnamitas fueron capaces de derribar más de cien caza-bombarderos tan solo en Thanh Hoa<sup>190</sup>. Pero los rostros de los pilotos no aparecían en las pantallas cuando un proyectil de napalm impactaba en el suelo. Y las historias de aquellos que caían derribados por el sistema antiaéreo norvietnamita y sometidos a la vejaciones en el Hanoi Hilton, el principal recinto de prisioneros de guerra, ofrecían dramáticas historias que captaban al público de forma emotiva. De ese modo, un joven piloto de combate y futuro candidato republicano a la Casa Blanca, John McCain, fue coronado a la fama como representante de los valores nacionales del soldado estadounidense. Herido de gravedad y demacrado, aparecería ante las cámaras negándose a traicionar a Estados Unidos, sin abandonar la prisión hasta que el último de los cautivos fuera evacuado. Todo un cuadro que si más no, denotaba profesionalidad, orgullo y los valores arquetípicos del héroe de guerra. Muy en contraste con lo que llegó a ser representada la tropa de infantería convencional.

Al año siguiente de destaparse las atrocidades cometidas en My Lai, en 1970 Joseph Strick dirigió un breve documental titulado *“Interviews with My Lai Veterans”*. Entrevistados por Richard Hammer, el documental de unos treinta minutos recogía las experiencias de cinco veteranos presentes durante la masacre. Sin hacer un repaso profundo sobre el suceso en relación a la guerra y la política militar, los cinco exsoldados describían como fueron testigos o participaron en el ataque a la aldea, situada en el área conocida por los mandos como Pinkville, incluso como procedieron a la mutilación de cadáveres y violaciones. Ninguno evade una pregunta del entrevistador. Bernardo Simpson, veterano afroestadounidense de Mississippi, relata ante éste como: *““No había alternativas. El jefe de pelotón nos dijo que matáramos a todos y cada uno. “Si no los matáis”, nos dijo, “lo veré”. Siempre estaba cerca de mí. Matar a 18 o 20 personas “”. Gary Crossley, de Texas, respondía ante la pregunta de Hammer sobre si destruir una aldea en una operación de “Search and destroy” implicaba destruir a su gente, afirmando: “correcto”. Mas adelante, Crossley*

---

189APPY, C. G.; *Op. Cit* (2015); p.155

190APPY, C. G.; *Op. Cit* (2015); p.161

dijo: “*Los vietnamitas son gente muy divertida[...] Ellos parecen que no entienden la vida. No les importa si viven o mueren*”. Otros como James Burke, veterano de Nueva York, llegó a mencionar las siguientes palabras ante la cámara, cuando es preguntado sobre el estado de los chicos durante el suceso,: “*Oh, se veía que se lo estaban pasando bien*”. Tras esto, Hammer le pregunta si vio a alguien de su unidad afectado, a lo que responde “*No, estábamos ocupados*”. Uno de ellos muestra algunos signos de trauma emocional : “*Nos dijeron que disparáramos a cualquier cosa. Hombres, mujeres, niños. Mucha gente es capaz de hacerlo en esas condiciones [...] Vimos una pila de cadáveres. Sabíamos que algo malo había pasado, y empecé a preguntarme porque había pasado. Porque de ese modo. Porque niños pequeños. Nadie lo sabía*”<sup>191</sup>. La cuestión es preguntarnos que condiciones eran esas para que se llevara a cabo tal episodio. Pero más que un documental tratando de explicar lo sucedido, se trataba de cinco soldados recién desmovilizados explicando una operación acabada en tragedia. Los detalles morbosos y vejaciones cometidas distraen al espectador y le distancian de las causas y consecuencias de la guerra. Por muy buena intención de denuncia que pudiera tener este film documental, el resultado es que el crimen y el horror bélico se venden tan bien como las hazañas heroicas. Y con ello, se fija una imagen del supuesto protagonista.

El veterano activista, irreverente y pacifista. El héroe del aire profesional torturado, obstinado en resistir. El soldado psicópata, sediento de sangre, una máquina de matar que no solo no cuestiona órdenes, sino que va más allá. Imágenes que dejaron unos medios de comunicación que vieron en esa guerra una cornucopia de material que distribuir para captar audiencias. No obstante, el fin de la intervención estadounidense en Vietnam en 1973 y la caída de Saigón en 1975 llevaría a retirar al veterano de las pantallas durante un tiempo, mientras se trataba de olvidar un periodo de decepciones y frustraciones. No se cubrirían las necesidades de sus excombatientes y los problemas que se hacían presentes entre la tropa desmovilizada. Habrá que esperar a finales de los setenta para acudir de nuevo a la apertura de una herida abierta.

### 1.9.- “Once I was a soldier”<sup>192</sup>. El veterano de Vietnam como construcción cultural

*“Añades cosas. Perdiste un amigo en la guerra, pero ganaste otro. Te comprometiste con un principio, pero tomaste otro. Aprendiste, como explicó un viejo enfrente del ayuntamiento, que la guerra no es tan mala; no te hace un hombre, pero te enseña que la hombría es algo de lo que no hacer burla; algunas historias de valor son ciertas; los cadáveres pesan, y es mejor no tocarlos,*

<sup>191</sup> Película documental dirigida por Joseph Strick, *Interview with My Lai veterans* (1970), producida por Joseph Strick

<sup>192</sup> Verso de la canción “Once I was” de Tim Buckley, publicada en su 2º album *Goodbye and Hello* (1967), tema final de la BSO del film *Coming Home* (1978) dirigido por Hal Ashby

*miedo es parálisis, pero es mejor tener miedo que moverse y morir [...] Aprendiste que los hombres viejos tiene sus propias vidas y las valoran suficiente como para evitar no perderlas; cualquiera puede morir en una guerra si lo intenta*<sup>193</sup>. A principios de los setenta, Tim O'Brien surgía como uno de las grandes promesas de la literatura norteamericana contemporánea. En su primera novela “*If I die in combat zone*” (1973), a la que pertenece este fragmento, narraba sus propias vivencias como un chico de clase media enrolado a la fuerza en el ejército en 1968, cuyo destino en Vietnam sería representativo del sueño liberal estadounidense frustrado por los acontecimientos de la guerra y sus arquitectos. A lo largo de toda su obra, la guerra y la experiencia del combatiente y su posterior regreso a la sociedad estará siempre presente como epicentro o trasfondo de la narración. En 1979, se afianzó su trayectoria como autor de narrativa cuando su nuevo libro, “*Going after Cacciato*”, ganará el *National Book Award* en 1979, explorando el trauma y la fantasía desde el punto de vista del soldado que imagina escapar de Vietnam.

Con O'Brien empezó un nuevo modo de representar a los excombatientes en la literatura. Mas bien, una nueva vía de la representación del trauma o las concepciones deconstruidas de la guerra, los valores tradicionales y el retorno del combatiente. Tras él, siguieron otros muchos autores, veteranos de guerra los cuales ganaron cierta reputación dentro de la literatura estadounidense. Vietnam surgió como algo confuso, violento y bizarro, en muchos casos surrealista, todo un escenario sin sentido generador de terror, brutalidad, rechazo y desamparo. Autores como O'Brien, Haldeman, Caputo, Groom o Webb contribuyeron a traer esa imagen de la guerra de Vietnam, concebida alrededor de la figura del combatiente.

Muchos sugieren que no hay mejor modo que conocer los estragos de la guerra que a partir de las voces de los que participan en ellas. No obstante, esto no nos explica como fue la guerra, tan sólo como fue percibida por unos cuantos de sus protagonistas, y como acabó siendo asumida. Quizá sería mas acertada decir que hay tantas guerras de Vietnam como gente que estuvo presentes en ella. Estos habían luchado una guerra donde la supervivencia era el único sentido en sí mismo, permanecido y surgido de ella con la mentalidad del “*new survivor self*”, donde el vivir un día más era la única finalidad de la guerra<sup>194</sup>. Como remarcaría Appy, “*para las tropas mismas el éxito se media con la propia supervivencia*”<sup>195</sup>.

Pero algo que no enseña esa máxima, a la vez que la trayectoria de visualización de una guerra marcada por tantos factores como los anteriormente designados, es que si los excombatientes de Vietnam puede mostrar su percepción de sus experiencias de diversas formas, su entorno también puede hacerlo. Es en la sociedad estadounidense de masas, acomodada en los grandes medios de

193 O'BRIEN, T.: *If I die in combat zone* (2006); p.202

194 M.D. BRENDE, J.O.; Ph.D. PARSON, E.R.; *Vietnam veterans, the road to recovery* (1986); p.48

195 APPY, C. G.; *American Reckoning* (2015); p.129

difusión y la comercialización extremada de cualquier producto, donde la imagen del veterano de nuevo permanecerá absorbida y monopolizada. Tarde o temprano, cualquier producto puede encontrar su lugar en el mercado si su oferta acaba respondiendo a las necesidades de la demanda. En un país en plena recesión, pagando las facturas de una guerra fallida, con una crisis de confianza política nacional e internacional y los valores derrotados, el excombatiente se erigió como buen sujeto de pruebas sobre el que dejar caer una cabeza de turco.

#### 1.10.-La guerra de un soldado: la guerra y la memoria del combatiente

En 1976 en los cines estadounidenses el film de Martin Scorsese “*Taxi Driver*” arrasaba en taquillas con un considerable éxito. Con un joven Robert DeNiro como protagonista, la historia seguía los pasos de un marine veterano de Vietnam, Travis Bickle, con insomnio crónico e incapaz de reinsertarse de forma positiva en la sociedad. Recorriendo las calles trabajando como taxista nocturno, decadentes salas de cine pornográfico y con una marcada frustración social y sexual, Bickle acabará focalizando su trauma a través de la violencia para salvar a una prostituta menor de edad de las manos de su proxeneta.

La imagen de Bickle es mas que representativa con su sus rutinas cotidianas, su guerrera de los marines, un estafalario e ingenioso dispositivo que le permite desenfundar rápidamente y su corte de pelo mohawk, recreando un arquetipo ridículo de héroe dentro de la sociedad. Un personaje deslocalizado, que tras un intento previo de entablar una relación sentimental llevando a su cita a una sesión de cine X, terminará buscando sentido a su nueva existencia como justiciero de una joven, tanteando la idea final del suicidio. La imagen de un soldado retornado muy distinta, donde se insiste en resaltar su violenta experiencia como barrera que le impide distinguir la realidad presente del trauma y el imaginario simbólico bélico. Una experiencia en la que conecta con el imaginario cultural estadounidense y la frustración que produce su contraste. El protagonista es construido como un vaquero castrado, como la materialización de la crisis de los valores ideológicos estadounidenses y su arquetipo de héroe de la frontera del oeste que Kennedy recuperó en sus discursos. Bickle encarna a un general Custer vivo pero humillado de haber sobrevivido a Little Big Horn, en lugar de a John Wayne: incapaz de conquistar, de vencer ni representar una ideología o moral. Mientras su entorno parece descontrolarse al no poder encajar, compensa su sentimiento de castración masculina con la compra de armamento de gran calibre, el uso de la violencia y la búsqueda desesperada de una causa, un nuevo enemigo salvaje en casa que sustituya a los vietnamitas en el papel de nuevas tribus indias. No extraña que uno de los antagonistas del film,

el proxeneta, vista ropas hippies de inspiración nativo americana, mientras que el papel de doncella secuestrada por salvajes recae sobre una menor forzada a la prostitución

Cuando en 1972 se estrenó la película documental que recogía los testimonios sobre las masacres, deportaciones y vejaciones sobre la población vietnamita durante el evento de *Winter Soldier Investigation* en Detroit, los veteranos que afirmaron ser testigos o haber participado de ello asemejaban ciudadanos normales. Muchos de ellos con apariencia y elementos propios del movimiento hippie, cabellos largos, barbas y demás adornos acompañando a chaquetas de combate. Pero ningún signo de locura o trauma visible se mostraba ante las cámaras, mas allá de recuerdos dolorosos o punzantes sentimientos de culpa y arrepentimiento.

Como cualquier conflicto armado, Vietnam generó en sus combatientes los habituales efectos y trastornos físicos y psicológicos. Se ha insistido en dar un carácter especial en lo que se refiere a este sentido al conflicto del sureste asiático. Pero no se trata de la primera guerra de contrainsurgencia librada por Estados Unidos. Cualquier guerra crea bajas psiquiátricas, generalmente mucho mas numerosas y con cicatrices menos visibles que las heridas físicas. Y aún así, Vietnam y sus consecuencias fue conocida como la guerra que llevó a una revolución en la psiquiatría.

Si tuviéramos que caracterizar la guerra librada por Estados Unidos en Vietnam, por lo que refería a la estrategia militar y sus consecuencias derivadas sobre la tropa, podríamos señalar algunos factores que podrían acentuar algunos de los síntomas del trauma. En primer lugar, tenemos un factor importante mencionado anteriormente: la media de edad de los reclutas enviados al frente es de 19,2 años. Es en ese momento clave de la adolescencia donde se produce el paso psicológico hacia a la edad adulta, que sin embargo quedó bloqueado y les retiró cualquier signo de identidad, mas allá del rango y su puesto<sup>196</sup>. Chicos adolescentes psicológicamente inmaduros fueron apartados de sus referentes de autoridad paternos, substituidos por una incompetente y violenta autoridad disciplinaria militar que no solo les reprime sino que les obliga a combatir. Junto a eso cabe añadir que esos chavales son cargados de pronto con unas enormes responsabilidades para la que no han sido preparados. Con ello no nos referimos a los deberes militares, sino a la carga de guardar sus vidas y la de sus compañeros. Un descuido podía comportar la pérdida de la vida propia, la de un amigo o la de un compañero en el frente, generando un estrés constante además de la posterior depresión causada por el síndrome de “culpa del superviviente”. Un veterano recordaba: *“Nunca olvidaré los ojos de Browne. Me miró y trató de sonreír. White, su hermano de armas, lo miró. Tuve que enviar a White a casa, se quebró. Estaban muy unidos. Senté mucha pena por ambos. Pero Browne había acabado con su miseria. White, su colega, tendría que vivir con todo*

---

196 M.D. BRENDE, J.O.; Ph.D. PARSON, E.R.; *Vietnam veterans. The road to recovery* (1985); p.111

ello. *Pensaban que volverán a casa juntos*<sup>197</sup>.

Por supuesto, se añade el factor de la enorme y desmesurada potencialidad de fuego militar individual que un soldado de 18 años sin preparación psicológica y tan altas responsabilidades podía cargar en sus manos. Una cadencia de tiro proporcionada por modernas armas como el M16 que jamás se habían visto hasta la fecha, haciendo muy fácil seguir el procedimiento de “*dispara primero, pregunta después*”<sup>198</sup>. Tim O'Brien recuerda en numerosas ocasiones dentro de sus relatos y novelas esa destrucción proporcionada por la libertad y enorme poder de uso de la artillería y las armas que un joven soldado podía controlar: “*Los hombres no pueden aguantar. Se rinden. Cogen la radio e informan de movimiento enemigo, un ejército entero, dicen y ordenan abrir fuego. Consiguen apoyo artillero y de la marina. Piden que les envíen aviones. Y te digo una cosa, hacen pedazos aquel cóctel. Durante toda la noche incendian las montañas. Hacen polvo la jungla. Vuelan árboles y grupos corales y todo lo que hay por volar. Hora de quema. Riegan con napalm las lomas de arriba abajo. Traen los Cobras y los F-4. Usan los explosivos más potentes y bombas incendiarias. Todo es fuego, hacen arder las montañas*”<sup>199</sup>

Los jóvenes soldados tuvieron que afrontar otro factor determinante para explicar después las incipientes características de las heridas psíquicas derivadas de su experiencia militar. El novelista y veterano Phillip Caputo, en su primer libro que le lanzó a la fama “*Rumour of war*”, explicaba como él, oficial de carrera del cuerpo de marines que inició su servicio voluntario poco antes de la intervención oficial de Estados Unidos, había sido desplazado a Vietnam desde una base en Japón con su unidad. De forma similar lo describía John Wilson en sus memorias “*Draftee. Summed to Serve*”, transportado en barco al teatro de guerra como soldado de la 9ª de Infantería con sus compañeros de campamento y cargando su material y su arma, en un largo trayecto de veinte días<sup>200</sup>. Pero ese despliegue de la tropa en unidades a la antigua usanza, como se hizo en la IIª Guerra Mundial y Corea, solo ocurrió durante los dos primeros años de conflicto. El método de reemplazos individuales dejaba a soldados recién salidos de un violento y impactante proceso de formación totalmente solos en un nuevo país sin ningún tipo de lazo o conexión emocional, cuyo contraste cultural podía resultar más que extraño y hostil. Se añadía a más el hecho de la violencia con la que se producía la llegada. Soldados cuyo avión aterrizaba en los aeropuertos de Cam Rahn o Da Nang podían recibir fuego antiaéreo del Vietcong, sensación complementada con la visión de ataúdes o bolsas de cadáveres, exhaustos soldados de vuelta a casa, chasis oxidados de vehículos calcinados y la hostilidad de la población civil que no los recibía como otro de los invasores dentro

197 BARKER, M.: *Nam*, (1981); p.168

198 TURSE, N; *Kill anything that moves* (2013) p.192

199 O'BRIEN, T.: *Las cosas que llevaban* (2011); p.90

200 WILSON JR, J. C.: *Draftee. Summoned to serve* (2011) p.19

de su larga guerra de liberación nacional. Sensaciones que acabaron quedando como la antesala de un servicio para muchos traumático: “*Doscientos hombres sacan la respiración. Ninguno mira a los otros. Sientes terror. Pero no tiene sentido mostrarlo demasiado, así que bromeas: solo quedan 365 días para irme*”<sup>201</sup>.

Rápidamente, un recluta novato en plena fase de alienación psicológica, era movilizado en tan solo unas horas hacia su base o unidad de destino en camiones militares, autobuses blindados o helicópteros. No era nada anormal que para brutalizarlos y acondicionarlos al contexto de ese tipo de guerra, sus compañeros de unidad sometieran al recién llegado a “rituales”, tales como mutilar cadáveres o matar ganado.

Al no tener frentes definidos, el progreso militar de las operaciones de “Búsqueda y destrucción” se medía con el recuento de cadáveres. La infantería era empleada en un 95% como carne de cañón para atraer al enemigo al exterior, para ser después aniquilado bajo la potencia de fuego aérea estadounidense, muchas veces, siendo la propia infantería alcanzada por su propia cobertura aérea. Un 20% de las bajas en Vietnam sería causa directa de ese “fuego amigo”<sup>202</sup>. Bajo esos términos, las tropas permanecían frustradas, agotadas psicológicamente, tras misiones de 30 días, disparando a un enemigo invisible que no dejaba rastro y al que solo en la mitad de ocasiones lograban ver<sup>203</sup>. Durante la IIª Guerra Mundial, un soldado estadounidense participaba en combate una media de diez días al año, mientras que en Vietnam, el número total que un soldado podía pasar en zona de combate se alargaba a una media de 240 días. Del mismo modo que a diferencia de los anteriores conflictos donde el periodo entre la retaguardia y el frente era mas prolongado, Vietnam se convirtió en la primera guerra aeromóvil, basada en el novedoso uso del helicóptero como instrumento de transporte y armamento militar. Por tanto, no se producía un proceso de transición ya que en menos de una hora podían ser transportados o retirados de la zona de combate mediante estos aparatos.

Las presiones del *Body Count* proyectadas por el alto mando y la falta de objetivos estratégicos convirtió como gran y último fin la aniquilación de la población vietnamita como vía para sobrevivir, algo para lo que la joven tropa era ya preparada y adoctrinada en los campos de entrenamiento. El simple hecho de declarar una zona de fuego libre daba carta blanca para justificar cualquier muerte con la que rellenar las primas establecidas de bajas enemigas con las que aportar supuestos datos de progreso al Pentágono. Si en un principio el contraste del sinsentido de una misión que acababa en la quema y destrucción de una aldea desconcertaba y afectaba a la moral de la tropa, la efectos psicológicos y físicos de la guerra de contrainsurgencia y la presión ejercida por

201 O'BRIEN, T; *If I die in combat zone* (2007); p.75

202 APPY, C. G; *Working-class war* (1993); p.185

203 APPY, C. G; *Op. Cit.*, (1993); p.158

los altos mandos acabó convirtiendo a los soldados en activos partícipes de salvajes actos sin poder disociar el genocidio de cualquier hecho que justifique el progreso y la mera supervivencia. Así por ejemplo lo recordaban Gary Crossley y James Burke, aquellos veteranos presentes en My Lai que viéramos anteriormente y en los testimonios de los cuales se encontraba ésta misma cuestión: *Mucha gente es capaz de hacerlo en esas condiciones*<sup>204</sup>. Como ellos, muchos otros veteranos fueron conscientes de esa masacre sin sentido sobre la población civil y la contraproducente e ineficaz estrategia estadounidense: *“Aquí mueren cada día más civiles que vietcongs, ya sea por accidente o a propósito, y eso son asesinatos evidentes. No me sorprende que cada vez haya más vietcongs. Hacemos más vietcongs de los que matamos por la manera en que tratamos a éstas personas. No entraré en detalles, pero algunas cosas de las que pasan aquí avergonzarían a la buena y querida América”*<sup>205</sup>.

Características similares y propias de una guerra de contrainsurgencia que se convirtió en una guerra colonial fallida, y que como consecuencia conllevaría demasiadas vidas perdidas y elevados costes económicos. Pero como en toda guerra, no todos los que fueron destacados en Vietnam padecieron de forma directa las características y los efectos del combate. En el caso de Vietnam, esto fue especialmente visible. Cabe recordar que, como resultado de la rápida y masiva modernización industrial que había realizado el Ejército estadounidense durante la Guerra Fría, tan solo uno de cada cinco reclutas fue soldado de combate. Se produjo una tensa separación entre esos *“Grunts”*, los soldados del frente, y los *“Offices Pogues”* o *“Remington Riders”*, aquellos quienes conformaban la intendencia y la logística, no exenta en ocasiones de los peligros y los estragos de la guerra<sup>206</sup>. Siguiendo la ola de consumismo masivo de los 60, el Ejército proveía y requería de todo tipo de material y compleja organización, y para ello se necesitaba de amplio personal. Casi parecía absurdo que una compañía pudiera recibir en medio de la selva vietnamita raciones de helado, *budweisers* y el último número de *Playboy* en menos de una hora a través de helicópteros de abastecimiento. Pero el auge del consumismo masivo y la comodidad material había llegado incluso hasta los frentes de batalla de forma exprés.

Ese impacto psicológico que significó la anulación de una transición entre el frente y los elementos asociados a la retaguardia prosiguieron incluso con el fin del servicio del soldado. Una vez terminado su servicio de un año, en menos de 36 horas podían pasar del calor sofocante, el estrés y la tensión de la guerra de guerrillas a un aeropuerto de la costa oeste de Estados Unidos. Aunque se hiciera para reducir el impacto de la guerra en la retaguardia y asegurar que el servicio de doce meses tendría menos consecuencias para la salud mental y física de la tropa, con esa

204 Película documental dirigida por Joseph Strick, *Interview with My Lai veterans* (1970), producida por Joseph Strick

205 EBERT, J.R.; *A life in a year: the American infantryman in Vietnam* (2004); p.392

206 APPY, C.G; *Working-class war* (1993); p.241

política lo único que se logró fue socavar la cohesión de las unidades y continuar con esa disrupción psicológica entre el frente y el hogar. Alienando al soldado, estos solían dibujar calendarios o anotar los meses restantes en sus chalecos y cascos, incluso llevando como consecuencia lo que los psicólogos llamaron “*short-termer's syndrome*”, es decir, el síndrome del soldado cuyo servicio está a punto de finalizar y sufre de obsesión y paranoia ante el temor de arriesgar su vida en alguna misión<sup>207</sup>.

### 1.11.- *“The world”: retomando el testigo, asimilando pérdidas*

Al igual que el despliegue, la retirada se hacía de forma individual en aerolíneas comerciales sin ningún proceso de aclimatación psíquica que hiciera de transición, donde normalmente el soldado aterrizaba a horas intempestivas de la noche. Cuando en 1973 Tim O'Brien publicara su primera novela, clausuraba su obra precisamente con el recuerdo de esa peculiar vuelta a casa: “*A las seis de la mañana, el avión ladea por última vez, se endereza y desciende. Cuando las luces de no fumar se encienden, te vas al final del avión. Te quitas el uniforme. Lo enrollas en una bola y lo metes en tu bolsa y te pones un suéter y unos tejanos. Te sonríes a ti mismo en el espejo. Haces muecas, comenzando a saber que eres feliz. Por mucho que los odies, no tienes unos zapatos de civil, pero nadie se da cuenta. Es imposible llegar a casa descalzo*”<sup>208</sup>. En sus palabras se denota liberación por el fin de una experiencia que según sus relatos ha marcado su vida, un chico de clase media universitaria demócrata que ve su vida interrumpida por una guerra absurda. Pero a la vez algo de él se quedó en Vietnam. Su uniforme, sus botas, aparecen como símbolo de lo que queda con él, sin posibilidad de dejarlo y volver descalzo a casa. Con ello la vuelta real queda muy lejos: “*Un cartel permanente en el hall decía “Bienvenidos a casa, retornados”. “Retornados” es una palabra del ejército, una palabra que nadie usa*”<sup>209</sup>.

Para un recién llegado, esa vuelta a casa se tornó una experiencia que incluso igual de chocante y desconcertante que el desembarco en Vietnam. Para ellos, “*The world*”, como es conocido el país donde han nacido y crecido, es totalmente distinto al que vuelven. Un Estados Unidos en plena ebullición social, dividido por la guerra y con la herencia dejada por un nuevo espacio cultural. De nuevo es necesario volver al contexto de la contracultura y su marca para entender el *shock* que supone la desmovilización de la leva. Es cierto, la comercialización de la cultura juvenil llegó a Vietnam. Ya se habló de la resistencia, los motines y su rebelión ante los

207 SHEPHARD, B.: *War of nerves* (2002); p.349

208 O'BRIEN, T.: *If I die in combat zone* (2007); p.203

209 O'BRIEN, T.: *Op. Cit*; p.202

mandos mediante un lenguaje simbólico y diversos mecanismos idénticos o similares a los que los movimientos sociales juveniles manifestaban en casa. Pero aunque la contracultura absorbiera la guerra, los veteranos que retornaron se asemejaban aislados de ese mundo. Aun así una parte encontró una forma de adaptarse a su nuevo espacio a partir de ese camino herencia del *GI Movement*. Como se vio anteriormente, la protesta política desarticulada a partir de 1968 fue retomada por grupos de veteranos pacifistas, en esencia un movimiento protagonizado por *Vietnam Veterans Against the War* que siguió los mismos parámetros de la Nueva Izquierda y el estilo irreverente y rebelde de la cultura *underground*. El periodista y reportero de guerra John Pilger realizó en 1981 su documental sobre los veteranos de Vietnam bajo el título de “*Heroes*”. En él mostraba a esos veteranos con atuendos hippies, eslóganes pacifistas y actitud combativa arrojando sus medallas a políticos denunciándolas como símbolos de crueldad e inhumanidad. Algunos de los entrevistados como el ex marine Bob Muller fueron activos miembros del movimiento pacifista de los veteranos. Como señalaba Pilger, el único lugar donde los veteranos no desentonaban era en la protesta pacifista, donde no se sienten desplazados. Allí, se convertían en “*héroes morales*”<sup>210</sup>. Al menos, durante un tiempo

Cuando en agosto de 1971, tras el éxito de la manifestación de *Dewey Canyon III* en Washington D.C., la organización publicó el primer número de su periódico bajo el nombre de “*The 1st Casualty*”, quedó claro que se seguía esa misma estela de la *New Left*. Incluso, en uno de sus artículos donde se apoyaba a la lucha por los derechos civiles en la localidad de Cairo, Illinois, VVAW se identificó como un grupo de izquierdas pacifista compuesto en su mayoría de veteranos blancos de clase media y trabajadora, aunque insisten en que se diferencian del Movimiento pacifista anterior fallido, ya que “*nunca fue capaz de identificarse de forma efectiva con el Movimiento del Tercer Mundo*”<sup>211</sup> porque no se había enfrentado de forma seria con la lucha con “*mucha palabrería liberal y poca acción*”<sup>212</sup>. Según ellos mismos, se definían como los verdaderos indicados para dirigir y encabezar la protesta: “*como miembros de las fuerzas armadas estamos en pleno conocimiento de los efectos reales del imperialismo americano y el neocolonialismo. Lo hemos visto de primera mano en forma de cuerpos desmembrados, mentes torturadas, marionetas del gobierno y una sociedad trastornada*”<sup>213</sup>.

Sin embargo, a pesar de esa identificación con la lucha socioeconómica de la clase obrera de

210 Reportaje documental dirigido y presentado por John Pilger, “*Heroes*” (1981), producida por ATV

211 El distintivo “*Third World Movement*” aparece empleado en la prensa *underground* de VVAW y en la *GI press* como sinónimo de la lucha de los derechos civiles en Estados Unidos, tanto del nacionalismo negro como del movimiento de la Raza chicano o el revival nativo americano, identificándolos con las luchas de liberación nacional del tercer Mundo.

212 *The 1st Casualty*, Volumen 1, número 1, Agosto 1971; p.3

213 *The 1st Casualty*, Volumen 2, número 1, Julio 1972; p.7

la que provenían la mitad de sus miembros a partir de 1971 y de la presencia de miembros chicanos y afroestadounidenses, éste continuaba siendo un movimiento en esencia de clase trabajadora blanca. Y como los otros grupos, realizaron una identificación directa entre la política imperialista y racial estadounidense con la lucha social y política, donde los veteranos se presentaron como víctimas de esa situación al igual que las minorías y los pueblos del tercer mundo como factor característico: *“Como miembros de las fuerzas armadas, fuimos forzados a convertirnos en instrumentos de muerte de las políticas raciales y genocidas de nuestro gobierno en el sureste asiático y otras partes del mundo. Fuimos parte de la gran máquina de guerra americana la cual, incluso ahora, está sistemáticamente destruyendo las tierras y al pueblo de Indochina en nombre de nuestra propia libertad”*<sup>214</sup>. Por supuesto, el sentimiento de rebeldía y el factor generacional tuvo un peso que no debe olvidarse. Reiterando su joven edad, chicos que marcharon con 18 o 19 años volvieron con 20, 21 o 22 años a unos hogares con padres criados en los duros momentos de la Gran Depresión y la IIª Guerra Mundial. Muchos de estos nuevos veteranos encontraron un aliciente en ese choque generacional para unirse a la protesta como excombatientes, asociando la incompreensión social y familiar ante la guerra y su reajuste con la lucha de mentalidades entre padre-hijo. William Ehrhart, famoso novelista y poeta que combatió como voluntario con los marines en Vietnam y se unió posteriormente a VVAW, lo expresa en uno de sus relatos, explicando su regreso a casa desde la manifestación de Dewey Canyon III: *“Que difícil era estar por allí esos días. Los quería, y nunca dude de su amor por mi. Pero cada conversación en los últimos años podía acabar como una discusión sin final, mi padre estallando de rabia, mi madre sentada allí en estoico silencio. Toda paciencia y tolerancia –que era poca de todos modos- parecía siempre prohibida en mi propia casa. Y me fui de nuevo otra vez, sintiéndome tan culpable y enfadado que no encontraba el autocontrol para ser considerado con mis padres. Pero quería hacerles entender, y ellos no lo hacían”*<sup>215</sup>.

Pero estamos en el momento en que la crisis, la decepción, la desconfianza, la caída de los valores morales, la esperanza social y política se había estrellado estrepitosamente. Nixon subió al poder prometiendo la retirada de Vietnam, y tras la fallida “Vietnamización” del conflicto en Enero de 1973, los Acuerdos de París pusieron fin a la experiencia estadounidense en el sureste asiático. Pero ya antes, en junio de 1971, el *New York Times* empezó a publicar los Papeles del Pentágono, donde se revelaban las jugadas secretas, trapos sucios y polémicas estrategias empleadas por el gobierno en Vietnam. Meses después, se produjeron los arrestos del caso Watergate, tras los abusos y fraudes del Partido Republicano y llevando a la dimisión de Nixon como presidente en Agosto de

214 *The 1<sup>st</sup> Casualty*, Volumen 2, número 1, Julio 1972; p.7

215 EHRHART, W. D.: *Passing time* (1995); p.167

1974. Al año siguiente, tropas y tanques del NVA entraron en Saigón y la bandera norvietnamita ondeó en la embajada estadounidense, después de que las cámaras grabaran el dramático momento de evacuación de miles de civiles survietnamitas que colaboraron con los norteamericanos. No solo habían sido derrotados por un país del Tercer Mundo, sino que Estados Unidos había fracasado en su plan y abandonado a un aliado, cayendo en una crisis de descrédito e integridad internacional.

En ese contexto, el veterano de guerra surgió como elemento simbólico que recogía un sentimiento extendido entre la sociedad estadounidense. La violencia, la protesta, la guerra y la experiencia contracultural juvenil de los años 60 eran parte de una experiencia que Estados Unidos intenta olvidar a inicios de los 70, especialmente en lo que concierne a Vietnam. Parecía necesario disociar la tragedia de la derrota y la vergüenza de la sociedad estadounidense. En 1972, una encuesta de Louis Harris recogió como el 61% de la sociedad del país pensaba que la guerra jamás se podría haber ganado, a la vez que un 49% consideraba a los veteranos como “unos perdedores que habían arriesgado sus vidas en una guerra absurda, en el lugar incorrecto y el momento incorrecto”<sup>216</sup>.

A partir de 1972 la imagen del veterano contracultural empezó a decaer, tras el último gran acto multitudinario de los veteranos de Vietnam contra la guerra durante la celebración de la convención republicana de Miami y la conspiración de los “8 de Gainesville”, donde ocho activistas de VVAW fueron detenidos y sometidos a juicio junto a otros veintitrés miembros de la misma organización en un falseado proceso donde el FBI había empleado espionaje, detenciones ilegales e incluso la contratación de exiliados cubanos en un intento de vender armas a los veteranos<sup>217</sup>. Aunque la organización persistiese y su actividad continuó en el mismo camino, su impacto en la sociedad y los medios no tendría el calado suficiente. Habían tenido su momento, pero con el fin de la guerra y la disgregación de la subcultura juvenil, la imagen del “*Winter-soldier*”, el soldado que lucha por los derechos democráticos y el bienestar social inspirada en el ideal del revolucionario Thomas Payne, desaparece. No obstante, aun guardarían un papel que jugar durante los años siguientes.

### 1.12.-Bombas de relojería: El PTSD y el reedescubrimiento el trauma

Entre 1971-1979 se produjo otro fenómeno intrínsecamente vinculado a la figura del excombatiente y que marcó su evolución como elemento de factor político, social y cultural hasta la siguiente década. Con ello, nos referimos a la revolución que supuso el análisis y definición del

216 BONIOR; CHAMPLIN, KOLLY; *The Vietnam Veteran* (1984) ; p.35

217 *The 1<sup>st</sup> Casualty*, Volumen 3, número 2, Abril 1973; pp.8-9

trauma. Lo mas curioso es que, dejando de banda los componentes que caracterizaron las heridas psicológicas que se produjeron en los combatientes de la guerra de Vietnam, las bajas psíquicas del combate o sus problemas presentes durante y después de la desmovilización no son nada nuevo, como se dijo anteriormente. Toda guerra produce bajas, y mucho más numerosas en el caso de las psicológicas. Aún así, lo que se produce a finales de la guerra y de forma general a partir de mediados de los setenta es la identificación definitiva del trauma, tal y como se conoce actualmente. Eso, sin duda alguna, causó un gran revuelo, no solo en círculos médicos sino en todos los ámbitos de la vida cotidiana cuando su definición se asimile y se comercialice.

Es interesante recordar como a inicios de la guerra el personal médico integrado en el Pentágono aseguraba que la intervención militar en Vietnam, por sus características, daría lugar a un número reducido de bajas psicológicas en comparación con los conflictos anteriores, ya que los soldados tan solo servirían durante un año, las batallas serían de duración mas corta, el transporte aeromóvil de tropas permitiría mas tiempo de descanso y el potencial armamentístico proporcionaría una gran cobertura y seguridad. Entre 1966 y 1970, la psiquiatría militar continuaba apoyando esa teoría, asegurando que las bajas psiquiátricas eran 12 de cada 1000 soldados, muy menor en comparación con la media de 101 y 37 de la IIª Guerra Mundial y Corea respectivamente<sup>218</sup>. Lo que el Ejército consideraba “fatiga de combate”, definido solo como los largos efectos físicos y emocionales derivados del shock y el terror de la batalla, continuaba siendo reducido, pero sin embargo, los denominados “desórdenes de carácter” crecían como la espuma entre las filas, como siempre asociados a la alienación de los soldados respecto a la guerra, la rebeldía adolescente y la insubordinación cultural.

Serían los jóvenes e inexpertos psiquiatras y sanitarios presentes en las líneas de combate, a los que les habían explicado que su misión era tratar cuanto antes la fatiga de combate para devolver a los soldados al frente lo más rápido posible, los primeros que constatarían que esos desórdenes del carácter estaban directamente ligados a las heridas psicológicas surgidas de la guerra. Además estas no solo se extendían entre aquellos que directamente sufrían el peso del combate en primera línea. Visto desde esa perspectiva, el porcentaje de bajas por traumas psicológicos era mucho mayor, y en lo que refiere a sus manifestaciones, los síntomas se presentaban con una acentuación hasta ese momento insólita. Ya a principios de los setenta, tras la llegada de las primeras levas de jóvenes veteranos con el servicio cumplido en el sureste asiático, se apreciaba que los problemas de carácter psicológico estaban creciendo, en especial en veteranos que habían sido movilizadas a partir de 1967, con el aumento de la conscripción y el ascenso de la crisis y la tensión social y económica en la retaguardia doméstica.

---

218 SHEPHARD, B.: *War of nerves* (2002); p. 348

A semeja un tanto insólito a primera vista afirmar que los acontecimientos bélicos desarrollados en Vietnam y sus efectos sobre la tropa desencadenaran toda una ola de especiales heridas que supuestamente, según la psiquiatría convencional, no se asemejaban a nada parecido hasta la fecha. En 1946, se emitió en salas de proyección de Estados Unidos el documental “*Let there be light*” producido por el Ejército y dirigido por el cineasta John Houston. En este, los protagonistas son cerca de unos setenta soldados estadounidenses recién desmovilizados de los teatros de operaciones de la Segunda Guerra Mundial, evacuados tras meses del fin de la guerra. En las pantallas aparecen las tropas hombres jóvenes con sus uniformes de paseo o con las guerreras y equipos de combate, bajando de un carguero naval, transportados en ambulancias e ingresados en un hospital militar, con todo trato de deferencia que un excombatiente de la victoriosa guerra contra el fascismo podía esperar a su vuelta. Algunos muestran heridas físicas, pero en su mayoría son hombres sin estigmas superficiales. Ya al inicio del film, una anotación de texto previa informa al espectador de como el 20% de los heridos y bajas de la guerra son exclusivamente de “naturaleza neuropsiquiátrica”<sup>219</sup>. Estos soldados volvieron a casa tras la guerra, y aún así parte de ella se ha quedado con ellos. Esos heridos no aparecían ni en films ni en la propaganda. Pero ahora se constataba que no todas las heridas quedaban solo en el campo de batalla. Traumas que eran fáciles de tratar, cuando se remiten a lo que los especialistas del ejército llamaban neurosis de guerra, pero que, como se advierte en el documental de Houston, cuando persiste de forma crónica en la retaguardia, es difícil que lleguen a curarse. Las palabras del narrador, mientras mostraban a los futuros pacientes sujetos de la película, tratan de concienciar al espectador ese hecho. “*Bajas en el espíritu, mentalmente atribulados, dañados emocionalmente. Nacidos y crecidos en la paz, educados para odiar la guerra, fueron llevados a soportar crímenes y situaciones terribles. Cada hombre tiene su punto de ruptura*”<sup>220</sup>.

Pero pocos recuerdan como el *shellshock* de la Gran Guerra y la fatiga de combate teorizada durante la IIª Guerra Mundial y Corea había dañado y permanecido en miles de veteranos. Heridos que sin embargo permanecieron al margen de las pantallas y la prensa frente a los soldados desfilando por los Campos Elíseos tras la toma de Normandía, o a los marines izando la bandera en la sangrienta cima del monte Suribachi, en Iwo Jima. El mismo año de lanzamiento del documental de Houston, William Wyler dirigió el film *Los mejores años de nuestra vida*, adaptación de la novela de 1945 “*Glory for me*” de Mackinlay Kantor. En ella se cuenta la historia de como tres veteranos de guerra, uno de ellos mutilado de guerra sin manos, vuelven a casa tras su periodo de

---

219 Película documental dirigida por John Houston, *Let there be light* (1946), producida por el Gobierno estadounidense y *United States Army Signal Corps; US National Archives*

220 Película documental dirigida por John Houston, *Let there be light* (1946), producida por el Gobierno estadounidense y *United States Army Signal Corps; US National Archives*

servicio. A su manera, los tres excombatientes afrontan de distintos y dificultosos modos su re inserción en el espacio cotidiano, una difícil adaptación al modo de vida de paz. La escena emblemática del film donde el actor Dana Andrews, interpretando al famoso capitán de bombarderos de la Fuerza Aérea desempleado Fred Derry, pasea por un destartado cementerio de aviones de combate se torna muy reveladora. El antiguo aviador, aun con su chaqueta de piloto sobre los hombros, entra en un viejo B-25 antes de que sea desguazado. Sentándose en el puesto del bombardero, se sume en un momento de recuerdo, percibiendo como parte de él había quedado en los teatros aéreos de la guerra de Europa, y ahora, como el avión sin motores a punto de ser desguazado, no es mas que una parte rota de lo que era. Cuando finalmente baja del avión advertido por el capataz del desguace, sus palabras lo trasladan de nuevo a la realidad abrumadora: *“Solía trabajar en uno de esto / Reviviendo viejas memorias, ¿eh? / Quizá intentando eliminar algunas de mi cerebro/ Bien, echa un último vistazo, los estamos desguazando/ Ya, lo se. Eres un chatarrero, al final te llevarás todo tarde o temprano/ No es chatarra, estamos usándolos para construir casas prefabricadas/ ¿Necesitáis ayuda?/ Ya veo, otro de los ángeles caídos de la fuerza aérea. Perdona si no muestro simpatía”*<sup>221</sup>

Unos pocos años después, en 1950, el autor estadounidense Nelson Algren publicó una de las que serian sus mas laureadas novelas, *El hombre del brazo de oro*, relato donde su protagonista, Frankie, veterano de la Segunda Guerra Mundial, trata de lidiar con su reconciliación dentro de la vida cotidiana arrastrando problemas con la adicción a la morfina, el juego y las malas compañías en la Chicago de finales de los años 40: *“No tengo mas antecedentes que por embriaguez y peleas- le recordaba el ex combatiente con la nariz aplastada y ojos marrones al capitán-. Lo único que hago es repartir, beber y pelear. El capitán estudió los pantalones del ejército descoloridos que llevaba encima de los zapatonos militares. -¿Cómo te licenciaron, Crupier? / Como es debido. Y condecorado con el Corazón Púrpura / ¿Con quién te has peleado esta vez? / Con mi mujer, sólo con ella / Y, joder, eso no es delito”*.<sup>222</sup>

Cinco años después, esa turbia historia fue llevada al cine con Frank Sinatra metido en la piel de Frankie, pero el historial de servicio en la guerra de la novela seria substituido por una condena en prisión y los ambientes decadentes de la atmósfera del jazz.

Del mismo modo que sucedió en Vietnam, la IIª Guerra Mundial y Corea dejaron su marca en la desmovilización de la tropa, aunque su huella en la cultura popular quedó reducidos a unos simples ejemplos. Cuando a partir de 1944 los primeros soldados heridos y retirados de los frentes europeos y del Pacífico empezaron a llegar a Estados Unidos, la psiquiatría adoptó las palabras

221 Película dirigida por William Wyler, *The best years of our lives*, (1946), producida por *Samuel Goldwin Company*

222 ALGREN, N.: *El hombre del brazo de oro*; (2014); p.12

“fatiga de combate” o “neurosis de guerra” para justificar todos los síntomas que los soldados arrastraban a casa desde el frente. Confusión, depresión, episodios de miedo, desconfianza, sentimiento de alienación, culpa, cansancio físico, *flashbacks*, pesadillas, ansiedad, entre otros; todo justificado a partir de la sobreexposición a periodos prolongados o situaciones traumáticas de combate<sup>223</sup>.

El caso es que eran los mismos síntomas que los jóvenes excombatientes de Vietnam presentaban ya antes de volver a casa: continuas depresiones, ataques de ansiedad, brotes de rabia, manías persecutorias, agorafobia, estrés, insomnio o confusión; efectos que hasta un punto se asociaron específicamente con la guerra en el sureste asiático y la guerra de contrainsurgencia. Se estima que de alrededor los 1,5 millones de veteranos que sufrieron uno o varios de estos síntomas, el 60% habían servido como tropa de combate<sup>224</sup>.

A medida que mas soldados llegaban a la vida civil, los conocimientos de los desajustes se extendieron, y poco a poco palabras como el Síndrome PosVietnam se extendieron por doquier entre prensa, medios televisivos y manifestaciones literarias y populares. Para terapeutas, políticos, ancianos veteranos, vecinos y familiares, los chicos que vuelven de Vietnam representaban un paradigma incomprensible y sinsentido. No solo retornaron como símbolos representantes de la primera derrota de la política exterior estadounidense, sino que además volvieron bajo el estigma de trastornados y psicóticos, asesinos perturbados y enloquecidos “*baby killers*” brutalizados por una política militar basada en el recuento de cadáveres de mujeres y niños. En esas condiciones de rechazo, se les impidió incluso un espacio de rehumanización a la vida civil, bajo la etiqueta de inmorales asesinos<sup>225</sup>. A pesar de la cifra de 1,5 millones de afectados por algún tipo de patología derivada del conflicto, la una sociedad estadounidense, en plena crisis de valores y ahora en abierto rechazo a la guerra, no tenia en consideración cuales eran los efectos psicológicos y físicos de la guerra. Tampoco que éstos ya habían tenido lugar en guerras anteriores.

La guerra de contrainsurgencia en Vietnam y la forma en que se llevó a cabo parecía haber brutalizado de forma inhumana e irreversible a sus soldados. Los altercados y crímenes cometidos por excombatientes presentaban unas cifras preocupantes para la opinión pública. Tal como recogió el historiador Robert Schulzinger, a finales de 1979 unos 400.000 habían sido arrestados: 29.000 de ellos condenados a prisiones federales, 37.500 en libertad condicional, 250.000 en prisión preventiva y 87.000 a espera de juicio<sup>226</sup>. En Abril de 1971 esa preocupación invadió las noticias cuando uno de los héroes de guerra mas famosos y condecorados en Vietnam Dwight H. Johnson,

223 M.D. BRENDE, J.O.; Ph.D. PARSON, E.R.; *Vietnam veterans, the road to recovery*; (1986) pp.92-93

224 SCHULZINGER; R.D.; *A time for peace* (2006); p.84

225 M.D. BRENDE, J.O.; Ph.D. PARSON, E.R.; *Op. Cit.* (1986); p.72

226 SCHULZINGER; R.D.; *Op. Cit.* (2006); p.102

galardonado con la Medalla de Honor del Congreso por enfrentarse él solo a un elevado número de soldados del NVA y salvar a varios miembros de la tripulación de su tanque, murió tiroteado mientras cometía un atraco a una tienda de licores de Detroit. Ese suceso no solo significó que se ignoraba un serio problema. También se convirtió en una escena que quedó fijada de manera sensacionalista como un arquetipo recurrente en todos los ámbitos de la sociedad. Aun y con ello, el cantante folk Harry Chapin usó esa historia en 1975 para componer su canción “*Bummer*”, donde relata la vida y muerte de Johnson pero tratando de redimir al fallecido veterano en lugar de criminalizarlo: “*Todo acabó una noche en una tienda/ Pistola en mano y nueve polis en la puerta/ Y cuando su última batalla había terminado/ Yacía en el suelo arruinado y destrozado; Y como el hombre del distrito dijo/ Encerrarlo, o mejor deberíais matarlo en su lugar/ Un perdedor como este está mejor muerto/ Alguna día le meterán una bala en la cabeza*”<sup>227</sup>. Aunque fueran otras las intenciones del artista, se denota que la idea asumida y extendida por medios y expresiones populares no dejaba otra alternativa al excombatiente.

A su vez, Schulzinger nos muestra como el índice de suicidios entre veteranos no hizo mas que crecer. La prensa estimaba unos 150.000 suicidios cometidos durante los primeros cinco años tras el fin de la intervención estadounidense, mientras que organizaciones de veteranos clamaban una cifra de 500.000. Incluso a inicios de los años 80, la tasa de suicidios de excombatientes siguió siendo un 25% mayor que la civil, con unos 9000 hombres que acabaron con su vida<sup>228</sup>. Los especialistas Brende y Parson hablaron de una cifra de 49.000 fallecimientos de veteranos por causas no naturales, no solo suicidio, sino también sobredosis, altercados, accidentes laborales o problemas con la justicia, con una ratio de 800 muertes por año<sup>229</sup>. El proceso entrenamiento básico con tal de convertir a los soldados en máquinas de matar, como se representa en la novela “*Short-Timers*” de Hasford o como la que habla Ron Kovic en “*Nacido el 4 de Julio*”, junto la estrategia del *Search and destroy* y la política del *Body count*, indujo a muchos de estos veteranos una desmoralización y deshumanización progresiva, desarrollando el síndrome de *self-victim*: ponerse en el lugar de la víctima hasta el punto de percibir su propia supervivencia como un castigo por sus crímenes. Un proceso que llevaba a los excombatientes a asociar continuamente la realidad con la propia muerte y el castigo<sup>230</sup>

Lo mismo ocurrió con los números concernientes al consumo de drogas. Si en Vietnam ya se habló de epidemia de heroína y se reconoció un serio y extendido problema de caída de la moral asociado al consumo de sustancias, ahora los veteranos representaban todos los males que la

227 CHAPIN, H.: “*Bummer*”, *Portrait Gallery* (1975); Elektra Records

228 SCHULZINGER; R.D.; *A time for peace* (2006); p.85

229 M.D. BRENDE, J.O.; Ph.D. PARSON, E.R.; *Vietnam veterans, the road to recovery* (1986); p.101

230 M.D. BRENDE, J.O.; Ph.D. PARSON, E.R.; *Op. Cit* (1986); p.129

experimentación con drogas de los sesenta había traído al país. Fue en 1971 cuando el presidente Nixon inició su cruzada contra las drogas y trató infructuosamente de detener a esa masa de supuestos drogadictos que infestaban los cuarteles con los rutinarios test de orina, la irónicamente conocida como operación “*Golden Flow*”. Pero lo cierto es que si en 1969 un 60% de la tropa admitía consumir algún tipo de sustancia en calidad de automedicación, en casa solo un entre un 5-10% padeció algún problema de drogadicción, en especial con la heroína. En otros casos, fue la medicina militar quienes proporcionaba a la tropa fármacos como la Clorpromazina o el Mellaril de forma experimental para acallar la psicosis y la ansiedad fruto del combate, drogas autorizadas que trajeron serios problemas a la hora de procesar respuestas emocionales durante la reinserción social. El film de 1978 “*Los chicos de la compañía C*” de Sidney J. Furie lo recogía muy bien, cuando el personaje de Billy Ray Pike interpretado por Andrew Stevens, un buen chico granjero de Texas y estrella del deporte, se ve arrastrado en una espiral de adicción a esos fármacos para aguantar la ansiedad y el estrés de las patrullas y los ataques. Pero aunque en algunos casos el consumo de estupefacientes pudiera traer más de un problema de adicción, es absurdo afirmar que Vietnam trajo al país a toda una generación de *yonkis*. De hecho, una de las características del consumo de drogas en Vietnam, más allá de su ingestión como modo de medicarse uno mismo como modo de combatir la depresión y el estrés, es que la pureza de las sustancias, de un 90-96% y el hecho de que en su mayoría, incluido la heroína, se fumaba y no se inyectaba, producían menores efectos de dependencia física o adicción<sup>231</sup>.

No obstante los medios de comunicación insistieron en promover una imagen del veterano de Vietnam ligada a la drogadicción y al consumo de sustancias en Estados Unidos. En 1976, *Channel 13* emitió el documental dirigido por Richard Kotuk titulado *GI Junkies*. Centrándose en los veteranos que deambulan cerca de *Times Square*, el documental mostraba un escenario nocturno muy similar al del film *Taxi Driver*, donde los veteranos de Vietnam se mueven entre las drogas, el alcohol, las salas de cine pornográfico y la prostitución. A pesar que la finalidad crítica es notable, pues intenta mostrar a unos veteranos cuya caída en las drogas durante el servicio no se vio compensada con ayudas de la VA o beneficios sociales, el documental se quedó en mostrar una imagen distorsionada y peyorativa de los excombatientes desde un primer momento: “*La guerra a terminado y los yonkiis vuelven a casa*”<sup>232</sup>.

Le siguen escenas de los veteranos, en su gran mayoría latinos y afroestadounidenses, hablando a la cámara o haciendo cola impacientes ante un centro de la VA para conseguir metadona, hasta que la abstinencia les lleva a iniciar una pelea por llegar primero. Aunque al final se insista en

---

231 SHEPHARD, B; *War of nerves* (2002); p. 352

232 KOTIK, R.: *GI Junkies. The Forgotten Veterans* (1976); Channel 13

que la realidad de la drogadicción se resume en una minoría de aproximadamente 3500-4000 veteranos, esta quedó racializada en veteranos de minorías y criminalizada al insistir en testimonios donde el consumo no empieza durante Vietnam, sino a consecuencia de esta, pasando por alto el contexto social y económico y la presencia de drogadicción en la zona residencial al margen de la guerra. Se muestra a veteranos que describen haber iniciado su consumo de heroína o barbitúricos tras experimentar episodios traumáticos rocambolescos o participar en masacres de civiles, obviando que dichos episodios venían causados por la política militar y dando la responsabilidad total al veterano.

Ante esa situación, la rabia y la frustración presente en la sociedad y la nueva crisis de desconfianza política a inicios de la década de los setenta añadió un contexto de rechazo que alargó aun más el drama que supuso Vietnam para esos jóvenes combatientes. Como se dijo anteriormente, el veterano de Vietnam se erigió como responsable casi mayoritario de la derrota y los crímenes cometidos, fenómeno que el psicólogo William Ryan llamaría “culpabilización de la víctima”, haciendo que en muchos casos el retorno a casa fuera más duro incluso que la propia experiencia en Vietnam<sup>233</sup>. Un veterano recién llegado del sureste asiático recordaba así sus primeros minutos tras desembarcar del avión: *“Cuando volví seis de nosotros estábamos caminando por el aeropuerto y una chica -quizá de 18 o 19 años, de la misma edad que yo diría - me preguntó cuantas mujeres y niños había matado. Le dije “Nueve, ¿donde está tu madre?” ¡Pensé que fue muy divertido cortarle de esa manera! Pero dentro de mí sentí “Dios, ¿porque me esta tratando de esa manera” [...] Mi familia lo hizo .“Ei, genial. ¿Cuantas personas mataste?””*<sup>234</sup>. Testimonios como estos no fueron algo aislado. La hostilidad despertada o percibida hacia el veterano alentó emociones psicológicamente similares a las situaciones vividas durante patrullas y combates en Vietnam: *“Caminado por las calles de Berkeley, me sentía como si fuera de Marte visitando la Tierra. Todo el mundo me miraba. Todo tipo de comentarios. La gente me escupía: Tenia mas miedo caminando por la calle que el que había tenido en Vietnam. Si hubiera tenido mi arma me hubiera defendido. Esa gente me miraba como si quisiera matarme mas de lo que habría querido el Vietcong. Inmediatamente entré en un bar para llamar a mi hermano y que me viniera a recoger. Chicos en el bar empezaron a arrojarme cacahuets. Entonces mi hermano se presentó con un grupo de chicos y me sacó de allí”*<sup>235</sup>.

Para estos se produjo un fenómeno de alienación idéntico al que sufrieron estando destacados en el frente, llevándoles a la crisis e impidiendo su completa integración en la sociedad civil. Cuando algunos quisieron retomar sus estudios y su vida normal, como relataba John W. Wilson en

233 M.D. BRENDE, J.O.; Ph.D. PARSON, E.R.; *Vietnam veterans, the road to recovery* (1986) p.73

234 BARKER, M.: *Nam*, (1981); p.192

235 BARKER, M.: *Op. Cit* (1981); p.193

sus memorias, esto se tornó un verdadero drama para el cual no encontraron una vía de escape posible: *“No podía controlar mi llanto. ¿Porque el gobierno, los estudiantes, o el público americano no quería saber realmente por lo que pasamos en Vietnam?. Sentía que probablemente nunca lo sabrían, o no les importaría. Que desperdicio de héroes americanos”*<sup>236</sup>. Precisamente, fue cuando Wilson empezó sus estudios profesionales, este seguiría recordando ese alineamiento y rechazo dentro de la sociedad juvenil donde un par de años antes él había formado parte, generándole ese resentimiento en especial contra esos mismos chicos de su generación que poblaron los campus universitarios o habían desertado a Canadá: *“Para lo que no estaba preparado era para la rabia y la pantalla de amargura externa por parte del cuerpo estudiantil contra la guerra de Vietnam, el gobierno de Estados Unidos y los veteranos de Vietnam estadounidenses. Tenía solo 23 años. Solo hacía dos años que había vuelto de mi pesadilla personal de Vietnam. Solo hacía dos años que me había casado. Había tenido éxito guardando mis experiencias en Vietnam, a excepción de las pesadillas, en la caja negra de mi mente. No veía las noticias de la guerra en la televisión y no hablaba de ella. Ahora las tenía recordadas cada día en el campus por, en mi opinión, un puñado de niños mimados [...] No interactuaba con otros estudiantes ni atendía a la protesta semanal. Las pequeñas noticias sobre la guerra eran absorbidas por las pequeñas protestas en ciudades y campus. Una vez a la semana había un pequeño espacio sobre las bajas en Vietnam, y el Departamento de Defensa publica las bajas de esta semana en Vietnam...hay 450 estadounidenses muertos y 1560 heridos...la guerra está entrando ahora en su sexto año...y ahora el tiempo”. Guardé mis pensamientos sobre el mundo para mi mismo, incluido a mi mujer, Joanne”*<sup>237</sup>.

Ron Kovic, activista antiguerra y veterano de los marines postrado en silla de ruedas a causa de una herida de bala en la columna, no paró de recordar en su famoso relato de 1976 *“Nacido el 4 de Julio”* esa sensación constante de alienación psicológica, acentuada en su caso por su parálisis, su frustración sexual y la ruptura de su precoz y acelerada transición a la madurez: *“Escribí sobre la soledad y el silencio de mi casa, y el hecho de estar allí, como una brusca pausa en medio de una violenta tormenta. Muchas veces no podía soportar la soledad. Me metía en el coche y me iba tan lejos tan rápido como podía; pero después aprendí a estar solo durante largos períodos. [...] Que vida miserable era esa, sin amigos, sin piernas, y con la gente mirándote fuera a donde fuera. A veces la depresión era espantosa; era como si se estuviera ahogando en ella y por más esfuerzos que hiciera no lograba superarla [...] De otra guerra nunca hubiera vuelto, pero de ésta sí. Estaba allí, estaba de regreso, estaba muerto y respirando. ¡Oh mamá! ¡Oh papá! ¡oh Dios! Alguien por*

---

236 WILSON JR, J. C.: *Draftee. Summoned to serve* (2011) p.84

237 WILSON JR, J. C.: *Draftee. Summoned to serve* (2011) pp.77-78

*favor, que me ayude. Ninguna mujer para amarle, ninguna para acariciarle como habían hecho antes de la guerra. Ahora era solo una motita, un puntito pequeñísimo, y tenía que hacer algo rápidamente porque se sentía disminuir cada vez mas. Tenía que volver a vivir*”<sup>238</sup>

Ante esa situación de rechazo social general y ausencia de celebraciones o manifestaciones que emitieran un rito de paso hacia la reinserción, como los famosos desfiles o la construcción de monumentos que permitieran la redención del trauma, no es de extrañar que el primer paso hacia la evolución de esa desmovilización inacabada tuviera lugar por parte de los propios excombatientes. A pesar de que en el film documental de 1972 “*Winter Soldier*” además de dar testimonio sobre los crímenes de guerra durante el evento realizado por *Vietnam Veterans Against the War* en la ciudad de Detroit, se lanzó ante al público la necesidad que tenían estos chicos de liberarse de los tormentos arrastrados desde la guerra y poder expresar y compartir sus experiencias, traumas y culpas. Sin embargo no existió ningún programa explícito para veteranos. Cuando el documental “*Let there be a light*” se filmó, los sujetos seguidos por la cámara habían estado retirados de sus respectivos teatros bélicos, pero estos aun seguían siendo soldados y estaban en pleno proceso de desmovilización para entrar de nuevo en la vida civil.

Mientras continuó sin existir una asimilación del trauma y se produjo ese reflujo social que posicionó a los jóvenes veteranos de Vietnam en un foco de rechazo mayor, directores de cine y guionistas de televisión no dudaron en aprovechar esa problemática social de manera comercial, haciendo uso de un nuevo fantasma cultural. Como se vio con el estreno del documental “*Interview with My Lai veterans*” de Joseph Strick, el horror y el crimen eran mucho mas comerciales que los héroes de guerra, mas aún cuando los soldados de esa última cruzada estadounidense arrastraban el peso de la derrota y una pesada impopularidad. Los estereotipos son muy poderosos y el epíteto “Veterano de 'Nam” se convirtió en algo demasiado recurrente y abusivo en las noticias de crímenes y sucesos, del mismo modo que lo fue la palabra despectiva “negro” durante la lucha por los derechos civiles afroestadounidenses<sup>239</sup>. Entre 1971 y 1978 se produjo el auge de la explotación cinematográfica y televisiva del veterano de Vietnam. Con ello el drama estaba servido, pues no había que pensar demasiado ni buscar muchos embustes para colocar a un antagonista fácil de asimilar. En esa dirección y bastante significativa se estrenaba en 1971 “*Chrome and hot leather*” de Lee Frost, donde un grupo de ex boinas verdes aun uniformados, embrutecidos por el combate y con una larga experiencia en guerra de guerrillas, se enzarzaban en una historia de violencia y venganza contra una banda de moteros que acabaron con la vida de un compañero. El género de las populares “*road movies*” de finales de los sesenta, protagonizadas por bandas de moteros de

238 KOVIC, R.; *Nacido el 4 de Julio* (1990); pp.140-141

239 M.D. BRENDE, J.O.; Ph.D. PARSON, E.R.; *Vietnam veterans, the road to recovery* (1986); p.40

ideología nazi enfundados en cuero y con el libre uso de los puños como credo hizo bastante eco de los veteranos de Vietnam, ya incluso a unas tempranas fechas con películas como “*The Wild Angels*” (1966) o “*Hell Angels on Wheels*” (1967). En 1972 en la línea de “*Chrome and hot leather*” se estrenaba “*Welcome home, soldier boys*”. De nuevo, un grupo de cuatro excombatientes boinas verdes regresa de Vietnam, compran un vehículo de segunda mano con el que viajar por el país y tras una puesta a punto cargan el maletero con todo un arsenal de armas de fuego, lanzacohetes, granadas y explosivos. Estos veteranos que afirman al inicio del film “*estamos en casa*” de forma muy rocambolesca acaban iniciando una masacre en masa en una pequeña localidad pobre en medio de la nada, tras un altercado con un policía en una gasolinera. Todo un espectáculo gratuito de disparos, explosiones y muertes descarnadas, algo que acabará siendo una máxima del cine de explotación de la década de los setenta, y que por otra parte, no dejó de marcar algún tipo de paralelismo con la famosa novela y aun mas popular película “*Boinas Verdes*”. El relato escrito por el veterano Robin Moore en 1965 resultó mucho mas violento y explícito que el propio film, y a pesar de los tintes patrióticos que pretenden enfatizar la profesionalidad y causa de estos guerreros modernos, la descripción de torturas y otras prácticas coercitivas acabó siendo contraproducente, hasta el punto que el movimiento pacifista haría de él una obra representativa con la que exportar el antibelicismo.

Junto a la violencia, la experiencia mediática de My Lai y las atrocidades cometidas por tropas estadounidenses en Vietnam dejó otro elemento constante que aparecía en las representaciones del excombatiente: la frustración sexual. Según el antropólogo estadounidense Marvin Harris, en 1976 uno de cada tres hombres estadounidenses vivía solo. Y es que los cambios en la composición de género en la fuerza de trabajo, la liberación sexual y el auge del movimiento feminista de finales de los años sesenta no solo había remodelado el arquetipo de relaciones y de familia, sino que también introdujo profundos cambios en las pautas de comportamiento del país<sup>240</sup>. Los chicos movilizados por la leva marcharon en pleno despegue de la revolución sexual y volvieron con el declive de la contracultura y la configuración de nuevos patrones de relaciones sociales, a lo que se añadió el factor clave del estigma dejado por Vietnam. Marcados testimonios de violaciones y agresiones en Vietnam habían tenido mucha prensa y quedado enmarcados dentro del estereotipo vendido por los medios estadounidenses, creando la etiqueta de depravados asesinos. Un tema que no es ni mucho menos anedótico, pues era de gran importancia a nivel emocional, social y familiar, y clave para entender la vuelta a la vida cotidiana civil. No es de extrañar que en 1975 un encuesta revelará que el 36% de los veteranos se había divorciado al volver de Vietnam o le resultaba imposible mantener una relación normal, a pesar de que solo el 40% de ellos estaban

---

240 HARRIS, M.: *La cultura norteamericana contemporánea* (1994); p.108

casados<sup>241</sup>.

El cine de explotación de los 70 no solo intentó exprimir al máximo la imagen sádica y perturbada de los veteranos, optando también por una versión más simpática y desenfadada para el público. Sería imposible no recordar el mítico personaje de Billy Jack interpretado por el actor, director y activista Tom Laughlin, creador él mismo de tales películas. Entre 1967 y 1974, Billy Jack protagonizó los títulos “*The born losers*” (1967), su secuela “*Billy Jack*” (1971) y “*The trial of Billy jack*” (1974). En ellas, Billy Jack aparece como un ex boina verde de Vietnam, representante de los valores estadounidenses apareciendo como un vaquero con sangre navajo en las venas que imparte justicia mediante artes marciales y disparos de fusil. En “*The born losers*” el personaje de Laughlin se enfrenta de nuevo a una banda de contraculturales moteros que aterrorizan a una población, se ven absueltos por corruptos jueces y persiguen a jóvenes universitarias de clase media. El activismo de Laughlin no le impide hacer una apología de las armas y el uso “justificado” de la violencia. Queda muy claro en una de las primeras escenas donde Billy Jack, insultado y tildado de perdedor por los motoristas, acaba enfrentándose el solo a la banda para salvar a un chico de morir linchado. Cuando este dispara a uno de los facinerosos y aparece la policía, Billy Jack se entrega pacíficamente y es sometido a un juicio, cuya libertad le hace costar una elevada multa mientras la banda sale casi indemne, ante lo que su abogado le dice: “*Para que vayas y sigas defendiendo a la gente*”<sup>242</sup>. Laughlin trata de redimir la figura del excombatiente y reinstaurarla dentro de la sociedad de una manera similar a la que harían la etapa de los años ochenta y el revisionismo. Se ve mas claro aun en “*The trial of Billy Jack*”, donde de nuevo el protagonista se erige como el veterano rechazado, el extranjero dentro de la comunidad, pero dispuesto a impartir justicia, en este caso, para defender a un grupo de estudiantes hippies pacifistas y a representantes de la comunidad Navajo. De todos modos, Billy Jack a pesar de ser un éxito en taquilla y un héroe juvenil del cine, no presenta la guerra como tema central, ni mucho menos al veterano, su trauma y los valores que tradicionalmente ha representado en la sociedad estadounidense.

Cualquier iniciativa durante inicios de los 70 por desmontar la imagen del excombatiente trastornado y reconciliarse con las heridas psicológicas de la guerra surgió, como en el caso de la revelación de esos crímenes de guerra, por iniciativa de los mismos veteranos. Fue *Vietnam Veterans Against the War* la que promovió desde un temprano inicio las “*Rap Groups*”, es decir, grupos de charla formados y dirigidos por veteranos donde simplemente se proporcionaba un espacio de apertura y distensión en el que pudieran hablar de sus experiencias en la guerra y sus repercusiones en la vida familiar, social o laboral sin ningún tipo de prejuicio. Aun así, la prensa de

241 M.D. BRENDE, J.O.; Ph.D. PARSON, E.R.; *Vietnam veterans, the road to recovery* (1986); p.132

242 Película dirigida por Tom Laughlin “*The born losers*” (1967), producida por Laughlin, Jeremy State y Elizabeth James

los veteranos no muestran numerosos artículos destinados a tratar la cuestión del trauma y el excombatiente. En las publicaciones como “*The 1<sup>st</sup> Casualty - Winter soldier*”, el órgano escrito de *Vietnam Veterans Against the War*, entre el primer número de Agosto de 1971 y Octubre de 1975, el elemento que destaca es siempre la cuestión social comunitaria, la política exterior y los asuntos económicos de los veteranos. Cuando en el primer número se especifican las necesidades y demandas de los veteranos, la referencia más cercana al trauma es “*muchos hombres relevados del servicio entran en un periodo de dolor, extraña desorientación y desolación*”<sup>243</sup>. Es evidente que el trauma está presente, se percibe y se representa, pero de nuevo la realidad confirma que a pesar de su especial impacto, es el contexto el que está marcando su magnitud y no la realidad del fenómeno en sí. Y esa magnitud se acrecentó con la formulación de las siglas PTSD.

Los psiquiatras Chaim Shatam y Robert Lifton se fijaron en la efectividad de los “*Rap Groups*”, tras haber entrado en contacto en 1970 con algunos antiguos soldados con heridas psicológicas que rehusaban acudir a los hospitales de la *Veterans Administration*, ya que el 77% y el 40% de los casos de pacientes afectados por *flashbacks* o brotes de rabia respectivamente eran diagnosticados de esquizofrénicos o antisociales<sup>244</sup>. Estos observaron que era el vínculo de hermandad generado por el frente los que permitían construir ese contexto donde trabajar el trauma. Aquello que los soldados de “*Let there be a light*” si que habían tenido desde un inicio. Ese contacto y el trabajo conjunto con esos grupos les permitió a Shatam y Lifton concretar que era ese popular “*Síndrome de Pos Vietnam*” que se había hecho eco por doquier. Será precisamente Lifton quien, tras haber trabajado con supervivientes de la bomba atómica de Hiroshima y del Holocausto, constató el “*sentimiento de culpa del superviviente*”, aplicándolo por primera vez a los excombatientes de guerra. Según Lifton ambos, combatientes y víctimas de guerra, eran “*un grupo de supervivientes proféticos, cuya inspiración surgía no de la divinidad, sino de las experiencias del holocausto que ellos mismos han vivido, que emergieron de sus propios holocaustos con una visión especial regenerada dentro de sí*”<sup>245</sup>.

Pero Lifton y Shatam no fueron los únicos. Ya en 1969, una recién licenciada en psicología Sarah Haley empezó a trabajar con pacientes en un hospital de veteranos de la VA en Boston, Tratando a aquellos que otros médicos habían rechazado ayudar dándolos por perdidos, se convirtió en una abanderada por la “*absolución*” de los veteranos respecto a las cargas morales y psicológicas que arrastraban desde Vietnam, llegando a tratar a más de 500 pacientes en 1978<sup>246</sup>. Haley, de forma similar a lo que hizo *Vietnam Veterans Against the War* con su evento político de denuncia *Winter*

243 *The 1<sup>st</sup> Casualty*, Volumen 1, número 1, Agosto 1971; p.5

244 SCHULZINGER; R.D.; *A time for peace* (2006); p.102

245 SHEPHARD, B; *War of nerves*; (2002) p. 361

246 SHEPHARD, B; *Op. Cit* (2002); p.371

*Soldier*, trató de permitir el rito de paso que hiciera reconciliar a los excombatientes con sus actos. Como exponía la historiadora inglesa Joanna Bourke, para muchos combatientes la destrucción de la guerra producía un placer orgásmico, hacer frente al horror e incluso disfrutarlo; pero después estos debían volver a casa y intentar continuar con una vida sosegada y a largo plazo demostrar “*ser un baluarte contra la bestialización*”. Como Bourke muestra, eso sucede en todos los conflictos bélicos, aunque a la larga la idea de la bestialización resultaba ilusoria<sup>247</sup>. Pero a diferencia de las otras guerras Vietnam se distinguió por su impopularidad. Aunque los soldados se negaran a cometer actos atroces por órdenes, al no existir ese distanciamiento moral, los combatientes acababan torturados ante la imagen de la víctima agonizante. Para el público que observó la guerra de Vietnam y recibió sus interpretaciones culturales, matar quedó asociado al trauma y la locura. Mientras que para los veteranos, al no existir una respuesta moral alternativa, muchos quedaron aislados en la culpa, es decir, atados al trauma con tal de mantener lo que ellos consideraban la esencia humana<sup>248</sup>, a pesar de que en algunos casos, el potencial físico y psicológico de matar y destruir les produjera una actitud de placer hedonista<sup>249</sup>. Haley creaba así el primer programa explícito para facilitar esa absolución del veterano.

La movilización clínica y social por el reconocimiento del trauma de los veteranos de Vietnam iniciada a gran escala a partir de 1974 arrastró a otros expertos en el campo de la psiquiatría y psicología como a Mardi Horowitz, bajo el objetivo de establecer así un nuevo concepto de trauma unitario donde cupieran tanto soldados como víctimas. Tras casi diez años de lucha contra los colegios de psiquiatría estadounidenses que criticaron de forma ferviente las tesis de Lifton, en 1980 el “síndrome de estrés por catástrofe” fue admitido en la *American Psychiatric Association* bajo la nomenclatura de *Post Traumatic Stress Disorder* o PTSD, es decir, Síndrome de estrés postraumático”. Con la propagación de esa nueva terminología fomentada por un reducido grupo de especialistas, se había redefinido el rol social de la psiquiatría y la salud mental. Ahora el veterano y su percepción social entró en un proceso de cambio ante los ojos del público, empezando a conquistar “corazones y mentes”.

### 1.13.-Medalla de Honor: el veterano, la culpabilización del combatiente y la mitificación de la víctima

“Decidí conseguir un arma de juguete desde que vi que el dependiente no sabía como usar un

247 BOURKE, J.: *Sed de sangre* (2008); pp.362-363

248 BOURKE, J.: *Sed de sangre* (2008); p.365

249 APPY, C.G; *Working-class war* (1993); pp.262-263

*arma de fuego. Igualmente, si hubiera tenido un arma de verdad y le hubiera amenazado, no estoy seguro de como la utilizaría. Sabía que no quería herir a nadie. Incluso en el medio de la planificación de un crimen, nunca pensé la posibilidad de tener que defenderme a mi mismo. Esto era un juego [...] La idea se tornó una obsesión, una misión. El dinero era accidental”<sup>250</sup>.*

El veterano marine Juan Ramírez sirvió dos turnos en Vietnam. Herido en combate, condecorado, afectado por un alcoholismo contraído por el estrés y la ansiedad del frente, volvió a su casa en California sin poder asimilar la inserción en la sociedad civil. Nacido en una familia de clase media chicana desestructurada, Ramírez retornó a casa para vagar, fumar marihuana y beber alcohol viviendo en una tienda de campaña en el patio de una amigo. Hasta que Ramírez, sin necesidad alguna, decidió cometer un delito de atraco. Altercado que logró con éxito y repitió diversas veces. Sencillamente por que podía hacerlo, por puro hedonismo, la concepción de poder ejercer un abuso de poder o destrucción por el simple hecho de estar capacitado y concienciado para ello, de nuevo, lo que el historiador Christian G. Appy determinó como “hedonismo de la destrucción”<sup>251</sup>.

La historia recuerda mucho a la del soldado afroestadounidense Dwight H. Johnson. No es casualidad que sus dos protagonistas fueran de dos minorías sociales estadounidenses. Si volvemos a ver la letra de “Bummer” de Harry Chapin, este dice: “*Consiguió un par de trabajos con los galones en su pecho / Y a pesar de que lo intentó realmente no pudo hacerlo / Solo había un par de cosas para las que había sido entrenado / Se encontró a si mismo vagando hacia ellas / Y justo en el momento en que estaba listo para romperse / La VA paró de enviarle sus cheques*”.

Todo país tiene dificultades socioeconómicas de reinsertar a sus ciudadanos movilizadas para la guerra. Sin embargo en la década de los setenta esto se convirtió en algo totalmente resonado y característico para un ingente número de soldados desmovilizados. Una imagen que se tornó una estampa típica de la vida en las calles de grandes ciudades y suburbios industriales, bastante inquietante y muy explotada en medios y canales culturales. Veteranos jóvenes, aun con sus guerreras del ejército, algunos en silla de ruedas, vagando o mendigando por grandes avenidas. Se ha explotado tanto esa idea que no se duda ni un momento en la imaginación, del mismo modo que se hace con la imagen asociada a la drogadicción y la violencia psicópata. Joe Haldeman incluso lo retrataba en su novela “1968”: “*Hooch City era un solar cercano a las vías del tren donde la población de vagabundos de unos cuarenta o cincuenta hombres pasaban el rato: muchos jóvenes, muchos veteranos de Vietnam, muchos sin empleo, Todos jodidos, de un modo u otro Spider encajaba con ellos*”<sup>252</sup>. Spider, el joven, inocente y desdichado protagonista de la novela, tras ser

250 RAMIREZ, J.: *A patriot after all* (1999); p.130

251 APPY, C.G; *Working-class war* (1993); pp.262-263

252 HALDEMAN, J.: *1968* (1995); p.332

machacado en Vietnam, contagiado por venéreas, internado en el hospital de veteranos Walter Reed y abandonado por sus padres y su novia, vaga sin rumbo después de sufrir un accidente laboral, ser despedido y desahuciado. Toda una historia que explota gran parte de los tópicos posibles adjudicables a un exsoldado. Spider finaliza su relato malviviendo en las calles, tocando la guitarra a cambio de limosna llevando aun su raída chaqueta y gorra del ejército y alcoholizándose para evitar las pesadillas sobre a guerra: “*No era perturbado por sus sueños mientras pudiera tragar su pildora de la mañana con whiskey*”<sup>253</sup>

Cuando en junio 1944 se introdujo la primera ley de *Servicemen's Readjustment Act*, popularmente conocida como ley del soldado o *GI Bill*, se produjo un fenómeno muy innovador. Para recolocar a tal cantidad ingente de chicos llevados a la guerra, cerca de 12 millones, el gobierno dispuso de ayudas económicas con las que formar intelectual y profesionalmente a esos hombres de la “*Greatest Generation*”. Un veterano recibía 500 dólares al mes, tenía matrícula gratuita de acceso a la universidad, libros y material gratuito, y sus beneficios educativos eran válidos por cuatro años; además de unos 75 dólares con los que ayudar a mantener el alojamiento o iniciar una vida familiar. Con esa solución, lo que se conoció como el *New Deal* de los Veteranos, se pretendía facilitar la reinserción de aquellos millones de soldados, a la vez que se quería acabar de manera definitiva con los resquicios de la Gran Depresión, que de hecho había llevado a parte de esos chicos a alistarse. Pero según el número de octubre de 1973 del periódico *Winter-soldier*, las *GI Bill* de 1966 y 1972 dejaron de proporcionar pagos de matrículas, libros y material, además de reducirse a 36 meses y proporcionar 261 dolares para los casados o 298 dólares para los padres, mas 18 dólares por niño adicional, algo que en total, comparándola con la de 1944, equivalía tan solo a 165 dólares<sup>254</sup>. En su estudio sobre la *GI Bill*, Mark Boulton no solo constató que los beneficios eran menores en cantidad. Lo eran aun mas en la calidad de educación y servicios que ofrecía, en parte, debido a que no solo mantenía a veteranos de combate, sino a todos y cada uno de los chicos que hicieron el servicio militar durante la era de Vietnam<sup>255</sup>. Eso afectó sobre todo a veteranos afroestadounidenses, chicanos y de otras minorías étnicas. Si con la *GI Bill* muchos afroestadounidenses pudieron acceder a estudios, en 1973 solo el 25% pudo, en comparación con el 46% de los veteranos caucásicos<sup>256</sup>. Tampoco es casualidad que muchos veteranos, de nuevo pertenecientes a minorías, no recibieran ninguna pensión del gobierno por haber sido licenciados con deshonor<sup>257</sup>. Entre 1964 y 1972, 175.000 soldados fueron degradados con ese tipo de

253 HALDEMAN, J.:1968 (1995); p.333

254 *Winter-Soldier*, Volumen 3, número 8, Octubre 1973; p.6

255 BOULTON, M. *Failing our veterans* (2014); p.9

256 BOULTON, M.: “How the GI Bill failed African-Americans”, *The journal of blacks in higher education*, Num. 58, invierno 2007/2008, p. 57

257 *The 1<sup>st</sup> Casualty*, Volumen 1, número 1, Agosto 1971; p.5

licenciaturas, acusados siempre de insubordinación o alteración del orden<sup>258</sup>. La desproporción era abismal. Si el 10% de la tropa de combate eran afroestadounidenses, entre 1968 y 1972 el 18,4% de estos fueron sometidos a corte marcial militar y marcados con licenciaturas sin honores<sup>259</sup>. Eso significaba una sentencia de por vida, pues el Ejército dejaba marcado con un código en el expediente que el soldado estaba incapacitado para determinados puestos laborales en la vida civil, a la vez que venía acompañada por la desconfianza que esa licenciatura generaba entre los patrones, al percibir a los veteranos como inadaptados problemáticos. Drogas, motines, rebeldía u homosexualidad eran motivos mas que suficientes para recibir esa licenciatura, a la que mas de 4000 soldados intentaron apelar para que se les revocase pero solo un 3% lo logró<sup>260</sup>.

Con todo y con eso, la *GI Bill* estuvo en constante peligro para aquellos pocos que lograban beneficiarse de ella. Nixon, camino de su entierro político tras el Watergate, vetó todas las medidas para autorizar su expansión de pensiones como la *VA Health Bill of care* con la que se pretendía aumentar el presupuesto y personal en hospitales, o confiscaba el dinero del Congreso destinado a proyectos de rehabilitación y educación de veteranos<sup>261</sup>, Gerald Ford no se quedaría atrás. La edición de verano del diario *Winter soldier* abría su número con un enorme titular: “*Ford pide al Congreso poner fin a los beneficios: la GI Bill bajo ataque*”<sup>262</sup>. El presidente Ford aprobó así en junio de 1975 el recorte de las pensiones y las facilidades de acceso a beneficios de la administración de veteranos amparándose en que históricamente “*el gobierno no daba esas ayudas en tiempos de paz*”, algo totalmente falso si se tiene en cuenta el periodo intermedio entre Corea y Vietnam<sup>263</sup>. Se recortaba así una ayuda calculada en un incremento del 20%. Para estos, la Administración de Veteranos había involucionado hasta convertirse en “*un monstruo en expansión de ineficiencia y hostilidad hacia los vets de la era de Vietnam*”<sup>264</sup>

Durante los primeros meses o años de la desmovilización de cualquier conflicto bélico como se dijo anteriormente, siempre se tiene un nivel elevado de paro entre los excombatientes de guerra. Si tras Vietnam el desempleo en Estados Unidos fue del 14% en 1973, se debe recordar que tras la Segunda Guerra Mundial y la guerra de Corea, muy a pesar de la existencia de beneficios y la *GI Bill*, el paro fue de un 8% y un 7,9% respectivamente<sup>265</sup>. En los tres conflictos se observa que la tasa de desempleo siempre es triple que la de la población civil. Lo mismo sucedería con la Guerra civil

258 STARR, P.; HENRY, J.; BONNER, R.: *The discarded army: veterans after Vietnam* (1973); p. 167

259 BOULTON, M.: “How the GI Bill failed African-Americans”, *The journal of blacks in higher education*, Num. 58, invierno 2007/2008, p. 59

260 STARR, P.; HENRY, J.; BONNER, R.: *Op. Cit* (1973); p. 180

261 SEVERO, R; MILFORD, L; *Wages of war* (1989); p.356

262 *Winter soldier*, volumen 5 número 5; junio-julio 1975, p.1

263 *Winter soldier*, volumen 5 número 5; junio-julio 1975, p.5

264 *Winter soldier*, volumen 5 número 5; junio-julio 1975, p.5

265 STARR, P.; HENRY, J.; BONNER, R.: *Op. Cit* (1973); p. 203

estadounidense y las grandes masas de veteranos que ingresarían las filas de obreros que construirían las nuevas vías del ferrocarril en expansión, o aquellos *Doughboys*, los 10.000 soldados de la Fuerza expedicionaria de la Gran Guerra que en 1932 vieron perjudicada su situación por la Gran Depresión y marcharon rumbo a Washington en la gran protesta de la *Bonus Army*. Pero como sucede en otros aspectos que caracterizan la guerra de Vietnam, algunos de sus factores hicieron que la percepción de esa crisis social y económica tuviera más impacto. Para empezar, lo mismo que ocurre con el trauma, los veteranos eran excesivamente jóvenes, algunos incluso aún adolescentes de 19 años, hecho significativo porque muchos no tenían ninguna experiencia laboral, y en tiempos de crisis el mercado laboral juvenil es el primer gran afectado, teniendo en cuenta a más que durante la guerra este ya estaba en peligro a causa del masivo reclutamiento. La cosa empeoraba si se tiene en cuenta que los mayores recortes afectaron a los programas de educación y formación laboral, con una reducción de 95,8 millones de dólares en 1976, bajo advertencias de más en el futuro<sup>266</sup>. Se añade además la increíble desproporción de veteranos afroestadounidenses, chicanos y otras minorías étnicas normalmente situadas en los márgenes de la sociedad, un sector en peligro a los que cuesta mucho más encontrar trabajo en especial si han recibido licenciaturas con deshonor. Entre veteranos afroestadounidenses, el paro subió del 8,5 al 14% entre 1969 y 1971, y de nuevo al 16% en 1972 para subir en tan solo un mes al 22%<sup>267</sup>. No se puede obviar tampoco la expansión y caracterización de la contracultura dentro de la tropa de Vietnam. Muchos soldados adoptaron la contracultura como mecanismo de resistencia y supervivencia en Vietnam y la mantienen al volver a casa, ya sea afiliándose a alguna organización de veteranos antiguerra o como colectivo individual. El caso es que, como solía pasar con los chicos hippies de clase media, los patrones de fábricas o negocios no desean emplear a chicos con barba, cabellos largos y chaquetas militares. Por último, Estados Unidos surgió de la Segunda Guerra Mundial como gran potencia económica vencedora. En Vietnam, Estados Unidos no solo había perdido, sino que dejó al país en una enorme crisis económica y política. Si el paro entre veteranos era del 8% en 1945, este bajó rápidamente durante los primeros años al 4,2%. En 1973 en cambio no, y las medidas no solo serán insuficientes sino que sufrieran recortes<sup>268</sup>. Uno de cada tres veteranos de Vietnam experimentó un periodo mínimo de dos meses consecutivos de paro, y por supuesto para chicos de clase obrera con deficiente educación y mutilados de guerra, algo habitual en la guerra de contrainsurgencia, la situación no pudo sino empeorar. Las ayudas por desempleo para soldados eran más que escasas. Tan solo existía la *Unemployment Compensation for Exservicemen*, solo disponible para soldados

---

266 *Winter soldier*, volumen 6 número 1; marzo-abril 1976, p.9

267 STARR, P.; HENRY, J.; BONNER, R.: *The discarded army: veterans after Vietnam* (1973); p. 201

268 STARR, P.; HENRY, J.; BONNER, R.: *Op. Cit* (1973); p. 203

con trabajos previos al reclutamiento con un currículum de mas de 6 meses de cotización<sup>269</sup>

La atención a los soldados y su vuelta de entrada al mundo laboral se convirtió en un duelo constante durante mas de una década para estos chicos recién llegados de la guerra, en un contexto económico donde la inflación y la crisis habían abierto una profunda brecha, debido en gran parte a los gastos materiales. Mas teniendo en cuenta que el 80% de ellos provenía de clase trabajadora y pobre, a la que se añadía el rechazo social general a la hora de contratar a excombatientes. Quien mejor recogió este contexto fue sin duda Larry Heinemann en su galardonada novela “*La historia de Paco*”, publicada por primera vez en 1989: “*Charles T. Holland, el dueño de la tienda de artículos para caballero, ha examinado a Paco por todos lados; un excombatiente, se dice en su fuero interno, un veterano a quien uno debería tender una mano, y lleva el corte de pelo apropiado, pero ese bastón, esas ropas gastadas y esa extraña mirada en sus ojos (todos la tienen, ¿no es así?) no venderían ni un par de zapatos [...]. Además, uno ha oído demasiadas historias sobre cómo tienden a comportarse de forma peculiar. No, no, Holland piensa, mejor no*”<sup>270</sup>. Heinemann, veterano de Vietnam y uno de los pocos novelistas de la generación surgida de la guerra que representó desde un punto de vista próximo a la clase obrera los dilemas y pesares del conflicto y sus cicatrices, describe como el personaje protagonista, Paco Sullivan, padece los problemas que miles de excombatientes podían sufrir nada mas llegar a casa. Cojo por una herida de guerra, con el cuerpo marcado por cicatrices, sin empleo y nada mas que su petate del ejército y un bastón, Sullivan vaga por una localidad que desconoce buscando trabajo, hasta que tras ser rechazado cuantiosas veces, un veterano de la Segunda Guerra Mundial se apiada de él y le acoge en su cafetería como lavaplatos. Sin embargo, el rechazo social de los vecinos producido por sus heridas físicas y psicológicas le llevan a huir y continuar vagando sin rumbo, tan solo en busca de otro empleo y un lugar donde ser aceptado.

Lo cierto es que Sullivan no es solo un personaje literario. Tras la guerra, unos 250.000 veteranos de combate de entre 21 y 29 años se encontraron en situación de desempleo<sup>271</sup>. Entre chicos jóvenes de 20-24 años, el paro era del 9,4% a mediados de 1973. Muchos de estos parados, fruto no de la falta de trabajos, sino de trabajos buenos y en dignas condiciones, fluctuaban de empleo en empleo en cortos intervalos durando tan solo un mes o cinco semanas, bautizados como “*job losers*”<sup>272</sup>.

Ante eso, las demandas de los colectivos de veteranos por la expansión de los beneficios eran claras. “*Al infierno con el honor nacional - no seremos utilizados otra vez. [...] Extended y*

269 STARR, P.; HENRY, J.; BONNER, R.: *The discarded army: veterans after Vietnam* (1973); p. 201

270 HEINEMANN, L; *La historia de Paco*; (1988) p.111

271 SEVERO, R; MILFORD, L; *Wages of war*; (1989); p.355

272 STARR, P.; HENRY, J.; BONNER, R.: *Op. Cit* (1973); pp.222-223

*expandid la GI Bill. No lucharemos otra guerra de ricos. Trabajos o ingresos*”<sup>273</sup>. Pero las fervientes manifestaciones de protesta no se limitaban solo a la *GI Bill*, abarcaban también la crítica hacia todo el sistema estructural de la Secretaria de asuntos de veteranos, la *Veterans Administration* o VA. Muchas de las situaciones en las que se produjo una manifestación de violencia o altercados con la ley donde se ven involucrados veteranos de Vietnam se comprenderían muchísimo mejor si se conociera la situación de desesperación a la que muchos podrían llegar debido a la falta de estos beneficios gubernamentales y presupuestos para los hospitales de la VA. Resulta tal la situación de crisis que sencillamente algunos optaron por la acción directa, como aquel veterano de los Ángeles que tomó tres rehenes con tal de poder hablar con el doctor del hospital en invierno de 1973<sup>274</sup>. Lo cierto es que para 1980 entre un 25% y 30% de los presos internos en cárceles estadounidenses eran excombatientes de guerra, pero solo un 5% eran veteranos de Vietnam. Muy al contrario de aquella imagen difundida en este periodo por la prensa amarilla y el cine, los chicos de Vietnam poseían una mejor educación y disciplina al haber nacido en los años 40. De hecho el 60% de los veteranos presos tenía al menos diploma escolar en comparación con los otros internos. A su vez se comprobó que tenían un mayor potencial de rehabilitación y de su cifra total, solo un 12% acabo reincidiendo. Se descubrió que la principal causa de la criminalidad entre excombatientes de Vietnam se debía en base a su situación socioeconómica tras su desmovilización y a su falta de asesoramiento en programas y ayudas gubernamentales. Un 53% de los veteranos internos desconocía de los programas de ayuda contra el alcoholismo y su derecho a acceso a la *GI Bill* a pesar de estar preso<sup>275</sup>.

El gran problema y foco de conflictos con la VA estaba enquistado dentro de su sistema de hospitales y servicios sanitarios. Cuando en 1945 el general Omar Bradley fue puesto al frente la administración y tomó las riendas de la secretaria por nombramiento de Harry Truman, no se puso en duda la prioridad de realizar programas beneficiosos para los hombres que habían estado bajo su mando, y junto a la *Servicemen's Readjustment Act* se creó un extenso programa de infraestructuras, compensaciones y ayudas sanitarias<sup>276</sup>. Pero a mediados de los años 70 la VA era calificada por sus propios pacientes como una trampa mas que una salvación. Su personal en la mayoría de casos era insuficiente, y sus condiciones, deplorables. El testimonio mas desagradable lo deja escrito Ron Kovic en su obra *Nacido el 4 de Julio*: “*Las salas son sucias. Los hombres que comparten mi habitación tiran los mendrugos de pan debajo del radiador para evitar que las ratas nos laman las insensibles piernas durante la noche. Nos envolvemos liándonos las sábanas al cuerpo. Nunca hay*

273 *Winter-Soldier*, Volumen 6, número 5, Octubre 1976; p.3

274 *Winter-Soldier*, Volumen 5, número 1, Enero 1975; p.3

275 BONIOR; CHAMPLIN, KOLLY; *The Vietnam Veteran* (1984) ; p.171

276 BONIOR; CHAMPLIN, KOLLY; *Op. Cit* (1984) ; p.155

suficientes auxiliares para vigilar las salas y constantemente se quejan. Los heridos de mayor gravedad dependen totalmente de los auxiliares para moverse. Son los que más sufren y se les forman úlceras. Sus voces se escuchan durante la noche, pidiendo a gritos una ayuda que nunca llega. Las bolsas llenas de orina se vuelcan sobre el suelo mientras los auxiliares juegan al póquer sobre las tapas de los retretes, en el cuarto de enemas. Las sábanas jamás se cambian con la frecuencia necesaria y muchos de los hombres hieden al no ser bañados debidamente. No podemos entender como el gobierno continúa gastando dinero para comprar más armas, mientras a los heridos nos abandonan en nuestra propia miseria”<sup>277</sup>. La cruda descripción no se detiene ahí, y prosigue durante buena parte del libro incidiendo en el desamparo y la marginación manifestada por el personal del hospital y el escalafón de la administración: “”Estoy acostado sobre mis propios excrementos y nadie viene. [...]He estado dando gritos casi durante una hora, y al final un auxiliar se acerca. Asoma la cabeza por la puerta, burlándose y riéndose. “Soy un veterano de Vietnam y tengo derecho a que se me trate decentemente”, le digo. “Vietnam” dice en voz alta el auxiliar. “Vietnam no significa nada para mí ni para ninguno de los otros. Vete al diablo con tu Vietnam””<sup>278</sup>. Como la única agencia a la que podían recurrir los veteranos tanto en asuntos de salud como de empleo y ayudas sociales, la VA era el epicentro de todo mal, la representante de la política gubernamental que les ha dejado en esa situación. Por ello, en la prensa de organizaciones de veteranos como VVAW, a partir de 1975 las reformas de la VA era el principal tema de discusión y ataque. Constantes son los atropellos descritos por los centros y hospitales de la VA hacia sus pacientes. En 1975 se notificó la muerte en el hospital de Ann Arbor de once veteranos muertos por fallo respiratorio. En el hospital de la VA de Chicago, el ex marine Erwin Pawelski postrado en silla ruedas desapareció durante 25 horas sin obtener su familia ninguna respuesta de las circunstancias. En el centro VA de Manhattan, seis veteranos operados en un intervalo de cinco semanas contrajeron hepatitis en el quirófano por la condición de las agujas<sup>279</sup>. Casos la mayoría de los cuales nunca fueron investigados ni se buscó a los responsables.

La mayoría de los pacientes que acudían a los VA eran exsoldados provenientes de los márgenes de la sociedad, un 60% eran de contextos trabajadores precarios o pobres<sup>280</sup>. A estos hospitales llegaban en especial aquellos veteranos torturados por serios problemas de drogas. Como se dijo anteriormente, para los soldados destacados en Vietnam que consumieron drogas y retornaron a casa, estas sustancias no les dejaron inmersos en problemas de adicción como se podría entender respecto al consumo en las calles. La diferencia clave es que para estos soldados la heroína

277 KOVIC, R.; *Nacido el 4 de Julio* (1990); p.33

278 KOVIC, R.; *Op. Cit* (1990); p.113

279 *Winter-soldier*, volumen 5 número 6, Octubre 1975; p.7

280 BONIOR; CHAMPLIN, KOLLY; *The Vietnam Veteran* (1984) ; p.162

o la marihuana no dominó sus vidas ni les representó un control total de la identidad, por lo que se produjo la negación de toda la ideología que hay detrás de la etiqueta de “*yonqui*”. Las drogas eran baratas, el ejército proveía del resto, y sus vidas no giraban alrededor de la necesidad dependiente de proveer sus hábitos. La mayoría dejó de consumir al ser desmovilizados o encontraron barreras sociales y familiares que les impidieron continuar o revelar sus experiencias con las drogas. El problema lo tuvieron excombatientes de márgenes sociales de pobreza o con problemas físicos, donde fácilmente la dependencia implicaba a su vez encadenamiento al mercado negro y la incapacidad de reajuste a los valores morales de la sociedad<sup>281</sup>.

Pero la VA de los años setenta se parecía mas a una residencia de ancianos para supervivientes de la Segunda Guerra Mundial que no una agencia con la que atender las urgencias de salud de la nueva generación de veteranos. Centros incapacitados para ejercer su función y sin especialistas para tratar a mas de medio millón de heridos que había dejado la guerra de Vietnam. Eso se debía al control dominante. que las organizaciones conservadoras de veteranos de guerra ejercían sobre la secretaria. En 1965 Bill Driver, con la ayuda de Donald E. Johnson y Richard L. Roudebush, se hicieron con el control de la VA. Johnson era comandante nacional de la *American Legion* y Roudebush de la *Veterans of Foreign Wars*. Estos fueron contrarios a cualquier reforma de la VA, y cuando Gerald Ford llegó a la presidencia, en 1975 tendría lugar el primer veto de reforma. Tras el Watergate, en que la Donald E. Johnson estaba implicado por aprobar pagos de 10,3 millones de dólares sin aprobación gubernamental, el senador Alan Cranston y el congresista Colin Teague reclamaron en abril de 1974 la dimisión de Johnson como director de la VA. Estas antiguas organizaciones de veteranos conservadoras habían constituido el llamado “Triangulo de Acero”: la *American Legion*, la *Veterans of Foreign Wars* y la *Disabled American Veterans*, tres organizaciones de antiguos veteranos de guerra que integraban elementos del congreso y de la VA, y juntos formaban ese *lobby* de presión que negaba reiteradamente el reconocimiento de los problemas de la nueva generación de soldados, incidiendo en el veto de toda posibilidad de reforma del sistema.

Cuando el exmarine condecorado Bob Muller, en silla de ruedas desde abril de 1969, escribió demandando mas beneficios para veteranos al secretario de estado Henry Kissinger, en ninguna de las cinco ocasiones recibió respuesta. Mientras, Nixon recortó la *GI Bill*, aludiendo que era fiscalmente irresponsable e inflacionaria. Muller expresó numerosas veces ante los medios la frustración y dolor que le generaba la marginación hacia los veteranos de Vietnam desde las altas esferas gubernamentales: “*¿Puedes entender lo que hace oír eso para alguien como yo? Fui oficial del cuerpo de marines, era mi rutina gastar millones de dólares en matar gente, y fui herido en el proceso. Llego a casa y ahora el gobierno me dice que es irresponsable e inflacionario gastar*

---

281 STARR, P.; HENRY, J.; BONNER, R.: *The discarded army: veterans after Vietnam* (1973); pp.150-152

dólares en sanidad en un hospital, que no puedo obtener una GI Bill como los veteranos de otras guerras, que no puedo acceder a un programa de empleo.[...] esos chicos que vieron interrumpida su vida por uno, dos, tres, cuatro años, y ahora no pueden acceder a la GI Bill. Los veteranos son veteranos. Las balas son balas, son las mismas en Europa que en Saigón. Pero ahora el veterano no es veterano, es algo diferente. Simplemente no estamos ahí<sup>282</sup>” Lo mismo le sucedió a Muller y muchos otros durante el mandato Ford, en el que todos los intentos de comunicar la situación real en que se encontraban muchos veteranos fueron ignorados, como el caso de Al Gibbs que con veinte años intentó suicidarse cuando solo obtenía 48 dolares al mes de pensión y luchaba constantemente contra la VA: “La VA no es para veteranos, es para el sistema. Hemos sido jodidos y lo seguiremos estando, no importa si eres negro, blanco o chicano”. Cuando durante el mandato demócrata de Jimmy Carter, Muller, que fundó con sus ahorros la organización *Vietnam Veterans of America*, insistiera en entrevistarse con el presidente para explicarle la situación de muchos veteranos desarraigados y en terrible situación, éste fue invitado a la Casa Blanca. Pero Carter jamás apareció<sup>283</sup>.

Sin embargo la administración Carter se jactaba de haber puesto remedio a la situación de sus excombatientes. En 1977, año en que nacía y empezaba a popularizarse la teoría del estrés postraumático y parecía ponerse orden a miles de síntomas surgidos de las cenizas del conflicto, Carter ponía delante de la VA a Max Cleland. No solo era el primer veterano de Vietnam en alcanzar un puesto. Era además un soldado voluntario, condecorado con la estrella de plata y bronce, calificado de héroe de guerra y además mutilado múltiple sin piernas y con un brazo de menos, que había sufrido en sus carnes la corrupción y miserias de los hospitales de la VA. Cleland junto a Alan Cranston, senador demócrata de California y miembro de Comité del senado en asuntos para veteranos, lograron llevar a delante un gran paso en 1979, la *Vietnam Veterans Outreach Program*. Con este programa, que logró el apoyo del Congreso, se reconoció por un lado los síntomas y problemas derivados del servicio en Vietnam. Por otro, era una manera de limpiar mas de diez años de recortes, mala gestión y marginación sobre el colectivo de nuevos veteranos. Bajo esta nueva alternativa se abrieron 137 centros médicos y de atención a veteranos ya en 1981, separados totalmente de la VA. Estos nuevos “*Vets centers*” eran atendidos por excombatientes, muchos de ellos afectados por estrés postraumático, donde servían como consejeros junto a psicoanalistas y trabajadores sociales. Según Schulzinger, entre 1979 y 1981 se trató a una cifra cercana a los 52.000 pacientes, pero solo unos 10.700 lograron curarse de algún tipo de trastorno o afección derivada de Vietnam de forma efectiva. Mientras para esas fechas el índice de suicidios de

---

282 Reportaje documental dirigido y presentado por John Pilger, “*Heroes*” (1981), producida por ATV

283 Reportaje documental dirigido y presentado por John Pilger, “*Heroes*” (1981), producida por ATV

veteranos de Vietnam había ascendido en un 25% respecto al de la tasa civil durante esos primeros años tras la desmovilización<sup>284</sup>. No obstante Cleland si que incidió en el problema del alcoholismo, según la administración el mas extendido entre los veteranos que habían experimentado situaciones duras de combate. Si Roudebush incrementó el número de clínicas de tratamiento del alcoholismo en siete durante tres años, Cleland abrió quince en solo uno<sup>285</sup>.

Aun así Cleland no podría acabar con los principales problemas que arrastraba la secretaria y la administración Carter demostró no tener la fuerza suficiente con la que oponerse a los principales palos en la rueda que se presentaron durante todo el mandato. En el verano de 1977 la VVAW y otras organizaciones denunciaron como la administración Carter no había hecho nada por solucionar la cuestión de la *GI Bill* y las licenciaturas con deshonor que a muchos soldados les impedía acceder a beneficios del gobierno<sup>286</sup>. En el número de noviembre de ese mismo año la publicación *The Veteran* presentó un listado de todos y cada uno de los beneficios a los que un exsoldado podía acceder dependiendo de la categoría de su licenciatura. Ya fuera “Indeseable”, “Mala conducta” o “Con deshonor”, el veterano no solo tenía limitados alguno u otro servicio. En los casos de mala conducta o deshonor se les negaba el reconocimiento incluso a ser enterrados en cementerios nacionales de combatientes o el derecho a portar el uniforme<sup>287</sup>. Cleland había sido publicitado por el nuevo gabinete demócrata en el poder, pero en la estructura administrativa un veterano de Vietnam no podía ser reconocido como un igual en política. Por ello siempre tendría en contra al “Triangulo de Acero” que vetaría como siempre cualquier propuesta de reforma o aumento de presupuestos para la VA y sus hospitales. Cleland tuvo que lidiar con una guerra en dos frentes en la que tenía escasos apoyos. La constante y ferviente oposición de esas viejas organizaciones de veteranos como la *American Legion* acabó por hacer que Cleland cediera y firmara un documento de oposición oficial a una extensión de la *GI Bill*, y mas tarde que desmintiera los estudios sobre la toxicidad del compuesto Dioxin 2,4,5, es decir, el Agente Naranja<sup>288</sup>.

Es muy curioso como la explosión mediática que generó toda la formulación científica del síndrome del estrés postraumático y la exaltación de la crisis y corrupción estructural del sistema de asistencia social de veteranos a partir de 1977 sirvieron para reescribir ligeramente la percepción del excombatiente de Vietnam. Pero nada mas allá que no se alejara del simple dramatismo con el que se percibía al colectivo. Mientras los veteranos buscaban recuperar, o mas bien generar atención de un modo que pudiera beneficiar a su situación, no estigmatizarla, productores de televisión y cine vieron en toda la agitación creada desde las esferas medicas y políticas una enorme veta con la que

284 SCHULZINGER; R.D.; *A time for peace* (2006); p.83

285 BONIOR; CHAMPLIN, KOLLY; *The Vietnam Veteran* (1984); p.166

286 *The Veteran*, volumen 7 número 3, Junio 1977; p.6

287 *The Veteran*, volumen 7 número 5, Noviembre 1977; p.2

288 BONIOR; CHAMPLIN, KOLLY; *Op. Cit* (1984); p.168

continuar sacando jugo a la cuestión de Vietnam. Ahora, junto al veterano perturbado, psicópata y delincuente, aparece el excombatiente joven y desamparado, el chico arrancado de su inocencia por la guerra que vuelve en una bolsa para cadáveres o trastocado por su experiencia, un perdedor absoluto rechazado y ultrajado.

Sin duda el hecho de poner a un veterano amputado en silla de ruedas a la cabecera de la VA y la creación de grupos de presión en el Congreso constituidos por excombatientes generó un nuevo rol paralelo del veterano. Aunque todo y con ello, su real y relativa influencia no dejó de contrastar con el rol de la víctima, acentuado mas y mas con cada recorte, cada veto a reformas de pensiones y con cada disputa con las antiguas organizaciones de veteranos. De ese modo se consiguió dismantelar cualquier imagen real sobre la movilización social de los veteranos y su situación. Precisamente en 1977, con la publicidad de la revolución en la psiquiatría y la nueva descripción del trauma, en los medios de comunicación y de difusión de masas se produjo un pequeño auge paralelo por recuperar la imagen del veterano como soldado y como víctima a la vez. Después que en 1976 se estrenara "*Taxi Driver*", se propiciaron films como "*Rolling Thunder*" de John Flynn (1977), "*The Boys of Company C*" de Sidney Furier (1978) o "*Go tell the Spartans*" de Ted Post (1978). Si en "*Go tell the Spartans*" se intentaba recuperar la imagen valerosa y determinada del combatiente, curiosamente tanto del estadounidense como del survietnamita; en "*The Boys of the Company C*" por primera vez se recreaba al combatiente de una forma mas aproximada y realista, como un grupo de adolescentes inexpertos en un ambiente hostil donde el enemigo nunca es visible, los oficiales son corruptos y los civiles sufren las demandas de "*body counts*". Pero a la vez se explotaban miles de tópicos de forma abusiva, empezando por los protagonistas constituidos por un chico de clase media, un italoamericano sabiondo y casanova, un afroestadounidense valeroso y noble pero ligado a la mafia, un granjero tejano con futuro en el béisbol y un hippie californiano pacifista y reclutado a la fuerza para evadir la cárcel. Película que no agradó de hecho a muchos veteranos de Vietnam, ya que decían sentirse asociados con esa imagen victimista de la guerra. Ese mismo año también se estrenó "*Coming Home*", dirigida por Hal Ashby y con Jon Voight y Jane Fonda en la piel de un veterano paralítico y una enfermera casada que viven un affaire mientras el marido, un oficial de carrera, hace su primer tour en Vietnam. Este es un film destacable pero quizá no de los más populares sobre la guerra de Vietnam. En ella, por primera vez los protagonistas son los veteranos y sus problemas, tratados de una forma realista y humana, sin recurrir a los tópicos de la psicopatía, la delincuencia y la drogadicción. Muestra el desarrollo de un soldado herido física y emocionalmente, frustrado por su parálisis y el trato que recibe dentro del hospital, en una sociedad nueva para él a la que no consigue reajustarse; pero a la que con el tiempo se adapta perfectamente, se reinserta y encuentra en esa relación y en el activismo por los derechos de los combatientes una

vía de evolución. Por otro lado, la elección de Jane Fonda como protagonista femenina, que unos años antes había posado junto a un antiaéreo norvietnamita en una fotografía durante un viaje a Vietnam del Norte, no agradó para nada a los veteranos.

Esa temática, de manera mucho menos explícita se recreó también en *“El cazador”* de Michael Cimino (1979), narrando los distintos desenlaces que tres chicos de clase trabajadora afrontan tras marchar a Vietnam, pero de nuevo expresando perspectivas distorsionadas. Por un lado se construye con gran realismo el contexto de clase trabajadora y familiar. Por otro se produce una demonización del enemigo exaltando al combatiente estadounidense, a la vez que se manipulan imágenes que en los años ochenta se tornaron clave dentro del discurso revisionista. Tan solo es necesario echar un vistazo a la escena de la ruleta rusa donde el Vietcong obliga a los protagonistas, presos de guerra, a jugar a este mortal juego mientras los carceleros aumentan las apuestas; imagen que intercambia los papeles de aquella famosa e impactante foto que recorrió el mundo del oficial de la policía de Saigon, el general Nguyen Ngoc Loan, descerrajando un disparo en la cabeza a un prisionero del Vietcong. Una imagen distorsionada que consiguió su cometido, del mismo modo que lo haría la escena anterior donde un soldado norvietnamita arroja una granada dentro de un refugio repleto de campesinos y ametrallar a una mujer con su bebe. Una escena que recuerda demasiado a My Lai pero a la inversa. Mas impactante es saber que la escena donde los héroes escapan y logran subir a un helicóptero, cayendo uno de ellos del aparato y quedando parálítico, es ni mas ni menos que una escena real gravada por cámaras del Ejército donde se recoge una tortura a un prisionero del Vietcong que finalmente es lanzado del helicóptero, uno de los métodos habituales de interrogatorio establecido por el Ejército estadounidense<sup>289</sup>. No por ello dejaron de estrenarse films como *“Who will stop the rain”* (1978) o el clásico de culto *“Apocalypse Now”* de Francis Ford Coppola (1979) que de nuevo apelaban a una visión violenta, cruenta, turbia y psicodélica de la guerra. *“Apocalypse Now”* a parte de retomar el argumento de la novela *“El corazón en las tinieblas”* de Konrad estableciendo un paralelismo entre los imperialismos coloniales del XIX y la política exterior estadounidense, constituye su guión en parte de la mano de Michael Herr, autor de la obra *“Despachos de guerra”* de 1977 y uno de los representantes del nuevo periodismo de los sesenta, caracterizado por romper la barrera entre los hechos y el narrador. En *“Despachos de guerra”* Herr como corresponsal de *Squire* recogió la experiencia de la guerra desde el suelo, pero al igual que otros autores de ese “nuevo periodismo” como Hunter Thompson o Terry Southern, se dejó llevar por la visión descriptiva del entorno de forma psicodélica bajo la influencia de las drogas y la música. Al final consigue reproducir un escenario caótico y sin sentido, sin nombres ni situaciones. Aunque por una parte introduce esos elementos como la contracultura y el rock que

---

289 FRANKLIN, H. B.: *Vietnam y las fantasías norteamericanas* (2012); p.48

constituyen el marco de la guerra, pronto se deja llevar por ellos y describe una guerra radicalmente diferente y de forma subjetiva, alejada totalmente de la realidad. No hará mas que reforzar la idea de una guerra bizarra, en palabras de Alf Louvre y Jeffrey Walsh, una guerra “posmodernista” hasta el punto de no poder fijar un significado racional del conflicto<sup>290</sup>.

Otros autores seguirían una trayectoria similar a la de Herr en su narrativa de Vietnam. Norman Mailer en su novela “*Porque fuimos al Vietnam*” de 1967, presenta a un adolescente que, con un discurso salido de “*El almuerzo desnudo*” de Burroughs, realiza una cacería en Alaska antes de partir a Vietnam, enfatizando a la figura ideológica del hombre de frontera como el generador de la violencia partiendo de los impulsos sexuales y de hipermasculinidad que lo definen y lo reprimen. Robert Stone en “*Dog Soldiers*” de 1973, novela en la que se inspira “*Who will stop de rain*” hace lo mismo, tejiendo una historia donde se entremezcla Vietnam, tráfico de drogas y violencia.

Tampoco debería extrañarnos que 1977 represente también la gran explosión de lo que podríamos denominar como “Literatura de Vietnam”. Los propios excombatientes describiendo de forma narrativa sus propias experiencias, su guerra en sus palabras. Ya vimos algunos ejemplos de ellos anteriormente. En 1973 Tim O'Brien iniciaba de forma temprana esa recuperación de la guerra y sus combatientes al publicar “*If I die in combat zone*”, seguido poco después por otros veteranos y futuros aclamados novelistas como Joe Haldeman, Larry Heinemann, Ron Kovic o Phillip Caputo. En 1974 se publicó la que fue la gran obra que lanzó a la fama a Haldeman, “*La guerra interminable*”. Trasladando la guerra de Vietnam a un contexto futurista de ciencia ficción donde la humanidad se enfrenta a una desconocida raza alienígena apodada “taurinos” en otro sistema solar, Haldeman describe una guerra absurda y sin sentido, donde quienes la combaten han sido reclutados a la fuerza. Pero, y aquí está el factor de interés de la historia, no son chicos de clase obrera quienes luchan, sino solo lo mejor del mundo, los hombres y mujeres mas capacitados intelectualmente. Expone así la mentalidad de victimización parcial y elitista del veterano, de una juventud intelectual que no debería estar allí como carne de cañón, para al final volver a un mundo totalmente desconocido y cambiado que no pueden comprender, empleando Haldeman el recurso de la teoría de la relatividad para explicar el contraste entre la sociedad civil y el trauma bélico: “*Willy, la Tierra no es un lugar adecuado para ti y Marygay; a esta altura ya os habréis dado cuenta*”<sup>291</sup>.

Muchos sintieron la necesidad de describir la guerra. Pero precisamente ese sentimiento de alienación generado en cada soldado hizo que no se percibiera como una simple guerra, sino como “su guerra”. Aunque O'Brien, Haldeman y Caputo tienen algo en común: el sentimiento de

---

290 LOUVRE, A., WALSH, J.: *Tell me lies about Vietnam: Cultural battles for the meaning of the war* (1988); p.7

291 HALDEMAN, J.: *La guerra interminable* (2013); p.165

culpabilidad y contradicción de la clase media blanca. Algunos como Caputo fueron fervientes voluntarios creyentes en la causa, desengañados tras ver las realidades de la guerra: *“Ninguno de nosotros era un héroe. No nos esperaban muchedumbres vitoreantes, desfiles, vuelos de campanas de grandes catedrales. No habíamos hecho otra cosa que durar. Habíamos sobrevivido y ésta era nuestra única victoria”*<sup>292</sup>.

En cambio, en la obra de Tim O'Brien encontramos que lo que le genera mayor contradicción no es la derrota o la guerra en sí, a la cual se opone, sino lo que supone el “no combatir” dentro de un sistema de valores conservador de clase media. Esa ansiedad que supone para un estudiante de clase media el rechazo social de su entorno ante la desertión: *“¡Traidor!, aullaban, ¡Desertor! ¡Gallina! Sentí que enrojecía. No podía tolerarlo. No podía soportar la burla, o el deshonor, o las invectivas patrióticas Ni siquiera en mi imaginación, con la orilla apenas a veinte metros de distancia, pude cortarme con valentía. No tenía nada que ver con la moral. Vergüenza, eso es todo. Y en ese momento me rendí. Iría a la guerra mataría y tal vez moriría- porque me avergonzaba no hacerlo[...] Fui un cobarde. Fui a la guerra”*<sup>293</sup>.

Esta contradicción entre el rechazo a guerra y la vergüenza o desconcierto de rechazar los valores de la democracia y la clase media estadounidense se convirtió en uno de los tópicos frecuentes en la obra de O'Brien, siendo así el dilema desarrollado en su novela de 1978 *“Going after Cacciato”*. Ganadora del Premio Nacional de literatura estadounidense, el relato gira en término superficial alrededor de la desertión, pero a la vez representa de manera profunda la confusión ante los arquetipos de la conquista del oeste, el discurso imperialista y la reproducción que hizo de éstos Kennedy en su política exterior. El protagonista, el soldado Paul Berlin, junto a otros compañeros deja a su unidad para buscar al feliz y desenfadado soldado Cacciato, que deserta en una surrealista idea de llegar a París. Por un lado, recoge el miedo y la obsesión de O'Brien ante el caos de la guerra y su deseo desesperado de huir de ella en contraposición al rechazo social que eso comportaría: *“Mas que algún sentimiento positivo de obligación, confieso que lo que me domina es la idea de abandonar todo lo que tengo. Tengo miedo de salir corriendo. Tengo miedo del exilio. Temo que pensarán aquellos que amo. Temo la pérdida de su respeto. Temo la pérdida de mi propia reputación. Reputación, como leo en los ojos de mi padre y mi madre, la gente de mi pueblo, mis amigos. Temo ser un repudiado. Temo que piensen que soy un cobarde. Lo temo mas que la cobardía en sí. ¿Son esos miedos erróneos? ¿Son estúpidos? ¿O son sanos y correctos?”*<sup>294</sup>.

Pero por otra parte, la historia que rodea a Berlin y sus compañeros, que a modo de caballeros andantes del Camelot dejado por Kennedy recorren toda Asia hasta llegar a Paris, recrea la

292 CAPUTO, P.: *Rumor de guerra* (2007); p.420

293 O'BRIEN, T.: *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon* (2011); pp.73-75

294 O'BRIEN, T.: *Going after Cacciato* (1999); p.320

decepción y desconcierto ante la caída de sus ideales. Los nombres de París, como ciudad de destino, y Berlín, el apellido del protagonista pero a la vez de la capital alemana, terminan por hacer énfasis a la última gran victoria de Estados Unidos, la Segunda Guerra Mundial. Mientras que el viaje por Asia hacia el Oeste, su paso por Irán, Turquía, y otros lugares representa el fracaso del ideal de la nueva frontera que dejó Kennedy. A medida que recorren territorios vestidos con el uniforme de combate y sus armas, son ignorados o perseguidos, hasta llegar a París donde no son recibidos bajo vítores como sus predecesores. Al final no es el rechazo social en su país lo que le atormenta al protagonista, sino la incongruencia de los ideales en los que se crió frente a la reacción que el resto del mundo tiene de él, contra el que Berlín solo sabe defenderse arguyendo ingenuidad y buenas intenciones: *“No tenía meta en la guerras mas allá de la simple supervivencia; Estuve allí, en Quang Ngai, por las mismas razones que ellos: la suerte del sorteo, la mala fortuna, fuerzas mas allá de la estimación. No era un tirano, ni un cerdo, ni un yankee asesino. Era inocente. Si, lo era. Era inocente. Se lo tendría que haber contado a los aldeanos, si conociera su lengua, si hubiera habido tiempo. Les tendría que haber contado que no quería herir a nadie. Ni siquiera al enemigo. No tenía enemigos [...] El resto quizá, pero no yo. Culpable quizá de quedarse colgado, de dejarme arrastrar, de caer víctima de la gravedad y de las obligaciones y los sucesos, pero no - ¡No!- culpable de malas intenciones”*<sup>295</sup>

Esta será la visión predominante desde la perspectiva de los soldados que con talento narrativo decidieron explicar la guerra vista a través de sus ojos. Por ello desde su óptica no se explica la guerra, no se exponen unas causas o unas razones históricas que puedan hacer entender la guerra. La verán como la percibieron durante su servicio, como una guerra en otro mundo, lejana, absurda, caótica y violenta, que no corresponde con los valores en los que se criaron.

Para autores como Haldeman, refugiado en la literatura de ciencia ficción durante su servicio, Vietnam asemeja lo mas parecido a otro planeta, como describió en *“La guerra interminable”*, disociando su experiencia de toda realidad. Hasta el punto de poder inventar la historia del enemigo e incluso equiparlo al colectivo de chicos de clase media universitaria politizada opuesta a la guerra. Así ocurre en el desenlace de su novela *“1968”* donde el responsable de la muerte de los compañeros de Spider, un soldado del Vietcong llamado Han, resulta ser un vietnamita emigrado que residió y estudió en San Francisco<sup>296</sup>.

El estrés y el trauma psicológico del combate se tornan un indicio de locura que transforma la guerra, su contexto y su espacio en algo totalmente abstracto: *“De cualquier manera, los tipos tratan de no perder la chaveta. Se quedan tendidos y aguantan, pero después de un tiempo*

---

295 O'BRIEN, T.: *Going after Cacciato* (1999); p.263

296 HALDEMAN, J.: *1968* (1995); p.336

*empiezan a oír...esto no vas a creerlo...a oír música de cámara. Oyen violines y cellos. Oyen a una fabulosa soprano mama-san. Y un momento después oyen ópera oriental y una coral y el Coro de Muchachos de Haifong y un cuarteto que canta canciones sentimentales y toda clase de canto raro y estilo Buda-Buda. Y todo el tiempo, de fondo, sigue el cóctel de antes. Todas aquellas voces distintas. No voces humanas, sin embargo. Porque estamos en las montañas. ¿me sigues? La roca...habla. Y la niebla también, y la hierba, y las malditas mangostas. Todo habla los árboles hablan de política, los monos hablan de religión. El país entero. Vietnam. Aquel lugar habla. ¡Habla! ¿Entiendes? ¡Todo Vietnam...realmente habla!”<sup>297</sup>.*

Otro ejemplo fue “*Short-Timers*” de Gustav Hasford, relato de 1979 que acabaría siendo curiosamente junto “*Despachos de guerra*” de Herr, base del guión de “*La chaqueta metálica*” de Kubrick. Veterano de la Primera División de Marines, Hasford describiría, como Herr, una guerra psicodélica y sin sentido, donde la violencia surge como único regidor de las vidas de soldados y civiles, a la que parecen resignarse tras degenerar en ella y perder toda moral: “*Hemos encontrado el enemigo, y somos nosotros. La guerra es un buen negocio: invierte a su hijo. Vietnam significa no tener que decir nunca que lo sientes. Arbeit Macht Frei...*”<sup>298</sup>

Caputo y otros como Winston Groom con “*Better times than these*” o James Webb con “*Fields of fire*” de 1978, en esencia tratan esa crisis de valores de clase media junto a la alienación respecto la guerra, la supervivencia, la crueldad y el terror. Al igual que O'Brien, insisten en sus relatos en la negación de la idea de desertar a pesar del temor y dudas que le genera. En la mayoría de estos autores como Haldeman, Caputo o Webb será repetitivo el rechazo o resentimiento contra los desertores o los manifestantes pacifistas, sin incidir en este caso en los dolores emocionales y psicológicos que se derivan. Sin andar mas lejos, Webb ya puso los primeros pasos hacia lo que sería la visión revisionista de la guerra, donde se intenta enfatizar el combate, la disciplina militar en sí misma y la figura del valeroso héroe de guerra en un contexto de crisis ideológica.

La narración de una guerra de Vietnam, donde se pone en cuestión todo el entramado social y político de los años 50 y 60 a través de la contradicción, vino acompañada también de una expresión de la frustración del ideal de masculinidad y sexualidad. Como se dijo anteriormente, parte de la política exterior y la campaña militar en Vietnam se tiñó de una retórica que retomaba los ideales de la conquista, las guerras indias y el arquetipo del explorador/aventurero de frontera. Discurso que fue acompañado por el auge de los films western y bélico y la comercialización en la cultura popular de arquetipos como John Wayne. En el caso de Haldeman, esa crisis del ideal de masculinidad asociada al héroe de frontera vino expresada en su obra bajo un relato homófobo y

297 O'BRIEN, T.: *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon* (2011); pp.89-90

298 HASFORD, G.; *Short-Timers* (1987); p.77

crítico con la contracultura. En la “*Guerra interminable*”, el héroe Mandela vuelve a la Tierra tras años de campaña en el espacio, pero al volver, una sobrepoblación de la Tierra llevó a los gobiernos a instaurar la homosexualidad como relación sexo-afectiva estructural, dejando a Mandela como un heterosexual solo e incomprensido. En cambio en “*1968*”, el personaje de Spider será metido en un psiquiátrico cuando le acusen erróneamente de mantener una relación homosexual con el amante hippie de su exnovia. Spider no solo será torturado con electroshock, sino que sus padres y su entorno lo abandonaran al creer que es homosexual.

O'Brien también reproducirá esa crisis del ideal de masculinidad, aunque de una manera más personal y menos crítica, siguiendo ese desconcierto ante la contradicción psicológica. En su novela “*Northern Lights*” (“Aurora Boreal”), O'Brien representa ese debate encarnándose en dos personajes: Harvey, veterano recién llegado de vuelta a Minnesota desde Vietnam, y Paul, su hermano el cual no ha servido. Si en un principio Paul tiene celos de Harvey y se siente frustrado y avergonzado, el retorno de su hermano afectado de estrés postraumático tuerto de un ojo, le muestra una perspectiva de la imagen de masculinidad guerrera distinta. A partir de ahí, O'Brien rompe el arquetipo de hombre de frontera de la conquista del oeste, representando a Harvey como un veterano problemático y alcohólico. Tras su llegada, Harvey intentará recurrir a este ideal de masculinidad para conquistar a Adie, una joven chica de origen nativo americano. De nuevo, Paul sentirá envidia de Harvey, y por frustración tratará a su vez cortejar sin éxito a Adie, a pesar de estar casado. Adie, representando la frontera a conquistar, se burlará de Harvey llamándole “Maldito pirata” o comparándole burlescamente con Davy Crockett o Daniel Boone, aprovechándose de él hasta finalmente abandonarlo. Mientras Paul recapacita y encuentra una nueva masculinidad en su relación con su mujer, Harvey se niega a reconocer que su trauma ha sido en vano y se aferra más que nunca a los mitos de la frontera, la Guerra Fría y la clase media. Esa afirmación le llevará a cometer el ridículo, desfilando en solitario el Día de los veteranos tras las *Girl Scouts*, emborrachándose constantemente y resignándose a vivir solo en un búnker nuclear subterráneo.

Diferenciándose ligeramente del resto, en 1977 Ron Kovic y Larry Heinemann marcaron una pequeña excepción con las publicaciones de “*Nacido el 4 de Julio*” y “*Close Quarters*”. Estos veteranos aportarían a la Generación de Vietnam literaria una nueva perspectiva, distinta a la asociada con la crisis de los valores democráticos estadounidenses. Ambos desde una lectura de clase obrera, incidieron en aspectos como en la violencia más allá del campo de batalla, el trauma, las dificultades de reinserción y las diferencias de oportunidades para rehuir al reclutamiento.

Así lo recordaba Heinemann en su obra posterior “*Black Virgin Mountain*”: *Richard tenía veinte y yo veintidós. Nadie nos habló de ir a Canadá. Nadie nos explicó que nos podíamos declarar objetores de conciencia u optar por alternativas al servicio. Nadie nos explicó que había*

*alternativas. Incluso unirse a la Guardia Nacional, otro bien conocido modo de evadir el servicio, era una pérdida de tiempo porque todo el mundo sabía que la lista de espera era de una milla de largo. Tenias que ser el hijo de un político con enchufes, un atleta profesional o tener algún tipo de influencia. Igualmente esas cosas no eran tema de conversación en mi familia. Siempre, el tema de conversación en mi casa es: acaba el instituto y busca trabajo”*<sup>299</sup>.

Las dificultades y contextos de individuos de clase pobre o trabajadora no serán las únicas cuestiones que aborden estos autores. Como vimos anteriormente, Kovic contraponía el servicio militar a una vía alternativa ante la pasividad y inamovilidad de su contexto de familia trabajadora. Aunque en algunos pasajes se cite o haga referencia a las influencias que la industria juguetera infantil o el cine bélico tuvieron sobre ellos de niños como modo de reconciliar su destino, no se incide en episodios bélicos ni narrar las experiencias en combate para justificar el trauma, a diferencia de autores como Webb o Caputo donde gran parte de sus relatos consiste en narraciones a pie de zona de combate. Su gran punto de foco será precisamente la inserción social, las dificultades y la crítica al sistema de la VA y el gobierno estadounidense. Por un lado, Heinemann tratará la cuestión de la inserción laboral y el estigma de Vietnam, en relatos posteriores como “*La historia de Paco*”, novela donde un joven veterano con su cuerpo completo de cicatrices y con cojera permanente, ronda de pueblo en pueblo buscando trabajo, incapaz de aguantar las miradas de sus vecinos y la frustración sexual que le genera su cuerpo. En cambio Kovic incide en las dificultades de reinserción para un veterano paralítico en un contexto humilde, y sobre todo la denuncia de la precariedad y los abusos cometidos sobre pacientes en los hospitales de la VA.

Al final, no es extraño que los autores recurran a vías de escape similares a los que otros relatos de la contracultura desarrollaron. Mientras Kovic encuentra su consuelo en la protesta radical entrando en VVAW y boicoteando actos del Partido Republicano, Heinemann opta por la huida hacia adelante, convirtiendo a su protagonista Paco en un hobo que viaja de pueblo en pueblo buscando trabajo y un destino propio, pero sin un hogar fijo ni un núcleo familiar que pueda aceptar su trauma físico y psicológico.

Llegados a este punto, es necesario resaltar que la construcción de la memoria del combatiente de manera individual y colectiva por parte de los veteranos de Vietnam no se limitó a estas dos tendencias. Cabe añadir que, a pesar que no ha sido destacada o analizada en profundidad, la literatura chicana, afroestadounidense y nativo americana a partir de la década de los 70 incidió profundamente en la temática de Vietnam y sus combatientes. Además, lo hicieron desde un punto de vista distinto y que seguía parte de la tradición discursiva de los nacionalismos étnicos.

Notables autores como Alfredo Veá, veterano de Vietnam de ascendencia mexicana y nativo

---

299 HEINEMANN, L.: *Black Virgin Mountain* (2005); p.4

americana, centraron su narrativa en establecer paralelismos entre Vietnam y la vida en las comunidades marginadas. Esa es la máxima en la novela “*Gods Go Begging*” (“Dios viene pidiendo”, 1999), novela con toques de relato criminal donde el veterano de Vietnam y abogado Jesse Pasodoble, personaje inspirado en la vida del propio Vea, trata de resolver el asesinato de Persephone y Mai, una pareja de mujeres afroestadounidense y vietnamita que regentaban un restaurante en Potrero Hill, un barrio de mayoría latina en San Francisco. La investigación de Pasodoble no solo le traerá conexiones con antiguos compañeros y familiares relacionados con su pasado en Vietnam. La investigación que realizará en el barrio, viendo las vidas de los jóvenes chicos latinos en la marginación que son inducidos al crimen y a la violencia, le lleva a continuos racionamientos internos cuestionando su pasado y toda la ideología que había tras el conflicto. Vea establece una conexión directa con el barrio y Vietnam, donde define que no existe diferencia pues sus habitantes son por igual víctimas de la política estadounidense, el racismo y la violencia: “*América había esperado ganar sin sufrimiento, sin pérdidas. Los chicos de la colonia lo vieron diferente. El Sueño Americano -la casa de dos dormitorios con una valla blanca- siempre se ha construido sobre cementerios. Se construyó a expensas de la nación Hurón, a expensas de los bisontes, y a expensas de los vietnamitas. Siempre se ha construido sobre una colina*”<sup>300</sup>.

La constante relación que el protagonista Pasodoble hace con el concepto de “colina”, relacionando su último combate en Vietnam con la colina de Potrero Hill, le hace incapaz de dejar el caso. Cuando descubre que el asesinato fue cometido por un chico problemático del barrio, causando la muerte de otro chico inocente, Pasodoble caerá en una espiral de *flashbacks* y recuerdos que le reabrirán las heridas psicológicas. Para Vea, la marginación racial y la pobreza urbana en California no son mas que otro campo de batalla que produce nuevas víctimas y asesinos resultante de las políticas estadounidenses: “*Por primera vez, Jesse lloró desde su infancia. Se sentó en el sofá y lloró sin parar, lágrimas imparables, un largo y tardío diluvio por los chavales de la colina, <pour les enfants dans l'enfance>, por los chicos que siempre han conformado las filas de la infantería. Al final, tras 28 años, dejó caer sus lágrimas por el enjuto Cornelius, Jim-Earl el Indio, el sargento, y todos aquellos chicos en ambos uniformes que ensuciaron esa colina hace tantos años. Lloró por el prisionero de guerra, Hong Trac, por Hollis y la solitaria Evie y sus tamales, por Trin Adrong y Amos Flyer, encerrados en su abrazo de viuda por Persephone y Mai, que desearon con todo su ser saber como murieron sus maridos*”<sup>301</sup>.

Vea aprovecha este contexto narrativo y la relación de Vietnam con el marco social y cultural de los suburbios racializados de San Francisco para tocar tópicos relacionados con el trauma, la

---

300 VEA, A.: *Gods Go Begging* (1999); p.197

301 VEA, A.: *Op. Cit* (1999); p.308

experiencia bélica y la comunidad chicana, especialmente en lo que concierne a la masculinidad sobredimensionada y la sexualidad. De nuevo en el caso de su novela *“Gods Go Begging”*, el asesinato de Persephone y Mai, ambas viudas de un veterano de Vietnam afroestadounidense y un norvietnamita respectivamente, es percibido como un acto que el asesino legitima por su contexto, una infancia repleta de abusos y frustración. A su vez, Vea rompe con el tópico de la masculinidad chicana y el mito de la guerra como rito de paso hacia la adultez. Pasodoble es un veterano completamente afectado por el trauma, un hombre sensible a pesar que no puede expresar su dolor ni mantener una relación afectiva sana, y que a pesar de su experiencia militar, no emplea la violencia para resolver el caso. Vietnam le hizo replantear esa masculinidad, no desde la reflexión, sino desde la anulación emocional: *“Se suponía que Vietnam era el lugar donde los chicos que consiguieran volver a casa se la metería a cualquier cosa con falda. [...] Se suponía que nos iba a hacer hombres, pero nos transformó en piedra”*<sup>302</sup>

El veterano y novelista Charly Trujillo abordó la cuestión de manera similar en su novela *“Dogs from Illusion”* (Perros de la ilusión 1994). En este caso la novela sigue las vidas de tres amigos chicanos, Chuco, Machete y Ese, reclutados por el Ejército para ir a Vietnam. A pesar de no entusiasmarles la idea, no les desagrada servir ya que para ellos representa una tradición dentro de la comunidad chicana, al igual que sus padres, tíos y hermanos sirvieron en la Segunda Guerra Mundial y Corea. El relato recrea muy bien el contexto propio de la juventud chicana en Estados Unidos. Con diálogos donde se mezcla en inglés con español y jerga chicana, y una concepción como colectivo que les hace sentirse marginados del resto de tropa, los tres soldados describen una experiencia donde se construyen una reafirmación identitaria cultural. Creando vínculos con otros soldados latinos y nativo americanos y empleando términos de colectividad afectiva como *“carnales”*, se concebirán así mismos como guerreros indígenas o revolucionarios de Pancho Villa, intentando dar sentido reconduciendo su experiencia en Vietnam con la tradición militarista chicana.

Eso sin embargo no evita la generación de grandes contradicciones entre los tres chicos. Sin identificarse con el país al que sirven, Trujillo acaba narrando como la excesiva exposición al combate de las unidades de mayoría chicana e indígena y la depresión causada por la guerra de insurgencia, les acaba por volver peones de la versión mas violenta y extrema de la política estadounidense. Cuando uno de los personajes, Machete, regresa a la base tras una misión donde murió el 60% de su unidad, éste no podrá evitar sentir una ira incontrolable que le lleva a asesinar a un civil vietnamita con su ametralladora. Algo que el autor define como víctimas del *“patriotismo patológico”*<sup>303</sup>.

---

302 VEA, A.: *Gods Go Begging* (1999); p.223

303 TRUJILLO; C .B. : *Dogs From Illusion* (1994); p.99

Las contradicciones y las diferencias entre los distintas minorías étnicas hispanas llevan a los protagonistas a encabezar profundas y violentas discusiones con sus compañeros, donde la autenticidad de su origen étnico o su derecho a pertenecer a “la Raza” queda determinado por su papel en Vietnam. Para Chuco, aquel chicano que sirve bajo la bandera estadounidense acaba por ser un “mexicano falso” o “un chuntaro”<sup>304</sup>.

Con el transcurso de la novela, los personajes se reafirmarán en su oposición al militarismo y los mandos estadounidenses. Mientras Ese y su compañero Tres Osos intentan convencer a su unidad de desobedecer órdenes y rehusar el combate, Chuco y sus compañeros organizarán “una pachanga”, un bote común que se llevará como premio aquel que consiga cometer *fragging* sobre su capitán. Para uno de los compañeros de Chuco, esa rebelión les convierte en verdaderos chicanos: “*“Que siga la pachanga”, dijo Ro-Ro tomando su guitarra y tocando una canción de la Revolución Mexicana. “Soy Soldado de Pancho Villa!”. El sol poniente recortaba las siluetas de los soldados como si realmente fueran soldados de Pancho Villa”*”<sup>305</sup>.

Finalmente, Trujillo concluye la novela con unos amigos que se han reafirmado en su consciencia como minoría étnica que carece de derechos civiles y no es considerada ciudadana estadounidense, sino como carne de cañón del Ejército, por lo que empatizan con el pueblo vietnamita: “*“Ni siquiera conozco a los vatos vietnamitas. Casi me parezco a ellas. Son casi todos granjeros como en mi familia. ¿Que hago dentro del Ejército Gringo?. Es el mismo ejército que robó la tierra de mi pueblo. Cuando vuelva a casa, no seré mas que otro “greaser”*”<sup>306</sup>. *Que le den a la guerra, que le den a los gringos y a los caballos que montaban también”*”<sup>307</sup>

#### 1.14.- Como escribir una historia de guerra: el revisionismo de los años 80

El autor y veterano Tim O'Brien describía en uno de sus relatos que para escribir una historia de guerra, ésta nunca debía ser moral, virtuosa o mostrar un comportamiento correcto. Cualquier sentimiento de rectitud, edificación de valores o satisfacción que pudiera transmitir esa historia no era mas que la continuación de una mentira antigua: “*Puedes distinguir una auténtica historia de guerra si te desconcierta. Si no te atrae lo soez, no te atrae lo verdadero, vigila a quien votas. Cuando envían a los hombres a la guerra, vuelven a casa diciendo palabrotas*”<sup>308</sup>.

304 TRUJILLO. C. B. : *Dogs From Illusion Op, Cit.* (1994); p.111

305 TRUJILLO. C.B. : *Op, Cit.* (1994); p.151

306 Término peyorativo empleado para referirse a los estadounidenses chicanos a partir de la década de los años 30 y 40, debido a la costumbre propia de la subcultura chicana Pachuca de engrasarse el pelo con abundante cera para moldear peinados extravagantes

307 TRUJILLO. C. B. : *Op, Cit.* (1994); p.177

308 O'BRIEN, T.: *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon* (1993); p.84

Cuando en 1978 se rodó “*Apocalypse Now*” y Francis Ford Coppola rechazara emplear veteranos de Vietnam en el film precisamente por su asociación con psicópatas y descarriados (a pesar de recrear un visión psicodélica de la violencia colonial), uno de ellos, Tom Bird, se hizo actor y fundó la “*Veterans Ensemble Theatre Company*”. Mientras la guerra quería ser olvidada y sus peones sometidos a una distorsión comercial mediante la gestación de estereotipos asociados a la violencia y los trastornos, Bird se propuso reestructurar esa situación: “*América tiene que hacer algo con la guerra, si vamos a crecer con ella, no podemos huir de Vietnam y de todo lo relacionado con ello entonces. Debemos encararlo de forma creativa*”<sup>309</sup>.

Sin embargo, cuando el titular del diario “*The Veteran*” abrió su edición de verano de ese mismo año con la frase “*Bomba de relojería química en veteranos de Vietnam*”<sup>310</sup>, quedó claro que la creatividad no estaba exenta dentro de la política y la sociedad estadounidense. No precisamente para encarar los problemas, sino mas bien para evadirlos e iniciar una revisión del conflicto y sus protagonistas. En 1978 se hizo público que el Agente Naranja, el desfoliante empleado en millones de galones en Vietnam para acabar con vegetación que cubría rutas y campamentos del Vietcong, tenía unos nocivos y mortales efectos sobre el ser humano. No solo civiles, pues los mismos soldados que “*caminaron por áreas desfoliadas, mezclaban los químicos, bebían el agua y volaban los aviones*” estaban también padeciendo visibles efectos: cáncer, erupciones cutáneas, entumecimiento o deformidades en la descendencia. Efectos que no surgían al instante, sino que aparecían meses o años después<sup>311</sup>. John Wilson, que había pasado nueve de sus doce meses de servicio en Vietnam en la base de artillería Bearcat, en el noreste de Saigón, sería diagnosticado de su afección derivada del químico el 25 de enero de 2011, cuarenta años después de su retorno: “[*El doctor*] dijo “ *tienes células B, Leucemia linfática crónica. Estuviste en el 3er Cuerpo, que estuvo expuesto a la mayor concentración de Agente Naranja en Vietnam, y a no ser que en tu historial familiar haya leucemia, ya tienes la causa*”<sup>312</sup>.

No es coincidencia que un año después el Agente Naranja se hiciera un hecho mediático, no precisamente por la atención que desde las altas esferas se le diera. Ese mismo año, en Teherán, la Revolución iraní condujo al asalto de la embajada estadounidense y la toma de su personal como rehenes. Si Carter había intentado limpiar la trayectoria de Estados Unidos eliminando desastrosas intervenciones en política exterior como Vietnam, el fracaso que comportó el intento de rescate de esos rehenes llevó a muchos sectores republicanos y de antiguos demócratas de Johnson a demandar una acción internacional mucho más activa. Eso se resumía en aumento de gastos en armamento,

309 BONIOR; CHAMPLIN, KOLLY; *The Vietnam Veteran* (1984); p.70

310 *The Veteran*, volumen 8 número 2, Verano 1978; p.1

311 *The Veteran*, volumen 8 número 2, Verano 1978; p.1

312 WILSON, J.W. Jr.: *Draftee. Summoned to serve* (2011); p.107

incremento de los presupuestos del Ejército y reinicio de la carrera nuclear<sup>313</sup>.

Mientras, el veterano Frank McCarthy, recuperando el proyecto de su compañero fallecido por cáncer Paul Reutershan, reunió dinero de donaciones para fundar la *Agent Orange Victims International* con la que demandar a la empresa *Dow Chemical Company*, fabricante del herbicida. En contrapartida, el nuevo gobierno republicano neoconservador de Reagan inició una serie de discursos teñidos de patriotismo y honor hacia el combatiente, contrarrestados con todo tipo de recortes sociales y campañas de desentendimiento gubernamental. Con Ronald Reagan al poder tras la caída de Carter en 1981, la nueva administración sacó de la derrota en Vietnam la lección de hacerse mas fuertes. Con el periodo Reagan y el neoconservadurismo se constituyó dentro de la historiografía de la Guerra de Vietnam la base de lo que se denominó “Revisionismo”. Patriotismo, héroes de guerra y unidad nacional frente a fallos de ejecución, políticos liberales, manifestantes, hippies y medios de comunicación sin barreras que son acusados de ser la verdadera causa de la derrota estadounidense en Vietnam. Para ello se hacia esencial cambiar la historia del principal exponente de esa derrota en Estados Unidos.

Se optó por recuperar al antiguo personaje del “guerrero de la frontera”, aquel antiguo ideal a donde se enfatizaba la violencia, la masculinidad y la preponderancia de los valores occidentales. Era necesario entonces recrear aquel prototipo de soldado que no se cuestiona su causa, el guerrero solitario que no desobedece órdenes, jamás pierde o se rinde<sup>314</sup>. Mas aún cuando las falsas promesas de Reagan durante su campaña presidencial por mejorar la condiciones médicas y los beneficios de los veteranos quedaron en papel mojado. En 1981 Reagan dijo ante la prensa: “*Para mi es inconcebible que a veteranos necesitados les sea denegado el tratamiento médico y hospitalario a causa de unos fondos inadecuados que han eliminado camas de hospital y han recortado personal en la VA*”. Ese mismo año, Reagan procedió a recortar 110 millones de dólares en beneficios a veteranos, despedido a 5.000 miembros del personal médico de la VA y limitó el máximo de pacientes de los hospitales a 3.000<sup>315</sup>.

No es de extrañar que cuando en 1982 se estrenará “*First Blood*”, la primera película protagonizada por el guerrero atormentado John Rambo, el presidente Reagan la elogiara como la mejor película de la historia. En 1979, el 60% de los veteranos de Vietnam mostraba enfado o decepción con la imagen que se mostraba de ellos en cine y televisión<sup>316</sup>, pero el nuevo cine comercial de los 80 abandonaba la imagen del veterano psicópata y perdedor, aunque no exento de violencia, que no hacia mas que intentar justificar una ficticia victoria armamentística a través de la

313 SCHULZINGER; R.D.; *A time for peace* (2006); p.186

314 MOSSER, R; *The new Winter soldier, GI and veteran dissent during the Vietnam War* (1996); pp.22-23

315 *The Veteran*, volumen 11 número 4; Diciembre 1981; p.1

316 BONIOR; CHAMPLIN, KOLLY; *The Vietnam Veteran* (1984); p.22

extrema potencialidad militar. En *“First Blood”*, inspirada en la novela homónima de David Morrell, se recrea a un exsoldado de las fuerzas especiales atormentado por su periodo en un campo de prisioneros, que revive su traumática experiencia al ser rechazado por los habitantes de un pueblo y amenazado y vapuleado por agentes de policía locales, desatando una guerra de guerrillas en un bosque de Washington.

Se hacía difícil construir este tipo de historia después de todo el bagaje que había arrastrado detrás. ¿Como hacerlo tras tantos My Lais, tantas derrotas y tantos ataúdes metálicos publicitadas en los medios? Los únicos que habían salido indemnes, a pesar de las extensas campañas antibombardeos, habían sido los pilotos caídos tras las líneas enemigas. En general, cualquier soldado que había pasado las vicisitudes del “Hilton de Hanoi” o cuyo estado permanecía en paradero desconocido levantaba simpatías y apoyo entre la mayoría de la sociedad conservadora estadounidense. De esa manera, se creó una etiqueta que generaba una profunda confusión deliberada, asociando a desaparecidos en guerra con prisioneros de guerra, categorías que Nixon mezcló en 1973 tras la firma de los acuerdos de París como estrategia para no pagar reparaciones de guerra al nuevo Vietnam unificado. Las cifras presentaban unos 2.020 veinte hombres desaparecidos en Vietnam, el 81% de los cuales eran de la fuerza aérea y en su mayoría muertos cuyos cuerpos se perdieron junto con la explosión de sus aparatos. Esas cifras pasaron a ser la herramienta oportuna de la administración Nixon para evadir la responsabilidad del pago, arguyendo que no se daría un solo dólar hasta que el último preso de guerra fuera puesto en libertad. Esos más de 2000 fallecidos cuyo cadáver había desaparecido resucitaron y se convirtieron en incuestionables prisioneros supervivientes expectantes a ser rescatados<sup>317</sup>. Lo cierto es que tras los Acuerdos de París, ningún prisionero estadounidense quedó en Vietnam. Todos, a excepción de los 56 fallecidos en cautiverio y de Robert Garwood, el único que se pasó al bando norvietnamita, fueron liberados y devueltos a Estados Unidos durante la operación *“Homecoming”*<sup>318</sup>. No solo eso, pues ese “Síndrome del acomplejamiento”, esa imagen de debilidad, falta de lealtad, fiabilidad y mentira que aquejó a Estados Unidos tras la derrota, fue contraatacada fuertemente por el discurso que organizaciones conservadoras republicanas empezaron a dirigir en la década de los ochenta. Aquí nacieron los primeros grupos de veteranos de Vietnam republicanos conservadores como la *Vietnam Veterans Leadership Program*, que insistieron en recuperar valores como la valentía del combatiente asegurando que el 77% de los muertos en acción correspondían a la tropa alistada voluntaria o que la totalidad de la tropa de combate correspondía a 2/3 de voluntarios<sup>319</sup>, algo que los estudios más recientes ya demostraron que era totalmente falso.

317 FRANKLIN, H. B.: *Vietnam y las fantasías norteamericanas* (2012); pp.320-321

318 FRANKLIN, H. B.: *Op. Cit* (2012); p.322

319 MCPHERSON, M.: *Long time passing. Nam and the haunted generation*, p.69

Se construyó así uno de los grandes y últimos mitos culturales de la Guerra de Vietnam, veinte años después que Estados Unidos empezara su intervención a gran escala en el sureste asiático. Justo en 1983, el año en que el almirante Elmo Zumwalt inició una campaña de denuncia contra los efectos del Agente Naranja tras la muerte de su hijo por un cáncer provocado por el químico en Vietnam, se estrenó en Estados Unidos “*Uncommon Valor*”, film donde un maduro piloto de la marina interpretado por Gene Hackmann viaja a Laos en busca de su hijo. Historia sorprendentemente inspirada en un surrealista episodio real protagonizado por el coronel retirado de las fuerzas especiales James “Bo” Gritz que, financiado por multimillonario Ross Perot, dirigió dos estafalarias operaciones en Vietnam y Laos para rescatar a los presuntos prisioneros estadounidenses abandonados. Misiones totalmente inútiles, pues no había nadie a quien rescatar. Ambas finalizaron en una retirada apresurada cuando el mismo Gritz metiera la pata al exponerse y atraer la atención de las fuerzas laosianas y vietnamitas. Un año después las peripecias de Gritz volvieron a la pantalla con “*Missing in action*” de Joseph Zito y con Chuck Norris en papel principal de un soldado que vuelve a Vietnam a rescatar a sus compañeros dejados atrás por su gobierno. Sin embargo fue en 1985 cuando se estrenó la versión mas taquillera de esa historia, “*Rambo: First Blood II*”, con un argumento similar con Rambo pero esta vez partiendo de misión voluntaria para localizar prisioneros. Todas explotando el mito de la hipermasculinidad heroica, empleando cruenta violencia y poniendo de antagonistas junto a los crueles soldados asiáticos a corruptos políticos liberales, inútiles oficiales y desagradecida población civil. Los protagonistas de estos films no son jóvenes soldados inexpertos surgidos de la leva, sino militares experimentados con años de servicio a sus espaldas, profesionales como aquellos pilotos caídos tras las líneas o los comandos de la Navy Seal. Unos personajes que, a diferencia de la gran mayoría de la tropa regular, fueron ovacionados por la multitud y encabezaron el protagonismo en las campañas de demanda del retorno de prisioneros de guerra y desaparecidos de Nixon. Iniciada en 1973 tras el fin de la intervención oficial en Vietnam del Sur, esta estrategia del gobierno republicano produjo un gran efecto de apoyo en la sociedad civil. Actores, cantantes y distintos artistas mediáticos afirmaron su apoyo público a la campaña, a la vez que miles de personas realizaban donaciones, participaban en telemaratones, llevaban pulseras o colocaban en sus porches banderas con el logo POW/MIA (“*Prisoners of War/Mising in Action*”), representado mediante un fondo negro con un círculo blanco rodeado por las siglas, donde se recorta la silueta de un prisionero con una cerca de alambre de espino y una torre de vigilancia. A pesar que los años, la diplomacia y las investigaciones historiográficas demostraron que no permanecieron prisioneros vivos en Vietnam tras la guerra, todo el entramado construido por la administración Nixon con la campaña POW/MIA generó un firme y popular mito cultural de la guerra de Vietnam que dura hasta hoy día.

Incluso algunas películas como “*Hanoi Hilton*” de 1987, en la que John McCain hizo de asesor, llegaron a ser bastantes cercanas a la realidad, ya que se centraban en las penurias de un preso de guerra, la soledad y las torturas durante el periodo de duración de la guerra. Algunos veteranos republicanos conservadores como James Webb llevaron ese mito cultural hasta límites exagerados. En su novela de 2001 “*Lost Soldiers*” se percibe como esa historia acaba siendo asimilada cognitivamente por algunos de los excombatientes, hasta el punto de iniciar esa cruzada por rescatar la figura del héroe de guerra desaparecido. En el relato el protagonista Brandon Condley, un excombatiente de Vietnam que se dedica a rescatar e identificar los restos de soldados muertos en paradero desconocido, inicia la peligrosa búsqueda de la identidad de los restos de un soldado que al parecer no corresponden con la placa de identificación y la provincia donde se localizaron. Al final, el autor acaba explotando todos los tópicos empleados durante y a posteriori de la guerra como la asociación de la desertión y la revuelta de la tropa con el consumo de drogas y la delincuencia o la culpa de la derrota a los medios y la población civil por no apoyar a los soldados. Condley acaba descubriendo que la placa del soldado muerto correspondía a un soldado desertor y traficante de drogas que asesinó a un compañero e intercambio su identificación con tal de huir y pasarse al bando norvietnamita, el cual lo ayudó a ocultar su identidad tras la guerra. Para el protagonista, encontrar al traidor y restaurar el honor de los soldados desaparecidos se torna en su principal y única misión: “*El mató a dos de mis Marines. El traicionó todo lo que yo y muchos otros creyeron, a la vez que nosotros estábamos siendo humillados por nuestro propio país por creer en nada. La historia es para chicos como tu, profesor. Quiero mi momento. Uno contra uno. Yo y él. Me importa una mierda preservar sus opciones para que le entrevisten en los medios y venda sus memorias. No me importa nada de eso*”<sup>320</sup>

Sin embargo estas películas y las campañas políticas, que tanto Nixon como Reagan emplearon para justificar la política exterior de Estados Unidos sin soportar sus costes, fueron objeto de protestas de diversos colectivos de veteranos. De ese modo, el diario “*The Veteran*” denunció en primavera de 1984 el empleo de la temática de los POW/MIA y la crueldad de generar falsas esperanzas en las familias de los desaparecidos: “*La probabilidad o posibilidad de hallar MIAs con vida en Vietnam es remota en el mejor de los casos. No hay razones válidas, mas allá de las imágenes racistas de orientales sin escrúpulos, para tener expectativas serias que los vietnamitas mantienen a prisioneros a estas alturas [...] Ellos usan los MIA y a sus familias para impulsar sus carreras políticas y hacer su papel. Los políticos lo usan para mantener sus nombres en los papeles. Exmilitares lo usan para viajar y vender sus historias a Hollywood. Al final cualquier busca vidas parece ser un experto en el tema por dos dólares. Estos son todo el mundo,*

---

320 WEBB, C.: *Lost soldiers* (2002); p.248

*excepto las familias que deben vivir con el constante dolor de la espera*<sup>321</sup>.

En contraposición a estos relatos revisionistas, algunas novelas como *“La historia de Paco”* (1986) de Heinemman retornarían a explorar la alienación psicológica del veterano, incidiendo en la complicada re inserción económica, el rechazo social, la frustración sexual y el trauma objeto del horror de la guerra. Pero donde mas se apreciaría la respuesta seria de nuevo en el cine. En 1986 un veterano de Vietnam hecho cineasta llamado Oliver Stone recrearía sus propias experiencias bélicas en el film *“Platoon”*, hasta la fecha una de las mejores películas en recrear el día a día de un soldado de infantería según los propios veteranos, a la vez que numerosos aspectos como el horror de la guerra, el desengaño de la clase media, el racismo, la contracultura y el *fraggging*. *“Full metal jacket”* de Kubrick (1987) sabría representar muy bien la destrucción psíquica del periodo del campamento, la absurdidad y la degradación de la vida militar para unos jóvenes reclutas; pero sin embargo pecaría de surrealista y demasiado experimental a la hora de recrear el combate, en un intento de relacionar la absurdidad de la guerra con la propia brutalidad degenerada como entretenimiento de los propios soldados. En 1987 John Irving dirigiría también *“La colina de la hamburguesa”*, película donde se recrean con notable fidelidad la batalla de la colina 937 en mayo de 1969, victoria pírrica estadounidense sobre una posición sin ninguna relevancia, que enmarcaría el sentimiento de absurdidad generalizado de la guerra. En 1989, veinte años justos después de la masacre de My Lai, surgieron un gran número de películas con los soldados, el trauma y la miseria de la guerra como centro de la historia, en contraposición a las historias heroicas revisionistas. Desde *“JackKnife”* de nuevo con Robert De Niro como un excombatiente de clase obrera que trata de ayudar a su compañero a superar el trauma por la muerte de un tercer amigo y la cobardía en combate o *“84 Charlie Mopic”*, film independiente donde se sigue a una patrulla de reconocimiento en misión; hasta películas como *“Casualties of War”* de Brian de Palma, recordando en esencia los hechos de My Lai, *“El triangulo de acero”* de Eric Weston donde se purifica y se da sentido al enemigo vietnamita, o *“Nacido el 4 de Julio”*, la adaptación de la novela homónima que explora las dificultades de re inserción y la crisis de valores que llevó a miles de veteranos a la protesta política. Muchas de ellas tratan de recordar la desigualdad de clase y racial que supuso la guerra para la tropa común, haciendo que muchos excombatientes se sintieran mas identificados con esas representaciones. Aun así se siguieron haciendo films como *“Platoon leader”* (1988), película de acción donde parece que se intente desarrollar la caída de la moral y el conflicto entre *“grunts”* y *“lifers”*, para acabar siendo una historia más donde un joven teniente acaba ganándose el valor de sus hombres para combatir a un enemigo cruel y sanguinario; a la vez que intenta acabar con la plaga de heroína entre la tropa, representada por un soldado puertorriqueño de clase trabajadora

---

321 *The Veteran*, volumen 13 número 2, abril-mayo 1978; p.4

rebelde que se revela contra su oficial.

Es más que destacable como una evolución progresiva de las circunstancias termina creando dos constructos que tratan de asociar de nuevo la tónica de un momento y los derrotos de la política exterior estadounidense. Mientras las intervenciones en Grenada de la etapa Reagan tratan de recuperar la confianza militar internacional con operaciones más que sencillas siguiendo las directrices de Caspar Weinberg y Colin Powell, el síndrome de Vietnam va y viene sin parecer finalizar, mutando sus formas según el momento y el éxito de comercialización que tenga en dicho periodo. Tampoco debería parecer curioso o contradictorio que en muchos casos estos mitos se crucen o se produzca fenómenos de disonancia cognitiva. En 1987 Caputo publicó una nueva novela titulada *“Indian Country”*, donde su protagonista, el veterano Starkman, no puede deshacerse ni compartir su trauma al haber estado involucrado en la muerte de su mejor amigo por un error de coordenadas durante un bombardeo. A lo largo del relato, Caputo trataría de forma encomiable la cuestión del conflicto generacional, la culpa, el rechazo social, la alienación y la difícil relación familiar para los veteranos. A la vez, señalaría la importancia del apoyo entre los excombatientes para sanar y sobreponerse al trauma, representado en el relato por el personaje del asistente Eckhardt que introduce a Starkman en un *rap group*: *“Deja la paranoia en el cajón Starkmann; ¿Me sigues? Mis torceduras y mis marcas son mías. No quiero pasar de ellas. No estoy interesado en olvidarles, y no me importa lo loco que me vuelva; No te preocupes de eso. No te preocupes por domesticarte, dijo Eckhardt con una débil y triste sonrisa. Cualquier torcedura y marca que tomaras allí estarán contigo el resto de tu vida. Al igual que tus memorias”*<sup>322</sup>.

Sin embargo, antes Caputo no dudará en poner al protagonista en un estado psicótico violento, expresando la espiral de sus problemas psicológicos recurriendo a las armas y atrincherándose en su casa vestido con sus ropas de combate. Sin abandonar sus tintes antiguerra, culpa a los políticos liberales, medios y a la sociedad de la derrota y su sufrimiento. Caputo así asimilaba esa idea revisionista, pero no fue el único que jugaría con el pasado. El propio Tim O'Brien lo hizo en su novela de 1995 *“El lago de los bosques”*, donde rememora la masacre de My Lai y la idea de “verdad fáctica”, que definió H. Bruce Franklin<sup>323</sup>. El protagonista John Wade, un político demócrata de prometedora carrera, pierde las primarias al descubrirse su pasado como soldado en Vietnam y su participación en los hechos de My Lai, por lo cual él y su mujer deciden pasar un fin de semana en una aislada cabaña para superar la situación. De pronto, la desaparición de su mujer, la posibilidad del asesinato de esta por Wade y la intercesión de fragmentos de testimonios de veteranos sometidos a juicio confunden al lector, sin permitirle saber que pasó

---

322 CAPUTO, P.: *Indian Country* (1988); p.476

323 FRANKLIN, H. B.: *Vietnam y las fantasías norteamericanas* (2012); p. 85

realmente, cuales hechos son verídicos y cuales imaginados, que sucedió con su esposa y en Vietnam, estableciendo así un lazo directo de indefinición: *“Sé que ocurrió ese día: Sé cómo ocurrió. Sé por qué ocurrió. Por culpa de la luz del sol. Por culpa de la crueldad que todos llevábamos en la sangre y empieza a calentarse lentamente y llega a la ebullición. Por culpa de la frustración en parte. Por culpa de una rabia incontenible en parte. El enemigo era invisible. Parecía que luchábamos contra fantasmas. Nos mataban con minas o con toda clase de trampas; desaparecían en la noche, o en túneles, o se los tragaba la espesa niebla que cubría los arrozales, o los bosques de bambúes, o las altas hierbas. Pero había algo más, algo aún más misterioso. Los desconocido, lo incognoscible. Las caras inexpresivas. La abrumadora sensación de ser otro, el que estaba fuera del lugar que le correspondía”*<sup>324</sup>

En 1991, tras la derrota de Saddam Hussein en su invasión de Kuwait, el presidente George Bush proclamaba la fin del Síndrome de Vietnam. Se había ganado la Guerra del Golfo, la primera gran intervención militar a gran escala de Estados Unidos desde Vietnam. Siguiendo siempre aquellos principios definidos en los 80, la política exterior había sido bien medida. Una gran fuerza, un gran potencial precedido de un dominante fuego aéreo, un extendido apoyo internacional y nacional y un enemigo mediaticamente bien demonizado: “Satán Hussein”, como era caricaturizado en cuantiosos programas y *late night shows*. Esta vez, quienes dirigieron la función fue el Ejército, no el gobierno. Las cámaras de televisión fueron apartadas del frente, quedando relegadas a kilómetros de distancia grabando nubes de polvo que aseguraban tratarse de tanques iraquíes neutralizados por un impacto. Pero pronto se escuchó el eco de algo curioso que traía una sensación de *dejavu*, el “Síndrome del Golfo pérsico”. Algunos soldados se aquejaban de problemas físicos y psíquicos. Decían que les habían empleado como cobayas, experimentando con fármacos sobre ellos para aprender más sobre la guerra química. Algunos políticos aquejaron esas causas a los gases respirados en el golfo, las sustancias de las armas químicas de Sadam. Sin embargo al poco se olvidó esa idea. La victoria había sido muy resonada, y los soldados de la coalición volvían a casa entre entusiastas desfiles y calurosas bienvenidas.

Vietnam había creado una cultura en torno a sus combatientes. Cualquier guerra puede generarla. Pero sin duda alguna la del combatiente de Vietnam surgió con una especie de pátina especial, visible y difícil de olvidar. Generada tanto en su entorno como en su seno. Entre una selva de múltiples y específicas circunstancias como se ha podido observar, donde el punto en común es la revolución que supuso esa serie de cambios dentro del modo de vida, la percepción y la estructura de la sociedad en Estados Unidos. Los combatientes estadounidenses que volvieron de Vietnam

324 O'BRIEN, T.: *En el lago de los bosques* (1994); p.194

continuaron sin ser el centro de una cultura que sin embargo los envuelve, les nombra, les etiqueta y les hace visibles, sin que esto repercuta en un cambio. Y es cierto, son constructos culturales, cercanos, lejanos o distorsionados totalmente de la realidad. La Guerra de Vietnam no crea nada nuevo, pero el espacio, el momento y las circunstancias donde tiene lugar si la publicita, la agranda dentro de un contexto que la proyecta, la asemeja como un suceso único y paradigmático. Vietnam surgió en pleno auge de los medios, las masas de juventudes, la comercialización, la agitación social y la revolución cultural. Una década turbulenta como lo fueron los 60, un espacio donde todo parecía sobredimensionado y giraba entorno a una generación de jóvenes y adolescentes hasta nunca antes vista. Como la década, la guerra en el sureste asiático se erigió como el conflicto de la juventud, pero también como la guerra de los medios de comunicación, en la gran espectáculo en color sin censura, la primera guerra televisada de la historia. Del mismo modo, Vietnam fue el paradigma de la injusticia social y la lucha revolucionaria, el conflicto al que una generación ingente de jóvenes con aires de cambio cultural y liberación moral se opondría creando uno de los mayores y mas famosos movimientos pacifistas hasta la fecha. Un guerra que acabó penetrando en todos los mercados, desde las letras de un single de los *Rolling Stones* hasta la misma moda que vistió a las rebeldes filas activistas de los campus universitarios. Así, mientras los días de Woodstock y contracultura llegaban a su fin y los irreverentes veteranos pacifistas marchaban en Washington o Miami, su activismo y su mensaje se difuminaba de los medios tras su breve aparición y era sustituido tras la guerra por aquella imagen del excombatiente representada por la violencia, la criminalidad y el clima de perturbación que culminaría con el redescubrimiento del trauma.

Como la cabeza de turco de una década fracasada, los veteranos fueron uno de los puntos de mira de esa crisis de la sociedad occidental estadounidense fruto de la derrota y la mala praxis política. Lo curioso es observar como esta cultura de la desmovilización se extendió a todas partes y a todos los ámbitos, hasta el punto que parte de ese colectivo llegó a sentirse verdaderamente parte de ella. Los veteranos, como miembros a su vez de la sociedad estadounidense víctimas de esa crisis política, social y cultural, especialmente mas sensibles por el trauma, pero también como objetos influenciados de la distorsión y difusión masiva en los medios a gran escala, no solo fueron rodeados por una cultura que reproducía su experiencia en combinación con distintos discursos. A su vez los los veteranos, a pesar de poseer experiencias diversas a nivel individual y colectivo, terminaron por permeabilizarse de ese entramado cultural y acabaron por asimilarlo como propia en un proceso de disonancia cognitiva, añadiendo sus propios matices en relación a sus memorias. Los veteranos antiguerra que retomaron el testigo del movimiento pacifista como abanderados de

los restos de la contracultura; la literatura escrita y los primeros testimonios de la guerra, la individualización del trauma y la memoria de la guerra o la adhesión a las formulaciones revisionistas conservadoras, son algunos ejemplos de ello.

Pero algo debe de quedar claro. Existe más de una guerra de Vietnam. Tantas, como combatientes que lucharon en ella. O incluso tantas como espectadores había delante de una pantalla de televisión en color. Los discursos de los veteranos son distintos y evolucionan al igual que el periodo en que estos fueron producidos, como refleja Phillip Caputo en su relato autobiográfico de 1977 en contraste con su personaje Chris Starkmann en su novela “*Indian Country*”, publicada diez años después. A pesar de evolucionar, sus elementos mas característicos o tópicos mas comercializados permanecen y siguen sin ser retirados del mercado como imágenes firmes que han quedado para siempre en la memoria social, política y colectiva de la guerra. No por ello deja de ser chocante que la bandera de la campaña *POW/MIA* todavía ondee en instalaciones militares, siga siendo izada en la Casa Blanca en ocasiones especiales, la gente aún la cuelgue en sus porches o lleve su emblema pegado en los parachoques de sus vehículos.

Si algo se caracteriza el mundo contemporáneo occidental de la segunda mitad de siglo XX es que cualquier elemento, símbolo o proyección cultural puede ser fácilmente convertida en producto y comercializada hasta llevar a la pérdida de su significado real. En cierto modo, la cultura de la desmovilización que se propone con este primer ejemplo no deja de llevar a la figura del excombatiente hasta una posición donde pierde cualquier tipo de relevancia y sentido histórico, quedando descontextualizada. Al final, la Guerra de Vietnam para la gran mayoría del mundo queda resumida a escenas de películas, icónicas imágenes en color gravadas en el pasado y aislados personajes protagonistas de los relatos narrativos de los 70. Aunque fueran los grandes narradores de la guerra y su talento literario fuera mas notorio, las historias de O'Brien, Haldeman o Caputo no dejan de ser visiones personales, individualistas, las cuales no inciden en las causas del conflicto o el contexto real e histórico del pueblo vietnamita. A la vez que son perspectivas que sitúan la guerra en una óptica colonialista en lo que al discurso que esta cultura de la desmovilización genera se refiere. Al menos hasta hace muy poco, la memoria social de la guerra de Vietnam alimentaría un discurso protagonizado por imágenes narradas desde la perspectiva de un joven barón de raza blanca, en la mayoría de sus casos de clase media. Algo más que chocante si se recuerda la gran desproporción de minorías étnicas en los batallones de combate, el elevado índice de bajas, las enormes dificultades de reinserción social que padecieron y el gran espíritu de revuelta, resistencia y consciencia social que Vietnam despertó en muchos de sus combatientes.

## **2 – Afgantsy: los últimos veteranos soviéticos**

La intervención y despliegue militar en Afganistán por parte del Ejército soviético durante 1979-1989 fue para más de un millón de chicos en transición a la adultez algo más que una derrota bélica. La que Gorbachov definió como la “herida sangrante” de la URSS en el XXVII Congreso del Partido en 1986, representó mucho más que el fracaso de la política exterior de Brezhnev y los límites de la Perestroika en las Fuerzas Armadas, en abierto cuestionamiento tras la visibilización de la corrupción, la escasez de recursos, la débil disciplina y los agresivos abusos institucionalizados.

La intervención militar en aras de respaldar al frágil régimen comunista afgano, en sangrante lucha interna y asediado a su vez por múltiples facciones rebeldes islamistas, derivó en una guerra de contrainsurgencia que nutriría sus filas de los últimos miembros del *baby boom*. Toda una generación de millones de chicos que en 1988 equivalía a  $\frac{1}{4}$  de toda la población soviética y que, desde los años 70, representarían tanto a nivel social, político como cultural, el protagonismo de una época de reforma, agitación cultural y cambio político, acaparando gran parte del interés en todos estos ámbitos. Una generación que, como respuesta a la contradicción de la crisis del modelo social soviético terminó, creando una contracultura juvenil basada en el consumo, la alienación individual y el desinterés por el modelo de hombre socialista.

Afganistán no solo significó una derrota política y la puesta en escena de la crisis de las Fuerzas armadas. También fue un catalizador de la crisis que el sector de la población juvenil venía arrastrando años atrás en todos los ámbitos. Las condiciones sociales de los combatientes reclutados, junto con la experiencia del trauma del combate, el marco simbólico de la cultura juvenil y las características de la reinserción, fomentaron la creación una subcultura propia ligada a la figura del nuevo veterano de guerra soviético. Una subcultura que trajo unos símbolos y discursos de gran bagaje ideológico en lo político y social, convirtiéndolos en actores de gran importancia durante los años de agitación que siguieron al desmoronamiento de la URSS.

### **2.1 - “Generación Glasnost”: crisis juvenil y contracultura**

Si de nuevo nos referimos a contracultura, ante todo se hace necesario establecer las bases sociales y el contexto del colectivo que las reproduce. En este caso hablamos de toda una nueva

ingente generación de chicos y chicas surgidos de un incremento de la natalidad tras la consolidación económica de posguerra y la proclama del fin del Stalislismo por Kruschev en la década de los 50. La estabilidad de la economía y la cuadruplicación de la producción industrial, el aumento de los núcleos urbanos y su correspondiente éxodo rural, junto con las reformas políticas y la consolidación de unos valores mas soviéticos que socialistas surgidos de la victoria en la Gran Guerra patriótica, trajeron al frente un nuevo modelo de sociedad soviética: el nuevo hombre soviético, el trabajador feliz, determinado y comprometido con el partido y el colectivo; y que a cambio recibe servicios del estado como alquileres baratos, sanidad, educación para sus hijos, etc. A su vez, ese contexto trajo un nuevo modelo familiar, pues la posguerra y el crecimiento urbano puso fin a la familia extensa tradicional rusa y sus redes de solidaridad locales para sustituirlas por la familia nuclear de padre, madre e hijos. En 1970, el 56% de la población soviética vivía en áreas urbanas, ascendiendo al 66% en 1986<sup>325</sup> Toda una nueva generación juvenil ajena a las penurias y al trauma de la posguerra mundial, sin vínculos de apoyo familiar y situada en un nuevo sistema consolidado que incluye desde educación y sanidad hasta viviendas unifamiliares que poco a poco fueron sustituyendo a los apartamentos comunales, gozando de agua, gas, electricidad y electrodomésticos. Esa generación también sería la primera en gozar de una nueva gama de bienes de consumo, muchos de ellos dirigidos directamente hacia los jóvenes ofreciendo nuevas alternativas de ocio: instalaciones deportivas, teatros, cines, literatura de ciencia ficción, campamentos, entre otros. Sin embargo, estas nuevas facilidades de desarrollo y crecimiento muy distintas al entorno donde sus padres crecieron supusieron tan solo un avance limitado, sin poder paliar una crisis social que empezó a emerger entre nuevo y populoso colectivo. Precisamente algunos autores enfatizan la extensa y rápida urbanización y el nuevo modelo familiar como elemento básico para explicar la ruptura de los valores socialistas soviéticos entre la juventud. La producción industrial, basada en la metalurgia pesada y la energía barata demasiado vinculada al sector militar, llegó a su techo a principios de la década de los sesenta, sin encontrar nuevos clientes que estimulasen la producción. A su vez, las reformas de Kruschev en el área rural con sus programas de colonización de la estepa y sus proyectos de irrigación cayeron en fallida, logrando solo un 3% anual de aumento de producción que iría descendiendo a lo largo de los años 70<sup>326</sup>.

Pero en lo que concierne al nacimiento de la cultura juvenil, cabe incidir en el fracaso del nuevo modelo familiar soviético entre otros factores que agravaron la crisis en este sector de población, porque fueron estos los que servirán de espejo para reflejar los grandes problemas endémicos que arrastraría la sociedad soviética los siguientes 30 años, entre ellos la formación

---

325WILSON, A.; BACHKATOV, N.: *Living with Glasnost* (1988); p.22

326POCH-DE-FELIU, R.: *La gran transicion* (2003); p.3

educativa, el acceso al mundo laboral, los espacios de ocio y el servicio militar. La familia nuclear aislada de los vínculos tradicionales en una sociedad urbana y la burocratización de todos los ámbitos la vida cotidiana, junto con una pobre educación sexual y el aumento del alcoholismo, generó a una elevada tasa de desestructuración familiar. La tasa de divorcios, que alcanzaba el número anual de 600.00 en 1966, ascendió a 700,000 en 1974. En 1979, 1 de cada 6 mujeres de entre 30 y 60 años estaba separada<sup>327</sup>. Ésta situación de ruptura del núcleo familiar fue especialmente dura para los infantes soviéticos, pues en la mayoría de casos era la madre quien quedaba al cuidado del niño a la vez que continua con su trabajo. En otros casos, los nuevos matrimonios podían acabar con el repudio al hijo, abandono o traspaso de la tutela a un familiar cercano, normalmente los abuelos. Dicha desestructura familiar provocó un especial interés en la prensa soviética, especialmente cuando el Soviet Supremo adoptó la nueva legislación matrimonial en Octubre de 1968, la primera desde 1944. Esta ley se publicitaba como un diseño especial para proteger a los niños, prometiendo pensiones a las madres solteras, guardería y sanidad costeada por el estado y una especial protección ante segundos matrimonios o ausencia del padre que dejara “huecos en blanco” en los certificados de nacimiento<sup>328</sup>.

A su vez a nivel pedagógico, aunque las reformas educativas soviéticas enfatizaron un especial interés por el cuidado del niño, la rigidez y limitaciones del sistema demostraron una escasa predisposición para fomentar las inquietudes de los chicos y chicas, que en la llegada a la adolescencia se tradujo en desconfianza y desconexión con el pasado revolucionario y los eslóganes del Partido. Con las reformas progresivas en educación entre los 60 y los 80 se fue dejando de poner énfasis en la educación pedagógica preescolar para ponerla en la elemental, instaurando un sistema de 10 años con alto interés en las matemáticas y las ciencias, supervisado de manera constante con evaluaciones y seguimientos que ofrecían una atmósfera de carácter disciplinario y autoritario de gran estrés para los alumnos. Ese desinterés y falta de entusiasmo se agravaba en el paso del instituto a la universidad o a las academias de formación profesional, donde se demostraba que no todos los jóvenes gozaban de las mismas oportunidades laborales, en un sistema donde se apremiaba las capacidades antes que el interés personal. Como se observará mas adelante con el servicio militar, a nivel educativo existía un gran desnivel de oportunidades entre hijos de clases trabajadoras y los hijos de la *nomenklatura* o *intelligentsia*. Los hijos de la nueva clase funcionaria que se consolidó durante la era Brezhnev gozaban de privilegios económicos y un valioso capital social, toda una red de contactos y favores que permitían crear jerarquías profesionales y dinastías de funcionarios, actores, doctores, periodistas oficiales, etc. Estos trabajos no solo gozaban de un

---

327WILSON, A.; BACHKATOV, N.: *Living with Glasnost* (1988); p.40

328MARTKOVICH, I.; POZANOVA, Y.: “New law on marriage and the family”, *Soviet Life*, febrero 1969; pp.6-8

mejor prestigio y mayor acceso a bienes de consumo, mejores viviendas o vehículos; sino que tenían un interés y mayor motivación para los jóvenes, vistos como oportunidad de ascenso social. Sin embargo, la academia soviética tradujo la desigualdad de oportunidades en desigualdad de capacidades intelectuales. Hijos de familias de trabajadoras eran enviados a escuelas de formación profesional o se les dirigía a *kolkhozes*, en definitiva, creando una clase obrera poco especializada y desmotivada. Profesores de las academias de formación o PTU se quejarían de la poca disposición y mal comportamiento de sus alumnos, acusándolos de indisciplinados, perezosos, alcohólicos y delincuentes<sup>329</sup>.

El problema educativo, junto con el aumento de la disfuncionalidad familiar y la escasez de desarrollo de inquietudes y esparcimiento en el ocio, llevó al desarrollo de formas de sociabilidad alternativas de carácter negativo. Entre 1959-1960 se había fijado la jornada laboral de 7 horas, pero muchos jóvenes seguían sin medios, acceso a espacios de ocio o instalaciones deportivas, en muchos casos asociados a órganos juveniles del partido como el *Komsomol*. Así nació un fenómeno en los 60 que se extendió por los años 70 y 80: las bandas juveniles. Estas formas de sociabilidad se abarcaron desde actividades de vandalismo a delincuencia o alcoholismo, a lo que cabría añadir el auge del consumo de drogas como alternativa a las restricciones de bebidas alcohólicas de la *Perestroika*. Mucha de esta delincuencia estuvo asociada con otro fenómeno en auge como fue la impregnación la cultura criminal heredera de los gulags, cuyos presos empezaron a regresar a la sociedad a finales de los 50 y cuyo sistema jerárquico estableció un sistema paralelo dentro de los núcleos urbanos de clase trabajadora.

Este contexto llevó al desarrollo en los años 60 y 70 de la contracultura soviética, una cultura asociada por primera vez a la juventud y que tomando elementos referentes del mundo occidental, pronto se inscribió en términos de “*Russifikatissia*”, es decir, refundando esos símbolos a la lírica, lengua y cultura rusa para identificarlos como completamente genuinos<sup>330</sup>. Como contracultura, la juventud soviética acabó asociando su condición de alienación social no en términos de protesta política sino de manera individualista, creando productos simbólicos asociados a la introspección interior y la desconexión con su entorno, principalmente la música rock, el consumo, los canales de comunicación y los vínculos de amistades como sustitutos de los familiares. Especialmente se transcribió en el consumo y cultura de la música rock, que se presentó como respuesta a la contradicción de la pasividad y la reglamentación de la vida soviética. La contracultura rock que nació en San Petersburgo y rápidamente se extendió a todo el mundo soviético, no creó un discurso único, sino que se tradujo en símbolos representantes de actitudes y contextos de la juventud que

---

329WILSON, A.; BACHKATOV, N.: *Living with Glasnost* (1988); p.56

330CUSHMAN, T.: *Notes from underground* (1995); p.51

podían ser interpretados de diversas maneras, lo que Thomas Cushman, aplicando el término de Stankey Fish, denomina “Comunidad interpretativa”<sup>331</sup>. En esencia, esto se tradujo en subculturas que empleando los mismos elementos y partiendo de una misma contradicción, acabaron creando respuestas con interpretaciones y reacciones distintas ante un mismo contexto. Para los jóvenes de clase media asociados a la *intelligentsia*, la contracultura se manifestó en consumo de moda y música occidental, muy relacionado al fenómeno urbano de los 60 como la subcultura *stilyagi* inspirada en el jazz y los beatniks, dando posteriormente paso al pop soviético; un reflejo de mas ligado a la frustración dentro de un ambiente de mayor comodidad. Para los colectivos de ambientes urbanos trabajadores, apareció la guitarra poética de artistas como Vladimir Vyssotsky en los 70, y posteriormente la configuración del rock y el *metallisty* o heavy metal ruso en los 80 con bandas como *KINO* liderada por Viktor Tsoy. Ni Vyssotsky ni Tsoy procedían de ambientes netamente trabajadores, pero sin embargo sus letras cónicas y críticas con la precariedad y la monotonía de la vida soviética, sus voces entrecortadas, su lenguaje callejero y el tratamiento de temáticas como el servicio militar y las dificultades de la vida urbana les granjearon una enorme popularidad, tornándolos en personajes de culto masivo hasta límites casi religiosos, una autentica mitología de masas. El film de Juris Podnieks “*Vai viegli but jaunam*” (*Es fácil ser joven*) de 1986 logró representar esa idea. Abriendo el film con las escenas de un concierto de rock abarrotado en un *kolkhjos* en Letonia, seguía a continuación la vida de algunos de los chavales asistentes un año después: cárcel, servicio militar, trabajos precarios, intento de suicidio, vida punk y unión a los *hare krishnas*. Casi todos compartían un mismo mensaje, que repite uno de los entrevistados: “*No tienen nada. No tienen ideas, solo se vuelven salvajes, se lo pasan bien [...]No tengo ningún ideal al que dedicar mi vida. No tengo nada por lo que luchar. No tengo ideales. En serio*”. El marco contextual y las contradicciones sociales que generaban acabaron formulando unas respuestas culturales con fuertes símbolos que se tornaron discursos. Es casi al final del film de Podnieks donde los últimos sujetos entrevistados son tres chicos recién desmovilizados de Afganistán. Su visión plantea una contradicción distinta a la del resto. Aunque insisten que aun son jóvenes, a la vez se sienten mas maduros, viejos incluso, y aun mas alienados que sus compañeros generacionales. El planteamiento a seguir a continuación seria analizar que peso tiene el factor del trauma bélico y la reinserción social, política y laboral del colectivo de excombatientes, que contradicciones plantea dentro de un sector de población ya de por si en crisis, y que respuestas generas.

---

331 CUSHMAN, T.: *Notes from underground* (1995); p.114

### 2.3.-“¿Que fue de Vova Sidorov?”: Juventud soviética y servicio militar

En 1985 se estrenaba el corto animado “*Pro Sidorova Vova*” (*Sobre Vova Sidorov*), breve film propagandístico donde se narra el crecimiento y el entorno familiar del pequeño Vova Sidorov, desde que nace en un entorno de comodidades materiales y atención constante por su madre, su abuela y su senil abuelo veterano de la guerra civil. Crece malcriado, perezoso y con sobrepeso, llegando a la adolescencia luciendo estética rock. Es entonces cuando recibe la llamada al servicio militar, llevándose a su madre afirmando: “*serviré con ella. Estando solo no se hacer nada*”<sup>332</sup>. La idea de Vova deja en estado catatónico al oficial, que envía un telegrama a un superior, y así sucesivamente hasta llegar un general que se encuentra de pesca, el cual por no ser molestado, no recibe el mensaje. Definitivamente, Vova sirve no solo con su madre sino con toda la familia, que es llamada para hacer las tareas y proteger al chico. El film acaba con todos los compañeros de barracón de Vova desfilando orgullosamente, gritando al unísono: “*Incluso nosotros podemos arreglar a Vova*”. Siendo un corto de propaganda crítico contra la alienación cultural juvenil y el modelo familiar soviético acusándolos de amansar y sobreproteger a los niños hasta aborrecer la conscripción, el film no puede evitar hacer una leve referencia a problemas interiores dentro de la estructura militar.

Anteriormente se mencionó el servicio militar como uno de los elementos que formaba parte de la crisis del modelo soviético dentro del sector de población juvenil, pero quizá deberíamos definirla como una crisis general de las Fuerzas Armadas. Se hace necesario hacer un inmersión por separado en este apartado, ya que tiene un papel crucial tanto dentro del colectivo juvenil y su contracultura como en la cultura del nuevo veterano de guerra desmovilizado. La Guerra de Afganistán trajo a la palestra de la opinión pública y el debate político una serie de elementos que denotaban la necesidad urgente de una reforma dentro de las Fuerzas Armadas soviéticas. En cualquier caso, Afganistán y el servicio obligatorio ligado al combate y el trauma sobredimensionarían y servirían de catalizador para resaltar estos problemas.

La inducción al reclutamiento introdujo a los jóvenes en un principio de trauma, ya que el servicio militar, como el de cualquier país, se empleaba a su vez como proceso de reconstrucción y transmisión de los valores políticos reinantes en el sistema. Ante una sociedad joven sin afinidad hacia la tradición política soviética, se empleó el reclutamiento como un proceso de formación ideológica en los valores del “nuevo hombre soviético”, a la vez que se concebía como rito de paso de la niñez a la adultez. Para ello no solo se empleó como instrumentos la disciplina y la austeridad de la vida militar, también tenía un gran peso la violencia, tanto psicológica como física, con tal de

---

332 USPENSKY, E.; NAZAROV, E.: *Pro Sidorova Vova* (1985), Soyuzmultfilm

romper la individualidad y reconstruir su identidad<sup>333</sup>.

Uno de los principales problemas se encontraba ya desde un principio en el sistema de reclutamiento. Los miembros del 40 Ejército, el contingente destacado en Afganistán, siguieron los dictámenes del mismo sistema de leva usado en tiempo de paz, basado en la Ley de servicio militar de 1967, que fijaba la leva universal sin importar condición nacional, étnica, lingüística, estatus social o propiedades. Un ejército de leva masivo cuya función era generar un alto número de reservistas siguiendo las necesidades bélicas de la Guerra Fría, que sin embargo acarreó ciertos problemas de base, ya que el elevado número de reclutas llamados a filas y los pocos recursos y tiempo que se invertía en su formación para el combate eran escasos e inadecuados<sup>334</sup>. Pero a parte de los problemas intrínsecos que conllevó en si el sistema de conscripción soviético, el servicio militar establecido por la ley de 1967 acarreaba otras fallas estructurales.

Para empezar, una de esas deficiencias se encontraba en la definición de quien estaba obligado y quien exento del servicio. La inducción se realizaba cada año entre enero y febrero, cuando una comisión local formada por representantes del Partido, del gobierno municipal y del *Komsomol* local (juventudes del Partido Comunista de la Unión Soviética) hacían un registro de los jóvenes de 17 años aptos. Los chicos con problemas de salud o con familiares al cargo quedaban exentos, a su vez que los estudiantes, los cuales podían reclamar prórrogas por estudios y al alcanzar los 27 quedaban exentos del servicio. Aun así, solo entre un 1-5% solicitó esas prórrogas universitarias, ya que la mayoría iniciaba los estudios universitarios a los 21, después de finalizar el servicio<sup>335</sup>. En este caso, a diferencia de otros ejemplos como el del reclutamiento en Estados Unidos durante Vietnam, la válvula de escape al servicio no estaba tanto en las prórrogas universitarias sino en los *voenkomat*, los oficiales de las mesas de reclutamiento. Aquí es donde se atisba el grado creciente de corrupción generalizado que se inició durante la era *nomenklatura* de Brezhnev. El *voenkomat* era quien decidía que reclutas enviar a Afganistán y a quien no. En ello tenía un gran papel los sobornos económicos y el *blast*, el capital social y las cadenas de favores entre burócratas y gente del Partido.

Los analistas militares se encontraron con una masa de reclutas de 18 años poco dispuesta y desmoralizada ante el servicio. Oficiales se continuamente de una juventud poco dispuesta, indisciplinada, perezosa y consentida, afirmando que la culpa de dicha actitud la tenía el ambiente familiar y el egoísmo materialista de la nueva cultura juvenil. Lo cierto es que de forma contradictoria el Ejército solía tolerar e incluso fomentar ciertos aspectos de la cultura juvenil como la música rock, que públicamente criticaba como elemento nocivo de la juventud, con tal de calmar

333 GALLEOTTI, M.: *Afganistan. The Soviet Union's Last War* (1995); p.33

334 JONES, E.: *Red Army and Society* (1985); p.31

335 JONES, E.: *Op. Cit.*: pp.55-56

a la tropa y mantener cierta moral. No era de extrañar que oficiales pusieran a disposición material técnico y dieran trato especial a soldados que nociones de música, creando bandas de rock dentro de los barracones<sup>336</sup>. Aun así, uno de los principales elementos que disuadía a los jóvenes de servir en el ejército era el sistema institucionalizado de abusos. La conocida como *dedovschina* o “mandato de los mayores”, hacía referencia a un autoridad paralela entre reclutas veteranos y reclutas nuevos. Los *stariki*, soldados viejos, tenían total dominio sobre los *molodiye*, los novatos. La débil disciplina de los oficiales y la gran ausencia de suboficiales intermedios facilitó que entre los reclutas surgiera un sistema de castas paralelo basados en la veteranía, cuya gravedad desató las noticias sobre la crisis de las Fuerzas Armadas soviéticas durante los años 70 y los 80. Ya a finales de los 60 se tornó un problema crítico, tópico presente en la nueva narrativa rusa. En la novela “*La frontera*” del Vladimir Rybakov, basada en su experiencia militar personal durante la guerra de frontera entre soviéticos y chinos en Zhenbao en marzo de 1969, los abusos aparecen como uno de los tópicos mas frecuentes. Rybakov describe como los veteranos sometían a los recién llegados a vejaciones, desde prohibirles sentarse al fuego hasta obligarlos a realizar ejercicios hasta la extenuación: “*Se nos dio permiso para dormir hasta la noche. Para los viejos significaba descanso mientras los novatos saltaban. Ellos podían escaquearse de los ejercicios siempre y cuando se asegurasen que los novatos no pararan de su carrera matutina de dos millas*”<sup>337</sup>.

Cualquier negación a ejercer esas tareas significaba palizas o cualquier tipo de agresión. Ante ese sistema de abusos, las autoridades militares se situaban al margen, en algunos casos incluso se aprovechaban de ello. Vladislav Tamarov, un *afgantsy* veterano de la aerotransportada, explicaba como el sargento de intendencia de su base ejercía la “*dedovschina*” sobre los soldados “verdes” empleando su autoridad de suboficial: “*A menudo los soldados veteranos simplemente le decían al sargento que querían, y el ordenaba a los “verdes” que le consiguieran algún aperitivo, o correr hacia la comisaria, o lavar los uniformes. Los chicos reclutados en el mismo periodo que Savchenko intentaban alejarse de el. Otros simplemente le besaban el culo. Otros le temían y hacían lo que el decía. Si se negaban, les ponía en una lista de castigos- lavar el suelo y montar guardia media noche, con solo 4 horas de sueño*”<sup>338</sup>.

Ante ello no existían muchas soluciones efectivas mas allá que obedecer y someterse a dichas vejaciones, bajo la idea que los abusos acabarían en el momento en que el recluta fuera veterano y pudiera ser participe activo de la *dedovschina*. En algunos casos como relataba el novelista Aleksandr Terekhov, quien sirvió a mediados de los 80 como operador de radio, la protección de algunos veteranos o la ayuda mutua entre reclutas podía servir para disuadir ataques. En su relato

336 CUSHMAN, T.: *Notes from underground* (1995); p.61

337 RYBAKOV, V.: *The burden* (1986); p.97

338 TAMAROV, V.: *Afghanistan. A russian soldier's story* (2001); p.93

*La Historia del cabo Raskolnikov*, el protagonista se ve asediado por tres veteranos incluso antes de llegar al cuartel durante el trayecto en tren, cuando éstos le amenazan a punta de navaja para que les entregue todo su dinero para comprar alcohol. La amenaza fue disuadida cuando Barintsov, otro recluta con el que ha trabado amistad, le defiende. Sin embargo esas situaciones no fueron comunes, y en la mayoría de casos no suponían una defensa definitiva para evitar la *dedovshcina*. Pocos soldados eran capaces de arriesgarse a contrariar los actos de los veteranos, y aquellos veteranos que no participaban en actos de abusos y humillación o eran considerados demasiado blandos, podían ser a su vez de nuevo violentados por sus compañeros. Incluso dejarse someter sin ningún resistencia podía acarrear consecuencias, como Terekhov relataba mas adelante en su cuento: “*No culpé a Petrenko entonces y no le culpo ahora por ser cruel cuando era un soldado intermedio. Lo entendí. Me pegaban menos pero seguí sin gustarles. Probablemente porque no le veían sentido. [...] Mi constante voluntad de perdonar y olvidar, y no aceptar mi degradación les parecía hipocresía [...] Lo que gozaban no era apalearme, sino humillarme*”<sup>339</sup>.

Muchos oficiales y suboficiales consentían ese tipo de maltrato, ya que consideraban que les agilizaba la faena al tener a la tropa mas joven oprimida y sin oponer resistencia; a la vez que querían evitar atraer la atención de los oficiales superiores y ser degradados. Sin embargo los mandos ya acarreaban sus propias tribulaciones. El alcoholismo como problema endémico en la Rusia soviética siempre se ha asociado a la tradición del alcohol, agravada por la monotonía de la vida cotidiana, y se consideraba uno de los principales causantes de la falta de disciplina entre la tropa. Sería durante la ocupación de Afganistán cuando desde las altas esferas se puso especial énfasis en la deficiencia de los mandos bajos e intermedios, especialmente denunciado a través de revistas y publicaciones militares. En el diario *Sovetskiy Voin* A. Sorokin, secretario jefe del Directorio político del Ejército y la Marina soviética decía: “*Al mismo tiempo, la disciplina es un concepto estrictamente concreto. La experiencia indica que las infracciones a menudo son el resultado de la falta de entrenamiento de los soldados y su falta de conocimiento de los deberes apropiados y las consecuencias materiales y morales de su incumplimiento. Sargentos, suboficiales y oficiales sobre todo están llamados a asegurar que cada soldado tenga conocimiento preciso del rango de sus deberes y tiene un programa concreto para mejorar su disciplina competencia*”<sup>340</sup>.

Otro diario, el *Agitator Armii I Flota* exponía que: “*la mayor condición para cumplir las mas importantes y difíciles misiones en las Fuerzas Armadas es lograr la organización y disciplina y firme conocimiento del cumplimiento estricto de los requerimientos de las regulaciones*”<sup>341</sup>.

Junto a los diarios militares, la otra fuente que daba a conocer la escasa disciplina de los

339 TEREKHOV, A.: “The story of lance-corporal Raskolnikov”; *Memoirs of my Army Stint*; (2007); p.151

340 SOROKIN, A.: “Distsiplina soldata”, *Sovetskiy Voin*, No17, Septiembre 1982; pp.2-3

341 “Distsiplina”, *Agitator Armii I Flota*, No15, Agosto 1982; pp.1-2

mandos seguía siendo los testimonios militares. Richard Gabriel aportó los datos de una encuesta realizada en 1980, en las cuales el 64,6% de los soldados afirmaba que su oficial o suboficial trabajaba frecuentemente bajo los efectos del alcohol. En un 66,4%, los soldados consideraban que el alcoholismo era el principal problema de causa de la disfuncionalidad de su unidad. En algunos cuerpos como artillería, la tasa subía al 81,8%<sup>342</sup>. Los propios mandos reconocieron el problema, afirmando que la tasa de alcoholismo entre oficiales medios y suboficiales era de 55,8% y 64,6% respectivamente. En muchos casos, ese alcoholismo se tradujo en abusos de suboficiales hacia la tropa, tornándose un tópico constante de los relatos de soldados. Rybakov describía a un oficial llamado Osokin de este modo: “*Eso es. Un verdadero bastardo. Se vuelve loco con el aburrimiento [...] En Potrovka se emborrachaba, jodido, aguantándose la cabeza, se tornaba masoquista de desesperación y daba gusto a su pequeño sadismo*”<sup>343</sup>. Eso afectó considerablemente a la disciplina y al funcionamiento de la unidad. Sorprendentemente, los datos revelan que solo un 27,4% de los conscriptos bebía más en el ejército que en la vida civil y que solo un 15,9% bebía estando de servicio, principalmente debido a las dificultades de adquisición de bebidas alcohólicas y la severidad de los castigos<sup>344</sup>. En cualquier caso, esto no eliminó el problema de las adicciones entre la tropa de conscriptos, que en Afganistán se tradujo en consumo de drogas debido a la imposibilidad de adquirir bebidas espirituosas en un país islámico. El robo de material militar, desde piezas de uniforme, gasolina, armas y munición para venderlo o intercambiarlo por alcohol o drogas fue un problema constante en Ejército ruso hasta la primera guerra de Chechenia. Paralelamente, ese consumo de drogas vendría acompañado de una alta criminalidad dentro del ejército, con medio millón de actos delictivos cometidos por reclutas en 1988 y un 25% de reclutas con historial delictivo en 1989, el 6,5% con graves penas criminales<sup>345</sup>.

Por último, otra cuestión a tener en cuenta para analizar el contexto militar en el que se desarrolló la movilización y servicio en Afganistán fue el tema étnico. Se habló anteriormente de la Ley de Servicio militar de 1967 como una ley universal sin importancia de factor étnico o nacional. Pero entre finales de la década de los 70 e inicios de los 80, con la llegada masiva de reclutas no eslavos de repúblicas centroasiáticas, se acabó generando un nuevo sistema jerárquico paralelo a la *dedovschina*, la llamada “*gruppovschina*”, donde los abusos y violencia iban dirigidos hacia estos sectores étnicos<sup>346</sup>. Oleg Pavlov, veterano y autor de la aclamada novela “*El caso Matiushin*”, explicaba gravedad de la *gruppovschina*, en este caso alentada por los suboficiales, mientras servía en una base en Uzbekistán durante el conflicto afgano: “*para entretenerse mantenían batallas en*

342 GABRIEL, R.: *The New Red Legions* (1980); pp.154-155

343 RYBAKOV, V.: *The burden* (1986); p.79

344 RYBAKOV, V.: *Op. Cit.*; pp.156-157

345 GROSS, N.: “Youth and the Army in the USSR in the 1980s”; *Soviet Studies*, Vol. 42, No. 3 (Jul., 1990); p.482

346 GROSS, N.: *Ibid.*

*los pasillos a lo ancho de los catres. Jóvenes rusos, georgianos, kazajos y armenios, algunos intimidados y algunos aterrorizados, luchaban con uñas y dientes mientras los sargentos los bombardeaban con sus risas*<sup>347</sup>. La cuestión étnica tendría mucho eco en Afganistán, precisamente por el hecho que 1/3 de los jóvenes en edad de reclutamiento en la URSS eran de etnia no eslava musulmanes.

Tras la experiencia del servicio militar, ya hubiera sido en tiempo de paz, guerra o en la soledad indómita de una base centro-asiática, un considerable número retornaría a la sociedad civil con graves consecuencias físicas, pero especialmente psicológicas. Si como se dijo anteriormente la leva obligatoria pretendía modelar a los jóvenes hacia los valores políticos socialistas y convertirlos en los nuevos hombres soviéticos trabajadores y combatientes, la realidad acostumbraba a ser del todo opuesta. La violencia, los abusos, la disciplina y las adicciones derivadas por la traumática experiencia generalizada dio como resultado una desafección mayor o incluso un rechazo completo a los valores socialistas, que asimilaban como incongruentes con su paso traumático por el Ejército. Así lo describiría Terekhov en su relato *“Miedo a la helada”*: *“En este mundo, las caras chaquetas de piel empujan a los abrigos de soldado, las botas de piel a las botas militares [...] Crecimos acostumbrados a ser pacientes. La historia nos enseñó disciplina. Pero ahora, que el pan dejó hace tiempo de ser racionado, los enemigos de la clase obrera no respiran tan caliente sobre nuestras nuca, ¿de donde deriva esta sumisión universal, nuestro fácilmente despreciado sentido de la dignidad humana?”*<sup>348</sup>. Para el autor, el servicio militar era una reproducción mas cruda de la vida cotidiana soviética. Los estantes vacíos de los economatos, los electrodomésticos defectuosos, las colas, la burocracia y las humillaciones laborales no discernían de la realidad en el ejército salvo en su grado de violencia. Para el autor no suponía modelar ciudadanos, sino romper la dignidad humana, haciendo que el hombre sobreviviera pisoteando al resto del mismo modo que sucedía en el día a día. Algo para lo que el autor si reconocía que *“el ejército era una buena escuela para la vida”*<sup>349</sup>.

#### 2.4.- “Pokoleniye”<sup>350</sup>: Experiencia bélica, percepción y trauma

Tras exponer los parámetros de la crisis juvenil y profundizar en las circunstancias del servicio militar, cabe al fin ahondar en el caso de análisis exponiendo el elemento que acabará

347 PAVLOV, O.: *The Matiushin case* (2014); p.89

348 TEREKHOV, A.: “Fear of Frost”, *Army Stories* (2007);p.217

349 TEREKHOV, A.: *Op.Cit* (2007);p.219

350“Generación”, título de una de las composiciones del bardo *afgantsy* Oleg Baranov, donde se recogen distintos aspectos y percepciones de la experiencia bélica soviética en Afganistán

caracterizando a la subcultura juvenil de los *afgantsy*: su paso por la guerra y el trauma derivado de ella. Para ello se hace necesario analizar en que consistió la experiencia en Afganistán para un soldado conscripto y en que contexto se desarrolló.

Siendo objetivo de la política exterior del imperio ruso desde mediados del XIX y del gobierno soviético desde inicios del siglo XX, Afganistán había sido territorio de intervenciones esporádicas durante los años 20 y 30, tanto políticoeconómicas como militares. Pero fue durante la Guerra Fría con el declive de la influencia británica, los contactos entre Kruschev y el Partido Democrático del Pueblo de Afganistán (PDPA), y la política exterior defensiva de Brezhnev, lo que acabó llevando a la intervención y ocupación militar del territorio por diez años. Tras el golpe del primer ministro Daud con apoyo del PDPA y los oficiales militares de tendencia comunista se abolió en 1973 la monarquía, instaurando un régimen presidencialista de partido único dirigido por el mismo Daud, al mando del Partido Nacional Revolucionario. La persecución política que realizó el régimen de Daud de manera inmediata sobre la oposición, incluido sobre sus antiguos aliados comunistas, impulsaría a movimientos estudiantiles y al ala comunista del Ejército a iniciar los planes para derrocar dicho gobierno. A su vez, las áreas rurales y sectores estudiantiles influenciados por líderes islámicos como Hekmatyar o el futuro comandante muyahidin Massoud hicieron lo propio con apoyo pakistaní. A pesar de que la URSS dio apoyo a Daud, éste inició un juego a dos bandas con Estados Unidos con tal de obtener recursos e inversiones de ambos. Pues aunque el acercamiento de Daud a Estados Unidos vino acompañado de mas persecución, censura y represión, Kabul se tornó en centro de negocios para el turismo de drogas y sexual derivado de la oleada contracultural hippie y foco de inversiones estadounidenses en infraestructuras. Eso propició el acercamiento de los soviéticos al PDPA, no sin derivar en mayores problemas debidos a las tensiones internas dentro del propio partido

Finalmente, el 27 de abril de 1978 tuvo lugar el esperado golpe que derrocaría y asesinaría a Daud. La conocida como Revolución de Abril protagonizada por los comunistas y el Ejército dio lugar a una nueva constitución y un nuevo gobierno dirigido por el PDPA. Aun recibiendo la lealtad del nuevo gobierno afgano, los soviéticos eran reticentes a intervenir en apoyo político, militar y económico, considerando que Afganistán era un país pobre, rudimentario, insofisticado ideológicamente, complejo étnicamente, sin proletariado e incapaces de mantener un régimen de partido único fuerte. En parte, ese pensamiento se fortalecía debido a que el PDPA estaba inmerso en una larga guerra interna entre sus dos facciones: el *Parcham*, formado por intelectualidad urbana y dirigidos por el parlamentario Babrak Karmal; y el *Khalq*, extendido en áreas rurales de etnia pashtun y bajo el mando de Mohammed Taraki y Hafizullah Amin. Los primeros, partidarios de un proceso de inmersión lento de la tradicional sociedad afgana hacia el socialismo. Los segundos

seguidores de la idea de instaurar el comunismo con un golpe de fuerza<sup>351</sup>

El nuevo gobierno del PDPA presidido por Taraki llevaría a cabo un externo programas de reformas progresistas que chocaron pronto con el tradicionalismo y las raíces islámicas de las distintas comunidades rurales afganas, traducándose en revueltas armadas y represión gubernamental. Con un régimen tambaleante, sin experiencia y con múltiples focos de conflicto, la URSS temía la pérdida de un aliado, justo en un momento en que la revolución islámica iraní traía una nueva amenaza. La imposibilidad de perder Afganistán como satélite, tanto en favor de guardar un aliado comunista como de mantener un cordón sanitario frente al nuevo islamismo político, les llevó a realizar una intervención progresiva en forma de asesores y prestamos cuando el gobierno se viera imposible de contener las revueltas. Con un ejército insuficiente, el cual esta desertando en masa hacia los distintos bandos de insurrectos islámicos, y una sociedad ajena a los valores socialistas, Afganistán se encontraba al borde del caos mientras el gobierno solo empleaba como modo de sostenerse los arrestos y la ejecución de todo opositor. Fue en marzo de 1979, con el alzamiento islamista y la rebelión de 5000 tropas conscriptas en Herat, y la masacre de civiles en abril en Kerala por tropas del estado, cuando se inició una guerra abierta contra el gobierno. De manera rápida, grupos de rebeldes islamistas armados se hicieron con el poder de diversas capitales, creciendo día a día con mas soldados amotinados. Bajo la mirada reticente de algunos oficiales soviéticos, la URSS comenzó a organizar material y tropas cerca de la frontera afgana. Incluso parte de estas tropas formadas por la 5ª y la 108ª División Motorizada estaban constituidas por soldados de etnias centro-asiáticas tayika y uzbeka, con tal de facilitar una posible ocupación militar, recibiendo el apelativo de “Batallón musulmán”. A su vez, desplegarían tropas especiales en el aeropuerto de Bagram en Kabul bajo el pretexto de defender a diplomáticos<sup>352</sup>.

Finalmente, el recrudecimiento de los choques armados, las protestas masivas civiles y la pugna interna entre las facciones de Taraki y Amin, llevaron a la intervención militar soviética. Cuando Taraki volviera de las negociaciones con Moscú, el presidente fue arrestado, depuesto públicamente y ejecutado por Amin en Octubre de 1979. La autoproclamación de Amin como presidente generó mayor inestabilidad, con cerca de 50.000 ejecuciones de detractores y una dura represión militar en áreas rurales, enalteciendo la resistencia islamista que en 1979 ya controlaba el 80% del país y empezó a colaborar con otros grupos guerrilleros islámicos de Irán, Pakistán, Uzbekistán y Tayikistán,<sup>353</sup>. Eso, junto con la sospecha que Amin negociaba a escondidas con la inteligencia estadounidense, fueron el detonante para el plan de invasión diseñado por el director del KGB y futuro presidente Andropov. El objetivo era una operación rápida y contundente con la

---

351 BRAITHWAITE, R.: *Afgantsy* (2012); p.37

352 BRAITHWAITE, R.: *Op. Cit* (2012); pp.56-57

353 BRAITHWAITE, R.: *Op. Cit* (2012); p.76

que derrocar a Amin y situar un gobierno estable y sencillo de controlar.

El 25 de Diciembre, las divisiones motorizadas 365 y 66 cruzaron la frontera tomando los territorios comprendidos de Herat a Kandahar; mientras la división 360 llegaba a Kabul y la 201 ocupaba de Kunduz a Baghlan. Al mismo tiempo unos 5000 comandos de tropas paracaidistas junto con agentes del KGB llegaron al aeropuerto de Bagram, a la vez que comandos de élite *Spetznats* tomaron los centros de comunicación y tropas del Batallón Musulmán, el contingente creado por tropas de etnia uzbeka y tayika, tomó la residencia presidencial<sup>354</sup>

Tras la exitosa toma de Kabul y movilización del 40 Ejército se produjo la sustitución de las fuerzas de élite y las tropas de la reserva de Tayikistán y Uzbekistán por las levas de nuevos conscriptos. Es bastante relevante como los primeros veteranos *afgantsy* que tomaron el palacio presidencial fueron desmovilizados el 9 de enero en el mas estricto secreto, con graves síntomas de estrés postraumático consecuencia del asalto y ningún tipo de credencial o reconocimiento. Aquellos miembros del grupo de asalto no musulmanes serian encerrados en el sanatorio de Sochi, siendo tratados de insomnio, *flashbacks* y otros síntomas derivados del estrés con vodka. Muchos de ellos habían sido movilizados sin saber su destino, a pocas semanas de terminar su servicio, y a pesar de su victoria la mayoría no estaban bien preparados militar y psicológicamente para la guerra<sup>355</sup>.

Esa movilización rápida se debió a que el asalto soviético no tenia mayor objetivo estratégico que el de aniquilar el foco del caos en Afganistán, con tal de permitir un régimen que pudiera desarrollar por si solo la gestión de la conflictividad. Solo hicieron falta días para comprobar que la situación afgana era mucho mas compleja, y que como había sucedido décadas atrás, distaban mucho de conocer la difícil y diversa realidad que definía al país.

A continuación se produjo la movilización de mas de 90.000 tropas de infantería y blindados, que ascenderían a mediados de 1980 a 150.000 tropas desplegadas, con 65.000 de ellas en Kabul y alrededores<sup>356</sup>. Una tropa de conscriptos de una media de edad de entre 18-20 años, sin entrenamiento suficiente, mal equipados, mal nutridos y arrastrando los problemas preexistentes relacionados con el servicio militar. Por supuesto, Afganistán no se trató de un conflicto en términos de estrategias convencionales adaptadas a un teatro europeo. La guerra civil entre el gobierno afgano y los rebeldes se transcribió en una guerra de contrainsurgencia con la llegada de la ocupación soviética, donde las montañas y valles de la geografía afgana se tornaron escenario perfecto para el desarrollo de una guerra de guerrillas. Boris Volkov, veterano de los paracaidistas, definió su entrenamiento de dos meses previo a Afganistán como: “*Inútil. No habíamos disparado*

354 GALLEOTII, M.: *Afghanistan. Soviet Union Last War*. p. 13

355 BRAITHWAITE, R.: *Afgantsy* (2012); p.117

356“Vvod novykh voysk 150.000 sovetkikh voysk”; *Posev*, No. 10, Octubre 1980

*muchas de nuestras armas, y no sabíamos que munición iba con cada una en muchos casos. Cuando llegamos, encontramos una guerra diferente a la que esperábamos, y eso llevó a muchas bajas – bajas innecesarias*”<sup>357</sup>.

Los casos de soldados que no habían disparado sus armas durante el entrenamiento, desconocían el material y las municiones o no habían sido bien formados en sus especialidades eran algo más que anecdóticos. Cuerpos como el de zapadores o artillería, los cuales jugaban un papel importante en la cobertura de los convoyes y como apoyo a la infantería, no recibieron entrenamiento profesional, respondiendo a la demanda de hombres mediante la restricción y delegación de su entrenamiento. Viktor Byltsev, sargento mayor de artillería destinado en Mazar-i-Sharif, afirmó que el Ejército lo graduó como comandante de unidad de artillería, a pesar que durante sus seis meses de entrenamiento en su unidad no recibieron formación ni entrenamiento de fuego: ““Llegamos a la posición, y enseguida el capitán Lopushenko nos entregó la maquinaria y la munición y me dijo: "Dispara en el desierto hasta que te aburras". Disparamos con el arma, nos entrenamos””<sup>358</sup>.

Incluso el material y el armamento soviético, aunque económico, no tenía una durabilidad óptima para la guerra afgana y estaba anticuado. Los uniformes, el material de campo y el material médico era perecedero, no adaptado al combate en terreno afgano. Los muyahidines, proveídos de material nuevo por Estados Unidos, Pakistán y Arabia Saudí, les llevaban la delantera en algunos casos. Productos como el material sanitario de campo de fabricación japonesa o alemana que cargaban las guerrillas afganas sería muy codiciado por las tropas soviéticas, que aun empleaban material similar al empleado durante la Segunda Guerra Mundial.

El impacto para un recluta recién movilizado al teatro de guerra era inmediato, casi incluso previo a la llegada al país. Al principio, debido al secretismo y censura, muchos no sabían la gravedad del conflicto, pensando que desarrollarían las labores de una fuerza de paz. Se tornó en costumbre no decir a los soldados el lugar de destino final. Era entonces donde los soldados, dispuestos entre las bases de los alrededores de Kabul, recibían un rápido entrenamiento adaptado a las circunstancias de la guerra de contrainsurgencia.

Siguiendo la tradición de la composición social del servicio militar, 2/3 de la tropa enviada a Afganistán eran chicos de clase trabajadora urbana y rural, sin educación secundaria completa y donde ¼ de ellos provenían de ambientes familiares rotos. Algo curioso de destacar es como los reclutas tendían a mentir en sus cartas a casa, no por la censura, sino por temor al sufrimiento parental, que a pesar de la desinformación conocía la aproximación real de lo que sucedía en

357 HANSEN, J., OWEN, A., MADDEN, M.: *Parallels* (1991); p.76

358 LARUELLE, M.; RAKISHEVA, B. (Ed): *Pamyat' iz plameni Afganistana. Interv'yu s voynami internatsionalistami Afganskoy voyny* (2015); p.315

Afganistán. Madres como la del soldado Valodya Penchuk no sabrían hasta meses después el destino real de sus hijos: *El nunca me contó que estaba en Afganistán, para empezar. El dijo que lo habían destinado a Mongolia, para no disgustarme. Sabía que me afectaría mucho*”<sup>359</sup>.

La tropa se distribuyó en tres tipos de unidades según sus tareas: unidades de élite, unidades de ocupación, y batallones de construcción y transporte. Las unidades de élite, alrededor del 15-20% de las fuerzas del 40 Ejército, se encargaban de la ofensivas y operaciones de contrainsurgencia, básicamente la aerotransportada, los paracaidistas y las unidades de asalto aéreo, recibiendo un entrenamiento mas específico. Las tropas de ocupación, el 75% de las fuerzas desplegadas, a su vez se subdividían en tropas de combate regular y unidades de apoyo, formadas por tropas motorizadas y unidades independientes de fusileros, y cuya tarea consistía en proteger edificios, bases, convoyes, carreteras y puestos de guardia. A su vez éstas también participaban en operaciones combinadas con las unidades de élite a gran escala o en bloqueos al enemigo. Estos serían las tropas mas numerosas junto con los *stroibats* o batallones de construcción, en su mayoría constituidos por soldados de etnia no eslava.

Respecto a la composición étnica de las unidades del 40 Ejército, del mismo modo que se creó el Batallón Musulmán con unidades de etnia centroasiática, hasta 1983-1984 existieron unidades de ocupación, construcción y transporte integradas en un 70% por soldados provenientes de una misma área étnica. En esencia continuarían siendo soldados de minoría uzbeka, kirguiz, tayika y kazaja, bajo la creencia que siendo soldados en su mayoría musulmanes y en algunos casos con conocedores de dialectos hablados en áreas de Afganistán, llevarían a cabo una ocupación mas efectiva con los locales y recibirían un trato menos agresivo de los rebeldes. Existieron también entre 1979 y 1984 unidades de comando y cazadores de montaña formadas por soldados de kazajos, mejor acostumbrados a la geografía afgana que la mayoría de tropas eslavas provenientes de Europa del este o Siberia. Sin embargo, esa idea de una posible colaboración entre tropa centroasiática y civiles pronto quedó desestimada y se procedió a crear unidades con una integración étnica mas diversa, aunque siempre existió una proporción mayor de soldados de minorías étnicas en los *stroibats*

Sin embargo la preparación psicológica era bastante contraproducente. El discurso ideológico de los mandos, un intento de reconciliar el servicio por una causa política con unos valores morales apelando al internacionalismo y la solidaridad socialista, pronto entró en quiebra cuando descubrieron la realidad de la sociedad afgana y el carácter de las hostilidades. El soldado pronto se dio cuenta que el apoyo al socialismo era nimio en una sociedad afgana mayoritariamente rural y enraizada a sus tradiciones culturales, lingüísticas, étnicas y religiosas. Los guerrilleros

---

359 KOSMINSKY, P.: *Afghantsi*, film documental producido por P. Kosminsky (1989)

muyahidines no eran como los *basmachis* de la rebelión de Asia Central de 1927 ni tampoco los soldados encubiertos de Estados Unidos o China que decía la propaganda militar. Eran los propios aldeanos afganos, campesinos convertidos en guerrilleros que se camuflaban entre la población o se escondían en las montañas, recibiendo así el apelativo *dushman* (fantasma o bandido). A pesar de la experiencia en los años 20 con los combates contra los *basmachis* de Asia Central, agrupaciones guerrilleras de etnias uzbeka, kazaja y tayika que se enfrentaron a los soviéticos en su avance tras la Guerra Civil rusa; y de la información recopilada por diplomáticos y militares tras décadas de relaciones e inversiones, poco o nada sabían sobre la pluralidad y complejidad del enemigo afgano. Algunos militares o el mismo director del KGB Andropov, consideraban Afganistán un territorio imposible de dominar, como la guerra en la década de los 20 ya había demostrado. Las guerrillas de los autodenominados muyahidines (guerreros santos del Islam) jamás supusieron un enemigo unificado bajo un mando regular. Armados inicialmente con arsenal anticuado y divididos por etnias o pueblos, estos consiguieron desde un inicio dominar gran parte del área rural afgana por su determinación y conocimiento tradicional de la geografía. Empleando las montañas y valles como cobertura y conociendo las rutas de abastecimiento de los soviéticos, era fácil para ellos establecer las reglas y el momento del combate. Parte del éxito de sus tácticas se debió al uso y control que tenían de un variado sistema de túneles y cuevas de montaña y los *kirizes*, amplios túneles subterráneos destinados al riego de campos pero que los guerrilleros afganos emplearon para realizar emboscadas y cubrirse de los bombardeos aéreos. A ello se añadía un terreno hostil y duro al que la mayoría de los reclutas no estaba acostumbrado. Así lo percibía el soldado Slava Sevra: *“Tenía una imagen de la guerra. Haría algún disparo, probablemente en las montañas Pero el enemigo no era para nada como me esperaba. Son astutos y peligrosos. Nacieron en las montañas, están en su elemento. Aquellos que nacieron en el sur lo encuentran un poco mas fácil, pero yo soy de Siberia, nunca había visto una montaña antes. Es duro para mi estar aquí. Incluso un niño afgano de 5 años puede escalar una montaña con un subfusil”*<sup>360</sup>.

Aunque en algunos lugares las guerrillas aprovecharon el contexto de guerra para dedicarse al bandidaje o acciones de venganza tribales contra otras comunidades, agrupaciones guerrilleras de etnia pashtún y tayika acabaron por desarrollar una organización de resistencia efectiva. Destacó entre estas agrupaciones la liderada por Ahmed Shah Massoud, antiguo estudiante de ingeniería de clase media y seguidor de las enseñanzas del filósofo y político islamista Rabbanni, fundador de la Sociedad Islámica y uno de los principales opositores al régimen surgido de la revolución de 1978. Organizando a una guerrilla de entre 3000-5000 guerrilleros de etnia tayika sostenida sin apoyo de Pakistán ni Arabia Saudí, Massoud dominó el valle de Panshjiir creando la mas efectiva, organizada

---

360 KOSMINSKY, P.: *Afghantsi*, film documental producido por P. Kosminsky (1989)

y disciplinada guerrilla que no solo combatía, sino que organizaba y controlaba el territorio, rechazando a las ofensivas soviéticas hasta en tres ocasiones.

Ante ese contexto las políticas militares desarrolladas por los altos mandos consistieron de nuevo en operaciones de búsqueda y destrucción, es decir, desplegar tropas en territorio hostil, buscar al enemigo, cercarlo y neutralizarlo; por lo que el resultado de la operación no se medía en territorio conquistado sino en enemigos abatidos. Un tipo de guerra cuyo estrés constante y escaso progreso conllevó a la percepción de una guerra en vano cuyos soldados mueren por nada, y que a su vez generaba procedimientos de brutalidad y exterminio de civiles ante la imposibilidad de distinguir enemigo de civil, siguiendo la práctica de “disparar primero y preguntar después”. Pillajes, asesinatos, tortura, extorsiones y vejaciones se produjeron como respuesta a ese estrés, para el que el entrenamiento escaso, además dirigido a una guerra convencional, no les había preparado. Aunque el manual del soldado destinado en Afganistán advertía de las penas de cárcel o muerte por asesinar a civiles, la destrucción de *kishlaks* (aldeas afganas) se tornó sistemática, realizada a sangre fría como procedimiento habitual de protección de convoyes o como represalia. Ese tipo de actos también eran propiciados por la capacidad de potencia fuego que un soldado inexperto y sometido al estrés podía acarrear. El desorden ante la falta de disciplina y la situación de un contexto de guerra de contrainsurgencia, sumado a jóvenes poco entrenados con un gran poder de fuego individual en sus manos llevaba a situaciones como las que Christian Appy en su estudio sobre los combatientes de Vietnam denominó “hedonismo de la destrucción”<sup>361</sup>. Tanto en Vietnam como en Afganistán, el estrés y la depresión combinado con la inexperiencia de la joven tropa y el constante acceso a armas de gran potencia de fuego llevaba a desarrollar un actitud de excitación, obsesión, erotismo y sentimiento de superioridad ante la capacidad de ejercer la muerte. Los soldados portaban armas individuales de gran potencia como AK-47, AK-74, lanzacohetes RPG, ametralladoras RPK entre otras, además de tener fácil acceso a arsenal explosivo. El testimonio de un soldado recogido por la periodista Svetlana Alexievich lo resumía en estas palabras: *“Allí siempre llevas las armas encima, te acostumbras a tenerlas. Por la noche, desde la cama, disparábamos a la bombilla: nos daba pereza levantarnos a apagar la luz. Atontados por el calor, descargábamos las metralletas al aire con tal de hacer algo... Rodeábamos una caravana, la caravana ofrecía resistencia, disparábamos las ametralladoras. [...] Nos mataban y nosotros matábamos. Matábamos donde podíamos. Matábamos donde nos daba la gana”*<sup>362</sup>

Esa política militar, que discernía de la estrategia de golpe quirúrgico de Navidad de 1979, era sin duda consecuencia de un desconocimiento del terreno, del enemigo y del planteamiento de una

---

361 APPY, C.: *Working-Class War* (1994); p.263

362 ALEXIEVICH, S.: *Los chicos de zinc* (2016); p.168

guerra de contrainsurgencia. Tras los mandatos de Brezhnev y Andropov, donde las maniobras soviéticas se caracterizaron por el desarrollo de tácticas experimentales de contrainsurgencia inspiradas en las operaciones soviéticas en Ogaden entre 1977-78, el breve gobierno de Chernenko entre 1984-85 dio un viraje en lo que agresividad y contundencia se refiere. Las operaciones fueron acompañadas de masivos bombardeos, operaciones de limpieza en aldeas y campos de refugiados y grandes ofensivas de infantería, que culminarían con la operación de ataque en el valle de Panjshir, donde se emplearon mas de 15.000 tropas soviéticas. Estos nuevos métodos no dieron el resultado esperado de una victoria estratégica. Respondieron mas bien a la idea de Chernenko de crear una imagen propagandística de la guerra que emulara la Gran Guerra Patriótica con grandes ofensivas y artillería. Junto con el aumento de bajas entre los soviéticos, las masacres de civiles de áreas rurales y los desplazamientos de refugiados masivos hacia Irán y Pakistán llevaron al crecimiento de los grupos guerrilleros. Los muyahidines elaboraron mejores y mas efectivas tácticas de resistencia con la llegada de capital y material estadounidense y saudí vía Pakistán. Buscando la revancha tras Vietnam, la administración Reagan concedió en 1984 unos 400 millones de dólares y prometió mas de 1500 millones mas entre ese año y 1987, con tal de garantizar una herida sangrante a la URSS. Junto a eso, se entregó nuevo y mas sofisticado material bélico como los mas de 600 misiles Stinger antiaéreos acompañados de unos 100 asesores militares, que acabarían con el apoyo soviético aéreo<sup>363</sup>

Todos los soldados en Afganistán sufrieron en mayor o menor grado las consecuencias de la guerra y el trauma derivado de ellas. Del mismo modo que se continuaron sufriendo las consecuencias de los grandes males que ya afectaban al Ejército soviético como la *dedovschina*, la corrupción y el consumo de sustancias. En una situación de guerra donde primó la escasez de recursos, la precariedad aumentó y el estrés se hizo norma, el sistema de abusos institucionalizado creció gravemente. Las tareas de limpieza de las bases o puestos de guardia recaían en los novatos, que a la vez eran sometidos a rituales de humillación y palizas. Otra práctica común era obligar a los novatos a robar material militar y venderlo, con tal de obtener hachís o cualquier otra substancia. Aunque se produjo de forma generalizada, como sucedía en todo el Ejército dentro y fuera de Afganistán, en algunas unidades fue mucho mas exacerbado que en otras. Por ejemplo, en unidades de élite el abuso solo se realizaba en la base y a escala menor, ya que podía derivar en *fragging* en el campo de batalla, es decir, asesinato; y se dependía del apoyo mutuo para la supervivencia durante el combate. Otros combinaban el abuso con la *gruppovschina*, creando relaciones de paternalismo donde un veterano protegía a los novatos provenientes de su misma región o etnia a cambio de sumisión. Por supuesto, la *gruppovschina* también se aplicó en el otro sentido. Soldados

---

363 NOVINKOV, O.: *Afghan boomerang* (2011); p.230

de minorías étnicas, comúnmente de áreas de Asia central como los uzbekos o kazajos pero también del Báltico, Ucrania o el Cáucaso, formaron bandas de soldados tanto en forma de autodefensa frente a soldados rusos o de otras etnias como para ejercer ellos el terror. Artyom Borovik, corresponsal en Afganistán para el semanario *Ogonyok*, describió así la conflictividad entre soldados rusos y uzbekos durante su paso entre las tropas acuarteladas cerca del paso de Salang: ““*En poco segundos la puerta se abrió y un soldado vestido con una sucia bushlat*<sup>364</sup> *apareció en la entrada. [...] Era uzbeko y no hablaba ruso mejor que los afganos. “En una de mis compañías, los uzbekos decidieron formar su propia banda y empezar a aterrorizar a la minoría rusa”, dijo [el oficial] Ushakov.” Así que me vi obligado a enseñarles algo de terror ruso. No entiendo este tipo de cosas*”<sup>365</sup>

Es curioso como lejos de intentar corregir este problema, la oficialidad se sirvió de él para mantener una disciplina paralela que corrigiera la carente disciplina de mandos. Pero eso no quitaría que los propios abusos en sí fuesen igual de traumáticos que el combate, llevando a extremos como el suicidio, mutilación o desertión. La *dedovschina* se erigió así como un tópico constante de la narrativa *afgantsy*, como lo describió el novelista y veterano Oleg Ermakov en su relato corto “*Invierno en Afganistán*”: *Había pocos niños perpetuos en el regimiento: uno trató de dispararse así mismo, otro había bebido orina de un enfermo de fiebre amarilla para pasarse unos meses en el hospital, un tercero se quebró durante su primera operación. Eran el hazme reír, y no solo de sus vecinos mas cercanos: el grupo entero lo había notado, sabían lo que eran*<sup>366</sup>. Un trauma cuya continuidad se mantuvo por el simple hecho de la compensación que supondría ejercer el mismo abuso cuando las víctimas llegaran a ser veteranos: “*No había nada innatural en el hecho que alejaran rencores hacia sus antiguos veteranos, no- como era, así se quedará: ayer eran abusados, hoy abusan*”<sup>367</sup>.

El problema del *fragging* derivado de la *dedovschina* empezó a subir, tanto como venganza de reclutas novatos a viejos como de soldados a oficiales por consentir o realizar abusos, especialmente común entre las tropas de ocupación. Un soldado de servicio afirmaba en una entrevista: “*Es que muchos oficiales creen que aquí es igual que en la Unión Soviética, que pueden coger a un soldado y pegarle, ultrajarle. Pues después se los encuentran muertos...Un tiro por la espalda en combate...Ponte a buscar quien a sido. Y demuéstalo*”<sup>368</sup>.

Los intentos de los oficiales por imponer disciplina se tradujeron en castigos físicos o psicológicos, desde palizas a exponerlos en áreas de peligro. Incluso, el mismo ejercicio de abusos

364 *Bushlat*: Chaqueta militar de invierno empleada por las tropas soviéticas en Afganistán

365 BOROVNIK, A.: *The Hidden War*, (1990); p.153

366 ERMAKOV, O.: “Winter in Afghanistan”, *Afghan Tales* (1993); p.17

367 ERMAKOV, O.: “Safe return”, *Afghan Tales* (1993); p.155

368 ALEXIEVICH, S.: *Los muchachos de zinc* (2014); p.69

de los oficiales a la tropas se hacia para encubrir actividades ilegales de los mandos, como el destilado ilegal de alcohol o el tráfico de electrodomésticos o drogas. Los oficiales obligaban a los reclutas a colaborar, y si cometían algún error o eran descubiertos les sometían a castigos. Uno de los casos mas famosos fue el de los ataúdes de zinc con los que se transportaban los cadáveres de soldados muertos repatriados a la Unión Soviética, los cuales fueron empleados por un grupo de oficiales corruptos para entrar de manera ilegal drogas, electrodomésticos extranjeros y otros bienes de consumo de fabricación occidental adquiridos en el bazar de Kabul. Ejemplos como estos dan a entender por que la violencia ejercida hacia los mandos siempre se produjo en mayor grado entre los oficiales de bases, ocupación o intendencia.

Del mismo modo todos los soldados sufrieron las penurias y escasez de la vida y las condiciones de acuartelamiento. Los problemas de alimentación y falta de agua siempre fueron constantes, y se acrecentaban cuando las emboscadas a los convoyes de suministros eran mas frecuentes, lo que llevó a que los veteranos requisaran la comida de los novatos o se produjeran mas hurtos de material militar por el que intercambiar alimentos. Gennady Bocharov, periodista que cubrió el conflicto como corresponsal durante ocho años para la *Literaturnaya Gazeta*, describió en múltiples de sus artículos estos problemas: “*“Todo está bien”, decían los soldados, Solo uno de ellos dijo: “Vivimos como animales. No hemos podido lavarnos en semanas. No hay leña, y nos congelamos. La comida no alimentaria ni a los cerdos. Algunos ya tenemos parásitos en el cuerpo.”*”<sup>369</sup>

Esa escasez y la falta de higiene debido al agua, junto con las condiciones climáticas, llevó a la propagación de enfermedades para las que el cuerpo médico desplegado en el país no podía hacer frente por la falta de material, medicinas y personal. Por esa razón se propagaron enfermedades como la disentería, hepatitis, infecciones de piel o parásitos intestinales. La vida de cuartel no era para nada placentera dada esa situación, a lo que cabe añadir el constante tedio y desolación que producía. Por orden oficial los soldados no podían salir de las bases si no era para operaciones, ni tratar con civiles, aun que en la práctica se hacia con aldeas de las cercanías o en el mercado negro con tal de obtener comida, drogas, electrodomésticos o productos como tejanos o reproductores de música. Eso y la depresión producida por los abusos llevó al aumento del consumo de drogas: hachís, opio, marihuana, heroína inyectada o *cheffir*, un concentrado de infusión de té cuyas toxinas producían un efecto psicotrópico. En otros casos como los de la Fuerza Aérea, con mayor acceso a privilegios, oficiales médicos afirmaban tratar los efectos del estrés del combate con vodka<sup>370</sup>. Debido a la escasez de alcohol en un país islámico y su elevado precio, las drogas se tornaron una

---

369 BOCHAROV, G.: *Russian Roulette* (1990); p.9

370 NOVINKOV, O.: *Afghan boomerang* (2011); p.152

alternativa muy común, barata y fácil de adquirir para capear la depresión, la ansiedad y el aburrimiento de la vida militar en Afganistán a modo de automedicación. Según los datos de Alexiev, la mitad de la tropa consumía hachís, y un 1/5 opio<sup>371</sup>. Los mandos jamás tomaron una medida efectiva para lidiar con el consumo de drogas, mas allá de quemar campos de adormideras empleadas por los locales para la elaboración de opio. No obstante, la necesidad de paliar los efectos del estrés y la alienación llevó a alternativas más drásticas y peligrosas como la elaboración de alcohol casero extraído de colonias, lociones y anticongelantes de vehículos, fluido que llamaban “esgrima” y que causaba serias intoxicaciones<sup>372</sup>. Eso conllevó el aumento de robos de material militar para canjearlos por opiáceos. El robo de material no era algo nuevo en el ejército soviético y se asumía hasta un nivel tolerable. Pero en Afganistán se transgredió la barrera “aceptable” cuando se llegó a vender de armas y munición en cantidades pequeñas a las mismas guerrillas afganas con las que combatían a través de intermediarios, creando un mercado negro propio que recibió el nombre de “Bazar ruso”<sup>373</sup>.

El robo de material no solo se limitó a la finalidad del consumo de narcóticos, pues el bazar de Kabul y los mercados de otras localidades daban acceso a una variedad de productos occidentales difíciles de imaginar en un economato soviético. Desde radiocasetes de fabricación japonesa y cintas de música rock a tejanos y zapatillas deportivas estadounidenses, el afán de los soldados por consumir dichos productos y llevarlos a territorio soviético se tornó una obsesión generalizada. De hecho, una imagen común entre la tropa de asalto era verlos con zapatillas deportivas de fabricación occidental en lugar de las botas del ejército, pues no solo eran un producto imposible de adquirir en la URSS, también era un calzado de mejor calidad para las operaciones de montaña. Con este panorama, al concluir la guerra, más de 2500 soldados habían pasado por la prisión militar de Pul-i Charki, más de 200 de ellos acusados de asesinato. Otras fuentes subían la cifra a 6412, donde 2840 fueron acusados de vender armas a afganos y 534 por traficar con drogas<sup>374</sup>.

Por último, hay que añadir el factor psicológico que generaba la perspectiva de caer prisionero de las guerrillas afganas. Tanto el impacto que podía provocar la brutalidad de las operaciones y ofensivas soviéticas, como las emboscadas a puestos avanzados o convoyes por parte de los muyahidines, no podían compararse al terror generado por la idea de caer preso de las guerrillas. Para los afganos, los soviéticos eran *shuravis* (término persa para los soviéticos), ajenos a las leyes de la compasión y la hospitalidad afgana. Los soldados soviéticos capturados por los muyahidines

---

371 ALEXIEV, A.: *Inside the soviet army in Afghanistan* (1988); p.50

372 ALEXIEVICH, S.: *Los muchachos de zinc* (2016); p.129

373 ALEXIEV, A.: *Op. Cit* (1988); p.54

374 BRAITHWAITE, R.: *Afgantsy* (2012); p.227

no acostumbraban a tener oportunidad alguna, siendo ejecutados y empleados como táctica de guerra psicológica dejando sus cuerpos decapitados y mutilados para que fueran encontrados por otras unidades.

Una unidad de zapadores relató al corresponsal Bocharov como hallaron a los conductores de un convoy que había sido emboscado por guerrilleros: “*Los fantasmas los encontraron. Siempre se enteraban de todo. Así que atacaban y mataban a cualquiera. Entonces devolvieron los cuerpos: Primero los torsos, después, por separado, los brazos y las piernas. Deliberadamente mezclaron todas las extremidades para que fuera imposible juntarlas con sus cuerpos. Las caras de los muertos habían sido mutiladas hasta quedar irreconocibles*”<sup>375</sup>.

Los soldados soviéticos de etnias centroasiáticas tampoco fueron una excepción a pesar de la concepción inicial de los mandos al constituir unidades integradas por kazajos y uzbekos. Marat Koilybaev, soldado kazajo de herencia musulmana que sirvió como conductor de un batallón móvil entre 1986 y 1989 explicaba así la reacción de la población afgana hacia las tropas centroasiáticas: “*La Unión Soviética era un país de ateísmo. En la escuela nos enseñaron que no hay Dios, solo Lenin [...] Al llegar a Afganistán, te decían: ¿Eres musulmán? No sabes nada, no sabes una sola palabra del Corán. ¿Como puedes llamarte musulmán? ¡Eres un shuravi!*”<sup>376</sup>. Ante estos casos Aslan Balkasymov, quien fuera comandante de pelotón de los comandos de montaña musulmanes que participarían al inicio del conflicto entre 1979 y 1983, añadiría que entre los rebeldes se valoraba en unos 100.000 *afganis* la oreja de un *shuravi* musulmán<sup>377</sup>.

Ese miedo a una tortura violenta llevó a muchos soldados a guardar una última granada o una bala para cometer suicidio si la situación lo requería. Pero no siempre se llevaron a cabo ejecuciones de prisioneros por parte de los muyahidines, y aquellos que caían en manos de los guerrilleros y sobrevivían podían sufrir destinos diferentes. En algunos escasos casos, se dio la situación de soldados soviéticos que se convirtieron al islam y permanecieron en aldeas afganas o eran esclavizados y entregados a familias para emplearlos en el trabajo rural. Pero tales casos eran asumidos como traición por tropa y altos mandos, y se incitaba a los soldados a cometer suicidio antes que “desertar” al otro bando. Eso llevó a que los soldados hechos prisioneros de guerra y enviados a prisiones rebeldes en Peshawar, Pakistán, fueran olvidados y dados por muertos por el Ejército Rojo y el gobierno soviético. No existía política alguno respecto a la negociación de prisioneros de guerra, mas allá de la posibilidad de intercambiar un soldado soviético por un rebelde afgano en periodos de alto el fuego. Eso dejaba a los prisioneros de guerra totalmente

375 BOCHAROV, G.: *Russian Roulette* (1990); p.79

376 LARUELLE, M.; RAKISHEVA, B. (Ed): *Pamyat' iz plameni Afganistana. Interv'yu s voinami – internatsionalistami Afganskoy voyny* (2015); p.31

377 LARUELLE, M.; RAKISHEVA, B. (Ed): *Ibid.*

desamparados, y en el caso de poder retornar a su unidad, marginados, pues su vuelta con vida sería asumida como una traición donde el soldado supuestamente se había convertido al islam y colaborado con los rebeldes. Tras la guerra y la constitución de la cultura de los veteranos *afgantsy* en la sociedad civil, una vez se institucionalizara la memoria de la guerra a nivel político, aquellos que sobrevivieran al encarcelamiento serían acusados de traidores a la “hermandad de combate”, es decir, a aquellos valores asumidos desde la memoria colectiva y aplicados a una lectura institucional de la guerra.

Uno de los casos más sonados que involucró a prisioneros de guerra fue la rebelión de la prisión de Badaber, Peshawar, el 26 de Abril de 1985, donde 24 prisioneros de guerra soviéticos y del Ejército democrático afgano lograron amotinarse y hacerse con el arsenal de la prisión. Tras un intento fallido de comunicar su posición por radio y tras la negativa de Rabbani, quien dirigía las fuerzas muyahidines en Peshawar, de negociar con ellos, la prisión fue asaltada con artillería pakistaní y todos sus amotinados ejecutados. A pesar de las demandas de responsabilidad que el gobierno soviético reclamó a Pakistán, no cambió respecto a su política de negociación y rescate de prisioneros de guerra. En su lugar, se ensalzó la muerte de los amotinados como un acto de heroísmo. Por ello, cuando el comandante de la fuerza aérea Aleksandr Rutskoy, futuro vicepresidente de la Rusia Federal durante el mandato de Boris Yeltsin, fuera rescatado cuando su avión fue abatido en territorio pakistaní, se levantaron numerosas protestas por la desigualdad de trato recibido entre alto mando y tropa regular.

De hecho, fue una periodista y activista humanitaria estadounidense, Ludmilla Thorne, la primera en impulsar negociaciones con líderes políticos muyahidines con tal ayudar a los prisioneros de guerra soviéticos. Como corresponsal, Thorne logró visitar diversos campos y bases muyahidines donde estaban reclusos, e incluso entrevistar a varios de ellos. Finalmente, presionó al Congreso estadounidense y tuvo un encuentro personal con el presidente Reagan en Marzo de 1988 para intentar ofrecer ayuda a los soldados soviéticos. Sus esfuerzos lograron la libertad de 18 soldados, los cuales decidieron desertar a Estados Unidos y Canadá tras renegar de la guerra y del gobierno soviético por su nula preocupación hacia ellos. Llegarían a organizar una pequeña asociación de excombatientes en Washington DC en colaboración con veteranos de Vietnam, y tras la caída de la URSS algunos volverían a sus hogares en Rusia y Ucrania<sup>378</sup>

---

378 NOVINKOV, O: *Afghan boomerang* (2011); p.207

### 2.5.-*Tulipanes negros: Desmovilización y construcción de la subcultura afgantsy*

Afganistán realzó los problemas que acarrearba para la generación juvenil la violencia, la precariedad y el tedio del servicio militar, como un catalizador de la alienación general de la vida juvenil soviética. Junto a ello dejó algo más, el impacto del trauma derivado del combate moderno. Se habían llegado a desplegar a unos 620.000 soldados, junto con un personal civil de 21.000. La guerra dejó 15.051 soldados muertos, junto con más de 400.000 heridos de gravedad, con heridas leves o enfermedad, entre ellos unos 11.000 minusválidos de guerra<sup>379</sup>. La extrema juventud de estos chicos, que marcharon con 18 años y volvieron con 20 o 21, no hizo más que agravar el impacto del trauma dentro del desarrollo psicológico de la transición de la adolescencia a la madurez. Eso provocó una mayor ruptura psíquica, el trauma, que pronto contrastó con la definición social que se había hecho de la guerra. Esa contradicción, difícil de amoldar ante la ideología promulgada por los medios y la sociedad civil, acabó generando una subcultura como una manera alternativa de supervivencia. La subcultura de los *Afgantsy*, como se denominó popularmente a los veteranos de Afganistán, tendría así unas características y definición propias dentro de la contracultura soviética.

Al regresar a la sociedad, el soldado se tornaba un “*nizi*”, un elemento ajeno al orden social soviético, ya fuera porque eran percibidos socialmente como jóvenes traumatizados por las heridas psicológicas y físicas de la guerra, como violentos y propensos a la brutalidad o como perdedores. Éstos volvieron de una guerra abstracta, distinta a la que la opinión pública ha asumido mediante los discursos políticos, la prensa, los rumores y las narraciones de crímenes y vejaciones introducidas durante la *Glasnost* y la mayor libertad de prensa. Afganistán amplió aún más la brecha generacional, la alienación juvenil respecto al modelo social y el estado, a la vez que lo hizo entre miembros de su propia generación. Como respuesta estos chicos, los nuevos veteranos soviéticos, crearon un simbolismo propio asociando su juventud y el trauma bélico. Algunos de esos símbolos fueron extraídos o inspirados en el marco sociocultural preexistente bajo la influencia del trauma, como la música, la narrativa literaria o el fenómeno de las bandas juveniles. Otros surgen del contexto de crisis, reformas y libertades civiles de la *Glasnost*, como el asociacionismo local de veteranos y la construcción de una memoria de la guerra paralela. A ello añadieron símbolos distintivos identitarios, donde las prendas de ropa militar, las condecoraciones y el vocabulario adquirieron un papel simbólico identificador de colectivo dentro de la subcultura.

A partir de 1985, con la llegada de Gorbachov y la mayor difusión de información y movilización social promovida por la *Glasnost*, el impacto de la llegada de los excombatientes se

---

379 DANILOVA, N.: *The Development of an Exclusive Veterans' Policy :The Case of Russia* (2010); p.903

hizo más mediático y resonado. Es necesario señalar entonces como se produjo el reingreso del soldado recién desmovilizado en una situación de agitación social y configuración de un discurso social sobre la guerra. Para 1985 la guerra ya era reconocida abiertamente por el Kremlin. Pasando del secretismo ha ser publicitada como una intervención como fuerza de paz en un país aliado siguiendo el deber del internacionalismo, las pocas imágenes que llegaban a las pantallas insistían en mostrar al soldado soviético colaborando en la construcción de hospitales, escuelas, patrullando las calles en aras de la seguridad de Kabul o repartiendo comida entre las aldeas. No obstante, no fueron los medios de comunicación los que marcaron la opinión pública de la sociedad soviética hacia la guerra, sino los rumores, la información colateral y el impacto directo que familiares y vecindarios experimentaron con el retorno de los soldados.

Para muchas familias la noticia de la guerra en oriente llegó de forma fortuita tras la noticia de la muerte del soldado, traído a los domicilios durante la noche en un ataúd de zinc. Los desgraciadamente famosos *Gruz 200* (Carga 200), término militar empleado para describir los cargamentos de soldados muertos traídos en los Tulipanes Negros o aviones Antonov An-12 dentro de ataúdes de zinc, levantaron sentidas protestas de familiares. El gobierno soviético, con tal de disminuir el impacto social del creciente número de víctimas entre sus filas, descargaba dichos ataúdes con los cuerpos de los caídos a altas horas de la madrugada, en ocasiones sin dar previo aviso a la familia de la defunción del soldado o depositando el ataúd a las puertas del domicilio. No se produjeron ceremonias de conmemoración ni reconocimiento, de hecho ni siquiera estaba permitido mencionar el lugar y la causa de la muerte en las lápidas de los soldados caídos. En la mayoría de los casos las mismas familias debían pagar los costes del funeral, pues como ayuda del gobierno solo recibían un pago único que osciló entre los 100 y 500 rublos, pero que aun así era insuficiente para cubrir los gastos funerarios, dependiendo de la ayuda comunitaria o de la administración local del Partido. Pronto las noticias de los ataúdes, junto con las historias de los primeros veteranos devueltos al país, se difundieron por los vecindarios cuando la poca deferencia hacia las víctimas viniera acompañada de deficientes gestiones burocráticas, como la entrega de ataúdes erróneos, cofres vacíos o las noticias del uso de los ataúdes como instrumento con el que introducir contrabando en la URSS.

Aun así, gran parte de las noticias de prensa sobre Afganistán continuaron insistiendo en el discurso internacionalista patriótico de la defensa del socialismo, ensalzando acciones militares contra los rebeldes, la ayuda humanitaria y el apoyo modernizador sobre la infraestructura afgana. Por otro lado, algunos diarios como el *Sobosednik*, *Ogoniok*, *Molod Ukrainy* o *Posev* entre otros, empezaron a incluir críticas y algunos artículos bastante punzantes contra la guerra, aunque manteniendo una tónica ambigua ante las posibles repercusiones o censura. Ya habituales durante la

era Brezhnev, las publicaciones de prensa contrarias al conflicto alcanzaron su auge a mediados de los 80 con la apertura de la *Glasnost* gracias a la cartas de lectores, editoriales o escritos de opinión que colectivos o individuos enviaban a los diarios. Cartas como la del Club de Mujeres Independiente *Mar i ya* de Leningrado al diario *Posev* : “*Nosotros, las mujeres de la nueva Rusia, exigimos la retirada de todo tipo de tropas soviéticas del territorio del Afganistán ocupado !Dejad de matar y abusar de los civiles de un país extranjero! Dejad de enviar a nuestros esposos e hijos a una vergonzosa muerte!*”<sup>380</sup>.

Frecuentes eran las cartas, en parte anónimas, de las madres de los soldados en servicio o muertos, que pedían la retirada inmediata del contingente internacionalista, como esta enviada por la madre de soldado al diario *Ogoniok*: “*estamos hartos de hermosas palabras sobre el honor y la solidaridad. Llamo a las cosas por su nombre: es la guerra lo que hacemos allí. Comencemos poniendo en orden nuestra propia casa. No debemos engañar a la gente. La única forma de salir de esta guerra es retirar rápidamente a nuestro contingente de Afganistán. Hay suficientes jóvenes que ya murieron allí. Nuestros hijos no le deben nada a los afganos. Fueron enviados allí para cumplir su misión internacionalista. Tienen deberes que cumplir solo con sus padres que les dieron la vida y con su patria. En cuanto a que somos malos padres les permitimos salir*”<sup>381</sup>.

En eso tuvieron también gran influencia los relatos, artículos y libros publicados por la nueva generación de periodistas liberales, acogidos por la esfera de la *Glasnost* o como parte de los reportajes y noticias redactadas para la prensa exterior. Los relatos populares de Artyom Borovik, Stevlana Alexievich, Gennady Bocharov o Vladimir Rybakov elaboraron un discurso donde mezclarían la desmoralización de la tropa y morbosas historias sobre consumo de drogas, la *dedovschina* y crímenes de guerra, con relatos emocionales y con cierta retorica heroica, añadiendo tópicos como la camaradería en contraste con los abusos, símbolos asociados a su juventud como el rock, los caídos en combate, el trauma de la desmovilización y el dolor de las familias, especialmente la figura de la madre soviética. Aunque lograron representar los problemas de los conscriptos en servicio y su alienación, el interés por los aspectos morbosos y la falta de contextualización del relato mas oscuro de la guerra con tal de crear una comparación con el “Vietnam soviético” tendría un serio impacto en el discurso social de la guerra. En general, unos artículos que dejaron una influencia negativa para la reinserción social del veterano, creando una imagen de psicópatas, como se puede leer en este artículo de Rybakov, corresponsal en Afganistán para el diario *Posev*: “*El deseo de mantenerse con vida causa miedo, el miedo, malicia. Cuando estas en guerra contra gente que defiende su tierra, su libertad. Y cuando matan a Grishka, Stepka*

380 “Prekratit' krovoprolitiye! ”; *Posev*, No 10, 1 Octubre 1980

381 “Carta de Tamara Iakovlevna Sololieva”; *Ogoniok*, Enero 1988, editado en *Lettres des profondeurs de l'URSS* (1989); p.241

*o Shota, con los que era amigo, con los que compartía paquetes y sueños, entonces ya no piensas quien tiene la razón, la culpa, pierdes la piedad, si la hubiera. No solo es ofensivo para Grishka: Grishka podría ser tu. Es mucho mas difícil entender por que los mismos Vanka o Kolka, con todo esto en mente, de repente se niegan a disparar y van a los tribunales. ¿La conciencia no está permitida?*<sup>382</sup>.

Para dar lugar a la reinserción de soldados tras un conflicto, era necesario que existiera tanto un reconocimiento oficial como social, ya fuera en forma de beneficios económicos y facilidades, o en forma de conmemoración. En su contexto doméstico, los *afgantsy* no tuvieron reconocimiento alguno. Por un lado, los prejuicios de las narraciones periodísticas, la deslocalización de la guerra y los relatos de soldados fomentaron la construcción del ideario social de la guerra, donde Afganistán era una guerra inútil que había sacado lo peor de una generación sin ideales y envuelta en la alienación. Esta imagen del perdedor, el trastornado, el alcoholizado o el desertor como un peligro en forma de bomba de relojería se reprodujo como un estigma dentro del discurso social de la guerra, sin tener en cuenta el contexto de donde y como se desarrollo el conflicto para toda una generación de reclutas. Un ejemplo de esto que tuvo gran revuelo mediático fue la “*narkomaniya*”, campaña periodística centrada en cubrir el brote de drogadicción que surgió entre los jóvenes de suburbios industriales en 1985-88. Se acusó a los *afgantsy* de ser unos de los introductores del hábito de consumir drogas en la URSS y de ser culpables del auge de la delincuencia relacionada con el tráfico. Lo cierto es que como sucedió en Vietnam con el caso de veteranos estadounidenses, las drogas durante la guerra se consumían para combatir la depresión y el estrés de combate en forma de automedicación, y la mayoría de soldados dejó de consumirlas al ser desmovilizados. Sin embargo, el creciente consumo de drogas y actividades delictivas en el mercado negro giraba alrededor de la brecha generacional cultural entre estado y colectivo juvenil, y ni mucho menos constituyeron una epidemia. Puede que soldados consumieron drogas en Afganistán, pero en muchos casos los que continuaron la práctica se trataba de jóvenes que ya habían entrado en contacto con ella previamente al servicio.

Por otra parte, Gorbachov definió públicamente la intervención en Afganistán en el XXVII Congreso del Partido como una “herida sangrante”, mensaje que contrastaba con las imágenes oficiales de soldados en su deber solidario internacionalista. Gorbachov inició los planes de retirada del contingente, que se produjo de forma definitiva el 15 de Febrero de 1989. No fue hasta 1988 cuando se concedió a los soldados un mínimo de reconocimiento a su servicio, pero no como veteranos de guerra sino como “internacionalistas”, reconocimiento que consistió simplemente en un diploma y una placa individual. Esa devaluación de la experiencia fue acompañada del reclamo

---

382 “*Russkiy soldat v Afganistane!*”; *Posev*, No 1, Enero 1981

de las medallas prometidas como premio al servicio en actos de valor, cerca de unas 200.153 medallas, de las cuales 10.955 eran póstumas y 71 al Héroe de la Unión Soviética, causa mediática que duraría años llenando páginas de la prensa<sup>383</sup>.

Eso contrastaba mucho con la imagen del veterano propia de la Segunda Guerra Mundial y todo el entramado memorial colectivo y social que se construyó a su alrededor. Tras la Segunda Guerra Mundial, y a pesar de las deficiencias existentes en beneficios y la represión stalinista sobre el colectivo de veteranos, la victoria sobre la Alemania nazi encumbró a los excombatientes a un discurso general conmemorativo y patriótico. Todo soldado poseía una condecoración de servicio meritoria como parte de la política de guerra psicológica empleada por el Ejército Rojo. A su vez, la abundante memorabilia en forma de grandes monumentos que representaba a los millones de soldados veteranos y caídos bajo las mismas efigies de la escultura soviética evidenciaban la política de interés en ofrecer una distinción oficial. En Afganistán en cambio, sin condecoraciones ni monumentos públicos que reconocieran el valor de su servicio, su experiencia se vio devaluada y los efectos de su trauma aumentados al no poder darles significado, por lo cual era difícil realizar el proceso psicológico de transición a la vida civil.

El reclamo del reconocimiento estaría muy ligado también a la noción juvenil de la tropa y el papel de las madres en la protesta contra la guerra, las que pronto fueron reconocidas como las víctimas silenciosas del conflicto. Las reformas de la *Perestroika* y la *Glasnost* permitieron llevar los mensajes de las cartas a las calles mediante la organización de entidades paralelas a las del estado entre 1987-88, que culminaron con la creación del Comité de Madres de Soldados en 1989. Sus protestas, huelgas de hambre y movilizaciones públicas en aras de captar la atención social se centraron en la denuncia de la guerra y la violencia del servicio militar, focalizándose en la problemática de los abusos y la censura que el Partido realizaba sobre la intervención y sus bajas. Con ello hicieron especialmente visible el caso del trauma de la *dedovschina*, permitiendo a otros críticos relacionarlo con la derrota en Afganistán y su influencia en la efectividad del combatiente.

Un año después, recién retiradas las tropas del 40 Ejército soviético, al nacimiento del Comité de Madres de Soldados le siguió la creación de otras organizaciones como el grupo de huérfanos de guerra *FEYA* o la asociación *Materi*, que centrarían su campaña en la recaudación de fondos para familiares de caídos en Afganistán y búsqueda de información sobre desaparecidos en combate<sup>384</sup>

Eso no solo llevó a críticas hacia el servicio militar obligatorio como pilar base del sistema soviético, también difundió una imagen peyorativa de los veteranos dentro de la psicología de la masculinidad militarizada, definiendo a los conscriptos como perdedores de una guerra y “niños de

---

383 GALLEOTTI, M.: *Afganistan. The Soviet Union's Last War* (1995); p.56

384 GALLEOTTI, M.: *Op.Cit* (1995); p.231

mamá”, infantilizados incapaces de afrontar la dureza de la guerra y el servicio<sup>385</sup>.

Todo este bagaje ideológico sobre la percepción ante la reinserción de los *afgantsy* se recogió y comercializó de forma masiva a través de los medios audiovisuales y su interés por la contracultura juvenil. En una Unión Soviética donde en 1986 el 93% de la población tenía televisor, surgió una explosión de programas y shows de debate en relación al “problema” juvenil que equivalían al 78% de la programación cultural. Programas que juntaban en plató a rockeros, punks, hippies, neo-nazis y *afgantsy*, debatiendo temas diversos en relación a los jóvenes, desde las drogas y la violencia callejera al estrés postraumático de los veteranos y la depresión adolescente<sup>386</sup>. Películas documentales como “*Es fácil ser joven*” de Podnieks también ponían en un mismo saco a todos esos distintos tipos de jóvenes alienados, entre los a tres *afgantsy* recién retornados de la guerra. Cuando a uno de los *afgantsy* entrevistados se le pregunta si ese sentimiento de desamparo y alienación es igual en toda su generación, tanto los que sirvieron como no, el veterano afirma: “*No, definitivamente no. Esos son los mismos chicos, van a fiestas a veces, beben un poco y quizás se meten en problemas, pero son los mismos chicos. Existe la opinión que la persona madura durante la guerra, pero es completamente falso, porque en la guerra una persona se vuelve vieja. Queremos recobrar nuestras antiguas vidas, quizá incluso a nuestra infancia. Pero nadie nos permite eso, y es traumatizante. Eres joven, eres un niño, nadie te cree, y el sufrimiento es indescriptible*”<sup>387</sup>.

Junto a ese contexto moral, el contexto económico no se situaba en un mejor escalón. Si es cierto que muchos soldados desmovilizados consiguieron reinsertarse al mercado laboral sin problemas, en especial aquellos que desarrollaron tareas durante la guerra útiles en la vida civil como los conductores de camiones o técnicos, pero a largo plazo serían unas de las principales víctimas de la corrupción burocrática, el descendiente presupuesto de los programas sociales del estado, el problema de la vivienda y el escaso tratamiento del estrés postraumático en la psicología soviética. Unos problemas que se agravarían mucho mas con el colapso económico de la URSS y su transición a la economía de mercado. Afganistán y la desmovilización de sus combatientes trajo al escenario las disfuncionalidades de la estructura de asistencia social para veteranos en la Unión Soviética, construida desde sus inicios sobre la meritocracia basada en el tiempo, lugar, unidad de servicio y relación con el Partido. Además, este seguía fallando en la distribución de los beneficios, que en última instancia dependía de las instituciones locales y que en sectores como el de los inválidos de guerra demostraba una notable precariedad al ser incapaz de reinsertarlos socialmente ni adaptarles espacios ante barreras arquitectónicas. Una carta de un colectivo de padres de *afgantsy* lo resaltaba así en una carta del lector enviada a la redacción del diario *Posev*: “*Expresamos*

385 EICHLER, M.: *Militarizing Men* (2012); pp.31-32

386 STITES, R.: *Russian popular culture* (1993); p.190

387 PODNIEKS, J: *Vai viegli būt jaunam?*, film documental producido por Juris Podnieks (1986)

*nuestras más profundas condolencias a los padres y parientes de los soldados soviéticos en Afganistán difuntos, heridos de gravedad y convertidos en minusválidos. Demasiado sabemos lo que implica ser minusválido en nuestro país y cual es el sufrimiento de los padres de las personas minusválidas*”<sup>388</sup>.

La cuestión es que era un sistema de pensiones y beneficios ligados tan solo a los veteranos de la Gran Guerra Patriótica. El principal impedimento es que el secretismo y encubrimiento mediático de la guerra no la calificó como tal, sino como “intervención internacionalista”. Por eso, en 1983 cuando las cifras de bajas pasaban los 7000 soldados, tan solo oficiales en caso excepcional habían recibido algún tipo de beneficio, siguiendo de nuevo la estructura meritocrática. Los *afgantsy* no solo tuvieron que abordar el problema de no ser reconocidos como combatientes en un sistema de asistencia de veteranos lento y desproporcional. El problema en sí radicaba dentro de todo el sistema de pensiones y asistencia social soviético de finales de los 80. Los nuevos veteranos recibieron con la llegada de Gorbachov y el intento de articular un discurso mas abierto sobre la guerra una serie de beneficios similares a los veteranos de la Segunda Guerra Mundial, especialmente en transporte, sanidad y vivienda, con algunos servicios tales como tratamientos en sanatorios pagados o pagos únicos a heridos y discapacitados de guerra. Para ello el Comité Central del Partido y el Consejo de ministros aprobó una resolución concediendo beneficios especiales, que sin embargo toparon con el problema constante de la burocracia y la deficiente gestión local de los beneficios. Pues la ambigüedad de la resolución garantizaba esos privilegios, pero no como, cuando ni quien debía administrarlos. En eso tuvo un gran papel la corrupción creciente y la indiferencia de los funcionarios hacia los jóvenes veteranos. Para en 1989, según el *Komsomolskaya Pravda*, el 71% de los *afgantsy* declaraba que sus beneficios existían solo en papel<sup>389</sup>. En uno de los numerosos films documentales sobre la juventud soviética dirigido por Kosminsky en 1989 bajo el título de “*Afganhsi*”, un veterano llamado Yuri Shaginov habla ante la cámara con cierta ironía sobre uno de los problemas mas extendidos entre los excombatientes: “*Cuando estábamos sirviendo en Afganistán, nos dijeron que cuando volviéramos a casa nos tratarían como a héroes. Cualquiera que necesitara ayuda médica la tendría. Domicilio, cualquier instituto que quisiera. Para los afgantsy todo era posible. Pero cuando volví fui a preguntar cuantos pisos había disponibles cada año para veteranos de guerra. Solo daban de 10 a 12 pisos cada año, y estoy en el numero 315 en la lista. Así que recibiré el piso cuando tenga 52 anos. Ese será un gran día*”<sup>390</sup>.

Y es que dentro de la distribución de viviendas sociales, los *afgantsy* se encontraban al final de la lista, pasando delante de ellos veteranos de la Segunda Guerra Mundial y trabajadores de larga

388 “Otklili iz Rossii Roditelyam zhertv voyny v Afganistane”: *Posev*, No.6, Junio 1980

389 DANILOVA, N.: *The Development of an Exclusive Veterans' Policy :The Case of Russia* (2010); p.905

390 KOSMINSKY, P: *Afganhsi*, film documental producido por P. Kosminsky (1989)

experiencia. La calidad de vida de un veterano caía en un 50% respecto a la del civil, situada en el 80%. Incluso entre la joven oficialidad *afgantsy* se produjo un grave problema de asignación de domicilios, dejando a más de 100.000 soldados de graduación alta o intermedia sin techo, o en el caso de asignarle domicilio, estos se encontraban en áreas desprovistas de servicios básicos y lejos de centros de trabajo<sup>391</sup>.

En ese mismo film, poco después interviene el sargento Aleksandr “Sasha” Solomin, veterano de combate condecorado y estudiante de ingeniería tras su desmovilización, que respondía ante cámara sobre el sinsentido de su formación y experiencia militar: *“Al menos creíamos que estábamos haciendo algo bueno. Quizá lo hiciéramos pero ahora no lo se. A quien le importa ahora si soy bueno con las ametralladoras. Un buen tirador, que pueda cambiar la munición y disparar a la vez. ¿Que uso tiene eso para alguien?”*.

Con eso resalta otro factor importante. La mayoría tenía poca o ninguna experiencia laboral, al haber sido conscriptos a los 18 años tras el instituto, y su formación se había limitado al entrenamiento militar. Algunos como Sasha iniciaron estudios tras la guerra, pero muchos no tuvieron acceso a ellos y la limitación de los beneficios dificultó la adquisición de empleos, en especial cuando en el sistema de méritos tenían preferencia los trabajadores con mayor historial de experiencia. Las grises expectativas de empleo y beneficios, junto con el impacto del trauma y el papel del militarismo en sus años de formación clave, les llevó a optar como vía de salida la educación paramilitar patriótica en escuelas, institutos o actividades extraescolares. En otros casos, la experiencia profesional militar y la incapacidad de reinsertarse les llevó a reengancharse al ejército o actividades ligadas con las fuerzas de seguridad, especialmente cuando la necesidad de tropa profesional en el contexto de movilización social y disturbios durante la fragmentación de la URSS les ofreció una amplia oferta laboral

De nuevo, respecto a los minusválidos de guerra, la conciencia y modelo social soviético no tenía una política inclusiva al respecto, y esto se tornó una problemática social cuando al fin de la guerra existieran cerca de 372.700 *afgantsy* afectados por minusvalía en toda la Unión Soviética, con 167.000 de ellos solo en Rusia<sup>392</sup>. Pero el problema en cuestión iba más allá, pues es necesario conocer la definición que el sistema socialista soviético tenía sobre el término minusvalía. En esencia, se asumía que cualquier persona minusválida era considerada no apta para trabajar, por tanto, no podía producir y se tornaba un elemento marginado y parásito del sistema. Esta definición además no solo incluía a personas afectadas por movilidad reducida, también a personas con problemas psiquiátricos o psicológicos. De ese modo, tanto veteranos de Afganistán con minusvalía

391 GROSS, N.: “Youth and the Army in the USSR in the 1980s”; *Soviet Studies*, Vol. 42, No. 3 (Jul., 1990); p.483

392 DUNN, E.: “Disabled russian war veterans: surviving the collapse of the soviet union”, *Disabled Veterans in History* (2012); p.262

como soldados con síntomas de estrés postraumático o problemas derivados eran calificados con el grado de invalidez. Aquellos con síntomas severos de estrés postraumático como depresión recibían la categoría II de invalidez. En el caso de los minusválidos físicos de guerra, clasificados con la invalidez de categoría I, recibieron un trato de mayor discriminación. Tanto minusválidos de categoría I y II debían de obtener, según el decreto promulgado en 1988, prioridad de ayuda médica y acceso a domicilio, transporte público gratuito y ayudas económicas en materia de educación y reformas para el domicilio para suprimir barreras arquitectónicas. Junto a esto, recibirían una pensión mensual de 38,86 rublos, que para los de categoría I se ampliaba con derechos a prótesis o sillas de ruedas gratuitas, vehículos adaptados y un extra de 400 rublos<sup>393</sup>.

La realidad fue que la corrupción, la inmensa burocracia del estado soviético y la indiferencia generalizada hacia los veteranos internacionalistas hizo que dicho decreto no llegara a cumplirse. En el caso de los *afgantsy* clasificados con invalidez de categoría II, las pensiones eran insuficientes para llevar un vida normal, teniendo en cuenta que no se les considera aptos para trabajar, y su grado de preferencia tampoco les permitía acceder a domicilios. En el caso de los de categoría I, en su mayoría fueron segregados a sanatorios aislados en áreas rurales conocidos como “casas de minusválidos”, o recludos en sus domicilios ya que los apartamentos soviéticos carecían de adaptaciones de movilidad como ascensores o rampas. A la vez, la lista y los trámites para conseguir vehículos adaptados eran interminables, y la escasez de prótesis y sillas de ruedas debido a las pocas fábricas dedicadas a su elaboración hizo que los veteranos dependieran de donaciones o fabricación propia.

La situación de marginación para los veteranos de invalidez de categoría I no se limitaba solo a los *afgantsy*. El sistema sanitario soviético arrastraba dicho problema desde la Segunda Guerra Mundial, donde los pensionistas de la Gran Guerra Patriótica, a pesar haber sido premiados con las pensiones mas elevadas y la máxima prioridad en las listas de espera, vivían en el límite de la pobreza. Estos debían recibir múltiples ayudas por motivo de su servicio junto con otras facilidades, desde pensiones a vehículos, red telefónica gratuita, transporte público gratuito, entre otros. No obstante, dicha gestión de los beneficios de excombatientes se realizaba de manera local, variando notablemente dependiendo de la zona, en especial en áreas rurales, y su demora podía alargarse años, incluso décadas. A eso cabe añadir el concepto meritocrático para la adjudicación de los beneficios y la relación que existía entre el veterano y el Partido para declararlo merecedor de dichas ayudas.

Fue tras la Segunda Guerra Mundial cuando el régimen estalinista creó las casas de minusválidos, donde encerrar a los veteranos que habían sido mutilados o arrastraban severos

---

393 GALLEOTTI, M.: *Afganistan. The Soviet Union's Last War* (1995); p.75

trastornos, con tal de ocultar el problema y no manchar el discurso social victorioso de la guerra. Hospitales militares como el de Vaalam, cerca de Leningrado, se convirtieron en centros donde en esencia se dejaba a los excombatientes abandonados a la espera de su muerte. A pesar de los avances en técnicas de psiquiatría que se produjeron tras la Segunda Guerra Mundial en la Unión Soviética, las heridas psicológicas y sus exponentes físicos de la *Kontuziia* (Trauma) no cambiaron en su percepción dentro de la psicología militar. Los efectos del estrés por la sobreexposición al combate eran síntomas asociadas a un individuo débil, ajeno al colectivo militar y los ideales de fortaleza y resistencia masculina del ejército. A finales de la década de los 80, cuando tras los estudios psiquiátricos estadounidenses en veteranos de Vietnam redefinieron el trauma bajo la formulación de estrés postraumático, los avances no habían cambiado en gran medida en la URSS. En cambio, las acciones políticas en materia de mejoras sanitarias del Ministerio de asuntos sociales se centraron en campañas de propaganda o modernización arquitectónica de Hospitales militares para crear una imagen de eficiencia, pero que no se tradujeron en mayores presupuestos ni cobertura de sus pacientes. Construirían de manera reforzada una imagen del trauma bélico asociada totalmente al individuo, tanto en la culpabilización como en su tratamiento

Precisamente, fue en materia de cobertura de necesidades materiales como de ayuda psicológica donde tuvieron un papel muy importante las organizaciones locales de veteranos y sus contactos con grupos de veteranos estadounidenses de Vietnam. Soviéticos y estadounidenses mantendrían un fluido contacto, primero mediante los prisioneros de guerra liberados por organismos internacionales llevados a EE.UU., y después a través de tours donde veteranos soviéticos viajaban a Estados Unidos en colaboraciones con grupos de trabajo conjunto de psicólogos y veteranos de Vietnam. Organizaciones de Veteranos de Vietnam también se pondrían en contacto con *afgantsy* mediante donaciones de material necesario para exsoldados afectados de minusvalía y terapias conjuntas donde enseñaban la creación de espacios y métodos para el tratamiento psicológico del trauma.

## 2.6.- "El Síndrome afgano": Trauma e identidad cultural *afgantsy*

En ese marco, aunque resulta difícil establecer los parámetros de la subcultura del veterano *afgantsy* de forma homogénea y monolítica, si podemos confirmar que se construye una ideología de colectivo alrededor de unos elementos y símbolos comunes. En este caso, retomamos la idea de "comunidad interpretativa", donde los mismos símbolos, experiencias y contextos pueden ser

empleados en diferentes definiciones o interpretaciones. En cualquier caso, podríamos definir la construcción de la subcultura del veterano alrededor de sus símbolos, su organización social ligada a la reinserción y su discurso de conmemoración del trauma a través de los monumentos a los caídos

Para empezar, ante la desmovilización, las dificultades materiales de reajuste y el contraste ante la ideología social de la guerra se encontraron con una de las grandes contradicciones: la definición del combatiente y su lugar en la sociedad soviética, elemento que se reflejó en el sistema de asistencia social y en la brecha entre el contrato social militar entre estado y sociedad, junto con el trauma y su asimilación dentro de la sociedad soviética. No fue hasta la ley de 1995 “Sobre Veteranos” cuando se les dio el estatus oficial de veteranos de guerra, aunque a nivel legislativo Afganistán continuaba sin ser calificada como guerra. Por un lado, los conscriptos desempeñaron una labor militar, la cual bajo unos ideales basados en una idea de “internacionalismo” artificial no solucionaron la reconciliación moral entre el servicio y el trauma, del mismo modo que tampoco ofreció una recepción efectiva en el público soviético. El desconocimiento de la guerra y el escaso tratamiento a los desórdenes de estrés postraumático, los relatos de la prensa liberal y la crisis de las fuerzas armadas habían construido una imagen propia del veterano *afgantsy* como psicópatas o niños violentados. Se hizo difícil reconciliar un servicio en una guerra cuya moral permaneció siempre baja y donde los resultados no recompensaron ni facilitaron la reinserción.

Este tipo de contradicción presente acabó recogiendo el reflejo de esa brecha en la relación cívicomilitar, que se reflejó en muchas de las manifestaciones culturales realizadas por los *afgantsy* como la narrativa, la guitarra poética o la fotografía. En su relato “*Retorno a Kandahar*”, el veterano y novelista Oleg Ermakov escribió sobre esa contradicción expresando la pérdida de la inocencia en el frente y el trauma que carga, representado por el ataúd de zinc de un compañero caído que acompaña de vuelta a casa. Lo que debería significar el paso a la madurez expresado en forma de guerra y trauma, produce en el protagonista un sentimiento de desazón y tristeza que no puede ubicar en su entorno. Describe a su amigo muerto como “*un ángel con ametralladora*”, un chico inocente pero que murió sufriendo el estigma de la guerra. Esa dificultad de rehubicarse dentro de la sociedad, sin saber definirse, le hace declinar la idea de la existencia de una “hermandad *afgantsy*”, denominándola de forma peyorativa como “hermandad sucia”: “*Hermanos sucios, nunca fueron pacifistas, simplemente no querían ser soldados apasionados. Como si esto fuera posible*”. El relato acaba insistiendo en la idea del trauma y la pérdida de la inocencia infantil: “*Los niños son el mejor contingente para cualquier evento peligroso del estado*”. Sin embargo no se reconoce como soldado ni como participante en una guerra, tampoco sigue siendo un niño, ni sabe en que creer, tan solo siente alienación y una necesidad de canalizarla a través de la literatura:

“*Ahora todo esta claro para mí. Y no creo en nada, especialmente en mí mismo*”<sup>394</sup>.

Esa misma contradicción entre trauma, reconocimiento, inocencia truncada y desmoralización se describió en un fenómeno característico que tuvo lugar entre la tropa en Afganistán y que se trasladó con bastante éxito a la sociedad: la guitarra poética de cuartel y los bardos de guerra. La guitarra poética, género musical folk representado por Vladimir Vyssotsky y su lenguaje callejero cotidiano, juntamente con la música rock soviética en auge a partir de los 60, consiguieron captar las mentes desmoralizadas de los soldados en servicio e identificarse con sus letras. Con canciones como “*La canción de Serezkha Fomin*”, Vyssotsky reconstruía al héroe de guerra de la mitología soviética como un soldado descontento, cansado y frustrado: “*Estoy derramando mi sangre por tí, patria/ Pero del mismo modo mi corazón está lleno de pena/ Estoy sangrando por Serezkha Fomin /Y el solo se sienta allí sin darle importancia al mundo*”.

También fue de gran influencia el cantautor de folk-rock Aleksandr Rozenbaum. Como Vyssotsky, su combinación de guitarra de siete cuerdas con poesía propia del folk ruso, junto con el lenguaje y las temáticas criminales e irónicas, tendrían mucho éxito entre la juventud urbana. Rozenbaum combinó estas canciones con otras de temática propia del romance ruso, mezclando a gangsters de ciudad con cosacos del Don o soldados de la Gran Guerra Patriótica. Pero también fue uno de los primeros en componer canciones sobre el conflicto soviético afgano como “*V gorakh Afganistana*” (En las montañas de Afganistán, del álbum *Narisuyte mne dom*, 1986), llegando a viajar a Afganistán durante 6 meses para tocar ante las tropas. Tras esa experiencia, Rozenbaum lanzó el álbum *Doroga dlinoyu v zhizn* (El camino de la larga vida, 1988), dedicado exclusivamente a los soldados destinados en Afganistán. En este último se incluyeron canciones como “*Chornyy tyul'pan*” (Tulipán negro), tema referente al nombre popular dado por la tropa a los aviones Antonov An-12 del Ejército soviético empleados para retornar los ataúdes con los cuerpos de soldados muertos en combate: “*En Afganistán, en el tulipán negro / Con un vaso de vodka, volamos silenciosamente sobre la tierra/ Cruzando la frontera / el triste pájaro carga nuestros hermanos a casa / a las luces del verano ruso*”<sup>395</sup>.

Otras canciones como “*Karavan*” (Convoy) describían temas aun tabú en la sociedad soviética como la dificultad de reinserción y el trauma psicológico de los primeros veteranos retornados a casa. Pero también incluyó la idea de un vínculo de camaradería entre veteranos unidos por la experiencia, la dificultad de reinserción y el sentimiento de culpabilidad, observada por Rozenbaum tras su contacto con los soldados: *Nunca te acostumbras a la vida civil / Allí [Afganistán] queda claro quien es amigo o enemigo / Pero aquí es difícil ver el alma de la gente a*

394 ERMAKOV, O.: “Vozvrashcheniye v Kandagar”, *Novyy Mir*, No 2 (2004)

395 ROZENBAUM, A.: “Chornyy tyul'pan”, *Doroga dlinoyu v zhizn* (1988)

*través de la niebla / Y es una lástima que tu amigo esté aquí / Fue llevado por el convoy, para su bien [...] Nunca te acostumbras a no tener en tu hombro el peso de tu Aka / A que la carretera no este minada / No hay una hermandad espiritual / Pero en algún lugar tras mis huellas / Alguien se adentra en el convoy*<sup>396</sup>

Mas de una década después, la temática *afgantsy* estaría aun presente en su producción musical, convirtiéndolo a Rozenbaum en un cantante abanderado de la memoria del conflicto afgano. Aunque las canciones siguieron la misma tónica, destacaron composiciones como “*My Vernemysya*” (Volveremos), canción dedicada al tópico del prisionero/desaparecido de guerra, que hasta hoy en día sigue siendo un tema controvertido tanto a nivel de organizaciones de excombatientes *afgantsy* como en política. Mientras en muchos sectores se sigue asumiendo al prisionero de guerra como un desertor/traidor a los compañeros de armas, bajo la presunción anteriormente citada que los prisioneros de guerra solo sobrevivían tras desertar y convertirse al islam, Rozenbaum dedicó un tema donde intenta reescribir la imagen del prisionero de guerra como un soldado leal que no se rinde y aguarda a ser rescatado: *No tan rápido, no lloren por aquellos que no encontraron en las bellas montañas / Entre las enormes y profundas paredes / Donde estás rodeado de toneladas de enemigos / No tan rápido, no nos enterréis aun / Volveremos a nuestro país / ¿Pero a quien culparemos si hemos estado en cautividad desde hace 3 años?*<sup>397</sup>

Por otro lado, los 80 trajeron la construcción y expansión de la contracultura del rock ruso y la gran influencia de la música rock y pop occidental, que gozó de gran popularidad entre la tropa, especialmente con grupos como ABBA, Queen o T-Rex. Aunque definida a sí misma como poesía apolítica, centrada en expresar y canalizar el estancamiento del mundo juvenil soviético, ciertas canciones del rock ruso de mediados de los 80 empezaron a incluir la temática de la guerra. Grupos como *Kino* y su líder Viktor Tsoi dedicarían el álbum “*Gruppa Krovi*” de 1988 a dicha temática, con canciones como el éxito homónimo o “*Voyna*” (Guerra). “*Gruppa Krovi*” (Grupo Sanguíneo) se convirtió en un gran éxito, recreando la desmoralización de la tropa destinada en Afganistán: “*Y hay suficiente para pagar/ pero no quiero victoria a cualquier coste. / No quiero poner mi pierna en el pecho de nadie. / Me hubiera gustado quedarme contigo / Solo quedarme contigo, / Pero la Alta Estrella en el cielo me está llamando*”.

Tanto la guitarra poética de Vissotsky como las letras de cantantes de rock ruso como Tsoi acabarían siendo adoptadas por la propia tropa en Afganistán, dando lugar a la tradición de los “bardos de guerra” o “canciones de cuartel”. Combinando la tradición folclórica de guitarra y la

396 ROZENBAUM, A.: “*Karavan*”, *Doroga dlinoyu v zhizn* (1988)

397 ROZENBAUM, A.: “*My VernemysyaKaravan*”, *Nastoyashchiy soldat* (2001)

lirica eslava con la nueva tendencia del rock ruso, soldados empezaron a componer canciones con guitarras acústicas baratas que después eran grabadas de manera casera con el equipo militar. No eran canciones heroicas al uso aunque intentaban transmitir cierto patriotismo y afirmar la legitimidad de la causa. Pero en general eran canciones que reproducían el cansancio, la añoranza del hogar, melancolía y la desmoralización de la tropa. Muchas de estas canciones tendrían gran transcendencia en el mundo civil, cuando los veteranos desmovilizados las trajeran de vuelta a casa grabadas de forma rudimentaria a través de magnetófonos del ejército. Parte de la tradición lírica de la guitarra poética *afgantsy* y la música de cuartel quedó representada por Aleksander Ivanovich Stovba, teniente de pelotón de la 66ª División de fusileros motorizados, caído en combate en marzo de 1980 a los 22 años de edad tras cubrir la retirada de su unidad. Stovba, ucraniano de familia obrera industrial y miembro del *Komsomol*, fue galardonado postumamente con la medalla de Héroe de la Unión Soviética y la Orden de Lenin por sus acciones, lo que permitió que sus poemas y canciones salieran a la luz y tomaran cierta popularidad. Sus poemarios *Pesnya grozy sil'ney* (La canción de la tormenta es más fuerte), *Zemlya rozhdayetsya v ogne* (La Tierra nace en el fuego) y *Za tebya – v ataku!* (Para ti – ¡Ataca!), recopilados por los familiares de Stovba y que le valieron la entrada en la Unión de Escritores de la URSS y el Premio Lenin Komsomol, puso las bases del estilo, la lírica y la temática de las canciones *afgantsy*. Siendo Stovba teniente, la tradición de combinar la música rock rusa con la lírica y la guitarra rusa se popularizó primero entre oficiales y suboficiales de cuerpos de infantería de élite como los paracaidistas, los cuales recibieron el apodo de bardos de guerra. Estos bardos compondrían dichas canciones y realizaban recitales en clubes de oficiales y cuarteles, hasta extenderse como tendencia entre la tropa a modo de reconciliar la depresión, el estrés y el trauma, haciendo también que muchas de las canciones quedaran anónimas o tuvieran múltiples variaciones. Stovba y el resto de reconocidos oficiales bardos de guerra como Igor Morozov, Viktor Kutsenko o Yuri Kirsanov no incluyeron aspectos nuevos en sus poemas, pues su literatura y composiciones se basaban principalmente en una combinación de estilos y temas de cantautores como Vyssotsky y Rozembaum, a la vez que en la literatura realista soviética y los romances rusos. Algunas de las canciones podían ser incluso reescrituras de canciones populares compuestas durante la Segunda Guerra Mundial o anteriores a la Revolución, como la popular “*Afgahanskaya*”, también conocida como “*Vspomnim, druz'ya, Afganistan*” (Recordemos, amigos, Afganistán) convertida en himno de los *afgantsy*, la cual era una adaptación de “*Pust Dni Prohodyat*” (Que pasen los días), tema que narra la conquista del Cáucaso y la toma del Elbrus en 1943, y que fue adaptada en período de posguerra como una canción de temática alpinista titulada *Baksanskaya*: “*La lucha tronaba en los alrededores de Kabul / La noche brillaba con destellos del*

*fuego/ No nos han roto, no nos han doblado / Los hombres son mas fuertes que la armadura*”<sup>398</sup>.

Hicieron así un traslado de estas melodías y escritos al contexto de Afganistán como respuesta a la decaída moral palpable en sus unidades y la falta de conexión que las viejas canciones militares generaban entre la tropa. Así reescribieron aspectos tópicos como el heroísmo, patriotismo y el sacrificio del combate, junto con la nostalgia del hogar, el sentimiento de culpa por los caídos, la idea de la muerte, el cambio y el eterno retorno, que contextualizarían además con aspectos novedosos como la inclusión experimental de sonidos ambientales: emisiones de radio, coordenadas de pilotos, maquinaria blindada o ruidos de combate. Características que no solo hicieron a estas canciones tremendamente populares entre la tropa que empezó a imitarlas en bases y cuarteles, sino que también cantautores como Rozembaum aplicaron a sus discos. Esa combinación de nostalgia, evocación a la muerte y heroísmo quedaron muy palpables en composiciones como “*Yesli pevets molchit*” (Si el cantante calla) de Stovba, canción que además insistía en evocar la idea de una hermandad de guerreros o fraternidad de combate: “*Si el cantante deja de hablar / La canción será recogida por los amigos / Llama de los corazones calientes / No se puede matar a la muerte*”

De forma propia, grupos de veteranos *afgantsy* editaron muchas de estas canciones y publicaron pequeños libros y panfletos como un modo de promover una memoria y expresar el trauma por partida doble, ya que muchos de estos libros eran empleados para recaudar fondos para construcción de monumentos a los caídos o crear cuentas de asistencia caritativa para excombatientes. Pero también lo hicieron como una reivindicación de la memoria del veterano de guerra, o al menos, de una memoria colectiva donde se enfatizara el sacrificio patriótico y se resaltara la importancia simbólica de la música y las composiciones *afgantsy* como reflejo del trauma y su experiencia colectiva. El mismo Stovba en su composición “*Si el cantante calla*” definía las canciones *afgantsy* como: “*la canción es mas fuerte que la tormenta / La canción es un líder espiritual / Reflexiones de viejas esperanzas / Los pensamientos nacidos del dolor / La canción es mas necesaria que la ropa / En la canción hay libertad de significado*”.<sup>399</sup>

Así, en diversos lugares como en la ciudad de Luganks, Ucrania, los *afgantsy* locales editaron en 1990 el libro “*V etikh pesnyakh yest' dusha*” (Estas canciones tienen alma). Libros autoeditados como este vendidos para recaudar fondos para los veteranos, expresaban de modo similar la importancia de la música como canalizadora y válvula de escape ante el estrés y la depresión durante la guerra. Los veteranos de Luganks definieron así su música: “*La poesía es la fiel compañera de los soldados. Sin ella, los cortos momentos de descanso, los entrenamientos de*

398 *Vremya vybralo nas. Pesni, rozhdenyye v Afganistane*, Moscú (1988); p.7

399 “*Yesli pevets molchit*”, *Afganskiy veter* (1989) p.6

*combate y todo lo que llamamos vida militar, son impensables. Ella era comandante y una madre amorosa, y enfermera, y un juez estricto. La canción apoyaba en los momentos mas severos de prueba, amortiguaba el dolor del alma, causaba una sonrisa irónica y feliz, una alegre risa, forzaba un replanteamiento de los ideales de la vida y encontraba un nuevo punto de referencia para el concepto. Patria, amor, hermandad, deber”<sup>400</sup>.*

Se observa a la vez como además de afianzar la música como símbolo *afgantsy*, se introdujeron muchos de los tópicos que después estarán presentes en el discurso de la memoria colectiva *afgantsy*: patria, hermandad, deber, nostalgia del hogar y la familia, la pérdida de la juventud o la evocación a la muerte. En otras canciones, como la titulada “*Pokoleniye*” (Generación) compuesta por el veterano Oleg Baranov e incluida en dicho poemario, se insistía en otros aspectos, pero desde la perspectiva de la contradicción entre trauma y la marginación del discurso civil de la guerra: “*Aquí no hay aire para respirar, y el agua es como el premio/ Pero los nervios crujen. Y se atascó el obturador / Los disparos están aquí y allá. El infierno tiene nombre / Afganistán – es la muerte y siniestro campo. / Pero allí en la vida civil hay opinión / (Yo lo se por las cartas de mis amigos ) / Que aquí no hay guerra, solo lecciones / .¿Para que comparar a los abuelos con esos chicos ?*”<sup>401</sup>.

Estas publicaciones realizadas en ámbito local o provincial por los colectivos de excombatientes de Afganistán también emplearon los poemarios y la música *afgantsy* como un modo de afianzar su subcultura entendida en términos de memoria colectiva, en contraposición a la criminalización del trauma, la marginación política y la ausencia de reconocimiento social. Muchas de estas canciones fueron publicadas deliberadamente con un vocabulario juvenil, sencillo o poco poético, manteniendo un sentido de *samodeyatelniye* o canciones populares, y que trataron de dar cuerpo cultural y simbólico a una idea de “hermandad *afgantsy*”. En publicaciones y ediciones como estas se insiste en estos valores de camaradería y lazos producidos por el combate, en contraposición a los abusos y la marginación entre soldados, dando un sentido simbólico de pertenencia a un colectivo o círculos de soporte mutuo. Por ello muchas de estas canciones o textos publicados usaban términos propios que los identificaba como combatientes de un contexto y un lugar concreto. Términos como *voin* (guerrero) para referirse a los *afgantsy* en lugar de *soldat* (soldado) ante la negativa de reconocimiento gubernamental, o la alusión frecuente a símbolo como la “estrella roja” o la “estrella afgana” en representación del concepto de combatiente del contingente internacionalista y que evoca tanto a los soldados caídos como al trauma derivado de servir en Afganistán: “*A los queridos amigos de la guerra / Los que quedan y los que no están /*

400 VV.AA: *V etikh pesnyakh yest' dusha* (1990), p.3

401 BARANOV, O. “*Pokoleniye*”, *V etikh pesnyakh yest' dusha* (1990), p.11

*Aquí nos esperan los cambios / Pero no se apaga la luz de las estrellas afganas*<sup>402</sup>.

También mediante estas canciones insisten en situar la *hermandad afgantsy* dentro de un espacio subcultural concreto, donde se introducen su carácter aun juvenil con el desarrollo de una masculinidad concreta derivada del combate y el trauma. Por ello enfatizaron elementos representativos de la cultura juvenil como la imagen del joven soldado con la guitarra propia de la contracultura rusa, que contrasta con una madurez rápida en un contexto de guerra. En la canción titulada “*Sbetegite Gitaru*” (Salvad la guitarra) el instrumento acaba por representar la juventud, la cual se niega a ser abandonada a pesar de los cambios que el combate produce en ella: “*La guitarra ahora cuelga huérfana de un clavo en una taquilla de nuestra base. / El dueño ya no será el mismo / La canción no será la misma / Y la galería de los barracones están vacías. / Solo tenemos una vida, y no tomaremos una segunda / Pero alguien deber proteger al vecindario de la bala del combate / Alguien debe hacerlo / Si es necesario me casaré con la muerte en tierra afgana / Repito las palabras de Alyosha: Chicos, salvad la guitarra*”<sup>403</sup>.

Por otra parte, esa masculinidad ligada a la hermandad *afgantsy* quedó estrechamente asociada con las unidades de élite como los paracaidistas o las tropas mecanizadas, es decir, aquellas que experimentaron mas exposición al combate. En la canción “*Krylataya pekhota*” (Infantería alada) se describe así este ideal: *Los hombres reales sirven en la brigada paracaidista / No por nada lo dice la gente [...] / Las boinas son azules, los colores del cielo, mano firme y mente fría / Conocemos el precio de la paz y el precio del pan / no sin razón somos tropas aerotransportadas / De nuevo el avión despega hacia el cielo y la tierra se hace pequeña para nosotros / La infantería alada se dirige al combate nocturno /recogiendo las estrellas en paracaídas.*<sup>404</sup>

El éxito de estas canciones de cuartel y la popularidad de algunos de sus autores veteranos condujo a que se hicieran bandas de rock *afgantsy*, siguiendo está tendencia de creciente éxito comercial, de extrema popularidad de la contracultura rock rusa y la necesidad de visibilizar al soldado en el mundo civil. Una de los mas populares fue *Golubye Berety* (Boinas Azules), un grupo de rock formado por veteranos *afgantsy* del cuerpo de paracaidistas en 1985. A estos les seguirían otras bandas *afgantsy* como *Kaskad*, que hicieron populares éxitos como “*Pust' dni prokhodyat*” (Deja pasar los días), “*My ukhodim*” (Nos vamos) y “*Vspomnim, tovarishch, my Afganistan*” (Recordemos camaradas, nosotros somos Afganistán); o el grupo “*Rebyata s nashego dvora*” (Chicos de nuestro patio) que compuso la canción “*Tol'ko ne govori mame, ya nakhozhus' na afgane*” (No le digas a mi madre que estoy en Afganistán) . Estos grupos reflejaban un actitud desmoralizadora ante la guerra contrastada con el patriotismo, a la vez que reivindicaban su

402 *Vremya vybralo nas. Pesni, rozhdenyye v Afganistane* , Moscú (1988), p.10

403 “*Sbetegite Gitaru*“, *Afganskiy veter* (1989) p.27

404 “*Krylataya pekhota*“, *Afganskiy veter* (1989) p.28

sacrificio ante una difícil reinserción y la dicotomía entre su realidad postraumática con la añoranza de su vida anterior. También ponían al frente los elementos culturales simbólicos más visibles de la cultura del veterano: letras que narran una memoria colectiva, vestimenta y parafernalia militar. Todos los grupos de rock *afgantsy* se caracterizaban por llevar sus uniformes, medallas, gorras militares o boinas azules de la infantería paracaidista, piezas comunes en los rituales funerarios cuando se enterraba a un compañero caído, que a su vez se combinan para remarcar la identidad propia de veterano de guerra. La vestimenta de infantería, normalmente de tropas de élite para remarcar su experiencia activa, acompañaba a letras donde se describían escenarios, espacios o lugares concretos entre los que circulan las emociones y consecuencias traumáticas. Algunas canciones hablaban del tedio o la desazón, la añoranza del hogar o hacia la siempre presente figura de la madre soviética. En otras se describían combates, situaciones bélicas con detalle al material y armamento, y el ideal de hermandad de combate que surgía de dicho contexto, donde se alinean las emociones y experiencias de la guerra ajenas al mundo civil.

Pronto el gobierno de Gorbachov vio un potencial político en el rock *afgantsy*. En lugar de continuar con las políticas de censura de la música rock, llegó a la conclusión que era mucho más práctico intentar cooptar a esos grupos y ponerlos bajo la órbita de la *Melodiya*, la compañía estatal de producción musical, observando que era más fácil y útil atraerlos para su campaña de apoyo patriótico hacia Afganistán que reprimirlos. De hecho, Gorbachov vio como herramienta publicitar esa música rock *afgantsy* como modo de fomentar valores soviéticos entre la juventud en contra de los productos y la música rock occidental de alta popularidad. Con ello, en 1988 se organizó el festival '*Kogda poyut soldaty* (Cuando cantan los soldados)'), auspiciado por el gobierno y donde grupos como *Golubye Berety* tocaron en un escenario rodeados de parafernalia patriótica y blindados militares.

Más tarde durante los 90 y la nueva situación del veterano, cuando se intentó fomentar un nuevo discurso patriótico nacionalista ruso mezclando elementos del militarismo y el monumentalismo soviético, surgieron grupos como *Kontingent*, que recogerían los tópicos *afgantsy* tocando canciones de *Golubye Berety* y *Kaskad*, imitando también el mismo estilo música y vestimenta, con uniformes militares y el sombrero panamá de campaña soviético empleado en Afganistán. *Kontingent* nació en 1987 en la ciudad de Orenburgo a raíz del primer encuentro del Consejo de soldados veteranos internacionalistas en esa misma ciudad. Formado originalmente por los *afgantsy* recién desmovilizados Oleg Sinenok y Petr Naumov junto a otros músicos de la Academia musical de Orenburgo, el grupo alcanzó la fama a inicios de los 90 en Moscú tras el primer Festival de canciones de Soldados de Rusia y el lanzamiento de su primer álbum "*Yuzhnyy Krest*" (Cruz del Sur, 1990) en colaboración con *Kaskad*. En este disco lanzaron su primer gran

éxito propio, el tema “*Kukushka*” (término referido al tópico tradicional de la madre rusa en busca o a la espera del retorno de su hijo soldado), canción donde se evocan los tópicos de la añoranza del hogar, que a pesar de estar presente en la mente del soldado, queda atrás en pos del patriotismo y el deber del soldado: “*Entonces cuco tómate tu tiempo / Dame la parte de otra persona / El soldado tiene la eternidad por delante / No la confundas con la vejez*”<sup>405</sup>.

Su éxito, a pesar de las tribulaciones derivadas de la crisis soviética, le dio popularidad entre los sectores nacionalistas, formando parte del pilar del nuevo nacionalismo ruso creando centros juveniles para la formación patriótica militarista en la década de los 90. A su vez, parte de sus ingresos cosechados iban destinados a fondos de ayuda social a veteranos de guerra de Afganistán, práctica común que llevaron a cabo otros colectivos ligados a los *afgantsy*

La influencia de los grupos *afgantsy* y sus canciones no se limitó a los grupos de veteranos. Cantantes pop de popularidad empezaron a interpretar temas de los bardos *afgantsy* o canciones con letras y temáticas similares. Unos años después de la retirada de las tropas, con la desaparición de la URSS y la llegada del capitalismo neoliberal a Rusia durante el mandato de Yeltsin, los veteranos *afgantsy* y su música eran aun un tema llamativo, en un momento donde resurge con fuerza el nacionalismo y el reconocimiento político de los excombatientes *afgantsy*. Músicos de la esfera comercial como el cantante de pop Mikhail Muromov, famoso en la década de los 70 y 80, editó en 1994 el álbum *Afganistan*, donde interpretó una recopilación de canciones *afgantsy*, posando él mismo como un soldado en la portada con la tradicional camiseta interior a rallas blancas y azules del ejército soviético.

El intento de redirigir el impacto del veterano *afganets* dentro de la opinión pública y su modelado como imagen de nacionalismo y compromiso con el estado no vino solo desde la esfera del Partido. Del mismo modo que fenómenos como la música rock impregnó a la tropa y llevó a los *afgantsy* a los escenarios de *Melodiya*, miembros de la *samizdat* (intelectualidad clandestina u opuesta al Partido) y la prensa alternativa trataron de hacer una reescritura de Afganistán y sus combatientes. Si los textos de Bokharov y Alexievich describían un conflicto sin salida similar al Vietnam estadounidense, emulando las drogas y la violencia como los relatos de Kerr y recreando escenas salvajes como Coppola hiciera con Konrad y *Apocalypse Now*, otros periodistas y autores cercanos a nuevos círculos de la incipiente nueva extrema derecha hicieron justo lo contrario. En esa óptica, el novelista, poeta, periodista y editor Aleksandr Prokhanov puso las bases del revisionismo del conflicto afgano a través de su literatura. Prokhanov, quien en su trabajo como periodista trabajó como corresponsal en Afganistán para *Literaturnaya Gazeta*, escribió una serie de novelas ambientadas en Afganistán, convirtiéndose en una de sus sagas mas extensas y una de las

---

405 Kontingent: “*Kukushka*”, *Yuzhnyy Krest* (1990)

temáticas mas recurrentes dentro de su obra. La primera de esta serie de novelas sobre Afganistán, titulada *Derevo v tsentre Kabula* (Un árbol en el centro de Kabul, 1982), recreaba varios aspectos de la revolución, los enfrentamientos políticos, la guerra y las reformas en Afganistán a través de su protagonista, el corresponsal soviético Volkov, alter ego de Prokhanov. Esta novela dio paso a una serie de relatos centrados en Afganistán en las que Prokhanov realizaba una nueva lectura de la guerra y el país que giraba alrededor del misticismo ancestral y la escatología ortodoxa eslava. Sus relatos tenían en común la intención del autor de dar sentido a la presencia rusa en territorio afgano, estableciendo un vínculo de raíces culturales y místicas ancestrales entre ambas culturas, recreando imágenes que emulaban relatos exóticos de autores orientalistas como Kipling e intentan recuperar un concepto nostálgico del guerrero en contraposición a una realidad decadente marcada por la política soviética y la crisis del régimen. Así lo hizo con sus segunda novela de temática afgana, *Risunki batalista* (Dibujos de un batallista, 1986), donde un pintor de una editorial es enviado a recrear en pinturas a soldados y escenas de combate en Afganistán, a la vez que trata de ir en busca de su hijo, recluta destinado al frente. Pero sería en sus siguientes relatos donde Prokhanov trabajó mas a fondo el sujeto del combatiente como elemento simbólico e ideológico que recogía todas las características del tradicionalismo eslavo, el misticismo ortodoxo y el ideal del guerrero ancestral. Su novela *600 let posle bitvy* (600 años después de la batalla, 1988), aun estar centrada en otro escenario, sitúa Afganistán como gran telón de fondo. Ambientada durante la Perestroika en la construcción de una central nuclear en una aldea rusa llamada Brody tras el desastre de Chernobyl, Prokhanov introdujo la dicotomía propia de la escatología ortodoxa de lucha entre el bien y el mal, entre tradicionalismo y decadencia industrial. Esto lo hace a través de su personaje protagonista Fotiev, veterano de Chernobyl el cual acude al lugar de la construcción con tal de promover su proyecto de gestión “Vector” o “edades del triunfo”, una idea abstracta con la cual no solo pretende evitar un nuevo desastre nuclear sino aplicarlo de manera social para retornar al pueblo ruso a los valores de la tradición y la espiritualidad contra la manipulación, la desigualdad, la corrupción y la destrucción industrial del ideal comunitario rural eslavo. Ese mal destructor de la tradición viene representado por el burócrata Gornostaev, ejemplo de la corrupción y la decadencia industrial. Tofiev, tras convencer a diversos personajes que Brody y su iglesia fueron el epicentro de múltiples eventos de la historia del pueblo ruso desde épocas ancestrales, donde míticos guerreros ortodoxos lucharon contra una horda desconocida, reunirá alrededor suyo a individuos que representan diferentes aspectos de la nueva sociedad espiritual que el promete: *“La teoría que permitirá la construcción de muchas comunidades creativas grandes y pequeñas. Todas ellas, recolectadas y lanzadas, cada uno en su lugar, en su propio nivel, en su órbita, se incorporan a los sistemas, en última instancia, a una vida enorme, viva y que respira, todos ellas están diseñadas para aumentar*

*la energía social de la creatividad, la salud, el bien el poder y la lucha por el conocimiento. Solo así, sanados e iluminados, llenos de profundidad y bondad, habiendo establecido innumerables conexiones, no opresivas sino creativas entre sí, con la naturaleza, con el pasado y el futuro, sólo así iremos al espacio”.* <sup>406</sup>

Uno de los personajes principales que se une a Tofiev es Mikhail Vagapov, veterano *afgantsy* que combatió en Panshjr y que trabaja en condiciones precarias como obrero en la construcción de la central. Vagapov encarna la marginación social hacia los *afgantsy* y el resentimiento de éstos hacia la política, la sociedad y un sistema en crisis. Vagapov es recreado como un joven veterano que, a pesar de su intención de integrarse al hacerse abstemio y casarse con la intención de formar una familia, no pueda hacerlo por la ausencia de políticas de reinserción, representadas en la novela por el trabajo y la imposibilidad de obtener una vivienda: “*¡Le morderé la garganta a mi jefe y conseguiré un apartamento para la familia! No por nada fui a las montañas durante dos años, me desgarré en los túneles, derramé mi sangre y la de los demás, para que mi esposa y mi hijo vivieran como mendigos, [...] ¿Por qué, dime, es tan difícil para nuestra gente vivir?*”<sup>407</sup>.

Prokhanov emplea a Vagapov y el resto de veteranos *afgantsy* como el ejemplo de guerreros ancestrales, la representación de una nueva generación de paladines conectados con el pasado místico por su experiencia y que se enfrenta a una nueva horda enemiga interna y externa que quiere eliminar el pasado tradicional. Por ejemplo, el personaje de Vagapov reclama así el papel que deben tener los *afgantsy* en la nueva sociedad de Tofiev: “*”Es importante eliminar a todos los ladrones, parásitos y plagas de la masa [...] Los tendría en cabañas, en albergues, cuarteles ¡en trabajos de hormigón! ¡Para que trabajen codo con codo con nosotros, con la clase trabajadora ¡Como nosotros! Para organizar guarderías, jardines de infancia, orfanatos. [...] Le daría una pala al jefe y le pondría un “aka” en la parte trasera de la cabeza y le diría “¡Corre bastardo, lo que has tirado yo lo he heredado! ¡Limpia el uranio de Chernobyl, los cadáveres de la minas, los muertos del tren! Mantenlo limpio!”.* Eso es lo que haría primero. Defendí las fronteras del sur de enemigos externos, perdí a mis camaradas en Afganistán. Y ahora protegeré de los enemigos internos. Esto es lo que me piden los chicos que no han vuelto de Afganistán. Vitka, Eremin, Luchenko, Erokhin, Ruslan, Sabirov. [...] Allí hemos cumplido con nuestro deber internacional y ahora lo cumpliremos aquí”<sup>408</sup>.

En definitiva a través de sus relatos acrílicos con el conflicto, patrióticos y militaristas, Prokhanov fue construyendo parte de su discurso político que lo caracterizará en el sector de la ultraderecha rusa en la década de los 90. El uso del tópico *afgantsy* como uno de los baluartes de

406 PROKHANOV, A: *600 let posle bitvy* (1989),p.235

407 PROKHANOV, A.: *Op.Cit.* (1989),p.133

408 PROKHANOV, A: *Op. Cit.*(1989),pp.134-135

esa lucha entre el “bien”, representada por una sociedad rusa rural, espiritual y tradicional, frente el “mal” de la corrupción burocrática soviética y el capitalismo liberal occidental, propio del discursos populista de la nueva ultraderecha rusa, será un recurso literario que el autor empleará de manera fija en el resto de sus novelas y relatos cortos hasta la actualidad. Es importante enfatizar en la construcción que hace del *afgantsy*, pues dista mucho de la imagen popular o de los relatos de autores *afgantsy* como Ermakov. Los soldados internacionalistas de Prokhanov son jóvenes, pero nunca adolescentes ni reclutas sin preparación. Siempre son oficiales intermedios de gran profesionalidad e ímpetu combativo combinado con una profundidad espiritual y nostalgia hacia un pasado tradicional. No son soldados que cuestionan su deber, sino que lo cumplen en pos de unos valores donde se combina camaradería, unidad, patriotismo y tradición. Valores que así reunía en sus relatos corto *Sedoy soldat* (Soldado canoso, 1985), *Musul'manskaya svad'ba* (Boda musulmana, 1989), *Kandagarskaya zastava* (Puesto avanzado en Kandahar, 1989), o en su posterior novela *Palace* (Palacio, 1995). En *Soldado canoso* se narra como el joven pero experimentado soldado Morozov sobrevive a una emboscada de los *basmachi* o “bandidos” afganos, siendo hecho prisionero por estos. Un periodista inglés que acompañaba a los rebeldes afganos ofrece salvar su vida y rebelarle el próximo ataque de los muyahidines si le da información sobre el Ejército Rojo. Por supuesto, Morozov se niega y protagoniza una épica huida hacia las líneas soviéticas, resaltando que no es salvaguardar su vida lo que le lleva a ello, sino los valores de camaradería y unidad hacia sus compañeros que van a ser emboscados: “Él, debilitado, golpeado, dispuesto a morir y desaparecer, llevaba en sí la vida de los demás. Si no llega y muere, morirán sus compañeros, el teniente coronel que lo acompañó. Tajik Saidov. Ermekov. El conductor del camión que llevó sus cartas al taxi prometiendo entregarlas al Sindicato. Él, Morozov, llevaba la vida de los demás”<sup>409</sup>.

Dicho acto le lleva a ser laureado y reconocido por sus compañeros, que le apodan “soldado canoso” ya que su retorno del combate adhirió el polvo afgano a su cabello y su cuerpo. De manera similar, en *Palacio* Prokhanov presentaba a Kalmykov, un veterano oficial *Spetsnaz* que es movilizado como parte del Batallón Musulmán a Kabul la víspera de la toma del palacio presidencial en Navidad de 1979. Si en *Soldado canoso* recrea los ideales de camaradería y hermandad, en *Palacio* reúne todas las características de oficialidad joven y profesional que el autor asocia con los *afgantsy*. A pesar de describir la guerra como un infortunio y criticar a altos oficiales y políticos como ineptos, a través de Kalmykov conecta la guerra con la espiritualidad, las culturas y las tradiciones ancestrales euroasiáticas representadas por el palacio presidencial que su unidad debe tomar, acto que relaciona con la conquista de Constantinopla y que no se llega a culminar debido a la destrucción y el espolio del palacio. Kalmykov y su unidad de soldados *afgantsy* reúne

---

409 PROKHANOV, A: “Sedoy soldat”, *Afgan. Luchshaya Proza o Devyatiletney Voyne* (2008), p.761

los valores de profesionalidad, espiritualidad y camaradería que Prokhanov busca recrear, definiéndola con el término “hermandad en armas” o “hermandad afgana” unidos por unas “*mismas palabras y sentimientos*” y “*el destino de una acción militar*”<sup>410</sup>.

Con estos relatos Prokhanov se convirtió en el autor más prolífico, laureado y reconocido de novelas sobre Afganistán. Muchos de sus galardonados relatos por la Unión de escritores rusos le dieron el monopolio sobre la lectura del conflicto a nivel literario, popularizando con su retórica patriótica ideas como la “hermandad *afgantsy*”, es decir, la idea de un vínculo de soldados ligados a tropas profesionales, oficialidad intermedia y una experiencia activa en combate. Como se resaltó anteriormente en expresiones como las canciones de los bardos de guerra, ya se incluía el tópico de la hermandad de combate, pero fue Prokhanov quien le dio una definición más concreta ligada a la imagen de oficial combatiente joven y experimentado. Así la lectura que podía extraerse de las diversas experiencias de los *afgantsy*, como los relatos de Oleg Ermakov y su imagen del conflicto asociada a la “Hermandad sucia”, las muertes, la indisciplina y los abusos, quedó eclipsada totalmente por Prokhanov.

Aunque Ermakov con sus cuentos afganos publicados a finales de los 80 fuera uno de los más reconocidos a nivel lírico, estético y discursivo dentro de la literatura de guerra, éste quedó relegado a publicaciones literarias como *Novyi Mir* o un reconocimiento mayor en el extranjero tras el fin de la Unión Soviética, donde sus obras se tradujeron al inglés y francés. Otros autores *afgantsy* que mostraran un tono creíble o crítico sobre la guerra y su experiencia aun tardarían en publicar sus relatos autobiográficos o novelados, en su mayoría relegados a publicaciones de organizaciones de veteranos, ya que la tanto la temática como el punto de vista con el que era descrito no logró pasar los filtros de la literatura tradicional.

## 2.7. -La “hermandad afgana”: construcción y configuración de la subcultura del veterano

Como se mencionó anteriormente, a diferencia del resto de subculturas juveniles soviéticas, la de los nuevos veteranos de guerra acabó generando una serie de comportamientos sociales más activos y con transcendencia política. Con ello nos referimos específicamente a tres, los cuales se acabaron internacionalizando en muchos casos: el fenómeno de las bandas urbanas juveniles, las organizaciones no gubernamentales de asistencia social colectiva y la construcción de la memoria institucional y social de la guerra. El fenómeno de las bandas callejeras juveniles no era algo nuevo en los territorios urbanos soviéticos, pero con las reformas de Gorbachov y su grito a la población

---

410 PROKHANOV, A.: *Palace* (2008); p.42

juvenil a defender los valores soviéticos de forma responsable en el nuevo espacio de la *Glasnost*, una reacción distinta se produjo dentro de esos colectivos. Si se esperaba que masas de jóvenes se alejaran de la pasividad y la indiferencia ante el estado y la comunidad estructurada participando activamente mediante la afiliación al *Komsomol*, lo que acabó derivando fue la organización de grupos callejeros juveniles que, apelando a elementos simbólicos patrióticos, iniciaron dinámicas de violencia contra lo que consideran antisoviético o antinacional. Su primer objetivo serían funcionarios, empresarios y oficiales acusados de corrupción o especulación, pero pronto derivaría también a ejercer la violencia sobre otros jóvenes representantes de subculturas consideradas foráneas. Así aparecieron los *Lyubery*, subcultura basada en el culto al cuerpo, las artes marciales, un fuerte orden jerárquico de tintes carcelarios, una moral puritana y un odio violento hacia cualquier elemento cultural juvenil asociado a occidente. Muy ligados a grupos de educación patriótica, los *afgantsy* también desarrollaron de forma local bandas juveniles de “vigilantes”, patrullas locales destinadas a preservar lo que consideraban los valores militaristas y patrióticos nacionales. Aunque precisamente estos veteranos fueran originarios del mismo contexto de alienación, consumo y cultura musical *underground* que el resto, el trauma bélico y la fallida reinserción es lo que llevó a un pequeño sector a organizarse en bandas callejeras, cada vez de forma mas numerosa a partir de 1985. Muchos de sus miembros exponían la dificultad de relacionarse con sus congéneres generacionales tras sufrir la experiencia bélica, lo que ellos definen como un proceso de transición a la madurez. Según las palabras del *afganets* Serhiy Karanda en un artículo del diario de la *Ukrainian National Association*, los *afgantsy* tenían “mucho que ofrecer en la educación internacionalista y patriótica de la gente joven” ya que “habían pasado por la escuela de Afganistán”<sup>411</sup>.

Por otra parte, la contracultura soviética, muy ligada al consumo de moda, bienes y música con abiertos referentes occidentales a pesar de rusificarlos, les hizo generar rechazo, ya que acaban de luchar en una guerra cuyos enemigos estaban armados y suplidos con material estadounidense. Por esa razón bandas callejeras como *Kaskad*, grupo de vigilantes *afgantsy* de la ciudad de Kazan, o *Kontora*, declararon una firme cruzada nacionalista contra la música y la moda occidental, con predilección violenta hacia las subculturas *hippie*, *punk*, *hip-hop* o *techno*, asaltando a estos chicos a la salida de clubes, discotecas y conciertos. En la ciudad ucraniana de Tolyatti, los veteranos se agruparon en bandas de vigilantes para contrarrestar lo que denominaban comportamiento “antisocial” y mantener la ley y el orden<sup>412</sup>. En ello había también un fuerte componente de clase, asociando a los jóvenes a los que asaltan en las discotecas y gozaban de un modo de vida consumista como “*goldeny*”, es decir, jóvenes acomodados hijos de hombres de negocios o

411 NAHAYLO, B.: “Afghanistan vets: new social force?”, *Ukrainian Weekly*, No 28, Vol 54 (13 Julio 1986); p.2

412 NAHAYLO, B.: “Afghanistan vets: new social force?”, *Ukrainian Weekly*, No 28, Vol 54 (13 Julio 1986); p.14

funcionarios<sup>413</sup>, precisamente aquellos que pudieron evadir el servicio en Afganistán y que gozaban de unos privilegios incompatibles con el modelo ideológico del socialismo soviético. En otras ocasiones era la propia policía la que recurría a las bandas de vigilantes *afgantsy* para perseguir a tribus urbanas o ahuyentar a las crecientes bandas criminales, como recuerda este veterano: “*Ahora si que tengo que ahuyentar a los mafiosos chantajistas. Los polis vienen a buscarte para pedirte ayuda [...] Necesitan desarticular una tribu urbana: Pues invitemos a los afgantsy*”<sup>414</sup>.

Estas bandas locales usaron como emblemas prendas militares, como la boina de paracaidista, guerreras o pelo corto, hablaban con vocablos de su propia jerga y crearon rituales generados alrededor de las artes marciales, elemento básico del entrenamiento militar. A su vez crearon sus propios clubs de soldados internacionalistas con una firme jerarquía interior al estilo militar, los cuales organizaron sus propias secciones del *Komsomol* dedicada a dar educación patriótica militar a jóvenes. Otros grupos complementarían o centrarían su actividad en perseguir a especuladores o burócratas acusados de corrupción, con el fin de extorsionarlos y obtener dinero para asistir a *afgantsy* minusválidos o familias de caídos en combate. Actividad que se justificaba con un fin de justicia social pero que sería el germen de las futuras bandas de crimen organizado dirigidas por veteranos.

Algunos autores vieron en esta autorganización de clubs *afgantsy*, sobre todo en el sentido de solidaridad colectiva y resistencia al sistema burocrático percibido como antipatriótico y corrupto, como el germen de un movimiento que se tornaría mayor y mas significativo<sup>415</sup>. Efectivamente así sería, pero no del modo en el que el estado soviético tenía planeado. Ante la crisis del *Komsomol* que ya no lograba atraer a nuevos miembros como juventudes al Partido, la organización trató de atraer a los *afgantsy* como educadores patrióticos con actividades paramilitares. Un gran número de ellos eran de hecho miembros del *Komsomol* de modo previo a la guerra, aunque cabe decir que el 70% de sus integrantes lo eran por las facilidades que suponía y el acceso que daba a infraestructuras deportivas y de ocio. Aunque eso marcó un precedente en sus dinámicas y principios como subcultura, el hecho es que no fue el *Komsomol*, sino la *Glasnost* con la Ley de asociaciones amateur y clubs de hobbies de 1987, lo que favoreció que grupos locales de veteranos pudieran reunirse de manera independiente. Las reformas que permitieron la organización social legalizaron estas reuniones informales de veteranos donde podían compartir el trauma y sus experiencias, mantener la camaradería, a la vez que establecer redes de apoyo mutuo. El *Komsomol* seguiría teniendo un papel importante en la vida social de los *afgantsy*, pero pronto los enfrentamientos por la pasividad del órgano juvenil ante la educación patriótica y los problemas de

413 STITES, R.: *Russian popular culture* (1993); p.200

414 ALEXIEVICH, S.: *Los muchachos de zinc* (2016); p.146

415 RIORDAN, J.: “Teenage gangs, 'afgantsy' and neofascists”; *Soviet Youth Culture* (1989); p.133

la asistencia social a veteranos, junto con el desinterés general entre la mayoría de *afgantsy* por la política, llevó a una progresiva ruptura con el Partido. Según los datos de Galleotti, tan solo un 12% de los *afgantsy* estaban metidos en asuntos de política, mientras al 34% y la 30% les interesaba la cooperación mutua y el soporte familiar respectivamente, manteniendo una tónica cansada y cínica ante la política estatal<sup>416</sup>.

Estos clubes de veteranos autónomos donde podían compartir memorias, fotografías y brindarse apoyo colectivo fue el germen del tópico de “la hermandad *afgantsy*” popularizado por Prokhanov, constituyendo la adopción de una lectura de la guerra colectiva a través de sus experiencias personales y la constitución de unos valores comunes. Si en la guerra la solidaridad solo se daba en situaciones de combate, especialmente en unidades mas expuestas como los paracaidistas mientras en bases y puestos avanzados destacaba el abuso y la corrupción, la reinserción dificultosa y el trauma les ofreció a los veteranos un eje común para reunirse y tejer una red colectiva de soporte económico y psicológico que acabó conformándose como órganos independientes al estado para suplir sus carencias sociales, económicas y sanitarias. La combinación de estas redes de apoyo y sus proyectos de educación patriótica como modo de respuesta ideológica al discurso social de la guerra acabaron conformando entre 1989-90 las grandes organizaciones de veteranos como la Unión de Veteranos de Afganistán (SVA), fundada en 1989 por el veterano Aleksandr Kotenov y que para 1991 reunió en su entorno a unos 300 *afgantsy*<sup>417</sup>.

Posteriormente nacerían otras organizaciones a imitación de ésta, como la la Unión Rusa de Veteranos de Afganistán (RSVA), escisión realizada por el mismo Kotenov de una rama de la SVA surgida en 1990 por oficiales de cuerpos de élite y personajes políticos de renombre dentro de la esfera *afgantsy* como el coronel Aleksandr Rutskey o el general Varennikov. La RSVA fundó su programa bajo la premisa de ofrecer ayuda económica y laboral a los *afgantsy*, iniciando proyectos de construcción de domicilios para excombatientes, recaudación de fondos, asesoría laboral y reparto de alimentos. La RSVA y sus contactos políticos mediante la oficialidad dirigente pronto logró cierto éxito, atrayendo a cerca de 300.000 miembros y tornándose en un grupo de presión que llegaría hasta administraciones públicas, universidades y hospitales con tal de conseguir ayuda sanitaria y financiera<sup>418</sup>. Todo ello vino acompañado de campañas de memoria y fomento de los valores patrióticos mediante charlas en colegios, creación de campamentos y clubes escultistas, y construcción de monumentos a los caídos en Afganistán, hasta el punto que sus campañas decidieron pasar al ámbito político en 1992 con la creación del partido *afgantsy* Partido Patriótico

---

416 GALLEOTTI, M.: *Afganistan. The Soviet Union's Last War* (1995); p.121

417 BRAITHWAITE, R.: *Afgantsy* (2012); p.317

418 ROI, Yacov: “The Varied Reintegration of Afghan War Veterans in ther Home Society”, *Journal of Soviet and Post -Soviet Politics and Society* (Vol.1 No.” 2015); p.106

Nacional, de nuevo dirigido por Kotenev, con un discurso conservador que apelaba a los valores nacionalistas rusos, el militarismo y la conmemoración bélica como parte de la esencia rusa.

Otra de las organizaciones que tuvo un papel considerable fue la organización municipal *Leningradskii Fond Invalidv i Semei Voinov, Pogibshikh v Respublike Afganistan* (Asociación de Veteranos de la Guerra de Afganistán de Leningrado, (LAVVA), grupo surgido a mediados de 1990 en dicha ciudad a partir del *Komsomol* y el club patriótico juvenil *Rodina*. LAVVA alcanzó cierta relevancia al ser una organización *afgantsy* que tomó como causa de lucha principal la reivindicación de los derechos de los minúsválidos de guerra y la conmemoración de la memoria colectiva de la guerra, por lo que recaudó fondos para respaldar tratamientos y actividades físicas para veteranos, derribar barreras arquitectónicas en los domicilios y ofrecer apoyo legal. A diferencia de las otras grandes organizaciones, LAVVA fijó su actividad mediante la colaboración con otros colectivos sociales como el Comité de Madres de Soldados y organizaciones de familiares de caídos en combate. Para ello mantuvo una estructura descentralizada, creando sedes en grandes y pequeñas localidades de Rusia que podían adaptar sus actividades según las necesidades locales y acoger a otras organizaciones que quisieran colaborar, además de poseer un órgano de prensa común, el diario *K Sovesti*, donde se informaban de sus actividades y asuntos en materia de legislación de veteranos.

Como LAVVA, otras organizaciones y clubes menores emitieron a su vez sus propios diarios de prensa y emprendieron actividades económicas debido a que no tenían acceso a canales del estado. A través de edición de libros y memorias sobre la guerra, conciertos de canciones *afgantsy*, contactos con asociaciones de veteranos estadounidenses, etc, consiguieron recursos con los que financiar sus proyectos, en especial la adquisición de prótesis para inválidos de guerra, ayuda humanitaria a civiles, construcción de viviendas para veteranos y soldados desmovilizados sin techo.

Un elemento más que definió la subcultura *afgantsy* tanto a nivel político y social como cultural fue su discurso de conmemoración de la guerra, realizado a través de la construcción de monumentos locales a los caídos. Un monumento conmemorativo es algo más que la representación de un evento. Éste también incluye una visión social y cultural de ese evento y sirve como expresión de solidaridad de grupo, en este caso, para dar significado simbólico a la pérdida, legitimar su situación y construir su discurso alrededor de la idea de la “hermandad militar”<sup>419</sup>. Ese tipo de monumento contrastaba con los monumentos que erigieron las asociaciones de madres,

---

419 DANILOVA, N.: “Memorial'naya versiya Afganskoy voyny (1979-1989 gody)”, *Neprikosnovennyi zapas* No 2-3, (40-41) (2005)

ligados al arrepentimiento por la pasividad social y el discurso de rechazo a la guerra. Mientras, los monumentos erigidos por las asociaciones y clubes de veteranos sirvieron para legitimar el discurso de la “fraternidad *afgantsy*”, recogiendo normalmente los mismos símbolos: el trauma del superviviente representado por el soldado desmoralizado de hombros caídos y mirada baja, el dolor por la pérdida con la imagen del compañero caído en combate, a veces representado en brazos del superviviente; el aislamiento y la traición de la sociedad a través de los símbolos propios de la subcultura *afgantsy* como el mutilado de guerra, la boina, el helicóptero o el tulipán negro (en referencia a los aviones que llevaban los ataúdes de zinc de los caídos en combate).

Estos monumentos, al igual que sus tareas de recaudación de fondos, material y su redistribución, se llevó a cabo por los veteranos sin ningún apoyo estatal y sin ninguna muestra de mensaje político. Cabe tener en cuenta que tanto el trauma por la reinserción y por la pérdida fueron muy notables ante la mala gestión que se hizo en la sociedad civil. Para empezar, no se realizó un tratamiento de veteranos con estrés postraumático, y muchos fueron conscientes de sus síntomas a través de contactos con especialistas en psiquiatría y grupos de veteranos de Vietnam estadounidenses. Y mas visible aun sería el elemento de la pérdida. Los conocidos ataúdes de zinc se tornaron un componente visible del discurso social de la guerra y del sentimiento de traición por parte del estado para los *afgantsy*, una sensación de rechazo que de manera simbólica, a la vez que conmemorativa, se materializó en actos de protesta como el lanzamiento de medallas por parte de veteranos de Afganistán en la Plaza Roja de Moscú. Debido a la política de censura, los soldados muertos tornaban al país de noche, en unos ataúdes cerrados, sin ninguna noticia previa a la familia, e incluso podían ser abandonados en la entrada o llevar un ataúd vacío. Después, los restos eran enviados a un cementerio local, donde las autoridades no permitían a la familia enterrarlo en el área destinada a los caídos en guerra, ni poner ninguna información sobre las circunstancias de su muerte. A los soldados recién desmovilizados les quedaban pocos elementos que justificasen su transición por el combate, mas allá de los uniformes. Las medallas, algunas de las cuales jamás fueron entregadas, en muchos casos tampoco representaban un elemento que pudiera conmemorar su sacrificio: “*Dentro de esas pequeñas piezas de metal está la sangre de nuestros amigos, el dolor de nuestro corazón. Vida y muerte, angustia y desesperación, habían sido arrojadas en ellas. La guerra estaba condenada, así que era inútil*”<sup>420</sup>. De ese modo las iniciativas locales de agrupaciones de veteranos por erigir monumentos al combatiente, ya fuese caído o herido, surgieron como la alternativa para dar un significado al sacrificio, tomando tanta importancia que los gastos en su construcción incluso llegaron a eclipsar los presupuestos de las actividades de algunos grupos, colapsando las ayudas de carácter económico y social.

420 TAMAROV, V.: *Afghanistan. A russian soldier's story* (2001); p.106

Como toda manifestación contracultural, la subcultura *afgantsy* se encuadra en un momento y un espacio concreto. Una ingente parte dejarían la experiencia en el pasado, intentando llevar a cabo la reinserción social y laboral. Otros se encerraron en respuestas negativas como el alcohol o la drogadicción. Sin embargo, la subcultura *afgantsy* no solo surgió de la alienación juvenil acrecentada por el trauma y la reinserción. Aunque en esencia se definían como apolíticos, la insistencia en el militarismo patriótico y el aborrecimiento violento hacia los productos culturales occidentales en contraposición a sus elementos simbólicos propios, junto con un discurso basado en la fraternidad del trauma, acabó poniendo la alienación en un plano donde el papel político tiene un peso a jugar importante. No solo se atacó a una sociedad que definían como mancillada por el consumismo y el egoísmo individualista, sino a un discurso social y a un fracturado pacto entre ciudadano soldado y estado. En ese sentido, a diferencia de las otras subculturas, los *afgantsy* retomaron el concepto soviético del *Kollektiv*, el colectivo, como un sector social dentro del sistema soviético que, sin tener acceso a medios políticos, crea vías paralelas con tal de acceder a un cierto estatus social con el que visibilizar su situación.

La que fue una de las subculturas representativas del fin del periodo soviético, la que Riordan llamaría “movimiento de resistencia”<sup>421</sup>, acabó siendo absorbido por las estructuras del nuevo estado ruso pos soviético y de las nuevas unidades nacionales surgidas del colapso de la URSS, integrando la subcultura del nuevo veterano dentro de los discursos nacionalistas. De esa manera, organizaciones mayoritarias como la SVA entraron en los canales políticos bajo las etiquetas de ONG, a la vez que se creaban nuevas organizaciones auspiciadas por los nuevos industriales rusos como el Fondo Ruso para Minusválidos de la Guerra de Afganistán. La nueva Rusia recién llegada al sistema de mercado bajo el liderazgo de Yeltsin absorbió a la subcultura de veteranos, introduciendo sus respuestas y símbolos dentro del sistema de clientelismos de Yeltsin y convirtiéndola en un pilar más del nuevo nacionalismo ruso. Esa absorción se vio en esencia a través de dos acciones, como fue la concesión de privilegios federales fiscales a las grupos de veteranos, ahora con el estatus de ONG, mientras se retiraban los beneficios de la asistencia social; y la construcción de monumentos conmemorativos a los *afgantsy* uniéndolos a símbolos nacionalistas rusos, contrarrestando así la herencia del discurso de la “herida abierta” de Gorbachov. La corrupción que se desató entre de los colectivos *afgantsy* a raíz de esto y el auge de la criminalidad entre sus líderes, para muchos supuso el fin de la subcultura. Un veterano de infantería dijo ante la periodista Svetlana Alexievich: “*Por favor, no escriba eso de la hermandad “afgana”. No existe. Yo no lo creo. [...] Compartimos los mismos problemas: subsidios, apartamentos, buenos medicamentos, prótesis, electrodomésticos... Una vez que los resolvamos nuestras asociaciones se*

---

421 RIORDAN, J.: “Teenage gangs, 'afgantsy' and neofascists”; *Soviet Youth Culture* (1989); p.133

*disolverán. Conseguiré, atraparé, arrancaré a mordiscos ese apartamento, muebles de importación, frigorífico, lavadora, reproductor de video de marca japonesa y ¡adiós! Entonces se verá con claridad que no me queda nada por hacer en esa asociación”<sup>422</sup>.*

Mediante el clientelismo de Yeltsin y el sistema de los privilegios fiscales, tan solo entre un 24% y un 9% de los ingresos de las mayores organizaciones *afgantsy* iban destinadas a ayudar a los veteranos<sup>423</sup>. Mientras, la corrupción y los negocios turbios en beneficio de los líderes de las organizaciones acababa con actos de venganza y luchas por el poder. Una lucha que no se extendió de las organizaciones hasta pasar a la alta política de la Rusia pos soviética.

Paralelamente a la subcultura *afgantsy*, otra “hermandad *afgantsy*” surgió dentro de las esferas de la *nomenklatura*, representada por oficiales intermedios veteranos de Afganistán que poco a poco hicieron escalada dentro de la alta política. Personajes como Ruskoy, Lebed o Baburin, todos oficiales condecorados de cuerpos de élite que, tras el colapso de la URSS, emplearon su influencia primero como clientes de Yeltsin en el contragolpe de Agosto de 1991, y después como opositores a éste durante la crisis constitucional de Octubre de 1993 uniéndose a partidos nacionalistas de extrema derecha. Una oposición que logró atraer a un número importante de *afgantsy* a las barricadas en ambas situaciones reclamando ese título de combatiente y blandiendo el argumento del “ciudadano soldado” cuya experiencia bélica les hacía garantes de participar en la vida política.

Aun así nos encontramos de nuevo con la heterogeneidad de este movimiento, donde al margen de las grandes organizaciones integradas en los circuitos políticos y económicos, quedaron aun los clubes y grupos locales con sus propios medios de supervivencia; a lo que se añadió la multiplicidad de situaciones derivadas del colapso y el papel de estos colectivos en las distintas realidades y conflictos nacionales. Sus símbolos sobrevivirán, pero su discurso ligado al trauma y su lucha por la definición de sus estatus de combatiente quedó diluida cuando se introdujo a la subcultura *afgantsy* dentro del nuevo contexto político de Rusia.

## 2.8.- Soldados en la Nueva Rusia: Los afgantsy en la Rusia pos soviético.

Como se mencionó anteriormente, con la caída del régimen soviético y el ascenso del nuevo sistema neoliberal con Boris Yeltsin en el poder, los colectivos *afgantsy* y su memoria colectiva estructurada en el discurso de la hermandad de combate afgana llegó a las altas esferas de la nueva política rusa, formando parte no solo del discurso nacionalista sino también participando de ésta

422 ALEXIEVICH, S.: *Los muchachos de zinc* (2016); p.42

423 DANILOVA, N.: *The Development of an Exclusive Veterans' Policy :The Case of Russia* (2010); p.908

tanto a nivel institucional como militar y social a través del sistema de clientelismo y corrupción que entró en auge en la década de los 90.

Los colectivos *afgantsy* tendrían un peso crucial en la nueva era de la política rusa a través de diversos frentes. Primero lo harían como una de la facción de la vieja guardia que se opuso a las reformas en términos políticos, militares y geoestratégicos de Yeltsin, llevando como resultado final el Golpe de octubre de 1993.

En segundo lugar, también jugarían un papel clave como nuevos peones del intrincado sistema de corrupción que caracterizó la venta de los monopolios e industrias del recién caído estado soviético por parte del gobierno de Yeltsin, hasta el punto de extenderse en forma de criminalidad organizada bajo la forma de asociaciones de excombatientes.

Por otra parte, también se constituyeron como fuerzas de choque del nuevo gobierno. Como exsoldados con experiencia y formación militar, conformarían una de las vanguardias de las fuerzas de seguridad del gobierno, tanto en momentos de crisis política como el Golpe de Estado de Octubre o el conflicto checheno, como fuerzas mercenarias y paramilitares en territorios exsoviéticos pero con notable influencia política rusa. Este contexto hizo uso de un nuevo discurso nacionalista ruso que revisaría la memoria social de la guerra afgana para transformarla de herida abierta a una gesta patriótica, construyendo un nuevo discurso a través del monumentalismo y el fomento del nacionalismo mediante clubes de formación patriótica juvenil.

Por último, la imagen social patriótica que se acabaría constituyendo de los *afgantsy*, junto con su entrada en las actividades económicas y los entramados del nuevo gobierno liberal, vino acompañada de la adhesión de una segunda oleada de veteranos. Los *chechentsy*, también peyorativamente conocidos como *boeviki* (en alusión al auge del crimen organizado moderno ruso en los 90), que conformaron la cultura de los veteranos de la primera guerra de Chechenia entre 1994-1996, fue asumida como una continuación inmediata de la cultura *afgantsy*, tanto por la inmediatez temporal con la que el conflicto tuvo lugar como por las características sociales y militares en las que se desarrolló. Gran parte de los patrones que sirvieron de denuncia y crítica social durante la guerra en Afganistán se repetirían con una mayor repercusión e incidencia mediática durante los combates por Grozny, haciendo que estos *chechentsy* fueron asumidos como hermanos menores de los *Afgantsy* y apuntalaran una imagen arquetípica y generalizada del excombatiente y el trauma en la Rusia Federal.

## 2.9.- Las facciones afganas: los afgantsy hacia la oposición política.

La transformación de la Federación Rusa hacia la economía neoliberal y el acercamiento a occidente con la política enfocada “al Atlántico” de Yeltsin tras la desarticulación de la Unión Soviética, también tuvo por supuesto su impacto en las relaciones exteriores y las políticas militares y armamentísticas rusas.

El intento de conseguir el apoyo estadounidense con tal de incentivar las inyecciones económicas supuso la desarticulación de gran parte de la política militar intervencionista soviética en Próximo y Extremo Oriente y África, y exigía a su vez el desmantelamiento del complejo industrial militar que sostuvo al régimen soviético desde la era estalinista. Ello no solo implicó la retirada de tropas rusas de zonas estratégicas en Oriente, sino también supuso el fin del control militar de territorios ahora desmembrados de la desaparecida URSS, muchos de ellos sumidos ahora en conflictos civiles armados tras la proclamación de su independencia

Tales políticas adoptadas por Yeltsin de retiradas geoestratégicas y concesiones respecto a la OTAN trajo un activo malestar entre la vieja guardia soviética, especialmente dentro de aquel sector de las Fuerzas Armadas que había estado involucrado en el conflicto afgano u otras operaciones como Ogaden, Zembao, Praga o Hungría, y que veía con malos ojos la retirada militar soviética de los distritos militares, especialmente de aquellos con mas dificultad de control o gestión.

Esta tensión por supuesto ya venia de un conflicto iniciado años atrás durante las reformas de Gorbachov, con las que se cesó o trasladó al 50% de los oficiales entre 1987 y 1989, con tal de reforzar sus reformas económicas retirando presupuesto destinado al Ministerio de Defensa y afianzar el poder político civil dentro del Partido frente las Fuerzas Armadas<sup>424</sup>. Con ello se quiso poner fin al poder de adoctrinamiento socialista que la alta oficialidad soviética tenia sobre sus subordinados desde época estalinista y a su mentalidad ofensiva e intervencionista de la Guerra Fría, intentando con ello atraer hacia la *Perestroika* y al centralismo democrático a la joven oficialidad que estaba menos ligada con la filiación al Partido. La idea de una “hermandad afgana” definida por Prokhanov, de unos oficiales mas jóvenes unidos por rangos, experiencias y profesionalidad, caló en cierto modo dentro de la mentalidad reformista, con la idea de atraerlos a la política y crear un bloque que sustituyera a la vieja oficialidad soviética. Oficiales de distrito como Albert Makashov, comandante del distrito Volga-Urales, se tornaron fervientes detractores contra Gorbachov y votaron en contra de ese intento de democratización de las Fuerzas Armadas en el Congreso del Partido de Diciembre de 1989. Por otra parte, entre oficiales mas jóvenes como el general Igor Rodionov, quien fuera uno de los comandantes del 40 Ejercito en Afganistán, votó a

---

424 BARILSKY, R. V.: *The Soldier in Russian Politics* (1998); p.49

favor de dicha democratización, demostrando que, aunque la vieja guardia militar soviética se mantenía firme en bloque contra las reformas, poco a poco se estaba produciendo brecha que violaba la tradicional disciplina comunista castrense, aun estar distantes de acercarse a una mentalidad liberal demócrata<sup>425</sup>. De hecho, la idea de una hermandad afgana como un bloque político abierto al reformismo no se constituyó como se esperaba, pues oficiales jóvenes que sirvieron como comandantes en Afganistán se dividieron en ambos sectores. Sin embargo, si que se caracterizó su fuerte presencia como contraposición frente al resto del anticuado estamento militar, pues estos oficiales afganos eran rangos jóvenes ajenos al estalinismo de los mandos mas antiguos y con una profesionalidad y experiencia de campo mas notoria al haber sido formados en cuerpos de élite. Éstos además se valieron de su experiencia en el conflicto afgano como recurso para entrar en política y escalar puestos hasta alcanzar 13 asientos en el Comité del Soviet Supremo, aun así, una minoría nada homogénea ideologicamente. Existía también otro factor en común entre estos altos mandos *afgantsy*, pues en su mayoría estos jóvenes oficiales curtidos en combate, ya fueran reformistas o no, coincidían en la idea de mantener una linea dura frente a las fracturas secesionistas que siguieron a la crisis de la URSS entre 1989 y 1991, a diferencia de las propuestas pasivas que proponía Gorbachov.

Mientras parte de esta oficialidad se debatía entre la oposición liberal democrática o la defensa del Partido, otros aprovecharon para construir su propia carrera política a los márgenes, ganando una cierta popularidad que posteriormente les serviría de plataforma de despegue con la crisis final del régimen. Uno de ellos fue el coronel y piloto de la Fuera Área Aleksandr Rutskey quien se valdría de su fama de héroe de guerra para iniciar su carrera en política, empleando los canales de la nueva ultraderecha rusa que el contexto de la *Glasnost* permitió hacer visible y obteniendo apoyos de grupos ultranacionalistas y fascistas como *Pamyat*. Posteriormente, tras las acusaciones de fascista y antisemita, Rutskey abandonó el discurso de renovación moral y espiritual propio de la nueva ultraderecha rusa para adoptar una tendencia conservadora centralista en la esfera de la oposición democrática, apelando al apoyo de los veteranos *afgantsy* y empleando la lucha por los derechos de los inválidos de guerra como campaña, ganando un asiento en el Comité del Soviet Supremo de Rusia.

Mientras, las reformas derivaban en inestabilidad política a nivel burocrático y agitación política de carácter nacionalista en pos de la autodeterminación en el Cáucaso o las repúblicas bálticas, traducidas en confusión y violencia militar frente población civil. Pues a pesar que las reformas de Gorbachov incitaban la adopción patrones democráticos, las respuestas violentas por parte del Ejército trajeron descrédito y protestas de la población civil hacia el gobierno, ya que

---

425 BARILSKY, R. V.: *The Soldier in Russian Politics* (1998); p.55

desafiaban los dictámenes políticos para buscar soluciones de fuerza con las que restablecer el orden. Ahora, tanto una sociedad civil con mayor acceso a los medios y la opinión pública y los sectores demócratas y nacionalistas de las distintas repúblicas, como la Vieja Guardia militar, minaban la autoridad del líder soviético y aceleraban el proceso hacia el colapso del régimen. Las Fuerzas Armadas no solo estaban molestas por las reformas y su retirada de poder, sino que además se las culpabilizó totalmente de las muertes cometidas durante la represión de las protestas civiles nacionalistas, que ellos consideraban necesaria para mantener la unidad territorial. Ese malestar y resentimiento hacia entre oficiales hacia el gobierno se conoció como el Síndrome de Tblisi, debido a los hechos que tuvieron lugar en la capital georgiana durante una protesta nacionalista el 7 de Abril de 1989, donde tropas paracaidistas trasladadas desde Afganistán comandadas por el mismo Radionov reprimieron violentamente a la población civil, causando la muerte de 19 manifestantes y generando un sonoro rechazo contra las Fuerzas Armadas<sup>426</sup>.

En ese contexto, el Ministerio de defensa y el KGB desafiaron la política de contención de Gorbachev empleando el uso de la fuerza en los focos de agitación, y para ello necesitaban una fuerza de choque con experiencia. Al igual que en Tblisi, los *afgantsy* recién desmovilizados tras la retirada del conflicto, especialmente fuerzas de élite como las tropas mecanizadas y la aerotransportada, fueron las fichas escogidas por los comandantes de distrito. No solo porque fueran tropas profesionales. En ello el factor étnico y nacionalista también jugaba un papel. Si el sistema de reclutamiento universal que se aplicaba en la URSS desde la década de los 60 estaba en pleno debacle debido a la crisis disciplinaria y la impopularidad entre el sector juvenil, éste se fracturó aun mas con los movimientos de autodeterminación y la tendencia creciente entre jóvenes de otras repúblicas soviéticas a evadir o negarse a realizar el servicio militar. En cambio, esas tropas con experiencia provenientes de cuerpos de élite eran, en su gran mayoría, de origen ruso y tenían aun fresco el discurso internacionalista soviético.

En ese sentido, tanto oficialidad como tropa *afgantsy* jugarían un rol importante en ambos lados del proceso de desintegración de la URSS, tanto a nivel político general como a nivel local. Aunque se produjeran rupturas dentro del bloque militar respecto si someterse o no a la política civil como el caso de Radionov, él mismo y otros oficiales *afgantsy* como el teniente coronel Anatoly Lebed fueron en su inmensa mayoría partidarios de aplicar la línea de mano dura ante el secesionismo y el desorden público, a la vez que insistieron en acabar con la campaña de difamación contra el Ejército y de victimización tras Afganistán. Del mismo modo, un sector numeroso de veteranos y soldados recién desmovilizados de Afganistán de origen ruso permanecieron dentro del Ejército como tropa de choque ante las protestas y la formación de

---

426 BARILSKY, R. V: *The Soldier in Russian Politics* (1998); p.65

milicias nacionalistas, ya fuera por necesidades económicas o como manera de reconducir o dar sentido al trauma bélico. Por otra parte, aquellos territorios que abogaban por la autodeterminación política también se habían visto afectados en un grado notable por el impacto de la guerra. La tropa rusa constituyó los principales cuerpos de élite y combate, pero en proporción de bajas, soldados de territorios como Ucrania, Bielorrusia, Moldavia, Tayikistán, Kirguizistán, Uzbekistán o Kazakstán tenían índices de mortandad mas elevados en Afganistán. Mientras las 6879 tropas rusas caídas en combate representaban un índice de mortandad de un 47,4 por millón de habitantes, para territorios como Bielorrusia o Uzbekistán superaba el 60 por millón, y el 50 por millón en el caso ucraniano o moldavo<sup>427</sup>.

Fue en estos casos de *afgantsy* de minorías nacionales donde se reprodujeron conductas o actos de movilización en protesta que en el caso ruso no tuvieron lugar y que se asemejaban a las que otros colectivos de veteranos como los estadounidenses realizaron con motivo de la guerra de Vietnam. Esos reclamos se harían especialmente en lo que a demanda de beneficios y ayudas se refiere, que como estrategia ligaron con los movimientos políticos independentistas. Por ello estos excombatientes atacaron a símbolos propios del Ejército Rojo, realizando rituales de devolución o lanzamiento de condecoraciones, como los que se realizaron en Lituania donde veteranos *afgantsy* llevaron dichas medallas al soviét supremo del comité de soldados internacionalistas. También estos veteranos se sumaron a los movimientos nacionalistas y se organizarían a modo de ciudadanos-soldado organizando agrupaciones paramilitares, las cuales tuvieron especial protagonismo en conflictos civiles como el de Tayikistán, el conflicto de Nagorno-Karabaj entre Armenia y Azerbaiyán o Georgia.

Sin embargo las simpatías o posicionamientos activos de los excombatientes *afgantsy* no siempre se tradujeron en lealtades nacionales. Muchas de las respuestas políticas y sociales que organizaron colectivos *afgantsy* respondía a las necesidades derivadas del trauma y la crisis económica. Por eso, tanto podía encontrarse excombatientes entre las filas militares soviéticas como también en el bando contrario. Eso se vio claramente durante el golpe de verano de 1991, que marcó el entierro político de Gorbachov y la caída definitiva de la Unión Soviética, y donde se pudo ver tanto a militares que habían servido en Afganistán desplegados por el Ejército como a veteranos manifestándose o construyendo barricadas en oposición al golpe

No obstante, estos opositores se encontraron en menor número, ya que los insuficientes beneficios para excombatientes, las escasas oportunidades de empleo y la ingente demanda de tropas profesionales en 1991, junto con la derivación del trauma hacia el nacionalismo patriótico, hizo que una notable parte de veteranos optara por volver a las Fuerzas Armadas, ingresar en

---

427 GALLEOTTI, M.: *Afganistan. The Soviet Union's Last War* (1995); p.28

fuerzas de seguridad o participar como tropa profesional mercenaria en contingentes pro rusos en puntos candentes de la desmembración soviética. Cerca de unos 70.000 veteranos *afgantsy* se reengancharon en el Ejército, mientras aproximadamente 14.000 ingresaron en las Fuerzas Especiales del Ministerio del Interior, fuerzas policiales, guardia fronteriza, funcionarios de prisiones, entre otros<sup>428</sup>.

Cabe recordar también la temprana edad a la que el impacto psicológico del servicio militar, los abusos y la guerra introdujo la psicología militar dentro del colectivo de veteranos, enfatizando valores como la masculinidad, la valoración del uso de la violencia y el patriotismo exacerbado, siendo ésta difícil de remodelar sin el tratamiento y la reinserción efectiva. Eso los hacía aun más proclives a reengancharse en el Ejército o emplearse en actividades donde se enalteciesen la violencia, entrenamiento militar y el nacionalismo como la educación en artes marciales o la formación patriótica. Del mismo modo que sucedió durante la incubación de la subcultura *afgantsy* en áreas urbanas de la década los años 80, en algunas ciudades se mantuvieron o crearon nuevos grupos de veteranos reaccionarios a la influencia consumista occidental, realizando rituales de cacería o empleándose en actividades similares bajo el beneplácito de las fuerzas de seguridad como rompeshuegalas, escuadrones antidisturbios civiles o patrullas de orden público, en algunas ocasiones con conexiones con el crimen organizado.

Más que una “hermandad *afgantsy*” en el sentido político y militar, la politización de oficiales y veteranos de guerra se tradujo en la consolidación de distintas facciones afganas que culminaron a partir del golpe de agosto de 1991. No se constituyó como partido o una fuerza concreta, sino como múltiples grupos, facciones, colectivos, contactos y lazos con nexos e intereses comunes que, sin embargo, podían variar a nivel ideológico, social y de rango según las circunstancias políticas, nacionales y sociales. Tampoco es de extrañar que fuera entre miembro de la hermandad afgana donde empezaran a calar las ideas de la nueva ultraderecha como el caso de Ruskoy, o una combinación de la línea más nacionalista y el socialismo constituyendo el sector nacional bolchevique como Boris Gromov, teniendo en cuenta que es un sector de tropa profesional, frustrados con el rechazo a las Fuerzas Armadas, la derrota en Afganistán y la crisis y desarticulación del régimen. Al igual que entre grupos locales de soldados *afgantsy* desmovilizados calaron las ideas ultranacionalistas y de extrema derecha como contraste con su desmovilización y rechazo a las subculturas juveniles, sucedió de manera similar entre miembros de los altos mandos de tropas profesionales, frustrados por la culpabilización que recayó sobre ellos.

---

428 GALLEOTTI, M.: *Afganistan. The Soviet Union's Last War* (1995); p.59

## 2.10.- El Golpe de Agosto de 1991

En vísperas de la crisis que llevó a la desintegración definitiva del bloque soviético, tanto oficialidad *afgantsy* en puestos de poder y bajo control de distritos militares como veteranos y unidades aun activas, habían escogido o sido movilizadas hacia bandos distintos.

A un lado, Boris Yeltsin, candidato a la presidencia de Rusia y en abierta oposición a Gorbachov, atrajo hacia él a miembros de la oficialidad *afgantsy* como Pavel Grachev, quien fuera comandante de la 103ª División de tropas paracaidistas, a Boris Gromov, quien dirigió la retirada de las tropas en 1989, al coronel Tsalko o al laureado coronel de la fuerza aérea Alexander Rutskey. Yeltsin buscó apoyo en estos comandantes experimentados que tenían control sobre las tropas paracaidistas y motorizadas que habían servido en Afganistán, y para atraer a la tropa a su bando realizó tours entre la tropa en una campaña de captación de apoyos que incluyó desde regalos a los soldados hasta promesas de viviendas para oficiales y personal.

Por otra parte, Gorbachov también buscó el apoyo de los oficiales experimentados con tal de controlar las secesiones y las protestas públicas, a pesar de la impopularidad que esto le generó al líder soviético. Pero las maniobras de Yeltsin eran una realidad, y mientras las alarmas despertadas por la propuesta de Yeltsin de crear una fuerza militar propia para la República Rusa despertaban el temor y la indignación de miembros del Ministerio de Defensa soviético, Yeltsin recortaba el poder del Partido en instituciones administrativas y fábricas rusas, a la vez que las afiliaciones a este caían en un 25%<sup>429</sup>. No obstante, los militares que se decantaron por el bando de Gorbachov como Albert Makashov o el *afganets* Boris Gromov no respaldaban a líder ni sus reformas, sino que abogaban por la defensa férrea de la Unión y una deriva autoritaria del Partido. Para ello organizaron una plataforma de oposición contra Yeltsin, y junto con miembros del KGB y del Ministerio del Interior iniciaron los preparativos para un golpe de estado.

Finalmente el 21 de Agosto de 1991 los militares a favor de la deriva autoritaria del Partido y sus aliados dieron paso a la movilización de las tropas en Moscú y Leningrado, mientras Gorbachov permanecía de retiro. Fue un golpe precipitado, mal organizado y con una confusa y lenta respuesta por parte de las tropas. Además no lograron capturar al opositor Yeltsin, que respondió rápidamente volando a Moscú y contactando con sus aliados *afgantsy* para evitar la movilización de ciertas unidades, como las tropas paracaidistas de Grachev o las de infantería mecanizada de Gromov. Yeltsin puso en jaque al fin las desavenencias dentro de las Fuerzas Armadas, cuando otros oficiales bajo orden directa del ministro de defensa el general Yazov, desobedecieran sus órdenes, se retiraran a los cuarteles o permanecieran pasivos sin saber que órdenes acatar.

---

429 BARILSKY, R. V.: *The Soldier in Russian Politics* (1998); p.89

Por otra parte, Yeltsin y los contragolpistas también lograron movilizar a veteranos *afgantsy* fuera de servicio, especialmente en Leningrado, ciudad donde habían surgido tanto las primeras organizaciones de veteranos *afgantsy* con poder como LAVVA como grupos de ultraderecha y de nacional bolchevismo, que se movilizaron formando barricadas para evitar el acceso de las fuerzas golpistas. En Moscú también se destacó un grupo de veteranos paracaidistas y de las fuerzas especiales, dirigidos por el mismo Aleksandr Ruskoy, que se posicionaron con armas ligeras a las puertas del Parlamento, aunque el asalto previsto por los militares golpistas nunca llevó a darse a cabo

El golpe acabó el 22 de Agosto en fracaso, demostrando la fractura de la psicología e ideología militar soviética, el desafecto de la población hacia el Partido y la poca disposición de la tropa, ya fueran veteranas o nuevos reclutas, a cumplir órdenes de actuar contra civiles rusos. Pero sobre todo significó la victoria de Yeltsin y la superposición de poderes de Rusia como estado sobre el Partido, que quedó desarticulado dentro del territorio ruso. Yeltsin pronto organizó una purga de militares y la formación de un nuevo estado mayor, colocando en los puestos principales a sus oficiales aliados de la facción *afgantsy* como Lebed y Grachev, mientras Ruskoy permanecía como vicepresidente. Entre Agosto y Diciembre de 1991, el Partido Comunista perdió toda su estructura y poder, su líder Gorbachov era un cadáver político y la Unión Soviética dio lugar a quince nuevos estados independientes.

#### 2.11.- *Nuevos emprendedores: corrupción afgantsy, crimen y el negocio de la violencia*

La disolución de la Unión Soviética y la llegada de Boris Yeltsin a la presidencia de Rusia, con una nueva Constitución y un nuevo régimen, tuvo una consecuencia inmediata y nada favorable para la economía. La decisión de Yeltsin de poner al mando del cambio de modelo económico de un sistema en crisis a jóvenes economistas neoliberales como Yegor Gaidar trajo, junto con la apertura al comercio y a los organismos internacionales, una privatización de los antiguos monopolios del estado y la instauración de un capitalismo salvaje para el que la sociedad rusa de 1992 no estaba preparada<sup>430</sup>.

Respecto a las privatizaciones de monopolios, la alta *nomeklatura*, miembros del Partido y funcionarios iniciaron la apropiación, el saqueo y venta de agencias, empresas, tierras y sucursales financieras del antiguo estado soviético de manera privada, al haber caído su original propietario. Como era de esperar, esa situación de espolio y venta sin un control efectivo del estado entre 1992 y

---

430 PALAZUELOS, E.; FERNÁNDEZ, R.: *La decadencia económica de Rusia* (2002); p.30

1997 tuvo notables consecuencias a todos los niveles.

Si el sistema de pensiones y adjudicación de vivienda ya constituyó un problema durante los años finales del régimen soviético, entre 1992-1995 en plena transición económica, el gobierno de Yeltsin intentó zanjar la cuestión mediante la dotación de facilidades y beneficios fiscales a organizaciones no gubernamentales, con tal que se encargaran de las necesidades sociales de la población. Así el estado podía permitirse deshacerse de unos gastos en los presupuestos y a su vez poder sacar algún beneficio mediante la fijación de contactos y redes de clientelismos.

En el caso de las necesidades para *afgantsy* y otros veteranos de guerra soviéticos, tras cancelar beneficios y restringir las pensiones, el gobierno dio una serie de privilegios a organizaciones de veteranos como la Unión de Veteranos de Afganistán, la Unión Rusa de Veteranos de la Guerra de Afganistán y el Fondo Ruso para Minusválidos de la Guerra de Afganistán. En esencia, las organizaciones de veteranos en calidad de ONG podían realizar actividades económicas y financieras con beneficios fiscales, lo que facilitó que pronto entablaran contactos con otras ONGs y empresas, y que se estableciera una relación de clientelismo entre organizaciones *afgantsy* y el gobierno de Yeltsin. Pero esa ley incluía elementos más cuestionables, como el hecho que dichas ONGs contaran con grandes descuentos fiscales en compras de productos como tabaco y alcohol y privilegios a la hora de intervenir en negocios petrolíferos, comerciales e inmobiliarios

Previamente, con la ley de asociaciones amateur de 1987, se habían permitido a estas organizaciones reivindicar por sus derechos y beneficios, y realizar algunas actividades económicas con tal de obtener ingresos como la venta de libros, publicaciones, editar música de bardos de guerra o realizar actos de recaudación como conciertos o campamentos de educación patriótica. A partir de la llegada de Yeltsin, la situación fiscal les permitió sacar mucho más beneficio de dichas actividades y convertir a las organizaciones y sus cooperativas en verdaderas empresas que irían más allá de la recaudación de beneficios. Pronto aparecieron ONGs reconvertidas en empresas *afgantsy*, dedicadas a la compra de electrodomésticos, alcohol y tabaco extranjero para ser revendido en Rusia. Otras optaron por la adquisición de terrenos y empresas estatales a la venta por la política de privatización, especialmente del sector sanitario y petrolífero, lo que no solo les tornaba en magnates, también les permitía acceso a divisa extranjera y blanqueamiento de dinero. Junto a estas actividades, también se popularizó la venta y ofrecimiento de servicios de seguridad privada

Esta última fue sin duda la que más destacó entre las organizaciones de veteranos reconvertidas en empresas. La fama que se extendió de la subcultura *afgantsy* como un colectivo agresivo a finales de la década de los 80, propenso al uso de la violencia frente a otras subculturas o

minorías étnicas en Rusia debido al auge del fenómeno de las bandas callejeras o grupos de “vigilantes” nacionalistas, les dotó de una categoría reinante en el monopolio del empleo de la fuerza. Al fin y al cabo, eran exsoldados jóvenes, conocedores de artes marciales, técnicas de combate y empleo de armas. En su mayoría, quienes integraban estas bandas eran boinas azules y otro tipo de tropa de asalto profesional, con marcados valores de jerarquía militar y nacionalismo, cuya fama profesional ya se vio confirmada en su empleo por la policía o las fueras del Ministerio del Interior en disturbios, huelgas y protestas. Por ello organizaciones como la Unión de Veteranos de Afganistán (SVA) decidieron crear sus propias empresas para ofrecer servicios de seguridad privada, escolta y represión de huelgas, como la compañía *Soyuznik* (“Aliado”). De esas empresas el Ejército y el Ministerio del Interior seguiría contratando personal, de los cuales unos 14.000 *afgantsy* se alistaron para integrar fuerzas de seguridad y otros 22.000 en brigadas policiales, cuerpos de emergencia o patrullas fronterizas<sup>431</sup>

Cabe destacar como se ha indicado antes que aunque la subcultura *afgantsy* se constituyera alrededor de los valores nacionalistas, el patriotismo militarista y la violencia contra otros colectivos considerados externos, alrededor de una idea jerarquizada de hermandad de combate, no se puede generalizar y afirmar que todos y cada uno de los veteranos *afgantsy* se tornaron en bandas criminales nacionalistas o creyesen en esos ideales. Del mismo modo que sucedió con los *arditti* italianos de los escuadrones fascistas o con las tropas de asalto alemanas que constituirían las milicias paramilitares de *stalhelms*, éstos eran en gran medida tropas de élite como los paracaidistas y la infantería mecanizada, mas expuestas al combate y a los sentimientos de camaradería y psicología militar, con una motivación para integrar dichas bandas. Otros se unieron a estas organizaciones por necesidades económicas, médicas o psicológicas, pero no tenían porque participar de dichas actividades violentas y negocios, y como bien se resaltó anteriormente, veteranos *afgantsy* desencantados por la corrupción reinante y las actividades delictivas y dirigidas por las organizaciones les harían separarse del movimiento y desechar le ideal de hermandad de combate al percatarse que solo entre el 10 y 20 % de los beneficios se empleaba para respaldar a veteranos y familiares. Aunque no se conocen porcentajes exactos, algunos autores como el historiador Mark Galleoti apuntan a que solo  $\frac{1}{4}$  de los veteranos *afgantsy* participó o se involucró de alguna manera en organizaciones de excombatientes<sup>432</sup>. De estos, los que realmente participaron en actividades de violencia, corrupción o criminalidad fueron una  $\frac{1}{5}$  parte según datos oficiales<sup>433</sup>. No obstante es difícil de saber con certeza, pues no siempre se trataba de individuos involucrados

431 RO'I, Y. “The Varied Reintegration of Afghan War Veterans in ther Home Society”, *Journal of Soviet and Post -Soviet Politics and Society* (Vol.1 No.” 2015); p.38

432 GALLEOTI, M.: *Vory. Russia's super mafia* (2018); p.94

433 VARESE, F.: *The Russian Mafia: Protection in a New Market Economy* (2001); p.56

de manera continua, participando de manera puntual en alguna actividad ilegal por necesidad o beneficio.

Aun así, su presencia se hizo notable en los años del capitalismo salvaje. Las empresas de seguridad privada dirigidas por *afgantsy* se hicieron conocidas entre los nuevos oligarcas rusos y agrupaciones de extrema derecha como *Pamyat* o el partido neonazi Frente Nacional Ruso. Estas agencias eran fácilmente reconocibles, pues como *Soyuznik*, solían estar ligadas a unas de las organizaciones mayores de veteranos o tenían como nombre de empresa términos asociados a la guerra afgana. Una de las más conocidas fue *Herat Association*, empresa que nació inicialmente como un club deportivo integrado por *afgantsy*, pero que entre 1991 y 1995 evolucionó hasta ser una empresa que ofrecía servicios de seguridad privada en Rusia y otros antiguos territorios de la URSS<sup>434</sup>.

No es casualidad que dichas empresas crecieran a medida que la inestable economía y la corrupción de la Rusia Federal trajera consigo el auge de bandas de crimen organizado. Parte de dicha criminalidad ya apareció durante el mandato de Brezhnev, consolidándose en los años de la *Perestroika*. Cuando la crisis estallara en 1991 y la economía de mercado entrara de forma atronadora en Rusia, estas bandas criminales encontraron un campo libre para realizar actividades ilegales de manera más abierta, y con la ley de ventajas fiscales para ONGs, la extorsión se tornó una de las principales. Ante estas actividades de extorsión las organizaciones y empresas *afgantsy* encontraron un mercado con constante demanda de fuerzas de seguridad profesional. De hecho, su carácter combativo y disciplinado les había permitido enfrentarse a la extorsión de grupos mafiosos como la creciente mafia chechena, hasta el punto que en el momento de su consolidación, ellos mismos llegaron a remplazar a sus atacantes y convertirse en bandas de crimen organizado.

Bandas como *Kaskad* en Kazan, los *Afganvet* de San Petersburgo o los *Afgantsy* de Ekaterinburgo, que ya se habían hecho famosos como bandas callejeras dedicadas a realizar tareas de represión contra minorías y subculturas, decidieron tomar categoría oficial de asociación para poder ejercer negocios de protección, pero también tareas de extorsión. También se involucraron en otro tipo de tareas ilegales como el narcotráfico, contrabando de bienes y electrodomésticos importados, venta y producción ilegal de alcohol, ajustes de cuentas, asesinatos por encargo e incluso como milicias mercenarias en conflictos exteriores. De nuevo, es difícil saber la proporción exacta de *afgantsy* que se involucraron en bandas de crimen organizado debido a que, a pesar de existir una jerarquía de liderazgo, la participación de los miembros en estas bandas no era continua y en ocasiones veteranos podían participar puntual o esporádicamente en alguna actividad delictiva. En otros casos, *afgantsy* enrolados dentro de las fuerzas de seguridad aprovechaban su posición de

---

434 VOLKOV, V.: *Violent Entrepreneurs: The use of force in the making of Russian Capitalism* (2002); p.12

autoridad para realizar actos de corrupción y participar en actividades criminales. Según el sociólogo Vadim Bolkov, unos 25.000 agentes de las fuerzas de seguridad rusas fueron expulsados por actividades ilegales a lo largo de la década de los 90, mientras unos 75.168 fueron acusados de lo mismo<sup>435</sup>. Aunque de estos es difícil de estimar cuantos de ellos eran *afgantsy* y cuantos pertenecían a bandas de crimen organizado, ya que los bajos salarios y la corrupción reinante hicieron de los abusos policiales y las actividades ilegales una práctica común durante la primera década de los años 90.

Por su puesto la situación de los excombatientes de Afganistán rusos con mayor riesgo de exclusión, aquellos con clasificación de invalidez de categoría I y II, vieron su situación empeorada. Con el colapso del sistema soviético, los *afgantsy* afectados por minusvalías sufrieron un recorte mayor de sus poco eficientes pensiones. Su vida cotidiana se vio ampliamente deteriorada cuando se redujo en un 50% el presupuesto de personal de los centros y se retiraron ayudas como el transporte gratuito o la gratuidad de medicinas<sup>436</sup>. Las ventajas fiscales en un aura de corrupción endémica y negocios turbios no podían representar, en cualquier caso, una posible ayuda a su situación. De hecho, fue el *Rossiyskiy fond invalidov voyny v afganistane* (Fondo Ruso para Inválidos de la Guerra de Afganistán), organización creada en 1991 por iniciativa gubernamental exclusivamente dedicada a atender a afectados de minusvalía por la guerra, la que más eco y mala fama tomó en los medios y la política rusa debido a sus altos índices de corrupción y sus delitos de crimen organizado, desencadenando en una oleada de sangrientos asesinatos y ajustes de cuentas a lo largo de toda la década. Aprovechándose de sus privilegios emplearon dicha organización para el contrabando de bienes de consumo, adquisiciones de terrenos y blanqueamiento de dinero, entrando en confrontación con otras redes de crimen organizado. Mientras sus actividades ganaban un alto porcentaje de beneficios sin ninguna intromisión gubernamental, tan solo entre un 9 y un 24% de estos beneficios iba a parar a la atención de veteranos minusválidos y familiares, mientras la dirección de el Fondo amansaba dinero a espaldas. Finalmente dicha corrupción estalló públicamente cuando en Noviembre de 1994 su director Mikhail Likhodei y su familia fueron asesinados en un atentado con bomba. Dicho acto fue seguido de una masacre aun mayor dos años después, donde su sucesor Sergei Thakirov y 14 miembros más de la dirección fueron asesinados en un atentado bomba durante un memorial conmemorativo en el cementerio de Moscú

Antes de estos estallidos de violencia criminal, poco o nada se hizo por intentar intervenir en dichas actividades ilícitas de las corruptas organizaciones, las cuales gozarían de cierto margen de

435 VOLKOV, V.: *Violent Entrepreneurs: The use of force in the making of Russian Capitalism* (2002); p.13

436 DUNN, E.: "Disabled russian war veterans: surviving the collapse of the soviet union", *Disabled Veterans in History* (2012); p.257

actuación bajo el beneplácito de Yeltsin y su red clientelar. Tal fue el escándalo mediático derivado que las oficinas del Fondo Ruso y otras sedes de organizaciones como la RSVA fueron investigadas por fraude y actividades criminales. Tras las redadas gubernamentales, los beneficios y ventajas fiscales facilitados por Yeltsin a la vez que los espacios públicos para sus meetings, construcción de monumentos y centros de educación patriótica, fueron retirados, dejando pocas organizaciones en pie a excepción de la RSVA que reunió a parte de los miembros de las otras organizaciones

### 2.12.-Soldados internacionalistas: Nacionalismos, *afgantsy* y el nuevo imperialismo ruso

A pesar de la fallida económica y los recortes en materia social para veteranos, Yeltsin y su equipo lograron agenciarse a un sector *afgantsy* como aliado. Tanto la oficialidad que le respaldó en el golpe de Agosto como sus nuevas redes clientelares de organizaciones *afgantsy* habían encontrado en la crisis pos soviética una oportunidad para hacer política y crecer, creando una pequeña oligarquía de veteranos ligada a esa élite militar. Y precisamente fue en ellos, exsoldados profesionales sin otra experiencia laboral mas allá del combate y el negocio de la violencia, donde encontraron un respaldo para llevar a cabo su nueva política estratégica tras el colapso de la URSS y la fragmentación de sus territorios.

En Diciembre del 91 la fragmentación soviética dio lugar a 15 nuevas repúblicas donde no escasearon los conflictos de carácter nacionalista entre los partidarios de cortar conexiones con Moscú y los adeptos a mantener en el poder a antiguos burócratas rusos favorables a los intereses del Kremlin. La presencia de cerca de 30 millones de población étnica rusa a lo largo de estos territorios, en numerosos casos marginada y privada de sus derechos de ciudadanía tras la retirada de las tropas rusas, asemejaba una buena excusa para contraatacar los movimientos nacionalistas que tras el colapso habían sustituido a la disciplina del Partido y la mentalidad del socialismo marxista. La nueva política exterior rusa diseñó así una nueva estrategia bajo la idea de mantener la influencia rusa sobre los nuevos gobiernos a modo de estados satélite o regímenes títere que respondieran a los intereses de Moscú, estableciendo la Comunidad de Estados Independientes como una *commonwealth* de las antiguas repúblicas soviéticas que imitara en cierto grado la alianza del Pacto de Varsovia

Con esa idea, bajo el mandato de Yeltsin se inició una nueva política de exaltación del paneslavismo y el nacionalismo ruso, ideologías que grupos de la nueva ultraderecha, movimientos tradicionalistas ortodoxos y las bandas de *afgantsy* y otras subculturas como los *lyubery* habían ido cultivando desde finales de los años 80 bajo el amparo de la *Glasnost*. Todo ello como una

estrategia populista con tal de poder capear la realidad de la crisis económica que su transición salvaje al capitalismo neoliberal había sumido al país y llenar el vacío ideológico que la caída de una potencia mundial dejó en la población. Para ello, no dudaron en emplear el discurso de la subcultura *afgantsy* y el ideal de hermandad de combate para apelar a la adhesión de excombatientes de Afganistán, explotando sus principales problemáticas y haciendo eco de los valores del combate y la memoria de la guerra. Aunque el fenómeno de los *kontrackniki* o soldados de contrato, en contraposición a los reclutas de leva obligatoria, se dio en especial y mayor grado durante el Segunda Guerra de Chechenia, los conflictos nacionalistas que explotaron desde el Báltico hasta el Cáucaso y Asia central, y el interés del gobierno de Yeltsin de poner control sobre ellos, abrió una puerta a estos exsoldados profesionales. Fue el vicepresidente de Yeltsin, el coronel Ruskoy, quien empleó el discurso de victimización de las Fuerzas Armadas (El Síndrome de Tblisi), de vergüenza ante el debacle nacional y de la persecución de minorías rusas como campaña de reclutamiento para atraer a estos sectores hacia la causa de una nueva política exterior. Para ello también se colocaron a oficiales *afgantsy* de la facción partidaria de Yeltsin en puestos de poder como el general Grachev o el General Gromov, con contactos en las fuerzas de élite del Ejército que habían participado en Afganistán. Esta estrategia de la nueva doctrina internacional distaba mucho de la intervención que podía haberse llevado a cabo por el Ejército soviético como sucedió en Hungría, Checoslovaquia o Afganistán. En 1992, la Rusia Federal se encontraba en una difícil transición bajo la atenta mirada de occidente y las demandas de la OTAN. Además de estar demasiado presente el estigma y el rechazo que generó la intervención en Afganistán, la nueva Rusia no estaba en una buena posición internacional como para realizar intervenciones exteriores. Para ello se empleó la diplomacia, combinada con una estrategia de intervención indirecta de fuerzas rusas en calidad de asesores, unidades paramilitares o unidades de élite de rápida movilidad las cuales darían apoyo a las minorías de etnia rusa y fomentarían una inestabilidad mediante operaciones militares de baja intensidad, permitiendo crear espacios o *hinterlands* con libertad de maniobra sin esperar una respuesta.

Por supuesto, la OTAN exigió la reducción del número de fuerzas que el Ejército ruso podía tener, a lo que el gobierno de Yeltsin respondió con los recortes en defensa que disminuyeron el Ejército de 2.800.000 a 1.500.000 efectivos en un año. La realidad, según el general Pavel Grachev, es que el número solo se redujo a 2.100.000<sup>437</sup>. Cerca de 600.000 efectivos que participaron en los conflictos regionales candentes de las antiguas repúblicas soviéticas estuvieron conformados por comandos voluntarios de paracaidistas y unidades de reserva estratégica móviles, unidades paramilitares y mercenarios formados por veteranos *afgantsy*, milicias nacionalistas y unidades

---

437 GALEOTTI, M. : *Age of Anxiety. Security and Politics in Soviet and Post-Soviet Russia* (1995); p.168

especiales como los regimientos de cosacos. De ese modo, mientras en zonas de Kazajistán y Nagorno-Karabakh se creaban nuevos regimientos de cosacos voluntarios, atraídos por este nuevo discurso nacionalista que apelaba a la tradición y los valores ortodoxos, también se desplegaron unidades paramilitares de *afgantsy* pertenecientes a unidades de élite y otros combatientes en focos de tensión armada como Ossetia y Moldavia, mientras el Ejército ruso se retiraba a las fronteras. En Ossetia del Sur, área de mayor población étnica rusa de Georgia, se desplegaron unidades de paracaidistas que ocuparon la zona y armaron a población local en defensa de la instauración del gobernante pro ruso Shevardnadze. A su vez en Moldavia el general Aleksandr Lebed, con apoyo de Rutskoy, ofreció armamentos y combatientes cosacos y *afgantsy* a los rebeldes rusos. En Ucrania y Bielorrusia, Rusia desplegó dos de las seis divisiones de tropas veteranas paracaidistas, junto con cerca de 45 batallones de otras tropas aerotransportadas, 14.000 infantes de marina y ocho brigadas de comandos *Spetsnaz*<sup>438</sup>. En estos rápidos despliegues de fuerza, el transporte aéreo de las unidades y los materiales mediante los helicópteros, jugaron un papel crucial. Esta fue una de las lecciones aprendidas por los oficiales soviéticos en Afganistán, donde la rapidez y maniobrabilidad de los helicópteros permitían intervenciones quirúrgicas efectivas en contraste con la lentitud, visibilidad y vulnerabilidad de los despliegues terrestres a gran escala.

Por supuesto, los *afgantsy* no solo integraron las fuerzas de intervención rusas. Entre los movimientos nacionalistas de las nuevas repúblicas existían también veteranos de Afganistán nativos que por la ley de servicio universal de la URSS habían combatido como soldados internacionalistas. Del mismo modo que la crisis, el nacionalismo y la necesidad económica hizo de efecto arrastre para los *afgantsy* rusos, también lo haría para *afgantsy* ucranianos, bálticos, del Cáucaso y Asia Central, como ya se mencionó anteriormente.

Quizá uno de los casos donde su papel tuvo una transcendencia mayor fue durante el conflicto civil que se desarrolló en la República de Tayikistán entre 1992 y 1997. El nuevo gobierno tayiko dirigido por Nabiyeu, necesitado de fuerzas profesionales para construir los cuerpos de seguridad del estado, recurrió rápidamente a la mayor organización de veteranos de Afganistán, la *Dushanbe Afgantsy*, que se ofreció voluntariamente para reprimir los altercados. La *Dushanbe Afgantsy* y otras organizaciones de veteranos locales, con mucho mayor peso que la SVA, se posicionaron a favor del gobierno de Nabiyeu, incluso aquellas que mantuvieron una ideología comunista formaron milicias favorables al gobierno nacional.

El Caso de la crisis y guerra civil de Tayikistán es un claro ejemplo de complejidad y heterogeneidad del movimiento *afgantsy*, donde las características de etnia, nacionalidad, rangos o servicio supusieron unas características que se solapaban sobre la idea de una hermandad afgana

---

438 GALEOTTI, M. : *Age of Anxiety. Security and Politics in Soviet and Post-Soviet Russia* (1995); p.169

dentro de la subcultura *afgantsy*. Cuando en Mayo de 1992 la oposición de Nabiyeu, antiguo secretario del Partido Comunista tayiko y primer presidente electo, iniciara los disturbios y lo derrocará a la fuerza, estalló un conflicto donde las afinidades étnicas, religiosas, regionales y políticas dividieron al país en múltiples facciones y milicias a los *afgantsy*. Grupos como la *Dushanbe Afgantsy* y otros grupos de capitales urbanas como la milicia de veteranos paracaidistas de Bakhrom Olimov en la ciudad de Qurghonteppa o las milicias *afgantsy* del partido comunista tayiko Frente Popular, se posicionaron a favor del gobierno derrocado y formaron milicias de autodefensa, incluso comités de veteranos para mantener en funcionamiento fábricas de producción y distribución de alimentos a la población. Estos pertenecían en su mayoría a la etnia tayika, rusa y uzbeka, pero parte de su posicionamiento se debía a que las organizaciones locales de *afgantsy* de ciudades como Dushanbe, al igual que en Rusia, gozaban de beneficios y relaciones de clientelismo político con el gobierno. En ausencia de un control político estable, estos tomaron el control en las calles mediante milicias y la organización de la producción industrial en la capital. Por otro lado, veteranos *afgantsy* de áreas rurales del sur de etnia pamiri, kirguiz y tayika, movidos por afinidades regionales, integraron las milicias opositoras a Nabiyeu, un cúmulo de liberales del Partido Democrático de Tayikistán e islamitas del partido Renacimiento Islámico<sup>439</sup>.

Una nueva política de intervencionismo exterior había sido establecida, sin embargo el caso de Chechenia y la proclamación de su soberanía en Noviembre 1990 hizo algo más que poner en jaque esta nueva disciplina. La estrategia que se llevó a cabo terminó por desencadenar un conflicto de dos años el cual fue considerado una continuación de la guerra afgana, repitiéndose los mismos errores en nivel de movilización, preparación, falta de disciplina, logística y estrategia. Una guerra descarnada y desorganizada que no hizo más que magnificar la enorme crisis de las Fuerzas Armadas rusas y sus problemáticas internas, esta vez sin una censura mediática que pudiera esconderla

### 2.13.-“*Chechenskiy blyuz*”<sup>440</sup>: De Kabul a Grozny, una nueva generación de veteranos.

En Noviembre de 1990 el Congreso Nacional Checheno proclamó la República de Chechenia-Ingushetia bajo el liderazgo de Dzhokar Dudayev. Dudayev, quien sirvió en la Fuerza Aérea soviética llegando al rango de Mayor General combatiendo en la Guerra de Afganistán entre 1986 y

439 GÖRANSSON, M.: “A fragile Movement: Afghan War Veterans and the Soviet Collapse in Tajikistan 1979-92”, *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society* (Vol.1 No.” 2015); pp.76-77

440 “Blues checheno”, título que Aleksandr Prokhanov da a su novela de 1998, relato militarista donde de nuevo aborda los ideales del misticismo ortodoxo, la eslavofilia y el ideal de hermandad de combate de las novelas *afgantsy*, esta vez en el contexto de la invasión de Grozny de 1995

1987, representaba a otro de los jóvenes oficiales que por su servicio adquirió popularidad y prestigio, permitiéndole escalar puestos en política. Sensibilizado por el nacionalismo estonio, región donde había sido trasladado como comandante de guarnición, Dudayev desobedeció las órdenes de reprimir las movilizaciones y poco después se trasladó a su Chechenia natal para ingresar dentro del movimiento nacionalista checheno. Tras el fallido golpe de Agosto de 1991, aprovechó la situación para tomar el control de la capital chechena Grozny y declarar la independencia. Poco después, Dudayev sería escogido como presidente de la nueva república

Cuando el gobierno ruso quisiera poner de nuevo en práctica su nueva estrategia con una intervención secreta de comandos en Noviembre de 1994 que derrocar a Dudayev, Yeltsin quedó en evidencia cuando dicha operación fracasó y los medios mostraran abiertamente a los soldados rusos hechos prisioneros por las milicias chechenas. Por un lado, Yeltsin mantuvo públicamente que las fuerzas militares rusas no habían participado en el intento de derrocamiento de estado. Pero por otra, Chechenia no era como el resto de repúblicas socialistas que se segregaron de la Unión Soviética tras el golpe. Chechenia, como parte del Cáucaso Septentrional, era un símbolo tradicional del nacionalismo, la tradición militar y el imperialismo ruso. Su invasión a inicios del siglo XIX, donde el Ejército ruso y los regimientos de cosacos del zar llevaron a cabo una larga y sangrienta campaña contra los tenaces guerrilleros de etnia daguestaníes liderados por el imán Shamil, se alargó casi 50 años. La famosa Guerra del Cáucaso, inmortalizada en la cultura rusa con obras como *Los cosacos* o *Hadji Murat* de Tolstoy, finalizó en 1864, pero no supuso el fin del conflicto. La multiplicidad étnica, el factor islámico, el sentimiento anti ruso y las constantes acciones de los *Abregs* o guerrilleros de las montañas guiados por códigos tribales donde la venganza y la tradición de resistencia tenían un peso fundamental, hicieron del Cáucaso norte una zona de constante inestabilidad. La caída del régimen zarista, la revolución y la guerra civil rusa avivaron de nuevo el conflicto. Los años 30 dieron lugar a violentas reacciones de la población chechena frente las colectivizaciones soviéticas, la prohibición de la práctica del Islam, la represión religiosa y las divisiones administrativas territoriales, que culminaron con el genocidio y la deportación masiva a Kirguzistán y Kazajistán de 408.000 chechenos por parte del régimen stalinista durante la IIª Guerra Mundial<sup>441</sup>. Propiedades, casas y aldeas enteras de la población desplazada fueron ocupadas por colonos soviéticos de etnia rusa, ucraniana y georgiana, generando aun mas intensidad al conflicto étnico nacional cuando se permitió la repatriación de las familias chechenas entre los años 50 y 60 sin devolver o remunerar las expropiaciones. Por supuesto, también estaba el factor económico. Moscú había perdido el control de toda la infraestructura petrolífera, en especial los oleoductos, que el legado soviético dejó en el Cáucaso, en un momento

441 SMITH, S: *Las montañas de Alá. La batalla por Chechenia* (2002); p.134

donde el mercado occidental no deseaba invertir en la industria energética rusa.

Por ello en Diciembre de 1994, un mes después del escandaloso golpe de comandos fallido, se procedió a una estrategia que se salía del nuevo planteamiento militar ruso: una invasión a gran escala, siguiendo el modelo convencional según los parámetros de la Guerra Fría Occidental. Un golpe de fuerza militar constituido mayoritariamente por infantería mecanizada, cuyo resultado esperaba ser una ocupación rápida de la capital Grozny y la inmediata rendición de los líderes chechenos tras poca o ninguna resistencia. Pronto se demostró la precipitación del golpe, la escasa preparación del material y la tropa, y el nulo análisis de de la inteligencia militar sobre las condiciones geográficas y la disposición de las fuerzas chechenas.

La planificación militar y las deficiencias en logística, preparación y movilización de la tropa levantaron demasiadas similitudes con la Guerra de Afganistán. De hecho, fueron los oficiales de la facción *afgantsy* de Yeltsin como Pavel Grachev quienes orquestaron la campaña chechena. El General Grachev, escogido como Ministro de Defensa por Yeltsin, modeló el plan de invasión emulando golpes de fuerza como el de Budapest o Praga con tal de demostrar que el gobierno tenía la situación bajo control, combinando la intervención de fuerzas de élite con apoyo aéreo como habían realizado en la toma de Kabul en Diciembre de 1979. Sin embargo, Grachev descartó la posibilidad del desarrollo de una guerra de combate urbano y acciones de contrainsurgencia, desestimando las consecuencias que estas podían tener en el despliegue de una fuerza masiva

Tras la toma del Palacio presidencial de Grozny y las centrales de comunicaciones entre el 7 y el 14 de Diciembre por parte de fuerzas rusas ya estacionadas en Chechenia, se inició el despliegue masivo de 6000 tropas, que llegó a la capital el 26 de Diciembre y la tomó la víspera de Año Nuevo<sup>442</sup>. Fue tras la ocupación de Grozny cuando la estrategia chechena dio su movimiento, descubriendo a una fuerza guerrillera diez veces mayor que las rusas, atrapando al enemigo dentro de la ciudad. A partir de ese momento, se constató la fallida de la estrategia rusa.

Como sucedió en Afganistán, las tropas desplegadas tras la toma de Grozny eran reclutas los cuales habían recibido nulo entrenamiento según los términos y características del teatro de combate, manteniendo el insuficiente entrenamiento convencional de guerra de posiciones. A pesar que fueron las tropas soviéticas quienes inventaron la guerra urbana tras su enfrentamiento contra las tropas alemanas en batallas como Stalingrado o Berlín, las tácticas de combate en urbes habían sido desestimadas tras la Segunda Guerra Mundial.

Parte las deficiencias que habían sido destacadas en Afganistán como parte de la crisis de las

---

442 OLIKER, O.: *Russia's chechen wars 1994-2000* (2001); p.13

Fuerzas Armadas Soviéticas no fueron resueltas por el Ministerio de Defensa del gobierno de Yeltsin. El plan de emplear intervenciones quirúrgicas, tropa de élite y formaciones paramilitares no sustituyó por ende el servicio militar obligatorio, que aun seguía en base a la Ley de 1967 adaptada a la nueva Constitución rusa mediante el estatuto 59, continuando con el plan de recluta universal de chicos de entre 18 y 27 años por el periodo de dos años. Para Febrero de 1995, las tropas rusas en Chechenia ascendieron a 30,000<sup>443</sup>. Debido al Estatuto 59 de la Constitución, un tercio del Ejército ruso estaba formado por reclutas, por lo que gran parte de las tropas movilizadas en Grozny y alrededores eran soldados de leva adolescentes de entre 18 y 20 años sin apenas formación para combatir, y mucho menos para una guerra de contrainsurgencia en un contexto urbano. Muchas de las unidades enviadas a Chechenia eran brigadas o regimientos de nueva creación organizadas de cero con rapidez, sin suboficiales ni oficiales medios suficientes y con reclutas que solo tenían de una a tres semanas de entrenamiento. Los problemas de la leva socialmente desigual y la existencia de una minoría de privilegiados capaces de evadir el servicio se tornó mas abierta y criticada, siendo en este caso no los hijos de burócratas o miembros de altos cargos del Partido los que lograban escapar de Chechenia, sino los hijos de los nuevos empresarios, oligarcas y clientes políticos de Yeltsin. Para mediados de los 90, era habitual que entre un 10-30% de los chicos llamados a filas fueran declarados exentos, de los cuales un 70% se debía por prórrogas obtenidas de manera tanto legal como ilegal<sup>444</sup>.

Junto al grueso de los reclutas, el resto de la tropa regular estaba formado por soldados maduros, alistados de forma voluntaria. Estos aun no constituyeron la tropa de soldados de contrato o *kontrachniki* que tendrían un papel protagonista en la Segunda Guerra de Chechenia. Algunos eran veteranos de Afganistán afectados por el desempleo, trauma o problemas de reinserción, pero también la conformaban nuevos soldados voluntarios que huían por las mismas razones que afectaban a Rusia tras la terapia de choque económica. El veterano Konstantin Kamrukov, veterano de Chechenia, grabó como soldado vídeoaficionado su experiencia dentro de la Brigada 166 Vitesk-Novgorod de Infantería Mecanizada, que participó en operaciones de limpieza de guerrilleros en las zonas rurales alrededor de Grozny. Conocida como Columna Chamanov, Kamrukov mostraba en sus imágenes una unidad formada el 70% por hombres en la treintena, cínicos y cansados, a los que definía como “*voluntarios por motivación de pobreza*”: “*El 70% eran totalmente pobres [...] Dos terceras partes son bebedores empedernidos, alcohólicos incapaces de obtener puestos de trabajo por ese motivo. Los demás, digamos el tercio restante, se alistaron porque tenían problemas domésticos, son suicidas, tienen problemas pendientes con la ley, con sus familias o sufren*

---

443 OLIKER, O.: *Russia's chechen wars 1994-2000* (2001); p.22

444 EICHLER, M.: *Militarizing Men: Gender, Conscription and War in Post-Soviet Russia* (2012), p.59

*problemas emocionales. Por eso quieren marcharse a cualquier parte, da lo mismo. Tan lejos como sea posible*<sup>445</sup>.

Aunque se desconocen los datos exactos, se podría estimar que estos reclutas de edad mas avanzada y enrolados voluntariamente por condiciones sociales y económicas comprendían 1/3 del total de la tropa. Algunos con experiencia en conflictos como Afganistán o con previo paso por el servicio militar supieron lidiar con situaciones de combate, como los desplazamientos en territorio minado o los bombardeos de artillería. Sin embargo la mayoría carecía de entrenamiento al igual que los reclutas y eran formados de manera abrupta en pleno teatro de operaciones con fuego real. Junto a eso, el desorden general, la corrupción y la mala organización provocó un estado de dejadez entre la tropa, que carecía de alimentos además de insuficiente ropa de abrigo, protección y munición. Los soldados sufrieron de malnutrición constante, donde apenas el 30-40% de los soldados recibieron alimentos o ropa adecuada<sup>446</sup>, mientras la oficialidad acumulaba recursos para uso personal o para vender de manera ilegal tanto en el resto de Rusia como a los rebeldes chechenos.

Desde un buen principio, la alienación del soldado se extendió a toda la tropa tan pronto como la contrainsurgencia chechena apareció y la desorganización de los mandos se hizo patente. No existían motivaciones patrióticas ni campañas que justificaran para estos soldados la intervención en Chechenia. El escritor Arkady Babchenko, veterano conscripto de las dos guerras chechenas, recogía así en uno de sus relatos el sentimiento de desconcierto, desconexión y depresión que rodeaba al grueso de la tropa: *“Lo que no pillo es esto: ¿los chechenos son ciudadanos rusos o enemigos de Rusia? [...] Esta conversación era típica en el Ejército. Nadie, desde el comandante del regimiento de tanques hasta el soldado raso entiende porque estamos aquí. Nadie ve sentido en esta guerra, solo ven que esta guerra se ha empezado para acabarla*<sup>447</sup>.

Aun reconocer Chechenia como territorio perteneciente a Rusia, muchos de los soldados desconocía el bagaje cultural e histórico que rodeaba a la provincia del Cáucaso, lo que les desconcertaba y confundía. La religión musulmana y las diferencias étnicas y lingüísticas del Cáucaso no eran de gran conocimiento entre la tropa, a excepción de algunos soldados de leva chechenos o fuerzas leales al gobierno ruso, por lo que el choque cultural y el desconcierto solía ser frecuente. A ello se unía las consecuencias habituales de una guerra de contrainsurgencia moderna donde el enemigo siempre lleva la delantera y la iniciativa. Las fuerzas chechenas. A pesar de no formar un ejército regular, los chechenos gozaban de un mejor entrenamiento militar, disciplina y

445 D'ORION, T.; DAUBENTON, Annie: *La Colonne Chamanov*; Transparence Productions, Francia (1997)

446 OLIKER, O.: *Russia's chechen wars 1994-2000* (2001); p.14

447 BABCHENKO, A.: “Mozdok-7”; *One Soldier's War in Chechnya* (2007); p.95

organización. Se constituyeron en pequeñas unidades ligeras, armadas con armas automáticas y lanzacohetes antitanque, estableciendo perímetros defensivos circulares que les permitían rápidas retiradas, flanqueos y contraataques. La mayoría hablaba ruso y muchos habían realizado el servicio militar soviético, además de conocer el terreno a la perfección y emplear las ventajas del espacio urbano y montañoso a nivel táctico. Incluso tejieron bastas redes de túneles subterráneos que conectaban los numerosos sótanos de casas y edificios de Grozny, permitiendo una movilidad mucho más rápida e impredecible a la hora de emboscar a los blindados rusos y cubrirse de los bombardeos. A diferencia de lo que pensaban los estrategas rusos, los chechenos emplearon al máximo los beneficios del tejido urbano para organizar su defensa en base a la guerra de insurgencia urbana, obstaculizando las columnas de blindados con minas y explosivos, fortificando las plantas superiores de los edificios y atacando desde distancias seguras sin apenas mostrarse visibles. Así los combates por Grozny se tornaron en un constante tira y afloja entre fuerzas rusas y chechenas por áreas y edificios, donde el Ejército ruso se vio forzado a un cambio improvisado y rápido de su estrategia. Parte de ésta consistió en emular a los grupos de asalto como los del Ejército Rojo en Stalingrado, con el objetivo de tomar edificios que después minaban con explosivos para retirarse y causar así bajas chechenas. A pesar que el objetivo era tomar posiciones para controlar Grozny, las constantes retiradas y contraataques resumieron la guerra al simple objetivo de contar bajas enemigas como sinónimo de éxito o desarmar aldeas de los alrededores.

Por otra parte, mucho del material empleado era igual o mejor que el de las fuerzas rusas, pues muchas de las armas eran de arsenales soviéticos u obtenidas de las redes del mercado negro. Mientras el material de comunicaciones ruso era anticuado, defectuoso y en ocasiones ni siquiera sabía ser empleado correctamente, los chechenos usaban teléfonos móviles y radios, con las que interceptaban las comunicaciones rusas y enviaban mensajes falsos con los que confundir al enemigo. En caso de repliegue, al ser unidades guerrilleras les era muy fácil ocultarse entre población civil y recibir su respaldo o retirarse a las montañas. Incluso se dieron casos en que unidades de la guerrilla chechena se hicieron pasar con éxito por equipos de periodistas extranjeros o cuerpos de la Cruz Roja para facilitar la entrada y salida del área asediada. La imposibilidad de distinguir entre combatientes y civiles, la frustración y el estrés de la guerra de contrainsurgencia y la medida del éxito en proporción de bajas enemigas, junto con la inexistencia de unas normas estándar de contacto y trato con la población, llevó a estandarizar el uso de la violencia como procedimiento. Este contexto desencadenó más de una masacre de civiles como la que tuvo lugar en el pueblo de Samashki en abril de 1995, donde 350 soldados al mando del coronel Kosov atacaron con fuego de ametralladora y morteros a cerca de 250 civiles chechenos, en su mayoría

ancianos acribillados por fuego de ametralladora a la puerta de sus casas<sup>448</sup>.

La única motivación existente para un recluta ruso era seguir vivo para poder ser desmovilizado y volver a casa. Zajar Prilepin, veterano de infantería mecanizada, antiguo activista *nazbol* y escritor, describió en su novela *Patologii* (2005) la actitud de él y sus compañeros ante la desmovilización: “*hemos colgado el calendario de nuestra misión. Hemos contado a conciencia los cuarenta y cinco días y dibujado debajo de los números un avión, luego un autobús, lleno de jetas sonrientes con gorros y, por último, en el rincón inferior derecho, los suburbios de Sviatói Spas. Cada día de misión transcurrido está rodeado por un circulito y tachado con un rotulador rojo*”<sup>449</sup> Esa obsesión de la tropa, azuzada por el tipo de servicio de leva temporal, el tedio y la inseguridad del combate pasivo, producía al soldado síntomas de estrés, depresión y ansiedad, agravados a medida que se acercaban los días finales para su desmovilización, pero no con ello el peligro de morir, el llamado síndrome del calendario o “*short timer syndrome*”, como ya se denominó en la Guerra de Vietnam.

Las inclemencias de la desorganización y la alienación no tenían fáciles vías de gestión, pues tampoco existió un sentimiento de cohesión en las unidades, ni entre soldados ni entre oficialidad. Siguieron escaseando suboficiales y oficiales de bajo rango que mandaran y entrenaran a la tropa, afectando no solo a la eficiencia y coordinación de la tropa sino también a la disciplina. El sentimiento de caos debió de ser de gran impacto, pues era frecuente los asaltos conjuntos descoordinados, apoyos o refuerzos que nunca aparecían y cuantiosas bajas provocadas por fuego amigo. Según el estudio de la agencia RAND realizado por Olga Olikier, un 60% de las bajas rusas durante la primera guerra chechena fueron provocados por fuego de artillería o bombardeos aéreos rusos<sup>450</sup>.

Ese contexto, junto con la escasez de suministros vitales, favoreció el empeoramiento de los abusos institucionalizados, y los casos de muertes de soldados motivados por la *dedovschina*. El código no escrito de la *dedovschina* se hizo mas complejo y se formalizó con símbolos o actitudes, cuya violación incurría en castigos severos de los soldados veteranos hacia los novatos. Babchenko recogió en sus relatos como los “fantasmas” o recién llegados no podían deambular por el campamento libremente, llevar abierta la guerrera del uniforme o siquiera hacer ruido, mientras los “alfiles” o soldados con 6 meses de experiencia podían hacerlo siempre que no se relajaran, no alzaran la voz y obedecieran todas las órdenes de los “señores” o “abuelos”, los veteranos cerca de

448 SMITH, S.: *Las montañas de Alá. La batalla por Chechenia* (2002); p.299

449 PRILEPIN, Z.: *Patologias* (2012); p.93

450 OLIKER, Olga: *Russia's chechen wars 1994-2000* (2001); p.16

la desmobiación<sup>451</sup>. Por otra parte, si un “abuelo” no actuaba como tal, podía ser castigado del mismo modo por otros veteranos. Se estableció así una jerarquía en sustitución a la ausente de los mandos medios, que llegó a ser normalizada por los reclutas. La mayoría de los “abuelos” tenían uno o dos reclutas bajo su mando, estableciendo bajo coerción un control sobre ellos que terminaba por ser asumido como figura de autoridad. A pesar de establecer un servilismo y emplear la violencia, el “abuelo” también enseñaba prácticas para sobrevivir en el contexto de guerra y lo protegía de los “alfiles”. Con cinismo y resignación, los soldados reclutas aceptaban dicha práctica con la esperanza de sobrevivir y con el único aliciente de llegar a ser ellos un día los “abuelos: *“Las palizas aquí son la norma. Todo el mundo va a morir de todos modos, tanto los que abusan como las víctimas. Así que, ¿cual es el problema?”*”<sup>452</sup>

Todo ello llevó a un aumento considerable de las deserciones y ausencias sin permiso, a pesar de los peligros que eso representaba de ser capturado por los chechenos o por las patrullas de la OMON del Ministerio del Interior. Eran frecuentes los casos de soldados que desertaron tras robar material militar, que empleaban como canje con los chechenos para intentar obtener un paso seguro o dinero con el que sobornar a posibles patrullas o puestos de control rusos, hasta finalmente llegar al Daguestán ruso. Otros afortunados que fueron movilizados con conocimiento de destino, desertaron antes del despliegue, como los compañeros de unidad de Babchenko: *“Catorce miembros de nuestra compañía están ausentes sin permiso. Los jóvenes conscriptos se largaron volando, desde las camas derechos a la estepa, descalzos y llevando solo lo puesto, incapaces de aguantar el tormento. Incluso el teniente, llamado a filas por dos años tras graduarse de la universidad se dio a la fuga. Solo quedamos ocho”* <sup>453</sup>.

Aquellos que optaban por no desertar y continuar hasta el final de servicio recurrían a soluciones similares que los desertores en lo que a tratos con los chechenos se refiere. En algunas ocasiones soldados y oficiales empleaban el recurso de la venta ilegal de armamento al enemigo para evadir el combate, asegurar el paso de convoyes e incluso para recuperar rehenes capturados por chechenos. Pero mas común era que, con tal de obtener sustancias como alcohol o heroína que les permitiera aislarse de la depresión y el aburrimiento, se produjera un notable aumento de robos y venta de armas y municiones a los chechenos por parte de los soldados. A diferencia de Afganistán, pese a ser un territorio de mayoría musulmana, la histórica presencia rusa en Chechenia hacia posible la obtención fácil de vodka o aguardientes caseros, y el fenómeno del robo y venta de material a los rebeldes se hizo mas notable que en el caso afgano. Las bebidas alcohólicas se

---

451 BABCHENKO, A.: “Mozdok-7”; *One Soldier's War in Chechnya* (2007); p.81

452 BABCHENKO, A.: *Op. Cit* (2007) ; p.83,

453 BABCHENKO, A.: *Op. Cit* (2007); p.65

convirtieron en elemento fundamental con la que combatir la ansiedad, la depresión y el aburrimiento, causando muchas tragedias en el frente pero también tornándose una práctica casi ritualizada por la tropa que en ocasiones podía derribar las barreras de la escasa cohesión. Prilepin describe las reuniones de él y sus compañeros de unidad como “comida funeraria”: *“Servimos vodka y tras un momento de pausa, brindamos. Porque no nos han matado. Brindamos una segunda vez porque no nos maten mañana. No brindamos por tercera vez, pero bebemos.[...] Sonrió a uno de los muchachos, que me responde con un guiño. De esa manera que solo saben hacer los hombres, guiñando los dos ojos y asintiendo con la cabeza [...] Y de repente nos sentimos mejor”*<sup>454</sup>.

La imagen del alcoholismo o el uso compulsivo de bebidas alcohólicas durante la 1ª Guerra de Chechenia quedó ampliamente presente en la lectura social del conflicto, tanto en la imagen popular como en las producciones culturales que surgieron de ella, donde el soldado bebedor sería substituido por el joven veterano alcohólico. Ésta no solo sería una imagen asociada a la realidad social de un conflicto y sus combatientes, sino al contexto de decadencia de la Rusia de los años 90 y el trauma generalizado de una sociedad completa en crisis.

La ocupación de Grozny no marcó jamás un indicio de victoria desde su ocupación el 21 de Diciembre del 1994. Los combates prosiguieron en la ciudad y los alrededores hasta el último gran golpe checheno. A inicios de Marzo de 1996, el comandante checheno Shamil Basaev entró de manera furtiva con una razzia que en cinco días acabó con mas de 200 soldados rusos<sup>455</sup>. Meses antes, en Junio de 1995, Basaev había hecho lo mismo en la ciudad de Budennovsk, en territorio de control ruso, tomando centros clave y rehenes que acabaron en una desastrosa contraoperación rusa. Lo mismo sucedió en la base aérea militar del Daguestan ruso en Enero de 1996 y el contraataque en la ciudad chechena bajo control ruso de Gudermes, operaciones realizadas por el comandante Salman Dudayev, donde un humillado Ejército ruso tuvo que retirarse bajo el amparo de la protección del propio líder checheno. Finalmente, a inicios de Agosto, se produjo la gran contraofensiva chechena dirigida por Basaev, destinada a tomar Grozny y otras grandes ciudades como Argun y Gudermes. Sin poder derrotar a los chechenos y sin recibir refuerzos, el general *afgantsy* Aleksandr Lebed firmó el cese de hostilidades el 22 de Agosto de 1996 con el comandante checheno Aslan Maskhadov, llevando al inicio de la retirada de las tropas rusas el 31 de Agosto. La retirada se completó en Enero de 1997, complementada con la firma de un tratado de paz en Mayo entre Yeltsin y Maskhadov, ahora nuevo presidente electo de Chechenia.

---

454 PRILEPIN, Z.: *Patologias* (2012); pp.265-266

455 OLIKER, O.: *Russia's chechen wars 1994-2000* (2001); p.29

La retirada en Chechenia frente a unas fuerzas irregulares nacionalistas habían supuesto una humillante derrota para las Fuerzas Armadas rusas y una culminación de la grave crisis que arrastraban desde periodo soviético. La apuesta del golpe de fuerza de Yelstin concluyó en un fracaso político, agravado con la negligencia en la gestión de los rehenes de Budennovsk. La misma facción afgana que apoyó a Yeltsin y dirigió desde la política y el campo de batalla el conflicto quedó en evidencia, perdiendo su perfil de oficialidad profesional y experimentada. Eso fue muy significativo para Pavel Grachev, quien fue atacado por la prensa y grupos de derechos humanos. Aquel excomandante de tropas paracaidistas representante de los valores de la nueva profesionalidad militar que se asoció a la idea de hermandad *afgantsy*, constituyó uno de los principales causantes de la derrota en Grozny, de la masacre de civiles y del sacrificio de reclutas.

#### 2.14.- Hermandad menores: Una nueva generación de veteranos.

*“Al salir de Chechenia los muchachos bajan del vehículo y disparan contra el letrero en el que está escrito «Chechenia». Todos creen que si disparan durante mucho tiempo, al final caerá. Las balas chasquean, pero el letrero no cae. Entonces lo arrancamos y lo tiramos, a pesar de que un coronel, aparecido quién sabe donde, la emprende a empujones contra nosotros y cubre a [comandante] Semionyc de injurias. A Semionych le da lo mismo.[...] Gracias a nosotros, al destacamento diezmado, ha conseguido mucho, mucho dinero”<sup>456</sup>*

Zajar Prilepin describió así la retirada de su unidad tras el fin de la 1ª Guerra de Chechenia. En términos humanos, según las cifras oficiales, la guerra acabó con la vida de mas de 1000 soldados rusos y mas de 3000 heridos, aunque otras estimaciones ampliaban los datos a mas de 2000 muertos y el doble de heridos y desaparecidos<sup>457</sup>. Solo en la contraofensiva de agosto de 1996, se produjeron cerca de 500 bajas mortales rusas y unos 1400 heridos y desaparecidos<sup>458</sup>

Estas muertes no pasaron inadvertidas, como ya sucedió en Afganistán. Pero a diferencia de la década de los 80, ya no se estableció una censura oficial y existió una notable presencia de protesta y desafección general hacia la guerra. La prensa nacional y extranjera cubrió detenidamente el conflicto imitando formatos televisivos que recordaban a la Guerra de Vietnam, donde corresponsales y documentalistas seguían bajo disparos a unidades rusas entre las ruinas de Grozny,

<sup>456</sup> PRILEPIN, Z.: *Patologias* (2012); p.375

<sup>457</sup> SMITH, S.: *Las montañas de Alá. La batalla por Chechenia* (2002); p.278

<sup>458</sup> OLIKER, O.: *Russia's chechen wars 1994-2000* (2001); p.31

mostraban heridos y muertos, y se entrevistaban con guerrilleros chechenos. En muchas de las imágenes grabadas por cámaras de televisión, pero también gracias a la presencia de videoaficionados entre la tropa, se observaba a unidades militares de jóvenes soldados, de rostro aniñado y bajo peligrosas condiciones y dejadez. Sin duda, las grabaciones que mostraban a esos jóvenes soldados como prisioneros de guerra bajo control checheno generaron mucha controversia dentro de la sociedad rusa. No obstante, las mismas imágenes enseñaban en algunas escenas a esos mismos soldados en estado de embriaguez, cometiendo pillajes en aldeas abandonadas, disparando proyectiles por diversión y recorriendo edificios en ruinas.

Documentalistas extranjeros, como en el caso de Afganistán en la década de los 80, se focalizaron en cubrir las campañas de defensa de los derechos humanos ante la muerte de población civil chechena, dando gran visibilidad a los líderes guerrilleros chechenos que aprovecharon la oportunidad para ganar carisma mediático. Éste mensaje era avivado con la grabación de imágenes de asaltos y bombardeos a Grozny, cuya edición en casos iba acompañada de música rock imitando el estilo de cobertura periodística de la Ofensiva del Tet en 1968 en el sureste asiático. Conocido era a su vez el falseamiento de combates o bombardeos, donde los periodistas pedían a los soldados que simularan falsos combates con tal de obtener imágenes de acción de interés morboso de gran demanda en las cadenas televisivas.

Una guerra mediática y sin filtros que sin embargo generaba indiferencia y desafecto a partes iguales entre la población. Todo esto era síntoma de como esta guerra moderna se reflejaba en el interior de la sociedad rusa, como metáfora de la difícil transición política y como ésta repercutía directamente en la población adolescente y joven. Esta generación juvenil que protagonizó y vivió el contexto de la guerra en Chechenia fue la última generación nacida soviética, pero estaban desconectados del Partido y del pasado revolucionario militarista, mas aun que sus hermanos mayores que habían servido en Afganistán. Estos vivieron de primera mano la crisis de la transición al neoliberalismo, y con ello la transformación de la contracultura rusa, representada por la muerte del icono Viktor Tsoy en Agosto de 1990, la aparición de la esfera punk rusa y las fiestas de música electrónica occidental. La primera generación juvenil postsoviética había nacido ya en un contexto de crisis demográfica, originada en los años 70 durante el gobierno de Brezhnev. Aquella misma crisis del modelo familiar soviético en los 60 que afectó a la unidad familiar y los contextos de crecimiento de la generación *afgantsy*, hizo que unos años después en la década de los 70 la tasa de nacimientos bajase a 15,5 nacimientos por cada 1000 habitantes<sup>459</sup>. En parte porque la tasa de matrimonios y formación de unidades familiares se redujo debido a la crisis del modelo familiar. Mujeres solteras difícilmente podían decidir tener hijos si ellas estaban integradas en el mundo

459 EICHLER, M.: *Militarizing Men: Gender, Conscriptio and War in Post-Soviet Russia* (2012), p.23

laboral y no tenían apoyo de las redes familiares extensas para ayudar al cuidado de sus hijos. Por otra parte, las condiciones económicas y materiales no facilitaban que una mujer soltera pudiera garantizar la crianza y cuidado de hijos, reproduciendo en esta tendencia de baja natalidad una ansiedad o miedo de la población femenina rusa en relación al futuro.

En ese contexto, una movilización de leva de una generación en crisis de identidad, de emancipación económica y valores ideológicos hacia una guerra confusa, proyectó en la memoria social la potente imagen del adolescente perdedor dirigido a un matadero. Los movilizados para la guerra en Chechenia terminaron por constituir el máximo ejemplo del joven fracasado en un contexto de fractura social superior, donde siquiera podían intentar contrarrestar el efecto psicológico de crisis con el ideal de transición a la madurez o la masculinidad a partir del servicio militar o el trauma bélico. De hecho, la crisis total del ideal de madurez asociado al servicio se reflejaba con la media de 5000 desertores anuales que abandonaban el servicio militar o los 30.000 chicos que ni siquiera atendían a la solicitud de reclutamiento<sup>460</sup>.

Por ello en este periodo tuvieron gran impacto organizaciones sociales como los grupos de madres y familiares de soldados. El Comité de Madres de Soldados, creado en Moscú en 1989 al final de la Guerra de Afganistán, tomó durante el conflicto checheno un protagonismo fundamental en la crítica contra la guerra y el gobierno ruso, captando la atención de los medios por sus protestas y movilizaciones que llegaban hasta el mismo teatro bélico. Sus acciones ya se tornaron populares incluso antes de la caída del bloque soviético en sus protestas contra el servicio militar, suponiendo un giro total a la imagen patriótica de la madre rusa asociada a la revolución y el militarismo típica la propaganda y la literatura. En 1994, las madres rusas ya no consideran un deber patriótico criar y entregar hijos al estado, sino proteger sus derechos frente a éste, asociando al Ejército con la violación de los derechos humanos representado por la *dedovschina*, la desnutrición y la violencia.

Su movilización fue mas allá con la invasión de Grozny en Diciembre de 1994, cuando se dio a conocer que gran parte del Ejército enviado a Chechenia lo conformaban reclutas que, en muchos casos, ignoraban su destino y no se les permitió comunicarlo a sus familiares. Mediante piquetes, manifestaciones y presión a miembros de la política y el Ejército, estas madres solicitaban el retorno inmediato de los reclutas a Rusia y el fin del sistema de leva. Si en un inicio el movimiento del Comité de Madres era en su esencia un acción contra el servicio militar, los sucesos de Chechenia y la participación de los reclutas en el teatro bélico transformó a la asociación en un grupo ideológicamente pacifista que acusaba al gobierno ruso, y no a los rebeldes chechenos, de ser causantes de la guerra.

Ante el abrupto conocimiento de la movilización de sus hijos o la comunicación incierta de su

---

460 EICHLER, M.: *Militarizing Men: Gender, Conscription and War in Post-Soviet Russia* (2012); p.59

desaparición o muerte en combate por las Fuerzas Armadas, miles de madres de reclutas se desplazaron a Chechenia para recuperar a sus hijos o recabar información sobre su paradero, gozando su presencia de gran cobertura mediática. Noticiarios, documentales y publicaciones recogían constantemente testimonios y experiencias de estas madres. La revista rusa *Karta*, pionera en la defensa de los derechos humanos y la memoria histórica, recogió en un artículo la historia de mujeres como Anna Piasetskaya, madre del soldado desaparecido Nikolai “Kolya” Piasetsky. El caso del soldado Kolya era muy representativo de una realidad bastante extendida en el contexto de la guerra chechena: movilizado a Chechenia en Diciembre de 1994 a a pesar de haber sido destinado a Riazan, el Ejército notificó su defunción en combate en Grozny, sin ofrecer mas información oficial. Piasetskaya se desplazó hasta Chechenia visitando hospitales militares hasta descubrir que su hijo no había muerto en el combate descrito por el Ejército. Incluso llegó hasta Grozny y contactó con rebeldes chechenos bajo la posibilidad que su hijo estuviera prisionero: *“Los guerrilleros nos ofrecieron toda la ayuda que pudieron. Nos dieron transporte, compartieron su pan y difundían información sobre nuestros niños”*<sup>461</sup>.

Tras dos meses de búsqueda junto con otras madres, Piasetskaya descubrió, mediante ayuda de compañeros de unidad de su hijo, que éste murió poco después del incidente, y que su cuerpo fue enviado a una aldea de la región de Altai por una negligencia de la burocracia militar: el cuerpo desintegrado y casi inexistente de un soldado fue substituido por el de Kolya y enviado a otra familia. Situaciones como ésta recordaban mucho a lo que sucedió a menudo con las bajas en Afganistán, con ataúdes de zinc vacíos, cuerpos abandonados en cunetas, registros mal archivados, restos equivocados enviados sin aviso a familiares y desconocimiento del paradero de reclutas. La diferencia es que ésta vez la reacción familiar como la de la madre de Kolya generó un fenómeno notable, que aunque empezó de manera espontanea, movilizó a miles de madres que acabaron por organizarse bajo el paraguas del Comité en Chechenia y que acabó por posicionarse contra la guerra y el gobierno de Yeltsin: *“Nosotras, las madres rusas siempre fuimos visibles. A menudo se nos dice que nosotras mismas hemos enviado a nuestros niños a la guerra, que la guerra crece en nosotras, que en vez de buscar por nuestros niños deberíamos declararnos todas contra Yeltsin y que la guerra entonces acabaría. Esa gente olvida que Chechenia votó en mayoría por Yeltsin y que fue su decisión también [...] Pero hay mucha gente que simpatiza con nosotras. Entienden que nuestros niños son soldados y no tienen opción. Hace muy poco que los chechenos sirvieron en el ejercito soviético y saben lo que es. Muchos lucharon en Afganistán. [...] Aquí en esta pequeña esquina del mundo donde están los intereses de los magnates petrolíferos de Rusia. Ésto es por lo*

---

461 “ Ya plakal za vsek. Anna Pyasetskaya. Komitet soldatskikh materey Rossii “, *Karta* (Nº 16, *Chechnya v moyem serdtse*, 1997); p.11

*que nuestros niños y los habitantes de Chechenia mueren. Los chechenos no luchan contra los rusos, sino contra la presencia militar en Chechenia*<sup>462</sup>.

La presión del Comité de madres y el supuesto buen trato brindado por los rebeldes hacia los familiares desplazados a Chechenia se convirtió en una arma política para los nacionalistas chechenos. Tanto que el presidente Dudayev anunció que la negociación de intercambio de prisioneros de guerra no se realizaría con miembros del Ejército ruso, sino a través del Comité de Madres, las cuales se reunieron con el presidente checheno el 10 de Enero de 1995. Cuando los parlamentarios rusos debatieran sobre la cuestión en la Duma, no aceptaron la propuesta de Dudayev y no permitieron a las madres del Comité participar en las negociaciones, realizando en respuesta un ataque con misiles sobre el palacio presidencial el 12 de Enero, donde representantes del Comité y 87 prisioneros de guerra rusos se encontraban en aquel momento<sup>463</sup>. No obstante, las declaraciones de Dudayev y su actitud frente al Comité no era mas que un arma de propaganda. El fusilamiento y ejecución de prisioneros de guerra rusos por parte de los chechenos era una realidad y un miedo extendido entre la tropa. Como sucedió en Afganistán, la tortura y mutilación de prisioneros como táctica de guerra psicológica estaba a la orden del día. También existía otro destino, como siervos de las guerrillas o las aldeas chechenas. Tanto prisioneros de guerra como desertores rusos capturados fueron retenidos en ocasiones para ser empleados en labores de cocina u otros quehaceres rutinarios. En otras, podían ser vendidos a particulares o familias en aldeas para ser empleados en las mismas labores o mantenerlos como rehenes hasta el retorno del familiar combatiente. El periodista Sebastian Smith, laureado experto sobre la cuestión chechena, llegó incluso a entrevistarse con diversos desertores rusos cautivos de los chechenos, que obtuvieron su libertad convirtiéndose al islam y decidieron permanecer en Chechenia por miedo a la justicia militar.<sup>464</sup>

Aun así, en Diciembre de 1995 las mujeres del Comité establecieron una línea directa telefónica entre Moscú y Grozny con tal de recopilar información sobre soldados desaparecidos y realizar una lista sobre los caídos, hospitalizados o hechos prisioneros. Mediante estas listas, se descubrió e hizo público que durante el asalto a Grozny en Diciembre de 1994 fuerzas de la OMON y del KGB habían abierto fuego sobre unidades de conscriptos rusos, causando bajas de fuego amigo<sup>465</sup>.

---

462 “ Ya plakal za vsexh. Anna Pyasetskaya. Komitet soldatskikh materey Rossii “, *Karta* (Nº 16, *Chechnya v moyem serdtse*, 1997); pp.10-11

463 “ Ya plakal za vsexh. Maria Kirbasova. Komitet soldatskikh materey Rossii “, *Karta* (Nº 16, *Chechnya v moyem serdtse*, 1997); p19

464 SMITH, S.: *Las montañas de Alá. La batalla por Chechenia* (2002); p.322

465 “ Ya plakal za vsexh. Maria Kirbasova. Komitet soldatskikh materey Rossii “, *Karta* (Nº 16, *Chechnya v moyem serdtse*, 1997); p16

Precisamente eso ocurrió con los 3500 soldados conscriptos que formaban la brigada Maikopski, lanzada en un ataque hacia Grozny el día de Año Nuevo de 1995 que resultó con la aniquilación de la unidad. Madres organizadas a través del Comité se desplazaron a Grozny durante cuatro meses para saber el estado de sus hijos tras haber sido informados por el Ejército del desconocimiento del paradero de los soldados. Tras seis semanas de espera intentando reunirse con el coronel Piotr Kosov, establecieron contacto con el comandante checheno Isa Madaev, quien les ofreció una cinta VHS con imágenes grabadas de sus prisioneros rusos. En las imágenes algunas madres descubrieron que sus hijos estaban vivos y presos de los chechenos, y presionaron a Kosov para el intercambio, llegando a estar presentes en la reunión entre Kosov y Madaev.

Aunque la tarea del Comité de Madres tratara de defender los derechos humanos de los conscriptos y poner solución al limbo en que los costes humanos de la guerra se veían inmersos por las deficiencias de la política militar rusa, ésta terminó por jugar una mala baza en la imagen de los conscriptos. La derrota militar y la crisis patente de las Fuerzas Armadas rusas encontró un efectivo cabeza de turco en la figura del conscripto, cuando militares y parlamentarios retomaron parte del lenguaje discursivo del Comité de Madres para emplearlo como justificante de la derrota. Los conscriptos y veteranos de Chechenia no fueron reconocidos como combatientes, ni mucho menos como héroes nacionales, sino como niños. El uso de términos como “críos”, “niños” o “chicos” que empleó la protesta del Comité de Madres fue retomado en ese momento por miembros del gabinete de Yeltsin o por el mismo general Lebed, para acusar de la derrota a un ejército formado por chicos de mamá incapaces de lograr algo por si solos.

Aunque Lebed y otros militares reconocieron el factor de la terrible logística, estratégica y moral en la derrota, emplearon un discurso donde se responsabilizaba del fracaso a una generación infantilizada e incapaz de realizar la transición a la madurez. Eso, por supuesto, se acompañó con otras imágenes que apoyaban el discurso del soldado fracasado como la del alcoholismo y drogadicción, que se extendió entre la tropa durante el conflicto. Un carácter infantil y carente de masculinidad reforzado por símbolos como el alcohol o las drogas que remetían a un comportamiento marginal, indisciplinado y violento. Y no hacía falta respaldarse en discursos oficiales, pues el impacto mediático de la Guerra de Chechenia acabó dejando esa huella marginal sobre la memoria cultural de la guerra en Rusia, que reconocía a los soldados como gamberros o “brigada de borrachos”.

De ese modo se construyó una imagen del veterano de Chechenia que simbolizaba lo opuesto a la imagen de fuerza y control promovida por el gobierno de Yeltsin. Una imagen que para entonces ya estaba en declive y que rápidamente se vinculó con la guerra como un reflejo de la ineficiencia, la corrupción y la ausencia del nuevo estado ruso. En su lugar, se instaló la definición

de *Chechentsy* como una nueva bomba de relojería, pues no solo recreaban el estereotipo de críos inútiles herederos de la URSS, sino que también se traducían en la imagen de chicos que venían barbarizados por la violencia y el consumo de sustancias. Pronto, las consecuencias sociales, físicas y psicológicas del trauma quedaron asociadas a un discurso colectivo presidido por el vandalismo y el crimen supuestamente fomentado por estos reclutas, muy presente en el mundo de la cultura de masas rusa al asociarlo con la nueva ficción criminal y la figura del *boevik*.

Parte de este discurso social se vio reforzado por la ausencia de una legislación para veteranos del Cáucaso. Por un lado, había sido una derrota que, en opinión de cierto sector político y militar, desmerecía cualquier tipo de compensación por parte del Estado. Por otro, el Estado ni siquiera reconoció Chechenia como una guerra propiamente en términos de legalidad, permaneciendo en una definición ambigua entre campaña de control territorial y operación antiterrorista. Por ello ni siquiera se planteó un programa de asistencia social y sanitaria para los excombatientes una vez fueron desmovilizados. Tampoco la idea de otorgar ventajas o beneficios fiscales como los que dieron a posteriori a los veteranos *afgantsy*, a pesar de generar indignación entre algunos de los oficiales que integraban el Ministerio de Defensa.

La ausencia de beneficios para veteranos de guerra y desinterés generalizado del estado ruso hacia los jóvenes excombatientes jugó como gran factor para que éstos no se organizaran en colectivos o asociaciones en demanda de asistencia social. Del mismo modo que la guerra en Chechenia como parte de la campaña nacionalista de Yeltsin fue un total fracaso que no logró una movilización y apoyo masivo por parte de la sociedad, el patriotismo o la asunción de una conciencia nacionalista por parte de los excombatientes de Chechenia fue inexistente, al menos de forma inmediata. Para la sociedad, los *chechentsy* seguían representando un sacrificio inútil, una generación perdida y una muestra más de la disfuncionalidad del estado. Sin existir un diálogo social donde colectivos de *chechentsy* pudieran reclamar beneficios por sus sacrificios, el trauma bélico por Chechenia quedó reducido a individuos y familias, sin llegar a crearse una memoria colectiva o una subcultura propia entre veteranos.

Cualquier se intentó lograr un respuesta federal en asistencia a los veteranos de Chechenia o a los refugiados desplazados a otros territorios rusos a consecuencia de la guerra siempre, se hizo a título individual, y aunque no sufrieron la censura mediática de Afganistán, se siguió con la política de marginación y ausencia de conciencia por parte del resto de la sociedad rusa. Aunque las imágenes y reportajes explícitos mostraban la violencia de una guerra en términos reales y generaran abersión, este rechazo no generó protestas masivas por parte de la sociedad. Mas bien, pronto esa violencia fue abducida por la ambigüedad con la que fue definida la guerra, la política de pactos que tuvo lugar a posteriori y una desconfianza generalizada hacia el gobierno de Yeltsin. Por

ello, mientras la memoria colectiva de los excombatientes quedaba aislada en núcleos familiares, la memoria social del conflicto quedaba resumida en un fenómeno de indiferencia. A pesar de las campañas de prensa y grabaciones de corresponsales rusos e internacionales que buscaban en Grozny un paralelismo audiovisual al Vietnam estadounidense, con especial fijación por los combates urbanos y los carros de combate, el resultado fue poco lucrativo. La sociedad rusa estaba más interesada en el consumo de cultura audiovisual y noticias importadas del exterior. Cabe añadir que ese sentimiento de indiferencia social hacia los veteranos se reforzó también por la inclusión de la figura de las madres rusas del Comité, cuya aparición en los medios y sus actos en el teatro de operaciones por localizar a sus hijos influyó en la idea general que las heridas de la guerra quedaban a responsabilidad de los núcleos familiares.

Eso no impidió que especialistas en el ámbito de la psiquiatría y la medicina militar vieran en los veteranos de Chechenia hospitalizados patologías de estrés psicológico de rango más elevado que en el caso de Afganistán. En abril de 1996, poco meses antes de la ofensiva de Agosto sobre Grozny, el doctor V.S Novikov ya había estudiado los síntomas derivados del combate en más de un millar de soldados rusos. De unos 1.312 soldados, el 32% había sido desplegado en Chechenia con síntomas de estrés postraumático causado por los abusos de la *dedovschina*. Pero sin duda, eran las consecuencias de la guerra urbana y la mala preparación las que elevaban la cifra de soldados afectados<sup>466</sup>. Sin embargo, Novikov solo ofrecía como solución el uso de fármacos y la habilitación de unidades de psicólogos y sanitarios de campo entre las unidades en combate, con tal rehabilitarlos lo antes posibles o evitar el desarrollo de síntomas de estrés para no reducir su efectividad.

No fue hasta un año después del conflicto, en 1998, cuando la psiquiatría militar asoció el estrés postraumático a la marginación política y pública que se hizo de los combatientes desmovilizados. El doctor Maklakov, asociado a la Academia Militar de Medicina de Rusia, realizó un estudio comparativo entre *afgantsy* y *chechentsy*, resaltando el factor de las relaciones cívico-militares tras la guerra como factor de gran peso. Si los *afgantsy* sufrieron una precaria situación, estos recibieron al menos un mínimo apoyo estatal y cierto reconocimiento social de manera local, a través de recaudaciones de fondos, asociaciones de veteranos y grupos familiares. En cambio los *chechentsy* no recibieron ningún tipo de apoyo estatal ni privado, ni siquiera fue reconocido su servicio en una guerra que legalmente seguía sin tener tal categoría, teniendo además que lidiar con el trauma y sus heridas físicas en un contexto de crisis generalizada<sup>467</sup>. Todo esto produjo un

466 NOVIKOV, V.S: "Psikologicheskoe obespechenie boevoi deiatel'nosti voennosluzhachshikh", *Voenna-meditsinski Zhurnal*, No. 4, (Abril 1996); pp. 37-40

467 SIECA-KOŁOWSKI, E.: "The Post-Soviet Russian State facing Veteran's Psychological suffering", *Journal of Power Institutions in Post-Soviet Societies*, No.14/15 (2013); pp.25-27

conflicto donde el excombatiente tenía que enfrentarse a una memoria social y política que le negaba tal reconocimiento y descalificaba su trauma. Todos esos factores psicológicos derivados de la guerra en el Cáucaso y la nula reinserción se conoció popularmente entre la prensa y la medicina psiquiátrica como “Síndrome Chechenia”, imitando la definición que se hizo años antes con los excombatientes *afgantsy*. Los síntomas derivados eran los mismos que en Afganistán o guerras de combate pasivo como Vietnam: depresión, estrés, ansiedad, *flashbacks*, complejo de culpa, insomnio o dificultad de gestión de emociones como la ira. Pero en el caso de los veteranos *chechentsy*, el Síndrome de Chechenia se asoció especialmente con conductas que en cualquier caso, no venían de la experiencia de estrés de combate sino de los problemas sociales existentes en Rusia. En cualquier caso, tanto a nivel social como mediático e instituciones médicas, el Síndrome de Chechenia se relacionó de manera sobredimensionada con conductas ligadas a la carencia o falta de masculinidad, reforzadas por las imágenes de los jóvenes reclutas desentrenados y los colectivos de madres. La depresión y la ansiedad se asoció pronto a una ausencia de masculinidad entre los veteranos, que a su vez se reforzó con ideas como la sobreprotección materna y la mala influencia de las subculturas juveniles, sobre todo en relación con las drogas. Lo mismo se expresó hacia la dificultad de los veteranos para hallar empleo, socializar y entablar relaciones sentimentales con las que establecer un núcleo familiar, roles arraigados en la mente colectiva a pesar de ser una tendencia general en declive producto de los años de la crisis pos soviética.

Por otro lado, otros medios definieron el síndrome de Chechenia con los mismos síntomas, pero con el concepto de una masculinidad frustrada que se contrarrestaba con actitudes popularmente conectadas a la idea de una sobremasculinidad tóxica. En esencia, se hablaba del alcoholismo, drogadicción o expresiones de violencia.. Pero sin embargo, volvía a suceder lo mismo. Aquellos que consumían drogas o alcohol durante su servicio en combate lo hicieron como modo de automedicación o rituales de confraternización con tal de superar el estrés y la depresión, y aquellos que continuaron consumiendo estas sustancias a su retorno se debió en parte a que ya tenían problemas de adicción previos. Por supuesto, las tasas elevadas de divorcio entre soldados que sirvieron en Chechenia, que entre algunas unidades llegaban al 80%<sup>468</sup>, se asoció también a esta adopción de masculinidad tóxica, sin tener en cuenta que los núcleos familiares eran los que tenían que sostener al veterano, sin tener recursos, medios o conocimiento para ello. Se instauró así la idea popular del “soldado castrado”, ya fuera en términos de carencia de masculinidad o de conductas nocivas compensatorias.

La influencia y contacto de colectivos de veteranos de Vietnam con *afgantsy*, donde les enseñaron prácticas de grupo para tratamiento del trauma como las charlas colectivas y el apoyo

---

468 EICHLER, M.: *Militarizing Men: Gender, Conscription and War in Post-Soviet Russia* (2012), p.124

mutuo dentro de un ambiente seguros, jamás llegó a introducirse dentro de la psiquiatría militar rusa. Sin espacios donde tratarse ni obtener soporte, la mayoría de excombatientes decidió rehuir el trauma. Por esta razón, soldados y veteranos hospitalizados permanecían en condiciones de desatención generalizada y muchos rehuían el tratamiento con psicólogos y psiquiatras del Ejército, bajo la idea que el trato con ellos reforzaría el concepto de “culpabilización de la víctima” o de “soldado castrado”. En el Hospital de Rehabilitación Militar del Distrito del Cáucaso Norte, de 625 pacientes ingresados, el 30% sufría de estrés postraumático, sin embargo solo el 10% estaba dispuesto a ser tratado<sup>469</sup>. A eso se añadía que el trato médico para pacientes afectados por heridas físicas, en especial por amputación de miembros por impacto de minas, acababa en el momento en que el soldado era dado de alta. Para aquellos que necesitaban terapia de rehabilitación, prótesis o cuidado de infecciones, la atención médica era generalmente negada bajo el argumento que las necesidades posteriores al alta no eran responsabilidad militar ni estaban ligadas al conflicto.

La desconfianza hacia las autoridades militares y sanitarias y la marginación social llevó a una individualización del trauma entre los *chechentsy*, hasta el punto de aceptar sus problemas derivados de la guerra sin acudir a consultas o buscar apoyo, manteniendo una actitud privada y cerrada. Como se dijo anteriormente, la ambigüedad en la definición de la guerra y la ausencia de apoyo civil hizo que la mayoría no optara por vías políticas como el nacionalismo patriótico o la organización de clubes de veteranos.

Sin embargo, debido a la similitud de las experiencias y la memoria social que se construyó de ambas guerras, algunas organizaciones locales de veteranos *afgantsy* tomaron un papel en la ayuda y tutela de grupos *chechentsy* de áreas próximas, estableciendo un trato a modo familiar como “hermanos mayores” que conocían las dificultades de tratar individualmente con el estrés postraumático. En 1997, una organización de veteranos *afgansty* dirigida por el general Gromov, *Boevoe Bratsvo* (hermandad de combate) decidió apadrinar a cierto número de veteranos de Chechenia desde su sede de Moscú, donde disponían de un centro de rehabilitación. No obstante, este número seguían siendo menor, más simbólico que real, sin producir una llamada de atención hacia el colectivo de excombatientes de Chechenia.

Tras ejemplos como éste, empezaron a surgir algunas organizaciones menores de excombatientes de Chechenia siguiendo el ejemplo *afgantsy*, como el grupo *Pamyat*, en la ciudad de Samara. Esta organización se construyó más como un recurso de ayuda humanitaria para familias que habían perdido a un hijo o marido en la guerra, ya que se dedicaban exclusivamente a repartir alimento y suplir necesidades básicas como el pago de alquileres o la ayuda de búsqueda de

---

469 SIECA-KOLOWSKI, E.: “The Post-Soviet Russian State facing Veteran's Psychological suffering”, *Journal of Power Institutions in Post-Soviet Societies*, No.14/15 (2013); p,48

trabajo<sup>470</sup>. Otros grupúsculos de veteranos de Chechenia, Afganistán y otros conflictos internacionales ignorados o no reconocidos por el gobierno soviético empezaron a crearse a partir del 2000, siguiendo objetivos similares de organización de alojamiento, pensiones, entrega de prótesis y asistencia laboral. Sin embargo difícilmente tales organizaciones y colectivos locales actuaban en solitario. Chechenia siguió sin ser una guerra legalmente reconocido, por tanto, los exsoldados y familiares continuaron sin tener acceso a pensiones. Por ello, recibieron siempre ayuda de colectivos *afgantsy* y especialmente veteranos rusos de otros conflictos de la era soviética, tanto durante los 70 como la Guerra del Ogaden o Zembao, como de conflictos durante el desmoronamiento soviético. Veteranos que, a diferencia de los *afgantsy*, jamás llegaron a ser reconocidos como excombatientes de guerra, sino que permanecían como veteranos internacionalistas o de control territorial al igual que los *chechentsy*.

El papel del Comité y los colectivos de madres seguiría estando muy presente en grupos como *Pamyat*. El cambio de papel del tópico de la madre rusa a la espera del retorno de su hijo al de la madre que cuida y busca a su retoño no se limitó solo a los años del conflicto. Persistió mediante estas organizaciones y otros colectivos locales con tal de favorecer en la ayuda a excombatientes, recreando también un papel importante en la visualización de su reconocimiento. En este caso, no como héroes de la Patria, sino como víctimas del estado, imagen que reforzaron con sus numerosas manifestaciones contra el gobierno de Putin y el mantenimiento del servicio militar obligatorio

Muchos *chechentsy* no hallaron otra solución que volver a las Fuerzas Armadas o trabajar como mercenarios en el siguiente conflicto checheno, donde para entonces, el Ministerio de Defensa había cambiado hasta cierto grado sus políticas de reclutamiento y optado por un ejército formado por fuerzas profesionales con experiencia militar, focalizándose en formar unidades de paracaidistas y *spetznaz*. Con la invasión del área de Daguestán tras diversos ataques chechenos encabezados por Basaev y los atentados explosivos en Moscú y otras localidades rusas, en Agosto de 1999 se dio comienzo a la 2a Guerra de Chechenia, llegando a sitiar Grozny en Octubre. Esta vez, bajo el mando de Valdimir Putin en la jefatura de gobierno meses antes de la renuncia de Yeltsin a la presidencia, se envió una fuerza de 100.000 soldados, de los cuales cerca de 5000 se quedarían asediando la capital mediante un bombardeo de saturación entre Octubre y Diciembre.

La estrategia, mas elaborada que la de 1994, pretendía reducir a cenizas la capital e iniciar después una ocupación, siguiendo un avance sectorial empleando batallones *storm*, unidades de tropa de asalto profesional, apoyados por tanques, francotiradores y fuego aéreo. Dicha estrategia pretendía evitar cualquier combate directo similar al combate urbano de la invasión anterior. Sin

---

470 EICHLER, M.: *Militarizing Men: Gender, Conscription and War in Post-Soviet Russia* (2012 ; p.129

embargo, las guerrillas de nuevo volvieron a demostrar una mayor adaptabilidad y resistencia, y lo que se planeó como una operación rápida y técnica desembocó en otro atolladero. Para Enero del nuevo milenio ya había más de 600 bajas entre los batallones *storm* y tropa profesional, y la escasez de personal volvió a requerir de recluta de leva con menos de 3 meses de formación.

En esencia, gran parte de estos batallones profesionales fueron integrados por tropa mercenaria. Los conocidos como *kontrathcniki*, en contraposición a los reclutas, eran en su mayoría veteranos de la 1ª Guerra de Chechenia con experiencia en el manejo de armas, en el combate de contrainsurgencia y con necesidades económicas ante la dificultad de reinserción, que reingresaron en las fuerzas armadas mediante tropa de contrato. Para un *kontracnhki*, el segundo conflicto checheno representaba unos 850 rublos al día, junto con una mejor alimentación, vestimenta, armamento, protección y profesionalidad por parte de los mandos<sup>471</sup>. Pero muchos de estos soldados retornaron como mercenarios ante la imposibilidad de acometer una reinserción efectiva y lidiar con los trastornos derivados del estrés postraumático. Incluso cuando el Ministerio de Defensa destacó a grupos de médicos, psicólogos y otros profesionales para tratar las consecuencias del estrés de combate, estos eran descartados por los soldados por desconfianza o indiferencia ante su efectividad. Arkady Babchenko, periodista y escritor que explicó sus vivencias como recluta en la Primera Guerra de Chechenia, definió así su alistamiento voluntario como *kontrachniki*: “Ellos me arruinaron la vida, ¿viste?[...] ¡Como esperaba otra guerra como ésta! Nunca volví realmente de la primera; desaparecí en combate en los campos de Achkoi-Martan. El Viejo, Anton, Baby, Oleg – ninguno de nosotros regreso realmente. Tomad todos los soldados de contrato que queráis, casi todos estamos aquí por segunda vez. No solo por el dinero. Somos voluntarios. Somos voluntarios porque nos fuerzan a volver aquí abajo. No podemos lidiar más con los humanos. Somos psicópatas, ¿no lo ves? Incurables.”<sup>472</sup>

Es un factor interesante como el sentimiento de aislamiento no solo se resumió en su experiencia en la primera guerra, sino como miembro de la generación juvenil pos soviética. Mas adelante, en su texto añadía: “Es divertido. Soy libre aquí. No tengo obligaciones. No tengo que cuidar de nadie, de mi madre o de unos críos, nadie. Solo yo. Puedo morir o sobrevivir, si quiero. Si quiero, me puedo ir a casa, o desaparecer. Vivo y muero como me da la gana. No volveré a ser así de libre en mi vida”<sup>473</sup>. Para muchos soldados en edad juvenil como Babchenko, el sentimiento de crisis y frustración de la década rusa de los 90 era similar al estrés y la depresión causada por la guerra, siendo ésta: “la culminación de la desesperación, de la falta de dinero, del hambre, de la

471 OLIKER, O.: *Russia's chechen wars 1994-2000* (2001); p.61

472 BABCHENKO, A.: “Alkhan-Yurt”; *One Soldier's War in Chechnya* (2007); p.205

473 BABCHENKO, A.: *Op. Cit.* (2007); p.206

*falta de comodidad, de los azotes y las palizas*”<sup>474</sup>. En periodo soviético, el Ejército y el servicio militar supusieron un rechazo y una experiencia turbulenta para la vida de muchos jóvenes, pero el colapso del estado socialista y la turbulenta transición económica y política de los años 90 les dejó aun mas expuestos a la vulnerabilidad y la marginación, donde no existían ni la compensación colectiva de un gobierno socialista ni los beneficios ni oportunidades de un estado democrático.

### 2.15.- Boevik: la construcción cultural de los nuevos veteranos

Al término de la Segunda Guerra de Chechenia tras los combates en Komsomolskoye entre marzo y abril del año 2000, y a pesar que los cambios y mejoras en preparación y estrategia que se habían llevado a cabo no habían podido evitar las bajas por el combate urbano, la opinión hacia la guerra y la imagen del Ejército ruso cambió de manera considerable.

Con Vladimir Putin al mando de la presidencia, tras la renuncia de Yeltsin en 1999, se llevó a cabo una fuerte campaña política y mediática con la que ganar la opinión pública e internacional, a la vez que se inició una reforma interna del Ejército para poner fin a la crisis militar de herencia soviética. Se enviaron fuerzas profesionales de contratistas, se mejoró el equipo y la logística, junto con la coordinación de fuerzas y el uso de artillería. Pero las consecuencias del combate urbano y de contrainsurgencia no pudieron evadir un número de bajas superior al esperado por el Ministerio de defensa ruso. Aun así, la administración rusa vio en la segunda ofensiva por el control de Chechenia un punto de partida para fomentar una nueva política de nacionalismo en base a la defensa nacional y la lucha contra el terrorismo islámico. Para ello, se pusieron barreras de censura a la prensa y medios de comunicación. Esta vez no se vieron imágenes de soldados en combates callejeros, cadáveres en cunetas ni refugiados chechenos. Con el acceso de las cámaras al frente restringido, el gobierno creó una campaña mediática donde oficiales del Ministerio de defensa hablaban desde la retaguardia de manera positiva sobre el avance de la guerra, insistiendo en ésta no como una guerra, sino como una operación de seguridad antiterrorista. Realmente la imagen fue bien acogida por un público que fue testigo de los ataques con bomba que incitaron a la segunda invasión de Chechenia. Por supuesto, se ocultó el número real de bajas y las imágenes de combate urbano, a la vez que los indicios de bajas y desaparecidos entre la tropa de leva no profesional. La imagen del recluta quedó desligada de la guerra frente a los *kontrachniki*, a pesar de las Protestas del Comité de Madres que denunció la movilización de unos 38.000 reclutas de leva y publicó de forma constante un número de bajas mas elevado en contraste con el del gobierno en el diario *Nezavisinaya Gazeta* <sup>475</sup>

474 BABCHENKO, A.: “Alkhan-Yurt”; *One Soldier's War in Chechnya*. (2007); p.308

475 OLIKER, O.: *Russia's chechen wars 1994-2000* (2001); p.83

La censura y la política de pactos tuvo un efecto positivo entre la población, que a diferencia del primer conflicto, dio a la Segunda Guerra de Chechenia un apoyo general, viendo en su resultado una victoria que ponía orden al caos político del país. Empezaba así la era de Putin y el nuevo nacionalismo ruso, donde el papel del combatiente, el Ejército y el servicio militar cambiaría considerablemente para tornarse un pilar fundamental.

Pero antes que las campañas nacionalistas de Putin llevaran a cabo esa reforma de las Fuerzas Armadas rusas, los años 90 y la nueva cultura popular de masas rusa creó una figura del excombatiente ruso totalmente distinta, acorde con la actitud y el desinterés que se tuvo para los conflictos anteriores como Afganistán y la 1ª Guerra de Chechenia, a la vez que como paralelismo de la desilusión y frustración de la crisis ideológica, social y económica de Rusia.

De nuevo, el periodo de la *Perestroika* y la *Glasnost* impulsado por Gorbachov en 1987 dio paso a una nueva cultura de masas al margen de las directrices del Partido. A la vez que intelectuales soviéticos pudieron publicar obras capeando la censura y se editaban antiguas obras prohibidas por el Partido anteriormente, también en ámbitos dirigidos al público de masas empezaron a producirse narraciones audiovisuales que, aunque no realizaban una crítica directa, si reproducían un discurso pesimista y cínico sobre la vida cotidiana. Tanto documentales como películas y música recreaban esta visión triste de la realidad cotidiana de los últimos días de la URSS, y fue en el cine y en las nuevas oleadas musicales de rock y punk ruso donde más calada tuvo. Este tipo de narraciones donde se describe una sociedad estancada, triste y decadente, recibió el apelativo de *Chernukha*, término que deriva del argot carcelario y que tiene una traducción similar a oscuro o triste. Pronto se adaptó este término de manera general para definir una fórmula narrativa caracterizada por recrear una sociedad cruel y salvaje, empleando como tópicos habituales la descripción de entornos decadentes, familias desestructuradas, una sociedad cínica y desesperanzada, relaciones sexuales sin afectividad, alcoholismo, drogadicción y violencia descarnada, a menudo de manera gratuita<sup>476</sup>. Como ya sucedió con los formatos de programas televisivos de tertulia o documentales, muchos de los protagonistas de estas producciones eran jóvenes o adolescentes, afectados tanto por la crisis tardía soviética como por las campañas mediáticas contra la *narkomaniya*, y por supuesto, la guerra y el servicio militar.

El servicio militar se convirtió en uno de los temas recurrentes del cine soviético de finales de la década, ya que su crisis patente y la violencia inherente e institucionalizada de la *dedovschina* recogía los tópicos adientes para cumplir la fórmula cinematográfica *Chenukha*. Este tipo de films empezaron a aparecer en los cines soviéticos a partir de 1989. Ese año, el director Andrei Maliukov

---

476 BORENSTEIN, E.: *Overkill: Sex and Violence in Contemporary Russian Popular Culture* (2008); p.11

lanzó el film “*Delai-Raz*” (Hazlo, ahora), película centrada en narrar los abusos y la disfuncionalidad disciplinaria de las Fuerzas Armadas durante el servicio militar obligatorio. Tomando escenas que recuerdan a la primera parte de la *Chaqueta Metálica* de Kubrick, la película de Maliukov narra el día a día del recluta Gavrilov, quien a poco de finalizar su servicio y haber sobrevivido a los abusos de los veteranos, intentará mediar entre los abuelos y los nuevos reclutas para evitar así su maltrato. Con escenarios donde muestran barracones sombríos, marchas militares, constantes ejercicios bajo la mofa de los veteranos y música de guitarra de cuartel cuyas letras han cambiado el contexto afgano por el de la *dedovschina*, Maliukov muestra de manera sencilla las penurias y penalidades del servicio militar bajo la jerarquía de los abusos. Finalmente, Gavrilov, llevado al límite por las humillaciones y agresiones del sargento y el resto de abuelos, acaba por robar una ametralladora del arsenal y amenazarlos a someterse a las mismas humillaciones.

El mismo año se estrenó “*Karaul*” (La Guardia), dirigida por Aleksandr Rogozhkin. Inspirada en un hecho real, este film usa de nuevo la fórmula *Chernukha* para describir la vida cotidiana de unos nuevos reclutas soviéticos destinados a servir en un tren militar empleado para trasladar prisioneros a campos de detención militares en Siberia. Filmada completamente en blanco y negro y en formato de cámara en mano al estilo de un documental entre los hacinados vagones, *Karaul* reproduce una atmósfera opresiva y deprimente dentro de dicho tren, comparando las condiciones de los reclutas con la de los presos que guardan. Empezando la película con imágenes de unos animados reclutas que pasan el tiempo cantando canciones pop de los *Beatles* y tocando baladas de cuartel, poco a poco los pequeños pasillos y vagones cama del tren, su contacto con los presos y los abusos de los soldados veteranos les va llevando a un estado de depresión en picado. Estas imágenes son reforzadas con una puntual banda sonora de música fúnebre y baladas de guitarra poética rusa que recrea el descenso a la ansiedad y los trastornos psicológicos. Finalmente, tras un trayecto donde los reclutas intentan lidiar con la violencia y la tristeza con drogas, alcohol e incluso el intento de suicidio, uno de ellos acaba asesinando a los autores de la *dedovschina*

Siguiendo la misma estela, Aleksandr Chsilov dirigió “*Sto dney do prikaza*” (*Cien días antes de la orden*, 1990), donde de nuevo se recrea la atmósfera opresiva del servicio militar y los abusos sobre los jóvenes reclutas, aunque desde una perspectiva más metafórica y experimental. La película, censurada en su momento acusada de fomentar la homosexualidad y la pederastia, se compone de diferentes escenas o secuencias bajo la perspectiva de distintos personajes que están acabando el servicio militar, intercaladas por imágenes de videocámaras de seguridad, en representación del control y la pérdida de individualidad. Todas las historias de los reclutas reproducen el tópico común de la pérdida de la inocencia y el salto a una supuesta noción de adultez marcada por la desidia y el vacío tras su formación como ciudadanos soldados a base de abusos,

ejercicios y órdenes. Dicho tópico queda muy marcado en la secuencia del soldado Belikov, que huyendo de los veteranos que están abusando de los novatos, cae inconsciente y despierta desnudo en una cama junto a un niño. Tras esa escena, se ve como en realidad Belikov a muerto en la cuneta, mientras unos niños observan el cadáver. En este caso, también es interesante como extiende la atmósfera opresiva y decadente del Ejército mas allá de los cuarteles, para describir una sociedad apática que sigue bajo las consecuencias el militarismo arcaico de la Segunda Guerra Mundial, pero que vive resignada a ellas. Así se observa en escenas como la secuencia inicial, con soldados medio desnudos entre una casa en ruinas coronada por un retablo de San Jorge, la escena del recluta Roman que tras licenciarse es abandonado a su suerte en una estación de tren donde jamás llegan los trenes, o la escena del recluta que deambula por un pueblo de edificios en mal estado, bajo la mirada hostil de sus ancianos vecinos.

Solo un film de las últimas producciones soviéticas se dedicó a recrear el recién acabado conflicto afgano soviético. “*Afganskiy Izlom*” (*Derrumbe afgano*, 1990), dirigida por Vladimir Bortko en una producción conjunta soviético e italiana, se centró en narrar el último año de intervención soviética en la guerra civil afgana. Aunque la trama del film no persigue ningún objetivo, destaca el realismo y crudeza con el que la película recrea el desmoronamiento del Ejército soviético y la situación vivida tanto por soviéticos como población afgana. A través de los personajes del Mayor Bandura, experimentado soldado agotado y cínico tras años de guerra, y Gulakhan, un civil afgano que media entre los soldados y los muyahidines, se describe una realidad generalmente objetiva sobre todas las problemáticas y consecuencias del conflicto: incompetencia militar, corrupción y tráfico de armas, *dedovschina*, consumo de drogas, alcoholismo, emboscadas, la complejidad y diversidad de las guerrillas de muyahidines, descontrol de violencia sobre civiles y las dificultades del pueblo afgano. Bandura acaba por representar la contradicción del arquetipo de joven oficial profesional soviético dentro de un Ejército disfuncional y corrupto personificado por el teniente coronel Leonid. En ese contexto, la única motivación de Bandura para seguir es proteger a su joven pupilo, el teniente Steklov, y a su amante, la enfermera Katya.. Finalmente, la mala coordinación, la temeridad y el deseo de lograr méritos de Leonid llevan a un desastre militar, donde la unidad de Bandura es aniquilada, para después morir él mismo de manos del hijo de Gulakhan, que ha visto a su familia ser acibillada por soldados soviéticos en descontrol.

Realmente en estos films no se incidió en dar interés en argumento, a pesar de que se incluye un mínimo de drama. Siguen en esencia los principios de la fórmula *Chernukha*, donde describir el contexto y sus aspectos decadentes para mostrar una problemática social es el principal interés, mas que en incidir en una crítica. Por eso en films como *Derrumbe afgano* encontramos una recreación fidedigna y realista del conflicto afgano soviético, sin que éste constituya una crítica política a la

guerra: jóvenes soldados comprando radiocasetes y droga en los bazares afganos, la depresión y la violencia de la *dedovschina* o pequeños detalles como soldados soviéticos llevando zapatillas deportivas en combate; hasta las complejidades y diferencias étnicas del pueblo afgano, las tradiciones rurales de la hospitalidad o la venganza.

Con el colapso del régimen soviético, la fórmula *Chernuka* evolucionó hacia un modelo narrativo más agresivo y crudo. Las consecuencias sociales y económicas de la transición al modelo de libre mercado en Rusia, junto con la corrupción, los conflictos y el auge del crimen organizado moderno, establecieron unos patrones en la producción cultural de masas que pretendían recrear una sociedad ausente de valores y repleta de violencia. Esta crisis de valores sociales, morales y políticos de la sociedad rusa se vio influenciada a su vez por la entrada masiva de productos de consumo audiovisual occidental, donde la violencia desmesurada e injustificada y la pornografía era mostrada de manera explícita. Con ello, el nuevo cine y literatura comercial ruso tomó como principal función representar una sociedad poscrisis, sumergida en lo que se había asumido como un caos ideológico y político. Aunque algunas de estas obras tuvieran un matiz crítico con la política o el cinismo social, la mayoría eran simples productos de consumo masivo de producción barata, que enfatizaban en las facetas más morbosas. Sin embargo, aunque su principal objetivo era crear un consumo barato mediante la violencia y el sexo, ésta no dejaba de reproducir las contradicciones y dilemas ideológicos y sociales que preocupaban a la sociedad rusa de los 90. De hecho, esta nueva ficción tomó aspectos de la recién creciente ideología de nueva extrema derecha rusa, la escatología ortodoxa y la eslavofilia, construyendo siempre historias que acontecen en una realidad decadente, cuya única solución es su completa degeneración hasta resurgir de las cenizas e iniciar de nuevo un ciclo histórico.

En ese contexto de los años 90, el caos político, la explosión de conflictos bélicos, la posición de la nueva mafia rusa junto a los oligarcas y las consecuencias del recién conflicto afgano y checheno, hacían que esa crisis e inestabilidad generalizada en Rusia se asociara rápidamente con la violencia descarnada en todas sus facetas. Cuando se empezó a producir las primeras telenovelas, seriales, películas y novelas de bolsillo genuinas rusas en el nuevo mercado, independientemente del género, se popularizó como tópico que el protagonista y la historia estuvieran vinculados a estos conflictos o contextos de violencia. Así, el protagonista o antagonista de dichas ficciones siempre eran veteranos *afgantsy*, *chetchentsy*, expresidarios, mafiosos o policías corruptos. De ese modo, la *Chernukha* recrudescida estaría presidida por los *shows* y novelas de temática policíaca o negra, cuyo héroe pasaba a ser un antihéroe que, a pesar de surgir de esa sociedad al borde del apocalipsis, representaba una apelación a los valores morales o códigos remanentes de una tradición extinta. Así nació el género “*boevik*”

Como se citó anteriormente, *boevik* es un término del argot carcelario ruso, cuya traducción se asemejaría a bandido o profesional de la violencia. Se emplearía a menudo en el argot militar para referirse a los rebeldes chechenos, y tras la retirada rusa, se haría popular para denominar de modo despectivo a criminales, mercenarios o veteranos de guerra que ejercían su formación y conocimientos militares en negocios privados, crimen organizado u otras actividades delictivas. Sin embargo, en la ficción literaria y cinematográfica, el *boevik* encarnó a un personaje que, a pesar de emplear la violencia y provenir de entornos sucios y turbulentos, guiaba sus actos por un propio código moral y un cierto sentido del deber, por lo que le hace ser reconocido con cierta admiración.

Aunque los años 90 fueran el auge de la ficción televisiva barata de Rusia, fue en la literatura de bolsillo, de bajo coste y edición numerosa, la primera en emplear el género *boevik* y poner como protagonista a veteranos de guerra. La saga de novelas “*Besenyi*” (Perro Loco) de Viktor Dotsenko gozaron de una gran popularidad, recreando siempre a antihéroes en contextos de crimen, corrupción y violencia en áreas urbanas o espacios carcelarios de Rusia. *Besenyi* de Dotsenko fue la que fijaría el arquetipo de *boevik*, con su protagonista Govorkov, un *afgantsy* que creció en una familia desestructurada y un contexto soviético gris marcado por la violencia doméstica. La saga de novelas, que comienzan con Govorkov en prisión por un crimen del que es inocente, traslada al héroe desde un inicio al contexto de la criminalidad, pero aun así encarna los valores de la masculinidad, el heroísmo, el patriotismo militar y los valores tradicionales rusos. Govorkov imparte su violencia contra un contexto que lo margina en sus mismos términos, pero haciendo uso de su propio código moral. Como veterano *afganets*, Govorkov siempre se muestra patriótico, pero no con el estado actual, sino con una concepción mística y heroica del pasado ruso, a la vez que siempre mantiene los valores de camaradería y heroísmo militarista para sus camaradas *afgantsy*, siguiendo el ideal de hermandad de combate.

De ese modo, aunque la novela de Dotsenko como otros relatos *boevik*, respondieran más a una intención comercial que literaria, el público ruso, especialmente el masculino, vio en su protagonista Govorkov un modelo que respondía a la contradicción social rusa. Por un lado, Govorkov proviene de un contexto pobre y de familia rota, pero en vez de caer en subculturas o otras vías marginales, suple su carencia afectiva con el patriotismo y los modelos heroicos del folclore. Por otra parte, a pesar de ser veterano *afgantsy*, este no se siente derrotado ni marginado por el trauma, pues su deber como soldado no se debe a un régimen, sino para con los soldados de su hermandad de combate. Ese deber llevará al protagonista a volver a Afganistán en uno de sus relatos para salvar a prisioneros de guerra abandonados o ir con miembros de su unidad a cumplir su deber de guerreros a Chechenia, como un modo de contrarrestar el trauma, o más bien renacer de él. El protagonista de *Besenyi* guía sus acciones al margen del régimen, pero no en el modo caótico

de los antagonistas del género *boevik*. Siempre hará una reminiscencia a valores ancestrales y códigos de honor, en contraposición a una realidad ausente de estos valores representada por arquetipos del mundo neoliberal. Del mismo modo, intenta reescribir la crisis de masculinidad del veterano derrotado alardeando de una masculinidad sobre dimensionada, tanto en su trato misógino hacia las mujeres, representadas siempre como responsables de la crisis familiar, como en las alusiones fálicas asociadas a las armas o el erotismo del combate y la sumisión.

La influencia de *Besenyi* en la literatura de consumo masivo no tardó en traspasar el género *boevik* al cine comercial, copiando tanto el modelo de historia como sus protagonistas. Al adaptarse este género al cine comercial, tomó a su vez influencia del cine de acción estadounidense, y al igual que con la música rock rusa, lo rusificarían para adaptarlo a los términos y atmósfera rusa para hacer de él un género genuino. Así en 1991 nació uno de los primeros films *boevik*: “*Afganets*” (El Afgano), dirigida por Vladimir Mazur. Tomando el contexto de *Besenyi* y las influencias de la saga estadounidense *Rambo*, *Afganets* presenta a un veterano de Afganistán cuyo trauma reside en su experiencia como cautivo de los muyahidines y la pérdida de su hermandad de combate, por lo que su incapacidad de retornar a la vida civil le hace caer en el mundo criminal y revelarse contra la sociedad corrupta. El mismo esquema se repite con otras producciones como “*Ameriken Boi*” (Chico Americano, 1991) de Boris Kvashnev, donde de nuevo tenemos a un joven huérfano excombatiente que vuelve a Afganistán para vengar a su compañero caído para después huir a Estados Unidos.

La gran culminación del género cinematográfico *boevik* vendrá con la obra mas reconocida del director Sergei Balabanov, su película “*Brat*” (Hermano) de 1997. Film reconocido internacionalmente dentro del cine ruso y del género thriller, “*Brat*” nos relata la vida de Danila Bagrov, un veterano de la 1ª Guerra de Chechenia recién desmovilizado. Lo que mas destaca del personaje protagonista de la obra de Balabanov es que Danila reencarnara a un tipo de excombatiente *boevik* muy distinto al visto anteriormente. Si en libros como *Besenyi* o films como *Afganets*, el protagonista *boevik* es un excombatiente de marcada masculinidad y patriotismo, de cierta madurez y afectado por el trauma, en “*Brat*” Danila es representado como lo que correspondería a un veterano de Chechenia: un chico joven de 18 años, casi adolescente, ingenuo, ambiguo, con un sentido del humor cínico y que si padece algún tipo de trastorno, no lo expresa ni se ve afectado por él

El film se inicia justo con la desmovilización de Danila, el cual aun con su ropa militar, se cuela en un rodaje de un anuncio atraído por una canción del grupo rock ruso Nautilus Pompilius. Al regresar a casa, Danila es rechazado por todo el mundo, desde su madre que lo considera una carga hasta una dependienta que se asusta al pensar que será un veterano trastornado. Por ello

emigra a St. Petersburgo para vivir con su hermano, quien a su vez es un veterano que trabaja como sicario y que acabará pidiendo la ayuda de Danila. Es interesante como construyen el estereotipo de *boevik* a partir de Danila, pues Balabanov recupera ciertos elementos de la fórmula *Chernukha* y a lo largo del día a día del protagonista, se nos describe la sociedad rusa y como ha afectado especialmente a la generación juvenil. Gran parte del film transcurren con Danila deambulando por las calles de San Petersburgo, ignorando los rechazos de la gente o las preguntas sobre su servicio en Chechenia. Es un chico joven al que no le importa la política ni el patriotismo. Mas que valores, Danila desarrolla una consciencia de marginado generacional y de clase, que le hace enfrentarse contra lo que el considera injusticias sociales, como por ejemplo cuando hace bajar a dos *gopniks* del autobús por no pagar el billete e insultar a la revisora, cuando defiende a un anciano que vende sus pertenencias en la calle o cuando salva a una conductora de tranvía de ser violada. Lo que mas le importa es expresarse a través de la contracultura rock rusa, obsesionándose como un adolescente por el grupo Nautilus. La xenofobia política que aparecía en otros relatos *boevik*, aquí es substituida por un rechazo hacia lo occidental, representado por la llegada de estudiantes de intercambio, música *teknho* y los restaurantes McDonalds, y una idealización de la cultura rock soviética.

Por supuesto aparecerán elementos del genero *boevik*. La violencia acabará desatándose cuando Danila ayude a su hermano, traicionado por la mafia que lo contrató. Pero no será una violencia descarnada y desmedida, sino que se mostrará profesional y comedido, empleándola solo cuando no le dejan otra opción. Respecto a la misoginia, aparecerá en forma de rechazo de todos los personajes femeninos, desde su madre hasta la mujer salvada con la que entabla una breve relación, o también en forma de atención interesada, como en el caso de una adolescente rusa que conoce en la calle, solo interesada en fiestas y drogas. Pero en definitiva, el veterano de guerra es empleado en este film con una función descriptiva al estilo de la *Chernukha*, para mostrar la crisis juvenil dentro del nuevo decadente mundo pos soviético.

Como sucedió con el género *boevik*, a medida que la crisis, la corrupción y la fractura social se hicieron mas palpables en la sociedad, las fórmulas, tópicos y recursos narrativos empleados en novela y películas se recrudecieron de forma paralela. Así, del género *boevik* se pasó a mediados de los años 90 al conocido como *bespredel*. De nuevo, otro término del vocabulario carcelario soviético, cuya traducción sería algo similar a violencia sin barreras o sin justificación, en referencia a la violencia ejercida fuera de los códigos *vory* o normas del crimen tradicional<sup>477</sup>. En este caso, la *bespredel* no solo se refería a la nuevas jerarquías de crimen organizado que no seguían el código criminal tradicional ruso, existente anterior a la era soviética y cuyo sello de violencia y

477 BORENSTEIN, E.: *Overkill: Sex and Violence in Contemporary Russian Popular Culture* (2008); p.197

colaboración con oligarcas y burócratas eran algo representativo. Aunque en los relatos *bespredel* siguieran apareciendo criminales, veteranos de guerra y sicarios como principales protagonistas, el término aparecía para referirse a una sociedad totalmente colapsada sin resquicios de valores o códigos que midiesen las acciones de los protagonistas. Y mas importante, es la asociación que se hace al cambio generacional, pues el contexto construido en los relatos *bespredel* se caracteriza por recrear personajes y ámbitos contraculturales, es decir, la generación juvenil tardo soviética que llega a la adultez en los 90 y no tiene el bagaje ideológico o moral socialista, en contraposición con una idea nostálgica de la era soviética. En este tipo de relatos, ya no aparece el arquetipo de héroe *boevik*, un marginado profesional de la violencia pero con unos valores, siguiendo el discurso ortodoxo apocalíptico de bien contra el mal, martirio y resurrección. Ahora simplemente se construyen narraciones donde la violencia y el descontrol no tienen límites, tratándose de una contraposición de orden enfrentado al caos. En muchos de estos relatos, esa imagen de caos viene asociada directamente con la generación juvenil, cuyo refugio en las subculturas queda representado con la violencia, las drogas, la estética punk y la agresión sexual como algo genérico y no tanto derivado de una realidad contextual.

En este sentido se debe salir un momento de las representaciones culturales y observar que contradicciones son las que llevan a la asimilación de este tipo de tópicos. Como se mencionó anteriormente, aunque el género *boevik* y *bespredel* respondieran a un interés comercial morboso, se reproducían ansiedades, ideales y contradicciones morales que estaban presente en la sociedad rusa pos soviética. Respecto a los colectivos de veteranos *afgantsy* y *chetchentsy*, ambos grupos eran asumidos por igual como unas de las principales víctimas del colapso socialista y la nueva realidad rusa. Pero no solo eso. Esos veteranos eran vistos, representados y asumidos como *nizis*, marginados asociales cuya imagen se relacionaba con la caída de URSS como potencia mundial y a la vez como figuras inútiles incapaces de mantener la antigua unidad nacional. Mientras algunos grupos de *afgantsy* se refugiaron en ciertos constructos del nuevo patriotismo y la corrupción; los *chetchentsy*, sin reconocimiento ni asistencia por el estado, fueron percibidos como simples bombas de relojería, jóvenes frustrados y traumatizados sin control, similares a los personajes que recrean los relatos de ficción *boevik* y *bespredel*.

Esa idea de profesionales de la violencia sin estado, sin bagaje ideológico y con una influencia contracultura presente, quedó muy fijada cuando nuevos movimientos políticos hicieran escena en el panorama electoral ruso e intentaran reproducir este tópico de *boevik* o captar a este colectivo juvenil, tratando de convertir su alienación en militancia. En este caso, fue el *Natsional-bol'shevistskaya partiya* o Partido Nacional Bolchevique (NBP) el que trató de unir crisis juvenil y subculturas con una nueva ideología de extrema derecha, fomentando la idea de violencia,

irreverencia, provocación y ambigüedad como un modo de hacer política.

El NBP nació en 1993 de mano del escritor *underground* Eduard Savenko “Limonov” y el filósofo e ideólogo eurasianista Aleksandr Dugin, con el apoyo de múltiples artistas de la esfera contracultural como Yegor Letov, padre del Punk siberiano. Limonov, escritor al margen de la *samizdat* (intelectualidad no integrada dentro de la Unión de escritores soviética) se exilió a Estados Unidos en los 70 donde entró en contacto con la esfera contracultural punk y de extrema izquierda estadounidense, y posteriormente a Francia, colaborando con los ideólogos de la nueva ultraderecha europea como Alain de Benoist en París. Tras esta experiencia, a la que unió un ideal de nacionalismo ruso nostálgico del pasado, trató de crear una nueva apuesta política que uniera ambas esferas bajo la idea de radicalidad, ambigüedad, juventud y contracultura. Su contacto con Dugin reforzó su ideal de ferreo nacionalismo ruso basado en la eslavofilia rural y un eurasianismo bajo bandera rusa, con la idea de llevar a cabo una insurrección y una posterior guerra revolucionaria con la que instaurar un estado nuevo que pusiera fin a la decadencia urbana, la industrialización. La alienación juvenil y todos los elementos sociales considerados arcaicos y parásitos, desde la burocracia y los empresarios neoliberales hasta los pensionistas.

Limonov daba cuerpo así a los experimentos de alianzas Roja-Parda que estaban teniendo lugar en Rusia y otras antiguas Repúblicas soviéticas tras el colapso. Pero su proyecto no iba más allá de una imagen romántica de revolución en sí misma, de establecer la irreverencia, la rebeldía, la contradicción, la contracultura y el cambio generacional como política, sin ningún objetivo concreto. Para ello, Limonov dirigió su discurso hacia lo que el denominó en su manifiesto político “*Samyy ugnetonnyy klass*” (La clase más oprimida), es decir, la generación juvenil rusa nacida justo antes del fin de la URSS, ajena al socialismo y víctima del neoliberalismo. Limonov se dirigió a los jóvenes y adolescentes en términos de clase, poniendo la definición de juventud como sinónimo de extremista: “*Los jóvenes son fascistas, comunistas, desertores y reclutas*”<sup>478</sup>.

En esencia, Limonov pretendió la unión de todos los jóvenes rusos acosados por el entorno de crisis y refugiados en las subculturas en forma de partido, canalizando así su frustración y promoviendo un nuevo prototipo de ultraderecha nacionalista donde no existían las barreras arcaicas y toda expresión, siempre que fuera radical, anticapitalista y provocadora, era válida. Así, con él mismo como figura mesiánica dirigente, atrajo tanto a jóvenes punks, hippies y rockeros como a skinheads y neonazis. Entre todas estas subculturas, Limonov también hizo un llamamiento a los nuevos veteranos de guerra. Los *afgantsy* y los *chechentsy*, como sector marginado y que había reforzado su identidad mediante expresiones culturales, parecían un sector idóneo para el NBP de donde extraer militancia. No solo eran jóvenes, padecían las consecuencias de la crisis y habían

---

478 LIMONOV, E...: *Drugaya Rossiya* (2004); p.30

construido una identidad cultural al margen; también eran profesionales en el empleo de la violencia y padecían situaciones adversas concretas como el trauma y la marginación, que Limonov creyó que podría conducir en beneficio de su ideal de joven revolucionario, tal como dejaba claro en su manifiesto: “*el derecho a la guerra servirá como un inspirador de bien para las pasiones a las que sirvan*”<sup>479</sup>.

Aprovechándose de la faceta cultural de Limonov y de su número cuatro del Partido Yegor Letov, quien impulsó una plataforma cultural de conciertos punk y propaganda *underground* llamada *Ruskii Proryv* (Rusia Primero), intentaron difundir la imagen del militante combatiente revolucionario. El propio Limonov se crearía una imagen de sí mismo como guerrillero, haciendo un tour por los Balcanes durante la Guerra de Bosnia afirmando servir como francotirador para los serbios; a la vez que realizaba constantes montajes fotográficos posando con armas, glorificando la imagen de combatiente o mostrando a militantes, chicos y chicas, posando con subfusiles o cócteles molotov, a veces con connotaciones sexuales.

Pero su principal apelación a la adhesión de jóvenes veteranos al Partido tenía lugar a través de su órgano oficial de propaganda, el diario *Limonka*, cuyo título ya era una provocación humorística y una alusión violenta, que jugaba con la unión del alias del líder junto con el término *limonka*, palabra de la jerga militar que hace referencia a las granadas de mano. Junto con artículos de crítica política y temática contracultural, el diario haría un seguimiento de los acontecimientos en Chechenia siguiendo una retórica militarista y patriótica, a pesar de la crítica mordaz y punzante que realizaba sobre Yeltisn, Ruskoy y otros representantes de la Rusia liberal. Ensalzando la violencia bélica como motivación en sí misma, criticó a personajes como el economista Yegor Gaidar por oponerse a la guerra en Chechenia, tildándolo de tener un carácter “*anti-ruso*”, del mismo modo que calificaron a Ruskoy de ser un líder “*viejo, gris y gordo*”, incapaz de ejercer una oposición efectiva tras el fracaso del golpe constitucional de Octubre de 1993<sup>480</sup>.

Con todo ello intentó dar un giro a la idea del trauma bélico y la frustración del modelo de masculinidad rusa, para que a pesar de dirigirse a lo que Limonov llamó “*revolución de los fracasados*”, las subculturas juveniles se convirtieran en el modelo de héroe masculino y combatiente, en contraposición a los elementos parásitos, deprimentes, victimistas y arcaicos de la sociedad, lo que el llamó en su manifiesto “*adat*”. Para ello no solo rechazó el modelo de familia nuclear, sino que atacó de modo misogino a la mujer rusa como símbolo de debilidad, decadencia, autocompasión y causante de la quiebra de la masculinidad. Por este motivo el diario realizó una contundente persecución del Comité de Madres de soldados y sus campañas contra la guerra de

479 LIMONOV, E.: *Drugaya Rossiya* (2004); p.153

480 “*Kommmmyunike NBP Trebuyem V Vedeniya Voyennoy Tsenzury!*”, *Limonka*, n4, Enero 1995; p.1

Chechenia, acusándolas de ser las provocadoras de la decadencia del honor del combatiente ruso, las cuales “*deberían recibir el apelativo de antimadres, antiheroínas o mezquinas*”<sup>481</sup>.

Con cierto éxito dentro de la esfera de la nueva ultraderecha de los años 90 en Rusia, el NBP alcanzó poco más de 3000 militantes, la mayoría concentrados en el área de Moscú, creando una amalgama diversa de jóvenes intelectuales, artistas y músicos junto con punks, skinheads, hippies y demás chicos de zonas trabajadoras urbanas. Entre estos hubo efectivamente muchos excombatientes o chicos que habían llevado a cabo el servicio militar. Sin embargo, como sucedía con los *afgantsy* a finales de los 80, el porcentaje de militantes veteranos de guerra fue reducido. Lo mismo sucedió en otros grupos de ultraderecha, como el partido neonazi Unión Patriótica Rusa dirigido por Barkhashov, pequeña agrupación política que contó entre su militancia con una minoría de veteranos *afgantsy* y *chechentsy*. No obstante, la razón de la militancia de estos veteranos en grupos como la Unión Patriótica Rusa, igual que en agrupaciones de educación patriótica, era simplemente económica, trabajando como monitores en entrenamiento paramilitar de jóvenes a cambio de un sueldo.

Aun así, el NBP siguió impuslendo el tópico de joven combatiente y explotando la imagen de jóvenes veteranos de guerra frustrados que se unían al Partido movidos por el nacionalismo, el espíritu combativo y su carácter transgresor. No solo se hacía propaganda en los números del diario *Limonka*. El propio Partido, a partir de sus artistas *underground*, impulsó una literatura explotando ese ideal. El máximo exponente de esta literatura *nazbol* fue el mismo Zajar Prilepin, el escritor y veterano de Chechenia, quien en sus dos primeras novelas reprodujo el tópico *boevik*, desde el seno su experiencia en la guerra con su novela *Patologii*, hasta su frustración juvenil y su entrada en el nacional bolchevismo en su libro *Sankya*. *Sankya*, publicada en Rusia en 2006 pocos años antes del declive del NBP, transformaba la experiencia del autor en una narración sobre la idea generalizada de lo que constituía todo el proceso de un joven militante *nazbol*. Prilepin, quien entró en el NBP a los 20 años tras ser desmovilizado de Chechenia en 1996, describe a través del personaje protagonista Sasha como el contexto de descontento y alienación social lo llevó a encontrar en “Los Padres Fundadores” (pseudónimo que el autor da al NBP en la novela) una vía de escape que cree darle sentido a su existencia. Siendo un veterano de guerra veinteañero, en un contexto familiar roto, desempleado y frustrado sexual y socialmente, Sasha se sumerge por completo en la dinámica del nacional bolchevismo. Dicha novela resumía así la mentalidad de personaje de Sasha: “*Soy un marginado sin esperanza [...] Puedo matar. No necesito chicas. No tengo amigos y nunca tendré*”<sup>482</sup>.

481 LIMONOV, E.: “Limonka v protivnikov voyny”; *Limonka*, n.7, Febrero 1995; p.2

482 PRILEPIN, Z.: *Sankya* (2016); p.249

Junto a él, se encuentran otros jóvenes en situación similar, entre ellos otros veteranos de Chechenia y jóvenes de los suburbios sin ninguna motivación mas allá de enfrentarse a la policía en manifestaciones, destruir restaurantes MacDonaldis, lanzar huevos a políticos, perseguir violentamente a chicos de étnia chechena y defender ideales vagos de patriotismo y justicia social. Acciones sin mas motivación que la provocación simbólica, que el mismo Prilepin llamaría “terrorismo de terciopelo”: “Lanzan huevos y tiran mayonesa sobre famosos insoportables. Las americanas sucias les cuestan meses, incluso años de prisión”<sup>483</sup>. Pero para la frustración y desidia de Sasha esos actos no son mas que “el coraje del bufón llevados al masoquismo”<sup>484</sup>. Por ello, Sasha junto a otros colegas *chechentsy* y punks, deciden llevar a cabo la fantasia revolucionaria *nazbol*: asaltar un cuartel de la OMON, robar sus armas e iniciar una insurrección violenta encerrándose en unas oficinas; el planteamiento de Limonov para iniciar la guerra revolucionaria.

A pesar de su épico desenlace glorificando un sacrificio combativo, el final abierto no permite conocer el destino de su protagonista. En definitiva, Prilepin convierte su experiencia como militante en un relato de género *boevik*, con un joven frustrado criado en un contexto familiar roto, con experiencia militar y que se convierte en un guerrero con un código moral o ideológico opuesto al de su realidad. El propio final abierto no es mas que un recurso del género, que remite a la escatología apocalíptica ortodoxa y el renacimiento del guerrero.

Pero a su vez, el propio texto supone una contradicción con el tópico de veterano y el género *boevik*, pues Sasha y sus amigos aparecen como marginados sociales, que ni siquiera són tomados en serio por sus propios compañeros excombatientes no militantes. En cierto momento de la novela, Sasha y sus amigos se encuentran en un quisco callejero con un veterano *afganets*, no mucho mayor que él, que se dirige a ellos como “hermanos pequeños”. Cuando oye a Sasha hablar de nacionalismo, el Partido y su lucha basada en la provocación, éste les responde cinicamente: “¿Que es lo que quereis, mis hermanitos, de la política? Esos monos en traje solo esperan arrancaros alguna parte de vosotros [...] No os considero nazis. Bueno, vuestra bandera parece fascista, pero es solo basura. Quereis derrocar al gobierno; a mi también me gustaria derribarlos. Y a aquellos que nos arrastraron al culo de Afganistán, y a aquellos que nos sacaron fuera. Y a aquellos que arrastraron tropas al culo de Chechenia. Y a aquellos que las arrastraron fuera. Y a aquellos a los que les resbaló todo. Y a los chechenos también. ¿Pero que es eso de tirar huevos? ¿Vais jodidamente en serio? Perdí mi mano [en Afganistán], pero estoy listo para llevar vuestra bandera al Kremlin ahora mismo – Puedo estrangular con esta mano, y disparar. Pero no lo haré porque no sois mas que un puñado de payasos”<sup>485</sup>.

483 PRILEPIN, Z.: *Sankya* (2016); p.57

484 PRILEPIN, Z.: *Op. Cit* (2016); p.242

485 PRILEPIN, Z.: *Op. Cit* (2016); pp.71-73

Dicha reacción del veterano *afganets* refleja una actitud más acorde a la realidad que vivió la mayoría de excombatientes de Afganistán y Chechenia respecto a la política. La mayoría de veteranos rusos no encontraron una respuesta efectiva a corto o largo plazo en la política para lidiar con las consecuencias psicológicas, económicas y sociales de su realidad cotidiana, y como se ha reiterado, su participación en esta respondió más a necesidades económicas, contextos de crimen, corrupción o afinidades de rango o servicio. Sin embargo, el uso del tópico del excombatiente como protagonista de un género narrativo de cultura de masas como modo de exponer los problemas del contexto de los 90, sobredimensionarlos y reproducir en ellos las ansiedades sociales como el sentimiento de marginación social, la fractura familiar y del ideal de masculinidad, es más que significativo. Del mismo modo que sucedió con el cine y la literatura estadounidense en la década de los 70, desde las novelas de Tim O'Brien con el complejo de crisis de clase media hasta el revisionismo mediante personajes como Rambo, la figura del veterano conscripto, un punto medio en las relaciones civicomilitares, termina por servir de cabeza de turco. Una figura deslocalizada de su contexto, empleada como ejemplo o causante de una crisis social y política a grandes niveles, pero a la vez como un producto reconstruido de esta que apela a unos valores nacionales o una ética perdida, empleando para su reconstrucción el ideal de la violencia y la camaradería militarista.

Más allá del género *boevik* o el *bespredel* que capitalizó la figura del excombatiente ruso, la fórmula Chernuka y su relato peyorativamente descriptivo de la realidad siguió vivo tras el auge de la literatura *boevik*, y continuó empleando la figura del veterano de guerra. No obstante, evolucionó para adoptar un cierto tono más crítico, sin llegar a la denuncia explícita. Películas como *Peshawar Waltz* (1994) de Timur Bekmambetov o *Prisioneros de las Montañas* (1996) de Sergei Bodrov tomaban a los combatientes *afgantsy* y *chechentsy* bajo el discurso de la victimización, exponiendo una de las temáticas que aun permanecían tabú dentro de la política rusa: los prisioneros y desaparecidos de guerra.

En el apartado sobre la experiencia de la tropa en Afganistán, al igual que en el apartado referido a los *chechentsy*, se señaló la nula existencia de una política diplomática por parte del Partido o el gobierno ruso respecto al rescate y negociación de prisioneros de guerra. Esta actitud no había cambiado desde las políticas stalinistas de la Segunda Guerra Mundial, las cuales condenaban a penas trabajos forzados, prisión o muerte a los soldados que se habían rendido y hechos prisioneros por la Wehrmacht tras su liberación de los campos de concentración. Sin embargo, si que se hicieron excepciones con la alta oficialidad y poseedores de conexiones políticas, como el famoso caso de Ruskoy. Para el resto, la única oportunidad de recuperar a prisioneros de guerra residió en los contactos locales entre líderes guerrilleros y la oficialidad, asuntos que en muchos casos estaban relacionados con corrupción y el tráfico ilegal de armas.

Con motivo del colapso soviético y la transición de Rusia a un régimen democrata liberal se establecieron las nuevas relaciones entre Estados Unidos, la OTAN y la Rusia Federal. Uno de los aspectos empleados para fijar esas nuevas relaciones internacionales en política militar fue la *U.S.-Russia Joint Commission on POW/MIA Affairs* (Comisión conjunta ruso-estadounidense en asuntos de prisioneros y desaparecidos de guerra), en las que participó el veterano de Vietnam y futuro secretario de exteriores democrata John Kerry. Una Comisión establecida entre 1992 y 1996 donde se requirió a Rusia que desclasificara archivos del Ministerio de Defensa y del KGB para tratar de localizar posibles desaparecidos supervivientes y restos de soldados y personal estadounidense desaparecidos durante el transcurso de la Segunda Guerra Mundial y especialmente la Guerra Fría. Por su parte, Estados Unidos proporcionó información sobre la situación de desaparecidos y prisioneros rusos cautivos desde el conflicto afgano-soviético. El enviado especial de la embajada estadounidense, Peter Tomsen, entre 1989 y 1993 había viajado por Afganistan, manteniendo contacto con líderes muyahidines, líderes tribales, periodistas occidentales y políticos afganos sobre soldados desaparecidos soviéticos, a la vez que estableció relación con la Asociación de Veteranos Soviéticos de Estados Unidos. El resultado fue que de 315 desaparecidos, Tomsen reveló que 16 seguían supuestamente cautivos por líderes muyahidines<sup>486</sup>. Junto a esto, los delegados estadounidenses proporcionaron información de otros 57 desaparecidos, material adjunto consistente en tres fotografías y una cinta de video de soviéticos aun en cautividad junto a sus captores, información de otros 8 soldados recluidos proporcionada por el Comité internacional de la Cruz Roja y noticias de algunos soldados que podrían estar viviendo libremente en la región montañosa afgana del Valle Negro<sup>487</sup>. Dicha comisión consiguió reducir el número de desaparecidos a 287, tras lograr evidencias de la defunción de algunos soldados y establecer contacto con cuatro que aun seguían con vida.

Por su parte, Rusia fue reticente a desclasificar ciertos documentos que proporcionarían información de pilotos y soldados estadounidenses desaparecidos durante la década de los 50 y 60. Por otro lado, Rusia no aceptó parte de los datos ofrecidos por Tomsen, afirmando que todo soldado que permanecía en Afganistan lo hacía en estado de cautividad y que se requería como mínimo dos testimonios distintos para testificar la defunción, instando a Estados Unidos a que ejerciera una presión mas contundente contra el gobierno afgano y los líderes guerrilleros.

La noticia de dicha información no hizo mas que hacer público lo que en la década de los 80

---

486 "Soviet Losses in Afghanistan", *Comprehensive Report on the U.S. Side of the U.S.-Russia Joint Commission on POW/MIAs*, Junio 1996; p.67

487 "Soviet Losses in Afghanistan", *Comprehensive Report on the U.S. Side of the U.S.-Russia Joint Commission on POW/MIAs*, Junio 1996; p.68

era un temor conocido solo en rumores, noticias de vecinos y las experiencias familiares propias. La negligente gestión en la repatriación de los caídos en combate, junto con la nula política de negociación y rescate de prisioneros de guerra durante la intervención soviética en Afganistán era una evidencia, pero el desinterés del nuevo gobierno ruso se mostraba abiertamente con la publicación de dichos informes. Una situación que se agrabó y tuvo mucho más eco con el conflicto checheno y la movilización de la Comisión de madres que tuvo lugar durante las reuniones de dicha comisión. La catastrófica organización del Ejército ruso y su mala coordinación, que hizo desaparecer del mapa a unidades completas sin determinar su estado y su paradero, junto con la nula disposición hacia la negociación con los comandantes chechenos, llevó a que las movilizaciones del Comité de madres, organizaciones de derechos humanos y medios de comunicación alzaran grandes y sonoras campañas en denuncia de las desapariciones.

En ese contexto, algunos directores del creciente nuevo cine ruso tomaron aspectos de la fórmula *Chernuckha* para definir un nuevo cine con una intención revisionista, a la vez que matizaban cierta denuncia política. La primera de ellas fue *Peshawar Waltz* (1994) del director kazajo Igor Bekmambetov, que antes de emprender una carrera cinematográfica alrededor de los *blockbusters* de acción, realizó este film inspirado en los sucesos de la insurrección de 1985 de prisioneros soviéticos en la cárcel de Badaber, Pakistán. El film no deja de ser un drama de acción, pero aparece reproducido de forma oscura, desembocando en una situación desesperada sin salida, donde no hay cabida para la gloria militarista ni el renacimiento del héroe. Editada internacionalmente en 2002 bajo el nombre de *Escape de Afganistán*, la película nos presenta a un grupo de prisioneros de guerra cautivos por muyahidines en Peshawar, los cuales son entrevistados por un periodista y un médico occidentales interesados en saber sobre crímenes de guerra del Ejército Rojo. Dicha ocasión es aprovechada por los soldados prisioneros para desarmar a los guardas y tomar a los entrevistadores como rehenes, iniciando un levantamiento armado que, tras unas negociaciones sin éxito, llevan a la muerte de todos los protagonistas. Aunque en el suceso real de Badaber los insurrectos soviéticos murieron en la lucha o ejecutados tras el fin del motín, Bekmambetov quiso darle un giro final con el que dar una clara intención crítica al film. Así se empleó la victimización, sin renegar de la cierta epicidad que se da a los amotinados, cuando los que mataban a los prisioneros no eran muyahidines ni pakistaníes, sino helicópteros de combate soviéticos que tras negarse a negociar con los rebeldes bombardean la zona.

Fue sin duda el film de Bodrov de 1996 *Kavkazskiy plennik* (*Prisioneros del Cáucaso*, aunque traducida internacionalmente como *Prisioneros de las montañas*) la que ganó más fama tanto a nivel nacional ruso como en el panorama europeo y norteamericano. Protagonizada por Sergei Bodrov Jr, protagonista de *Brat* e hijo del director, nos presenta un relato inspirado en el cuento

homónimo de Tolstoy. La película narra la historia del novato soldado raso Ivan y el corrupto y pendenciero sargento Sasha, hechos prisioneros por los rebeldes chechenos en una emboscada y comprados por el anciano Murat para ser empleados como esclavos hasta que logre una tregua con los rusos para intercambiarlos por su hijo. Mientras Sasha busca maneras de escapar o evadirse del cautiverio, Ivan se ve cada vez más atraído por el modo de vida y las tradiciones de los chechenos, entablando una relación afectiva con la hija menor de Murat. Mezclando fórmulas descriptivas con un tono crítico hacia la guerra y la corrupción del Ejército ruso, Bodrov realiza un discurso revisionista donde los soldados y la misma aldea chechena, con sus paisajes y retratos costumbristas son victimizados de la misma manera. Los planos y fotografía de la película, que construyen marcos que recuerdan a Afganistán, mezclados con una banda sonora de música folclórica chechena e himnos militares rusos que no casan con la escena, acaban por constituir en sí el verdadero protagonista, frente a una fuerza contraria representada por la violencia desmesurada, la ausencia de valores y la corrupción.

Se insiste a su vez en el papel de la madre rusa a través de la madre de Ivan, maestra de escuela viuda que acude a Chechenia. La madre de Ivan acaba por ser la otra cara de la misma moneda que Murat, ya que ambos solo quieren recuperar a su hijo. Frente a la figura de la madre, se encuentra el propio Ejército, representado por un oficial corrupto, desinteresado en lo que acontece fuera de su despacho y lanzado a los placeres del contrabando, mientras fuera sus soldados venden sus propias armas a los chechenos para comprar vodka. En definitiva, *El prisionero de las Montañas* no deja de reproducir de nuevo la fórmula escatológica que se popularizó a inicios de los 90. Aunque la violencia no es explícita ni gratuita, si se representa una visión descriptiva de una estructura estatal decadente y nociva frente a una cultura ancestral con tradiciones y códigos que acaba por ser bombardeada por la artillería rusa, pero que sin embargo como el lobo del Cáucaso, vuelve a renacer para resistir, símbolo que aparece constantemente en los cánticos que los aldeanos chechenos cantan a lo largo del film.

Algunos autores trataron de seguir esta misma estela, huyendo de los arquetipos del género *boevik* empleando la fórmula *chernukha* a nivel narrativo para tratar de seguir una visión revisionista a la vez que ofrecer una descripción decadente y sucia de la guerra, su contexto y sus consecuencias en la realidad pos soviética empleando la figura del veterano o excombatiente. Fue Oleg Pavlov, citado anteriormente, quien más destacó dentro del panorama literario ruso con su trilogía *Cuentos de los últimos días*. Usando sus experiencias como joven recluta soviético durante los últimos días de la guerra afgano soviética y de la caída de la URSS, Pavlov narra su estancia en la base militar de Karabas, en la frontera entre Kazakstán y Afganistán, como guarda de un campo de presos militares y un hospital de heridos de Afganistán. Su primera novela publicada en 1994,

*Capitán de la Estepa*, describe con sentido del humor y cinismo la frustrada vida del Capitán Khabarov, un viejo oficial del Ejército sin más aspiraciones que jubilarse y recibir un apartamento en un *Kommunalka*. Sin embargo, la mala gestión de la burocracia militar y política hace que tanto presos como soldados se mueran de hambre, por lo que el cansado Khabarov iniciará una burocrática cruzada absurda por conseguir los permisos para plantar un campo de patatas con el que alimentar al campo. En su siguiente novela, *El Caso Matiushin* (1998), Pavlov pasa a describir una experiencia más personal y pesimista hablando de la tradición militar, la desestructuración familiar y la violencia del servicio dentro de una sociedad en quiebra en la que ya no guardan ningún sentido. El joven Matiushin, hijo de un militar de carrera soviético que nunca ha combatido pero hace alarde de patriotismo y dureza castrense, es llamado a filas a cumplir su servicio en el campo de prisioneros y hospital militar de Karabas. Con un hermano muerto en Afganistán y un rechazo a su figura paterna, su desprecio hacia la vida militar crecerá cuando caiga víctima de la *dedovschina*, sea testigo de soldados mutilados en Afganistán mendigando para retornar a casa y haga contacto con los presos del campo. Tras la finalización de su servicio militar, Matiushin vuelve a casa sabiendo de la muerte de su padre, cargando con sus cenizas en medio de una tormenta invernal, representando un bagaje y un trauma que de nada serviría para la nueva sociedad que se avecinaba tras el invierno soviético: *Y caminó de vuelta el caminó hacia la estación de autobús, escuchando a la urna moverse dentro y sintiéndose como si él mismo se estuviera congelando con hielo a cada paso. [...] Sintiendo como si su sufrimiento se hubiera acabado, caminó entre la misma multitud, aquella caja de vidrio, la misma línea de vida, los autobuses de marrón rojizo, envueltos en nubes de vapor, y sintió algo mayor que la paz. Pensó que había dejado esta vida exactamente como había llegado a este mundo cuando nació: sin sentir nada*<sup>488</sup>.

En definitiva, ya fuera con una intención descriptiva o puramente de morbosidad comercial ante la masiva entrada de estímulos culturales, todas estas producciones cinematográficas y literarias de masas y su uso recurrente del veterano tardío soviético constituyeron un espejo de toda una psicología social en crisis. Los *afgantsy* o *chetchentsy* y su vinculación con los estereotipos de víctimas, violencia, ultramasculinidad, decadencia, núcleos desestructurados, submundos criminales y dicotomía de orden frente caos, se construyeron como uno de los diversos recursos culturales empleados para representar una gran crisis ideológica y psicológica. En esa primera mitad de la década de los 90 con la transición a la democracia neoliberal, las consecuencias de la terapia de choque, la crisis constitucional, los conflictos y la pérdida de una noción de estado con un Partido y una ideología que fueron potencia mundial durante casi medio siglo, supuso un *shock* colectivo social demasiado dimensionado y complejo de digerir. Mientras una parte de la sociedad aun vivió

---

488 PAVLOV, O.: *Matiushin Case* (2013); p.260

cínica y decepcionada con el esquema psicológico socialista y la memoria de potencia victoriosa, otra gran parte, joven y desconectada, vivió de unos recuerdos que no significaban nada, a la vez que les impactó una realidad nueva y difícil mientras aparecían nuevas ideologías y se reconstruían símbolos culturales. En este aspecto, la figura del veterano tardío, la construcción artificial de una memoria social a partir de los *afgantsy* y los *chetchentsy* se convirtió en la pieza que más podía encajar para expresar un contexto de ambigüedad, decadencia y desconcierto. Una pieza que simbolizaba el orden de unos valores frente al caos de una realidad que no requiere de ellos, pero que a la vez representaban el desgaste y la disfuncionalidad de la tardía estructura soviética, sin una manera de sanar las consecuencias que esta había dejado tras su desaparición.

#### 2.16.- La 9ª Compañía: Los nuevos veteranos en la era Putin

En 2005 el presidente Vladimir Putin aclamó con gran efusividad el film "9 rota" (La 9ª Compañía) del director Fiodor Bondarchuk, llegando a ofrecer un pase privado a los miembros de su gabinete. Dicha película fue comparada por el presidente como la equivalente rusa a *Salvar al soldado Ryan* (1999) de Steven Spielberg, instando a todo el público a visionarla y llegando a convertirse realmente en un éxito rotundo en taquilla. Precisamente la *9ª Compañía* fue una de las películas producto de la oleada del nuevo cine comercial ruso, producciones taquilleras de acción, con intervención de grandes presupuestos y efectos especiales de última generación. Mientras algunos de estos films recurrían a la comedia familiar o al cine de ciencia ficción, uno de los géneros cinematográficos más explotados lo constituyeron los dramas bélicos, en su mayoría centrados en la Segunda Guerra Mundial, con escenas de batallas encarnizadas, marcado patriotismo y actos de resistencia heroica desesperada. La *9ª Compañía* nos narra una historia sencilla: el recluta Lyutyty junto con sus compañeros de unidad conscriptos pasan el proceso de entrenamiento para ser enviados a Afganistán en los últimos años de intervención soviética. Vagamente inspirada en un suceso real conocido como la batalla de la Colina 3234 de Enero de 1988, los conscriptos pasan toda la fase entrenamiento y abusos físicos como un proceso de madurez masculina y de construcción del ideal de hermandad de combate, culminando con la adopción de la masculinidad sexual cuando la unidad entera yace con una prostituta antes de ser movilizados. Finalmente, tras refriegas y problemas al ser desplegados en Afganistán, la compañía entera será aniquilada por oleadas de guerrilleros muyahidines en una encarnizada batalla que concluye en el cuerpo a cuerpo. Dejando al joven Lyutyty como único superviviente, se acaba desvelando que la muerte de la unidad había acontecido poco después que Gorbachov ordenara la

retirada de las tropas del país. Pero a pesar de un sacrificio en vano que podía haberse evitado, Lyutyty se consuela pensando que él y sus compañeros cumplieron con su deber y ganaron su propia guerra al cumplir con los valores del guerrero y la hermandad de combate.

El síndrome de Chechenia y la ambigüedad con la que el conflicto y el trauma derivado fue experimentado tanto por veteranos como civiles, fue la la gota que colmaría el vaso de la crisis dentro de la institución militar rusa. La falta de disciplina, los abusos de la *dedovschina*, la corrupción y la mala fama adquirida tras la intervención en Chechenia no solo habían llegado a su máximo auge con el final de la década. El ministerio de Defensa y el liderazgo ruso ante la campaña chechena y sus consecuencias carecían de total credibilidad y se ganaron la total desconfianza de la gente. Mientras agencias de prensa rusa declaraban unas 4.739 bajas caídas en combate junto a 13.108 heridos y 29 desaparecidos solo en el año 2002, el Ministerio de Defensa defendía con contundencia que el costo total de la campaña entre 1999 y 2002 fue de 4.572 muertos. Poco después, el ministro de Defensa por el momento, Sergei Ivanov, redujo drásticamente la cifra a la nada creíble de 480 caídos en 2002<sup>489</sup>.

El Ejército, el servicio militar y los valores de patriotismo y confianza estaban en un agujero negro, en comparación con la creciente mentalidad neoliberal que la lenta pero constante recuperación del mercado empezó a dejar en la mente de la sociedad rusa. La consolidación de las dinámicas liberales de mercado con la llegada a la presidencia de Vladimir Putin, un cierto aumento de la capacidad de consumo y una creciente estabilidad económica proporcionaron unos nuevos modelos de masculinidad alternativos al obrero industrial y el soldado patriótico típico de la retórica soviética. El militarismo cayó en plena desgracia entre los jóvenes rusos del nuevo milenio, a excepción de la memoria de la Gran Guerra Patriótica. En su lugar, el hombre de negocios, el emprendedor y el consumista de clase media asumían un nuevo rol dominante, en paralelo al crecimiento económico.

No obstante, la campaña de Vladimir Putin como nuevo líder del estado ruso no excluyó a las Fuerzas Armadas en ningún momento, y de hecho se tornarían uno de sus pilares fundamentales. Putin y la propaganda que hizo de “*La compañía 9*” marcaron así el inicio de una campaña de fomento de los valores patrióticos, militaristas y de conciencia de deberes civiles nacionalistas. Con esto no solo inició una profunda reforma del Ministerio de Defensa y los presupuestos militares, a la vez que reunió en su nuevo gabinete a políticos, militares *afgantsy*, intelectuales e historiadores. Su campaña nacionalista implicó un giro ideológico de 180° con tal de recuperar el ideal de Ciudadano-Soldado y hacer del militarismo un aspecto base de su política y cotidianidad dentro de la ciudadanía rusa.

---

489 OUSHAKINE, S.: *Patriotism of despair. Nation, War and Loss in Russia* (2009); p.152

Para ello se empleó una contundente campaña de militarización de la sociedad rusa, recuperando memorabilia de la historia y grandes episodios patrióticos del pasado ruso, junto con el monumentalismo soviético y la imagen victoriosa de la Segunda Guerra Mundial. Esa memorabilia pasaba por alto lo sucedido en los dos conflictos chechenos, pero recuperaba y revisionaba el conflicto afgano como un sacrificio necesario para renovar del patriotismo, siguiendo el pensamiento escatológico ortodoxo.

Junto a esto, grupos étnicos anteriormente perseguidos por Stalin como los cosacos, se convirtieron en uno de los principales guardaespaldas del gobierno como lo habían sido en época zarista. La militarización de la sociedad tuvo su principal efecto en el sector educativo infantil y juvenil. Desde los tradicionales campamentos y clubes de formación patriótica ya existentes en época tardo soviética y en los 90, hasta colegios, institutos, universidades y academias militares con formación específica para cuerpos de élite como la Guardia Fronteriza o Batallones de cosacos.

Para poder llevar acabo todo ese proyecto, Putin inició un nuevo tipo de relaciones con las mayoritarias organizaciones de veteranos *afgantsy* muy distinta a la de su predecesor, con tal de darles un papel no sólo político sino también público como modelo de ciudadano. A diferencia de los beneficios fiscales que Yeltsin empleó en la captación de ciertos colectivos, Putin quería introducir a los *afgantsy* como ejemplos de sacrificio e historia del pueblo ruso. En definitiva, les ofreció reconocimiento social y político, promover una visión renovada de la guerra afgano soviética y crear una memoria colectiva distinta. Eso congeniaba con la mentalidad y deseos que ciertos colectivos *afgantsy*, tanto de la alta oficialidad en puestos de poder como organizaciones o pequeños grupos de veteranos, habían desarrollado como factor de fuerza relevante dentro de la política, sobre todo tras los sucesos de los conflictos territoriales y el golpe constitucional de 1993, donde gran parte de las organizaciones *afgantsy* respaldaron a Yeltsin.

Poco antes de la campaña de Putin y su reclamo a los *afgantsy*, las mayores organizaciones de veteranos de Afganistán rusos ya tomaron consciencia del papel que querían jugar dentro de la política del país. En Marzo de 1999 tuvo lugar la Conferencia de representantes de organizaciones de veteranos de Afganistán, de la cual por primera vez surgió un movimiento político unificado. Así, la Unión de Veteranos de Afganistán (SVA) como otras organizaciones como la Unión de consejos de soldados internacionalistas y la reciente Unión de clubes militares patrióticos, se unificaron dando lugar a la SVA de la Federación Rusa (RSVA)<sup>490</sup>. El apoyo generalizado que esta organización y otros clubes menores dieron a Putin también se vio fomentado con la oposición creciente que se gestó contra Yeltsin cuando su administración cancelara sus privilegios y beneficios

---

490 RO'I, Y.: "The Varied Reintegration of the Afghan War Veterans in Their Home Society", *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society: Back from Afghanistan: experiences of soviet Afghan War veterans in transnational perspective* (Vol.1, n2, 2015); p.44

fiscales ante la oleada de violencia y corrupción asociada a las actividades ilegales de estos colectivos de veteranos. De ese modo, la RSVA se unió junto a otros partidos en el bloque electoral que dio apoyo a la candidatura de Putin en 1999, hasta finalmente unirse al Frente Popular de toda Rusia, creado por Putin en Mayo de 2011<sup>491</sup>. Lo mismo sucedió con la organización *Boevoe Bratsvo* dirigida por el general Gromov, quien pasó de dirigir una organización de apoyo a veteranos *afgantsy* y *chechentsy* a encabezar un grupo de presión política destinado a respaldar al nuevo presidente ruso, el cual pasó a encabezar múltiples de sus actos conmemorativos.

Con motivo de consolidar el apoyo de las organizaciones *afgantsy* y consolidar su rol político como ficha en su campaña, apeló de nuevo al discurso heroico y su deber cívico con la construcción del primer monumento nacional dedicado a los caídos en Afganistán, inaugurado en Moscú en 2004 en el mes de Diciembre, mes del inicio de la invasión de Kabul. A su vez, el 15 de Febrero, día en que las últimas tropas soviéticas se retiraban de Afganistán en 1989, se convirtió en una fecha conmemorativa dentro del calendario festivo ruso, empleando el viejo discurso soviético que apelaba al recuerdo de la guerra como un intento de defender las fronteras nacionales contra las amenazas del islamismo y las intervenciones extranjeras.

La campaña patriótica de Putin y el papel de los *afgantsy* en ella, a pesar de estar siempre detrás en protagonismo de la Gran Guerra Patriótica, se hizo visible y patente casi de manera inmediata, con un apoyo generalizado de todas las organizaciones. Charlas y eventos en escuelas, obras teatrales y musicales, inauguración de monumentos y actos conmemorativos, telefilms patrocinados por el gobierno, museos dedicados a la guerra afgana y clubes escultistas militares para jóvenes, se multiplicaron hasta hacerse un elemento visible dentro de la sociedad rusa. En un comunicado, con motivo del aniversario de la retirada soviética de Afganistán, el presidente Putin expresaba así la importancia de los *afgansty* como tutores para criar a “*hijos rusos ejemplares*”: “*La posición civil de responsabilidad patriótica de los guerreros afgantsy, su saber y su experiencia son necesitados por nuestro país. Veteranos de operaciones militares que sirvieron en las Fuerzas Armadas y en las agencias de fuerzas de seguridad, ahora participan en significantes actividades públicas, haciendo una gran contribución a la educación de la generación juvenil.*”<sup>492</sup>

La nueva memoria construida desde el estado había convertido “la herida sangrante” que promulgó Gorbachov y el discurso victimista en una retórica nacionalista y de ejemplo cívico hacia el estado, que por primera vez daba un reconocimiento cultural y social al colectivo *afgansty*. La etiqueta de perdedores, traumatados y violentos quedó eliminada bajo el nuevo apelativo de héroes

491 RO'I, Y.: “The Varied Reintegration of the Afghan War Veterans in Their Home Society”, *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society: Back from Afghanistan: experiences of soviet Afghan War veterans in transnational perspective* (Vol.1, n2, 2015); p.44

492 “Pravedenyte Deti Rossii”; *Boevoe Bratsvo* (n1, 170, 2018); p.25

de la patria. Pero de nuevo cabe destacar que fueron solo los *afgantsy* quienes gozaron de ese nuevo estatus a nivel de reconocimiento. Chechenia y sus combatientes, aun como ejemplo de mala gestión, corrupción y derrota, siguieron sumidos en la penumbra y el olvido, aunque bajo el ala de Gromov y el grupo *Boevoe Bratsvo* con tal de mantenerlos como posibles aliados.

Sin embargo el discurso de Gromov y el gobierno hacia estos *chechentsy* los siguió manteniendo en la esquina del victimismo paternalista. Publicaciones como la homónima *Boevoe Bratsvo*, revista mensual de la organización dedicada a exponer asuntos actuales concernientes a veteranos, políticas nacionales y la nueva memoria de Afganistán, dejaban pequeños espacios en los que se hacía mención a jóvenes soldados caídos en Chechenia. Estos quedaban reflejados como mártires ortodoxos en lugar de héroes patrios, señalando la fecha y lugar de su muerte, junto con condecoraciones póstumas las cuales tenían una connotación religiosa. Historias como la de Yevgeny Rodionov, Andrey Trusov, Igor Yakovlev o Aleksandr Zheleznov, soldados fallecidos en 1996 en la 1ª Guerra de Chechenia, eran definidas como actos de martirio religioso mas que heroicos, explicando sus muertes como un ejemplo de fe hacia la Patria. Dicho artículo describía la muerte del soldado Rodionov como un acto de fe a modo hagiográfico, cuando supuestamente fue asesinado por sus captores chechenos el día de su aniversario tras cien días de cautiverio y torturas, por negarse a renunciar a la cruz ortodoxa que llevaba colgando del cuello<sup>493</sup>.

Estos pequeños artículos, incluidos en la revista casi a modo de esquelas, insistían en describir el fallecimiento de estos jóvenes reclutas como actos de sacrificio y no de combate cual mártir paleocristiano, siempre refiriéndose a la guerra en Chechenia no como un acto patriótico, sino como “una picadora de carne donde fueron descartados y olvidados”<sup>494</sup>. Esa referencia a los soldados y veteranos chechenos como mártires jugaba una baza potente dentro de la retórica nacionalista de Putin. Con ello dejaba a un lado el fracaso y el rechazo que la guerra en Chechenia despertó entre la población. Por otra parte, reforzaba un discurso donde enfatizaba el tradicionalismo y la ortodoxia rusa como valores nacionales, colocando a un sector de la población afectado por el trauma de la guerra que no encajaba en el perfil de héroes, pero si de corderos sacrificados por dichos valores. Con ello también dieron la vuelta la imagen de la madre rusa que participaron en los Comités y habían constituido un mediático rival político. Aquellas que se opusieron al gobierno y trataron de recuperar a sus hijos del frente de batalla pasaron también a formar parte de la idolatría iconoclasta nacionalista, a modo de santas y madres de Dios que tras sacrificar a su hijo, acuden a su lecho de muerte a buscar su cuerpo y darle sepultura. Incluso la categorización de mártires se eleva mucho mas allá, con la construcción de pequeños altares o

---

493 “Ot Kresta K Krestu”, *Boevoe Bratsvo* (n1, 162, 2016); p35

494 “Ot Kresta K Krestu”, *Boevoe Bratsvo* (n1, 162, 2016); p35

capillas ortodoxas dedicadas a estos soldados caídos, como el caso del mismo Rodionov, al cual según se describe, se le construyó una capilla en Serbia con su rostro plasmado en un icono y se le ascendió a la categoría de santo bajo el nombre de Yevgeny el Ruso<sup>495</sup>.

El gran paso de los *afgantsy* como fichas dentro de la política de Vladimir Putin estaría aun por llegar, y en éste tendría un gran papel de nuevo la apelación a la vieja retorica internacionalista soviética, la memoria colectiva de la guerra. y su nuevo papel como “padres” modelo de jóvenes generaciones Cuando en 2014 las protesta del Euromaidan condujeran finalmente al cambio de gobierno en Ucrania y con ello, la secesión y ocupación de la cuenca del Donbas por facciones pro rusas, los veteranos *afgantsy* aparecieron otra vez para participar en ella tanto respondiendo al rol cívico patrio como de excombatientes experimentados.

Por otro lado, Ucrania como país que había pertenecido al bloque soviético como República tenía sus propios colectivos *afgantsy*, los cuales padecieron de una marginación y exclusión social idéntica a la de sus antiguos compañeros internacionalistas rusos y de otros territorios ex soviéticos. Sin embargo, el nacionalismo ucraniano en auge tras la caída del bloque soviético expresó una exacerbada opinión negativa contra los representantes de las Fuerzas Armadas soviéticas, calificándolos de opresores y ocupantes. Los veteranos *afgantsy* ucranianos no fueron una excepción, por lo que parte de su discurso durante la década de los 90 se estancó en la línea del nacionalismo de herencia soviética y el deber internacionalista, facilitándoles en parte el contacto frecuente con las grandes organizaciones de veteranos rusas y de otras ex repúblicas soviéticas mediante el nuevo Comité de Soldados internacionalistas de los Nuevos Estados Independientes<sup>496</sup>.

La pertenencia a ese comité de finalidad conmemorativa y de nostalgia del internacionalismo y los lazos fraternales militares soviéticos, como una clara contraposición al rechazo social y el síndrome afgano, no evitó que por otra parte algunos grupos locales de veteranos simpatizaran con el nacionalismo ucraniano y grupos ultraderechistas de la misma manera que estaba sucediendo en Rusia y otros territorios. Fue de hecho ese contacto fluido con los *afgantsy* rusos y bielorrusos lo que les llevó a introducirse en dinámicas de política nacionalistas, clubes patrióticos y asociaciones ultraderechistas de tendencia pro rusa, no como imitación ideológica sino en respuesta tanto al rechazo social y político, para así aprender y poder establecer un movimiento capaz de crear lazos de autoayuda y a la vez reclamar beneficios sociales gubernamentales.

Por ello estos clubes de *afgantsy* ucranianos iniciaron también campañas patrióticas para reivindicarse como guerreros, intentando reproducir el ideal de “hermandad de combate” ruso a

495 “Ot Kresta K Krestu”, *Boevoe Bratsvo* (n1, 162, 2016); p36

496 SKLOKINA, I.: “Veterans of the Soviet-Afghan War and the Ukrainian Nation Building Project: from Perestroika to the Maidan and the War in the Donbas”, *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society: Back from Afghanistan: experiencias of soviet Afghan War veterans in transnational perspective* (Vol.1, n2, 2015) p.138

través de muestras, clubes patrióticos infantiles y publicaciones autoeditadas como los populares cancioneros de guitarra poética compuestos en Afganistán, en muchas ocasiones siendo los mismos que los rusos pero cambiando fragmentos o versos dándoles matices de nacionalismo ucraniano. Poco a poco, el nacionalismo ucraniano fue sustituyendo a la nostalgia internacionalista socialista, llegando a introducir por primera vez críticas al gobierno y la *nomenklatura* soviética, especialmente por la marginación y el olvido hacia los caídos en combate. En publicaciones y en poemarios autopublicados como el anteriormente citado “*V etikh pesnyakh yest' dusha*” (Estas canciones tienen alma), realizado por el comité de soldados de la ciudad ucraniana de Voroshilovgrad bajó la idea de recaudar fondos para un monumento propio a los caídos *afgantsy* ucranianos, se insiste en la necesidad de reproducir estas canciones para recordar el deber internacionalistas cumplido por los veteranos, pero a la vez denuncian la intervención militar como la tragedia de “*los corazones dolidos*” de soldados y familiares que sufrieron por la última guerra soviética. En el poema compuesto por el veterano Sergey Klimov “*Val's 15 fevralya*” (Vals del 15 de Febrero) se dice: “*Cumpliremos, eslavos, nuestra amargura / Por todos esos que estaban con nosotros y por los que van después de nosotros / Quienes en canciones de la guerra han vuelto a casa / Quienes estarán en nuestra memoria viva siempre*”<sup>497</sup>.

Publicado en 1990, antes del colapso soviético, aun recurre al término eslavos como sinónimo de internacionalismo y hermandad de combate. Por otro lado, otros poemas como el de Dmitry Sitkov “*Pamyati Volodikov*” (“En Memoria de Volodikov”), se crítica las condiciones y trauma que arrastraron en Afganistán, describiéndolos como “*dos años malditos*”; y como el soldado Volodikov es llorado por compañeros y amigos, sabiendo que su cuerpo jamás será llevado por las Fuerzas Armadas a la familia: “*Ai mamita, mamá! / Que difícil es contener / Lágrima, que infantilmente cuesta respirar / ¿Recuerdas a Valodiki? ¿Y cómo está su madre? / Di, que ha muerto, para que vamos a ocultarlo*.”<sup>498</sup>

Una de las canciones que aparecen al final de la publicación, “*Invalid*” (Inválido) del bardo *afgantsy* Aleksandr Serov, recrea con crudeza el rechazo hostil que los veteranos ucranianos sufrieron en el día a día, donde su situación o heridas visibles no merecieron ningún tipo de reconocimiento social. La última estrofa de la canción lo describe así: “*“Me acerqué y flojito pregunté / Y en respuesta – no se puede describir con palabras... / Hasta la puerta con ojos fastidiosos / Lo observaba una mujer, como se marchaba / Y con dolor en la cabeza oí esto: / “No éramos nosotros quien te hemos mandado hacia allí, / Ves a la cola, aquí todos están de pie...”*” /

497 KLIMOV, S.: “Val's 15 fevralya”, *V etikh pesnyakh yest' dusha*, Comité de Soldados Internacionalistas de Voroshilovgrad (1990); p.8

498 SITKOV, D.: “Pamyati Volodikov”, *V etikh pesnyakh yest' dusha*, Comité de Soldados Internacionalistas de Voroshilovgrad (1990); p.16

*Con la garganta seca y en los ojos oscuridad / No cumplía su ordenanza / Tampoco a ella es a quien escribía cartas tiernas / No vivía en su esperanza / Ella no protegía nuestra tierra... / No lo entenderemos ni tampoco lo sobreviviremos / La gente muchas veces no tiene suficiente dolor / El precio ni ellos mismos lo saben”””*.<sup>499</sup>

Ese desinterés y rechazo que los *afgantsy* ucranianos padecieron en la década de los 90 por parte de la población y que se recoge en canciones y otras expresiones políticas y culturales explica la actitud y la posición que los colectivos de veteranos ucranianos adoptaron durante esa década. Una posición que fue radicalizándose a medida que la contradicción entre la lectura internacionalista y el nacionalismo se hacía cada vez más grande, en parte debido a que las políticas neoliberales tiraban abajo todas las propuestas de beneficios sociales para veteranos. A pesar de la existencia de la Unión Ucraniana de Veteranos de Afganistán (UUVA), los *afgantsy* estuvieron poco implicados en dicha organización o directamente tenían una posición crítica o de desconfianza hacia esta, pues la UUVA y su líder Sergii Chervonopys'kyi, declararon públicamente la lealtad de la organización y de todo el colectivo de veteranos hacia al gobierno, algo que realmente incitó caldeadas protestas de unos excombatientes que sentían el abandono por el gobierno y rechazo hacia las nuevas oligarquías económicas ucranianas<sup>500</sup>.

El malestar de los veteranos ucranianos se radicalizó en 2005 cuando el presidente Yanukovich canceló la secretaría destinada a beneficios para veteranos, al igual que se cancelaron otras políticas sociales, aunque tales beneficios acabarían por ser restaurados en 2007 tras manifestaciones públicas. Las constantes retiradas y recortes de Yanukovich dentro de la amplia esfera social ucraniana llevó a la protesta multitudinaria de diversos colectivos sociales en 2011, donde los *afgantsy*, coordinados por la organización de veteranos Kiev, destacaron por su gran estructura y disciplina en sus actos de protesta, a pesar de recibir críticas de otros colectivos por su postura anti europea y limitada solo a sus reclamos<sup>501</sup>. En sus actos reivindicativos quedaba clara esa actitud restringida al interés de sus demandas. Portando boinas de paracaidistas, uniformes de combate soviéticos, camisetas interiores militares a rayas y, de modo muy significativo, el *pakol* afgano (gorro tradicional de lana empleado por pashtunes, tayikos y otras etnias rurales afganas, asociado a las guerrillas de muyahidines), los *afgantsy* ucranianos trataron de representarse y distinguirse como colectivo político y social por primera vez desde la década de los 90, empleando para ello toda la retórica simbólica que esas prendas les daban como garantes de unos beneficios

499 SEROV, A.: “Invalid”, *Pamyati Volodikov V etikh pesnyakh yest' dusha*, Comité de Soldados Internacionalistas de Voroshilovgrad (1990); p.35

500 SKLOKINA, I.: “Veterans of the Soviet-Afghan War and the Ukrainian Nation Building Project: from Perestroika to the Maidan and the War in the Donbas”, *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society: Back from Afghanistan: experiences of soviet Afghan War veterans in transnational perspective* (Vol.1, n2, 2015) p.147

501 SKLOKINA, Iryna: *Op. Cit.* (2015) p.149

tras un sacrificio impuesto .

Cuando finalmente la negativa de Yanucovich a firmar la adhesión a la Unión Europea llevó al estallido de las protestas en la plaza de Maidan de Kiev en Noviembre de 2013, los *afgantsy* ucranianos acabaron por tomar un papel definitivo. Hasta entonces, los *afgantsy* ucranianos se habían debatido entre su nostalgia internacionalista afín a Rusia y la oposición a un gobierno que, aunque pro ruso, mantenía sus recortes y una elevada corrupción. Finalmente, fue la violenta represión realizada sobre los manifestantes de Maidan por parte de grupos de ultraderecha y paramilitares lo que desencadenó el decantamiento de los *afgantsy* ucranianos. A pesar de su sentimiento pro ruso, cerca de 3000 veteranos de Afganistán se pusieron de parte de los manifestantes europeistas, en su mayoría estudiantes, como fuerzas de defensa de choque, empleando una retorica paternalista que argumentaba la necesidad de defender a las generaciones futuras del país. Los *afgantsy* de Maidan no solo harían de barrera defensiva frente las cargas de las fuerzas de seguridad. Mientras el líder de la UUVA seguía siendo leal a Yanucovich, el vicesecretario Oleg Mikhniuk se puso al mando de los veteranos manifestantes, acampando en la plaza del Parlamento e intentando mantener un diálogo con las Fuerzas de seguridad, incitándolas a rechazar la lealtad al régimen comparando su servicio con el que ellos padecieron en Afganistán.

Aunque en su mayoría los *afgantsy* ucranianos pasaron de la neutralidad a la defensa del Euromaidan, algunos, especialmente aquellos que aun operaban en unidades militares o fuerzas de seguridad, se mantuvieron leales a Yanucovich. La situación quedó agravada con la invasión de Crimea por parte de tropas rusas a inicios de Marzo de 2014. Allí, los colectivos *afgantsy* locales quedaron divididos entre los que aun mantenían un filiación pro rusa y los que se pasaron a defender al nuevo régimen ucraniano. En ambos casos, y tras la fallida de las fuerzas ucranianas destacadas en Crimea, los veteranos se dedicaron a organizar, formar, dirigir y entrenar unidades de milicias paramilitares. A su vez, la UUVA se declaró políticamente a favor de la defensa del territorio nacional ucraniano de Crimea, en lo que se conoció oficialmente como Operación Antiterrorista <sup>502</sup>.

La desorganización y desbandada del Ejército regular ucraniano ante la ocupación rusa llevó al régimen ucraniano a emplear milicias voluntarias organizadas en batallones de Defensa Territorial. Entre esas milicias, se organizaron batallones formados por agrupaciones nacionalistas, ultraderechistas, incluso comunistas y anarquistas, junto con batallones de voluntarios contratistas. Los *afgantsy* de la UUVA que estuvieron presentes en el Euromaidan organizarían el 24 batallón de Defensa Territorial, formado por cerca de unos mil combatientes de los cuales murieron 74 en la

---

502 SKLOKINA, I.: “Veterans of the Soviet-Afghan War and the Ukrainian Nation Building Project: from Perestroika to the Maidan and the War in the Donbas”, *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society: Back from Afghanistan: experiencias of soviet Afghan War veterans in transnational perspective* (Vol.1, n2, 2015); p.156

región del Donbass, incluido el vicesecretario de la UUVA el vicesecretario Oleg Mikhniuk<sup>503</sup>.

Los *afgantsy* rusos, por su puesto, respaldaron con entusiasmo la ocupación rusa de Crimea y el desarrollo de la guerra en la cuenca del Donbass. Miembros veteranos de la RSVa y *Boevoe Bratsvo* se desplazaron a territorio ocupado, la nueva República de Luganks, para servir como tropa de milicia y ofrecer asistencia a la población pro rusa. *Boevoe Bratsvo* estableció contacto directo con el Ejército Popular del Donbass (NADO), donde se comparaban así mismos con “*los defensores de la frontera de esta pequeña república*” y establecieron diversos centros, clubs de artes marciales y formación paramilitar patriótica para jóvenes<sup>504</sup>

Por otra parte, una minoría de veteranos de Afganistán rusos, mas adeptos al discurso internacionalista nostálgico soviético que al nacionalismo, se opuso a la guerra. En la ciudad rusa de Bryanks, *afgantsy* liderados por el veterano y activo teniente en la reserva Vladimir Barabanov, protestaron en la plaza principal de la ciudad reclamando su oposición a la guerra y el fin pacífico del conflicto : “*Nosotros, como internacionalistas, recordamos muy bien que Afganistán empezó de la misma manera. También creo que fue como empezó la guerra ruso-japonesa. Solo que nadie quiere recordar la historia. No queremos repetir esos sucesos. Prometemos que no habrá un Afganistán 2.0. La guerra incluye a Rusia en Ucrania, eso devalúa mas el sacrificio que hicimos*”<sup>505</sup>.

Pero la misma RSVa empleó el mismo discurso internacionalista para justificar el despliegue de unidades de voluntarios en Donbass para respaldar a sus paisanos de Luganks, tan solo cambiando el deber de la solidaridad socialista por el del nacionalismo ruso, añadiendo elementos del discurso patriótico de la Segunda Guerra Mundial como la denominación constante del enemigo ucraniano como fascista. Al final, el ultranacionalismo y las promesas gubernamentales, tanto para *afgantsy* rusos como ucranianos, fueron una inyección curativa para el trauma y la reconciliación entre el pasado y el contexto actual; a lo que se añadía que el voluntariado en unidades paramilitares se abrió de nuevo como una perspectiva rentable ante el paro y la crisis económica.

La movilización de veteranos a ambos lados de la frontera acabó por derribar los puentes de solidaridad internacionalista. Tanto la UUVA como la RSVa exigían la una a la otra la no intervención de veteranos en las milicias, pero la UUVA cada vez mas aumentaba su papel a medida que iban ofreciendo mas asesores, instructores, oficiales y tropa con experiencia tras la desbandada de las filas ucranianas y la conformación de las milicias de Defensa Territorial. Por su parte,

503 “*Veterans of the Soviet-Afghan War and the Ukrainian Nation Building Project: from Perestroika to the Maidan and the War in the Donbas*”, *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society: Back from Afghanistan: experiencias of soviet Afghan War veterans in transnational perspective* (Vol.1, n2, 2015); p.158

504 “MY S TOBOY, DONBASS”, *Boevoe Bratsvo* (N.1 2017); p.15

505 SHCHERBININA, M.: “In Russian Bryanks, Afghanistan Veterans are againts War in Ukraine”, *Radio Liberty* (9 Setiembre 2014)

aquellos pequeños grupos locales de *afgantsy* rusos contrarios a la guerra como los de Bryanks, trataron de negociar de manera independiente con sus compañeros ucranianos para acordar una política de neutralidad y oposición a la guerra. Por ello, poco después de la ocupación de Crimea, el 4 de Marzo se reunieron en el monumento a los caídos en Afganistán de la ciudad de Chernihiv, cerca de la frontera con Rusia. Aun respaldar la caída de Yanukovich y criticar la propaganda que Putin y la RSVa estaban haciendo sobre la guerra, este acto no fue mas que una reunión simbólica que no llegó mas allá de un comunicado público donde se animaba a los *afgantsy* a oponerse a la guerra.

Los conflictos territoriales y las independencias de las Repúblicas socialistas, seguido de guerra civiles y auge de discursos nacionalistas, no lograron fragmentar del todo una memoria de la guerra afgana caracterizada por discursos múltiples y reacciones diversas, definidas tanto por las nacionalidades y contextos como rangos y contactos políticos. Al fin y al cabo, aunque el discurso de la Hermandad afgana que Prokhanov y otros políticos intentaron impulsar no resultó ser como la idea que se pretendió proyectar, la realidad, el trauma y las experiencias comunes que los diversos colectivos nacionales de *afgantsy* padecieron si era la misma, a la vez que lo fue su actitud de tomar un rol participante en la nueva política postsocialista. Por tanto, tanto la disonancia como la necesidad hicieron del ideal de Hermandad de combate y de los símbolos de la subculturales *afgantsy* un discurso político y una nueva memoria social que se sobrepuso sobre las múltiples facetas personales, étnicas y nacionales de la memoria individual y colectiva de la Guerra afgano soviética

Sin embargo, 2014 y la Guerra del Donbass puso en crisis lo que había sido una cultura de desmovilización que siempre había estado en contradicción, a pesar de sus intentos de crear una memoria colectiva de la guerra. Tanto el factor del nacionalismo, la transición y las barreras burocráticas y económicas como el grado de difusión y construcción de la memoria bélica, donde el foco local siempre tuvo mas incidencia que la idea de una red a nivel transnacional, fueron factores que repercutieron en ello. El desarrollo de la guerra en el Donbass puso punto y final al proyecto de crear esa cultura de desmovilización transnacional, al trauma común y a la nostalgia internacionalista de la que fue la última guerra soviética, donde las actitudes ambivalentes, sus ideales cívicos y actos de reivindicación acabaron sumergidos por el nacionalismo y el retorno al espacio bélico, como un *flashback* en el que esta vez recibían el reconocimiento de una memoria política y social de la guerra.



### **3 -Los Chicos de la Guerra: Malvinas, la guerra de una generación**

Los sucesos desencadenados tras la operación de invasión militar de las Malvinas y la ocupación de las islas con una tropa de poco mas de 10.000 soldados, supusieron la carta que de forma precipitada hizo caer al régimen tambaleante de la Junta Militar en Argentina. Si la Junta instaurada desde 1976 había sido marcada por una profunda crisis de inflación desde sus inicios y de una represión sistemática de cualquier elemento civil y político acusado de sedicioso o beligerante, la apuesta de j de la invasión de Malvinas como un inyección nacional que atrajera el apoyo masivo de la población hacia el régimen acabó siendo el detonante que arrastró a la definitiva caída del gobierno militar.

Es en este contexto de violencia política, represión y una marcada presencia demográfica del mundo juvenil en Argentina en diversos ámbitos, surgieron colectivos que acabaron por concentrar el trauma de esa sociedad en crisis, restableciendo un paralelismo con la derrota de la guerra. Los que fueron conocidos popularmente, en muchos casos de forma despectiva, como “Chicos de la Guerra”, se convirtieron en el colectivo representante no solo de las cicatrices y traumas de la primera guerra moderna llevada a cabo por el estado Argentino, sino también como cabeza de turco de una sociedad en crisis y en pleno cambio hacia otros modelos políticos y revisionistas.

Por ello y en relación con esto, nos interesa centrarnos en el mundo juvenil argentino, sus espacios, códigos, contradicciones y aspectos, cuya situación hizo florecer unos patrones de conducta que irían desde la insurgencia, la protesta política hasta el florecimiento de una nueva contracultura marcada por los nuevos sonidos del rock nacional argentino y su cultura de consumo. El mundo juvenil se asumió en la memoria social como la principal víctima del terrorismo de estado, en un momento en que la sociedad argentina se militarizó como nunca antes y percibió a estos jóvenes como amenaza y a la vez base para su control político.

#### **3.1 -Pibes, naufragos y guerrilleros: La generación juvenil moderna en Argentina.**

Junto con otros estados de Latino América como México o Brasil, Argentina se caracterizó por el auge de una influyente y extensa cultura alternativa juvenil, especialmente durante la década de los 70 y los 80. Sin embargo, la constitución de la juventud como un cuerpo colectivo visible y con unos símbolos y mercado propio en base a sus contradicciones y necesidades sociales distaría de la

definición que Roszak y otros teóricos de lo *underground* y la cultura contestataria juvenil realizaron del mundo occidental

Resulta difícil visualizar a Argentina dentro del esquema Roszak, ya que dicho país y sus circunstancias se alejan de la explosión de natalidad juvenil y consolidación de espacios de familia nuclear que siguieron al fin de la Segunda Guerra Mundial. Pero Argentina, a pesar de no encajarse en ese contexto, no quedó exenta de padecer un incremento de natalidad, que vino acompañada de una expansión del sistema educativo, cambios legislativos y constitución de nuevos mercados, cuyos efectos generacionales llevaron a debate una nueva teorización sobre la identidad de la juventud como sector social, político y cultural. Aunque ajena al *Baby Boom* de la posguerra mundial, Argentina no permaneció totalmente aislada a la modernidad y a la evolución de sociedades hacia un modelo tecnocrático, especialmente durante los mandatos de Juan Domingo Perón entre 1946 y 1955. Fue durante ese periodo, donde la promoción de una industria media y un mercado interno, junto con la mejora de condiciones económicas y sociales de la clase trabajadora, cuando tuvo lugar un considerable auge de la natalidad. No obstante, ese nuevo segmento de población no quedó ajeno a política y al impacto que su aparición generó en múltiples ámbitos de la sociedad.

Desde la década de los años 40 bajo la política peronista, la juventud fue encumbrada como colectivo motor del cambio político paralelo al crecimiento industrial y cambio social, y se promovió a esta nueva generación desde las instituciones como elemento democratizador. De ese modo, se enlazaron nuevos patrones de consumo y politización con el de crecimiento de una sociedad juvenil, que a su vez dio lugar al nacimiento de subculturas con símbolos y patrones de conductas, distintos a los previstos por la administración peronista. Aun así, la visión de la juventud como dinamizadores político sociales y baluartes de la modernidad siguió en boga, pero no por ello sin detractores, ya incluso antes que la Revolución Libertadora de 1954 y el mandato de Arturo Frondizi criticaran la deshonra de los valores morales, sociales y tradicionales católicos que suponía esa nueva oleada juvenil.

A pesar de ese rechazo que pudieran demostrar segmentos de la política, la intelectualidad y sectores sociales afines al conservadurismo, el auge de la comercialización cultural y la construcción de mercados propios para adolescentes crecieron de manera vertiginosa, poniendo a los chicos y chicas argentinos al frente de los debates, las portadas y las pantallas de televisores, no sin contradicciones. En un momento en que la aparición de la televisión revolucionó los patrones de conducta cultural y sociabilidad familiar, los jóvenes argentinos se vieron atraídos e influenciados en alto grado por los nuevos medios de comunicación de masas.

La televisión tendría una expansión relativamente considerable, llegando a más de 3 millones

de aparatos en hogares argentinos a finales de los 60, debido a que a inicios de los años 50 Perón vio en ella una gran herramienta de propaganda. No obstante, su incidencia como herramienta política sería baja, y tras la expulsión de Perón y la consolidación de la Revolución Libertadora, se inició una masiva privatización de las cadenas de televisión, las cuales aislaron la retransmisión de contenido político para limitarlo a programas de entretenimiento. Los medios de comunicación de masas vieron en los nuevos adolescentes un foco de atención a la vez que un potencial cliente, canalizando la imagen de conflicto generacional y tomando el ideal de la alienación colectiva con los cuales ofrecer un mercado. Así, una gran parte de los canales ofrecían programación dirigida exclusivamente a adolescentes, que podía representarse con el ejemplo del Club del Clan y figuras como Palito Ortega o Tanguito, cuya música y puesta en escena, mezclando música folclórica con ritmos occidentales como el pop o el twist, trajeron las influencias del *rock'n roll* con sus letras sexualizadas, moda estadounidense y referentes culturales considerados desafiantes y rebeldes.

El hecho que la economía argentina de los años 60 priorizara la industria pesada metalúrgica e hidrocarburos buscando una autarquía económica, a excepción de la importación material industrial, impidió la llegada de productos de consumo asociados a niños y adolescentes, calificados de no esenciales. Pero al contrario de producir un aislamiento en ese mercado, este hecho promovió la creación de un mercado propio de productos para jóvenes, entre ellos el de la industria musical nacional que para 1961 ya había superado en 9 millones de dólares los ingresos en vinilos y tocadiscos<sup>506</sup>. Lo mismo se podría decir de toda la industria de moda, publicaciones y audiovisual que siguió a la construcción colectiva juvenil en los medios. Si en los años 50 los vaqueros se asociaban a los trabajadores del campo, diez años después suponían una fractura de los modelos de clase y generacional, suplantando a los pantalones de traje y los vestidos. Por otra parte, el cambio en los patrones de moda sirvió para afianzar nuevos valores de masculinidad distintos al modelo tradicional, construyendo un ideal de joven rebelde, agresivo y masculino que se oponía a la versión considerada “afeminada” que intelectuales y organizaciones conservadores ofrecían de la nueva ola cultural juvenil<sup>507</sup>.

Es necesario destacar, no obstante, otros aspectos mas allá de la constitución de mercados y elementos simbólicos en la construcción de la contracultura juvenil argentina. Teniendo ésta su máximo exponente a finales de los 60 y principios de los 70, el papel de la expansión de la educación secundaria y superior en áreas urbanas, junto con las organizaciones juveniles impulsadas por Perón en los 50 como la Unión de Estudiantes Secundarios, tuvieron un factor clave

---

506 MANZANO, V.: *The age of Youth in Argentina* (2014). p.77

507 MANZANO, V.: *Op.Cit.* (2014) pp.90-92

como desarrolladores en las actitudes e imágenes asociadas al colectivo. En un momento en que la educación secundaria en Argentina creció de un 48% hasta un 63% de la población adolescente en 1956<sup>508</sup>, tales organizaciones incidieron en remarcar el carácter independiente de este sector, proporcionándoles espacios y medios de ocio a la vez que consciencia política al concederles un valor casi mesiánico dentro del desarrollo del ideario peronista.

Similar a otros contextos de emergencia de un colectivo juvenil, su aparición dio lugar a una contradicción generacional. Una gran masa de población adolescente y joven, nacida en contextos de mayor desarrollo y comodidad, con acceso a educación y consumo, y que pronto construyó valores y actitudes desafiantes contra los valores convencionales. Progresivamente, la figura del adolescente se hizo mas presente en el debate público, protagonizando charlas, artículos y estudios psicológicos entre la intelectualidad argentina. Mientras sectores conservadores, en especial ligados a agrupaciones católicas, advertían sobre los peligros de la modernidad juvenil, muchos otros sectores incidían en la normalización de nuevos patrones de conducta y sexualidad familiar. Sin embargo, predominó la definición del colectivo adolescente como marginal, un sector que se mueve entre la niñez y el estatus adulto, entre el control parental y su consciencia como individuo independiente, cuya contradicción social, psicológica y física genera una reacción negativa.

Esa situación permitió que los mercados de consumo y los espacios comunitarios desarrollaran núcleos de expansión y conformación de contraculturas urbanas juveniles, respondiendo a las necesidades de adolescentes argentinos en un contexto de creciente conservadurismo, represión política y alienación social. Las organizaciones iniciadas por Perón que propiciaron espacio y protagonismo a los jóvenes, pasaron a ser perseguidas o contrarrestadas por los posteriores gobiernos conservadores y reaccionarios al peronismo, desde el gobierno de Frondizi instaurado tras la Revolución Libertadora de 1954, hasta la Junta Militar de 1976. Incluso dentro del mismo peronismo tardío acabó apareciendo una deriva represiva hacia mundo juvenil, cuando durante administración de María Estela “Isabelita” Peron (1974-1976) se produjo un auge de conservadurismo y persecución violenta del asociacionismo juvenil y estudiantil. En ese contexto de reacción, la contracultura argentina se afianzó buscando la autoexpresión mediante la música y el consumo, y la toma de espacios políticos mediante la ocupación de lugares públicos hasta hacerse un elemento presente y percibido como peligroso.

La burocratización ligada al desarrollo económico, legal y educativo, estableció como arquetipo social de futuro para adolescentes la imagen del oficinista de clase media por parte de la instituciones políticas y educativas. Ante esa imagen, miles de adolescentes mostraron profundo rechazo y encontraron en la nueva música rock nacional y su estética unos nuevos valores

---

508 MANZANO, V.: *The age of Youth in Argentina* (2014) p.22

simbólicos que, aunque fueran un mercado mas, pronto se tornaron un elemento de protesta, un espacio de rebelión que giraba entre el consumo y la politización<sup>509</sup>.

Siendo en esencia una contracultura juvenil en ciertos puntos similar a la teorizada por Roszak, en especial por las grandes influencias comerciales que tomó de los espacios de San Francisco y Londres en los 60, pronto superó las barreras del hedonismo individual. A inicios de los 70, cuando traspasó los campus universitarios y los hogares de clase media, y logró alcanzar locales, plazas y calles de barrios obreros de Buenos Aires o Córdoba, es el momento en que podemos hablar de una contracultura genuinamente argentina configurada, con una propuesta de una nueva sociabilidad rebelde, comunitaria, antiautoritaria y de marcado protagonismo masculinista, que en la jerga popular se bautizó como el mundo de los “pibes”.

Aunque el mundo contracultural de los pibes se caracterizó por una moda, cabello largo y un consumo entusiasta por el rock nacional y extranjero, buscaron en ello una distinción que los separase del consumismo de la sociedad de adultos. A esta distinción se la llamó en un principio música progresiva o “progresivos”, en concepto de alternativos. Pero pronto, los progresivos fueron bautizados como “naufrajos”, término con el que se denominaría a los chicos ligados a las futuras subculturas beats, hippies y rockeras que, a raíz del éxito *La Balsa* del grupo *Los Gatos*, pasaron a identificarse como “náufragos” en un caos urbano de indiferencia en busca de una autodefinición y autoafirmación colectiva. Así, *La Balsa* se convirtió en el icono detonante de la contracultura moderna argentina, a su vez que inició su conquista política por los espacios públicos. Revistas *underground* de gran popularidad en los 70 como *Expreso Imaginario* o *Pelo* incluyeron en sus números cuantiosas cartas del lector y artículos donde se anunciaban lugares de encuentro, búsqueda de contactos y juntadas en plazas y calles para “conversar sobre música, jodas y paz”; en definitiva, reunir puntos de encuentro donde hacerse visibles como colectivo juvenil<sup>510</sup>. Precisamente fue en este periodo donde, mediante estas publicaciones y la configuración de un rock genuinamente argentino, que estos patrones y dinámicas de respuesta juvenil pasaron a denominarse Rock Nacional. La contracultura argentina pasa a una fase de mayor elaboración en esa década de los 70, y aunque siguiera perpetuándose una línea hedonista y comercial en ella, se fue politizando y arraigándose progresivamente a los valores contestatarios, inspirándose en valores comunitarios, igualitarias, antiautoritarios y humanistas. Una música y un mundo totalmente opuesto a la realidad consensuada “complaciente”, aquella que se adapta a los cánones institucionales y comerciales.

Por tanto, se percibió a los nuevos valores juveniles como una amenaza, cuya persecución política y social por rebeldía frente el modelo familiar y sus roles sociales les llevó, en palabras de

---

509 MANZANO, V.: *The age of Youth in Argentina* (2014). p.133

510 “Correo: Juntémonos, Juntémonos”, *PELO*, Num 27, Vol.3, 1972; p. 44

la historiadora Valeria Manzano, a ser “agentes involuntarios en el cambio”<sup>511</sup>. Pero a medida que se elaboró esta contracultura, se observó la construcción de valores políticos como el antiautoritarismo y el antimilitarismo, los cuales no fueron involuntarios. Parte de la cultura contestataria juvenil argentina se constituyó de un elemento de marcado activismo político. Como en muchas otras áreas del mundo occidental, una parte fundamental de esta contracultura vino definida por el nuevo movimiento estudiantil, que asociada a la tarea propagandística de Perón en los años 50 y a la expansión educativa, vio su auge en 1969 y se destacó no solo por una intensa actividad, sino también por un uso directo de la violencia.

Para muchos intelectuales, Argentina representaba una contradicción como país situado entre el desarrollo industrial y la esfera del Tercer Mundo en materia de igualdad económico social y derechos políticos. Esa contradicción se vio resaltada mas aun en el contexto juvenil por el rechazo del peronismo de los años 70 hacia la corriente mas izquierdista y por el auge de los Movimientos de Liberación Nacional, los cuales tomaron de modelo a un referente tan cercano como Ernesto “Che” Guevara.

Con la llegada de la presidencia de Onganía tras el golpe de 1966 donde se instauró un régimen de modernidad económica y restauración de políticas represivas, se produjo un crecimiento de la cultura contestataria juvenil en diversas universidades desde múltiples perspectivas ideológicas: desde una base católica o peronista hasta el marxismo. Pero sin embargo este movimiento estudiantil se caracterizó por el amplio apoyo de sectores de clase trabajadora que recibió tras el conocido como Mayo argentino, el Cordobazo de Mayo de 1969. Lo que comenzó como una protesta por la subida de los precios de la cantina universitaria de Córdoba acabó con una huelga general, duramente reprimida y con intervenciones armadas esporádicas de comandos guerrilleros en diversas localidades como Corrientes o Rosario. Esos hechos, junto con el secuestro y ejecución del militar y expresidente Aramburu en 1970 por guerrilleros Montoneros, dieron lugar al inicio de la etapa de las guerrillas, ensalzando valores que rechazaban el pacifismo y la marginalidad de los *pibes* y el rock a la vez que la política y los roles tradicionales, pero que no logró huir del consumismo al ofrecer un mercado propio basado en su aproximación a la Argentina rural como idea de Tercer Mundo: desde la canción protesta indígena y el *look* guerrillero, hasta los viajes de descubrimiento como mochilero a áreas rurales afectadas por la pobreza, e incluso construcciones de comunas donde convivían militantes comunistas y artistas hippies. Los actos drásticos de las guerrillas, junto con la activa represión policial sobre *pibes* y estudiantes atrajeron a muchos jóvenes hacia la opción armada, viendo en la la violencia la única manera de pasar del reformismo del gobierno al cambio revolucionario propuesto por los Montoneros peronistas o el

---

511 MANZANO, V.: *The age of Youth in Argentina* (2014). p.31

Ejercito Revolucionario del Pueblo de tendencia marxista

Si los estudiantes y sus conexiones fueron los mas afectados por la represión política y militar, los *pibes* consiguieron sobrevivir y capear el temporal de la censura y la desaparición, a pesar de seguir en el punto de mira gubernamental, sobre todo a partir la dictadura de la Junta Militar instaurada en 1976. Ante esa situación, tuvo lugar una politización progresiva de sus melodías y su conciertos, influenciados por la canción protesta latinoamericana y la cada vez mas extensa y violenta represión militar. *Pedro y Pablo*, famoso dúo pilar del rock nacional argentino, publicó en 1972 la canción “*La Marcha de la Bronca*”, uno de los primeros temas rock donde se incluyen críticas explícitas a la represión gubernamental: “*Bronca porque matan con descaro / pero nunca nada queda claro. Bronca porque roba el asaltante / pero también roba el comerciante. Bronca porque está prohibido todo / hasta lo que haré de cualquier modo.*” Pero en una de sus estrofas, el dúo incluye referencias concretas a la represión sobre el mundo juvenil: “*Bronca pues entonces cuando quieren / Que me corte el pelo sin razón. Es mejor tener el pelo libre / Que la libertad con fijador*”<sup>512</sup>.

Entremezclándose de forma cada vez mas abierta, el mundo de los *pibes* y la contracultura juvenil argentina fue añadiendo grados de politización, donde la represión gubernamental hacia colectivos juveniles y sindicales dejó de ser una simple persecución contra la oposición y pasó a ser concebida como una extensión hacia todo el colectivo de jóvenes y sus símbolos. Ya fuera por su militancia o por su búsqueda de identidad individual y colectiva mediante consumo, símbolos y música, los jóvenes acabaron concibiéndose como un colectivo cada vez mas homogéneo y cuya expresión se situó en el punto de mira principal de los mecanismos de represión estatal.

Aunque dentro de los sectores juveniles ligados a la política y la guerrilla aun quedó marcada esa diferencia entre la contracultura mas comercial y el ideal de cultura revolucionaria, la retroalimentación de ambos no dejaron de ser manifestaciones subculturales dentro de una misma esfera juvenil que empapó todos los aspectos del colectivo, a pesar de las diferencias de clase o contextos que entre estos se pudiesen suceder. Y dentro de la nueva cultura joven representativa de este colectivo de adolescentes argentinos, la música rock fue el mayor ejemplo con su progresiva politización y reivindicación de los jóvenes como sujetos independientes dentro de un cuerpo social y político. El periodista Sergio Marchi, especializado en la historia del Rock Nacional argentino, definió el fenómeno del rock y la contracultura como un paladín en la protesta generacional, que acabó por imponer un lenguaje universal que atravesaría las fronteras a nivel político, comunicativo y cultural<sup>513</sup>.

512 CANTILLO, M.: “La marcha de la bronca”, *Yo vivo en esta ciudad* (1970), CBS

513 MARCHI, S.: *El Rock Perdido* (2005) p.38

Fue en ese momento, con una cultura juvenil cada vez mas contestataria, extendida y consolidada, cuando la percepción de ésta como amenaza al orden establecido por parte de los distintos regímenes políticos creció de manera paralela, a través del proceso de reconstitución autoritaria que se inició con el retorno de Perón en 1974. Si años antes había promulgado a la juventud argentina como símbolo de modernidad, entre 1973 y 1974 el líder buscaría apoyo de agrupaciones católicas, las Ligas de Madres y el ala derecha del peronismo con tal de reprimir las actitudes que se consideraban dañinas para el régimen: combatir protestas estudiantiles, redadas en clubes de música rock, establecer un código legal donde se prohibía el aborto y se castigue el consumo de drogas, y aliar al gobierno con grupos de extrema derecha como el Comando Libertadores o la Triple A, con tal de perseguir, reprimir y eliminar a todo aquel elemento considerado izquierdista, contrario a los valores tradicionales y subversivo.

No seria necesario esperar mucho para ver como ese prototerrorismo de estado llegó a su apogeo y estabilización con el Golpe de estado militar de 1976, y como había sido hasta la fecha, sus víctimas se focalizaron en mas del 60% sobre población juvenil. El autodenominado Proceso de Reconstrucción Nacional se estableció a nivel discursivo como la solución ante la inestabilidad social y la “acción comunista subversiva”, y esto no solo se representó en la forma de acciones de guerrillas y movilización política, sino también en toda expresión física o simbólica de actitudes consideradas contestatarias a los valores tradicionales católicos y nacionalistas, de las cuales las facultades y los elementos de la contracultura juvenil fueron los principales objetivos<sup>514</sup>

De ese modo, la contracultura argentina, ahora conformada como fenómeno bajo el nombre de cultura del Rock Nacional, se tornó mucho mas que un espacio de consumo y ocio para los jóvenes argentinos. Entre 1976 y 1983 durante la dictadura militar de la Junta y el Proceso de Reconstrucción Nacional, se constituyó una contracultura que ante las agresiones de la represión a todos los niveles creó un espacio de expresión, politización, identidad y resistencia como colectivo, hasta desarrollarse como fenómeno social de masas

### 3.2- *El Proceso de Reconstrucción Nacional y la “colimba”: militarismo e impacto del servicio militar sobre la juventud argentina*

El periodo comprendido entre el inicio del Proceso de Reconstrucción Autoritaria de Perón en 1973 y la instauración del régimen de la Junta Militar tras el golpe de 1976 vino acompañado, junto con una dura represión de estado, con una fuerte propaganda de reestructuración de los valores

---

514 MANZANO, V.: *The age of Youth in Argentina* (2014); p.238

sociales y los estándares de conducta considerados patrióticos y tradicionales. Por supuesto, esto iba directamente a reprimir y cambiar comportamientos y símbolos que durante más de una década, adolescentes y jóvenes argentinos habían ido configurando en contraposición a los normativos. Parte de esa represión física vino acompañada de una imposición de valores militaristas en los máximos espacios posibles de la sociedad, no solo con el fin de aplacar reacciones consideradas contestatarias al gobierno, sino también con tal de contrarrestar los modelos de masculinidad y sociabilidad paralelos que durante una década habían estado dominando entre el colectivo adolescente

El servicio militar obligatorio se estableció como el máximo exponente de ese militarismo. Instaurado en Argentina en 1902 e implementado en 1911 con la llegada masiva de inmigración europea, el servicio militar se empleó como una herramienta con la que afianzar el nacionalismo entre la población, a la vez que se identificó los valores militaristas con los patrios y la política, en contraposición a la creciente movilización obrera de principios de siglo. Pero si el Ejército podría haber supuesto una oportunidad de integración y ascensión social en la década de 1910 para la clase obrera, durante los años 70 era uno de los principales focos de protesta y malestar entre la juventud argentina conjuntamente con el mundo laboral, ambos convirtiéndose en símbolos de la alienación y monotonía urbana.

Dicha militarización de la vida adolescente argentina ya se había iniciado antes de la llegada del Proceso. A mediados de los años 60, ante el ascenso de los nuevos valores y tendencias juveniles, la movilización estudiantil y su conquista de espacios públicos, el régimen de Onganía establecido en Mayo de 1966, vio al igual que Perón un instrumento político en los adolescentes, pero en este caso desde un punto de vista más militarizado. Se instauraron así sistemas de educación patriótica militarista en los institutos, con tal de promover ideales nacionalistas en “defensa de la patria” contra los enemigos externos y la subversión interna. Para ello se introdujeron ejercicios físicos y prácticas de tiro, junto con la implantación de códigos de vestimenta reglamentaria siguiendo una disciplina militar, con cortes de pelo y trajes de color gris<sup>515</sup>.

La militarización de los jóvenes argentinos se completó públicamente en 1968 con la Ley 17531, haciendo que el sistema de 1911, basado en un sistema de leva bajo sorteo que estudiantes y clases medias podían evadir con facilidad, se convirtiera en un sistema más firme y autoritario que ni las prórrogas universitarias podían esquivar, por lo cual tarde o temprano todo adolescente argentino debía pasar por las Fuerzas Armadas<sup>516</sup>. En esencia, el anterior sistema de leva por sorteo se basaba en adjudicar un número según la letra inicial de su apellido a los chicos nacidos en un

---

515 MANZANO, V.: *The age of Youth in Argentina* (2014); p.127

516 MANZANO, V.: *Op.Cit.* (2014) p.128

mismo año o “clase”, algo en teoría totalmente aleatorio, pero del cual aquellos que se les adjudicaba un número bajo tenían muy pocas probabilidades de ser escogidas. Pero por supuesto, como en cualquier sistema de servicio militar obligatorio, existían sistemas y métodos por el cual algunos de estos chicos podían evitar la leva. Aquellos que gozaban de un estatus privilegiado siempre tenían la posibilidad de evadir el servicio pagando una cierta cantidad, obtener falsificaciones médicas que los eximían del servicio o conseguir un puesto tranquilo y cerca de su domicilio para pasar el servicio militar. Para aquellos originarios de clases trabajadoras urbanas y rurales, las únicas opciones eran padecer alguna enfermedad, ser hijo único y sostén económico familiar o tener un hermano mayor “bajo bandera” (cumpliendo servicio).

Mas allá de un elemento inhibitor, una demora inútil o un periodo de transición a la madurez, como había sido definido en muchas sociedades industrializadas del siglo XX, el servicio y la militarización que Argentina instauró en la década de los 70 fue percibido como un elemento represor, asociado a la violencia que el Proceso de Reconstrucción Autoritaria peronista y, mas tarde, el Proceso de Reconstrucción Nacional de 1976 iniciaron con su campaña antisubversiva. Dicha campaña, representadas en primer lugar por los asaltos a universidades, y tras el golpe militar, por el centenar de centros de detención clandestinos, las desapariciones y las redadas a espacios públicos, tuvieron también su aparición de manera directa en otros aspectos de la vida cotidiana. Si el 68% de las víctimas de asesinatos y desapariciones sistemáticas por parte de fuerzas de seguridad del estado eran jóvenes de entre 16 y 30 años<sup>517</sup>, las víctimas de los distintos sistemas de control y represión también fueron en su gran medida adolescentes y jóvenes.

Con tal de prevenir su politización y su militancia en la izquierda, a la vez que para restablecer un control disciplinario sobre la población joven, se produjo esa expansión de la educación patriótica militarista y endurecimiento del servicio militar por parte del gobierno peronista, práctica que creció y quedó totalmente afianzada a partir de 1976 tras el golpe. Si durante los años de 1974 y 1976 el gobierno peronista focalizó su proyecto de Reconstitución Autoritaria en la persecución de jóvenes en las Universidades mediante fuerzas de seguridad estatales o grupos paramilitares, la represión militar realizada por la Junta Militar tomó un cariz mas violento y directo. El mismo general Videla, quien lideró la primera de las cuatro Juntas militares, diría en uno de sus discursos que la subversión no solo se combatía en las calles, sino en la lucha entre “padres e hijos”. De manera similar, otro de los miembros de la Junta, el almirante Massera, definió a los jóvenes como una sociedad secreta privada, con rituales propios, indiferente, con una arbitraria y sacrílega concepción del amor, adictos a las drogas, sensibles a la manipulación y adeptos del

---

517 MANZANO, V.: *The age of Youth in Argentina* (2014); p.233

terrorismo<sup>518</sup>.

Se acusó a padres y profesores de ser agentes pasivos en la configuración de la cultura contestataria juvenil, y a mediados de 1978 el general Roberto Viola dirigió a través del Ministerio de Educación la Operación Claridad, con tal de instituir por todas el orden y la disciplina pseudomilitar en las escuelas: censura de libros, expulsión de maestros y personal considerado sedicioso, recortes presupuestarios, instauración de códigos estrictos de vestimenta y de saludos de corte marcial ante profesores y otras autoridades. Esta política se acompañó de redadas, sistemáticas u ocasionales, en espacios públicos y privados donde la presencia juvenil tenía mayor protagonismo, desde salas de baile y conciertos a plazas, aulas y lugares de reunión frecuentes. Así se sucederían hechos como la Noche de los Lapices, donde 120 graduados y 130 alumnos de secundaria fueron detenidos en una redada masiva el 16 de Septiembre de 1976 en La Plata.<sup>519</sup>

Dentro de esta nueva estrategia de control militar, el servicio militar obligatorio se erigió como uno de los pilares principales, empleándose como arma de adoctrinamiento y propaganda, y también como herramienta de persecución violenta y control social. El sistema de servicio obligatorio servía como uno de los elementos para instaurar disciplina y respeto a las jerarquías orgánicas, siempre desde un trasfondo de catolicismo e historicismo patriótico. Así a partir de Julio de 1976 las Fuerzas Armadas iniciaron la edición y publicación de diversos manuales y materiales con tal de establecer los parámetros de entrenamiento militar e ideológico entre los jóvenes, a la vez que intentaron generar un *esprit de corps* y una idealización de los valores patrios y religiosos. En ellos se establecían las estrategias consideradas esenciales para la lucha antisubversiva, pero se insistía constantemente en la necesidad de extender este combate a los espacios familiares, moldeando jóvenes en los valores nacionales empleando un discurso mesiánico, lo que la Junta Militar publicitó como “Guerra Misionera”. Una de esas publicaciones, editada por el Comando General del Ejército, definió la formación militar y la guerra contra las guerrillas como un “*alma nacional*” que se “*ha purificado, y sigue purificándose por obra de este Via Crucis, hecho de angustias, de amenazas y de cautiverios*”<sup>520</sup>. En manuales de entrenamiento, junto con apartados técnicos sobre uso de armas, estrategias y entrenamientos, se incluían apartados de educación moral para los nuevos reclutas con tal de mantener “*la identificación con los valores y principios cristianos*” y educarlos en “*los valores permanentes del Ejército Argentino: Abnegación, audacia, disciplina, discreción, integridad, lealtad, valor, responsabilidad y espíritu de cuerpo*”<sup>521</sup>.

Todo este tipo de formación estaba destinada a anular a los jóvenes, aislandolos de sus

518 VILA, P.; CAMMACK, P.: “Rock nacional and dictatorship in Argentina”, *Popular Music*, Vol.6 No. 2 (Mayo 1987); pp.133-134

519 MANZANO, V.: *The age of Youth in Argentina* (2014); pp.237-238

520 Comando General del Ejército: *El Ejército Hoy*; Agosto 1976; p.130

521 Ejército Argentino: *RE-9-51: Instrucción de lucha contra elementos subversivos*, (Agosto 1976); p.149

espacios colectivos y sus valores simbólicos culturales, de nuevo señalando como el sector juvenil se había tornado una de las principales amenazas percibidas por el régimen. Aunque todo ese tipo de adoctrinamiento demostraba en realidad el poco conocimiento real que los gobiernos anteriores y de la Junta Militar tenía sobre las agrupaciones guerrilleras y sobre la realidad juvenil argentina. En los informes que de nuevo las Fuerzas Armadas publicó sobre la Subversión, constantemente se relaciona la acción guerrillera de los diversos grupos en activo en 1976 con la destrucción de los valores familiares mediante la promulgación de actitudes contraculturales como el amor y la sexualidad libre o el consumo de drogas<sup>522</sup>.

Poco efecto resultó de esta propaganda militarista, y aunque muchos de los chicos argentinos afectados por la represión y la inducción al servicio estuvieran politizados, las simpatías irían alejándose mas progresivamente de las Fuerzas Armadas que no de las guerrillas. El exsoldado conscripto Marcelo Eddi recordaba como con la llamada al servicio militar, continuaba para él una represión violenta hacia la esfera juvenil asociada con la contracultura y la subversión: “*Yo tenía trece años y la policía me llevó preso por tener el pelo largo y cuatro policías me cagaron a trompadas [...] Imagínate que contento me ponía estar de verde con un fusil en la mano*”<sup>523</sup>. Junto con la supresión de elementos y símbolos contraculturales, vino una contundente violencia dirigida a modelar a los jóvenes. De ese modo, la violencia policial previa y la presente durante la *colimba* generaron un efecto totalmente contrario, granjeando mas desafección y resentimiento hacia las Fuerzas Armadas.

El Servicio militar estaría protagonizado por los constantes abusos por parte de la oficialidad hacia los reclutas, hasta el punto de producir muertes y desapariciones. A pesar que los manuales de propaganda y formación explicitaban las técnicas de combate antisubversiva y elogiaban acciones militares de unidades tanto en frentes urbanos como rurales frente a las guerrillas, lo cierto es que escasa era la formación militar que se administraba a los reclutas. Empleados como carne de cuartel, el servicio consistió para muchos en tareas repetitivas y mundanas como limpiar, servir a la oficialidad y ejercicios físicos constantes, a menudo como castigos por parte de los instructores, haciendo que recibiera popularmente el nombre despectivo de *colimba*, acrónimo de las palabras “corre, limpia, barre”. Con ello el Servicio militar ganó de manera progresiva una tremenda impopularidad entre los jóvenes, los cuales veían en tales prácticas una pérdida de tiempo sin sentido, un riesgo y un agravamiento de ese autoritarismo contextual que percibían a nivel generacional. Miguel Cantilo, quien fuera uno de los integrantes del dúo *Pedro y Pablo*, definió el servicio militar en sus memorias como un cúmulo de vejaciones con el cual: “*la casta armada se*

522 Estado Mayor General del Ejército: *Marxismo y Subversión Ámbito educacional*; (1976); pp.37-38

523 CLAVERO, L. : *1533 Km hasta casa*, (2015); Mirasud Producciones

*aprovisionaba de mucamos, chóferes, peones, mecanógrafos y un largo etcétera*”, que además “*contaba con la complicidad de padres, abuelos y tías gordas que coincidían en la idea de que así se hacen hombres*”<sup>524</sup>.

Una impopularidad que creció con diversos casos que salieron a la luz de abusos físicos, muertes y desapariciones de reclutas durante el entrenamiento. Uno de estos casos fue el de Luis Pablo Steimberg, quien mientras realizaba la *colimba* desapareció en Agosto de 1976 sin que sus restos jamás fuesen encontrados. Muchos de estos maltratos y ataques por parte de la oficialidad se realizaban de manera aleatoria, con cierto sadismo en algunos casos. El excombatiente Germán Estrada explicó su primera experiencia en la *colimba* como “dolor físico”, relatando torturas como “aplaudir el cardo”, donde se obligó a él y al resto de reclutas a golpear dicha planta con las palmas hasta sangrar; práctica que fue seguida el resto de la instrucción de insultos y amenazas por parte del su cabo instructor<sup>525</sup>. En otros casos, esta violencia venía motivada por el antisemitismo católico hacia soldados de religión judía y minorías étnicas, o hacia soldados sospechosos de ideología izquierdista. Según el historiador Federico Lorenz, durante el régimen militar de 1976-83, más de 120 reclutas desaparecieron sin dejar rastro como víctimas del terrorismo de estado<sup>526</sup>.

Las experiencias de estos reclutas no fueron muy distintas a la de otros chicos argentinos inducidos al servicio obligatorio, y por supuesto también se produjeron situaciones en las que los reclutas consiguieron capear el temporal con relativa comodidad. La experiencia narrada gráficamente por el veterano de Malvinas Eduardo Ariel Martinelli, quien realizó la *colimba* en 1981, describe su entrenamiento como corriente, de hecho abreviado al servir como conductor de camiones para el Ejército, además de contar con el favor de un “padrino”, un sargento llamado Pizera, que le garantizaba la seguridad frente otros suboficiales y de beneficiarse de su grado de soldado para entrar gratuitamente en estadios y bares<sup>527</sup>.

Aun casos de excepciones en determinados cuarteles o unidades, el empleo sistemático de la violencia y el abuso físico y mental sobre los reclutas era una herramienta de justicia militar disciplinaria. Así, la experiencia como recluta desde muy temprano se tornaba traumática, sumada a la realidad de la violencia política cotidiana. Soldados podían estar sirviendo siendo ellos mismos familiares de víctimas desaparecidas, a la vez que también podían participar como unidades de apoyo en operaciones antisubversivas, en secuestros, redadas o en campos clandestinos; a pesar de ser una tarea que en muchos casos se realizaba por unidades de soldados profesionales. De nuevo, testimonios como el del veterano Eduardo Martinelli confiesan su participación en “operativos”

524 CANTILLO, M.: *Chau loco. Los hippies en la Argentina de los setenta* (2000), p.19

525 ESTRADA G.; PINO, E.: *Contar Malvinas*, (2007) ;40

526 LORENZ, F.: *Las Guerras por Malvinas*, (2012); p.34

527 MARTINELLI, E.; BAYÚGAR A.: *Tortas fritas de polenta* (2014); pp.20-21

urbanos, donde 30 o 40 reclutas eran movilizados en operaciones de cercado y redadas, donde sospecha que los oficiales hacían “*algo raro, porque solo ellos participaban de esos allanamientos*”<sup>528</sup>.

La reacción de rechazo al servicio no se hizo esperar, y los procedimientos y estratagemas para evadirlo fueron muy variopintas, tanto por estudiantes como por chicos de clase trabajadora urbana y rural, que antiguamente podrían haber visto una posible vía de ascenso social en las Fuerzas Armadas. A la vez, desde la perspectiva cultural pronto se produjeron diversas manifestaciones contra la violencia y la represión social y política de la Junta. Desde el ámbito del mundo del Rock Nacional argentino se consiguió mostrar un rechazo directo hacia dicho contexto de violencia y represión física, política y cultural, en un momento en que esta esfera contracultural alcanzaba sus grados de mayor politización e identificación simbólica como movimiento. Diversos músicos de rock, junto con múltiples revistas y publicaciones públicas y clandestinas, mostró un rechazo combativo y desafiante contra los valores de la esfera militar y el conservadurismo. Fue el cantante del rock Charly García, guitarrista miembro del dúo *Sui Generis*, quien en esos momentos estrenó su famosa canción con una crítica directa la *colimba* “*Botas Locas*” en 1974. Lanzada dos años antes del golpe, el controvertido músico cantaba como para él, un recluta de 20 años, era considerado un loco en un mar de discursos militares absurdos y maltratos. Basado en un episodio real durante el servicio militar de García, donde el cantante se reveló contra su sargento instructor, la canción recrea de manera humorística y crítica su episodio personal para denunciar a la institución militar, a la que bautiza como “*Ejército loco*”: “*Es un juego simple el de ser soldado. / Ellos siempre insultan, yo siempre callado/ Descansé muy poco y me puse malo./ Las estupideces empiezan temprano./ Los intolerantes no entendieron nada / ellos decían Guerra, yo decía no gracias/ Amar a la patria bien nos exigieron / Si ellos son la patria, yo soy extranjero*”.

En dicha canción García habla tanto de los maltratos y el impacto psicológico de la *colimba* en la vida del adolescente, como de la inutilidad, intolerancia y contraste con los valores militares para un joven argentino. Otros artistas de la misma década como Luis Spinnetta o Leon Gieco siguieron el ejemplo de Charly García, componiendo o interpretando canciones de tono político en oposición a la institución militar. Éxitos como “*Solo le pido a Dios*” de Gieco, que posteriormente fue uno de los himnos pacifistas mas populares del Rock Nacional durante el conflicto de Malvinas, fueron compuestos durante el periodo de mayor militarización de la sociedad e impacto de la violencia instaurada por las Fuerzas Armadas, cuando las tensiones del régimen de la Junta llevarían en 1978 a una “casi guerra” en la frontera con Chile.

Entre 1976-1983, los músicos y las diversas esferas del rock nacional fueron perseguidas

---

528 MARTINELLI, E.; BAYÚGAR A.: *Tortas fritas de polenta* (2014); p.22

constantemente por las fuerzas de seguridad de la Junta por manifestaciones de este tipo. Bandas, artistas y publicaciones se vieron obligados a desaparecer, huir o pasar a la clandestinidad. Aun así la oposición al militarismo y a los símbolos de la sociedad conservadora continuaron presentes gracias a los canales alternativos y el mantenimiento de sus dinámicas de sociabilidad, llegando a ser un fenómeno cuya extensión no podría controlarse con la represión tradicionalmente ejercida por la Junta. De hecho, dicha masificación de la contracultura argentina llevó a que en 1981, durante la Junta presidida por el General Viola, se decidiera llegar a una política de tolerancia e interlocución con tal de contrarrestar la actitud antimilitarista<sup>529</sup>.

Por supuesto no toda la esfera de la subcultura y el panorama musical presentaría ese nivel de resistencia, y se produciría de hecho una separación entre la esfera más contestataria, que se consideraba genuina y auténtica y ligada a la herencia de lo progresivo, frente a lo comercial, percibido como una aceptación de los valores del régimen militar. Aun así, habrá un aspecto esencial en la definición y politización de la subcultura juvenil argentina, que aunque fuera impulsado por el régimen, su percepción e influencia dentro de la construcción política juvenil de los 80 tendría un factor determinante: el nacionalismo. Si durante los diversos regímenes de los 60 y 70 el empleo de la retórica nacionalista dentro del discurso político había sido recurrente apelando a los valores patrióticos, 1982 trajo una ola de nacionalismo de gran impacto cuando se produjo la invasión de las Islas Malvinas en Abril. Elemento recurrente del discurso nacionalista anticolonialista de la tradición política argentina desde hacia más de un siglo, la invasión de dichas islas en el Atlántico Sur se empleó como estrategia por la Junta con tal de captar una oleada de apoyo social, ausente tras años de persecución política, desapariciones y fallida económica de las políticas liberales realizadas por el régimen.

En ese sentido, interesa analizar el impacto de dicho acontecimiento bélico dentro de la sociedad juvenil argentina y su atmósfera cultural propia, analizando para ello al colectivo que vivió más de cerca el desarrollo y experiencia de la guerra. En concreto, chicos que tras realizar la *colimba* o durante su servicio obligatorio, serían movilizadas al teatro de operaciones del Atlántico Sur y arrastrarían tras de sí las consecuencias del conflicto y la posterior desmovilización, representando en la memoria social el culmen de la represión militar sobre el colectivo juvenil, a la vez que creaban un legado político, social y cultural que trascendería hasta la actualidad

---

529 VILA, P.; CAMMACK, P.: "Rock nacional and dictatorship in Argentina", *Popular Music*, Vol.6 No. 2 (Mayo 1987); p.139

### 3.3 - *Los Chicos de la Guerra*

“Cuando recibí la noticia, yo llevaba un año de colimba y estaba en la época en la que se espera ansiosamente la baja: nunca la guerra. Otros chicos llevaban solamente cuatro meses en el cuartel y debieron aceptar, como yo, ese deber patriótico”<sup>530</sup>. Edgardo Esteban, periodista y mediáticamente conocido excombatiente de Malvinas, describió así sus primeras emociones ante el anuncio de la movilización. Reacciones que fueron compartidas por muchos otros chicos de las clases 61 y 62 a los que se movilizó de manera apresurada hacia el Teatro de Operaciones de Malvinas. Por supuesto, dichas emociones y reacciones ante la idea de entrar en combate se vieron contrarrestadas en muchos casos con lo que Esteban remarca como “aceptar el deber patriótico”.

La construcción del nacionalismo argentino siempre estuvo ligada al autoritarismo y el rol de los militares en la política, desde el general San Martín y su papel en la independencia hasta la idea de “Nación en armas” formulada por Perón, estableciendo una relación entre territorialidad, militarismo y control social como elementos de la construcción nacional. Sobre todo bajo la administración de Perón y durante los siguientes gobiernos, la educación en valores patrióticos, la idea de defensa de la patria y la unidad territorial frente enemigos interior y externos era constante en escuelas de primaria y secundaria. Junto con las enseñanzas basadas en héroes militares como libertadores y garantes de la soberanía argentina, también estaba la insistencia en remarcar la unidad Argentina, señalando el expolio de aquellos territorios perdidos tras conflictos y expediciones militares extranjeras. El más recurrente y más arraigado en esa mitología sería el archipiélago del Atlántico Sur, que incluía las Islas Malvinas, Sandwich y Georgia del Sur, ocupadas por Reino Unido desde 1833 y con un gran peso presente dentro la memoria popular a finales del siglo XIX. Siendo un reclamo constante en las relaciones diplomáticas entre Argentina y Reino Unido, a partir de la Guerra Fría dicha demanda tomó un matiz anticolonialista que muchos jóvenes incluso relacionarían con los movimientos de Liberación nacional contra el imperialismo occidental. Pero el hecho trascendente es que, dentro de los esfuerzos de los distintos regímenes por inculcar una tradición patriótica, el elemento nacionalista de Malvinas es el que a grandes trazos había dado más resultado. Escuelas de primaria educaban a sus niños con imágenes para colorear del mapa de Malvinas, y en esencia todos los ambientes educativos de primaria y secundaria estaban plagados de símbolos nacionales como la bandera, himnos y figuras históricas del folclore popular como la insurrección de Gaucho Rivero en Malvinas en 1833, que hacían del reclamo territorial del archipiélago una causa muy arraigada en la mentalidad colectiva popular

Debido al gran peso ideológico que implicaba el reclamo de la territorialidad de las islas

---

530 ESTEBAN, E.: *Malvinas. Diario del regreso* (2005); p.64

dentro de la mentalidad nacionalista entre la sociedad, la 3ª Junta militar dirigida entonces por el general Galtieri tras la deposición golpista de Viola, optó por llevar a cabo la invasión y ocupación de las Islas. Un arriesgado pero poco planeado movimiento cuya única estrategia era ganar el apoyo de la sociedad argentina, tras la extendida impopularidad que la violación de los derechos humanos y la fallida económica del régimen había generado entre la población durante las dos Juntas anteriores. En esencia, la Junta de Galtieri no hizo más que recuperar todo aquel discurso nacionalista anterior que había tenido gran y exitoso calado entre las clases trabajadoras durante la era peronista, y que tanto había servido para justificar el autoritarismo como la represión social. Pero el régimen de la Junta Militar jamás había tenido el apoyo social que tuviera Perón en el pasado, ni tampoco unas similares condiciones sociales, económicas y laborales. En 1980 Argentina era un país de clase obrera mayoritaria con gran porcentaje de gente joven, la cual estaba sufriendo las peores consecuencias de las fallidas políticas liberales tomadas por la Junta. Sumidos en su tercera crisis económica desde el golpe de 1976, con un descenso del producto interior bruto en un 11,4% y una caída de los salarios y la producción industrial en un 19,2 y 22,9% respectivamente, la movilización de los sindicatos obreros había pasado al plano público con la reconstrucción de la CGT y la masiva marcha de protesta de Noviembre de 1981<sup>531</sup>.

En gran medida el empleo del nacionalismo y la defensa de la patria como discurso de conciliación social funcionó, al menos temporalmente, por el simple hecho que la Junta apenas tuvo que hacer esfuerzos para estimularlo. Si días antes, la manifestación de la CGT en Plaza de Mayo reunía a miles de personas en protesta contra el régimen militar de Galtieri, inmediatamente tras la invasión, ese mismo espacio donde la manifestación fuera brutalmente reprimida ahora estaba rebosante de multitudes eufóricas celebrando la invasión. Enarbolando banderas y ensalzando a las Fuerzas Armadas, incluso miembros de la guerrilla Montonera e intelectuales exiliados, enemigos declarados de la Junta y objetivos primarios de la guerra antisubversiva, se unieron al clamor popular patriótico que representaba la toma de Malvinas.

En esas circunstancias, aunque muchos jóvenes argentinos vieran en la *colimba* una tediosa interrupción de su cotidianidad y una amenaza a su identidad, estilo de vida y su misma integridad física, el reclamo de la defensa en base a un símbolo identitario nacional y el ideal tradicional de la masculinidad asociada a la violencia del combate surgió efecto, llevando incluso a algunos chicos cuyo servicio había finalizado a presentarse voluntarios a la movilización. En uno de los relatos de Germán Estrada, excombatiente de Malvinas, este explica como al anuncio de su destino en Malvinas durante su entrenamiento “una mezcla de alegría y orgullo” se instaló en su cabeza al pensar en la defensa de la patria como sus antepasados, a la vez que sus fantasías de evocar historias

---

531 BURNS, J.: *La tierra que perdió sus héroes* (1992); p.66

bélicas de la Segunda Guerra Mundial y la idealización del héroe masculino partiendo a la guerra le provocan emoción<sup>532</sup>. Un pensamiento que, sin embargo, contrastó radicalmente con lo que previamente a su movilización, su amigo y compañero de servicio Esteban Pino asociaba a la vida militar y el Ejército durante la *colimba*, que definió como un ambiente “*tan agobiante y tan extraño que me era imposible articular palabra*”. Mientras Estrada evoca los valores patrios, Pino describe el furor nacionalista por la invasión de Malvinas como un acto hipócrita de la sociedad, que si hace unos días se manifestaba contra el régimen en Plaza de Mayo, ahora “*vociferaban valentía y patriotismo sin siquiera vislumbrar lo que venía*”<sup>533</sup>.

Este extracto es un perfecto ejemplo de la dicotomía dentro del pensamiento colectivo, tanto nacional como concreto del mundo juvenil dentro de la realidad social y política argentina, lo que el periodista Jimmy Burns definió como una desintegración colectiva dentro de un régimen que caía por su propio peso<sup>534</sup>. Una contradicción que incluso estaría presente en manifestaciones y reacciones públicas en contra de la guerra por parte de masas juveniles y sindicatos, donde la oposición al conflicto no equivalió a renunciar al reclamo nacional ni los valores patrióticos. En general, muchos reclutas se dejaron llevar o se verían arrastrados por la oleada de fervor nacional popular que recorrería las calles de las principales ciudades argentinas. Muchos reclutas que ni siquiera habían tomado parte en la conquista de Malvinas fueron laureados como héroes de la patria, siendo objetos de un apoyo y reconocimiento que posteriormente reclamarían durante los años de la Transición democrática. El periodista argentino Daniel Ares, quien cubrió la guerra desde Tierra del Fuego, describió en su libro *Banderas en los balcones* dicha reacción popular hacia los soldados cuando en Plaza de Mayo, Galtieri anunciara la toma de las islas: “*De pronto un conscripto, a lo mejor cadete de un coronel, apareció allí y la turba eufórica se le echó encima y lo levantó entre aplausos, hurras y bravos. El pibe no entendía nada y flotaba asustado sobre el delirio de la masa*”<sup>535</sup>. A diferencia de lo que los años anteriores y los que marcarían el contexto de posguerra y Transición, en aquel momento el clamor nacionalista llevó a dar apoyo hacia soldados y representantes del Ejército, actitud breve pero real que quedó marcada con las frases Galtieri en Plaza de Mayo ante la multitud: Las Fuerzas Armadas han interpretado un sentimiento argentino.

También es necesario matizar el factor de la masculinidad y los rituales de transición a la adultez, o al menos los ideales que se tenía de estas tanto a nivel colectivo como a nivel estructural dentro de la sociedad. Para muchos, el servicio militar y la movilización hacia las islas Malvinas fueron asumidos también como una vía de adopción de la masculinidad adulta, la transición desde

---

532 ESTRADA G.; PINO, E.: *Contar Malvinas*, (2007); p19

533 ESTRADA G.; PINO, E.: *Op. Cit.*, (2007) pp.21-23

534 BURNS, J.: *La tierra que perdió sus héroes* (1992) ;p.92

535 ARES, D.: *Banderas en los balcones*”, (1992)

la adolescencia a la madurez a través de la disciplina y el combate como factores determinantes. Tal como remarcó la antropóloga Rosana Guber, la visión del servicio y el combate como rito de paso hacia la etapa adulta, por otra parte común en muchos estados y tradiciones sociales, estuvo muy presente en una generación de jóvenes argentinos que había crecido en una estructura social muy limitada y dirigida al control<sup>536</sup>. A eso cabe añadir que para la sociedad argentina, Malvinas supuso la primera y única guerra librada en todo el siglo XX, y para un colectivo que dada su juventud no había pasado por otros rituales de crecimiento social como el matrimonio o el mundo laboral, la experiencia en un conflicto supuso la construcción de un ideal de madurez masculina estrechamente unido al nacionalismo, la violencia y la exposición del cuerpo en sentido físico y político.

### 3.4.- "Hambre y coraje"<sup>537</sup>: movilización, características y desarrollo del conflicto en el Atlántico Sur

La campaña de fervor nacional y la estrategia de una arriesgada operación militar no explican de por sí las consecuencias que tendría Malvinas en la sociedad juvenil argentina y las diversas reacciones que después darían lugar. Para incidir más en la construcción de una cultura de desmovilización propia del conflicto y su impacto en la sociedad juvenil, como en otros muchos casos se hace necesaria realizar un breve análisis de lo que supuso a nivel contextual la experiencia para estos excombatientes el conflicto de Malvinas, ya que parte de esas vivencias acabaron definiendo su visibilización y configuración del trauma psicológico de la guerra. A su vez, éstas influirían en alto grado en la construcción del imaginario social, político y cultural del colectivo de veteranos en la década de los 80 y 90

La invasión y operación de ocupación de las Islas Malvinas y Georgias del Sur se realizó en unas circunstancias más que poco propicias para una intervención militar, tanto a nivel de diplomacia internacional como a nivel geográfico, meteorológico y material. Los hechos se iniciaron a finales de Marzo, tras la denominada Operación Alfa, donde un barco civil con transporte de 15 comandos de la marina desembarcaron en Puerto Leith, en la Isla de San Pedro perteneciente a las Georgias del Sur. Lo que en un inicio pareció un acto simbólico de desafío político, se trataba en realidad de una primera toma de contacto dedicada a tantear la reacción británica a corto plazo, y que llevaría a la Junta a tomar la decisión precipitada de proceder a la invasión militar de Malvinas con tal de forzar a unas negociaciones.

<sup>536</sup> GUBER, R.: *De "chicos" a veteranos* (2004) ;p.67

<sup>537</sup> *Hambre y coraje. Diario de un soldado*, título que da nombre al breve relato en forma de diario del veterano de guerra Jose A. Manzilla, conscripto destinado a Malvinas, con el cual describe su experiencia durante el conflicto

Como desencadenante de la Operación Alfa, se adelantó la invasión de Malvinas bajo el nombre en clave de Operación Azul, siendo conscientes, según reveló el informe Sobre Análisis y Evaluación de las Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur, de la negativa viabilidad y nula preparación suficiente para llevarla a cabo con éxito a largo plazo. El 2 de abril arrancó la operación con la captura de Port Stanley (Rebautizado Puerto Argentino) empleando tropas profesionales, comandos de la Infantería de Marina y Buzos tácticos junto con otras tropas de apoyo, que se enfrentaron a una fuerza de 68 soldados británicos acuartelados en Moody Brook, logrando horas después la toma de las islas con el resultado de tres bajas argentinas. A continuación, el 12 de Abril, después la proclamación del general Menéndez como Gobernador militar de Malvinas, se iniciaron los preparativos para reclutar, movilizar y desplazar a las fuerzas de ocupación, constituida por más de 10.000 conscriptos de la clase 62 y 63, los cuales acababan de finalizar la *colimba* o llevaban solo unas semanas de formación militar respectivamente. Estos fueron los que acabarían capitalizando el protagonismo de la guerra, al convertirse en tropas de ocupación y al ser los que, sin formación ni recursos necesarios, resistieron la investida del contraataque británico hasta la decisión de rendición los mandos dos meses después.

La respuesta británica, la cual la Comisión de la Junta intentó postergar mediante la invasión sorpresa planeada en la Operación Alfa, no se hizo esperar tanto como lo previsto. El 21 de Mayo, mientras la aviación argentina atacaba la flota inglesa en la Bahía de San Carlos, 5500 infantes británicos desembarcaban allí estableciendo una cabeza de playa. Es durante esa primera fase de la guerra entre el 26 de Mayo y el 12 de junio, con el primer contacto entre tropas británicas profesionales y las fuerzas argentinas, cuando se hace necesario incidir en los diferentes aspectos que definieron y caracterizaron el desarrollo de un conflicto que, ya desde sus inicios, estaban establecidos en términos de desigualdad respecto organización, material y profesionalidad.

Para empezar, aquellos que llevaron el peso del combate terrestre fueron esos 10.000 reclutas de servicio obligatorio de las clases 61, 62 y 63, parte de los cuales ni siquiera habían terminado sus entrenamientos militares en manejo de armas y material. En comparación con las unidades de comandos de la marina, la artillería y los pilotos de la armada y la Fuerza Aérea, estos no estaban ni entrenados ni preparados para el tipo de combate que tendría lugar las semanas siguientes al desembarco inglés.

La movilización de las tropas de leva llevada a cabo a partir del 3 de abril, debido a la improvisación con la que se llevó a cabo la operación Azul, fue rápida y desorganizada. Las tropas reclamadas para el combate serían llevadas a los cuarteles, trasladadas en camiones y enviadas en aviones militares o comerciales a Malvinas.

El tipo de conflicto que las tropas de tierra desarrollaron en Malvinas siguió unos principios

similares a la guerra de trincheras, con posiciones atrincheradas inamovibles siguiendo un modelo de capas de cebolla alrededor de Puerto Argentino, donde los soldados hacinados en pequeñas trincheras comunas o pozos de tirador esperaban una respuesta inglesa que pocas veces llegaba, si no era en forma de ataques de artillería o misiles. Cuando con la segunda mitad del mes de Mayo llegaron los choques entre fuerzas terrestres, los combates entre infantería se caracterizó por una diferencia substancial entre las fuerzas contendientes. Mientras la infantería británica estaba formada por unidades especializadas, profesionales y con armamento moderno, los soldados conscriptos argentinos deberían hacerles frentes con escaso material y una inferior o nula preparación, tanto en lo referente al combate como a las condiciones geográficas y climáticas. A ello hay que añadir el factor psicológico del combate nocturno, que primaría a lo largo de toda la guerra y que el Ejército británico empleó como estrategia recurrente para destruir la moral y el descanso de las tropas argentinas, a la vez que facilitar el avance de sus unidades técnicamente preparadas para asaltar las posiciones argentinas de noche. Para el subteniente Juan José Gómez Centurión, el combate nocturno hacía generar un grado de paranoia superlativo: “*en Malvinas eran noches de Transilvania*”<sup>538</sup>; en referencia a que la falta de visibilidad, el frío y la neblina tornaban terrorífica la defensa y agudizaban la sensación de vulnerabilidad.

A eso cabía añadir la gran diferencia entre la tropa de leva y la profesional que constituía las unidades de comando y la oficialidad. Las tropas de comandos de los regimientos 601 y 602 junto con las unidades de marines eran las únicas con entrenamiento y experiencia, además de estar constituidas por oficiales y suboficiales con un alto grado de cohesión y moralidad combativa. Estos, no obstante, fueron repartidos entre las unidades de conscriptos sin darles una utilidad militar efectiva, mientras que los oficiales y suboficiales de carrera que ocupaban los puestos de mando continuaban consistiendo en una minoría con un marcado sistema de valores y una politización que imponía una barrera infranqueable de desigualdad entre mandos y tropa. La mala organización entre los cuerpos del Ejército y la excesiva maniobra de actuación de suboficiales inexpertos respecto a la logística dio lugar un escandaloso caso de corrupción intrínseca dentro de las Fuerzas Armadas argentinas, cuando el aprovisionamiento de alimentos, ropa de invierno y municiones no llegaron a las tropas desplegadas en frentes. En su lugar permanecieron guardadas a buen recaudo en los almacenes de Puerto Argentino, como fruto de una red de especulación y tráfico de productos con la que los oficiales esperaban obtener beneficios, incluso vendiendo comida a sus propios soldados, que podían llegar a pagar 3 millones de pesos por dos cucharadas de leche en polvo<sup>539</sup>. Ese suceso produjo un escándalo público mayor debido a las campañas de donaciones y telemaratones con los

---

538 SPERANZA, G.; CITTADINI, F. (Ed): *Partes de Guerra* (2001); p.68

539 MANZILLA, J..A: *Hambre y coraje*, (1987); p.74

que la sociedad civil donó dinero, joyas y productos con tal de abastecer a los soldados en el frente. La conmoción fue mayor cuando tras la guerra se publicaran imágenes de numerosos casos de desnutrición y enfermedades que se dieron entre la tropa conscripta. Soldados como Roberto Lavignole, conscripto que sirvió en la compañía de Comando de comunicaciones, afirmó haber perdido 24 kg durante la guerra. Casos como estos no fueron anecdóticos entre la tropa de leva. Gran parte de la leva sufrió una media de pérdida de peso de unos 16 a 20kg, hasta llegar a casos extremos como el del soldado Miguel Galloto que sufrió desnutrición severa al reducir su peso a 33kg. Siendo fotografiado por el médico Oscar Rojas tras la rendición, la imagen se tornó en un escándalo mediático tras la guerra y lo siguió siendo años después, cuando la prensa sensacionalista descubrió en 2015 que Galloto finalmente logró sobrevivir y seguía con vida.

Los suministros y falta de material también afectó a las armas y municiones, pues el Ejército argentino armó a los reclutas con armamento obsoleto, vulnerable al clima y para el cual no habían sido entrenados a manejar, además de ser insuficiente. El relato del veterano Guillermo, excombatiente de familia acomodada de la clase 62, explica: “*varios de mis amigos murieron allí [en Malvinas], y lo que mas me duele es que esos chicos murieron en una guerra porque no estaban entrenados*”<sup>540</sup>. La logística no haría más que empeorar cuando se estableció la zona de exclusión naval por los buques ingleses el 12 de abril, días antes de la llegada de las tropas británicas. A la semana siguiente, el crucero General Belgrano era torpedeado, matando a 323 marinos argentinos, y bloqueando del todo las líneas de suministros, dejando un débil puente aéreo para transportar municiones y recursos. El hundimiento del Belgrano, junto con el bloqueo naval, atrajo de nuevo las críticas públicas cuando tras el conflicto, se desveló en el informe Rattenbach que la Comisión de la Junta era consciente de la escasa preparación logística de la operación, la falta de material y la seguridad de dejar a las tropas de tierra cercadas sin suministros tras la respuesta británica<sup>541</sup>.

La escasa y pobre alimentación, en muchos casos solo compensada con las encomiendas de productos enviados por las familias de los reclutas, daba lugar a situaciones de desnutrición extremas que no solo desmoralizaban a la tropa, sino que las hacían ineficaces para combatir. Esta situación empeoró aun más a partir del 12 de Mayo, cuando el infranqueable bloqueo naval llevó al mando a ordenar el repartimiento de una sola comida diaria, conociendo que dicho racionamiento extremo en un contexto climático adverso afectaría “sensiblemente el espíritu y estado físico de la tropa”<sup>542</sup>. Muchos de estos soldados se vieron obligados a cometer robos de los almacenes militares

540 KON, D.: *Los Chicos de la Guerra*, (1983) ;p.33

541 *Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur*; 1982, p.187

542“Cap.V. Sección I Acciones a partir del 01 Mayo 82”, *Informe Oficial del Ejército Argentino. Conflicto Malvinas*, 1983; .p.62

o de ganado civil, por lo que podían ser capturados y castigados de manera severa y violenta. Los abusos que habían hecho desgraciadamente famosa a la *colimba*, en el contexto del teatro de operaciones de Malvinas no fueron diferentes. Es más, dicha situación se agravó con el empleo de técnicas de tortura disciplinarias como el estaqueamiento. Atados a postes clavados al suelo a la intemperie, sin ropa de abrigo, los soldados eran dejados a la merced de las frías temperaturas del Atlántico Sur. Un soldado conocido como Santiago relató en su testimonio como un soldado de la clase 63 había sido atado de pies y manos a estacas clavadas en el suelo exponiéndolo al frío por robar comida en la ciudad de Puerto Argentino: “*si dejaban a sus soldados congelarse, con que iban a luchar contra los ingleses?*”<sup>543</sup>. Para otros, como Edgardo Esteban, la simple amenaza de su sargento de golpearlo hasta matarlo bastaba para convertirlo en “*un fantasma asesino, capaz de cualquier cosa [...]otra bomba, pero surgida de nuestras propias filas*”<sup>544</sup> También, a aquellos soldados que se les declaraba ausentes de su puesto por salir en busca de sustento, se les sometía a peligrosas prácticas vejatorias de congelación, como hacerles andar sin zapatos ni calcetines sobre charcos congelados<sup>545</sup>. Incluso a aquellos soldados que, como el soldado César Clot, intentaban aprovechar algo de la comida sobrante que desechaban en las perreras de los pilotos de la Fuerza Aérea, que gozaban de mejores condiciones y privilegios, eran castigados con humillaciones y agresiones: “*Una vuelta tiraron media olla de maíz con salsa donde estaban las perreras, así que nosotros fuimos con la marmita y nos la comimos. Un suboficial nos descubrió y nos hizo bailar como cuando estábamos en la instrucción. Como recién terminábamos de comer, unos cuantos se descompusieron*”<sup>546</sup>.

Otros podían morir por sus propias minas, instaladas alrededor de las posiciones, cuando se escabullían hacia áreas pobladas o almacenes circundantes. Es difícil poner cifras a los números de desertiones temporales o ausencias, ya que en memorias, relatos e informes, se documentan bajo la misma categoría, y normalmente siempre asociadas al hambre, hasta el punto de llegar a la memoria popular colectiva protagonizando la conocida novela de Rodolfo Fogwill *Los Pichiciegos*. En ella se recrea a un grupo de soldados que deciden desertar escondiéndose en su propio refugio, creando un modo de vida basado en el pillaje de comida y el contrabando con los ingleses, huyendo de los maltratos de sus oficiales y los bombardeos. Fogwill, que alcanzó la popularidad del panorama literario con esta novela, terminó por recrear a la tropa argentina como un grupo de chicos imberbes de provincias, sin espíritu ni fervor por el combate, que acabarían siendo la única víctima y a la vez enemigo real del Ejército argentino, representado en el relato con los abusos que un oficial realiza

543 KON, D.: *Los Chicos de la Guerra*, (1983); p.65

544 ESTEBAN, E.. *Diarios de Malvinas*. (2005) p.243

545 KON, D.: *Op. Cit* (1983); p.73

546 SPERANZA, G.; CITTADINI, F. (Ed): *Partes de Guerra* (2001); p.64

sobre un recluta, al que mientras fuerza a lamer excrementos de sus botas y practicarle sexo oral, le ordena “¡Diga que es un británico hijo de puta! ¡Dígalo Diez veces!”<sup>547</sup>

Sin embargo, si se puede afirmar que esa situación de hambre y violencia por los propios mandos no hizo más que generar una frustración por una guerra que había tomado el aspecto de “combate pasivo”, término que la historiadora Joanna Bourke emplearía para describir la relación entre industrialización de la guerra, moral y capacidad de la tropa en conflictos del siglo XX<sup>548</sup>. Sin ser movilizados a avances en el frente ni recibir orden alguna, estos quedaban atrincherados a merced del frío, el hambre y los proyectiles de artillería naval y aviación ingleses, sin que los soldados pudieran responder o tomar contacto con el enemigo. Eso, junto al hambre constante, dio lugar a los primeros casos de deserciones generalizadas, desobediencia o ausencia del puesto sin justificación, lo que era motivo de mas prácticas vejatorias y abusivas como los castigos disciplinarios citados anteriormente. Se recordaría como, mas adelante durante esa primera fase de contraataque británico y el asedio de Puerto Argentino, las tropas argentinas desertaban incumpliendo las órdenes dadas por los mandos, lanzando las armas o esperando en las trincheras sin reaccionar<sup>549</sup>. Aun así, las deserciones y desorganización de unidades tendrían lugar en los días finales de la guerra, y esta situación de guerra pasiva tendría un mayor y extendido efecto en la desmoralización masiva de la tropa, una impresión constante que acabaría siendo un tópico frecuente en relatos, novelas y memorias de excombatientes de Malvinas. Relatos como el de José Manzilla, titulado “*Hambre y Coraje*”, publicados pocos años después del fin del conflicto, revelan esa depresión y frustración constante entre el fervor nacional y las fantasías de combate y la realidad de la guerra pasiva, marcada por los bombardeos, el frío, y el hambre. En una de sus páginas Manzilla escribió: “*Un mes que estábamos en plena guerra y nosotros todavía no habíamos entrado en combate, aunque esperábamos hacerlo en cualquier momento. Estábamos muy mal moralmente, el tiempo era cada vez mas feo, todo el día andábamos con los pies mojados y estábamos pasando mucho hambre*”<sup>550</sup>. Esa desmoralización marcaría un tipo de guerra distinta a la que se esperaba, donde la supervivencia en sí misma, y no un enemigo físico, se torna en la gesta, que el propio titulo del relato define como el verdadero acto de coraje que intenta dar sentido a su experiencia. Aunque en su relato Manzilla intenta reconciliarse con el significado de ese deber patriótico que le había llevado a Malvinas, definiendo su experiencia como una misión que persistió con “*la misma fe que el primer día*”<sup>551</sup>, lo cierto es que en su diario solo se describen situaciones de tedio, con constantes guardias nocturnas bajo el frío, bajo hambre y dolencias por congelación,

547 FOGWILL, R: *Los Pichiciegos* (2010); p.111

548 BOURKE, J.: *Sed de sangre* (2008); p.83

549 BROWN, J., SNYDER, W. P.: *The Regionalization of Warfare* (1985); p.14

550 MANZILLA, J.A: *Hambre y coraje*, (1987); p.42

551 MANZILLA, J.A: *Op. Cit* (1987); p.67

interrumpidas por algún momento de euforia al ver un avión británico derribado a lo lejos.

Mientras el desembarco británico en San Carlos proseguía, intentando ser contraatacado por una fuerza aérea argentina que se destacaría como la mejor preparada y exitosa en el combate, las tropas argentinas, desmoralizadas y en malas condiciones, aguardaban en sus posiciones estableciendo un cerco defensivo. Ya desde un inicio, el perímetro de defensa se construyó de manera poco efectiva, con posiciones y trincheras aisladas de Puerto Argentino y sin coordinación entre oficiales, las pocas tropas profesionales y las unidades de conscriptos. De hecho, de los 10.000 soldados de levas, unos 7000 fueron destacados en Puerto Argentino, dejando al resto en los perímetros defensivos atrincherados. El plan de batalla, a parte de con rapidez, se había realizado en base a otro tipo de combate, el único que las Fuerzas Armadas argentinas habían desarrollado hasta la fecha: la guerra antisubversiva en áreas urbanas y provincias rurales. Eso se observó en la propia distribución de las posiciones y defensas, pues se realizó sin tener en cuenta la geografía del terreno y las comunicaciones. Unidades pasaban de defender 13 kilómetros cuadrados a defender 47, dispuestos de tal manera que quedaban rodeados por la propia disposición del terreno o por los propios campos de minas que defendían la capital malvinense, dejando a los soldados aislados y sin posibilidad de retirada<sup>552</sup>.

Todos esos factores anunciaban un desastre estratégico, que culminó finalmente con los primeros contactos entre las tropas de ocupación argentinas y el desembarco británico. Si la moral ya estaba derrumbada por los factores ya expuestos, la poca profesionalidad de mandos superiores y el fracaso de distribuir a los comandos y las escasas unidades profesionales diseminándolos por el frente, acabó por minar cualquier efectividad o predisposición por parte de los conscriptos.

A eso se sumaron factores de guerra psicológicos, extendidos por los bombardeos nocturnos y por la propaganda de guerra de la Junta. Uno de estos presente en toda la literatura y relatos de excombatientes era el terror que infundía la idea de combatir contra los gurkhas. Fuerzas mercenarias originarias de Nepal y el Norte de la India que luchaban al servicio del Reino Unido desde el siglo XIX, eran popularmente conocidos por su fama de ferocidad y búsqueda de estatus en el combate, pero especialmente por sus dotes y habilidades de combate en montaña y temperaturas bajo cero. Por este motivo, el Ejército británico envió un regimiento de gurkhas a Malvinas, dada su adaptabilidad y eficacia en la lucha dentro de características geográficas adversas, con temperaturas bajo cero, lluvia, viento y tundra. Los mandos argentinos predicaron entre los soldados las brutalidades que podían hacerles los gurkhas si caían prisioneros en sus manos, para así inducir a que combatieran hasta el final sin rendirse. Un elemento que generaría mito y controversia tanto en el transcurso de la guerra como en las memorias y textos posteriores. Algunos veteranos recuerdan

---

552 SPERANZA, G.; CITTADINI, F. (Ed): *Partes de Guerra* (2001); p.123

en sus relatos historias de cruentas torturas y ejecuciones de prisioneros a manos de gurkhas. Según German Estrada “*nada era mas temido que un gurkha, porque se había corrido el rumor que eran un grupo de combatientes despiadados, casi animales sanguinarios; a quienes no importaban si morían y que, cuando mataban a alguien, después le cortaban las orejas*”<sup>553</sup>. En el relato del veterano Santiago, uno de los primeros fragmentos que se exponen en la obra de memorias oral *Los Chicos de la Guerra* elaborada por Daniel Kon, este expresó un terror acérrimo hacia los gurkhas. Cuando Santiago y sus compañeros se encontraron con supervivientes de otra unidad, estos les explicaron como huyeron de un asalto de gurkhas, los cuales tomaron las posiciones argentinas y, según dice, ejecutaron a su sargento y a otros cuatro soldados mas que se habían rendido<sup>554</sup>. Edgardo Esteban apunta en su libro como sus compañeros “*estaban aterrizados y no les importaba ninguna otra cosa que retroceder: veían gurkhas por todos lados*”<sup>555</sup>. Ese terror propagandístico extendido hacia los gurkhas se mantuvo incluso tras la derrota, cuando los prisioneros de guerra argentinos fueron retenidos en los barcos británicos, como Fabián Costa relata durante su estancia como prisionero de guerra en un navío británico, donde fue vigilado por unidades de gurkhas a los que describe como “*Hombre sin alma, máquinas mirando al piso todos formados y sostenidos por ese corral, sus cuchillos calzados en la cadera, armas en mano[...] Solo su presencia causaba terror.*”<sup>556</sup>. Lo cierto es que, aunque los datos son confusos debido a que eran unidades de élite destinadas a primera línea, no hay información que confirme que se llegaron a emplear en combate frontal, y mucho menos que se cometieran actos de crímenes de guerra como la ejecución o vejaciones a prisioneros. Especialmente esos actos de brutalidad como el degüello y la decapitación de prisioneros asemejaban extraños y desconcertantes cuando eran narrados por conscriptos y comandos. Incluso al periodista argentino Nicolás Kasanzew, único reportero argentino que cubrió la guerra desde el frente, esos relatos le parecían confusos. Kasanzew, sin desmentir o confirmar dichos testimonios, los acabó asociando mas a “fantasías en demasía”, provocadas por la propaganda de desmoralización británica<sup>557</sup>.

De hecho, como se verá mas adelante, el trato a los prisioneros argentinos fue correcto, y para muchos, mas humano y decente que el dispensado por los oficiales argentinos. Tras la guerra, oficiales británicos como el Mayor General Vaux salió públicamente en defensa de las unidades de gurkhas ante la mala prensa que los medios británicos y argentinos habían realizado sobre ellos, diciendo que se había privado a los gurkhas de “la oportunidad de demostrar su valor en

---

553 ESTRADA G.; PINO, E.: *Contar Malvinas*, (2007) ;p109

554 KON, D.: *Los Chicos de la Guerra*, (1983);; p.87

555 ESTEBAN, E.: *Malvinas. Diario del regreso* (2005); p.73

556 COSTA, F.: *Prisionero 12* (2018); p.67

557 KASANZEW. N.: *Malvinas: A Sangre y fuego*, (2012); p.201

combate”<sup>558</sup>. Sin embargo, el factor psicológico dentro de la moral argentina radicaba en uno de las características constantes del conflicto, como es la diferencia entre tropa de leva y soldados profesionales. Todo ello fue resultado de una acción de propaganda psicológica de los mandos argentinos, que a su vez se vio influenciada por la propia propaganda psicológica británica. Al final, soldados como Juan José Gómez Centurión hablarían de la “fábula de los gurkhas”, término con el que se refiere a que los soldados argentinos jamás entablaron contacto con los gurkhas, sino que lo que vieron fue “acción psicológica británica”<sup>559</sup>.

Pues si los gurkhas suponían una versión mas exótica y adaptada del soldado profesional, el resto de las unidades británicas como los batallones de guardas galeses y escoceses, los comandos navales o los paracaidistas, suponían una gran diferencia en preparación y experiencia respecto los conscriptos. Y no solo en experiencia y material, sino también en *esprit de corps*, cohesión entre unidades y liderazgo de mandos capacitados y en contacto con sus tropas. Precisamente, para contrarrestar la profesionalidad de la superioridad técnica de la fuerza de respuesta británica, la propaganda de guerra de la Junta generó mitos sobre la degeneración moral y psíquica de la tropa inglesa. El mito del uso de estimulantes o drogas para potenciar la agresividad en combate por parte de los ingleses, que se retroalimentaría con los combates tras el desembarco, tuvo un efecto psicológico contrario al esperado por los militares argentinos, pues generó ansiedad e inquietud entre la tropa. Mientras, la propaganda que representaba a los británicos como seres obscenos y degenerados, imagen especialmente publicitada tras el encuentro de pornografía inglesa en el cuartel de Moody Brooke, apenas tuvo efecto sobre los conscriptos. Mas papel moral tuvo el contacto con los *kelpers*, los habitantes angloescoceses de las islas, ya que impidió que los conscriptos se sintieran como los libertadores del imaginario nacionalista argentino. El reacio contacto con los *kelpers*, que percibieron a los argentinos como invasores y estaban totalmente desconectados a nivel político, social y cultural de Argentina, no solo produjo una decepción sobre su asunción del ideario nacionalista de la invasión. También generó un potente factor de estrés entre la tropa, que sentía con seguridad que los nativos respaldarían a las fuerzas británicas, o incluso que colocarían trampas “caza bobos” o detonaban minas soltando el ganado en los prados con tal de inhabilitar sus esfuerzos defensivos. Aunque las relaciones entre tropa de ocupación y *kelpers* diferirían según la experiencia, se dieron casos de confraternización entre ambos grupos, especialmente tras la constatación que tal tropa de ocupación eran jóvenes conscriptos. Por otra parte, el hambre haría que soldados que desertaban para obtener comida usaran sus armas para amenazar y obtener recursos de los civiles

---

558 STEWART, N. K.: *Mates and Muchachos. Unit Cohesion during Falklands/Malvinas War* (1991); p.69

559 SPERANZA, G.; CITTADINI, F. (Ed): *Partes de Guerra*,(2001); p..54

A medida que los últimos días de conflicto tenían lugar, otros factores como la inutilidad del material empleado por el Ejército Argentino se hizo patente, acelerando mas la desmoralización creciente. Muchos soldados se vieron indispuestos a combatir debido al extremo frío y la humedad, para la cual su ropa de campaña no estaba adaptada, sufriendo numerosas enfermedades pulmonares y pie de trinchera, afecciones agravadas aun mas por la falta de alimento. Otros tantos ni siquiera disponían de material bélico en condiciones para combatir, pues los fusiles FAL y subfusiles PAM estándares del Ejército estaban inutilizados por su antigüedad y mal estado, y algunas dotaciones artilleras quedaron inoperativas debido al mal uso que se hizo de los cañones los primeros días de combate. Pero a pesar de todos esos factores, el hambre y la escasez de alimento era el tópico desanimador mas frecuente, desde el inicio hasta los últimos días de la guerra. Un hambre cuya desesperación por aplacar llevó a soldados a cometer autolesiones o incluso barajar el suicidio. Edgardo Esteban, en sus relatos de Malvinas, explica como su compañero de unidad, Carlitos, desmoralizado por el hambre, comía polenta lavada con orina con tal de contraer la hepatitis y morir, como medida desesperada para salir de la angustia que suponía el hambre y la interminable espera del enemigo, hasta el punto de plantearlo como un desafío y afirmar que *“la orina era lo mas rico que había probado en esa guerra puta”*<sup>560</sup>

Finalmente, el 28 de Mayo tuvieron lugar las últimas ofensivas sobre las restantes posiciones argentinas en Goose Green y Darwin. Contra todo pronóstico, sin provisiones ni apoyo aéreo, las tropas argentinas demostraron una resistencia efectiva y tenaz ante el avance británico, siendo de los pocos episodios reconocidos de defensa notable de posiciones por los conscriptos, que costó a los paracaidistas británicos mas de dos días para conquistar. Otras posiciones como Mount Kent, Mount Challenger y los asentamientos de Douglas y Teal fueron también tomadas por marines y paracaidistas británicos, a pesar de la falta de apoyo por el mal tiempo, la resistencia argentina y el hundimiento de los navíos Sir Galahad y Sir Tristram por aviones argentinos. Entre el 5 y el 14 de Junio se produjeron los últimos y mas cruentos combates de tierra, a medida que las tropas del Reino Unido se acercaban a Puerto Argentino. En esos días tuvieron lugar las batallas de Mount Longdon, Two Sisters y Mount Harriet, mientras la capital y cuartel general argentino era víctima de los bombardeos navales. El último combate se dio en el monte Tumbledown, defendido por unidades profesionales argentinas de la marina. Estos combates terrestres que constituyeron la última fase de la guerra se caracterizaron por ser combates nocturnos, aprovechando la ventaja tecnológica que las tropas británicas tenían respecto los argentinos, a la vez que acrecentaban su desmoralización y agotamiento. Combates como los de Mount Longdon o Tumbledown concluyeron de manera encarnizada, con contactos directos donde se lucharía cuerpo a cuerpo,

---

560 ESTEBAN, E.: *Malvinas. Diario del regreso* (2005); p.187

factor que de nuevo tendió a afectar psicológicamente a los conscriptos.

La memoria popular y política argentina siempre recordaría dentro de la épica nacional a los sujetos que formaron parte de la última resistencia argentina, junto a los marines, comandos y unidades de artillería naval del Apostadero Malvinas. En cambio, la imagen del conscripto quedó marcada a fuego con los arquetipos de la desertión y la desbandada desorganizada de unidades, a pesar de las numerosas campañas que tendrían lugar a posteriori para cambiar ese estigma. De nuevo, muchos relatos de veteranos conscriptos recrean esa escena de caos y retirada, donde oficiales marchan dejando solas a sus unidades, las líneas del frente se difuminan hasta desaparecer y soldados quedan tras las líneas enemigas sin apenas tener constancia ni entablar contacto con el enemigo. Edgardo Esteban recuerda como: *“había un montón de soldados que marchaban desordenadamente hacia la ciudad [Puerto Argentino]. Algunos habían recibido la orden de repliegue y no se apartaban de sus jefes. Otros se fugaban del centro de fuego; huían con miedo. Miedo a morir en la huida y miedo a sus propios jefes porque muchos no habían recibido la orden de repliegue y rajaban del frente al darse cuenta de las pocas alternativas que tenían de salvarse. Temían que una vez terminado todo fueran juzgados por desertión y abandono de sus puestos. Otros habían peleado cuerpo a cuerpo con el enemigo y habían visto degollar a sus compañeros delante de sus ojos.<sup>561</sup>”*. Otros testimonios, como la nota del diario de Manzilla del 11 de junio, explicaba como mientras las posiciones de las unidades de su alrededor son bombardeadas y asaltadas por el enemigo, la suya sigue sin recibir ataque, información u orden alguna, hasta que el 14 de junio recibiera la noticia de la rendición. Situaciones como ésta se debieron a la ya mencionada desorganización general del frente de defensa, pero también a la desertión de oficiales que abandonaron a sus tropas en sus puestos buscando refugio del combate.

Aun esta desbandada general, se conoce de unidades constituidas por conscriptos abandonados en el frente que establecieron núcleos de resistencia, luchando solos bajo su propio mando y que lograron ralentizar el avance británico a pesar de estar mal armados y escasos de munición. Serían los propios oficiales ingleses, y no los informes argentinos, quienes reconocerían dichos actos de coraje de estos núcleos de resistencia, dando testimonios de soldados conscriptos y suboficiales que mantuvieron la lucha hasta el final o salían de sus trincheras en pleno intercambio de fuego para rescatar a compañeros caídos<sup>562</sup>. Pero dichos núcleos de resistencia esporádica no lograron evitar el avance británico, que finalmente se detuvo cuando el gobernador militar de la Junta destinado a Malvinas, el general Menéndez, firmara la rendición el 14 de Junio.

Por otra parte, tanto en los momentos previos a la rendición como tras la toma de las tropas

---

561 ESTEBAN, E.: *Malvinas. Diario del regreso* (2005); p.73

562 STEWART, N. K.: *Mates and Muchachos. Unit Cohesion during Falklands/Malvinas War* (1991); p.79

argentinas como prisioneros de guerra, se dieron casos de insubordinación por parte de los conscriptos hacia oficiales y suboficiales, reacciones que se hicieron de esperar pero que finalmente estallaron durante la última fase de la guerra. Este tipo de reacciones fueron básicamente actos de resistencia pasiva o sencillamente actos simbólicos de reacción frente al estamento militar argentino, pero también tuvieron lugar resistencias activas con un matiz de rebelión. Muchos de estos actos se han mencionado anteriormente, cuando se ha hecho referencia a las deserciones y los robos de comida y material militar, cuya realización no solo se trataba de supervivencia. También eran desafíos a la jerarquía militar ante lo que consideran inhumano y corrupto. De nuevo, el diario de Esteban explica de actos de rebelión simbólica hacia la oficialidad abusiva, como el hecho de escupir u orinar en la infusión de mate del suboficial<sup>563</sup>. Actos que pueden asemejar pueriles, pero que en contextos como tales, representaron válvulas de escape de la presión y el estrés del contexto de guerra; y también de rechazo a la esfera militar en clave cultural. Otros actos iban más allá, por ejemplo, rebelarse ante los castigos disciplinarios. El veterano Santiago relató a Kon como se enfrentó a un oficial que le amenazó por desatar a un compañero estaqueado, a lo que Santiago se impuso respondiendo que no iba a ser castigado, pues no había hecho nada malo ni veía sentido en ver a uno de sus propios compañeros sufrir de esa manera<sup>564</sup>. En otra de sus entrevistas con Kon, Santiago hablaría incluso de un intento de *fragging* hacia un sargento que les requisaba sus raciones, al cual esperaban disparar por la espalda cuando los ingleses se acercaran suficiente para disimular el disparo<sup>565</sup>.

### 3.5.-"Galtieri, borracho...": Desmovilización, impacto y reinserción de los excombatientes de Malvinas.

La firma de la rendición por el Gobernador Menéndez el 14 de junio pondría punto y final a las hostilidades por las islas entre los dos estados. No obstante, no dio lugar a la paz ni el cese de la violencia dentro de la sociedad argentina. Tras el acta de rendición, automáticamente las tropas argentinas, profesionales o conscriptas, pasaron a estar bajo el control y cuidado de las fuerzas británicas. Por otra parte, en esos mismos momentos, si la sociedad se había aglutinado en favor de la guerra de Malvinas, el anuncio de la rendición por el presidente de la Junta el general Galtieri llevó a la congregación de las masas en Plaza de Mayo frente al edificio sede del gobierno, la Casa Rosada, en protesta ante la gestión militar que había llevado al declive la cruzada nacional. Entre las

563 ESTEBAN, E.: *Malvinas. Diario del regreso* (2005); p.77

564 KON, D.: *Los Chicos de la Guerra* (1983); p.65

565 KON, D.: *Op. Cit* (1983); p.76

máximas y eslóganes cantados por a multitud, el mas repetido era “*Galtieri, borracho, mataste a los muchachos*”. Si anteriormente, la sociedad podía cerrar los ojos ante las violaciones de derechos humanos, Malvinas atrajo al fin un unánime sentimiento de rechazo hacia la Junta y su Proceso. Ahora los jóvenes no habían desaparecido, muerto o sido mutilados por “influencias” de externas o supuesto una amenaza al orden nacional. Empleados como carne de cañón en una causa considerada legitima a nivel de opinión pública, su sacrificio en vano y su abandono por la negligencia militar llevaron de forma abierta las protestas sobre la violencia ejercida por el régimen hacia la sociedad argentina, concretamente el sector juvenil Poco días después, el 18 de Junio, Galtieri era reemplazado por Bignone, instaurando así una cuarta Junta de Gobierno militar e iniciando los planes para una transición de gobierno que pusiera fin al fallido Proceso de Rconstrucción Nacional de las Fuerzas Armadas..

Si Malvinas fue la mano de cartas desesperada para salvar un inestable régimen, esta resultó una partida perdida que costó cara al gobierno de los militares. Se jugó con el sentimiento nacional, con uno de los símbolos mas arraigados dentro de la simbología política de Argentina. A su vez, Malvinas y la movilización de un pequeño sector de la sociedad juvenil trajo de nuevo al frente un sujeto social totalmente nuevo en la Argentina del siglo XX. Aparecía el veterano de guerra, el chico reclutado temporalmente por orden gubernamental siguiendo un deber patrio, que junto a sus compañeros, generaron un colectivo con transcendencia política, social y cultural. Por primera vez, el veterano de guerra tomó un papel determinante en la política y el cambio social en la Argentina moderna, teniendo en cuenta que estos veteranos fueron reclutas de leva, no soldados profesionales, y que tomaron unos símbolos y discursos políticos que provenían de su contexto de desmovilización, pero a su vez bebían de las dinámicas y las características de su propia cultura, en términos de colectivo juvenil movilizados y militarizados.

Este factor, junto con otros elementos que tuvieron un papel clave en la asimilación y reacción social y política de la guerra y la derrota, construyeron las primeras características de una cultura de desmovilización en Argentina. No es de extrañar que ésta no solo coincidiera con el proceso de Transición a la democracia, sino que ambos procesos estuvieran estrechamente relacionados, teniendo la figura del excombatiente/veterano de Malvinas un papel destacable en múltiples aspectos, hasta quedar establecida como una figura simbólica general dentro de la sociedad Argentina

Muchos de los efectos y reacciones primarias hacia la guerra surgirían en un primero lugar a raíz del modo y situación en los que tuvo lugar el retorno de los soldados. Se definió la desmovilización de la leva como una llegada “por la puerta de atrás”, en el mas absoluto silencio y discreción, solo roto por las noticias y rumores que los padres y familiares de los conscriptos

difundían en sus contextos vecinales ante la supuesta llegada de camiones con soldados a sus respectivos cuarteles. Visto ya como las características y contextos materiales, humanos y geográficos determinaron la fallida del conflicto para el bando argentino, creando a su vez tópicos que definirían su trauma y su imagen, se hace indispensable analizar la evolución de los factores inmediatamente posteriores al fin de la guerra. Y es que podríamos hablar que esa desmovilización de la tropa se inició en 14 de junio, cuando quedaron bajo control británico en categoría de prisionero de guerra arastrando el estigma de la derrota.

La guerra había finalizado con balance final de 314 muertos entre tropas del Ejército, junto con unos 1739 heridos resultado de los combates en Puerto Argentino, la bahía Darwin, Howard y Fox<sup>566</sup>, de cuyo cargo se haría el Ejército británico. A ello se sumaron los 323 marinos del ARA Belgrano hundido fuera del área de exclusión naval, los cuales fueron rescatados por la Armada argentina. Mientras, el resto de tropa y oficiales serían internados como prisioneros de guerra dentro de los buques británicos. El trato estipendiado por los vencedores fue correcto, siguiendo los principios establecidos por la Cruz Roja y la Convención de Ginebra, y a pesar de algún encontronazo, la convivencia entre presos y prisioneros fue buena y cordial según informes y testimonios. Aun sí se ha hablado y escrito de muchas historias de británicos cometiendo fusilamientos o ejecuciones, muchos de los cuales no son ciertos o no se han podido comprobar, que contrastan severamente con la imagen que la memoria general de los veteranos explica sobre la estancia como prisioneros de guerra. En uno de los relatos de Germán Estrada, siendo éste prisionero de los británicos aun en Malvinas, cuenta como un oficial inglés le llevó a él y otros 40 a limpiar escombros derivados de los bombardeos, siendo golpeado aquel que no estuviera dispuesto a trabajar. Y según continúa su historia, al día siguiente, 20 de esos soldados fueron desnudados y puestos en formación, golpeando severamente a uno de ellos que no logró mantenerse bien en la posición<sup>567</sup>. A pesar de la posibilidad de que se cometieran este tipo de actos con los prisioneros argentinos, los informes y los relatos de excombatientes revelan un trato correcto por parte de sus antiguos enemigos, muchos compadecidos de sus prisioneros por su joven edad y estado, de los cuales recibieron alimento, aseo y tratamiento médico. El soldado Daniel Cepeda, de la clase 63, recordaba como siendo herido en combate, fue trasladado al buque hospital británico Uganda, donde afirmaba haber recibido una atención de primera, pero todo cambiaría al ser transferido de nuevo al bando argentino: *“En el Bahía Paraíso (buque argentino) todo cambió, las estructuras, el trato, la atención. No se si por conveniencia o qué, en el Uganda el trato había sido muy cordial, en cambio en el buque argentino, el oficial seguía siendo el oficial y el soldado, el soldado. Ellos*

---

566“Anexo 64 Art. 7031c.3 Bajas de la Fuerza Ejército en las Islas Malvinas 14 Junio 82”, *Informe Oficial Ejército argentino. Conflicto Malvinas*, 1983; p.1

567 ESTRADA G.; PINO, E.: *Contar Malvinas*, (2007); .p.107

*unos señores y vos basura* ”<sup>568</sup>

Como revela el testimonio de Cepeda y muchos otros veteranos, el problema surgió mas bien con los propios oficiales argentinos, los cuales estaban cautivos con sus mismos soldados, y a pesar de haber rendido las armas, proseguían con sus consignas de “defender las islas hasta la muerte”. El Teniente Coronel de Infantería Italo Piaggi criticó como los oficiales que no aceptaban la rendición “no aportaban ningún curso de acción viable”, señalando “la indignidad o la vergüenza de la rendición”. Sin embargo, el mismo Piaggi añade mas adelante en su testimonio escrito como en su condición de soldado profesional, deseaba tanto combatir hasta el final que de haber existido la posibilidad de combatir, habría “tirado con artillería inclusive sobre mis propios prisioneros”, en referencia a los soldados argentinos tomados como prisioneros de guerra. Ejemplos como este demuestran la falta de cohesión entre el colectivo de profesionales y reclutas, la dicotomía constante que caracterizaba las relaciones cívico militares tanto en Argentina como en el contexto de guerra en Malvinas. El oficial que abusa y muestra sentimientos de indiferencia, aversión o desprecio hacia el recluta, y que además, lo toma como cabeza de turco para justificar la derrota en la guerra bajo acusaciones de cobardía o inmadurez. El escritor Rodolfo Fogwill llegó a representar esta relación en su novela *Los Pichiciegos*, donde tras la rendición en Malvinas, un teniente grita a los soldados rendidos mientras dispara con su pistola a la patrulla inglesa que los ha capturado. Tras gritar a los prisioneros que “con soldados de mierda como ellos nunca se va a poder ganar una guerra”, los británicos responden a su disparo con un misil, matando a todos los prisioneros y dejando solo vivo al teniente, que “sacude la cabeza mientras se aleja de los caídos para fumar su Camel pensativo [...] a la espera de próximos acontecimientos”<sup>569</sup>

Es en este momento de cierta estabilidad como prisioneros en los buques ingleses Canberra y Nordland tras los combates cuando se empiezan a producir de nuevo sublevaciones hacia los mandos argentinos. La tropa conscripta, tras haber sufrido los abusos y la escasez en el frente, y mas aun tras haber visto una vez hechos presos los almacenes repletos de comida que la oficialidad había guardado sin repartir, el estrés y el trauma empezó a canalizarse en forma de desafíos a la autoridad militar. Cabe añadir que esta tropa ya se consideraba a sí misma licenciada, ya que habían cumplido con el sacrificio impuesto por el gobierno y querían desmovilizarse. Por tanto, los abusos y bravuconerías de la oficialidad argentina chocaría cada vez mas con una juventud de conscriptos mas enervados y menos atemorizados ante las consecuencias de la violencia castrense. Los informes militares argentinos, elaborados meses después del conflicto por la oficialidad, insisten en que el comportamiento del personal argentino retenido por el enemigo fue sobresaliente, remarcando

---

568 SPERANZA, G.; CITTADINI, F. (Ed): *Partes de Guerra* (2001); p..174

569 FOGWILL, R: *Los Pichiciegos* (2010) pp.207-208

como: “se conservaron las jerarquías sin que se produzca ningún tipo de problema disciplinario dentro de cada fuerza”, insistiendo en la “preocupación de las distintas jerarquías por el bienestar espiritual de sus subalternos”<sup>570</sup>. Pero lo cierto es que la relación entre los mandos y tropa fue empeorando durante el periodo como prisioneros de guerra, hasta alcanzar su culmen con la desmovilización y los primeros momentos de la posguerra. El sentimiento de derrota y el hecho que los oficiales no recibieran un trato deferente, aumentaba los abusos hacia los soldados desmoralizados. El contexto de igualdad que les daba la condición de presos destruyó cualquier percepción de jerarquía por parte de los soldados, que no aceptaron mas órdenes y abusos. El soldado Guillermo Huircapán recordaba: “Había tipos que no querían entender que ya éramos todos iguales, que no había privilegios. Una vuelta hubo hasta trompada porque un cabo lo quiso apurar a un soldado y se juntaron cuatro o cinco soldados y lo querían matar, Los ingleses los tuvieron que separar”<sup>571</sup>. Eso no solo muestra los abusos estructurales y las relaciones diferenciadas dentro de la jerarquía militar argentina, sino también representa la diferencia entre ejército profesional y un ejército de leva en lo que a relación entre sociedad y Ejército se refiere, pues para Huircapán, finalizada la guerra, ambos sectores están en condición de igualdad: “Lo que si me molestaba era la actitud de algunos suboficiales que incluso estando prisioneros querían tener privilegios, como si estuviéramos en el cuartel. Con uno discutí, no se daba cuenta de que ahí éramos todos iguales”<sup>572</sup>.

Esta situación de rebeldía creció con la llegada de la tropa de vuelta a Argentina. Según recoge Edgardo Esteban, nada mas llegar a Campo de Mayo los suboficiales les lanzaban órdenes, a lo que Esteban y sus compañeros respondieron: “no alcanzamos a escuchar esa orden que empezamos a decirle que se dejara de joder. La rebeldía fue general. Ninguno de los soldados estaba dispuesto a bancarse a que se los tratara como reclutas. Después de haber estado en Malvinas nos querían seguir mandando como lo hacían cuando éramos jóvenes colimbas y soportábamos la humillación porque ellos eran los jefes y había que aguantar un año hasta obtener la baja.”<sup>573</sup>. Mas adelante, Edgardo Esteban en sus memorias recoge otro episodio, donde los soldados, acomodados en los barracones del cuartel de Campo de Mayo se rebelaron contra un subteniente que los mando formar al pie de los catres. Mientras éste les intentaba amedrentar con insultos y amenazas para obligarlos a formar, los soldados le mandaron callar, acompañando su respuesta con insultos<sup>574</sup>. Para otros como Fabián Costa, de la clase 63, su rebelión se tradujo en su

---

570 “10.013. Comportamiento del personal argentino retenido por el enemigo”, *Informe Oficial Ejército argentino*.

*Conflicto Malvinas*, 1983 p.168

571 SPERANZA, G.; CITTADINI, F. (Ed): *Partes de Guerra* (2001); p..162

572 SPERANZA, G.; CITTADINI, F. (Ed): *Op. Cit* (2001); p..178

573 ESTEBAN, E.: *Malvinas. Diario del regreso* (2005); p.214

574 ESTEBAN, E.: *Op. Cit* (2005); p.216

negativa a continuar con su servicio militar obligatorio al volver a Puerto Madrin, por lo que se le llevó a tratamiento psicológico en hospital por un mes<sup>575</sup>

Tropa de conscriptos, profesionales y oficialidad fue desembarcada del Canberra en Argentina, entre mediados de Junio y principios de Julio en Puerto Madrin, zona mas cercana al Teatro de Operaciones del Atlántico Sur y muy afectada por la militarización, para después ser desplazados de nuevo a Trelew. Mientras en estas zonas el recibimiento de la tropa tras el desembarco inicial fue realizado con muestras efusivas de entusiasmo popular, las reacciones serian breves con el rápido desplazamiento en secreto y estricto confinamiento de los soldados en el cuartel de Campo de Mayo y otras dependencias militares de Buenos Aires.

La llegada de la tropa al cuartel de Campo de Mayo y otros centros habilitados por las Fuerzas Armadas se realizó un régimen de campo de internamiento. Aunque se realizara bajo la excusa de ser parte del sistema de adaptación psicológica tras la desmovilización, fue una estrategia ligada a la contención y peligro de filtración de información sobre Malvinas y sus irregularidades, a la vez que trataban de someterlos a una rápida dieta de engorde para ocultar la desnutrición que padecía la mayoría de la tropa. Los soldados fueron sometidos a interrogatorios por la oficialidad, con tal de poder reprimir cualquier tipo de información que pudiera ser dañina para las Fuerzas Armadas y que ésta pudiese pasar a la prensa o al intercambio popular. Eso generó aun mas malestar ante el miedo de ser represaliados, ya que continuaban siendo tratados, bajo su percepción, como prisioneros de guerra que eran interrogados por sus propios mandos con tal de censurar su experiencia. De ahí que soldados como Fabián Bustos se rebelaran, contando la verdad que no querían oír los mandos: “*Yo contesté la verdad porque necesitaba desahogarme, No tuve miedo que después me fueran a hacer algo*”<sup>576</sup>. Precisamente, muchos soldados como Fabián no podrían contener el estrés y la frustración interna ante el trato militar e iniciaron altercados en los barracones, incendiando catres e imponiéndose a los oficiales desobedeciendo órdenes y saltándose la rutina militar.

Mientras, en los alrededores de cuarteles y centros donde los soldados sufrían el internamiento, grupos y colectivos de padres y madres de los conscriptos rodeaban dichos espacios exigiendo información sobre sus hijos. La mayoría de ellos no sabia aun si su hijo estaba vivo o si había sufrido alguna herida o mutilación de combate. Pero las noticias del desembarco de los primeros prisioneros de guerra en Puerto Madrin se esparcieron rápidamente y las pocas cartas que los soldados lograron enviar a sus familiares hablaban de una realidad muy distinta a la epopeya victoriosa que los censurados medios argentinos emitieron durante los dos meses de la guerra. Cuando finalmente estos fueran liberados de los centros de internamiento y se encontraron con

---

575 COSTA, F.: *Prisionero 12* (2018); p.82

576 BUSTOS, D.: *El otro frente de la guerra. Los padres de Malvinas* (1983); p84

familiares y amigos, la sociedad argentina sería testigo de la realidad de lo sucedido en las Malvinas: Mas de un 20% de los soldados que habían vuelto sufrían de diversas dolencias derivadas del hambre y la congelación, junto con múltiples trastornos psíquicos que mas tarde reconocerían como estrés postraumático, que afectó a cerca de un 40% de la tropa destinada en las Islas<sup>577</sup>. Pero los efectos y consecuencias de la guerra se toparon con la otra cara de la moneda, muy en contraste con la agitación y el fervor anterior. Pues la indiferencia tras la derrota, a veces acompañada de reproches y recriminaciones por parte de la sociedad, fueron de los elementos que se construirían como parte de la narrativa de la posguerra, siendo uno de los elementos simbólicos que caracterizaron la cultura de desmovilización de la Guerra de Malvinas.

Otro de los pilares que demarcaría la inicial desmovilización y formaría parte de los discursos de protesta contra la dictadura fue el asunto de los desaparecidos y muertos en acción, cuyos cuerpos no se habían recuperado y en muchos casos ni siquiera se sabía de su paradero. De hecho, el entierro de personal militar argentino no se realizó por orden de los mandos argentinos, sino por los británicos, que enterraron los cuerpos de los soldados argentinos bajo los mismos honores y procedimientos que a los caídos británicos. En cambio, en lo que a desaparecidos en combate se refiere, la oficialidad argentina nunca llevó un recuento fiable ni reunió información sobre los posibles paraderos de estos, cuyos restos jamás fueron recuperados. Según los documentos redactados por las Fuerzas Armadas, los restos serían imposibles de recuperar debido al contexto bélico, siendo abandonados en el campo de batalla para posteriormente ser atendidos por las fuerzas británicas y la Cruz Roja. Soldados ingleses trasladados en el buque Saint Edmund anclarían frente a Puerto Argentino para buscar cuerpos sin identificar en Tumbledown y Monte William y darles sepulturas a todos por igual en cementerios locales de las Islas<sup>578</sup>. Sin embargo los datos recopilados sobre los caídos y desaparecidos en combate no pasaron a los mando argentinos ni los cuerpos no fueron repatriados, permaneciendo en cementerios locales de Malvinas. Las Fuerzas Armadas no demostró ninguna consideración hacia los soldados muertos o desaparecidos, pues ni siquiera se había realizado un protocolo adecuado de transmisión de la información de defunción a familiares. Eso conllevaría que familiares no fueran informados del fallecimiento de su ser querido, que recibieran información errónea, o que se les comunicara la noticia de manera traumática y desconsiderada mediante lecturas de listas de caídos en la entrada de Campo de Mayo.

Ante esa situación de desconexión y censura mediática sobre lo que aconteció en el Atlántico Sur los meses de Mayo y Julio, se reunió una rápida respuesta social, en este caso protagonizada por

---

577 SEEAR, M.; GACIA QUIROGA, D. (Ed.): *Hors de combat: The Falklands-Malvinas Conflict in Retrospect*, (2007); pp.62-65

57810.010. "Registro Necrológico", *Informe Oficial Ejército argentino. Conflicto Malvinas*, 1983 p.167

colectivos de padres y madres de soldados movilizados a Malvinas que comparaban a los soldados como otras víctimas de la guerra sucia del régimen, tanto por el hecho que se los llevaron precipitadamente, muriendo muchos sin conocerse su paradero, como por la juventud de estos, la misma edad que tenían la mayoría de jóvenes víctimas del terrorismo político de estado.

Muchos padres y familiares iniciaron su movilización a partir de sus experiencias personales, que compartieron vía carta a través de diarios como el *Clarín*. Uno de los ejemplos lo encontramos con Salvador Vargas, quien envió una carta al diario tras saber de la muerte de su hijo en Malvinas, reclamando el respeto de la integridad familiar y el derecho de los padres sobre sus hijos en aspectos como la *colimba*, para lo que a la vez exigía una reforma. Esa carta atrajo a otros familiares, configurando el grupo de Padres y Amigos de Soldados.<sup>579</sup>

Otro de los más conocidos y con mayor impacto, debido en parte a las memorias que después serían publicadas bajo el título *El otro frente de la guerra: los Padres de Malvinas*, fue el grupo organizado por el Doctor Dalmiro Bustos en la ciudad de La Plata. Padre del combatiente conscripto Fabián Bustos de la Xª Brigada movilizada a la Isla Soledad el 14 de abril, Bustos reunió un grupo de padres y madres con tal de saber sobre el bienestar de sus hijos. Siendo un grupo formado en su mayoría por madres que asistían a los cuarteles intentando socavar toda la información posible, crearon la iniciativa de *Carta abierta a un soldado argentino*, un programa de radio donde retransmitían música y lectura abierta de cartas para apoyar moralmente a la tropa. A su vez, trataron de reunir fondos y material con el que respaldar a los soldados, a sabiendas que la alimentación y el bienestar de sus hijos no estaba siendo proveído por los militares argentinos. Este colectivo de padres marcó una tónica importante respecto a la asimilación social del combatiente argentino. Como muchos otros grupos de padres, estos siempre se refirieron a los soldados conscriptos como “chicos”, en el sentido de adolescentes aun bajo la tutela de sus respectivas figuras paternas, y que por tanto, se asociaban a la salvaguarda del seno familiar. No habiendo sido posible la protección de sus hijos durante la guerra, la tutela y cuidado paterno anterior se retomó con énfasis de nuevo después del conflicto, sabiendo ya de los problemas físicos y psicológicos que traerían a la vuelta. Como médico, Bustos pondría a madres y padres al corriente de las dolencias psíquicas que el impacto de una experiencia de tal envergadura como es la guerra podría tener sobre sus hijos. Es interesante el trabajo de Bustos, ya que en sus escritos y charlas dentro del colectivo, el doctor ya habla de la propensión de esos soldados jóvenes a padecer trastornos psiquiátricos debido a su juventud: “*Nuestros hijos no habían salido aun de nuestra tutela protectora. Es decir que su capacidad de enfrentar el peligro era, en términos generales, muy poca. [...] Cuando los muchachos ya no tengan que apretar los dientes y aguantar, van a aflojar y nos van a tener que*

---

579 LORENZ, F.: *Las Guerras por Malvinas* (2012); pp.132-136

*encontrar dispuestos a no pedirles cordura ni conductas razonables, Las crisis de miedo y ansia o excitación serán posibles, y eso será lo mas normal del mundo, la locura estaría en que esto no ocurriera*<sup>580</sup>. Desde el punto de vista de los colectivos de padres organizados ante el reclutamiento y movilización, los conscriptos no habían pasado el proceso de transición a la adultez asociado a la guerra y el servicio, tradicionalmente percibido como la conquista de la madurez dentro del esquema social. Bustos repite: *“Los chicos aun no se habían separado de nuestra tutela. Aun no se habían independizado y nos sentíamos responsables por su seguridad, por velar oír su felicidad y orientarlos en la vida”*<sup>581</sup>.

Sin embargo esa supervisión que tanto se persiguió en la década de los 70 ante el temor que generaba la cultura juvenil no había estado presente con la movilización bélica, al igual que sucedió con las desapariciones y torturas de la Guerra Sucia, a excepción de los colectivos de madres. Fue en tal contexto de agitación y crisis política, donde la exposición a la muerte y la violencia se había realizado de forma legal y bajo una serie de valores socialmente aceptados, cuando el papel de los padres reapareció y su movilización a la vez tendería a definir una actitud hacia los excombatientes que fue asimilada culturalmente en muchos niveles.

Tan pronto como los padres pudieron recuperar a sus hijos tras días de presiones delante de los perímetros de los cuarteles militares, se iniciaron otro tipo de campañas, en especial la de demanda de información sobre los caídos y desaparecidos en combate. A su vez Bustos, con ayuda de compañeros médicos, psicólogos, odontólogos y otros asistentes, crearon espacios para atender las afecciones que los soldados desmovilizados trajeron consigo de Malvinas<sup>582</sup>.

El estado de los soldados al volver al casa no había mejorado demasiado desde que fueron relevados del servicio y hechos presos por los británicos. Como se dijo anteriormente, una gran proporción sufría de problemas físicos y psicológicos derivados de la exposición al combate y el clima invernal austral. Según Bustos, los soldados volvieron con entre 6 y 15 kilogramos menos, piorrea debido a la mala alimentación, bronquitis, problemas dermatológicos como sarna, enfermedades diarreicas, anemia y alteraciones de la sangre como hepatitis<sup>583</sup>. Otros habían sufrido amputaciones por congelación, una afección común entre la tropa llamada pie de trinchera y que ocasiono el 14% de las bajas argentinas. En los 65 días de combate que tuvieron lugar, unos 290 soldados se vieron afectados por el pie de trinchera. Solo en Puerto Argentino se dieron 173 de esos casos y 34 en Puerto Belgrano, de los cuales 15 de ellos acabaron con amputación de miembros<sup>584</sup>

---

580 BUSTOS, D.: *El otro frente de la guerra. Los padres de Malvinas* (1983); p58

581 BUSTOS, D.: *Op.Cit* (1983); p.61

582 BUSTOS, D.: *Op.Cit* (1983); pp.91-92

583 BUSTOS, D.: *Op.Cit* (1983); pp.94-95

584 SEEAR, M.; GACIA QUIROGA, D. (Ed.): *Hors de combat: The Falklands-Malvinas Conflict in Retrospect*, (2007); pp.63-64

Mientras la movilización de padres tomaba las plazas públicas y los soldados en régimen de control canalizaban su frustración en rebeliones y altercados, las Fuerzas Armadas intentaron redirigir los impulsos ante el fiasco nacional mediante simbología militar y el discurso religioso a los muertos. El uso de la entrega de condecoraciones militares como manera de reconciliar el trauma y las heridas derivadas del combate siempre ha sido un recurso habitual en todos los ejércitos modernos. Sin embargo, la entrega de medallas y alusiones a las distinciones de combate no supuso una mejora en un contexto de desánimo y enfado hacia los mandos. Ceremonias de entrega de medallas se convirtieron muy a menudo en manifestaciones cerradas, con soldados en rebelión silbando e insultando a los militares presentes, y los padres de los caídos en combate acusando públicamente a los militares de la desaparición de sus hijos mediante acciones como abandonar el lugar en pleno acto, rechazar los diplomas y medallas o el negar estrechar la mano a los militares. En otras ocasiones, los que recibían las medallas no eran soldados sino oficiales, hecho que acarreó abucheos e insultos por parte de la tropa presente en la ceremonia que recordaba los actos de abusos, negligencia y abandono por parte de estos.

Pero mientras se intentaba someter a la tropa rebelde a la disciplina militar, su acuartelamiento se estaba tornando cada vez más difícil de mantener, no solo por la agitación de los soldados. La realidad de las consecuencias de la guerra, con sus irregularidades, abusos y responsabilidades, no podía ser ocultada por mucho más tiempo a nivel social, e incluso los medios de comunicación empezaron a saltarse la censura. Como condición para su licenciatura final, los mandos militares sometían a la tropa a interrogatorios con los cuales se intentó silenciar los testimonios de malos tratos, torturas y negligencias. De hecho, los soldados debían firmar en su documento de licenciatura militar una cláusula donde se impedía a éstos hablar sobre cualquier aspecto de la guerra. Con ello se planeaba, más que silenciar sobre lo acontecido en Malvinas, intentar evadir las futuras represalias legales y laborales que pudiera conllevar el conocimiento y denuncia de dichos abusos. Esta prohibición, firmada por la tropa bajo coerción, fue asimilada de nuevo como otra amenaza del estamento militar, generando en los excombatientes más resentimiento.

### 3.6. -"Malvinizados": Juventud, trauma y contracultura. La constitución de los excombatientes de Malvinas como colectivo

La experiencia bélica de los excombatientes, junto con las torturas, maltratos y acciones vejatorias de la oficialidad hacia ellos, les llevó a protagonizar episodios de rebelión y desarrollar una actitud desafiante hacia la institución militar. Sería esta actitud resistente y de rechazo a las

Fuerzas Armadas la que acabó siendo la base de legitimidad para construirse como un nuevo actor social. Realmente así lo fue, en el sentido que se construyó el primer colectivo de veteranos argentinos desde la Guerra del Paraguay. Pero además se añadía el factor juvenil. La leva no les había cambiado su condición de jóvenes, incluso aun adolescentes, por lo que el carácter y simbología del movimiento cultural juvenil se sumó al efecto político y social del trauma bélico. La experiencia militar y el grado de legalidad civil que otorgó el servicio militar (tanto a nivel político como de alcance de madurez generacional) se percibió psicológicamente como un aliciente para la protesta y la reivindicación de derechos hacia el régimen de los militares, el cual había encontrado con Malvinas la punta del iceberg de sus últimos días

Malvinas, desde el inicio del conflicto, fue una causa que estuvo estrechamente ligada al mundo juvenil en todos sus aspectos. Los jóvenes eran quienes protagonizaron la exposición del cuerpo físico del combate, el sujeto colectivo movilizado, y en el contexto del régimen militar de la Junta, tanto el nacionalismo como el impacto negativo de la guerra se asumió de múltiples modos dentro y fuera de la esfera cultural juvenil. Fue con la agitación desatada con Malvinas donde se produjo la conjunción final del amplio fenómeno cultural del Rock Nacional argentino como un espacio de politización juvenil paralelo. Un ejemplo claro de ello se encuentra en la organización del Festival de la Solidaridad Latinoamericana, un macroconcierto de Rock Nacional realizado en Buenos Aires el 16 de Mayo de 1982, inicialmente ideado y organizado por las autoridades de la Junta. Dicho acto se propuso como una progresión de la estrategia de la Junta de atraer y desarmar al movimiento cultural juvenil, de nuevo empleando el factor nacionalista de Malvinas conectándolo con otros países latinoamericanos que habían respaldado la invasión, a la vez que intentando crear un vínculo de apoyo y solidaridad juvenil hacia sus compañeros generacionales que habían sido llamados a servir en combate. Sin embargo, el Festival de la Solidaridad se tornó pronto en un arma de doble filo para la Junta, pues a imitación del famoso festival de Woodstock, este evento de Rock Nacional se desarrolló desafiando a la Junta como un acto en defensa del pacifismo, el antiimperialismo y en oposición abierta al militarismo del gobierno, cosechando un éxito atronador con unos 60.000 asistentes y una cobertura mediática por el Canal 9 y emisoras de radio. Revistas y prensa de la esfera cultural juvenil que durante los años de plomo y desapariciones habían limitado su actividad a la cobertura de músicos y productos de consumo, tomaron con la cobertura del evento un paso más en su politización. Diarios de gran tirada nacional como la popular revista *Expreso Imaginario* definió así el papel de la contracultura argentina en aquel momento: “*La música progresiva nacional, que es parte de un lenguaje universal de amor y comunicación se hace presente en este momento histórico para ratificar la voluntad constructiva de*

*un pueblo de paz*”<sup>585</sup>. Aquello que había de servir como un acto de canalización social hacia el apoyo de la cruzada nacional, se tornó en un representante de los valores opuestos a la estructura social de la Junta. Y no solo eso, pues se vinculó con ello las desapariciones de la Guerra Sucia con las muertes de combate, un mismo colectivo siendo asesinado por el mismo actor en escenarios distintos. Los actos del Festival publicitaron así un nuevo despertar político juvenil, cuya mera existencia definían como marginada por los prejuicios de un vasto sector dirigente y el hostigamiento policial que “*no han cesado jamás en deponer o dilatar su postura intransigente con relación a la juventud. [...] Ahora sí, con la realización de este acto tanto los medios de difusión como los miembros de otras instituciones tuvieron que recapacitar y aceptar ese poder que somos capaces de generar en medio de una encrucijada como la que se vive en estos momentos*”<sup>586</sup>.

Todas las grandes figuras de la cultura rock juvenil que protagonizaron la segunda mitad de la década de los 70 como Pappo, Luis Alberto Spinetta, Miguel Cantilo, Raúl Porchetto, Charly García y Leon Gieco participaron con sus respectivas actuaciones, incluyendo en su repertorio muchas de las canciones que habían protagonizado la politización del fenómeno rock a lo largo de los setenta. Uno de los episodios más rememorados del evento fue cuando Leon Gieco interpretó su éxito “*Solo le pido a Dios*”. Canción escrita en el periodo de la “casi guerra” fronteriza con Chile como tonada de protesta ante la violencia y la militarización, acabó siendo asumida como una canción pacifista vinculada directamente con la causa de Malvinas hasta convertirse en un himno. Sería aquella parte de la canción donde se hace referencia directa a la guerra la que el público enalteció fervorosamente cantando junto a Gieco mientras levantaban velas encendidas en recuerdo de los soldados<sup>587</sup>: “*Solo le pido a Dios / Que la guerra no me sea indiferente / Es un monstruo grande y pisa fuerte / Toda la pobre inocencia de la gente*”<sup>588</sup>.

La oposición a la guerra y el régimen de la Junta no vendría, no obstante, ausente de nacionalismo, pues el discurso nacionalista siguió vigente mediante la ritualística y los símbolos. El evento en sí se inició tras un minuto de silencio en memoria de los soldados caídos en combate, para después venir acompañado de la consigna “*¡Viva la Patria!, ¡Viva!*” gritada por el público. Acto seguido se cantó del himno de la República mientras los asistentes levantaban los dedos en V, el tradicional símbolo de la paz y la victoria. El nacionalismo argentino y Malvinas estarían presentes a lo largo de todo el festival, en una constante marea de gestos, canciones y pancartas reclamando la soberanía argentina. Lo que en su momento se asumió como un éxito por parte de la Junta al difundir el apoyo popular con la invasión, por parte del colectivo y la cultura juvenil no se

585 “Festival de la Solidaridad”, *Expreso Imaginario*, N.71 (Junio 1982); p.13

586 “Festival de la Solidaridad”, *Expreso Imaginario*, N.71 (Junio 1982); p.13

587 “Festival de la Solidaridad”, *Expreso Imaginario*, N.71 (Junio 1982); p.17

588 GIECO, L.: “Solo le pido a Dios”, 4° LP, Sazam, 1978

percibió como tal, e incluso artistas y jóvenes lo relacionaron estrechamente con los movimientos de liberación nacional y el anticolonialismo de izquierdas. No obstante, no todo la atmósfera de la contracultura se impregnó de ello, precisamente por el sentimiento de hipocresía que despertaba en algunos el hecho de respaldar una causa ligada a una estrategia del gobierno militar. Algunos grupos como *Virus* declinaron desde un principio la invitación al festival, pues rechazaban participar en un festival organizado y financiado por el gobierno tras la represión y la guerra. Poco después del concierto, el grupo editó el tema “El Banquete”, como parte de su segundo álbum *Recrudece* cuyo lanzamiento coincidiría con la desmovilización de Malvinas y en la cual se criticaban las contradicciones del Rock Nacional respecto la protesta política: “*Nos han invitado a un gran banquete / Han sacrificado a jóvenes terneros / Para preparar una cena oficial / Se ha autorizado un montón de dinero / Pero prometen un menú magistral*”<sup>589</sup>.

De nuevo, la idea de colectivo juvenil es representada en este caso con la metáfora de la muerte de los desaparecidos y a los conscriptos por igual, sacrificados como terneros en un matadero nacional para organizar después un hipócrita espectáculo financiado por la Junta: el Festival y Malvinas.

Malvinas y su influencia en el rock nacional, no obstante, no dejó de crear contradicciones. Músicos como Raúl Porchetto, que sí participó en el Festival de la Solidaridad, recordaría como cuando cantó “*Algo de paz*”, sería previamente amenazado por un militar armado advirtiéndole que no lo hiciera. No solo pasaron situaciones similares con artistas. También sucedió dentro de las bases de esa contracultura, cuando jóvenes argentinos dejaron de sentirse cómodos o conformes en continuar empleando la estética, códigos y valores de la cultura rock occidental importada admitiendo la influencia británica en ella. Un joven porteño, Diego Pablo Vignoa, escribió en una carta a la revista *Expreso Imaginario* como: ““*Un bichito muy popular se radicó en mi produciéndome nauseabundas y delirantes fiebres [...] Me refiero ni mas ni menos que al no tan bien ponderado “Nacionalismus Acutus”[...] ¿Como puede ser que de un día para otro haya amanecido amando enardecidamente a nuestros músicos y odiando a todos los que se copan a 14.000 km [...] ¿Que mala jugada se están mandando mis resucitados sentimientos patriotas?*”<sup>590</sup>”

Contradicciones que aun así, no acabaron por convertirse en norma general y que, como en todo fenómeno de contracultura y subculturas resultantes, no fueron impedimento y terminaron siendo asimiladas y normalizadas por el colectivo, tal como el propio Vignoa acaba concluyendo: “*¿Acaso ejerceré la soberanía desde mi equipo estereofónico?*”<sup>591</sup>.

Esa construcción de un espacio colectivo de resistencia a través de la cultura juvenil como

589 MOURA, J.; JACOBY, R.: “El Banquete”, *Recrudece*, 1982

590 *Expreso Imaginario*, No.72 (Julio 1982); p.43

591 *Expreso Imaginario*, No.72 (Julio 1982); p.4

modo de ganar visibilización se realizó, al igual que harían las madres de los desaparecidos en Plaza de Mayo, mediante la toma de un espacio público dentro de la legalidad. El Rock Nacional entre 1978 y 1983 entraría en un mismo proceso de politización de lugares públicos, del mismo modo que ocurrió en plazas, estadios de fútbol, entre otros, favorecido por las políticas de acercamiento de la Junta. Así se generó un espacio de protesta y resistencia que, aunque no seguro pues la represión policial aun persistió de las formas mas violentas posibles, si era estable, permitiendo constituir una cultura política pública homogénea que sustituía al movimiento estudiantil y otros movimientos políticos debilitados por la Guerra Sucia<sup>592</sup>.

Los excombatientes de Malvinas, tanto como jóvenes de 18 y 19 años como por ser soldados de leva temporal, fueron doblemente sometidos al control militar. Bajo la idea “hijos de la nación”, que se generó durante la guerra, los militares verían la necesidad de tener bajo control a los soldados que habían sufrido la violencia y negligencias de la guerra, y además continuaban con su actitud rebelde y desafiante. No es de extrañar que ese estado de amotinamiento tuviera estallidos precisamente en estadios, empleados por los militares como lugares ceremoniales. Meses después del retorno de los soldados y su salida de los cuarteles, se sucedieron episodios como el acontecido el 2 de Diciembre de 1982. Sabiendo de las reacciones por parte de individuales, padres y soldados, en ceremonias anteriores, el gobierno prosiguió con este tipo de rituales con tal de mantener ese control y adoctrinamiento sobre el colectivo de excombatientes. Sin embargo, cuando el 2 de Diciembre se realizó un acto de homenaje a los caídos en el estadio de fútbol de La Plata con mas de 2500 exsoldados de la Xª Brigada reunidos, los soldados realizaron de nuevos actos de abucheo y rechazo a los líderes militares, codeando frases como “*se va a acabar, se va acabar la dictadura militar*”. Y es que en la Plata, ciudad universitaria y uno de los focos principales del Terrorismo de estado, confluyeron tanto la cultura juvenil rebelde, el trauma de las desapariciones y la guerra, junto con el ascendente activismo de los grupos de Padres como el de Dalmiro Bustos. Tampoco sería de extrañar que uno de los primeros movimientos politizados de excombatientes de Malvinas naciera en esa misma ciudad, en relación a la denuncia de las vejaciones militares y el reclamo de pensiones y subsidios. De manera similar sucedió en la ceremonia del día 2 de abril de 1983 en conmemoración a los caídos en Malvinas, un año después de la invasión. Acto que coincidió con el día de Pascua, y que como tal, estuvo rodeado de discursos religiosos donde la autoridad militar, presentándose como padres de la patria ante sus hijos sacrificados por el bien nacional, se hacían garantes de la memoria colectiva. Dicha ceremonia fue boicoteada por familiares y soldados de nuevo, suponiendo la fractura final de ese control social paternalista que la Junta pretendía ejercer

---

592 ALABARCES, P.: *Entre Gatos y Violadores. El Rock Nacional en la cultura argentina* (1993); p.80

sobre los excombatientes de Malvinas<sup>593</sup>. Por esa razón, entre 1982 y 1983 la mayoría de actos conmemorativos y propuestas sociales que el régimen realizaba hacia los veteranos eran organizadas en actos pequeños a puerta cerrada y orquestados por agrupaciones políticas de carácter nacionalista conservador como el Movimiento Nacionalista Constitucional, organizaciones militares y grupos católicos con el apoyo de la Iglesia y el gobierno. Actividades que jamás contarían con un apoyo mayoritario mas allá de oficiales y círculos conservadores como la Liga de amas de casa, y menos aun de jóvenes excombatientes que hubieran participado en Malvinas<sup>594</sup>.

Ese intento de control político y social de la esfera militar sobre los excombatientes, siguiendo esa actitud de tutela paternalista, no intentó limitarse a actos conmemorativos de retórica religiosa y nacionalista. Precisamente, uno de los factores que mas preocuparía a la Junta no era solo la derrota, la cual intentó vender como un fiasco nacional donde todo el país estaba involucrado. Los hechos relacionados con las desapariciones y torturas en los centros clandestinos militares, que ya no podían separarse de los abusos durante la *colimba* y la guerra, preocupaba enormemente a oficiales y suboficiales, muchos de los cuales habían tenido un papel en el teatro de operaciones del Atlántico Sur. Para dar un imagen distinta que contrarrestase las noticias de soldados torturados, estaqueados, desnutridos y abandonados en el frente, se configuraron las Casas del veterano de guerra. Gestionadas directamente por las Fuerzas Armadas tras una iniciativa del Consejo Nacional de Ayuda para Malvinas que impulsó la Liga de Amas de Casa, estas Casas del Veterano consistían en recintos destinados a acoger a excombatientes con problemas médicos, psicológicos y laborales. Aunque su función teórica era traerlos con las promesas de trabajo y subsidios, su principal tarea era dirigirlos hacia ambientes militaristas y poco a poco, condicionarlos de nuevo a reconocer la jerarquía militar. Para ello, su objetivo era ponerlos en contacto con suboficiales y oficiales, crear un ambiente de *esprit de corps* mediante relatos y experiencias de Malvinas, establecer lazos y formular una memoria colectiva sobre Malvinas que siguiera los preceptos oficiales<sup>595</sup>.

Pero el intento de conciliar el trauma y la retorica militar patriótica no dio los frutos esperados, especialmente cuando las promesas de ayudas, subsidios y empleos que prometían las Casas del Veterano no hicieran acto de aparición o se limitaran a la promoción de venta ambulante de calcomanías en estaciones de tren y autobuses. La idea de imponer el modelo social y familiar mediante las Casas del Veterano levantó amplías detracciones en general, y de hecho, el proporcionar ayuda y refugio a excombatientes conscriptos acabó tomando un matiz subversivo, especialmente por parte de jóvenes y familiares.

A partir de 1983, Malvinas y los excombatientes conscriptos ya eran un elemento identitario

---

593 GUBER, R.: *De "chicos" a veteranos* (2004); pp.110-111

594 GUBER, R.: *Op. Cit* (2004); p.96

595 GUBER, R.: *Op. Cit* (2004); pp.8-9

de la contracultura juvenil, la cual entraba ese año en una nueva fase. Pablo Alabarces, periodista especializado en la historia del Rock Nacional argentino, definiría esta etapa como homogeneización imaginaria, donde todo el colectivo juvenil y sus símbolos culturales se construyen de manera multitudinaria en torno al rechazo al régimen, el pacifismo y la solidaridad con otros jóvenes, concretamente los “chicos de la Guerra”<sup>596</sup>.

El impacto de las Malvinas en la cultura juvenil argentina no podía obviarse. Pues aunque la mayoría de excombatientes conscriptos aun no tenía la mayoría de edad oficialmente fijada en los 21, habían pasado por una guerra y desafiado a las autoridades militares. *Expreso Imaginario*, casi un año después de la guerra, aun recogería en sus artículos el factor de las Islas, la movilización bélica y sus excombatientes como detonante de despertar cultural y social para el mundo juvenil: “[...] *El Gobierno Argentino entabló una batalla que ha dejado un saldo que puede vivenciarse día a día...a través del desamparo, la confusión, la paranoia, el orgasmo tembloroso y desconcentrado, la vista hacia cualquier ángulo sin saber que hacer, qué decir, como solucionar, etc. Ya casi no hay diferencia entre una granada detonada y un peatón*”<sup>597</sup>.

A partir de aquí, el mundo cultural juvenil se identificó así mismo con Malvinas y su mundo de posguerra, tomando a los excombatientes como modelo social positivo y revolucionario para el cambio, aquella “generación que fue a la guerra”: “[...] *Mientras algunos de nosotros recibían el boletín con el 4 de la última materia que nos llevábamos a Diciembre y nos íbamos a tocar o inventar unos “temas” en la plaza, estos chicos estaban empuñando un fusil, a muchos grados bajo cero, viendo morir a sus compañeros[...]* Muchos de estos purretes hoy deben estar empuñando una guitarra eléctrica o cualquier otro instrumento. Y esos chicos son los que, sin duda, van a canalizar, de aquí a cinco años o mas, un nuevo proceso”<sup>598</sup>.

Y esa percepción se basaría sin duda en el factor que, los excombatientes, construyeron una identidad de colectivo totalmente alejada de la patina del militarismo gubernamental, la jerarquía castrense y los representantes de la Junta. Se concibieron a sí mismos como un colectivo parte de la generación joven, opuesto al autoritarismo y la violencia de la Junta Militar, a la vez que adoptando elementos simbólicos propios del discursos cultural y político juvenil, como el anticolonialismo y el antiimperialismo, con el cual podían seguir un hilo discursivo que reforzara aun mas su experiencia y trauma de Malvinas. Por ese motivo trataron de formular un discurso de memoria horizontal alrededor de Malvinas, que uniera a la esfera juvenil. Discurso que con el tiempo, procederá a la politización de este colectivo y su definición mas concreta como subcultura, donde su experiencia en Malvinas supone un referente de movilización popular. Es mas, su experiencia y memoria les

596 ALABARCES, P.: *Entre Gatos y Violadores. El Rock Nacional en la cultura argentina* (1993); p.83

597 “La Enseñanza de 1982”, *Expreso Imaginario*; No.78 (Enero 1983); p.21

598 “La Enseñanza de 1982”, *Expreso Imaginario*; No.78 (Enero 1983); p.22

inclina a asumirse una legitimidad política por ellos mismos, una identidad donde el trauma de la guerra y su condición media entre civil y soldado temporal de leva les ofreció experiencia y consciencia de deber nacional, evolucionando así desde la imagen de rebelde-subversivo del primer año de desmovilización.

La primera aparición pública de algo cercano a esta construcción políticas y cultural de estos nuevos excombatientes no se hizo de rogar mucho, por motivo del aniversario de la Operación Azul el 2 de Abril de 1983. Mientras una moribunda Junta militar intentaba controlar, a la vez que silenciar en la medida de lo posible, los actos públicos celebrados en conmemoración de la gesta de Malvinas, en la Plaza de la Fuerza Aérea de Buenos Aires, mas conocida popularmente como Plaza de Retiro o Plaza de los Ingleses, tuvo lugar la reunión de cerca de un millar de personas en protesta contra el régimen militar. Dicha plaza fue uno de los lugares protagonistas donde se desarrollaron parte de los eventos de furor popular tras el anuncio de la invasión de la Islas el año anterior, siendo uno de los espacios públicos con memoria dentro del imaginario social. Por un lado, un antiguo lugar representante de la presencia colonial se percibió como una conquista frente al colonialismo británico en la mente colectiva. La antigua Plaza de los Ingleses, llamada así en recuerdo al ministro británico Lord Canning que reconoció la independencia de Argentina (por lo cual su efigie presidía la plaza), cambió su nombre por orden de la Junta, pasando a homenajear a la Fuerza Aérea bajo un activo respaldo popular. Pero a su vez, este mismo espacio se convirtió en escenario de manifestaciones de madres y padres de desaparecidos y caídos en Malvinas. No es de extrañar entonces que dicha plaza, con un bagaje de presencia social y donde confluían dos aspectos de la experiencia de la juventud destinada a Malvinas, evolucionara en un espacio idóneo para realizar una reivindicación activa del colectivo de excombatientes.

Ante los actos de conmemoración de la invasión de Malvinas, acudieron a la Plaza una marcha formada en mayoría por jóvenes, siguiendo una convocatoria realizada por el recientemente formado Centro de Ex soldados Combatientes en Malvinas (CESCEM). La aparición de los excombatientes junto a otros jóvenes provenientes de agrupaciones políticas opositoras a la Junta, desde el peronismo izquierdista hasta juventudes del radicalismo, se hizo notoria, representando por primera vez la participación política de los antiguos conscriptos, ahora organizados políticamente como tal. En esencia, no se hizo mas que reafirmar una separación entre dos esferas que ya se había visto antes de Malvinas incluso. Se disoció así a nivel público a los militares de los excombatientes: los soldados profesionales, representados como negligentes y corruptos, frente a los ciudadanos militarizados bajo leva en pos de una causa nacional, los cuales habían expuesto el cuerpo físico y político como jóvenes y combatientes.

Mucho del rechazo que se generó hacia los veteranos de guerra de Malvinas fue precisamente

por su vinculación con las Fuerzas Armadas, perseguidos por el aura de la violencia y las desapariciones. Por eso los conscriptos enfatizaron su separación del régimen militar mediante la organización y protesta política, a la vez que con ello perseguían el reconocimiento por su servicio y la conquista de los beneficios sociales. Un modo que encontraron de adherirse a la oposición popular militar fue representándose como parte del colectivo de jóvenes y tomar sus consignas políticas, pero añadiendo como elemento simbólico y definitorio de su situación propia su condición de excombatiente, perfilándoles como subcultura.

Sus elementos de representación a la vez suponían una continuación de esa imagen rebelde que tanto jóvenes como conscriptos emplearon a lo largo de los años 70. Y precisamente, la violación de códigos de vestimenta militar y la jerarquía era uno de ellos. Los excombatientes se presentaron a este acto vestidos como civiles, luciendo cabellos largos y mezclados por el resto de jóvenes sin distinguirse ni formar ningún orden. Pero también vestían piezas de su antiguo uniforme: gorras, guerreras, distinciones de unidad, botas, entre otros; con tal de destacar su condición de exsoldado. Debe tenerse en cuenta el factor simbólico e ideológico que suponen estas prendas u objetos en la construcción de los excombatientes como subcultura, pues dichos objetos son representantes de su experiencia colectiva única, adquiriendo un nuevo significado ideológico que trata de darles sentido. En múltiples testimonios y escritos de excombatientes se insiste en el peso psicológico que para ellos tenía el mantener o recuperar elementos de su paso por la guerra de Malvinas, desde la vieja guerrera o pantalones de combate a un rosario o el casco que muchos no pudieron traer consigo. Edgardo Esteban en su narración repetía la importancia que tenía para él guardar el casco que había llevado durante el combate. Otros como Oscar Poltronieri lucirían prendas militares de camuflaje (no empleadas por los conscriptos en Malvinas pero si asociadas a la guerra) como representativo identitario, a la vez que destacó la importancia de recuperar objetos y el arma que dejó en su posición como parte de sanar su trauma y mantener viva su memoria individual.

La marcha de Abril de 1983 no fue mas allá de continuar actos que ya se habían realizado anteriormente, desde cantar el himno nacional a quemar banderas británicas y estadounidenses, guardar un minuto de silencio y corear consignas. No obstante, éstas seguían separando ideológicamente la causa de Malvinas del régimen de la Junta, y no solo reclamarían el ajusticiamiento de los militares por la derrota, sino demandaban el fin del régimen y su condena por las desapariciones.

Rápidamente los excombatientes trataron de autodefinirse así mismos, reafirmando su representación en el espacio público y configurando un discurso que los tornara actores políticos y sociales. Cabe repetir que, como miembros del colectivo juvenil, para éstos siempre estaba presente

los valores asociados a la contracultura juvenil, en especial a lo que refiere a la imagen de rebelde-subversivo. De hecho, frente a la imagen que los medios y las generaciones adultas tenían de ellos como víctimas de la Junta, los excombatientes insistían en presentarse como enemigos, y para ello tomaron elementos de los discursos prefigurados del movimiento estudiantil u otras agrupaciones políticas de la oposición<sup>599</sup>. Además, el factor de haber pasado por la experiencia bélica y su formación en combate les asociaba directamente con la violencia armada de grupos opositores al régimen como los montoneros. Para ello insistirían en mantener una actitud activa, beligerante y nacionalista frente al gobierno de la Junta, a los que consideraban traidores a la patria; que se compaginaría con el discurso anticolonial y antiimperialista, construido en base a la “liberación” de la nación frente potencias extranjeras, ligado a la experiencia en Malvinas.

Sin embargo, si por un lado se construyó una subcultura de los excombatientes de Malvinas politizada y rebelde por parte del propio colectivo, está chocaría con otro constructo cultural y social que dio lugar a una imagen distinta del veterano de guerra en Argentina. Ésta respondería a múltiples factores, pero sin duda la edad de los combatientes, junto con el bagaje de la cultura juvenil, el papel de los movimientos de padres y los medios de comunicación, fueron los principales responsables de la construcción de esta identidad. Cabe decir que la imagen del excombatiente de Malvinas como un “Chico de la guerra”, es decir, un adolescente asociado al tutelaje paterno, no estuvo siempre en oposición a la del “soldado rebelde”, e incluso podríamos afirmar una cierta retroalimentación de las dos identidades. Sin embargo, si que contrastaron en el punto de la victimización y la legitimación de dicho colectivo en reclamar un papel público en la sociedad argentina.

El apodo de *Chicos de la guerra*, que apareció a partir del activismo de los grupos de padres durante el conflicto, se popularizó tremendamente a partir de una de las primeras obras sobre la experiencia de los excombatientes en Malvinas. El periodista Daniel Kon publicó en 1982 la obra *Los Chicos de la Guerra*, un trabajo de historia oral donde se entrevistó con diversos conscriptos con tal de recoger sus experiencias respecto a la *colimba*, la guerra y su posterior regreso. El libro recogía múltiples testimonios de conscriptos de distinta clase social, unidades y actitud frente al conflicto; pero en su conjunto la obra se convirtió en un recopilatorio de relatos sobre la mala gestión de la guerra, el hambre, la escasez, el frío, el miedo, los abusos y la idea general de la guerra como un detonante de maduración. Este último era uno de los temas recurrentes, aun así sin llegar a desarrollarse mas allá de las transcripción de las entrevistas. La imagen del soldado frente a la del adolescente, muy presente a lo largo del libro por las descripciones de Kon y las figuras familiares,

---

599 GUBER, R.: *De “chicos” a veteranos* (2004); p.129

aparece reiteradamente en muchas de las entrevistas transcritas, mencionando tópicos como el papel de los padres, la añoranza del seno familiar, la apariencia física y la percepción social que se tenía de los conscriptos como niños imberbes incapaces de dirigir su propio futuro, elemento que acabó por definir y mantener una idea abstracta sobre la imagen del nuevo veterano de guerra argentino. Quedaban expuestos como casi adultos, pero aun niños, del mismo modo que la ambigüedad les había definido como soldados, pero no militares. Precisamente una imagen que se postergó los años posteriores a la posguerra, con los planes y sistemas que trataron de implantarse para la reinserción de veteranos. Precisamente, en los testimonios y entrevistas realizadas por Kon, excombatientes de 20 años insisten en su idea de maduración y adultez tras su paso por Malvinas, sin embargo no consiguieron el reconocimiento por parte del resto de la sociedad. Juan Carlos, uno de los excombatientes entrevistados por Kon, exponía ante el periodista y sus padres como él mismo, con 19 años, se consideraba maduro por el hecho de haber pasado “mas experiencias” que su padre, aunque sin embargo eso le impedía tener un reajuste social adecuado ya que no se trataban de las mismas<sup>600</sup>.

En otra de sus entrevistas, realizada a un exsoldado de 19 años llamado Fabián, describía su maduración como una pérdida de ilusiones y un cambio de prioridades: *“Siento que no soy el mismo de antes y no porque haya perdido mis ilusiones sino porque mis ilusiones son mas precisas, claras. Claro, perdí algunas de mis ilusiones, pero las habría perdido de todos modos. Solo las perdí de forma abrupta.”*<sup>601</sup>

En esencia, Kon exponía la guerra no como factor de transición y maduración, sino como una disrupción repentina del proceso natural psicológico de maduración, donde el trauma y sus efectos son el causante. Esa imagen de chicos traumatados, congelados en la adolescencia y necesitados de una tutela, quedó aun mas afianzada con la publicación de las experiencias de los padres de los soldados regresados o caídos en Malvinas. El Doctor Dalmiro Bustos, quien creó el grupo de Padres de soldados en la Plata, publicó en 1983 los documentos, cartas y charlas que recopiló durante la actividad del grupo de padres, recogiendo en ellos consejos y recomendaciones para el cuidado y tratamiento de sus hijos, especialmente en lo que se refiere a la depresión, la culpa y el miedo derivado de la experiencia bélica. Bustos, que equiparó los síntomas del estrés postraumático a los de un “perro rabioso”, insistía en la necesidad del control parental sobre sus hijos, ya que el conjunto de síntomas del estrés postraumático, junto con la sensación de empoderamiento que podía haber derivado del servicio militar, les podría hacer cuestionar su autoridad como padres: *“Ahora nuestros hijos vuelven con una experiencia nueva. Poco importa que sean conscriptos, cuando*

---

600 KON, D.: *Los Chicos de la Guerra* (1983); p141

601 KON, D.: *Op. Cit* (1983); p177

*estén aquí van a ser todos generales cinco estrellas. Y todo general necesita su tropa.[...] Los chicos van a tener dentro de ellos una fortuna en experiencia, pero ahora hay que ayudarlos a administrarla”.*

*“[...]Les va a ser difícil sacarse de encima la aureola de héroes con que todos los van a coronar; creo que vamos a tener que defenderlos de todo esto. [...] Y habrá otro hombre en la casa, pero un hombre que aprendió una parte de la vida que nos puede enseñar, pero que aún necesita de un papá y una mamá”<sup>602</sup>.*

A pesar de las consideraciones que la sociedad pudiera tener anteriormente de la *colimba* como corrector disciplinario, la transición por la guerra no se asumió como una experiencia formadora de hombres adultos. La exposición al trauma y la imagen de los abusos cometidos por los militares, tras ser presentados como los padres de los hijos de la nación, hizo que gran parte de la sociedad no acabara de imaginar a los soldados conscriptos como adultos formados listos para afrontar la realidad cotidiana. La visibilización del trauma y las heridas de Malvinas haría que se focalizarán en lo opuesto.

Todo ello vino acompañado por un fuerte impacto de la prensa entre 1982 y 1983, tanto diarios como semanarios y revistas, donde la imagen de *Chico de la guerra* se empleó como campaña con la cual denunciar o camuflar por igual los casos de corrupción y maltrato, especialmente cuando al fin se hiciera público el conocido Informe Rattenbach. El interior de semanarios como *Siete Días* o *Gente*, principales publicaciones de este tipo en el país, cubrían sus paginas con fotos a gran tamaño de soldados conscriptos heridos, hechos presos de guerra o aun con sus ropas de combate y con síntomas de desnutrición. Mientras que grandes diarios de tirada nacional como el *Clarín* reproducirían una y otra vez ese tópico de jóvenes maltrechos y que requerían de de atención adulta, con noticias y cartas de lectores donde se hablaba de las constantes necesidades de los chicos desmovilizados, especialmente sanitarias y laborales, de las cuales padres y tutores debían hacerse cargo.

Habría que sumar además el factor de la reinserción social tras la desmovilización. La solución que la Junta estableció para la adaptación de los excombatientes no facilitó la construcción de una identidad social de estos como adultos capacitados y con plenos derechos, pues a pesar de las promesas de orientación en materia laboral y ayuda sanitaria, ésta estuvo totalmente ligada al control militar y la cobertura de la mala gestión alrededor de la guerra. De hecho, ni siquiera la reclamación de estas ayudas estaba al abasto de los excombatientes, pues en su mayoría estos no poseían la mayoría legal de 21 años para realizar los trámites, necesitando siempre de padres, familiares o tutores para hacerlos. Para mas frustración, las escasas ayudas eran en su mayoría

---

602 BUSTOS, D.: *El otro frente de la guerra. Los padres de Malvinas* (1983); p.68

inefectivas o requerían de pagos, como en el caso de prótesis o lentes. La prensa se hizo portavoz de esta situación, como en el caso de las cartas enviadas por Nélica Oviedo Díaz, mujer que se convirtió en tutora de acogida de varios conscriptos desmovilizados que acudían a Buenos Aires en busca de trabajo o asistencia médica. Dicha mujer, como otros particulares que actuaron de manera similar, denunció a través de cartas al diario *Clarín* como en el Hospital Militar del Cuartel Campo de Mayo la asistencia era insuficiente, en muchos casos necesitaban dinero para proveerse de tratamientos o material, y además eran foco de amenazas de militares y grupos de ultraderecha<sup>603</sup>. Se instauró de manera generalizada un arquetipo de jóvenes trastornados y heridos por el conflicto, necesitados del soporte familiar y sin capacidad de valerse de forma independiente. Se tornaron así actores protagonistas pero con un rol pasivo, pues a pesar de sus reclamos, no lograban hacerse con la patina heroica que esperaban como combatientes tras al retorno .

Fue necesario esperar unos años, con el inicio del proceso de Transición a la democracia bajo el gobierno de Alfonsín, para que se fijaran las primeras leyes de integración laboral, económica y social para excombatientes, que sin embargo no dejarían de generar problemáticas en lo que a definición legal como social se refiere. Pues si se les consideraba menores de edad para obtener dicha titularidad, también se les consideraba meros críos dentro de las Fuerzas Armadas. Esta trifulca entra la oficialidad profesional y los exsoldados conscriptos, que ya se tradujo en desafíos de autoridad y motines, condujo a un gran debate por la definición de excombatientes y soldados profesionales, trayendo considerables tribulaciones durante los años de la Transición democrática argentina.

### 3.7. -De la “Desmalvinización” a la reacción: politización del colectivo de excombatientes y veteranos del Malvinas

De manera relativamente temprana a los sucesos de la invasión y desmovilización, intelectuales y literatos sacaron a debate político que papel tenía el estado para con los soldados participantes en los hechos de Malvinas. Por supuesto, esto también incluía las consecuencias que excombatientes y veteranos arrastraban a nivel social, político y económico en un momento de gran cambio y tensión política. Uno de ello fue el mismo Rodolfo Fogwill, el ya citado novelista que en un fragmento de su obra *Los Pichiciegos*, empleando la crítica repleta de cinismo, expresó una burla de lo que un soldado podía esperar de parte del estado tras su sacrificio a la patria :

“Y el tipo hablaba. Que éramos como el ejército de San Martín. “Heroicos”, repetía. [...]

603 GUBER, R.: *¿Porque Malvinas? De la Causa Nacional a la Guerra Absurda* (2001); p.125

*“La diplomacia, la contemporización”, decía, y que nosotros íbamos a volver a los arados de arar y fabricar que traían los negros-, y que ahora, luchando nos habíamos ganado el derecho a elegir, a votar, porque íbamos a votar- imagínate las ganas de ir a votar y de elegir entre alguno de esos hijos de puta que estaban en los ministerios con calefacción mientras abajo los negros se cagaban de frío- y que íbamos a participar de la riqueza del país, porque ahora se iba a compartir, o a repartir, dijo, y que ése era otro derecho que los soldados se ganaron en la guerra[...]”*<sup>604</sup>

El servicio en un conflicto como parte de un ejército nacional con tal de salvaguardar los intereses estatales había servido desde el siglo XIX como un elemento central de orden y autoridad política. A cambio, el servicio militar obligatorio equivalía por tanto a la garantía de unos derechos y libertades civiles como parte de las relaciones civicomilitares, donde el estado al monopolizar el uso y sentido de la violencia, debía realizar acciones de reconocimiento con tal de restablecer un orden social. Precisamente por ello, el servicio y la exposición al combate era asumido como una garantía de derecho a ejercer la ciudadanía y un modo de obtener ciertos beneficios y privilegios legales con los cuales recompensar y facilitar la reinserción al orden civil. Argentina, tras el conflicto en el Atlántico Sur, no debería haber sido una excepción, si no fuera porque el control político aun recaía en unas Fuerzas Armadas politizadas cuya ética e insistencia por el orden social priorizaba el empleo indiscriminado de la violencia y la imposición de un modelo jerárquico castrense ante cualquier garantía civil. ¿Que papel podía tener entonces un recluta de leva, ajeno a la élite y al estamento militar, una vez acabado su servicio?

### 3.8.- La Transición democrática y la irrupción de Malvinas en la política argentina

La invasión de Malvinas por la Junta Militar no había previsto una solución con la que integrar de manera eficiente a sus excombatientes, y mucho menos que estos tuvieran guardado algún papel en el desarrollo político o cualquier tipo de garantía. Y con excombatientes, se hace referencia explícitamente a la masa de conscriptos que conformaron la mayoría de las tropas movilizadas. Pues como soldados de leva temporal, permanecían ajenos a la élite militar, mantenían la salvaguarda de la carrera profesional y los beneficios de la esfera castrense y no estableció unos lazos de cohesión verticales entre tropa y mando.

Mientras las casas del Veterano y el Consejo Nacional de Ayuda para Malvinas se configuraban como una estrategia de control de una masa de jóvenes descontentos y afectados por trauma bélico, su concepción como tropa no profesional y de “menores” a nivel legal los mantenía

---

604 FOGWILL, R: *Los Pichiciegos* (2010), p.181

apartados de cualquier beneficio real que pudiera ofrecerse en cuarteles, hospitales militares y otros centros. Es más, suponía cargar con el estigma social de la derrota y el rechazo social, pues no cumplían con los valores de ética y profesionalidad militar, a pesar que los mismos militares ya fueran acusados de negligencias por su gestión del conflicto. No es de extrañar entonces que las primeras movilizaciones de colectivos de excombatientes de Malvinas se organizaran tanto alrededor del reclamo de beneficios sociales como en torno a su insistencia en identificarse como el colectivo verdaderamente protagonista de la causa nacional, a la vez que separados y opuestos a la autoridad militar profesional. Sin ninguna política de reinserción efectiva y ausentes de autoridad legal, no es de extrañar que el germen de los primeros centros de excombatientes a lo largo de toda Argentina encontrará aquí su principal motivo de organización. No obstante ese vacío legal no permaneció así para siempre, aunque hubo que esperar a 1984 con la caída final del régimen de los militares y los primeros pasos de la Transición democrática.

Como se dijo anteriormente, la derrota de Malvinas y el rechazo social generalizado derivado de ella acabó por convertir a Galtieri en un cadáver político, llevando a la dimisión de éste el 16 de Junio de 1982 y a la instauración de la cuarta y última Junta militar bajo el control del General Bignone, ésta vez sin el apoyo de los miembros de la Armada ni la Fuerza Aérea representados por el Almirante Anaya y el Brigadier Lami Dozo respectivamente. Mientras los prisioneros de guerra retornaban a los cuarteles bajo las protestas sociales, anuncios de negligencia militar y violaciones de derechos humanos, los mismos militares entraron en disputa entre las distintas ramas de las Fuerzas Armadas, buscando responsables que purgar por el fiasco militar. Además, la arriesgada apuesta militar y toda la política económica planeada por la Junta había sumido al país en una deuda de 39 millones de dólares y una inflación del 300%<sup>605</sup>. Sin apoyos y en una galopante crisis, Bignone autorizó de nuevo la existencia legal de partidos políticos, cuya activa oposición llevó a realizar unas elecciones el 30 de Octubre de 1983. Dichas elecciones dieron la victoria al Partido Radical, representado por Raul Alfonsín y su campaña basada en la defensa de los derechos humanos y la ruptura de la tradición militar y peronista dentro las instituciones políticas con tal de consolidar una cultura democrática. Cabe añadir que Alfonsín fue uno de los pocos miembros de la oposición política e intelectual que se manifestó contrario a la invasión de Malvinas, factor que tendría importancia en el desarrollo de sus futuras políticas durante su mandato

Tras la victoria de Raul Alfonsín, el senador del Partido Justicialista Osvaldo Britos promulgó unas propuestas de ayudas sociales a excombatientes, que pronto se ratificarían el 23 de Octubre de 1984 con los dos primeros proyectos de ley destinados a la reinserción de veteranos de guerra<sup>606</sup>.

605 BURNS, J.: *La tierra que perdió sus héroes* (1992); p.167

606 CHAO, D.: " Acciones de reconocimiento del Estado argentino a los veteranos ex-combatientes de la guerra de Malvinas (1984 – 2001)", *Pasado Abierto*, No 2 (Julio-Diciembre 2015); p.272

Por un lado, las leyes 23.109/848 y 23.240/85 ofrecía a los participantes conscriptos en Malvinas ayudas en términos de vivienda, salud pública, asistencia psicológica gratuita, prioridad en acceso a cargos públicos, talleres de formación laboral, pensiones de invalidez, becas y acceso a obra social de las Fuerzas Armadas. Estas fueron leyes surgidas con una voluntad de reconciliación entre el gobierno democrático y las Fuerzas Armadas en plena Transición, a la vez también constituyeron parte de la campaña conocida como “Desmalvinización”. Término acuñado por el intelectual francés Alain Rouquié, la campaña de Desmalvinización enfatizaba la necesidad de desmilitarizar la sociedad argentina movilizada por la propaganda, desacralizar las Fuerzas Armadas y el uso de Malvinas como reclamo político por los militares, para evitar así que continuaran siendo una amenaza para el proceso democratizador. Tales leyes y medidas del gobierno de la Transición fueron acompañados de otras maniobras dentro de este mismo marco, como el traslado de los actos de conmemoración simbólica de Malvinas del 2 de abril, día de la invasión, a la fecha del 10 de junio, fecha de la toma de Malvinas en 1829. Lo que se propuso, en términos generales, era realizar una revisión de la lectura histórica del conflicto de Malvinas y usar dichos hechos como una herramienta que afianzara así el proceso democratizador

Tales decisiones generaron en muchos casos mas desencanto y reacción negativa que no aceptación, pues incluso aunque las organizaciones y colectivos de excombatientes conscriptos recibieran algunas ayudas sociales del gobierno, la insuficiencia real de estas medidas y la campaña de Desmalvinización fue entendida por muchos como una negativa a su reconocimiento y a la identificación de su sacrificio particular con un fiasco irresponsable. El relato que promovía el nuevo presidente Alfonsín como modo de reforzar la transición eliminando a las Fuerzas Armadas de las instituciones se tornó un arma de doble filo. Su definición de la guerra como “fiasco y vergüenza” acabó por afianzar políticamente a los sectores de soldados popularmente diferenciados: los “chicos de la guerra” (excombatientes) y los profesionales (veteranos). Unos, presentados como demasiado jóvenes, inconscientes y asustados; los otros, como responsables de la violación de derechos humanos, negligentes y corruptos. Así, tanto élite y oficialidad reacia a perder sus puestos, como conscriptos molestos por su victimización y por la cobertura estatal escasa que se hacía sobre ellos; acabaron por descalificar la administración del nuevo gobierno.

Todo esto estalló cuando dentro de su campaña, el gobierno promoviera la Reforma militar y el juicio a los militares tanto por la mala gestión de las operaciones en el Atlántico Sur como por las violaciones de los derechos humanos durante la Guerra Sucia. Como parte de las promesas de su campaña de reformar y someter al poder civil a las Fuerzas Armadas, el nuevo gobierno procedió a juicio de los presidentes y miembros de los cuatro Juntas militares.

Sin duda, el asunto de los derechos humanos y la lucha antisubversiva tomó un irrefutable

protagonismo en dichos juicios. Se marcó un punto diferencial en el hecho que Galtieri, presidente responsable de la invasión de Malvinas, fue juzgado con el agravante adicional de negligencia por la conducción de la guerra. Se separaban así las víctimas de la Guerra Sucia respecto a las víctimas de la guerra de Malvinas, aunque no obstante no cambió en gran medida la victimización popular que se hizo del sector de excombatientes conscriptos, como tampoco lo hizo la campaña del gobierno ni las acusaciones que posteriormente cayeron sobre suboficiales y profesionales que también participaran en las desapariciones de finales de los 70.

El juicio hacia los responsables del desastre bélico dio un paso más cuando el nuevo Estado Mayor del Ejército, constituido con el nuevo gobierno y formado íntegramente por militares retirados antes del golpe de 1976, realizó la Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur, dirigido por el exmilitar Benjamín Rattenbach. Dicha comisión, que dio lugar al documento conocido como Informe Rattenbach, indagó en todos los aspectos fraudulentos y de negligente planteamiento, planificación y actuación en el desarrollo de las operaciones de invasión y defensa de las Islas. Ello incluía desde las inapropiadas condiciones diplomáticas para plantear la operación como la rapidez, falta de coordinación e improvisación con la que se diseñó la estrategia. Pero fue en el análisis de la terrible planificación logística y la mala conducción de los mandos superiores e intermedios donde el informe haría hincapié, tomando insistencia en ello como un ajuste de cuentas con el que “*contribuir a la reparación y satisfacción a la República por los graves perjuicios causados*”<sup>607</sup>.

El texto expresaba aquello que la sociedad argentina ya conocía por los testimonios de las tropas. Sus hijos fueron enviados a un conflicto sin material adecuado, armamento insuficiente y sufrieron las constantes carencias de vituallas por la mala gestión logística. Aunque el informe insistía reiteradas veces en que fueron las nefastas condiciones físicas y de acción psicológica, en referencia al derrumbamiento moral y el mando negligente, lo que había incapacitado a los soldados para combatir eficientemente, las constantes referencias a repliegues y el ensalzamiento de las unidades profesionales parecían dejar a los conscriptos en un segundo plano. A eso había que añadir que en el informe no se hacía ninguna mención a los castigos físicos y los abusos cometidos sobre los reclutas como el estaqueamiento, ni tampoco asuntos como el mercadeo negro de comida utilizado por algunos oficiales que se adueñaron de los almacenes de suministros. Por ese motivo el Centro de Soldados Combatientes en Malvinas realizó unas declaraciones donde, a pesar de considerar el informe un paso positivo ya que se ratificaban algunas de las denuncias realizadas por excombatientes como el envío de soldados de la clase 63 sin formación militar o la escasez y el hambre, el informe, éste era insuficiente. En una entrevista al semanario *Siete Días*, el presidente

---

607 Informe Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur. p.VII

del Centro de Soldados Combatientes Jorge Vazquez, junto con los exsoldados, Miguel Trinidad y Hugo Villareal, criticaron la ausencia de las referencias a torturas ni la cobertura amplia de lo que supuso el conflicto para los soldados. Precisamente estos excombatientes, ante las preguntas del semanario sobre la decaída moral y la imagen de mártires ligada a la capitulación, insistieron en que los máximos responsables de dicho “decaimiento del espíritu de la tropa” que reiteraba el informe era la oficialidad media, la cual apenas recibió consecuencias ni acusaciones por la comisión. El exsoldado Villareal expresaba: *“imagínate como puede decaer el ánimo de un soldado cuando ve que el oficial que se hacia el valiente dentro del cuartel, sale disparado cuando empiezan a sonar los balazos y se escapa dejando a su tropa abandonada”*<sup>608</sup>. Del mismo modo, en el párrafo siguiente, Miguel Trinidad recordaba su experiencia durante la defensa de Puerto Argentino, donde su oficial al mando, el mayor Bezaray, no solo se quedó en retaguardia, sino que poco después recibiría una condecoración al Heroico Valor en Combate<sup>609</sup>.

Dichos excombatientes del Centro de Soldados exigirían así un pasó mas allá mediante la realización de comisiones de investigación parlamentarias fuera del ámbito de las Fuerzas Armadas, donde finalmente fuera el Congreso quien realizara dichos juicios, argumentando que la derrota *“no compete solo a los militares, sino que también compete a los civiles, porque esta es una guerra en la que hemos estado todos y la hemos perdido todos”*<sup>610</sup>. Por ello, los excombatientes de Malvinas se quisieron presentar como uno de los garantes de este proceso, pues como ciudadanos llamados a la leva, poseen la experiencia y a la vez el derecho político al pertenecer a ambas esferas.

El colectivo de Soldados Combatientes acabó por buscar una respuesta al trauma de la guerra en la construcción de una identidad que se alejara del victimismo y del silencio social que el imaginario popular y las políticas del nuevo gobierno no lograron remediar. Precisamente, en esa construcción tan marcada de la dicotomía entre excombatientes civiles de leva y veteranos suboficiales y oficiales del ejército profesional, es donde se produciría el acceso de Malvinas y sus protagonistas al espectro político. Como ya analizó la antropóloga Rosana Guber en su trabajo sobre los colectivos de veteranos y la memoria narrativa del conflicto, los excombatientes entraron en el contexto de la política nacional mediante identidades prefiguradas como generacionales<sup>611</sup>. Pero en ello deberíamos añadir también el efecto del trauma y la narración y absorción que se hizo de este en la política y la sociedad argentina, como se puede observar en la actitud molesta y

---

608 “Los excombatientes de Malvinas hablan del informe”, *Siete Días*, Año XV, No 859 (Noviembre-Diciembre 1983); p.25

609 “Los excombatientes de Malvinas hablan del informe”, *Siete Días*, Año XV, No 859 (Noviembre-Diciembre 1983); p.25

610 “Los excombatientes de Malvinas hablan del informe”, *Siete Días*, Año XV, No 859 (Noviembre-Diciembre 1983); p.25

611 GUBER, R.: *De “chicos” a veteranos* (2004); p.129

reivindicativo de los excombatientes del Centro en el reclamo de un justo reconocimiento a un sacrificio que se consideró nacional. Algo que sus compañeros generacionales no disponían al no haber participado directamente en el conflicto

De hecho los veteranos del centro tenían motivos para canalizar su enfado en la falta o insuficiencia de dicho reconocimiento, ya fuera con actos simbólicos o escasez de beneficios sociales, el nulo papel que se dio a los excombatientes en los procesos contra los militares o por el hecho que las actas del Informe Rattenbach no se hicieran públicas a la población argentina hasta mucho después, cuando fueran traspasadas de forma clandestina o publicadas por el magazine *Siete Días*. Cuando éstas salieran en la prensa, se demostró que tan solo mandos superiores como el presidente de la Junta Galtieri, el gobernador militar y coronel Benjamin Menendez o algunos mandos como el teniente coronel Italo Piaggi y el Teniente Coronel de infantería de marina Alfredo Astiz habían sido acusados y aguardaban la espera de juicio, pero en base al código de justicia militar, no constitucional, bajo los artículos 737, 740, 47 y 839. El único artículo que se aplicó del código de justicia constitucional fue el artículo 45, que los condenaba actitudes perjudiciales para la intereses de la nación<sup>612</sup>.

Mientras, oficialidad intermedia y suboficiales, muchos de ellos de unidades de élite, fueron acusados de negligencia y torturas, a la vez que muchos de ellos también lo fueron por violaciones de derechos humanos al haber participado previamente en las operaciones de búsqueda, persecución, captura y desaparición de disidentes y subversivos. Aun así, aquellos que destacaron en Malvinas por su notable acción militar como los oficiales Aldo Rico o Mohammed Sineldin, emplearon la pátina del heroísmo y la épica militar para contrarrestar las críticas a las Fuerzas Armadas y atraer a un sector de la población civil afín al nacionalismo conservador, el catolicismo y la extrema derecha. Un discurso de glorificación de una minoría con el que hacer presentable la derrota en Malvinas como una lucha épica hasta el final, a la vez que buscaba desviar las atenciones sobre su papel en la Guerra Sucia. En poco tiempo, la insistencia en este tipo de memoria de la guerra y la presencia política de sus protagonistas conducirían al desarrollo de diversos intentos de insurrección militar y un constante ruido de sables.

### 3.9. - “¿Que pasó con las Malvinas?”: excombatientes y su organización política:

A partir de aquí ya podríamos diferenciar ambos sectores y desarrollar su evolución y configuración como grupos de influencia política y social dentro del proceso de Transición

<sup>612</sup> Informe Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur. p.280

democrática. Para ello sería conveniente analizar primero al que seguía siendo el menos visible a nivel político y mas numeroso, como es el de los excombatientes. Aunque los “chicos de la guerra”, cuya etiqueta ya no podía deshacerse dentro del contexto social, eran críticos con el revisionismo de Alfonsín sobre Malvinas, estos no se presentaron como contrarios al proceso democratizador. De hecho, lo que querían era tener un papel activo en el desarrollo de la nueva estructura política argentina retomando el testigo de la protesta y la contracultura juvenil. Un papel que, por otra parte, ya se les había negado desde un principio cuando su testimonio fue ignorado durante los procesos de juicio a los militares.

Ya antes de los procesos de investigación de la comisión, se creó el 26 de Agosto de 1982 en Buenos Aires el primer colectivo de soldados excombatientes de Malvinas. El que sería el anteriormente nombrado Centro de ex soldados combatientes de Malvinas (CESCEM) se constituyó como una organización destinada principalmente a ayudar económica, social y psicológicamente a excombatientes y familiares, justo en el momento inmediato del retorno y reinserción social de la tropa que carecía de ayudas y beneficios efectivos. A su vez, los planes de constitución de dicha organización pretendían la honra y recuerdo de los conscriptos caídos y desaparecidos en combate, manteniendo: “la llama de la nacionalidad que ha iluminado al Pueblo Argentino en la recuperación de nuestras Islas Malvinas”<sup>613</sup>. Es decir, crear una memoria colectiva conmemorativa equivalente al fervor nacional que desencadenó la campaña de la Junta pero que contrarrestara la imagen de fiasco nacional y el complejo de culpabilización de la víctima, con tal de fijar así un mensaje de deuda de la sociedad argentina hacia la figura del combatiente. Con ello se alejaban del control de las Casas del Veterano y la tutela de las Fuerzas Armadas y además establecían un distanciamiento político y una confrontación al negar cualquier vínculo con la Junta Militar, reafirmando su conexión con la generación juvenil argentina y otros grupos opositores al régimen. Dentro del CESCEM solo se admitían a conscriptos desplegados en la defensa de Malvinas, negando la participación a cualquier miembro de la oficialidad intermedia o superior y estableciendo una organización de carácter igualitario que rompía con cualquier similitud a la jerarquía y la disciplina propia castrense y su conexión con la violencia de las desapariciones.

Siguiendo la conexión generacional de la que Guber habló ya en sus trabajo anterior, junto con el apoyo de otras organizaciones sociales de carácter humanitario, agrupaciones políticas de izquierdas y asociaciones defensoras de derechos humanos, el CESCEM hizo el paso de nivel local a nacional, fundando otros centros en ciudades como Corrientes, El Chaco, Mar del Plata, entre otras.

Fue durante finales de 1982 y 1983 con el contexto del proceso de Transición democrática, su

---

613 *Centro de Ex Soldados Combatientes En Malvinas*, Buenos Aires, 1982

política de Desmalvinización y los juicios a los militares lo que llevó al CESCEM a sentir la necesidad de tomar un papel activo en la construcción de la nueva estructura política del país. Así, el papel del trauma, la indiferencia social y la victimización del “chico de la guerra” junto con la necesidad de reconocimiento nacional y de beneficios les llevó a la movilización política en aras de la defensa de los principios de la democracia y la justicia social, a la vez que mantener viva la tradición de la movilización política juvenil y la causa de Malvinas que el revisionismo alfonsinista trataba de mantener bajo la alfombra. Cabe añadir que la tradición política que adoptaron como base los colectivos de la Coordinadora partía en gran parte de la influencia del peronismo de izquierdas de los años 70 propio de movimiento estudiantil, tradición política que los excombatientes unieron al reclamo nacional de Malvinas y que la campaña de Alfonsín trató de desarticular con tal de iniciar una nueva cultura democrática en Argentina.<sup>614</sup>.

De ese modo plantearían unos principios con los cuales definir su política y su participación dentro de la renovación democrática. Para empezar, insistieron en definirse como miembros de una generación juvenil marcada por la violencia, tanto bélica como represora, con lo cual uno de sus principales objetivos de lucha fue llevar a los responsables ante la justicia. Siguiendo definiéndose según el principio del ciudadano soldado, remarcaron ser un nuevo tipo de combatiente que abogaba por la paz, el antimilitarismo y la defensa y ayuda a su comunidad mediante el trabajo solidario, servicios de educación, material, y proveer de atención médica y psicológica a sus compañeros excombatientes. Por otra parte, otro de sus principales objetivos como organización era la visibilización del trauma, la memoria y la honra de los caídos y desaparecidos en combate, los cuales aun permanecían sin identificar y no habían sido repatriados desde los cementerios ingleses de Port Stanley. Por último, otro de los principios que estableció el CESCEM como pilar de lucha fue la defensa del nacionalismo argentino respecto las islas Malvinas, tomando un matiz similar al de los movimientos de liberación nacional anticolonial del Tercer Mundo, con lo cual no solo insistían en la nacionalidad argentina de las Islas y la supervivencia de dicho mensaje en el debate político de la Transición, sino que además querían ligarlos a los movimientos revolucionarios soberanistas respecto la intervención de potencias occidentales, bajo la idea de una unidad latinoamericana.

Es necesario destacar que el impacto del trauma y la victimización constituyó una de los principales columnas en el desarrollo de los colectivos de excombatientes. De nuevo, la negativa a ser reconocidos como actores políticos contra los militares, la falta de ayudas y subsidios, y el estigma de la derrota eran cuestiones persistentes y punzantes que definieron la tónica de los reclamos del colectivo, pues tan solo les dejaba la etiqueta de víctimas de la dictadura. Hay que

---

614 GUBER, R.: *De “chicos” a veteranos* (2004); p.155

tener en cuenta que el estrés postraumático, entendido según la definición que se realizó en psiquiatría y psicología tras los estudios realizados con veteranos estadounidenses de Vietnam, representaba algo muy confuso y novedoso en muchos niveles, y sus consecuencias como la depresión o el suicidio se asociaban a la común idea de neurosis de guerra. En cualquier caso, el trauma suponía algo más allá de las heridas visibles de una guerra, e implicaba una reestructuración de las relaciones sociales, donde las experiencias vividas por los soldados debían reintegrarse dentro de la sociedad civil. Para un país como Argentina para el que Malvinas supuso el primer y único conflicto moderno de todo el siglo XX, creando a su primera generación de excombatientes necesitados de reinserción, dichos trastornos no podían dejar de asociarse al impacto físico y psicológico del combate y la inmadurez de sus combatientes. Para sectores de la sociedad argentina, el trauma y sus efectos parecían deber limitarse al arquetipo del heroico militar, o en otros casos como se observó en los datos de Bustos y los colectivos de padres, a la tierna edad con la que fueron movilizados. En cualquier caso, se obviaba los múltiples factores que intervienen en la generación del estrés postraumático y las grandes consecuencias que pueden manifestarse años después. Y lo cierto es que los síntomas de dicho trauma se vieron de manera casi inmediata al retorno de los soldados a casa, con los clásicos episodios de *flashbacks*, depresión, ansiedad, arranques de ira, incapacidad de mantener u obtener puestos de trabajo, entre otros. Síntomas que no hicieron más que crecer con la negación social de su trauma. Precisamente, el factor que más alertaría a colectivos de combatientes como a familiares fue el incremento de suicidios. De nuevo, dicho auge de suicidios se asoció a la neurosis de guerra, el bagaje de experiencias físicas y mentales extremas adheridas a ellos durante su tiempo de servicio en Malvinas. Sin embargo, la gran mayoría de dichos actos fueron relacionados con la imposibilidad de la reinserción efectiva, en términos sanitarios, psicológicos y laborales; es decir, en la realización de una atención inmediata y efectiva hacia los soldados recién desmovilizados.

Para hacerse una idea del impacto de entrada del trauma de Malvinas y sus protagonistas en la sociedad Argentina, es necesario nombrar el film *Los Chicos de la Guerra*, dirigido por Bebe Kamin y estrenado en Agosto de 1984. La película, aunque tomara el título del libro de Kon y su argumento narrara las experiencias de unos chicos destinados a Malvinas, muy poco tendría a ver con la obra del periodista. El film de Kamin sigue las vidas de Fabián, Pablo y Santiago, centrándose en diversos aspectos de su infancia y adolescencia. Mientras Fabián es un chico de clase media que vive la contracultura y su despertar sexual, Pablo pertenece a la clase alta conservadora y católica, y Santiago es un joven de clase trabajadora. Aun así, los tres viven un contexto repleto de nacionalismo ferviente desde la escuela infantil, la represión cultural y la violencia represiva, hasta que finalmente en abril de 1982 son llamados por el Ejército para ir a

Malvinas. A partir de los tres personajes se representa las distintas actitudes de la sociedad y la familia argentina ante la invasión, desde la euforia popular, la angustia familiar y el fervor militarista; coincidiendo con que los tres protagonistas demuestran desencanto, miedo y desánimo ante la movilización y su estancia en Malvinas. El conflicto aparece en breves escenas donde se representa a los soldados cavando pozos, sufriendo de bombardeos y hambre, con remarcables escenas como la rebeldía de Santiago al desatar un compañero estaqueado, Pablo atendiendo a dos soldados desertores visiblemente trastornados, o Fabián desmoralizado en su pozo de tirador, a la espera de un nuevo ataque nocturno mientras canta “Canción para mi muerte” del dúo rock *Sui Generis*. Las escenas finales estarían reservadas a mostrar brevemente las consecuencias inmediatas tras el retorno de la guerra. Fabián, ajeno al apoyo y la preocupación familiar, vuelve a su esfera de la contracultura rock como salvación, asistiendo a un concierto en favor a los chicos de la guerra. Santiago, tras recibir la noticia de despido de su jefe que justifica por la “locura de Malvinas” a pesar de haber participado del jolgorio nacionalista inicial, acaba en prisión tras involucrarse en una pelea en una discoteca. Pablo, aun con su guerrera del ejército y armado con un fusil, se encierra en el despacho de su padre para finalmente cometer suicidio. Kamin cerraría el film con unas imágenes reales de archivo mostrando una movilización de excombatientes en 1984, vistiendo chaquetas o gorras militares en combinación con pelo largo, barba y moda juvenil, en una actitud de protesta distendida, alegre y militante, portando pancartas y la bandera argentina.

Aunque el film de Kamin consiguiera construir múltiples aspectos de la guerra bastante realistas, la representación constante de los soldados como niños a través de las escenas de adolescencia y la muestra de momentos de trastorno, llanto y desmoralización en vez de escenas de combate, hizo que el film fuera ampliamente criticado por colectivos de excombatientes. En un primer momento se rechazó porque afianzaba la imagen de “chico de la guerra”, pero pronto se elogió como película al ofrecer una primera visibilización del trauma representada por las imágenes de la depresión, la violencia desenfrenada y el suicidio, que parecía disociarse además de la guerra y de un motivo nacional. Aunque las escenas finales mostraran positivamente a unos excombatientes manifestándose por su reconocimiento político, estas no aparecían justificadas con los motivos reales que llevaron a organizar dichas movilizaciones. No obstante, el desempleo, el rechazo social y la irreconciliable lógica militar dentro de la esfera civil, vagamente representadas en la película de Kamin, se acercaban más a los detonantes del trauma real que afectaba a un elevado número de excombatientes.

Tras la guerra y durante los años posteriores, entre un 60-80% de los excombatientes sufrió algún síntoma o trastorno de estrés postraumático, especialmente manifestados en forma de depresiones, desórdenes del sueño, *flashbacks*, y sentimiento de culpa, llevando en algunos casos a

adiciones a sustancias como el alcohol o las drogas. Sin embargo, dichos síntomas se empezaron a observar en excombatientes cerca de tres meses tras su desmovilización, y lo que se asumió como trastornos psiquiátricos del combate, venían derivados en realidad por las escasas ayudas a la reinserción y el reconocimiento social. De hecho, el trauma asociado a la sobreexposición al combate pasivo se vio ampliamente agravado por la política de silencio que se instauró por los militares los días posteriores a la desmovilización, junto con el desencanto social tras la derrota que los sumió en víctimas silenciadas. Los últimos días de la Junta se prohibió bajo amenazas a los soldados dar testimonio, imposibilitando compartir sus experiencias ni si quiera con sus familiares. Una situación que no pudo mas que empeorar con la campaña desmalvinizadora, excluyéndolos de un espacio público social para la asimilación del trauma bélico a la vez que se retiraban los medios gubernamentales necesarios para su tratamiento médico

Pronto, la imagen del excombatiente trastornado apareció en la prensa y medios argentinos, cuando estudios como el realizado por el Centro de Ex Combatientes de La Plata, informaran que un 78% de los excombatientes había padecido algún tipo de trastorno, con un 10% de ellos afirmando haber intentado cometer suicidio. Este estudio reveló además que ese 10% de intentos se debía, en parte, al sentimiento de culpa por los compañeros caídos en combate, y por otra, por el aislamiento social y la falta de reconocimiento inicial en forma de beneficios sociales, sanitarios y empleo. De hecho fue entre los años de la desmalvinización y 1990, con la instauración de las primeras ayudas sociales fijas para excombatientes, cuando mas número de suicidios de exsoldados se produjo, con una media de 50 muertes al año a nivel nacional<sup>615</sup>. En ciudades como Buenos Aires, el Centro de Soldados Ex Combatientes llegó a exigir una ayuda inmediata de expertos, ante el incremento crítico de actos de suicidio de exsoldados sumidos en contextos de rupturas de núcleos familiares, desempleo y adicciones. Muchos exconscriptos encontrarían un apoyo en estos centros, uno de los pocos espacios seguros donde poder compartir experiencias, abrirse y ejercer un tratamiento psiquiátrico a partir de relacionarse con miembros de su generación con una misma historia y bagaje emocional. A su vez, la existencia de dichos espacios donde recibir ayuda y compartir libremente su trauma les permitió establecer unos lazos de cohesión que daría forma y firmeza al movimiento político de los excombatientes.

La cobertura mediática del trauma que se realizó a través de prensa, semanarios y televisión no hizo mas que empeorar la situación, y pronto la denominación “loquitos de la guerra” acabó por tornarse en el nuevo cliché que suplantaría al de “chicos de la guerra”. Por su puesto, muchos vieron en esta demonización de la víctima un empeoramiento de su situación, muy incipiente en el mundo laboral. Si muchos de los soldados movilizados vieron difícil volver a sus puestos de trabajo

---

615 VASALLO, F. D.: *Suicidios de Ex Combatientes de Malvinas*; Facultad Regional La Plata,(2011); pp.3-4

debido a la crisis económica que se arrastraba desde antes de la guerra, la imagen del excombatiente trastornado en la memoria social hacia que las puertas al mundo laboral se cerrasen aun mas, afectando en alto grado a soldados del interior y contextos obreros. Según un estudio de 1995, el paro entre excombatientes argentinos era considerablemente alto, manteniéndose en un 70% mas de diez años después del conflicto<sup>616</sup>.

Para algunos, la solución se encontró gracias al apoyo familiar y vecinal, mediante contactos con los cuales podían obtener trabajos. Otra parte de ellos halló empleo en empresas estatales y oficinas del estado, desde puestos en la Segba o Gas del Estado hasta oficinas municipales o del Banco Nación y Banco Provincia. Aun así el enfrentamiento contra el estigma del trauma hacía que las oportunidades de mantener estos trabajos fueran difíciles, incluso tras pasados varios años. El excombatiente Esteban Bustamante recordaba como su hermano trató de conseguirle un puesto dentro de su empresa a su regreso de Malvinas, mostrándose su patrón reticente a contratarlo debido a la “locura” que Esteban traía de Malvinas. Bustamante se vería en situación de vivir bajo el techo de su hermano tras tres meses sin encontrar empleo, para después pasar de manera itinerante por varios oficios hasta finalmente asentarse<sup>617</sup>. Recurrir a trabajos temporales precarios o actividades como la venta de estampas o calcomanías en trenes y autobuses sometió a los excombatientes a situaciones de rechazo y humillación mayores por una parte de la sociedad. En el caso de Oscar Poltronieri, famoso soldado conscripto galardonado con la Cruz de la Nación Argentina al Heroico Valor en Combate (condecoración de mas alta grado en las Fuerzas Armadas), sufrió una grave depresión sumada a sus experiencias cuando el desempleo le llevó a vender estampas en el tren y a recibir por ello el rechazo de algunos pasajeros: ““Yo tengo a varios que se suicidaron. Se suicidaron por psicosis de la guerra. Psicosis de la guerra, ¿sabés porque?. Porque iban a buscar trabajo a un lado y bronca le daban por eso [...] queríamos tener un trabajo digno, y no podíamos tenerlo porque pensaban que eramos locos de la guerra. Nos trataban como locos de la guerra y no nos daban trabajo. Nos pedían el certificado de trabajo y no teníamos [...] Vos le preguntás a cualquiera, y nadie fue. ¿Esos que estaban pintados? (en referencia a los carapintadas). Íbamos a pedir trabajo y no nos daban. ¿Sabes que sabíamos hacer? Salíamos a trabajar arriba de los trenes a vender calcomanías. Y mucha gente te daba plata. Otros te daban plata pero te devolvían la calcomanía. Y algunas personas grandes había que agarraban, se paraban, se enojaban y decían: “Andá a pedirle a Galtieri””<sup>618</sup>.

El mismo Poltronieri, que hasta hoy en día vive de manera humilde, sin saber leer o escribir y

616 SEEAR, M.; GACIA QUIROGA, D. (Ed.): *Hors de combat: The Falklands-Malvinas Conflict in Retrospect*, (2007); p.67

617 SSPERANZA, G.; CITTADINI, F. (Ed): *Partes de Guerra* (2001) ; pp.212-213

618 VILA, R. H.: *El Héroe del Monte Dos Hermanas* (2010), INCAA, CINEMA 7 Films

sin empleo, confesó en 2012 durante la filmación de un documental como ante la situación de precariedad y rechazo, trató de quitarse la vida sin éxito. Pero el caso de Poltroneri, no es algo particular sino representativo de las condiciones extremas a las que se pudo llegar por desesperación ante el trauma y su contexto, muy similar al caso de Dwight H. Johnson, el veterano de Vietnam condecorado con la medalla de Honor del Congreso que ante la desatención médica, marginación y desempleo, cometió un atraco con el fin de morir abatido por la policía.

En casos de lesiones físicas que implicaban alguna discapacidad, como el de Carlos Moyano, la situación era aun mas difícil. Tras permanecer internado hasta marzo de 1985 en un Hospital militar, postrado en silla de ruedas y sin poder licenciarse por el riesgo de perder el derecho a reclamar atención médica, Moyano logró volver por su propio pie a su ciudad natal, Córdoba, donde el Ejército le había prometido tiempo atrás un puesto en la Oficina de Correos para el cual, a su regreso, no existían vacantes. Finalmente a través de una madrina de guerra obtuvo un empleo en el sindicato de la construcción y después de mecánico. Pero para Moyano, como muchos otros, les era difícil mantener dichos puestos mucho tiempo cuando era conocido que habían servido en Malvinas, siendo acusados de caracteres conflictivos<sup>619</sup>.

De ese modo, los centros del CESCEM servían de núcleo para canalizar ese trauma a modo de legitimidad en la lucha política, lo que Federico Lorenz denominaría “derecho moral” que estos colectivos de excombatientes plantearon para formar parte en la oportunidad de refundar el país<sup>620</sup>. Cuando los núcleos de las distintas ciudades donde el CESCEM tenía presencia empezaron a movilizarse, estos seguían manteniendo como símbolos sus prendas militares en combinación con la estética contracultural argentina, junto con otros símbolos como las consignas antimilitaristas y elementos de la cultura del Rock Nacional, tornándose un arquetipo de la agitación política de los 80 en argentina. El gran pistoletazo lo dieron poco antes de la caída del régimen de la Junta, cuando se realizó el primer acto de conmemoración de la invasión de las Islas el 2 de abril de 1983. Aun contando sin el reconocimiento oficial como organización, el CESCEM reunió a excombatientes y a otros manifestantes frente a la Torre de los Ingleses, cerca del lugar donde se realizaba la ceremonia oficial. Allí, con su estética irreverente, barbas, cabello largo, gorras y chaquetas del ejército, iniciaron una protesta portando la bandera argentina, pancartas y eslóganes antidictatoriales tales como *“Milicos mal paridos, que hicieron con los desaparecidos”* *“Que pasó con las Malvinas? Esos chicos ya no están / No debemos olvidarlos y por eso hay que luchar”*.

Un año después, de nuevo por motivo del acto conmemorativo del 2 de abril, el CESCEM reunió de nuevo a cerca de 15.000 manifestantes, de entre los cuales había 3000 excombatientes.

---

619 SPERANZA, G.; CITTADINI, F. (Ed): *Partes de Guerra* (2001). p.216

620 LORENZ F.: *Las Guerras por Malvinas 1982-2012*, (2012); p.212

Dicho evento fue interrumpido por las fuerzas de seguridad. Allí los excombatientes intentaron leer su manifiesto en reclamo de ayudas sociales y criticando la traición del país hacia los conscriptos. Aun así, no se evitó que la agitación de los manifestantes acabara con el derribo de la estatua de Lord Canning en Plaza del Retiro como muestra de rechazo al colonialismo británico, siendo arrojada al Río la Plata.

Mediante los centros y sus actos reivindicativos, el movimiento del CESCEM ganó una mayor cohesión, aumentando su número de miembros a la vez que establecería mayores lazos con otras agrupaciones. Gracias a la influencia de sus actividades surgieron otras organizaciones nuevas de excombatientes similares o nacidas de la unión de otros centros, como la Coordinadora Nacional de excombatientes, creada a partir la unión de los centros del El Chaco y Corrientes y otros grupos del CESCEM, haciendo acto público en Buenos Aires en Diciembre de 1983 y reuniendo a cerca de 4000 excombatientes repartidos entre 22 centros<sup>621</sup>.

Parte de la actividad que los centros de excombatientes realizaron a nivel político tendría trascendencia por su relación con grupos de izquierdas o asociaciones de derechos humanos. Teniendo en cuenta que algunos de los conscriptos que sirvieron en Malvinas habían asistido a la universidad o tenían familiares relacionados con los campus, existían contactos diversos con organizaciones estudiantiles peronistas y comunistas. De hecho, quien fuera presidente del CESCEM de Buenos Aires y apareciera entrevistado por *Siete Días* en referente a la crítica hacia el Informe Rattenbach, Miguel Trinidad, estaba ligado a las juventudes peronistas, hecho que le permitió establecer contactos de ayuda logística con los Montoneros.

Otros, como el Centro de Ex Combatientes de Malvinas (CECIM), nacido en La Plata tras la guerra aunque establecieron su fecha de creación oficial en Junio de 1982 (tomando como mito fundacional el bombardeo inglés durante la batalla de Mount Longdon), estaba conformado por excombatientes que habían militado en la Federación Juvenil Comunista. Esto hizo que durante los últimos días de la dictadura fueran etiquetados de elementos subversivos y sometidos a estricta vigilancia por las Fuerzas Armadas, en especial por su intento de captar a excombatientes hacia su organización en contra de las Casas del Veterano de la Junta<sup>622</sup>

Por este motivo, dada la diversidad de núcleos que surgieron entre 1982 y 1984 y los diferentes lazos que establecieron con agrupaciones políticas y de derechos humanos, no podían calificarse como un grupo homogéneo a nivel ideológico. Sin embargo, si les unía sus demandas de beneficios y reconocimiento, junto con su reclamo de participar en investigaciones y juicios contra los militares. Colaboración que se mantuvo bastante firme mas allá con la campaña de

---

621 LORENZ F.: *Las Guerras por Malvinas 1982-2012* (2012); p.221

622 LORENZ F.: *Op.Cit.* (2012); p.224

Desmalvinización del gobierno de Alfonsín.

Precisamente fue ante las medidas de Desmalvinización del gobierno de Alfonsín y al poco avance que se realizó en términos legislativos de beneficios, que los colectivos de excombatientes ligaron todas las causas de su movilización antes citada con la crítica al modo en que el nuevo gobierno estaba realizando el tránsito a la democracia. Como siempre, reivindicando su papel como nuevo ejército en pos de la causa social y no como víctimas de la dictadura militar, se opusieron al proceso de reformas de Alfonsín, arguyendo que el silencio hacia Malvinas y sus consecuencias era una simple excusa para la realización de reformas neoliberales. Por ese motivo, grupos como el CESCEM demandaron una alternativa a la reforma, reuniendo todo su ideario en publicaciones como *Malvinizar*, cuyo título ya recogía la oposición abierta a las políticas alfonsinistas.

El CESCEM fue quien lideró una crítica mas enérgica hacia las medidas de la Desmalvinización, por un lado en relación a la insuficiencia de la Ley de beneficios para excombatientes concriptos 23.109, la que consideraban humillante y un descaro ya que aun se mantenía mediante los fondos de las Fuerzas Armadas. Por otro, por la propuesta de abolición del Servicio Militar Obligatorio, pues era asumida, de nuevo como una negación a su identidad de combatientes y como un despropósito hacia el nacionalismo territorial argentino. Por eso, el CESCEM reclamó una reforma del Servicio militar en base a la denuncia de los militares, bajo la idea de crear un ejército basado en la defensa nacional ciudadana y no en la represión. En definitiva, planteaban una reforma interior de las Fuerzas Armadas, donde tras ajusticiar a los responsables de la violencia y las desapariciones, se creara un cuerpo nacional de concriptos que acabara con la tradición de los abusos, torturas, elitismo y jerarquías, para formar un ejército popular democrático. Por esa razón, miembros del CESCEM se unieron al sector de oficiales argentinos retirados del Centro de Militares para la Democracia para integrar la Organización de Militares para la Democracia, la Integración y la Liberación de América Latina y el Caribe. Esta agrupación formada por exmilitares de todo el continente reclamaba la creación de un ejército de voluntad democrática que sirviera de punta de lanza para acabar con dictaduras y las políticas de represión policial, defender los derechos humanos y la soberanía nacional, y oponerse a la intervención estadounidense garantizada por el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca<sup>623</sup>

A pesar de ser un colectivo relativamente pequeño dentro del espectro político de la Argentina de mediados de los 80, su situación, reclamos, su construcción como icono social mediante la prensa ( ya fuera como chico, loquito de la guerra o excombatiente) y su papel en la movilización dentro de la Transición desmalvinizadora de Alfonsín en colaboración con otros grupos, acabó por

---

623 "Afirmemos nuestras coincidencias hacia una Latinoamérica solidaria", *Entre Todos*, Año II No 17 (Mayo 1986) p.28

conferirles un papel visible dentro de la tradición política de la década. No obstante, junto a estos y la cultura de desmovilización y visibilización que construyeron los años posteriores al conflicto, existió paralelamente otro colectivo de soldados que combatieron en Malvinas. Los profesionales o veteranos, como término que adoptaron para a ser reconocidos popularmente, organizarían una propia cultura y una protesta política basada en otros términos, donde también Malvinas tendría un papel esencial en el desarrollo de su movimiento<sup>624</sup>.

### 3.10. -Carapintadas: Malvinas y la Rebelión de Pascua

En una carta escrita a finales de junio de 1982 al diario *La Nación*, el teniente primero Jorge Echevarría definía la invasión fallida de Malvinas como: “*un parto para la Patria, para su verdadero y dulce nacimiento; ahora tendremos que cuidar esa semilla sembrada por todos y protegerla como a un niño hasta que sea hombre*”<sup>625</sup>.

Para el sector de los suboficiales y oficiales intermedios como el teniente Echeverría, que habían formado parte de los cuerpos de élite de comandos y tropas profesionales, Malvinas no debía resumirse en la simple derrota militar. Como tropa profesional, estos protagonizaron la toma de las islas y el cuartel de Moody Brooke, organizaron las emboscadas y cubrieron la retirada de las tropas durante los últimos días de la guerra. Aquella resistencia debía ser visibilizada como adalid del patriotismo y los valores considerados tradicionales y católicos, elementos que debían tornarse en los pilares del estado.

Mientras la masa de combatientes conscriptos tuvo su propia reinserción y fue absorbida y visibilizada por la sociedad según las circunstancias anteriormente expuestas, el cuerpo de soldados profesionales, que pronto pasó a conocerse como “veteranos” en diferenciación de los conscriptos, sufrieron una reinserción distinta, que sin embargo no estuvo ausente de agitación. Por un lado estos retornaron a la sociedad con un aura de héroes de guerra que logró mantenerse, pero por otro también se verían absorbidos por el torbellino de denuncias y juicios por las desapariciones y

---

624 A diferencia de los casos estadounidense o soviético, donde se usan los sinónimos veterano, exsoldado o excombatiente de manera indiferente, es necesario señalar que en el caso argentino se produce una diferenciación terminológica fundamental. Mientras el término “*excombatiente*”, al igual que el de “*chicos de la guerra*”, hace referencia exclusivamente a los conscriptos de leva que combatieron en Malvinas; la denominación “*veterano*” se dirige únicamente a la oficialidad media y baja de cuerpos profesionales militares que fue desplegada tanto en Malvinas como en las operaciones de represión, desapariciones y contrainsurgencia de la Guerra Sucia a partir de 1976. Por tanto, “*excombatiente*” y “*veterano*” definen a dos colectivos totalmente distintos, con unos valores concretos y una ideología política opuesta. Por ello, para referirse en cada caso a uno de los colectivos específicos, se empleará su término correspondiente.

625 ECHEVARRIA, J.: “Carta al lector”, en respuesta a la carta enviada por Carlos M. Túrolo; *La Nación* (30 de junio 1982)

torturas asociadas a la represión estatal. Muchos de los veteranos de Malvinas distinguidos en combate y condecorados por ello, no solo formaron parte de la guerra de contrainsurgencia en las áreas rurales contra la guerrilla montonera. También fueron quienes dirigieron los centros de detención ilegales y llevaron a cabo las redadas, torturas, ejecuciones y desapariciones de todo elemento etiquetado subversivo

De ese modo, al igual que los colectivos de excombatientes vieron en el proceso de transición a la democracia y su política desmalvinizadora como un momento para cohesionarse, visibilizarse y refundar el país en términos democráticos, también los hicieron estos “veteranos”, conformando una cultura de la desmoviliación en Argentina muy distinta a la de sus antiguos subalternos.

A diferencia de la esfera de los excombatientes, los que conformarían el colectivo de los veteranos, además de suponer un grupo mucho más reducido y con unos valores distintos, se caracterizó por estar representado por concretos protagonistas. Personajes, que al fin y al cabo, resumían el ideario del héroe militar, el patriotismo y los valores católicos, siendo notablemente visibilizados por los medios por sus diversas acciones durante los combates.

Para ello es necesario remontarse de nuevo al conflicto del Atlántico Sur y los momentos después tras la desmovilización. Recordando la sucesión del conflicto en Malvinas, tanto la toma inicial como los episodios de resistencia férrea contra el avance británico se llevó a cabo por unidades de estos soldados profesionales, o como en el caso de la retirada, por unidades mixtas. Dentro de la censura de prensa, los hechos e imágenes del conflicto fueron monopolizados por estas unidades profesionales hasta el fin del conflicto. La cobertura de los hechos por el reportero Nicolás Kasanzew se centró en las figuras de oficiales heroicos derribando aviones Harriers, hundiendo la flota y sorteando bombardeos mientras lideraban a la tropa, casi asemejándose a la retransmisión de un partido de fútbol. Así se tornaron en héroes mediáticos figuras como el teniente coronel Mohammed Seinedin “El Turco”, el Capitán Pedro Giachino (Muerto en combate y supuestamente involucrado en desapariciones), el mayor José Rodolfo Baneta, el teniente coronel Aldo Rico o el teniente coronel Astiz “El Rubio”, también conocido como “Ángel de la muerte” por su papel en el centro de detención clandestino la Armada en Buenos Aires a finales de los 70.

No obstante, la politización de este colectivo de suboficiales y oficiales intermedios ya se había iniciado antes del conflicto de Malvinas. Muchos ya mostraban discrepancias respecto a los que denominaban peyorativamente “oficiales de salón” o “generales de escritorio” de las altas esferas de la política y los tres cuerpos de las Fuerzas Armadas: militares sin experiencia militar en terreno, más versados en asuntos de burocracia que en cuestiones de estrategia y políticas de defensa. Eso llevó a que su liderazgo fuera cuestionado, acusados de traicionar el patriotismo en pos de las políticas económicas liberales

La mayoría de estos mandos intermedios de unidades de élite de marina e infantería como de la Fuerza Aérea eran soldados profesionales procedentes de quintas similares, graduados a finales de los 60 y fieles discípulos del filósofo Jordán Bruno Genta. Genta constituyó uno de los pilares del nacionalismo católico argentino, tomando una combativa actitud antisemita, antiliberal y antidemocrática, que le llevó a redactar obras como *Guerra Contrarevolucionaria* y otros textos y manuales sobre la represión política. Obras que eran de lectura obligatoria en las academias militares, llegando el mismo Genta a dar clase como profesor en la Escuela de Aviación hasta su asesinato por miembros del Ejército Revolucionario del Pueblo en Octubre de 1974.

Pero aunque ya existiera un desavenencia hacia la alta oficialidad, fue Malvinas y la derrota en las Islas tras una campaña mal planificada y desarrollada, lo que marcó el punto de inflexión y se convirtió en su fecha fundacional como colectivo. La negligente actuación del general Menendez, junto con todos los problemas de estrategia y coordinación que caracterizaron la guerra en las Islas, sirvió de argumento para afianzar esa dicotomía entre mandos superiores e intermedios. Durante el desarrollo de las hostilidades, ya fue conocida la desobediencia de mandos intermedios hacia órdenes superiores, ya fuera por su mala coordinación o para protagonizar actos de resistencia. Tras la rendición, el malestar de estos soldados profesionales se hizo patente públicamente, acusando al General Menéndez y al resto de miembros del alto mando, de cobardes negligentes que, según palabras recogidas por Kasanzew: “no interesó tomar un FAL y meterse en una trinchera para morir con las botas puestas. Despreció el ascenso mayor al que puede aspirar un general de veras: el ascenso a “caído en combate””<sup>626</sup>

Esta fractura de la jerarquía tradicional se constató rápidamente tras la llegada de las tropas al país y su acuartelamiento. Del mismo modo que los conscriptos se rebelaron contra sus mandos desafiando sus órdenes, suboficiales y oficiales medios también desobedecieron las órdenes de permanecer encerrados en los barracones

No obstante, a pesar de las noticias que empezaban a aparecer sobre torturas y desnutrición que afectaban a los soldados concriptos, las protestas generales hacia la gestión de la guerra y la caída de la Junta de Galtieri como principal responsable permitieron a este sector capear el temporal. Es mas, la Gesta de Malvinas acabó siendo capitalizada por comandos, pilotos y oficiales de infantería en contraposición a los *pibes* malnutridos, sin entrenamiento y congelados. Parte de esa imagen se construyó por el ya antes citado Nicolás Kasanzew, el único periodista que logró el acceso a las Islas y que realizó la cobertura del conflicto. Como ya se mencionó, muchas de las noticias y material rodado por Kasanzew se centraban en comentar los sucesos minuto a minuto y elevando a pilotos y comandos a la categoría de héroes nacionales. Por otra parte, la censura militar

---

626 KASANZEW. N.: *Malvinas: A Sangre y fuego*, (2012); p.198

era reticente a permitir la emisión de imágenes de la tropa conscripta, como admitió el propio Kasanzew, pues el ejército no quería que se viera que la tropa la formaban soldados bisoños.

Fue después del conflicto cuando Kasanzew recogiera su material y su experiencia como reportero de guerra en su libro *Malvinas: a sangre y fuego*, publicado en Abril de 1983. El relato de Kasanzew resultó un éxito de ventas con una tirada de 50.000 ejemplares vendidos con la primera edición. Aunque el autor insistió en nunca mentir a designio ni ser triunfalista en su libro, a lo largo de la obra no se realiza una cobertura ni un análisis amplio del conflicto, sino que de nuevo se recurre a la narración minuciosa de actos militares de pilotos y comandos, enaltecendo sus incursiones y valores nacionalistas católicos. Aunque se hagan menciones a la mala organización y las durezas de las condiciones de combate, éstas son empleadas como un recurso narrativo para de nuevo realzar la gesta de dichas unidades profesionales. En cambio, el papel de los conscriptos aparece casi de manera anecdótica, para incluirlos de forma paternalista como escuderos bajo la protección de los protagonistas reales. Tampoco se incluyó en el libro cualquier alusión a torturas y maltratos hacia los conscriptos, al igual que tampoco información sobre la desnutrición ligada a la corrupción.

En ediciones posteriores en las que incluyeron nuevos comentarios Kasanzew salió de nuevo en defensa de estos soldados profesionales, que tras la guerra y la Transición se vieron perseguidos por la justicia acusados de violación de derechos humanos. Siguiendo el mismo discurso nacionalista conservador, Kasanzew argumentó que dichas acusaciones solo se hicieron como parte del proyecto de Desmalvinización, iniciado ya por la Junta para encubrir sus errores estratégicos y continuado por Alfonsín como método para llevar a cabo reformas liberales. Desmarcaría la invasión de Malvinas de cualquier vinculación con la Junta, diciendo que se realizó a “*pesar y en contra de la voluntad de los gobernantes militares*” como una decisión plesbicitaria del país, donde tanto las masas como intelectuales se sumaron por la causa nacional y en rechazo al Proceso<sup>627</sup>. No es extraño que Kasanzew fuera un crítico del proceso de Transición y del presidente Alfonsín, a la vez que de excombatientes y colectivos como Edgardo Esteban, que publicaron visiones alejadas de la tónica épica militarista.

Siendo un personaje que ganó una notoriedad mediática tanto por su cobertura del conflicto y su libro como por sus apariciones posteriores en televisión, Kasanzew atrajo a parte del público argentino que buscaba en las figuras de los soldados profesionales una válvula de escape a la frustración nacional. De ese modo, el periodista fue un acérrimo crítico a la Reforma militar de Alfonsín y mas aun del Informe Rattenbach y los Juicios contra los militares. Trató de desvincular las víctimas de Malvinas de las víctimas de la Guerra Sucia como causas aisladas, desmintiendo

---

627 KASANZEW. N.: *Malvinas: A Sangre y fuego* (2012); p.244

cualquier mención a torturas o desapariciones de conscriptos, resaltando que la visión de los “años del plomo” no era mas que una falacia liberal que magnificó hechos aislados y descontextualizados<sup>628</sup>. Por supuesto, insistió en que los veteranos de Malvinas señalados como cómplices o artífices de desapariciones eran inocentes, pues aunque hubieran participado de ello, no deberían emplear las acusaciones para manchar su hoja de servicios en la guerra.

Esta imagen cultural de los veteranos profesionales que Kasanzew ayudó a construir fue reforzada con trabajos similares que reproducían el mismo tipo de discurso de la guerra. Antes de Kasanzew, ya se publicaron libros en elogio a las unidades de comandos y oficiales del Ejército basándose en su profesionalidad y capacidad de resistencia, cuando las acusaciones por su papel en torturas y desapariciones empezaban a salir a la luz. Uno de ellos fue la obra de Carlos Turolo titulado *Así Lucharon*, publicada por primera vez en Diciembre de 1982 con un notable éxito, siendo reeditado hasta cuatro veces antes de las elecciones democráticas de Octubre de 1983. Turolo, un empresario de treinta y cinco años, escribió el libro como defensa a la masculinidad, competencia y fervor nacionalista de las tropas profesionales en contra de la imagen mas extendida de la derrota y el *pibe* concripto. Por ello reunió diez testimonios anónimos de oficiales y soldados de élite (solo aparecían las iniciales de los entrevistados) narrando sus combates, construyendo un discurso de defensa de las Fuerzas Armadas profesionales y la necesidad de formar un ejército constituido únicamente por expertos que renovarían el país. En la misma tónica, en plena agitación política protagonizada por juicios a los militares, se publicó en 1987 *Comandos en acción*, escrito por el Isidoro J. Ruiz Moreno, quien había sido profesor de Historia Argentina en el Colegio Militar de la Nación y recogió en este libro las operaciones militares de las compañías de comandos 601 y 602.

Pronto, la crisis nacional y la frustración social que dejó Malvinas, junto con las tensiones derivadas de la Transición y la Desmalvinización, generó un mercado exitoso de publicaciones, revistas y demás productos dedicados a la recreación minuciosa del combate y las gestas militares de la tropa profesional en Malvinas, captando a un público que sentía una cierta afinidad política o simpatía hacia el sector de los veteranos profesionales. No cabe olvidar que, aun habiendo caído el régimen de los militares, el sector de la sociedad Argentina afín a los valores conservadores, católicos y nacionalistas, como los atraídos por la propaganda del régimen y la idea de estabilidad social por cualquier medio, seguían asociando la idea de nación a las Fuerzas Armadas

Sin embargo el intento de salvaguardar la integridad profesional de los veteranos de Malvinas no les eximió de las cuentas a deber por los crímenes de lesa humanidad cometidos durante el gobierno de la Junta Militar. Durante el periodo de 1976-1982, la represión ejercida por las Fuerzas

---

628 KASANZEW. N.: *Malvinas: A Sangre y fuego*. (2012); p.286

Armadas fue en gran medida llevada a cabo por las Fuerzas Aéreas y la Armada siguiendo la política del Factor 33%, donde cada brazo de las Fuerzas Armadas controlaba un 33% de la administración política. De hecho, el sector de las Fuerzas Aéreas se convirtió en los años 70 en la rama militar mas autoritaria y extremista de todas, donde los cadetes eran disciplinados de manera ferviente con un ideario antisemita, antidemocrático y ultraderechista. Estos brazos militares crearon un entramado de centros y prisiones clandestinas por todo el país, desde donde dirigirían los denominados “Grupos de Tareas” dirigidos por oficiales recién salidos de la Escuela Militar de Marina y Aviación educados técnica e ideológicamente en la guerra antisubversiva. El sector de oficiales medios que posteriormente destacó por su profesionalidad y heroísmo militar en Malvinas.

La Transición y la apertura a la expresión, junto con las presiones de colectivos nacionales e internacionales en defensa de los derechos humanos, trajeron por fin al debate político la cuestión de los cerca de 10.000 desaparecidos que había dejado el régimen militar. Las condenas llegarían además en plena la reforma interna de las Fuerzas Armadas con tal de sanar la influencia ideológica de la vieja jerarquía militar. Si los antiguos dirigentes de la Junta pensaron que predisponiendo una transición de gobierno podían evadir responsabilidades y mantener sus puestos, esto quedó anulado cuando la reforma ideada por el coronel retirado Gustavo Cáceres rompiera con el viejo sistema de jerarquías. Dicha reforma recortó el presupuesto destinado a las Fuerzas Armadas en un 4,2% en 1983, y progresivamente lo haría en una media de 2,7% cada año hasta 1988, además de aplicar una reducción de oficiales y personal. De 153.000 altos oficiales, medios y suboficiales, se redujo progresivamente a 78.000 para 1986, todo con el objetivo de guiar a las Fuerzas Armadas hacia una reconstrucción orgánica afin a un gobierno en democracia<sup>629</sup>. Por supuesto, los cambios también afectaron al sistema de leva y la formación de personal militar. Además de suprimir el servicio militar obligatorio, se denunció y persiguió los abusos físicos y psicológicos institucionalizados por parte de la oficialidad. Así los veteranos vieron reducida su autoridad como oficiales, pues no solo se cuestionó su modo de formar y mandar a los conscriptos, sino que la reducción notable del número de reclutas y personal dentro de las unidades les dejó sin peones para realizar las tareas cotidianas concebidas como “serviles”, algo que se tomó como un insulto a su rango.

De tal modo, los veteranos de Malvinas habían perdido el liderazgo y respaldo de sus altos mandos, su feudo tradicional, a la vez que veían en peligro su carrera profesional y su libertad individual bajo las amenazas del proceso judicial. Esa situación sirvió para reforzar los lazos de cohesión entre esos veteranos y establecer una serie de contactos y jerarquías clandestinas entre los núcleos de comandos y paracaidistas, que empezaron a ser conocidos como “malvineros”, aunque

---

629 ROBLEDO, J.A: *Felices Pascuas. Breve Historia de los Carapintadas* (2017); p.71

no todos participaron en la guerra de Malvinas<sup>630</sup>.

Cuando la aprobación de la Ley 23.492 o Ley Punto Final el 24 de Diciembre de 1986, que fijaba una caducidad contra las acusaciones por delitos de lesa humanidad si no se hacían en un plazo de un mes, dio lugar a una aluvión incontenible de denuncias contra militares, la reacción de los malvineros no se hizo esperar. El sector de veteranos y otros cuadros decidió no tolerar mas acusaciones e iniciaron la Operación Dignidad. Dicho plan consistió en emplear los lazos de cohesión y lealtades establecidos entre veteranos y mandos para desafiar a la Justicia, al gobierno de Alfonsín y al nuevo Ministerio de Defensa, buscando refugio en cuarteles militares contra lo que consideraban una justicia arbitraria y ambigua. Una estrategia que pretendía evitar las detenciones y procesos judiciales y acabó protagonizando un motín militar

El protagonista de dicha insurrección que tuvo lugar entre el 15 y 20 de abril de 1987 fue el teniente coronel Aldo Rico, destacado veterano de Malvinas que sirvió como jefe de Compañía de Comandos 602, participando en la toma de la capital isleña y por cuyos actos de servicio había sido condecorado con la Medalla al Mérito militar. Rico, quien también fue acusado de participar en operativos antisubversivos, permaneciendo en libertad por falta de pruebas, se sumó desde el cuartel de Campo de Mayo en Buenos Aires al acantonamiento del cuartel del Regimiento de Infantería Aerotransportada 14 de Córdoba. Dicho cuartel había tomado las armas cuando el Mayor Ernesto Barreiro, oficial de Inteligencia del Ejército acusado de dirigir un grupo de tareas en el centro de detención clandestino La Perla, buscó refugio huyendo de la justicia. Aún no siendo el detonante, Rico se convirtió en el líder de la insurrección desde la Escuela de Infantería del cuartel Campo de Mayo, desde donde intentó traer refuerzos y pasó a liderar la sublevación cuando Barreiro capitulara y huyera de Córdoba.

La respuesta del gobierno fue cercar el cuartel, mientras los amotinados, que inicialmente no tenían intención de combatir, se prepararon vistiendo ropas de combate, camuflándose la cara y tomando las armas. Dicho elemento no solo constituyó una acción de respuesta ante el asedio, sino también una reafirmación de su condición de soldados profesionales y veteranos de Malvinas. Las boinas, los uniformes de campaña y el betún de camuflaje, junto a las armas y los cuarteles como núcleo de resistencia, eran símbolos representativos de su formación y experiencia bélica en el Teatro del Atlántico Sur, por tanto se tornaron en sus elementos identitarios. Eso se reafirmó cuando, tras el fin del golpe, Rico y otros sublevados declararon que no tenían intención de disparar contra los compañeros del Ejército que cercaban los cuarteles, portando los uniformes, las armas, el camuflaje y el material de campaña como elemento representativo de su reclamo y su tradición.

Junto a esa construcción de reafirmación política, social y cultural, la reacción de los

---

630 ROBLEDO, J.A: *Felices Pascuas. Breve Historia de los Carapintadas* (2017); p.80

veteranos profesionales vino acompañada al fin de un cuerpo ideológico que sería expuesto ante los medios. Parte de su planteamiento quedó plasmado en el comunicado escrito que difundieron a las afueras del cuartel. En él reiteraron que la reacción no era un golpe de estado realizado por ultraderechistas, sino un acto de protesta constitucional ante lo que califican de suceso político, en referencia a la Guerra Sucia. No obstante, en el mismo texto niegan el reconocimiento del gobierno de Alfonsín, al que tachan de protector de las guerrillas, y defienden que sus actos durante guerra antisubversiva fueron legítimos ya que garantizaron la seguridad nacional.

Pero la reacción que generó en la política y la sociedad argentina no dio el fruto esperado. A pesar de existir un sector de la sociedad y la intelectualidad afín a sus valores y su papel identitario dentro del nacionalismo argentino, este no salió a la calle en su apoyo, como tampoco lo hizo ningún alto militar ni político. Tan solo unos 200 oficiales de todas las Fuerzas Armadas se sumaron al respaldo directo a los insurrectos. En cambio, si salieron en protesta colectivos en defensa de los derechos humanos, grupo de Madres de la Plaza de Mayo, sindicalistas, peronistas y excombatientes de Malvinas, aquellos grupos que capitalizaban el sentimiento antimilitar.

La reacción opositora a la sublevación de los militares profesionales surgió como otro espacio donde reivindicar la necesidad urgente de una reforma militar y la instauración de los principios democráticos en todas las instituciones de Argentina. Por ello, en defensa de un nuevo modelo militar y reivindicando un papel distinto del combatiente dentro de la sociedad argentina, tanto el sector de militares retirados a favor de la democracia como colectivos de excombatientes de Malvinas se unieron en la resistencia contra la rebelión de los oficiales. Unidos con el resto de agrupaciones, exigieron una acción urgente y actuaron con resistencia pacífica contra los que despectivamente empezaron a denominar “carapintadas”, como elemento de mofa hacia el camuflaje militar reivindicado por los amotinados. Reunidos alrededor del cuartel junto al cerco de las fuerzas de seguridad, los excombatientes de Malvinas se hicieron presentes junto al resto de agrupaciones entonando eslóganes donde reclamaban el papel de la juventud y los excombatientes como baluarte impulsor de la democracia: “*Somos de la gloriosa juventud argentina / la que hizo el Cordobazo, la que peleó en Malvinas. / A pesar de los golpes y de nuestros caídos, / la tortura y el miedo, los desaparecidos / ¡No nos han vencido!*”<sup>631</sup>.

Tras el parlamento entre el presidente y los carapintadas Aldo Rico y Enrique Venturino, estos últimos exigiendo el fin de la reforma militar, una solución política a la cuestión de los juicios e impunidad para los rebeldes, se puso fin al asedio del cuartel insurrecto el 20 de abril, domingo de Pascua. Ante los medios y la multitud reunida alrededor de la Casa Rosada, Alfonsín declaró con las palabras “La casa está en orden” el fin de lo que se conoció como Rebelión de Semana

---

631 “No nos han vencido”, *Entre Todos*, Año III No. 26 (Abril 1987); p.3

Santa. Lo que se vio como una victoria de la democracia, pronto generó discordia y rechazo en sectores de la izquierda, pues en el mismo discurso el presidente Alfonsín añadió que muchos de los insurrectos habían sido héroes de Malvinas, casi a modo de justificación. Esa afirmación molestó considerablemente a excombatientes, quienes lo asumieron como un insulto que se sumaba a la ofensa causada por su situación de marginación política y social. Días antes, los excombatientes del CESCEM de la misma ciudad de Córdoba, junto con miembros de las juventudes peronistas, realizaban un acto de conmemoración a los caídos en Malvinas en la Plaza Eduardo Vallejos, bautizada así por la comunidad en honor a un conscripto de 18 años muerto en combate como ejemplo de ciudadanía, añadiendo: “*En Malvinas el soldado fue un ejemplo porque dejó la vida y muchos profesionales decepcionaron*”<sup>632</sup>. De manera similar, excombatientes del CESCEM de Mar del Plata, junto representantes de la Comisión de Familiares, Madres y Abuelas de Detenidos y Desaparecidos, organizaron un acto y una misa con mas de 400 asistentes en memoria de los caídos en Malvinas. En este acto, el excombatiente Gustavo Shoerer expresó de nuevo el distanciamiento de la causa nacional respecto a los militares: “*Ningún argentino ofreció la vida por defender un sistema de facto, ni la decisión de un siniestro dictador, sino que fue por una causa que aún es parte nuestra*”<sup>633</sup>. Al igual que en muchas otras localidades argentinas donde los excombatientes, reunidos con agrupaciones peronistas, organizaciones de derechos humanos, partidos de izquierdas, sectores de la iglesia y colectivos vecinales, realizaron actos para conmemorar la guerra y a los muertos en combate. Actos de memoria acompañados de proclamas en defensa de la soberanía nacional y las causas sociales, en un momento de tensión y agitación previo a la insurrección carapintada.

El agravio causado por la referencia a los insurrectos como héroes se vio magnificado cuando el resto de carapintadas no fueran detenidos tras su rendición, sino sometidos a sanciones leves bajo la acusación de amotinamiento. Un mes después, el presidente presentó un proyecto de ley donde se proponía exculpar a oficiales menores o igual al grado de teniente coronel, suboficiales y personal acusados de torturas y desapariciones ligados a la guerra de contrainsurgencia, siempre que estos alegaran haber actuado bajo coerción de un superior. La que se aprobó en junio como Ley de Obediencia Debida redujo de 1200 a 20 los militares condenados, llevando a que a términos prácticos se cediera a la demanda de los insurrectos<sup>634</sup>. Tanto por esta ley como por la Ley Punto Final, criminales como el teniente coronel Alfredo Astiz, veterano de Malvinas al cargo de la invasión de las Georgias del Sur pero también conocido como “El Ángel de la Muerte” responsable de torturas y desapariciones, consiguieron evadir la justicia al prescribirse sus acusaciones.

632 “Un pueblo que aprendió de su historia”, *Entre Todos*, Año III No. 26 (Abril 1987); p.13

633 “Un pueblo que aprendió de su historia”, *Entre Todos*, Año III No. 26 (Abril 1987); p.13

634 ROBLEDO, J.A.: *Felices Pascuas. Breve Historia de los Carapintadas*, (2017); p.122

Todo ello se acompañó de un cambio en la reforma militar, poniendo al frente del Estado Mayor al general Dante Caridi, quien intentó cambiar la imagen de las Fuerzas Armadas compaginando las sanciones y traslados de carapintadas y reaccionarios con campañas de reivindicación histórica del papel de la Fuerzas Armadas y censura de los medios. Por un lado se intentó neutralizar a estos militares sacándolos de sus unidades leales, retirándoles mandos y adoptando parte del discurso carapintada para retirarles la legitimidad ideológica. Por otra, mediante la revisión de las denuncias se pretendió contentarlos, acercarlos al gobierno y mantener leal a lo que quedaba del cuerpo profesional de las Fuerzas Armadas.

La estrategia del gobierno alfonsinista no dio resultado, y mientras la Ley de Obediencia Debida generaba protestas por parte de la oposición y sectores de la sociedad argentina, el sector carapintada continuaba dispuesto a proseguir con su Operación Dignidad. Los sucesos de Semana Santa sirvieron para captar mas apoyos para Aldo Rico y los carapintadas, muy en especial de sectores de la derecha católica y nacionalista, pero también a figuras del sindicalismo, peronismo derechista e incluso antiguos guerrilleros y funcionarios del gobierno. Aldo Rico, preso en el mismo cuartel de la Tablada, se sirvió de su reclusión y sus crecientes contactos para extender su influencia en las dependencias militares, incluso llegando a la difusión de cintas de vídeo con imágenes de la insurrección y discursos carapintadas. El contenido del pensamiento de los veteranos quedaría mas reforzado que nunca mediante toda una serie de contactos y afinidades que le permitieron, años después, su salto a la política de la mano del mismo Rico.

No obstante, antes de eso se llevaron a cabo tres nuevos intentos de rebelión por parte de los veteranos. El primero, realizado el 14 de Enero de 1988 y protagonizado de nuevo por Rico en el cuartel de Montecaseros, pretendió usar su influencia para incitar a otros cuarteles a rebelarse y forzar al gobierno a ceder a sus demandas contra la reforma militar. El siguiente, que tendría lugar en Diciembre del mismo año en las instalaciones militares de Villa Martelli, dio paso como nuevo protagonista al teniente coronel y veterano de Malvinas Mohammed Alí Seineldín. Este, representante de la rama mas reaccionaria y nacionalista del Ejército y acusado de formar a grupos de tareas en métodos de tortura e interrogatorio, decidió reunir a mas de 800 militares en un nuevo golpe con tal de detener las reformas en las Fuerzas Armadas y obtener una extensión de la Ley de Obediencia Debida para rangos superiores. A pesar de la derrota de los insurrectos y la detención de Seineldín, fue este quien logró reunir a mas partidarios para el cuarto y último intento de rebelión militar que tuvo lugar el 3 de Diciembre de 1990. Unos 1000 oficiales y suboficiales se sumaron a un motín en Buenos Aires mediante la ocupación de diversos edificios, siendo este mucho mas breve y violento que los anteriores. Esta vez, la represión llevada a cabo por el recién llegado gobierno del presidente Ménem y el Partido Justicialista fue directa y sin cabida a negociaciones,

mandando bombardeos directos sobre los emplazamientos acantonados y produciendo unos 14 muertos y 200 heridos entre insurrectos y civiles<sup>635</sup>.

Tras el último fallido intento de golpe, el espectro de los veteranos de Malvinas y otros militares profesionales aliados puso fin a la opción insurreccional. Con la llegada de Carlos Saul Menem y el retorno del peronismo en julio de 1989, el nombramiento del general Martín Balza como jefe del Estado Mayor en 1991 y el fin del contexto global de Guerra Fría, parte del discurso carapintado centrado en el antimarxismo y las conspiraciones globales quedó obsoleto. Por otra parte, Rico, Venturino y Barreiro, aprovechando las adhesiones que habían logrado con las sublevaciones entre militares, sectores del nacionalismo católico y funcionariado descontento, dieron el salto a la política creando el partido Movimiento por la Dignidad y la Independencia (MODIN) en 1989. El Partido empleó la retórica y la estética carapintada como elemento de captación, con Rico y el resto de dirigentes realizando campañas vestidos en uniformes mientras sonaban marchas militares. No solo atrajeron a la derecha nacionalista y a sectores del catolicismo conservador, pues parte de la campaña se centró en barrios de clase trabajadora y sindicatos afectados por el desempleo y la crisis de finales del periodo alfonsinista. Sin embargo, a pesar de un arranque exitoso, las desavenencias entre la cúpula conservadora y la militancia de extracción obrera, los episodios de violencia asociado al extremismo derechista y los casos de sobornos y corrupción que llegaron hasta el mismo Rico, llevaron al declive del MODIN a partir de 1995.

### 3.11 -Remalvinizar: Revisionismo y representación del excombatiente en la sociedad argentina

La caída del gobierno del Partido Radical frente a Carlos Saul Menem y el Partido Justicialista tras las elecciones del 8 de julio de 1989 marcaron un punto de inflexión en lo que a la lectura de Malvinas y la figura del excombatiente/veterano se refiere. Con una grave recesión económica y la crisis palpitante dentro de las Fuerzas Armadas debido a las reformas y los intentos insurreccionales, Menem y el nuevo gobierno peronista decidió recuperar la carta de Malvinas como estrategia política para llevar a cabo políticas de apertura económica y privatización. Así el gobierno justicialista decidió emplear una política de reconciliación que acabara tanto con la oposición de los militares profesionales como del CESCO y otros colectivos de excombatientes. Del mismo modo, el revisionismo de la lectura sobre la guerra, el trauma y el nacionalismo fueron recuperados y empleados a nivel institucional. La canalización del reconocimiento gubernamental y

---

635 ROBLED, J.A.: *Felices Pascuas. Breve Historia de los Carapintadas*, (2017); p.154

la visibilización de la experiencia bélica a través del monumentalismo y la promoción de una cultura oficial remalvinizadora se contrarrestaba con la recuperación de la relaciones con Gran Bretaña y el reclamo de las Islas por vías pacíficas diplomáticas en pos de los intereses económicos.

El gobierno justicialista puso fin a la campaña desmalvinizadora de Alfonsín, y como una de las primeras medidas de sus nuevas políticas de reconocimiento para combatientes, Menem puso el asunto de las políticas sociales bajo control directo del gobierno. La Ley 23848/90 de octubre de 1990 dio fin al control del Ministerio de Defensa sobre las pensiones y beneficios de excombatientes de Malvinas, que pasaron a estar bajo la Administración Nacional del Seguro de Salud<sup>636</sup>. Excombatientes y veteranos tendrían acceso completo a centros sanitarios de asistencia social PAMI, junto con descuentos en medicamentos y otros servicios

A través del empleo de esta ley, el gobierno de Menem logró establecer el control sobre las organizaciones de excombatientes no solo por garantizarles ayudas y atención, sino porque para obtenerlas era necesario realizar las gestiones a través de la Comisión Nacional de Ex Combatientes. La Comisión formaba parte de la Secretaria de Función Pública de la administración Menem y estaba integrada por representantes de las secretarías de desarrollo, salud, del Ministerio de Cultura y del Instituto Nacional de Administración Pública, conjuntamente con cuatro excombatientes miembros de la Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina, organización impulsada por Menem en Diciembre de 1990 para integrar tanto a excombatientes como veteranos y oficiales carapintadas. La estrategia de construir la Federación permitió al gobierno de Menem controlar la totalidad del movimiento de excombatientes e integrar a los colectivos de veteranos nacionalistas y carapintadas. Para la obtención de los subsidios y la atención médica era necesario formar parte de la Federación, pues esta era el único interlocutor entre el gobierno y los exsoldados. Finalmente, dicho control se institucionalizó cuando el gobierno diera a la Federación el título de única organización oficial mediante la resolución del Ministerio del Interior 1605<sup>637</sup>.

La Ley 23848 al fin reconocía a los conscriptos como excombatientes y les otorgaba un subsidio equivalente a una pensión completa por jubilación. Pero para disgusto de los excombatientes, el gobierno justicialista amplió dicha cobertura a los veteranos. Ahora cuadros y suboficiales profesionales recibirían el apoyo gubernamental, y además se incluyeron bajo la denominación de “exsoldados combatientes”, que a términos identitarios supuso una ofensa mas para el colectivo de conscriptos. Todo esto entraba dentro de la tónica que el gobierno había

---

636 CHAO, D.: “Acciones de reconocimiento del Estado argentino a los veteranos/excombatientes de la guerra de Malvinas (1984-2001)”; *Pasado abierto*, No. 2 (Julio 2015); p. 277

637 LORENZ, F.: *Las Guerras por Malvinas 1982-2012* (2012); p.242

planeado para reconducir todo el movimiento de excombatientes y veteranos, liderándolo bajo una misma línea que acabara con las dos disidencias y le diera un apoyo político unitario. Tal reconocimiento de los oficiales y suboficiales como beneficiarios de las prestaciones quedó aprobado oficialmente con la Ley 24.343 del 5 de Julio de 1994, aunque ahora incluía una distinción entre ambos grupos y diferenciaba entre combatientes y personal destinado al Teatro de Operaciones de Malvinas, además de subir la prestación al equivalente del sueldo de un suboficial con grado de Cabo.

A lo largo de los primeros años de la administración justicialista, se realizaron variaciones de esta ley, con tal de añadir o revisar terminologías con las que los conscriptos vieran reafirmada su condición de combatientes y los cuadros las pudieran asumir favorablemente como leyes propias que, aunque venir del poder político civil, seguían manteniendo una connotación militar.

Estas medidas de reconocimiento gubernamental y reconciliación creando la figura del combatiente de Malvinas se reforzó mediante estrategias de construcción de símbolos históricos, el tratamiento de las narrativas personales y la memoria colectiva, y su inclusión dentro de un discurso oficial de la guerra. Para ello se procedió a tomar las riendas de la memoria colectiva de la guerra, hasta entonces en manos de excombatientes y familiares, quienes tenían como uno de sus elementos principales de movilización el mantenimiento de la causa nacional y el reconocimiento político, económico y social de los exsoldados vivos y desaparecidos. Por esta razón, el 24 de junio de 1990 se inauguró el Monumento a los Héroes Caídos de Malvinas en la Plaza general San Martín de Buenos Aires.

Este monumento pretendía reconciliar la memoria de familiares y compañeros de armas que habían sufrido la pérdida de un amigo o familiar en combate y cuyo cuerpo permanecía desaparecido o enterrado en el cementerio argentino de Port Stanley. La construcción consistió en un muro de mármol rojizo de 25 metros de longitud por 2 de altura, donde aparecían escritos en placas negras los nombres y apellidos de 649 soldados y oficiales caídos en combate sin seguir ninguna jerarquía militar. Así se reunieron dos colectivos con lecturas sobre la guerra y una trayectoria política distintas bajo un mismo discurso político que ponía en común una solución frente al silencio de la desmalvinización. Otras medidas que se llevaron a cabo para configurar un discurso oficial fue trasladar de nuevo en el calendario nacional la celebración del aniversario de la invasión al 2 de Abril, actos que fueron dirigidos por la Federación y que incluían entre sus participantes a antiguos carapintadas y miembros de la antigua Junta militar.

Mediante esta nueva ritualística y campaña conmemorativa realizada desde el gobierno, se inhabilitó así las respuestas y símbolos de la subcultura propia de los excombatientes. Al generarse un discurso oficial inclusivo que respondía tanto al reconocimiento de familiares como al de los

combatientes y veteranos, este pronto obtuvo un consenso en su mayoría positivo. Familiares y exsoldados preferían ser recordados como héroes por la patria que no como víctimas de torturas y el hambre, a pesar de hacerlo junto a los oficiales que dirigieron esas vejaciones y asesinatos.

Por supuesto, la política de una unificación oficial nacional de la memoria de Malvinas no fue tan fácil de implantar y generó activas respuestas contrarias, principalmente por colectivos adheridos al CESCEM como la sede de Corrientes, al CECIM o grupos locales como el Centro de Excombatientes del Chaco. Estos continuaron celebrando sus actos conmemorativos y su lucha política de forma paralela respecto a los que calificarían de usurpadores de la memoria y la causa. No obstante, con rapidez y un fervoroso discurso nacionalista que reclamaba el reconocimiento social en forma de honor mas que beneficios, la Federación acabó ganando terreno. Cuando se realizaron al fin los primeros actos oficiales de conmemoración de la invasión el 2 de abril de 1991, a la que asistieron el expresidente Galtieri y su Junta, el exgobernador militar de Malvinas Menéndez y representantes de las Fuerzas Armadas del Proceso, manifestantes excombatientes de la misma Federación intentaron boicotear el acto mediante abucheos e insultos. Frente a la parafernalia militar, los uniformes, las marchas militares y los símbolos marciales, de nuevo los excombatientes se presentaron con los símbolos definitivos de su experiencia. Ni soldados ni civiles, pero si combatientes: cabello largo, barbas y prendas cotidianas combinadas con guerreras, gorras, y medallas de soldado, acompañados de banderas argentinas e himnos propios como la Canción del Veterano de Guerra. Realizaron su acto una vez acabo el oficial, logrando reunir a mas espectadores entre compatriotas y familiares, insistiendo en el reclamo verdadero de la memoria de la guerra.

Para ello adoptarían de manera pública el término “veterano” con tal de remarcar su legitimidad sobre la lucha en las Islas, como excombatientes y a la vez miembros activos del reclamo por la soberanía de Malvinas, y retirándole dicha titularidad a la oficialidad superior a la que tacharon de liberal, asesina y cobarde. Adoptando la denominación de veterano también trataban de distanciarse de manera definitiva de la imagen de “chicos de la guerra”, representándose como adultos curtidos tras casi diez años desde su desmovilización. Aunque sus actos se caracterizaran por cierta desorganización y fueran mas eclécticos, estos empezaron a mostrar mas disciplina y jerarquía a nivel de conducción propia de la práctica castrense. Sin duda, la entrada de profesionales malvineros, los cuales gozaban de cierta afinidad por algunos miembros de la Federación, había tenido algo que ver. Todo ello no solo buscaba mostrar determinación y actitud combativa por la causa nacional, sino también el reconocimiento heroico por parte del país y mostrar un perfil político serio y maduro alejado de la demonización y el victimismo.

Al final, la apuesta gubernamental de fomentar una Federación integrista respecto la

condición de veterano de Malvinas se labró su éxito. Parte del sector de excombatientes acabó uniéndose a la Federación no solo por la facilidad para obtener beneficios y prestaciones sociales. En su filiación política dentro de la Federación también jugó un gran factor el trauma y la necesidad de obtener un reconocimiento social efectivo que garantizara una imagen de masculinidad y heroicidad militar. Si años atrás la rivalidad con la oficialidad intermedia era patente, también era cierto que los últimos actos de los carapintadas habían causado simpatías incluso en sectores de la izquierda, que los asumió como cabezas de turco del Proceso. Figuras como Rico y Seineldín, representantes de la profesionalidad militar y sin acusaciones probadas de violaciones a los derechos humanos, generaron afinidad entre excombatientes que mantenían sobre ellos la representación de perfecto líder militar y el compartir una experiencia bélica común. Ambos sectores acabaron por canalizar su protesta entorno el nacionalismo y la necesidad de glorificación de su experiencia militar frente al liberalismo y los causantes de la derrota.

Aquellos que no se pasaron a dar apoyo a la Federación, sufrirían una atomización progresiva, a excepción de algunos núcleos del CESCEM o el CECIM que intentaron mantener su actividad respetando su tradición política. Pero de todos modos, la imagen de “excombatiente” desapareció en beneficio de la construcción identitaria del “Veterano”. La noción de veterano y su construcción política y cultural tendría una expansión y transcendencia notoria durante toda la administración justicialista, aunque no ausente de polémica cuando esta se viera envuelta con los casos de corrupción gubernamental.

Uno de los primeros estuvo relacionado con el contrabando de material militar entre el gobierno argentino y los nacionalistas croatas durante la primera etapa de las Guerras de Yugoslavia entre 1991 y 1995. En relación con el apoyo secreto que Perón y el Vaticano ofrecieron a los *ustachas* fugitivos y a su líder, Ante Pavelić, al fin de la Segunda Guerra Mundial, el Partido Justicialista mantuvo fuertes lazos políticos con la comunidad croata argentina gracias al catolicismo y el nacionalismo. Ese contacto se materializó con donaciones y la entrada de argentinos de ascendencia croata en la administración de Menem. Uno de ellos fue Ivo Rojnica, antiguo *ustacha* acusado de crímenes de guerra en los Balcanes y que puso en contacto a Menem con el presidente croata Franco Tudjman, poniendo las bases para el envío de armas y material militar a los nacionalistas croatas violando el embargo de la ONU. Junto con fusiles FAL y cañones Citer de 155 mm, se orquestó el envío de voluntarios argentinos como tropa mercenaria. Algunos de ellos eran argentinos de ascendencia croata, pero otros eran veteranos del Ejército directamente conectados al movimiento carapintada, los cuales habían estado bajo el mando de oficiales como Seineldin o entrenados en campos clandestinos como Villa Alpina con apoyo de miembros de las Fuerzas Armadas. Ya fuera por huir ante su persecución por haber participado en las insurrecciones

carapintadas o motivados por la afinidad nacionalista y católica hacia los croatas, cerca de 400 voluntarios argentinos llegaron a territorio croata como tropa y asesores militares<sup>638</sup>. De entre ellos, destacó con notoriedad el caso de Rodolfo Barrios Saavedra, comando que tras participar en la insurrección de 1990 junto a Seineldín, se desplazó junto a otros militares y veteranos de Malvinas a Dubrovnik para formar parte de la 4ª Brigada de Guardias y posteriormente de las Fuerzas Especiales croatas. Declarado ferviente anticomunista, este carapintada arguyó motivaciones nacionalistas y de afinidad católica para combatir en los Balcanes junto con un deseo de restaurar el orgullo militar argentino frente a la deshonra que increpaba a los oficiales liberales. Saavedra no solo se tornó famoso por ser el mercenario argentino en alcanzar el grado de brigadier dentro de las fuerzas croatas. Supuestamente al mando de fuerzas croatas, Saavedra dirigió un ataque simbólico con cañones Citer argentinos contra una base de fuerzas británicas de la ONU acantonadas en territorio bosnio fronterizo, lo que la prensa croata publicitó como una revancha por Malvinas. Incluso la fama de Saavedra alcanzó nivel nacional, llevando a que su imagen fuera homenajeadada en los sellos croatas de 12,5 *kuns*<sup>639</sup>. Años después, residiendo en Zagreb con nacionalidad croata, Saavedra defendería su servicio como una cruzada para restaurar los valores y el honor militar argentino, insistiendo que los carapintadas jamás estuvieron relacionados con la guerra antisubversiva<sup>640</sup>.

El siguiente caso de corrupción tuvo relación con malversación de fondos, clientelismo e inflación de padrón a partir de 1999, tanto a nivel de jerarquías de la Federación como en lo que filiaciones de veteranos se refiere. En gran parte se debió a la ampliación de los beneficios otorgados por el estado a la Comisión y que esta estuviera en completas manos de la Federación. La ampliación de la cobertura de las pensiones a oficiales retirados, civiles y personal militar movilizado dentro del Teatro de Operaciones del Atlántico Sur (sin desplazamiento a las Islas) provocó el aumento del padrón de 13.000 a 25.000<sup>641</sup>. Esto llevó a un considerable aumento de lo que se denominó veteranos “truchos”, es decir, hombres que mintieron sobre haber participado en Malvinas con tal de recibir beneficios, estafa que se agravó política y mediáticamente cuando se denunció que la Federación se quedaba con un 1% de cada pensión.

Las denuncias llegaron con el fin del menenismo y la sucesión del gobierno radical de Fernando de la Rúa y los justicialistas Adolfo Rodríguez Saá (2001) y Eduardo Duhalde (2002-2003). Pero la polémica entre gobierno y la cuestión nacional de Malvinas retornó con fuerza durante los mandatos de Nestor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández Kirchner (2007-2015).

638 “Se sabe dónde están las armas argentinas” *La Nación*, 24 de enero 1999

639 MONTES DE OCA, I.: *Ustachas. El Ejército nazi de Perón y el Vaticano* (2013)

640 “Se sabe dónde están las armas argentinas” *La Nación*, 24 de enero 1999

641 LORENZ, F.: *Las Guerras por Malvinas 1982-2012* (2012); p.250

Un debate que reapareció con fuerza por motivo de la reivindicación de la memoria de Malvinas y sus combatientes, ya que dichos mandatos coincidieron con la celebración del 25° aniversario de la invasión de las Islas y la reapertura de los procesos judiciales contra militares acusados de violaciones de derechos humanos durante el Proceso de Reorganización Nacional. Como consecuencia de la crisis económica y los casos de corrupción derivados de las políticas menenistas, tras la dimisión del radical Fernando de la Rúa, el Partido Justicialista a través de los gobiernos de Nestor y Cristina Fernández Kirchner trató de retomar apoyos mediante políticas de memoria histórica, tanto en la condena hacia los militares como en la revisión histórica de Malvinas en clave de gesta nacional que retiraba a la Junta del escenario.

Aprovechando esta situación, el CESCEM y el CECIM intentaron recuperar la hegemonía del movimiento de excombatientes de Malvinas con tal de mantener la distinción simbólica propia del conscripto y la tónica izquierdista, antimilitar y revolucionaria de la década de los 80. Para ello reivindicarían de nuevo su discurso, sus imágenes y símbolos propios en eventos y manifestaciones encabezadas por la Federación y las nuevas asociaciones que surgieron bajo su influencia como la Comisión de Familiares de Caídos de Malvinas, las cuales habían desbancado a las asociaciones de derechos humanos y a los grupos de padres de la Transición. Pero las estrategias y el discurso de los excombatientes se había tornado anticuados y jamás pudo recuperar la popularidad que logró el patriotismo integrador y la retórica heroica que construyó el menenismo. Una de las mas mediáticas muestras de ellos surgió a raíz de la celebración del 25 aniversario de la Invasión, donde la Ministra de Defensa, Nilda Garré, accedió a una propuesta para una muestra de las distintas lecturas de la memoria colectiva y social de la guerra. Para ello se organizó una exposición en el Edificio Libertador de Buenos Aires, donde se reunieron objetos, uniformes, armas y demás material de campaña bélico para organizar un muestrario que explicara la campaña argentina de Malvinas y los principales sucesos. No obstante, lo que parecía una simple exposición de militar se tornó en un foco de tensión cuando un grupo miembros del CECIM de la Plata invitados a participar, recrearon una escena de estaqueamiento de un soldado, colocando un muñeco en uniforme clavado al suelo en medio de una de las salas. Ante esa puesta en escena en protesta contra el silencio selectivo sobre torturas cometidas por oficiales hacia conscriptos, la Comisión de Familiares de Caídos de Malvinas se retiró declarando su abierta molestia, considerando dicha muestra una ofensa al heroísmo de los fallecidos en combate. Tres miembros del grupo, Delmira de Cao, Paulina Cardoso y Herminda Fraga, escribieron un comunicado a la Ministra, arguyendo que la participación del CECIM “*abonaba el camino de la confusión, deshonra la memoria de nuestros héroes*”, y “*reduce la complejidad a una mirada prejuiciosa y lejana de la verdad de los hechos*”<sup>642</sup>. Otros elementos de la

---

642 “Imágenes de la muestra desmalvinizadora en el Ministerio de Defensa”; *El Malvinense*; (15 de Mayo 2007)

exposición, como una sala dedicada a la muestra fotográfica recogida por el historiador Federico Lorenz, la cual incluía paneles de cronologías y la emisión de canciones de rock populares durante el conflicto (algunas de ellas en inglés), también fue duramente criticada por la Comisión de Familiares, acusando a la exposición de ser una estrategia desmalvinizadora obra del CECIM. En respuesta, miembros del CECIM como el excombatiente Marcelo Postogna reaccionaron indignados: “*no entendemos por qué los familiares de caídos pueden haberse sentido ofendidos cuando tal vez muchos de los suyos hayan sido igualmente estaqueados, a menos que se trate de allegados a oficiales*”<sup>643</sup>.

Aunque los miembros del CECIM de la Plata dijeron haber empleado la misma instalación en otras ocasiones sin problema alguno, el año anterior excombatientes del CESCEM realizaron un acto de *performance* similar en Plaza de Mayo, estanqueándose ellos mismos en protesta para reclamar justicia por las torturas cometidas en Malvinas, desatando las quejas de los espectadores y la Comisión de Familiares. La imagen que la Comisión de Familiares y la Federación reivindicaban entraba en directa contradicción con una memoria colectiva de la guerra mucho menos épica y victimizadora, a pesar que los excombatientes no entraban en contradicción con la imagen de héroe de guerra y ellos mismos asociaban la silenciación de la tortura, la marginación social y el suicidio a la desmalvinización.

Esta respuesta en forma de indignación social vino a demostrar que la cultura del excombatiente ya no tenía lugar en la sociedad argentina. Solo el discurso político alrededor de la guerra se autorizó como la lectura válida y bajo el consenso social. El discurso antiimperialista y revolucionario ligado a los derechos humanos había perdido todo su contexto tras la última rebelión carapintada y la constitución de una única imagen patriótica del soldado malvinero. Sin embargo, además de la supervivencia de la imagen del *pibe* combatiente en la cultura de masas, parte de la cultura de la desmovilización de Malvinas sobreviviría a nivel local, mediante agrupaciones que hasta hoy tratan de mantener viva la idea de ciudadano soldado a través de programas de ayuda social a la comunidad. A su vez, el imaginario patriótico anuló la concepción del trauma bélico en la sociedad Argentina, sustituyendo la problemática asociada a los suicidios y el desempleo que recreaba el fracaso militar por una nueva victoria simbólica con la inauguración en 2009 del monumento en el Cementerio Argentino de Darwin. Con ello, los desaparecidos, caídos en combate y fallecidos tras la guerra, *los soldados argentinos solo conocidos por Dios*, recibieron su victoria honorífica al obtener su espacio en el territorio disputado.

---

643 “Polémica por una maqueta platense sobre Malvinas”, *El Día* (16 de Mayo 2007)

### 3.12 - “*Y no volvieron mas...*”<sup>644</sup>: Malvinas o como contar una guerra

A pesar de la constitución política de un monopolio nacionalista sobre la historia y la memoria de la guerra, la “gesta de Malvinas” no se consolidó como paradigma inmutable a la hora de narrar las memorias individuales y colectivas de la guerra. Por mucho campo ganado que la épica y el militarismo nacionalista hubieran obtenido dentro del consenso y la memoria social, la literatura, el cine y otras producciones culturales siguieron empleando tónicas distintas y tópicos que variaban desde la ridiculización cómica del fervor nacional hasta la recuperación de la figura del *Chico de la guerra*, pasando por la victimización del trauma y el discurso izquierdista propio de los excombatientes. Tanto según el momento histórico como también en relación al género, producto y asociación cultural de esta, la narración varió entre diversas memorias, discursos y tendencias históricas. Un claro ejemplo lo tenemos por un lado, en la literatura y la esfera del Rock Nacional, cuya exposición de la memoria colectiva alrededor de la guerra ligada estrechamente a la contracultura y la oposición política, difiere notablemente de lo que se podría esperar de los intentos de recuperar una memoria o construcción de un discurso nacional.

Empezando desde la óptica literaria, *Los Pichieciegos* (1983) de Fogwill marcó el precedente al ser la primera novela publicada sobre el conflicto, casi de manera inmediata y dando pie a una imagen de la guerra carente de fervor, ridícula y repleta de picaresca. Novelas como *A sus plantas rendido un león* (1986) de Osvaldo Soriano, donde se parodia la invasión desde la crítica a la parafernalia y la diplomacia, constituyeron las obras que capitalizaron la temática de Malvinas junto a las numerosas publicaciones de relatos y experiencias de excombatientes y veteranos que surgieron tras el éxito de los *Chicos de la guerra* de Kon y la película homónima de Kamin. En obras como esta la guerra es tan solo un marco, un escenario donde el narrador elabora una crítica sobre la realidad política y la demagogia social que ha llegado a su techo con la elaboración de un teatro absurdo, una guerra que reclaman, pero que nadie quiere combatir y nadie recuerda después.

Casi de manera idéntica escribió Patricio Pron su novela *Una Puta Mierda* (2007), relato marcado por la parodia y el humor negro hacia la prensa, la censura, la burocracia y la propaganda de guerra. Sus protagonistas de nuevo son un grupo de conscriptos, los cuales luchan en un terreno imaginario metáfora de Malvinas, pasando por las mismas penalidades rodeadas de situaciones surrealistas que les llevan al mismo lugar, el trauma: “*la única diferencia entre los castigos del Teniente Clemente S. y sus órdenes era que los primeros mataban lentamente y las segundas conducían al mismo resultado con mayor velocidad*”<sup>645</sup>. Oficiales corruptos que mandan cazar

644 “*Y no volvieron mas*”, título de la canción del grupo de rock nacional porteño *Callejeros*, editada en 1998 como parte de su segundo álbum

645 PRON, P.: *Una Puta Mierda* (2007); p.58

pingüinos para venderlos en el continente como carne de pollo, un tanquista desertor que bajo efecto de las drogas recita mensajes sediciosos por radio, o una bomba del enemigo que permanece inmóvil flotando en el cielo son algunas de las situaciones absurdas que construyen esta fábula con la que se pretende satirizar el nacionalismo y enfatizar un trauma irreparable: “*Sin dudas la guerra era un asqueroso agujero sin fondo en el que todos habíamos caído pero yo ya no podía salir de él, al menos no desde la operación, porque ya no tenía ningún sitio -ni siquiera un sitio en la memoria- al que volver*”<sup>646</sup>.

Mientras novelas como estas tomaban como referentes los tópicos colectivos que se generaron alrededor del combatiente tanto en los medios como en la memoria popular, narradores como Carlos Gamerro aprovechan el tópico del veterano de guerra para recrear una sociedad herida y atrapada en un pasado de corrupción y violencia. En su obra *Las Islas* publicada en 1998, Gamerro construye una historia frenética a la par que surrealista de espionaje y novela negra con Malvinas como telón de fondo y un excombatiente como protagonista. Felipe, conscripto herido en Mount Longdon y que lidia con su trauma físico y psicológico mediante drogas y su trabajo como *hacker* informático, es contratado por un magnate de Buenos Aires, Mr. Tamerlán, para silenciar a los testigos de un asesinato cometido por su hijo. Tras acceder a archivos de la Secretaria de Seguridad sobornando al oficial Verraco, su antiguo teniente en Malvinas, con un videojuego con el que derrotar a los británicos, la historia irá complicándose mas y mas hasta tejer una intrincada trama donde se ven implicados excombatientes que no depusieron las armas. La aparición de otro hijo, nacido en unas extrañas consecuencias y desaparecido en combate en Malvinas, acaba por redefinir la imagen del excombatiente y Malvinas como la fantasía en contradicción frente el desanimo y la frustración nacional. La investigación de los asesinatos revela a Felipe la existencia de un supuesto Mayor X del Ejército que no rindió sus armas tras la capitulación en Malvinas y organizó a un grupo de resistentes para reconquistar las islas y así crear un imperio argentino-malvinero que no solo derrotaría a los británicos, sino que unificaría religiones y aniquilaría al comunismo. Excombatientes acosados por el trauma incapaces de sacar Malvinas de su mente y recreaciones surrealistas del nacionalismo argentino bajo discursos ultraderechistas y antisemitas es como Gamerro acaba representando a excombatientes y veteranos de Malvinas respectivamente. Son los personajes dantescos como el Mayor X y su cruzada, el teniente Verraco con su videojuego imposible de ganar, Mr. Tamerlán y su hijo o el oficial de un grupo de tareas que tras violar a su victima, se casa con ella y nombra a sus dos hijas minusválidas Malvina y Soledad, los que sirven al autor para mostrar lo histriónico, violento y triste del nacionalismo y el consuelo de una sociedad que prefiere la fantasía frente a las consecuencias del Proceso y la guerra. Idea que se acaba

---

646 PRON, P.: *Op. Cit* (2007); p.100

resumiendo con la frase de Tamerlán :”*No lo entiendes? Nuestra verdadera patria es la imaginación [...] Por eso Malvinas importa tanto*”<sup>647</sup>.

Por otra parte, Felipe, su dolencia derivada de un trozo de su casco incrustado en su cerebro y la evasión de su dolor mediante drogas, rock e internet, dibuja a un excombatiente “castrado” por la derrota dentro de ese constructo imaginario, donde su capacidad de combatir queda anulada por la memoria, las fantasías y su incapacidad de lidiar con la realidad: “*Argentina es un pene erecto listo para disparar, y las Malvinas son las bolas*”<sup>648</sup>. Dicha representación de la castración de la masculinidad del combatiente aparece reiteradamente en la novela, en momentos como las constantes alusiones a la aparición imaginada de *gurkhas* y el miedo a las vejaciones que se les asociaba para con los prisioneros de guerra. De nuevo, esa idea de combatiente castrado se intenta resolver con la recuperación de Malvinas y el imaginario, que no solo pondría cura a la herida sino que incluso daría lugar a una nueva hermandad de combatientes engendrados genéticamente solo por hombres bajo una idea de pureza racial.

Los relatos novelados de autores que pertenecieron a la generación de Malvinas o que fueron testigos pasivos del conflicto constituyeron la reproducción literaria de la memoria social de la guerra durante la primera década de la posguerra, siendo la gran diferencia respecto los relatos de excombatientes. Las grandes novelas sobre Malvinas no fueron escritas por excombatientes o veteranos. Estos se demarcaron de la idea de narrar una historia, sino exponer una memoria individual que respondiera a lo que consideraron su experiencia personal, dando a estas un sentido de autoridad existencial que les permitiera hacerse hueco en una sociedad civil que rechaza el impacto del trauma. De ese modo la literatura de excombatientes, desde los libros de Esteban *Diarios de Malvinas* o *Malvinas. Hambre y coraje* de Manzano, a los relatos de German Estrada y Esteban Pino *Contar Malvinas*, quieren reiterar Malvinas como una experiencia individual y colectiva, asociada al grupo de excombatientes y familiares no como una memoria social que construye un relato sino como una experiencia que de sentido y valor a su presencia. Con sus títulos, con palabras como “contar” o “diarios”, revelan de por sí su necesidad reiterativa de desmarcarse de la idea de narrar un relato, sino exponer toda una serie de hechos, situaciones y circunstancias personales.

Por supuesto se emplearon otros formatos a parte de la historia oral o la memoria para exponer experiencias y consecuencias derivadas de la guerra difíciles de describir. La lírica supuso para muchos excombatientes como el poeta Gustavo Caso Rosendi un modo más fácil y expresivo de exponer el trauma bélico y las consecuencias derivadas como la depresión y el suicidio, a la vez

---

647 GAMERRO, C.: *The Islands*, (2012); p.435

648 GAMERRO, C.: *Op. Cit.* (2012); p.46

que para situar estos elementos como la verdadera memoria de la Guerra de Malvinas. En su poemario *Soldados*, Rosendi describe experiencias ya conocidas como el hambre, los bombardeos, los castigos o la fábula de los *gurkhas*, pero también aborda cuestiones como la pérdida de la inocencia juvenil, el complejo de culpa del superviviente, la marginación política y el nacionalismo hueco. Algunas de sus estrofas, como la que incluye el poema “El último enemigo”, se dirigen directamente a cuestiones como la depresión y el suicidio derivado del trauma: “*Mas tarde en el baño de un bar / sacó un revolver y disparó / Justo en el lugar donde / se apostaba la tristeza*”<sup>649</sup>. Otras, como la del poema “Condecoración”, abordarían cuestiones como la reiserción fallida en contraposición con el valor nulo del reconocimiento militar: “*Prendieron en su pecho / una medalla barata / donde alguna vez /estuvo la esperanza / de trabajar para vivir / dignamente -por ejemplo-*”<sup>650</sup>.

Junto a novelas y memorias, existe una apartado de la producción popular cultural que no ha sido analizado aún y que tendría mucha incidencia en la edición literaria. La historieta ilustrada constituye una tradición de renombre en Argentina desde finales de los 50, donde cómics como *El Eternauta*, de Oesterheld y Solano Lopez dieron base a relatos y viñetas capaces de elaborar paralelismos críticos con la realidad social y política del país. No podría ser de otro modo tras la invasión, donde populares revistas de cómics tomaron Malvinas como un tópico de crítica a la política en contraposición a las publicaciones infantiles ilustradas que imprimían editoriales como *Atlántida*, responsables del semanario *Gente*. Inspirándose en la popular historieta *Ernie Pike* del italiano Hugo Pratt, el famoso guionista Ricardo Barreiro escribió *La Batalla de Malvinas*. Este cómic, que constituyó una de las historietas inaugurales de los siete primeros números de la famosa revista *Fierro*, alternaba la narración de hechos en clave periodística con la historia del conscripto Rodolfo Paz. Hechos como la toma de Moody Brook, la Batalla de Goose Green, el hundimiento del Crucero Belgrano eran descritas de modo carente de épica, como un trasfondo donde incluir la frustración, la ansiedad, el hambre, el frío y la desmoralización. De manera similar pero de mayor brevedad, la popular *Caras y Caretas* publicó *¡Soldadito! No hay que olvidarte nunca*, donde un conscripto, único superviviente de su unidad, decide combatir hasta la muerte en lugar de rendirse a los británicos. En una clara alusión a los semanarios *Gente* o *Siete Días*, la historieta acaba con una portada de revista sensacionalista donde el titular “*¡Muertos! ¡Armas! ¡Gurjas!*” aparece junto noticias del Mundial de fútbol y prensa del corazón<sup>651</sup>.

Sin embargo no toda la esfera del cómic argentino mantendría un marcado tono crítico y una

649 ROSENDI, G.: “EL último enemigo”, *Soldados* (2009); p.40

650 ROSENDI, G.: “Condecoración”, *Soldados* (2009); p.44

651 MASSARO, J.: “¡Soldadito! No hay que olvidarte nunca”, *Caras y Caretas*, No.2197 (1983)

tan viva imagen de los chicos de la guerra, mas aun tras la entrada de la campaña alfonisinista. Dos años después apareció en la revista *Pucará* la historieta *Malvinera* de Arturo Arroyo y Jorge Soria: una joven chica *kelper*; Mary Ann, que guarda recelo a los soldados argentinos, acaba enamorada de un piloto enemigo. Ello le hará convencerse de la causa nacional y rechazar la identidad británica, hasta incluso hispanizando su nombre a Mariana. Mas recientemente se publicaron cómics en tónica similar como *Hombres de Malvinas* (2018) de mano de Armando Fernández, Daniel Haupt y Miguel Angel Castro Rodríguez, una historieta gráfica donde la épica de Malvinas se recupera a través de tres veteranos de guerra los cuales deciden mantener viva la gesta nacional mediante la lucha contra el narcotráfico.

En contraposición, otras obras con un tono menos épico y mas cercanos a los tópicos fijados por Kon, como la ya citada anteriormente *Tortas fritas de polenta*, tomarían un puesto mas notorio en el panorama editorial. Uno de ellos seria “*Malvinas. El Sur, el mar, el frío*” (2016), trabajo conjunto de diversos autores y editado por las universidades nacionales de Rio Negro y Villa Maria, que narra nueve breve historias de soldados con las que describir las dificultades y problemas derivados del conflicto.

Este tipo de viñetas se publicaban en paralelo a revistas como *La Guerra de las Malvinas*, que se editó en forma de 44 fascículos semanales entre 1986 y 1987 siguiendo a la homóloga edición británica. En ella se recogían múltiples fotografías a color, ilustraciones y mapas de hechos militares, armamento, uniformes e insignias ofreciendo descripciones y testimonios exhaustivamente detallados. Mucho de este material de fuentes británicas, aunque ser preciso, no carecía de intencionalidad política, pues a partir de la narración de la crónica bélica y las descripciones de militaría se buscaba mantener un ferviente discurso nacional: “*Ponerse a buscar después de perdida una guerra quienes son los culpables es cosa de viejas [...] La guerra quedó atrás, pero la decisión argentina de combatir no. Al contrario: ella es la que abre el camino al futuro para un país que quiere ser una nación*”<sup>652</sup>.

El gusto por las crónicas militares y las narraciones heroicas resultó ser una de las armas frecuentes en el mundo editorial para contrarrestar la política desmalvinizadora, como un modo de anular las imágenes populares de los conscriptos jóvenes y derrotados. A su vez fue un arma efectiva para captar a un nuevo público. Aunque inicialmente el contenido iba dirigido a un lector adulto, se publicaban numerosas imágenes de modelos a escala, viñetas e ilustraciones que atraían al sector adolescente y juvenil, como se puede observar en las cartas enviadas por los lectores a la revista, siendo este ya un público fácil de captar dentro del mundo editorial popular. Cartas como la

---

652 CASTRO, J.: “La guerra quedó atrás, pero no la decisión argentina de combatir”, *La Guerra de las Malvinas*, Vol.I No.1 (Mayo 1987); p.49

de Mauricio Giles, joven de la provincia de Entre Ríos, que escribió a la revista *La Guerra de las Malvinas* como en su momento percibió la guerra televisada como “*una competencia deportiva sin mayores consecuencias*” pero que gracias a publicaciones como esta pudo despertar en él: “*una pasión que me lleva a llorar de bronca cuando veo la desmalvinización que sufren los argentinos no conscientes y olvidados de lo que pasó hace casi 5 años*”<sup>653</sup>.

Revistas, cómics y memorias de veteranos de guerras seguirían siendo populares en el mercado editorial juvenil y adulto, mas aun cuando el gobierno menenista inició la remalvinización, poniendo especial énfasis en la educación. Así se abrió un tema de debate ferviente y constante sobre como, cuando y porque debía enseñarse Malvinas en las escuelas infantiles y superiores, donde asociaciones de veteranos/excombatientes e intelectuales tendrían un gran papel dentro de las políticas de enseñanza. Ya fueran asociaciones de Excombatientes o de la Federación de Veteranos, estos intentaron dotar de un nuevo significado a la remalvinización como contraste a su marginación, alejando el recuerdo de la dictadura militar y enraizándose en el nacionalismo argentino o la tradición antiimperialista izquierdista de los años 70 y 80 como canal de visibilización. Cuando la política menenista inició la política remalvinizadora, colectivos dentro y fuera de la Federación produjeron material y contenido para escuelas y centros donde memorias individuales se tornaron discursos colectivos con el que transmitir valores cívicos y nacionalistas, dando así a la figura del excombatiente/veterano un nuevo grado presencial en su papel político.

En el mundo audiovisual, tanto en la gran pantalla como producciones televisivas, el intento de recrear una visión conciliadora con la memoria popular de los años 80 y el revisionismo kirchenirista fue la nota acorde. La película de Kamin y la imagen popular que dejó de los conscriptos creó un notable marco de referencia que se repitió en films posteriores como *Iluminados por el Fuego* (2005), dirigida por Tristan Bauer e inspirada en el relato de Edgardo Esteban *Malvinas. Diario del regreso* de 1993. Tanto la película como el relato de Esteban fueron duramente criticados por oficiales y exsoldados miembros de la Federación de Veterano pertenecientes al 4º Regimiento aerotransportado, los cuales aparecieron en televisión desmintiendo la historia de Esteban y acusándole de haber causado la muerte de su compañero, el soldado Eduardo Vallejos, por no haber estado en su puesto. Mas duras fueron las críticas ante las imágenes que presentaba Esteban y el film de los conscriptos sucios y asustados, algo que tacharon de ofensa a la nación basado en una estrategia de prensa sensacionalista. Fuera o no realmente sincero el relato de Esteban, las descripciones de las condiciones de combate, la moral y situación de los conscriptos concordaban con informes y otros relatos de excombatientes en lo que a características

---

653 “Correo”, *La Guerra de las Malvinas*, Vol.I No.1 (Mayo 1987); p.43

generales se refiere. El film de Bauer difería del relato al incluir la temática del suicidio y el impacto del trauma en los excombatientes años después del conflicto, del mismo modo que Kamin lo hiciera años atrás en *Los chicos de la guerra*. Pero a diferencia de Kamin, Bauer si pretendió recrear un cierto tono de epicidad al representar a los conscriptos tanto en el plano de víctimas como en el de héroes supervivientes, cuyo trauma se torna en sí recuerdo de la causa nacional.

Una aproximación distinta en lo que a la representación del trauma se refiere la hizo *Un cuento chino* (2011) de Sebastian Borensztein. Comedia ligera donde Roberto, un huraño propietario de una ferretería, acoge a un extraviado inmigrante chino al que intenta ayudar a reencontrarse con su familia. La historia acaba por rebelar que la ermitaña y frustrada actitud del protagonista, junto con su pasatiempo de recopilar noticias surrealistas de prensa amarilla, se debe a su experiencia en Malvinas. Siendo conscripto, una noticia falsa de un diario sensacionalista hizo creer al padre de este la muerte de su hijo en combate, llevándole al suicidio el mismo día que regresó a casa. Mediante el personaje de Roberto, atrapado en el pasado tanto en sus costumbres como en sus recuerdos, se acaba definiendo la guerra y su experiencia como una terrible casualidad que le marca a aislarse de un mundo moderno repleto de caos, pero que al final contiene los mismos problemas a los que se enfrentó en el pasado como los abusos de oficiales o la corrupción burocrática.

*Soldado argentino solo conocido por Dios*, dirigida por Rodrigo Fernández Engler y estrenada en 2016, abordaba de manera más profunda la problemática de los excombatientes en su reinserción social tras el conflicto, sin recurrir a la imagen de chico de la guerra y ensalzando la del veterano. Siguiendo la historia de dos amigos movilizados, uno de los cuales muere en Malvinas sin poder ser su cuerpo repatriado, Engler expone de manera superficial cuestiones como la depresión, el aislamiento, el suicidio, el desempleo, la marginación y la demonización de la condición de excombatiente. Tal como indica el título, la película acaba por centrarse en la necesidad de buscar significado a la guerra a través de la figura del Soldado Pedro, término empleado por los británicos para referirse a los caídos argentinos sin identificar cuyos cuerpos aun permanecían enterrados en las islas. A pesar de intentar aproximarse a las problemáticas sociales de los excombatientes y familiares, el film intenta buscar una justificación al nacionalismo territorial sobre Malvinas mediante la idea de cuerpo, el trauma y la muerte en terreno malvinense. No es casualidad que el film abordara la cuestión desde esa perspectiva. Cuatro años antes, el 2 de abril de 2012, el gobierno de Cristina Fernández Kirchner reclamó por medio de la Cruz Roja la identificación y repatriación de los 123 soldados enterrados en el cementerio militar de Port Darwin, como parte de su política de memoria histórica.

Por último, cabe destacar la producción televisiva *Combatientes*, emitida en 2013 en formato

de serie de trece episodios financiada por el Ministerio de Planificación Federal, el Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales y la Universidad de San Martín. Inspirada en testimonios reales, cada capítulo sigue las historias de unos conscriptos de distinta clase social que comparten el mismo pozo de tirador durante la guerra. Centrándose en especial en la vida del conscripto Gustavo Rivero (en alusión al héroe folclórico malvinero Gaucho Rivero de 1833, recuperado por el revisionismo Kirchnerista), la serie intercala pasajes de la vida previos a la guerra de cada uno junto con escenas tras la desmovilización, mostrando elementos tales como depresión, agresividad, *flashbacks*, desempleo, problemas familiares y otras cuestiones derivadas de la experiencia. Cada personaje reproduce unos tópicos muy concretos de la adolescencia y del excombatiente. Todos adoptan una imagen de madurez asociada al trauma bélico, pero lidian de distintas maneras con sus heridas externas e internas, llegando a la conclusión que la mayoría de estas se relacionan con sus contextos domésticos y familiares previos. Aquellos que venían de ambientes de precariedad y delincuencia para sobrevivir se enfrentan al trauma de Malvinas de la misma manera. Los ligados a contextos de clase media, carreras profesionales y conservadurismo, hayan en la experiencia la valía necesaria para afrontar el miedo al rechazo familiar y social. Pero en el caso de Rivero, herido de bala en el cráneo, sufre de una mas larga recuperación y pérdidas de memoria, haciendo su reinsertión mas difícil en un contexto social ya complicado de por sí, bajo la etiqueta de “loquito de la guerra”. A sus heridas se unen sus arranques de ira, imágenes inconexas y una espiral de depresión que le impiden recuperar el trabajo y su vida familiar. Sin tener el apoyo de los únicos que lo entienden, sus compañeros de trinchera los cuales quieren dejar atrás Malvinas, su soledad y desesperación le llevan a querer arrebatarle la vida, para ser salvado finalmente por su antiguo subteniente, con el que se había enfrentado durante la guerra ante el estaqueamiento de uno de sus compañeros.

*Combatientes*, a pesar de recurrir a los tópicos conocidos sobre los soldados de Malvinas empleados en *films* anteriores, fue la primera producción de abordar de manera mas acertada las problemáticas derivadas de la experiencia bélica, y a la vez señalarlas como experiencias distintas para todos, resumiendo que al final hubo tantas Malvinas como soldados que combatieron en ella. Del mismo modo, la serie huye de tópicos de la épica militarista nacionalista y pone en cuestión la memoria colectiva y el *esprit de corps*, tanto al representar a los compañeros de Rivero en su rechazo como con el personaje del subteniente, que movido por la culpa, acude en ayuda de Rivero en vez de sumarse al alzamiento de Semana Santa de 1987.

Junto a la cinematografía de gran y pequeña pantalla, se realizaron diversas producciones documentales alrededor del excombatiente y su experiencia dentro de la esfera del cine independiente. En este caso, el sujeto del excombatiente no se destaca dentro de la narración

histórica o la memoria social, sino por su memoria individual otorgándole un papel de autoridad existencial. Tratan la idea de reconciliarse con el trauma, sus múltiples facetas tanto físicas como psíquicas, y la reconstrucción del término héroe dentro de la desmitificación del concepto “guerra romántica”. Así lo planteaba Ramiro Longo en su documental *No tan muestras* (2005), película que sigue la experiencia narrada por Sergio Delgado, soldado conscripto herido durante los últimos combates en Malvinas. Con cierto sentido del humor, Delgado relata una experiencia ausente de patriotismo, enfatizando aspectos como el hecho de combatir con un subfusil estropeado o fingir su muerte en el campo de batalla, confraternizar con los británicos mediante música rock o el duro proceso de recuperación de su herida en la rodilla, sacrificios que el describe como “*al pedo*” que por nada volvería a repetir.

En un tono más sentimental, *El Héroe de Dos Hermanas* (2010), dirigido por Rodrigo Vila, aborda la temática de manera similar siguiendo la vida y testimonio del laureado conscripto Oscar Poltronieri. Mientras el documental recoge afirmaciones de militares de las Fuerzas Armadas que lo califican como héroe de la “última guerra romántica”, la realidad muestra a un hombre que fue movilizado a la guerra en un contexto familiar de pobreza y que lidió con la depresión, los intentos de suicidio y la difícil reinserción social en silencio, en una situación de total marginación de la que solo salió con el apoyo familiar y del veterano británico Mark Curtis. El documental concluye como una denuncia al silencio gubernamental ante la tasa de suicidios de excombatientes, donde Poltronieri no se ve encumbrado como héroe de guerra por sus acciones en la batalla de Dos Hermanas, sino por su lucha personal contra la depresión derivada del conflicto.

La misma tónica siguió *1533 Km hasta casa* (2015) de Laureano Clavero, documental que en este caso recoge los testimonios orales de ocho excombatientes pertenecientes al centro de Ex Combatientes de la ciudad de Miramar. La intencionalidad de dicho film es clara, y se podría resumir con las palabras de uno de sus protagonistas, Marcelo Bernardi: “*La vida en Malvinas es como te la van a contar casi todos los soldados. Todos con experiencias distintas. Cada uno tuvo una vida en Malvinas. [...] A mi me castigaron porque fui a robar comida y no se me ocurrió mejor idea que robarle al capitán. Esto no es para dar lástima ni nada. No es que demos lástima, estamos contando una historia. Que no comíamos no es dar lástima, era la verdad*”.

Por último, junto a cine y literatura, la esfera de la música y la cultura del Rock Nacional continuarían tomando Malvinas y la figura de sus combatientes como lo habían hecho en 1982. La guerra y la figura del combatiente pasó a ser un reclamo simbólico de protesta, quedando como un elemento propio de la memoria de la movilización social y la esfera contracultural. De ese modo, cuando la beligerancia activa que caracterizaba la cultura contestataria juvenil se viera en un nuevo

contexto tras la caída del régimen militar, el combatiente de Malvinas siguió siendo una figura presente, reforzada en cierto grado por la actividad de los núcleos politizados de excombatientes. Sin embargo, el desencanto que trajo las medidas alfonsinistas frente a los juicios y las rebeliones militares, a la que se añadió la crisis económica heredada del régimen y los naturales cambios generacionales, llevaron a una evolución de la cultura juvenil hacia unas nuevas vías de expresión y una pérdida paulatina de la influencia.

Tras el conflicto, artistas de renombre dentro del panorama continuaron incluyendo referencias a Malvinas dentro del discurso de protesta transgresor. Artistas como Charly Garcia y su canción “No bombardeen Buenos Aires” (1982) o grupos como *Soda Stereo* con “Tratame suavemente” (1984) recuperaban tópicos e imágenes de la guerra con las cuales reproducir la agitación social y política derivada de la derrota y la transición. Pero la crisis económica y la desilusión política dio lugar a nuevas variantes dentro del Rock Nacional en la segunda mitad de la década de los 80, que se materializó con la llegada del género Punk, el Heavy Metal y el Rock Barrial frente la anterior música progresiva. Especialmente el Rock Barrial, un estilo de rock ligado a la población juvenil de vecindarios de clase obrera urbana y al contenido de crítica en clave social, junto con el punk con sus estilo irreverente, tomaron al excombatiente como personificación de un sector de la clase trabajadora. Grupos como *Los Violadores*, *Los Redondos* o *Rata Blanca*, que no solo habían vivido la influencia de Malvinas en la esfera cultural sino que también habían tenido contacto directo e indirecto con excombatientes de círculos familiares o barriales, incluyeron de forma mas explícita al combatiente como parte simbólica de su discurso. En su canción “Comunicado 166” (1985), el grupo punk *Los Violadores* recuperaba el discurso antiimperialista típico de la izquierda y los colectivos de excombatientes: “*Recién nos dimos cuenta / cuando fuimos pisoteados, vapuleados, azotados. / Reina la confusión / en las calles y en el gobierno / los Sea Harriers ya se han ido / la batalla ha terminado / nos dejaron varios muertos / y cientos de mutilados*”<sup>654</sup>.

Junto al discurso, añadieron la figura del combatiente de Malvinas adherida al tópico de la victimización y la derrota. Esto se tornó un recurso frecuente en parte del panorama musical del rock argentino durante lo que quedaba de década. Sin referirse estrictamente al soldado como un chico de la guerra, aparece representado como una metáfora del descrédito y el desánimo de la sociedad argentina tras Malvinas y la crisis que acompañó a la Transición. Con letras similares, otros grupos como la banda de Heavy Metal *Ratablanca*, que compuso “Gente del Sur” (1988), recurrirían también a la figura del excombatiente. Resaltando también su carácter de víctima del Proceso y la banalidad del discurso nacionalista territorial, se recreó al soldado de Malvinas y las

---

654 Los Violadores: “Comunicado 166”, *Y ahora que pasa, ¿eh?* (1985), Umbral

consecuencias del trauma y la marginación.: *“La soledad no es mal camino. / En este mundo todo está mal / La sociedad sigue mostrando / Que es solamente parte del mal [...] Madres de hoy lloran sus hijos / en una plaza de la ciudad. / El gran imperio bebió la sangre / del que pedía su libertad. / No se muy bien cuál fue la gloria / en esta guerra del sur. / Hoy puedo ver miles de cruces / en estas islas que Dios / nos dio a todos los hombres / En soledad hoy los recuerdo / gente valiente del sur./ Y la verdad solo es divina, / solo es cuestión de esperar / que Dios haga justicia”*<sup>655</sup>

Aún así, en canciones como esta se guardaba un reclamo de reconocimiento de sacrificio para con los exsoldados, remarcando en este caso la valentía y la injusticia para con su servicio, aun no siendo descrita la guerra como una gesta. Canciones como así tendrían mucho peso dentro de los colectivos de excombatientes. Como adolescentes habían crecido dentro de la influencia de la contracultura juvenil y tras Malvinas encontraron en estas canciones elementos de afirmación identitaria.

Fue a partir de la década de los 90 con el menenismo cuando la nueva oleada de rock nacional explotaría mas aun la figura del combatiente dentro de la memoria social. Lo que se inició a finales de los 80 se consolidó con la inauguración del Monumento a los Caídos en Malvinas y la celebración del décimo aniversario de la invasión. El reconocimiento oficial del trauma y la lectura de la guerra en clave de gesta nacional permitió la visibilización del veterano, que sin embargo contrastaba con la realidad del excombatiente como un héroe silenciado y derrotado por las políticas estatales, la corrupción y la indiferencia social. Por ello canciones como “Memorias de Guerra” de *Embajada Boliviana* (1994) seguirían insistiendo en la necesidad de reconocimiento de los problemas presentes entre los antiguos soldados que, a pesar de las reformas gubernamentales, permanecían tema tabú como la depresión y el olvido : *“Y hoy pasaron muchos años, / Y aquí estás, perdido en tú camino. / Y en la cabecera de tú cama, / Una medalla de condecoración. / Y temés por enloquecer”*<sup>656</sup>.

Otras canciones de grupos punk como “2 de abril” (1995) de *Ataque 77* y “Violadores” (1995) de *Bulldog* continuarían cantando sobre las consecuencias psicológicas y físicas de la guerra, pero siempre resaltando su origen, no tanto en el conflicto como en la políticas gubernamentales y el rechazo social. En “2 de abril”, un excombatiente de Malvinas canta: *“Sigo besando la espalda que me dio el estado / Otro día mas para ir a ningún lado / Muchos de los que me amaron me dejaron a un costado / El resentimiento me enfermó y ya no pude salir / Estoy en guerra desde que acabó la guerra”*<sup>657</sup>. Mientras, en “Violadores”, la letra hace referencia a como el silencio y el descuido hacia la comunidad de exsoldados fue peor que la represión militar: *“Quisieron*

655 Rata Blanca: “Gente del Sur”, *Rata Blanca* (1988), Vertigo Records

656 Embajada Boliviana: “Memorias de Guerra”, *Soñando Locuras* (1994)

657 Ataque 77: “2 de Abril”, *Amén* (1995), RCA/BMG

*censurarlos sin motivos /ni el sistema ni la represión / pudo calmar su furor*<sup>658</sup>.

Una de las más populares fue la canción “No volvieron mas”, compuesta por el grupo de rock *Callejeros* en 1998 como parte de uno de sus álbumes demo. Dicha canción, que definió el estilo de la banda como rock barrial, se convirtió en una de las más conocidas dentro de su repertorio de rock protesta y que de nuevo repite el mismo mensaje de denuncia de la condición del combatiente: “*Fue en abril / que empezó a engordarse tu resignación / sin saber ni perder ni ganar / tu bandera te volvió a traicionar. / Circo y pan como siempre fue acá / nos prendimos a jugar un mundial. / Y después nadie supo saltar / por los sueños que se murieron allá. [...] Fue el alcohol de una bota formal / el que quiso ver mis sueños quebrar / Nuestra cruz no se quiso acordar / de los huecos de la lista oficial*”<sup>659</sup>.

Pero como cualquier etapa u oleada cultural, la cultura *underground* y sus derivados encontraron su techo con la llegada del nuevo milenio. Los cambios generacionales habían dejado atrás a la masa de *pibes* y *chabones* que poblaron calles, plazas y estadios, del mismo modo que los miembros de esta generación habían combatido en Malvinas iban perdiendo su bagaje de protesta con las conquistas de la Federación. En 1999, *Almafuerte* compuso “El visitante”, canción de rock duro que con rasgueos pesados de guitarra y voz gutural, de nuevo sacaba a denuncia la situación del colectivo de exsoldados: “*Olvidar / Yo se bien que no podés / Como la sociedad olvida /Que fuiste obligado a marchar / En su defensa*”<sup>660</sup>.

Esta canción se torna un buen ejemplo de lo que acabó sucediendo dentro del panorama *underground* juvenil argentino. Una memoria social cargada de furia, denuncia y frustración, pero también, como resaltó el periodista Sergio Marchi, de “*una fatalidad de que nada cambiaría*”<sup>661</sup>. El 30 de Diciembre de 2004, el club República Cromañón, meca del Rock Nacional en Buenos Aires, padecía una catástrofe sin precedentes durante un concierto de *Callejeros*. El incidente causado por un incendio se saldó con 194 víctimas y la desaparición del club. Esa fecha se acostumbra a citar como referencia al declive del Rock Nacional en todos sus aspectos. Mas allá del factor puntual del incidente, la contracultura y su influencia, junto con sus espacios, fueron perdiendo fuerza, y en cierto modo, el reclamo de los excombatientes ligado a esta también lo haría. Aun así, no implicó que desapareciera, pues su impacto dejado durante dos décadas había depositado una pátina difícil de pulir en la conciencia y la memoria social de la violencia, la dictadura, la guerra y la transición. No obstante, quedó sometida a un discurso político de la guerra que los mandatos de Kirchner trataron de vehicular. En ese sentido aparecieron algunas melodías de artistas de renombre que aun

658 Bulldog: “Violadores”, Si, Yo! (1995), Tocka Discos

659 Callejeros: “No volvieron mas”, *Callejeros* (1998), Pelo Music

660 Almafuerte: “El visitante”, *A fondo blanco* (1999), Interdisc

661 MARCHI, S.: *El Rock Perdido. De los hippies a la cultura chabona* (2005) p.77

traían de manera esporádica el tópico del soldado de Malvinas, tales como “La Canción del soldado y Rosita Pazos” de Fito Paez (2013), “Trae el viento la voz” de *La Perra que los Parió* (2013) o “Heroes de Malvinas” de *Ciro y los Persas* (2012). Incluso Leon Gieco, uno de los máximos representantes del Rock Nacional, representó esta tendencia con la composición de “La Memoria” y “Para la Vida” (2005), baladas elaboradas como parte de la banda sonora del film *Iluminados por el fuego* de Bauer: “*Cómo parar la impotencia de no poder hacer nada. / Por qué querer matar a tus hijos / Es para que duela años la sangre / Ayer por no querer a la patria / Y ahora por quererla demasiado*”<sup>662</sup>.

El empuje y la crítica que canciones de este tipo pretendían arrastrar cayó en beneficio de una comercialización de la memoria del veterano de Malvinas. Desde el rock progresivo pasando por el rock barrial o el punk, el empuje crítico y la reproducción de una memoria social en clave de protesta evolucionó hasta caer en símbolos anecdóticos que apelaban a ese pasado que definió la contracultura argentina de los años 80.

Ya fuera en la esfera musical como en la literaria y cinematográfica, las producciones culturales argentinas han tenido un papel crucial en el desarrollo de la imagen del excombatiente o en la reproducción de un tipo de subcultura ligada al exsoldado. Sin embargo, esta siempre estuvo ligada a una cultura en su mayoría externa, respondiendo a una psicología social que encontró en el excombatiente una figura que recogía los traumas, inquietudes y tribulaciones sociales y políticas de mas de una década, a la vez que hacía de él una herramienta política con la que criticar o ensalzar valores nacionales. Del modo que fuera, la reproducción de Malvinas y la posguerra en la sociedad argentina tomó al combatiente como espejo, donde la carencia de la epicidad, la narración del trauma y el consuelo en nuevos tipos de heroísmos acabaron por reducir siempre al soldado a la victimización, ya fuera con la imagen del chico de la guerra de Kon o con personajes como Poltroneri: aguerridos soldados personificación del héroe de “la última guerra romántica”, que desaparecieron ignorados entre simbólicos laureles militares.

---

662 GIECO, L.: “Para la Vida”, *15 años de mi* (2005), EMI



## 4 -Conclusiones

De nuevo parece conveniente citar a Tim O'Brien antes de cerrar este largo trabajo de investigación. El veterano recalcó que se podía distinguir una auténtica historia de guerra por el modo en que parece no terminar nunca: “*Ni entonces ni nunca*”<sup>663</sup>. Del mismo modo, en otro de sus relatos, O'Brien definió que cada uno de sus protagonistas “cargaba” con una historia diferente y personal, experiencias que podían descifrarse por los objetos que llevaban consigo antes, durante y después de la guerra: “*Las cosas que llevaban eran determinadas, en general por la necesidad: Entre las indispensables o casi indispensables estaban abrelatas P-38, navajas de bolsillo, pastillas para encender fuego, relojes de pulsera, placas de identificación, repelente de mosquitos, chicles, caramelos, cigarrillos, tabletas de sal, paquetes de Kool-Aid, encendedores, fósforos, aguja e hilo de coser, certificados de pagos militares, raciones de campaña y dos o tres cantimploras. En conjunto estos objetos pesaban entre cinco y siete kilos [...] Henry Dobbins que era corpulento, llevaba raciones suplementarias [...] Dave Jensen, que no descuidaba la higiene ni en campaña, llevaba un cepillo de dientes, hilo dental y varias pastillas de jabón [...] Ted Lavender, que no se quitaba el miedo de encima, llevaba tranquilizantes hasta que le pegaron un tiro en la cabeza en las afueras de la aldea de Than Khe [...] Todos llevaban cascos de acero que pesaban mas de dos kilos [...] Llevaban guerreras y los pantalones de faena de reglamento. Muy pocos llevaban ropa interior. En los pies llevaban botas de la jungla y Dave Jensen llevaban tres pares de calcetines. Hasta que le pegaron el tiro, Ted Lavender llevaba doscientos gramos de droga de la mejor calidad. Que para él era una necesidad. Mitchell Sanders llevaba condones. Norman Bowker un diario. El Rata Kiley llevaba tebeos. Kiowa, bautista devoto, llevaba un Nuevo Testamento Ilustrado que le había regalado su padre [...] también llevaba la desconfianza de su abuela hacia el hombre blanco y la vieja hacha de caza de su abuelo. La necesidad imponía que llevaran mas cosas*”<sup>664</sup>.

Son palabras que podrían servir perfectamente para introducir las conclusiones que el análisis de los tres sujetos de estudio han ofrecido para explicar el concepto de culturas de desmovilización. Por un lado, O'Brien define el trauma del veterano de Vietnam como una historia que no acaba nunca, una historia distinta a la retórica épica y los ideales de clase media de la sociedad estadounidense. Pero a su vez define una guerra materialista, en el sentido tanto generacional y

---

663 O'BRIEN, Tim: “Como contar una historia de guerra”, *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon* (1994); p.91

664 O'BRIEN, Tim: “Las cosas que llevaban”, *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon* (1994); pp.14-15

estructural como individual. Un conflicto donde cada elemento personal, de material de campo, armamento, ropa o raciones representan parte de una experiencia. Una experiencia donde los objetos, la producción en masa, la comercialización masiva y la distribución estuvieron constantemente presentes mediante el transporte aéreo y un sistema de logística que superaba en 1/5 al número de soldados combatientes. Pero que fue mas allá, al ser un reflejo de la sociedad de consumo juvenil, la creación de un mercado propio para los niños y adolescentes que a partir de los años 50 y la contracultura de los 60 se instauró en la sociedad y caló hondo en la mentalidad de la generación *Baby Boom*. La diferencia es que la ropa, adornos y abalorios de reminiscencia nativoamericanas, vinilos de rock, coches, conciertos y espectáculos de música y cine, fueron sustituidos por equipamiento militar destinado solo a una porción de esa generación. A pesar de todo, como se ha podido observar, la permeabilidad generacional y el consumo de la era contracultural no fue ajeno al colectivo de reclutas y combatientes en Vietnam, que supieron generar dinámicas, símbolos y rituales propios donde la presencia del consumo y la protesta estuvieron presentes de manera considerable. Del mismo modo que las pancartas de protesta clamaron por “llevar la guerra a casa”, en el sentido de incitar al cambio social en Estados Unidos, parte de esa guerra en casa llegó a Vietnam y caló entre la tropa hasta detener los engranajes de la maquinaria militar, como el activista Mario Savio demandó en 1964 durante su protesta por la libertad de expresión en Berkeley.

Sin duda, O'Brien ofrece también un detalle esencial para entender la idea de un marco de análisis de conflictos, combatientes y culturas. Cada soldado lleva sus objetos personales, símbolos tanto de su individualidad joven como de su trauma propio derivado de la guerra. Con ello, nos sirve para remarcar el dato importante que, a pesar de analizarse como un colectivo y que se reproduzcan símbolos y rituales comunes de manera colectiva, los veteranos en sí no representan un grupo unificado. Podemos afirmar con total seguridad que existen tantas guerras como veteranos que combatieron en ella, pues aunque las experiencias fueran un hecho, su percepción de estas, el trauma y su reinserción fueron percibidas y asumidas de manera distinta para cada uno. Para un soldado de clase media como O'Brien, gran parte de este trauma bélico consistió en la disonancia de sus valores morales y políticos aprendidos de nacimiento respecto a la contradicción que le supuso la reticencia a la guerra y el hecho de luchar en ella. Mientras, para otros como Kovic o Heinemann, su trauma se basó en una reinserción difícil y estigmatizada, en un contexto de clase trabajadora sin recursos, cuya forma de lidiar con ello se tradujo en activismo antibelicista. Del mismo modo, para afroestadounidenses, latinos o nativo americanos, Vietnam sirvió de catalizador o detonante para considerar la desigualdades sociales, la violencia y la ausencia de derechos civiles en sus respectivos contextos domésticos.

Saliendo del marco de Vietnam y los combatientes estadounidenses, podemos observar que la relación adolescencia o mundo juvenil, junto con su contexto contracultural y su identificación generacional a nivel político y social, en muchos casos asumida inevitablemente en concepto de clase en la psicología de la sociedad, es uno de los elementos determinantes que configuran la idea de una cultura de desmovilización bélica. Fue el momento del desarrollo de las guerras modernas, a nivel de industrialización y tecnificación de los conflictos bélicos, cuando empezó a diferenciarse una separación entre los conceptos de joven y adulto en relación a la idea de combatiente. Del mismo modo que la industria y la entrada de menores en las cadenas de producción generó una diferencia entre niñez y juventud, al mismo tiempo que trajo la aparición de los primeros estudios en psicología y pedagogía infantil y la introducción en el mercado de un nuevo tipo de consumidor que solicitaba unos productos propios que les identificasen con su psique generacional. Eso tendría sus consecuencias cuando los estados modernos aplicaran las políticas de servicio militar y levas obligatorias a partir de la creación de los estados nacionales. Sin embargo, la consolidación del concepto de juventud y adolescencia tardaría aun décadas en establecerse

Mientras en los primeros conflictos de carácter moderno bajo la tecnificación científica, como la Guerra de Secesión estadounidense, la Primera Guerra Mundial o la Segunda Guerra Mundial, donde por primera vez aparece la tipología de guerra que la historiadora Joanna Bourke ya calificó de “guerra pasiva” debido a la alta mortandad producida por la modernización del armamento y las tácticas militares, aun no se había hecho distinción del adolescente dentro de la movilización bélica, si sucedió a partir la segunda mitad del siglo XX. El fin de la Segunda Guerra Mundial, el auge del mercado de consumo, la consolidación del modelo de familia nuclear y los planes de pedagogía y educación sobre los infantes definieron por fin la figura del adolescente. Unos adolescentes que en el momento de su nacimiento, entre las décadas de los 40, 50 y 60, vivieron ajenos a las guerras mundiales, la crisis del 29, los conflictos sindicales, la movilización ideológica y las consecuencias de posguerra. Por tanto, valores como el servicio militar obligatorio, instaurados en la mentalidad colectiva como un garantizador de los deberes de ciudadanía pero también como un punto de transición de la niñez a la madurez, no encajaron con la psicología de una generación juvenil que mediante la protección de los núcleos familiares y sociales permaneció ajena a ello. Recordemos de nuevo que la media de edad de los combatientes de las guerras mundiales rondó los 24-30 años, mientras que durante la Guerra Fría, en los tres casos ésta se redujo a los 18 años, momento donde comienza a iniciarse un proceso de transición psicológica hacia la madurez, que con el tiempo y la entrada del adolescente al mundo laboral cada vez mas tardía, se había alejado de los estándares social y políticamente aceptados. Ese escultismo juvenil que se instauró a finales del siglo XIX con grupos juveniles dedicados a actividades deportivas, educación patriótica y formación cultural

paramilitar ya no se correspondía con la generación que nació en un contexto de posguerra mundial. Pero aun así, se instauró el modelo de servicio militar legitimado durante la Segunda Guerra Mundial como proceso donde esculpir a los adolescentes varones dentro de los valores políticos gubernamentales, deconstruirlos y desindividualizarlos fuera del contexto familiar, empleando los patrones de masculinidad, militarismo y patriotismo de sus respectivas sociedades políticas. Como se pudo observar, tanto en los chicos adolescentes estadounidenses como soviéticos y argentinos, este proceso no solo suponía una interrupción de sus vidas, sino también una experiencia violenta, traumática e innecesaria.

A ello cabe añadir el factor de clase y el factor étnico. Quizá en este sentido el caso argentino es mucho menos visible, ya que el elemento de clase no estuvo tan presente y el factor étnico estuvo mas marcado por el antisemitismo de algunos oficiales de las Fuerzas Armadas que por un racismo estructural. Si que se observa en cambio en el caso estadounidense y soviético. En ambas guerras mundiales, clases altas medias y aristocráticas sirvieron en una medida similar en las filas de las Fuerzas Armadas. Aunque sus grados y funciones pudieran diferir, la formación y los porcentajes de bajas en contexto bélico eran mas cercanos a los de tropa formada por contextos sociales de ámbito trabajador o pobre. Solo encontraríamos una excepción en el caso estadounidense con la tropa formada por minoría afroestadounidense que se mantuvo en unidades segregadas hasta la Guerra de Corea, de las cuales solo algunas divisiones participarían en combate.

La Guerra Fría no obstante trajo a la vista el fenómeno del privilegio económico y político para con el servicio militar, que junto con el acceso a la educación superior, destruyó en parte esa idea de la generación juvenil entendida en concepto de clase. La movilización escalonada en Vietnam afectó solo a un 20% de la clase media estadounidense que podía gozar de sus privilegios económicos para evadir el servicio mediante la Universidad u otros medios, cargando el peso del combate en recluta de clase trabajadora urbana, rural y minorías étnicas. Del mismo modo, el capital político que la clase funcionarial soviética o *nomeklatura* desarrolló tras la Segunda Guerra Mundial permitió a los afortunados hijos de funcionarios o miembros de agencias soviéticas evitar el servicio militar o la posibilidad de servir en el conflicto afgano-soviético. Respecto a las minorías étnicas, estas sirvieron de manera integrada, pero su exposición al combate y su porcentaje de bajas, desequilibrado con su porcentaje de presencia entre las filas de la tropa, como se observó durante la Guerra de Vietnam. Mientras, el clásico conflicto entre la población de etnias centro-asiáticas musulmanas y la ideología soviética tuvo su eco en el conflicto afgano con la movilización del batallón musulmán; a su vez que las diferencias nacionales empezaron a florecer en contradicción con la doctrina soviética.

Por tanto el factor de clase, junto con el factor étnico y el reclamo de derechos civiles y

políticos a partir del servicio militar en tiempos de guerra se convirtieron en un pilar clave de la cultura de desmovilización propuesta. Las desigualdades sociales y económicas, la demanda de beneficios, pensiones y facilidades para la reinserción se tornaron en un punto común, ya que existió una base de desigualdad previa catalizada a partir del conflicto, y en mayor medida tras éste. Es cierto que en el caso de la Primera Guerra Mundial, la figura del veterano de guerra comenzó a ser una figura trascendente en la política, como se observó en el auge de los movimientos nacionalistas y el fascismo en el caso alemán e italiano, entre otros. Del mismo modo que en momentos de crisis, como durante la Gran Depresión, el excombatiente volvería a surgir como colectivo activo en la protesta en demanda de ayudas estatales, como sucedió en la marcha de 1932 protagonizada por el *Bonus Army*, una protesta de veteranos estadounidenses de la Gran Guerra que marchó hacia la capital exigiendo el pago de pensiones, la creación de puestos de trabajo y ayudas para los excombatientes. Pero el papel de estos, aunque destacado, no se postergó más allá ni se sostuvo en la memoria colectiva y social como una cultura del veterano. Se tuvo que esperar a la Segunda Guerra Mundial y la victoria sobre el fascismo y el imperialismo japonés para generar una memoria más estable y presente en la sociedad del veterano, aunque esta estuviese ligada a la política y fuera una imagen propagandística más fijada en la victoria nacional que no en el combatiente en sí.

Por ello la Guerra Fría y los conflictos desarrollados a lo largo de este trabajo se presentan como punto de inflexión para construir la idea de una cultura de la desmovilización de los veteranos de guerra. Las tropas que protagonizaron este conflicto no solo eran chicos cuya media de edad era inferior y partían de una cultura juvenil que les distanciaba de sus contextos familiares, sociales y políticos. El factor de crisis en un sentido generalizado y su reiteración a partir de la experiencia forzada dentro del conflicto bélico, señalando la desigualdad que implica el servicio y los nulos beneficios y reconocimientos que reporta, aparecen como pilares fundamentales de la construcción de esta cultura de la desmovilización. Por su puesto, el contexto de una cultura contestataria y una atmósfera efervescente de nuevos valores juveniles donde se crearon símbolos, espacios y dinámicas para visibilizar esa protesta, permitió configurar esta idea de desigualdad y formular una cultura de desmovilización en este sentido. Debe recordarse que la protesta de carácter sindical o militancia unitaria de partido que fue característica durante la primera mitad del siglo XX, sufrió un cambio a un nuevo tipo de cultura de la protesta entre la izquierda, donde los nuevos contextos de posguerra, los ensayos de nuevos intelectuales como Norman Brown o Herbert Marcuse y la aparición de una nueva generación, dio paso a una reivindicación contestataria donde se priorizaba la revolución cultural e individual frente la alienación estructural, el racionalismo tecnocrático y la “sublimación represiva” o anulación del individuo mediante la comodidad y el consumo. De ese

modo, en un espacio de protesta de una nueva era que convive con el consumo y la representación en forma simbólica de fenómenos de alienación individual, colectiva y de minorías, facilitó que se generara una subcultura de la desmovilización entre jóvenes excombatientes guiados por la representación de sus contradicciones y necesidades, en lugar de un movimiento firme y homogéneo que siguiera una misma línea unitaria de partido.

Precisamente, esto nos ofrece dirigirnos a la idea de analizar otros contextos de crisis y espacios culturales juveniles en otros territorios, que permitan entender procesos o detonantes que pudieron dar lugar a fenómenos similares a la cultura de la desmovilización en otros conflictos de la Guerra Fría, interesantes para un futuro trabajo de investigación. Tenemos, por ejemplo, casos como el israelí con la Invasión del Líbano en 1982, donde siendo la primera guerra de agresión protagonizada por el estado de Israel y siendo sus reclutas soldados conscriptos distanciados de la memoria del Holocausto y las guerras de consolidación y defensa del país, empezaron a cuestionarse el servicio, e incluso protestar contra la guerra, retomando el movimiento que sus antepasados judíos askenazi iniciaron durante la guerra ruso-japonesa: los *refuseniks*, o reclutas judíos que se negaron a servir en el ejército zarista.

Junto a esto, aparece otro factor determinante para definir que construye un marco de cultura de desmovilización entre veteranos de un conflicto: la industrialización militar, la tecnificación y un modelo de guerra que evoluciona de manera progresiva hacia guerras de carácter pasivo. Las dos guerras mundiales marcaron el inicio de las carreras armamentísticas y la configuración de industrias de guerra, presentando en el campo de batallas, junto a masas de millones de soldados, material de guerra cada vez más tecnificado. Tras estos conflictos y el inicio de la Guerra Fría y los movimientos de liberación nacional, lo que se creyó que se definiría como victoria militar mediante el potencial armamentístico quedó en cuestión cuando la guerra irregular o de insurgencia pusiera en jaque al armamento moderno. Pero no se trata únicamente de modelo de guerra de contrainsurgencia. De modo paralelo al aumento de la tecnificación y el potencial del material armamentístico, aun persistieron conflictos planteados en términos de la guerra continental de posiciones y movimientos definidos en la Segunda Guerra Mundial. Conflictos como la guerra entre Iraq e Irán y la Guerra de Malvinas, son un ejemplo. Tácticas y estrategias clásicas como las posiciones defensivas en trincheras y pozos de tirador, al estilo de la Primera Guerra Mundial, junto con armamento o equipo obsoleto, convirtieron estos conflictos en un escenario psicológicamente contradictorio al ideal de una guerra moderna, exponiendo a los soldados como carne de cañón a la espera frente a la artillería, cohetes dirigidos por láser y aviones a reacción. Ese mismo concepto encontramos tanto en Vietnam como en Afganistán y Malvinas. La exposición al combate, la muerte, el estrés y otras consecuencias del despliegue que después derivaron en el trauma, apareció

en los tres escenarios como un combate pasivo donde el soldado carece de la capacidad de decidir u observar los términos del combate. Ya sea en con la insurgencia de las guerrillas del Vietcong o muyahidines, o con la superioridad técnica británica mediante artillería y ataques nocturnos, los soldados desplegados asumían una sensación de impotencia, desconcierto, estrés y vulnerabilidad. Momentos largos de inactividad y tedio se transformaban durante breves momentos en grandes golpes impredecibles, que en contraste, generaban alto número de bajas. Por el contrario, las operaciones ofensivas dictadas por los mandos militares raramente generaban éxito, generando una mayor experiencia de frustración e impotencia. Se debe remarcar que ninguno de estos ejércitos había entrenado a su tropa de leva a las técnicas de combate adaptadas para estos contextos. A pesar de existir una fama y alarde hacia unidades como los comandos de la Marina argentina, los paracaidistas soviéticos o los Boinas Verdes estadounidenses, su participación en operaciones quirúrgicas y victoriosas era poco representativa de la generalidad en que se desarrollaba la guerra a grandes términos. La necesidad de contrastar esa profesionalidad con los resultados fue uno de los elementos que puso fin al servicio militar obligatorio o condujo a una reducción de la leva. El combatiente de leva que protagonizó estos escenarios de la cultura de desmovilización siempre quedó representado como un recluta joven, inexperto e incapaz de lidiar con el trauma del combate. Eso llevó a que la memoria social y política inicial de la guerra descalificara su experiencia, negándoles el título de combatiente o veterano, y desautorizando la tradición arraigada del servicio militar como proceso de transición de la infancia a la adultez. Siguiendo a la inmediata derrota, los gobiernos estadounidense, soviético y argentino calificaron esas guerras pérdidas como conflictos, intervenciones o operaciones antiterroristas, pero no como una guerra en propios términos.

Eso nos lleva a resaltar otro elemento presente en los tres casos, muy enfatizado especialmente en el estadounidense y el argentino. Y con esto nos referimos a que la cultura de la desmovilización, a pesar de no ser homogénea y representar múltiples facetas a nivel individual y colectivo, muestra una constante dicotomía entre soldado profesional y recluta, que en resumen se transcribe en un enfrentamiento generacional, político y social entre tropa común y oficialidad. Una oficialidad profesional que es asumida como un órgano represor, intimidador y alienante, representante del contexto de violencia forzado donde la joven tropa conscripta se encuentra. Como se ha visto, esa dicotomía no solo se manifestó en rebeliones, motines e intentos de resistencia activa y pasiva, sino que tuvo un marcado acento a la hora de definir esa cultura del veterano en los años de posguerra tras la desmovilización. Ya fuera mediante la victimización del soldado conscripto, su marginación social o su reclamo en papel de agente del cambio político como ciudadano soldado, la distanciamiento y confrontación frente a una oficialidad militar de carrera que se tornan a su vez veteranos a su retiro, deja patente que, a pesar de ser la cultura de la desmovilización algo imposible

de definir de modo inmutable y homogéneo, si mantiene presente esas dos versiones distintas, enfrentadas y contrastadas. Las cuales, a pesar de esto, no implica que no pudiesen llegar a converger culturalmente en espacios o formar parte de un mismo discurso tras campañas revisionistas o maniobras políticas, como se ha observado en los distintos casos

A partir de aquí, esto nos introduce en otro de los aspectos que nos permiten definir un marco de culturas de la desmovilización, que es la esfera psicológico-social. Por supuesto, la guerra pasiva, el trauma y la negación oficial de éste mediante la degradación de su servicio, se vieron magnificados con la patina de la derrota militar en la memoria social y el escaso apoyo popular al conflicto. La sensación de no obtener apoyo nacional, el desentendimiento o la oposición activa a la guerra, fueron otros de los aspectos que definieron la cultura de la desmovilización. A pesar de que gran parte de la tropa desarrolló una actitud negativa o de rechazo a la guerra hasta generar rituales de resistencia activa o pasiva, la actitud social hacia el conflicto se convirtió en un elemento que parecía legitimar el cumplimiento de un deber cívico y por ende, el pago de éste mediante unos beneficios. El rechazo o ausencia de soporte a la guerra junto las preconcepciones que se asimilaron del trauma en la memoria social del conflicto es lo que produjo en los procesos de desmovilización de los combatientes un fenómeno de reafirmación negativa o contradicción defensiva frente a su experiencia y su memoria individual. Encontramos especialmente este fenómeno reflejado en el ideal de la masculinidad, relacionada con el ideal del combatiente y los valores tradicionales impuestos desde una esfera política cultural, y el contraste que produce el rechazo social. Tanto la imagen que la memoria social hizo del combatiente como un perdedor el cual ha sido castrado de sus atributos de masculinidad, como la dificultad de asimilar el trauma y sus consecuencias dentro del ámbito afectivo-sexual y familiar, llevaron en muchos casos a contraponer ese estigma con una masculinidad tóxica sobre dimensionada. Lo mismo sucede con la integración del trauma, sus efectos visibles y psicológicos dentro de la sociedad, que viajan desde el desconocimiento a la asunción del tópico del veterano como trastornado incapaz de reinsertarse. Ejemplos como estos donde el rechazo no solo se traduce en la ausencia de un apoyo a los combatientes, sino también en el desinterés por el trauma y en la creación de contextos de reinsertación efectivos, son los que acaban por generar un esquema de dos mundos paralelos que a primera vista parecen ser irreconciliables para los excombatientes. Como se pudo observar en la literatura de excombatientes, el concepto de “el mundo” en referencia a su experiencia individual o colectiva respecto a una sociedad en la que no consiguen encajar, está presente de múltiples y diversas maneras. Ya sea mediante la tristeza y la alienación o tópicos literarios como “el vigilante” que se toma la justicia por cuenta propia, respecto a una sociedad que no los reconoce y que percibe como corrompida de sus valores anteriores. En otros casos, ese concepto de “mundo” individual ligado al trauma aparece como una segunda parte

o reverberación del de contexto de crisis doméstico del cual proviene el combatiente, como se puede observar en la percepción que excombatientes soviéticos o de minorías étnicas. En el caso de los veteranos *afgantsy*, esa marginación, invisibilidad o rechazo activo dentro de esa dicotomía social y psicológica quedó mucho más magnificada y politizada por el factor clave del desmoronamiento de la URSS. Mientras en Estados Unidos, la imagen del veterano de Vietnam antiguerra se diluía con el tiempo y se reforzaba el tópico del excombatiente “bomba de relojería” en paralelo a la crisis política, y en Argentina el excombatiente, aunque herido, se mantenía como elemento positivo en la transición a la democracia; los *afgantsy* quedaron demasiado ligados a unas Fuerzas Armadas en crisis, la corrupción y un régimen en decaída que siguió empleando la fuerza militar como principal herramienta de represión civil hasta el final. Pero en cualquier caso, esa representación psicológica y cultural de la reinserción fallida y la contradicción entre el mundo civil y el trauma bélico en forma de dos esferas irreconciliables fueron de los aspectos que definieron de manera general el marco cultural de las desmovilizaciones.

Estos factores son los pilares que permiten que en conflictos enmarcados en la segunda mitad de la Guerra Fría se construyan unas subculturas propias, basadas en la experiencia bélica, la reinserción, y la asimilación de ésta. La generación nacida tras la Segunda Guerra Mundial, con unos contextos que permitieron la visibilización del colectivo juvenil y la conformación de una cultura propia que respondiera a sus inquietudes o contradicciones, se convirtió como hemos visto en un elemento esencial. Hasta la fecha, no se ha producido una explosión de natalidad como la que tuvo lugar en la década de los 40, 50 y 60, y que su propia asunción como colectivo generacional se tradujera en una explosión cultural, la creación de un mercado y unas dinámicas sociales propias. Una contracultura opuesta a la cultura estructurada o establecida, pero que sin embargo no estuvo ausente de crisis, divergencias y diferentes vías de expresiones mediante la generación de subculturas. Precisamente la cultura de la desmovilización se encajaría en una de estas subculturas que parten de la influencia de una corriente contracultural general. En el caso estadounidense, soviético y argentino, se produjo un crecimiento de natalidad durante la segunda mitad de la Guerra Fría acompañado de un auge de la industrialización, las reformas urbanas y la aparición de nuevas tendencias generales a nivel social, dando lugar a una generación juvenil que trajo a la luz una contracultura propia con la que responder a las contradicciones y los elementos de crisis de sus contextos .

En la formación de una cultura, contracultura o subculturas, no se puede negar nunca la influencia de ideologías y experiencias colectivas que puedan definir tal cultura como hegemónica en un contexto, pero a la vez dentro de la sociedad moderna de posguerra aparece un tejido social más complejo y diverso, donde cada elemento destacado puede presentar intereses, contradicciones,

ideales o valores propios predominantes. Como definió Hebdidge en relación al nacimiento de las subculturas juveniles, la aparición del concepto de degeneración juvenil y la construcción de una esfera propia al margen de la cultura consensuada estructuralmente, supuso el gran contraste con la idea cultural homogénea y firme planteada tras la Segunda Guerra Mundial, basada en la estabilidad del núcleo familiar, el modelo de ciudadano/trabajador leal al estado, el conservadurismo y la estabilidad de un cierto mercado de consumo, valores formalizados o en proceso de normalización<sup>665</sup>. Una definición que, en mayor o menor medida, podemos aplicar a los tres contextos que se han analizado previamente. De nuevo, cabe remarcar la aparición de la noción de “joven” y “adolescente” en contraposición a un modelo estructural presidido por la norma política y el conservadurismo, enmarcado en la figura del “adulto”.

Del mismo modo que una contracultura juvenil, bajo unas expresiones basadas en la música rock, el mercado de productos simbólicos representativos y diferentes rituales contestatarios al *status quo*, la gran diversidad y desigualdad de esos contextos trajo la aparición de subculturas con reclamos y símbolos propios, pero que a su vez beben de una contracultura inicial. Ahí es donde la cultura de desmovilización o subcultura de los veteranos de guerra encaja. Los veteranos, como sujeto generacional de esa misma contracultura, no son impermeables a ella ni antes, ni durante ni tras su experiencia dentro del conflicto. Del mismo modo y de manera recíproca, las contraculturas y subculturas existentes tampoco fueron ajenas a la experiencia bélica y a la entrada de la subcultura del combatiente. Algunas, como hemos podido observar, se reforzaron o partieron precisamente de la influencia de la cultura de desmovilización. Ejemplos de tal lo encontramos en el elemento tardío del movimiento antibelicista en Estados Unidos, la contracultura del Rock Nacional en Argentina con su postura de apoyo a los soldados pero contraria a la guerra, o el nacimiento de tendencias nacionalistas o movimientos de nueva ultraderecha en el contexto del espacio pos soviético.

Como subcultura, se gestó en los teatros bélicos, desde el uso de elementos simbólicos que representaban diversos estados o necesidades psicológicas, ya fuera música rock o drogas, a expresiones de definición colectiva y rituales de resistencia pasiva o activa. Poco después, con la reinsertión y las consecuencias del trauma, empezaron a generar sus símbolos exclusivos derivados de la experiencia bélica, desde atuendos militares, dinámicas contestatarias o música propia, que pronto se tornaron elementos de reivindicación ideológica/política en el proceso de la configuración de los veteranos como actor político. Todos los elementos empleados en su discurso como vía de visibilización cultural y política son representativos del trauma y deben tenerse en cuenta. Un trauma que se desarrolló de manera ajena a la sociedad, no se pudo absorber socialmente y confrontó la idea de autoridad y experiencia colectiva de los excombatientes frente a su

---

665 HEBDIGE, Dick: *Subcultura. El significado del estilo* (2004); pp.33-34

marginación posterior. En definitiva, fue el trauma lo que acabó de conformar y dar carácter común a esta cultura de la desmovilización, una subcultura que reproduce la memoria individual y colectiva del trauma. Una cultura desarrollada tanto por la experiencia y sobreexposición en los frentes de la guerra moderna como por el contraste de los códigos, símbolos y estructuras sociales desarrollados por los combatientes que tras el conflicto, no encajaron o gozaron de un proceso de asimilación en los sistemas y estructuras sociales normalizados en sus respectivos países

En ese punto, se ha observado uno de los elementos comunes más interesantes de los distintos colectivos de veteranos. La movilización política y la organización, desde agrupaciones de carácter local a organizaciones a escala nacional, cuya puesta en escena partió en su mayor parte de reacciones de protesta inspiradas en movimientos o espacios generados por la contracultura juvenil, y que evolucionaron hacia una movilización con programa y objetivos concretos, como fueron la demanda de beneficios, ayudas sociales y reconocimiento. Por supuesto, las demandas y la manera de visibilizarse a nivel político, al igual que sus trayectorias posteriores, difieren entre ellos en términos ideológicos, pero en cualquier caso se reconocen reacciones similares a las que su contexto político juvenil contracultural generó con anterioridad. De nuevo el carácter de las reacciones alternativas al sistema estructurado desde las políticas gubernamentales, junto con la capacidad y limitaciones de los espacios generados por otros movimientos o subculturas, tienen un papel determinante en la evolución de dichos movimientos de veteranos. Mientras en Estados Unidos los veteranos de Vietnam tomaron un papel más cercano a la óptica de la nueva izquierda, equiparando las luchas sociales y el genocidio en Vietnam con la victimización y marginación de los veteranos, en Argentina los excombatientes integraron las filas del populismo de izquierdas peronista u otras disidencias izquierdistas, con gran apoyo de la cultura juvenil y sus congéneres generacionales, que sin embargo no negaron el carácter nacionalista de la invasión de Malvinas. Por otra parte, los distintos colectivos de excombatientes *afgantsy*, y en menor medida de *chechentsy*, aprovecharon los espacios creados por la libre organización local permitida por la *Glasnost*, para adoptar vías de visibilización como el lenguaje de la música rock, pero a su vez siendo proclives cada vez más a adherirse a una creciente nueva ultraderecha, la cual mediante el nacionalismo y el reclamo internacionalista belicista, reconocía la memoria colectiva de los veteranos ante un gobierno que seguía sin ofrecerles soluciones de integración efectivas ni daba acreditación a su servicio.

Las demandas exigidas por estos colectivos fueron en gran medida las mismas: ayudas y beneficios sociales que permitieran la reinserción y la aceptación del trauma, apareciendo un factor de peso en sectores de estos colectivos que determinó la evolución política de dichas organizaciones, como es el reconocimiento político de la memoria colectiva de la guerra. Como se

ha podido analizar en el desarrollo de las distintas organizaciones de excombatientes, el impacto en mayor o menor medida que las agrupaciones de veteranos tuvieron en el panorama político y social nacional respectivo, llamó la atención de partidos o regímenes políticos en su uso como peones dentro de sus programas. Sobre todo si tenemos en cuenta que este fenómeno se produjo en momentos de crisis institucional o transiciones políticas de gran agitación como lo fueron la caída del bloque soviético o la transición de la dictadura militar a un régimen democrático en Argentina.

Observamos entonces que se produjo un proceso de asimilación y disonancia cognitiva por parte de los colectivos de veteranos, cuando desde las instituciones o partidos políticos se promueve un proceso artificial de revisionismo histórico de la memoria política del conflicto y una campaña de reconocimiento pública, traducida en su mayoría de casos con monumentalismo, memorabilia y entrega de ciertas secretarías gubernamentales. En esto no solo contribuyó que se produjeran políticas de revisionismo y de concesión de cierto reconocimiento. También se debe añadir y comprender que las subculturas no son infinitas, y que deben enmarcarse en su contexto. Elementos y símbolos de agitación que una contracultura y sus respectivas subculturas dejaron en la sociedad siguieron presentes, pero estas fueron víctimas de una paulatina desaparición a medida que el contexto en el momento en que se configuraron fue cambiando y desapareciendo. Muchos veteranos no veían sentido en continuar una militancia o adhesión a sus símbolos una vez el conflicto o la resonancia de este ya había pasado. Otros en cambio, se aferraron a ellos, quedando descontextualizados en unos periodos de crisis en los que su situación quedaba aun mas ignorada o manipulada, como cabezas de turco o agentes representativos de esa crisis marcada por la frustración del desinfe de la contracultura y el cuestionamiento de los valores políticos normalizados. La imagen de veterano traumatado se repitió constantemente como consecuencia remanente, tanto en la crisis política de Estados Unidos en los 70 como en la Transición argentina y la desarticulación de la Unión Soviética, quedando como sujetos arquetípicos, en muchos casos demonizados y asumidos como el poso negativo de una época.

Observamos como ese proceso de disonancia cognitiva de ciertos elementos del colectivo de veteranos empezó a producirse cuando se entregaron a estos el poder de ciertos elementos del gobierno concernientes al campo de las ayudas sociales, como en el caso de Carter y la Secretaría de Asuntos para Veteranos, Menem y la Federación o con la entrega de privilegios fiscales que Yeltsin concedió a las asociaciones *afgtantsy*. Sin embargo, gran parte de este proceso se produjo mediante la estrategia política de reformular el discurso y la definición alrededor de la memoria política de la guerra. Mediante el revisionismo, se transformó la memoria política y social de estas guerras, teñidas de la patina peyorativa de la derrota, los costes y graves consecuencias. Tanto la administración Reagan, Menem y su remalvinización, como Yeltsin y posteriormente Vladimir

Putin, promulgaron discursos políticos donde se glorificaba a los veteranos y se construía una nueva memoria sobre la retórica patriótica militarista. Es mas, no solo se les elogiaba de manera pública, sino que se les amnistiaba del fracaso, acusando a miembros del gobierno, a la carencia de apoyo ciudadano y a elementos calificados de negativos dentro de la esfera juvenil del momento, de ser los verdaderos causantes de la derrota. Con la asimilación de parte del movimiento de veteranos y la política del revisionismo, la cultura de los excombatientes y su papel político dentro de la sociedad pasó a ser centralizada y absorbida por sus respectivos estados, con lo que atrajo a una cantidad mayor de veteranos que mediante el reconocimiento y la llegada de ciertos beneficios quedaron satisfechos en relación a su trauma y su reinserción.

Pero no debemos olvidar que las culturas y subculturas son temporales, mutables y responden a unas necesidades y contradicciones. Es comprensible que veteranos que se opusieran a la guerra, rechazaran los valores militaristas o protestaran contra el gobierno, pasaran a respaldar las filas de la alta política no solo por ver cumplido un mínimo de reconocimiento. La cultura del combatiente tal como se configuró y desarrolló en las guerras de Vietnam, Afganistán, Malvinas o Chechenia, tuvieron un final. Para muchos no tenia sentido seguir protestando con una guerra ya acabada o prefirieron trabajar en la reinserción a nivel local. Aquellos que continuaran dentro de la política, manteniendo y reescribiendo símbolos y valores de la cultura del excombatiente, constituyeron una minoría respecto a la generalidad del colectivo. Aproximadamente solo  $\frac{1}{4}$  parte de los veteranos continuaron ligados a sus respectivos movimientos, normalmente aquellos que habían visto mas combate, integraron cuerpos de élite de infantería o se encontraban en situaciones de mas necesidad. Dependía del cuerpo, la posición social y el contexto, pero todos confluyeron en desarrollar unos valores nacionalistas, ya fuera desde una óptica ideológica izquierdista o derechista.

Pero que la cultura de la desmovilización estuviera ligada a un periodo y unas consecuencias no significa que esta no tuviera una trascendencia mas allá, como se ha podido ver en su influencia tanto a nivel político como cultural. Los veteranos y su cultura no desaparece, se transforma hasta tornarse tópicos cotidianos de una época. El veterano quedó retratado en la cultura popular mediante la música, la literatura y el cine, estableciéndose como tópico reflejo de una década. Aunque en ámbitos como el literario o el político los veteranos aun participen mediante la creación de discursos, acciones o símbolos para intervenir en la evolución de la cultura del veterano y su memoria colectiva, parte de la memoria social vino determinada por una producción cultural que tomó a los excombatientes como tópico equitativo a un contexto de crisis. La imagen peyorativa del trauma, poco representativa de la realidad, asociada a la violencia, drogadicción o conductas criminales, convirtieron al veterano en reflejo cultural de una sociedad en proceso de inestabilidad generalizada, ya sea con la representación del vigilante que trata de impartir justicia representando

unos valores de orden en peligro o como antihéroe que nace de esa crisis.

En conclusión, podemos afirmar la existencia de una cultura de desmovilización, una subcultura asociada a un modelo de excombatiente relacionado con una generación, un contexto y un modelo de conflicto que tuvo lugar en la segunda mitad de la Guerra Fría y los primeros años de la posguerra Fría. El factor demográfico, generacional, cultural y político, junto con la tipología de conflicto y la aparición social y política del trauma, determinaron el nacimiento de una subcultura que respondía a las necesidades de un colectivo. Se ha observado como siguen unos patrones comunes, unas líneas de acción basadas en la visibilización del trauma, la creación de símbolos para resolver su posición en la sociedad y la movilización y participación política; aunque a nivel ideológico muestran divergencias. La cultura de la desmovilización no es monolítica, en el sentido que no responde a una respuesta idéntica, sino a un modelo que evoluciona a raíz de su marco y sus influencias. Por tanto es una cultura que parte de unos factores comunes y que es permeable y heterogénea. A su vez, no es una cultura inmutable, sino que como se ha analizado, evoluciona en todos los niveles a medida que lo hace el contexto, y dentro del colectivo de veteranos, es percibida y representada de manera distinta respondiendo a las características étnicas y de clase. Pero a pesar de eso, siempre quedará como representación definitiva la imagen que el revisionismo y el discurso político que se haga desde las instituciones siguiendo diversos intereses.

Es notable que el peso de la imagen cultural del veterano estadounidense asociado a Vietnam, su impacto dentro de la cultura audiovisual, musical, literaria y política, fueras de mayor repercusión tanto a nivel nacional como internacional, si hacemos una comparación con los otros dos casos. Pero para ello debemos recordar que mientras el mercado estadounidense está regido bajo las normas del liberalismo y la anulación de subculturas mediante la absorción, descontextualización, comercialización y vaciado de significado de sus símbolos; en los otros dos teatros encontramos una situación distinta. Por eso debemos insistir en que la realización de un estudio comparativo no es tan útil como la de un estudio paralelo, ya que la comparación de los contextos sociales juveniles, la explosión contracultural y el impacto de la movilización de los veteranos estadounidenses, que dispusieron de un espacio de expresión y consolidación mucho mayor y abierto, no se corresponde con la de los otros dos casos. El bloque soviético, su generación juvenil y su producción cultural dispuso de espacios mas limitados de expresión y visibilización, y tardaría en llegar mas allá de las fronteras del Telón de Acero, siendo a partir de el colapso de la Unión en 1991 cuando parte de la producción cultural, experiencias sociales y respuestas políticas llegaron a conocerse mejor en el resto del mundo. Por otra parte, la brevedad y el limitado y lejano contexto de las Guerras Malvinas podía asemejar un episodio anecdótico para muchos otros países en lo que conocimiento sobre los excombatientes y su experiencia se refiere, y sin duda, el proceso

de la Transición democrática y la desmilitarización alfonsinista ayudó a que permaneciera ignorado durante más tiempo. Eso llevó a que la disposición de fuentes primarias, material de análisis y elementos de producción cultural que se consagraron como simbólicos representativos fueran mucho más abundantes en el caso estadounidense que en el resto, aunque como se ha analizado, no indica que los veteranos *afgantsy* y argentinos tuvieran un papel menor. La diferencia la encontramos en que la disposición de un espacio mayor a nivel cultural y comercial en el ejemplo estadounidense hizo que la huella cultural de la desmovilización llegara a ser más absorbida en la sociedad respecto a la importancia real de su papel político. Es de remarcar que en casos como el argentino, donde la implicación temporal y demográfica de los combatientes en el teatro bélico fue mucho menor en comparación a Vietnam o Afganistán, su papel político fue de gran trascendencia a lo largo de toda la mitad de la década de los 80 y principios de los 90 en el contexto de la Transición y la consolidación democrática.

Tampoco hemos de olvidar que, aunque cada colectivo desarrolló su experiencia en relación a sus contextos, su guerra y las situaciones sociales y políticas de sus respectivos países, la influencia de la definición del trauma y el desarrollo de técnicas de tratamiento a partir de los experimentos desarrollados en la psiquiatría tras Vietnam tuvo cierto peso para los colectivos de excombatientes argentino y soviético. Las enseñanzas en psiquiatría aprendidas del ejemplo estadounidense, las comisiones y grupos de ayuda de soldados desaparecidos o la ayuda ofrecida por veteranos de Vietnam en materia de terapias y material médico a otras agrupaciones extranjeras, estableció una conexión física y cultural entre estos colectivos que, por las características en que se desarrolló su experiencia bélica, sentían una afinidad exterior al margen de su experiencia propia. Un sentimiento de unión entre soldados cuyo trauma y situación les hizo desarrollar una idea de colectivo nacido de la guerra moderna, la reinserción fallida y una concepción de sí mismos ajena al resto de su sociedad.

Por último solo nos queda saber si podríamos equiparar este modelo de cultura de desmovilización de combatientes a otros conflictos posteriores al escenario de la Guerra Fría y los años inmediatos de la posguerra Fría. Sin la existencia de contextos contraculturales, una explosión demográfica y conflictos donde se desarrolle la guerra pasiva, desaparecen los elementos principales para el desarrollo de culturas de veteranos. Pero el impacto del trauma y contextos de crisis económica y política han dado lugar a experiencias similares. Experiencias en las que sin duda la cultura de la desmovilización previa tuvo un impacto directo. El caso más representativo es quizá el movimiento de los veteranos de Iraq, que siguiendo a sus antecesores, formalizó el movimiento en una organización de protesta política bajo el nombre de *Iraq veterans againts the War*.

A partir de la Invasión de Iraq en 2003, las características en las que se desarrolló trajeron muy pronto las reminiscencias del síndrome de Vietnam para los medios, analistas y soldados. El desconocimiento del contexto social, religioso y étnico iraquí, el desarrollo de una guerra de contrainsurgencia con operaciones de *body count* rebautizadas como “*clear and hold*”, la incapacidad de fijar los términos de combate y las constantes bajas causadas por IED (*Improvised Explosive Device* o Artefacto explosivo improvisado) pronto dieron lugar a desplazamientos de población civil, campos de concentración, establecimiento de zonas de fuego libre y masacres de civiles como las ocurridas de Haditha, Ramadi o Faluya. Diez años después que se iniciara el conflicto, ya bautizado a nivel popular como la Segunda parte de Vietnam, los primeros veteranos desmovilizados presentaban los síntomas de trauma y problemas de reinserción que sus antecesores, y al igual que estos, fueron víctimas de las políticas sociales gubernamentales. En 2008, George W. Bush ya mostraba sus opiniones respecto a esto cuando su administración rechazó públicamente la nueva *Post 9/11 GI Bill*, ley que concedía a veteranos y reservistas cerca de 19.000 dólares como estipendio de vida y educación universitaria. Aprobada a regañadientes, la nueva salva de beneficios no calmó aun así los problemas de esta nueva generación de excombatientes<sup>666</sup>. Desempleo, recesión económica, imposibilidad de obtener mejores tratamientos y pensiones insuficiente, situación que la prensa y periodistas como David Finkel recogieron a partir de las experiencias personales de los veteranos: inestabilidad familiar, depresión, suicidios, agresividad, drogadicción con fármacos recetados por la VA, y en algunos casos, actos de asesinatos en masa. De nuevo, sucesos visibilizados de manera exagerada dentro del porcentaje real, pero que aun así contribuyeron a crear un imagen representativa de las consecuencias que la guerra moderna altamente tecnificada y el despliegue de soldados en masa sin preparación y siguiendo planteamientos arcaicos sobre el terreno.

Hasta aquí se hace fácil encontrar un paralelismo dentro del marco de las culturas de la desmovilización, si no fuera porque el despliegue de tropas en Iraq no se hizo siguiendo una política de recluta obligatoria, ni tampoco en un contexto donde el colectivo juvenil tuviera un especial protagonismo cultural, político ni social. Eso nos lleva a replantear como podría adaptarse un marco de análisis centrado en conflictos y generaciones juveniles en la segunda mitad de la Guerra Fría a otro contexto dentro de la historia actual. Tras las protestas y rechazo que trajo la decisión del Congreso, bajo la propuesta de la administración Carter, que obligaba a todos los jóvenes de entre 18 y 26 años a dar sus datos al registro de servicio selectivo en tiempo de paz, en 1983 la administración Reagan aprobó la *Solomon Act*, ley que obligaba a las facultades universitarias a dar

---

666 KORDB, L.J.; DUGGAN; S.E.; JUUL, P.M.; BERMANN; M.A.; *Serving america's veterans: a reference handbook* (2009); p.44

los datos de sus estudiantes si querían recibir ayudas económicas. Pronto esa ley se extendió, haciendo obligatorio la inscripción en el Servicio Selectivo para la obtención de cualquier beneficio o puesto de la administración, desde becas estudiantiles, trabajos de verano o oportunidades laborales en la universidad. No obstante, no se volvió a hacer una llamada de leva obligatoria desde Vietnam. Las primas de reclutamiento voluntario se cumplieron año tras año, siguiendo con la misma tendencia años después de la Invasión de Afganistán en 2001 e Iraq en 2003. En 2004, el general Dennis Cavin se jactaba que el Ejército estadounidense no había requerido de una leva: *“Esta es la primera vez en la historia que hemos tenido una fuerza totalmente voluntaria en un conflicto prolongado [...] Hemos creado un Ejército de uno, con un conjunto de valores y una idea de hermandad enfrentada en la Guerra Global contra el Terrorismo”*<sup>667</sup>.

Algunos autores como Christian Appy propusieron la idea de definir el nuevo sistema de constitución de las Fuerzas Armadas estadounidenses como una política de “conscripción económica”. En lugar de una leva obligatoria nutrida de clases trabajadores y minorías étnicas, la idea se basaba en un sistema de propaganda de alistamiento voluntario que hace incisión de mayor fuerza en los sectores rurales y trabajadores pobres, siendo un 64% de los soldados originarios de clase trabajadora, un 44% de estos de áreas pobres sureñas<sup>668</sup>. Se reforzó la campaña de propaganda con la reducción de sus estándares en las notas en los exámenes de admisión, permitiendo el enrolamiento de jóvenes calificados con Categoría IV. Así de nuevo se insistió en constituir una tropa originaria de áreas pobres y segregadas, afectadas por la pobreza económica y laboral y con un sistema educativo deficiente, dejando a los jóvenes con pocas mas alternativas de salida mas allá que el ejército.

Una crisis a nivel general y doméstico, junto con los resultados de la guerra de contrainsurgencia a todos los niveles y la insuficiencia de las políticas de reinserción, llevaron a los veteranos a una situación similar a la de sus antecesores en Vietnam. En 2015 se denunció el estado de estos veteranos ante el trato ofrecido por la VA, hasta el punto de llevar a la dimisión de su secretario, el oficial y excombatiente de Vietnam Erik Shinsheki. Continuando una gestión ineficiente, los centros de la VA no ofrecían los cuidados necesarios, sus recursos eran limitados y sus listas de espera se alargaban por períodos de meses. Mientras tanto, cada 80 minutos en Estados Unidos un veterano cometía intento de suicidio, sin que el gobierno los admitiera como bajas producto de la guerra en Iraq. Actualmente, el 12% de la población estadounidense sin hogar la constituyen veteranos de guerra, cerca del 50% veteranos de Vietnam en su mayoría con minusvalías, problemas mentales o de abuso de sustancia<sup>669</sup>.

667 ENSIGN, Tod: “Filling the Ranks: Volunteers or the Draft”, *America's Military Today* (2004); p.354

668 APPY, C. G.; “Class Wars”, *Iraq and the lessons of Vietnam* (2008); pp.140-142

669 Estadística elaborada por el *Department of Veterans Affairs*, publicada por la *National Coalition for Homeless*

Es entonces cuando se produjo otro fenómeno visto anteriormente: la aparición de una movilización política de los excombatientes de Iraq en protesta contra la guerra y la situación de los soldados desmovilizados. *Iraq Veterans Against the War* (IVAW) nació en Julio de 2004, durante una convención de la Organización internacional *Veterans For Peace* con la ayuda de la VVAW. Esta nueva organización de veteranos estaba organizada en su mayoría por exmiembros del cuerpo de Marines, quienes protagonizaron y fueron testigos de la invasión y de las irregularidades y crímenes de guerra cometidos en los primeros meses de la invasión. IVAW llegó a extenderse por todo el país creando 61 sedes, algunas de ellas en antiguos fortines de resistencia del *GI Movement* como la base de Fort Hood. No es casualidad que su movilización masiva se iniciara en 2008, tras el rechazo de la administración a la ampliación de los beneficios de la *Post 9/11 GI Bill*. En esencia, la IVAW copiaría en estilo y estrategias a su padrina VVAW, realizando un acto público en denuncia de crímenes de guerra cometidos por la política militar estadounidense con una nueva *Winter Soldier Investigation* en 2011. Y continuarían haciéndolo en diversos actos, como la defensa de los manifestantes que ocuparon Wall Street en 2011 frente a los ataques de la policía bajo el lema “*Esta es la segunda vez que lucho por mi país, y esta la primera vez que conozco al enemigo*”, o realizando ceremonias consistentes en arrojar condecoraciones militares ante el edificio sede de la reunión de la OTAN en Chicago en 2012.

Las similitudes de la cultura del veterano y la desmovilización que surgió con la Guerra fría en el caso de los veteranos de Iraq es clara. La influencia de la subcultura del veterano se puede deber a la permanencia de esta dentro de la sociedad estadounidense, pero tampoco se puede pasar por alto que el contexto social que conforma la tropa, las nuevas políticas de reclutamiento y las consecuencias de la guerra moderna planteada en términos de contrainsurgencia marcan factores importantes en el desarrollo de nuevos marcos similares. Para afrontar de nuevo este estudio en un futuro, deberíamos quizá replantearla desde nuevos términos u ópticas actuales, tanto como un marco de desarrollo cultural relacionado con generaciones juveniles y conflictos modernos que ha respondido a nuevos contextos, como de un periodo y una reacción subcultural que ha dejado una importante huella en todos los niveles y que ha influenciado en la construcción de nuevas memorias colectivas y sociales de la guerra.





## **5- Fuentes consultadas**

### **5.1 -Bibliografía**

-ACKERMANN, F. GALBAS, M.: “Back from Afghanistan: The Experiences of Soviet Afghan War Veterans”, *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society*, Vol.1, No. 2 (2015); Ibidem, Stuttgart.

-ALABARCES; P.: *Entre Gatos y Violadores. El Rock Nacional en la cultura argentina* (1993); Colihue, Buenos Aires .

-ALEXIEV, A.: *Ethnic Minorities in the Red Army: Asset or Liability?* (1987) West View Press, Colorado

-ALEXIEV, A.: *Inside the Soviet Army in Afghanistan*; (1988); RAND, United States Army.

-ALEXIEVICH, S.: *Los muchachos de zinc. Voces soviéticas de la Guerra de Afganistán*; (2016); Debate, Barcelona.

-ALGREN, N.: *El hombre del brazo de oro*; (2014); Galaxia Guttenberg, Barcelona.

-APPY, C.G.; *American Reckoning, the Vietnam War and our national identity* (2015); Viking, New York.

-APPY, C.G.; *Working-class war. American combat soldier and Vietnam* (1993); The University of North Carolina Press; Chapel Hill.

-ARES, D.: “*Banderas en los balcones*” (1992); De La Flor Ediciones, Buenos Aires.

-AYERS, B.: *Días de fuga. Memorias de un activista contra la guerra de Vietnam*; (2014); Hoja de Lata Editorial, Jijón

-BABCHENKO, A.: *One Soldier's War in Chechnya* (2007); Portobello, Londres.

-BALZA, M. A. (Ed). *Así peleamos. Testimonios de veteranos de guerra del Ejército Argentino* (2007); Fundación Soldados, Buenos Aires

-BARILSKY, R.: *The Soldier in Russian Politics. Duty, Dictatorship and Democracy under Gorbachev and Yeltsin* (1998); Routledge, New York.

-BARKER, A. (Ed): *Consuming Russia. Popular culture, sex, and society since Gorbachev* (1999), Duke University Press.

-BARKER, M.; *Nam* (1981). Abacus, Suffolk.

-BENNETS, M.: *Kicking the Kremlin. Russia's new dissidents and the battle to topple Putin* (2014); Oneworld, Londres.

- BERG, R. (Ed): *The Vietnam War and American Culture* (1991); Columbia University Press
- BERNSTEIN, A.: *Millions of Queers - Our homo America* (1940)
- BERUBÉ, A.: "Marching to a different drummer: lesbian and gay GIs in World War II".  
Duberman, Martin; Vicinus, Martha; Chauncey Jr., George. *Hidden from History. Reclaiming the Gay and Lesbian past.* (1991); Penguin Books, Londres
- BOCHAROV, G.: *Russian Roulette. Afghanistan war through russian eyes*; (1990) Hamish Hamilton, Londres.
- BOROVIK, A.: *The Hidden War. A russian jopurnalist's account of the Soviet War in Afghanistan* (1991); Faber and Faber, Londres
- BONIOR, D.E; CHAMPLIN, S.M.; KOLLY, T.S: *The Vietnam Veteran. A History of neglect* (1984); Praeger, New York
- BORENSTEIN, E.: *Overkill: Sex and Violence in Contemporary Russian Popular Culture* (2008); Cornell University Press
- BOROVIK, Artyom: *The Hidden War*, (1990); Atlantic Monthly, Boston
- BOULTON, M: *Failing our veterans. The G.I. Bill and the Vietnam generation*" (2014); New York University Press, New York
- BOULTON, M: "How the GI Bill failed African-Americans"; *Journal of blacks in higher education*, nº58(2007-2008)
- BOURKE, J.: *Sed de sangre: Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX* (2008); Crítica, Barcelona
- BOYLE, R; *GI revolts, the breakdown in the U.S. Army in Vietnam* (1972); Ramparts Press, Palo Alto
- BRADLEY, D; WERNER, C: *We gotta get out of this place: The soundtrack of the Vietnam War* (2015); University of Massachussets Press
- BRAITHWAITE, R.: *Afgantsy. The Russians in Afghanistan 1978-1989* (2012); Profile Books, Londres
- BRASS; T.: "The agrarian myth and the 'New' Populism and the 'New' Right, *Economic and Political Weekly*, Vol.32, n.4 (Gener 1997)
- BROWN J.; SNYDER, W.P.: *The Regionalization of Warfare. The Falkland/Malvinas Islands, Lebanon, and the Iran-Iraq Conflict* (1985); Routledge; Londres
- BURG, B. R.: "World War II". "The Cold War to the Age of Clinton". *Gay Warriors. A documentary History from Ancient World to the Present.* (2002); New York University Press.
- BURNS, J.: *La tierra que perdió sus héroes. La Guerra de Malvinas y la Transición democrática en Argentina* (1992); Fondo Cultura Económica, Buenos Aires

- .BUSTOS, D.: *El otro frente de la guerra. Los padres de Malvinas* (1983); Ramos Americana, La Plata
- BUZZANCO, R: *Vietnam and the transformation of American life* (1999); Blackwell, Massachussets
- CANTILO, M.: *Chau loco. Los hippies en la Argentina de los setenta* (2000); Galerna, Buenos Aires
- CANTOR, N: *La era de la protesta: Oposición y rebeldía en el siglo XX*; (1973); Alianza, Madrid
- CAPUTO, P: *Un rumor de guerra* (2009) Inédita, Barcelona
- CAPUTO, P: *Indian Country* (1987); Arrow Books, Londres
- CARRERE, E. *Limónov* (2016); Anagrama, Barcelona
- CHAO, D.: “Acciones de reconocimiento del Estado argentino a los veteranos/ex-combatientes de la guerra de Malvinas (1984 – 2001)”, *Pasado Abierto*, No. 2 (Julio-Diciembre 2015)
- CHAO, D.: “La visibilidad mediática de los soldados argentinos durante la Guerra de Malvinas en los diarios correntinos *Época* y *El Litoral*”, *De Prácticas y discursos*, No.1 Año 1 (2012); Centro de Estudios Sociales de Universidad Nacional del Nordeste
- CHAO, D.: “Políticas de trabajo como dispositivo de protección social: el gobierno de los veteranos argentinos de la guerra de Malvinas”; *Papeles del CEIC*, (Febrer 2017)
- CHAO, D.: “Ser excombatiente en los 80. Identidad y condiciones en la génesis del CESCEM Corrientes”, *La Trama de la Comunicación*, Vol 21 No. 2 (Julio-Diciembre 2017)
- COMMEAU-RUFIN, I (Ed) *Lettres des profondeurs de l'URSS. Le courrier des lecteurs d'Ogoniok (1987-1989)* (1989); Gallimard
- CORTRIGHT, D: *Soldiers in revolt, GI resistance during the Vietnam War* (2005); Haymarket Books, Chicago
- COSTA, F.: *Prisionero 12* (2018); Juan Francisco de Sousa, Buenos Aires
- CUSHMAN, T.: *Notes from underground. Rock Music Counterculture in Russia* (1995); State University of New York Press, Nueva York
- DANILOVA, N.: “Memorial'naya versiya Afganskoy voyny (1979-1989 gody)”, *Neprikosnovenny zapas* No 2-3, (40-41) (2005)
- DANILOVA, N.: “The Development of an Exclusive Veterans’ Policy: The Case of Russia”; *Armed Forces & Society* 36(5) 890 –916 (2010)
- DRAPER, T: *El nacionalismo negro en Estados Unidos* (1972); Alianza, Madrid
- DEGROOT, G J: *A noble cause? America and the Vietnam War* (2000); Longman, Londres

- DEGROOT, G J: *The 60's Unplugged: A kaleidoscopic history of a disorderly decade* (2008) Macmillan, Londres
- DOGGETT, P: *There's a riot going on: Revolutionaries, rock stars and the rise and fall of '60s counter-culture* (2008); Canongate, Edinburgh
- DUCLOS, N.: *War veterans in postwar situations. Chechnya, Serbia, Turkey, Peru, and Cote d'Ivoire* (2012); Palgrave MacMillan, Londres
- DUNBAR-ORTIZ, R.: *La historia indígena de Estados Unidos* (2015); Capitán Swing, Madrid
- DUNN, Ethel: "Disabled russian war veterans: surviving the collapse of the soviet union", *Disabled Veterans in History* (2012); University of Michigan Press
- EBERT, J.R.: *A life in a year. The American infantryman in Vietnam* (2004); Presidio Press, New York
- EHRHART, W. D: *Busted: A Vietnam Veteran in Nixon's America* (1995) University of Massachusetts Press
- EHRHART, W. D: *Passing Time: Memoir of a Vietnam Veteran Against the War* (1989) McFarland & Company, New York
- EICHLER, M.: *Militarizing men: gender, conscription, and war in post-soviet Russia* (2012); Stanford University Press, California
- EILERT, R: *For self and country, for the wounded in Vietnam the journey home took more courage than going into battle* (2010); Naval Institute Press, Annapolis
- ENSIGN, T. (Dir): *America's military today. Challenge for the armed forces in the time of war* (2004); The New Press, New York
- ERMAKOV, O.: *Afghan Tales* (1993); William Morrow, Nueva York
- ERMAKOV, O.: *La marque de la bête*; (1992); Albin Michel, Paris
- ERMAKOV, O.: "Vozvrashcheniye v Kandagar", *Novyy Mir*, No 2 (2004)
- ESTEBAN, E.: *Malvinas. Diario del regreso* (2005); Ed. Sudamericana, Bueno Aires
- ESTRADA, G.; PINO, E.: *Contar Malvinas. Un relato de dos ex combatientes para los jóvenes de hoy* (2007); Del Autor, Buenos Aires
- EWANS, M.: *Afghanistan. A short history of its people and politics*, (2001); Harper Collins, New York
- FINKEL, D.; *Gracias por sus servicios. El retorno de los soldados* (2014); Crítica, Barcelona
- FOGWILL, R.: *Los Pichiciegos* (2010); Periférica, Madrid
- FOWKES, B.: *Ethnicity and ethnic conflict in the Post-Communist World* (2002) Palgrave,

Nueva York

- FRANKLIN, H.B: *Vietnam y las fantasías norteamericanas* (2012); Final Abierto, Buenos Aires
- FURSDON, E.: *Falklands aftermath. Picking up the pieces*, (1988), Leo Cooper, Londres
- GABRIEL, R.A.: *The New Red Legions. An attitudinal portrait of the Soviet Soldier* (1980); Greenwood Press, Westport
- GALEOTTI, M.: *Afghanistan: Soviet Union's Last War* (1995); Frank Cass, Londres
- GALEOTTI, M.: *The Age of Anxiety: Security and Politics in Soviet and Post-Soviet Russia* (1995); Longman, Londres
- GALEOTTI, M.: *Vory. Russia's super mafia* (2018); Yale University Press
- GAMERRO, C.: *The Islands* (2012); And Other Stories, Londres
- GARDNER, L; YOUNG, M: *Iraq and the lessons of Vietnam. Or how not to learn form the past* (2008); The New Press, New York
- GILLIGAN, E.: *Terror in Chechnya. Russia and the tragedy of civilians in war*, (2010); Princeton University Press, New Jersey
- GITLIN, T.; *The sixties, years of hope, days of rage* (1994); Bantam, New York
- GLANTZ, A.: *The War Comes Home: Washington's Battle Against America's Veterans*, (2009); University of California Press,
- GRAU, L. W.; GRESS, M. A. (Ed): *The soviet-afghan war. How a super power fought and lost*, (2002); University Press of Kansas, Lawrence
- GRIGORIEV, V.: “Belorusskiy Soyuz Veteranov Voyny Afganistane: Istoriya Sozdaniya U Deyatel'nost”, *Hromadski ruchy i politični partyi ũ Bielarusi* (476) (2003)
- GROOM, W: *Better times than these* (1978); Totem Books, Ontario
- GROSS, N.: “Youth and the Army in the USSR in the 1980s”; *Soviet Studies*, Vol. 42, No. 3 (Julio , 1990)
- GUBER, R: *De “chicos” a veteranos. Nación y Memorias de la Guerra de Malvinas”* (2004); Al Margen, Buenos Aires
- GUBER, R.: *¿Porque Malvinas? De la Causa Nacional a la Guerra absurda* (2001); Fondo Cultura Económica, Buenos Aires
- HALDEMAN, J: *1968* (1995); Avon Books, New York
- HALDEMAN, J: *La guerra interminable* (2013) Ediciones Zeta Bolsillo, Barcelona
- HALL, S.: “The American Gay Rights Movement and patriotic Protest”. *Journal of the History of Sexuality*. Vol. 19 No. 3. University of Texas Press (Septiembre 2010)
- HALL, S.: “Protest Movements in the 1970s: The Long 1960s”. *Journal of Contemporary*

*History*, Vol 43 No. 4, (Septiembre 2008)

- HALLIN, D.C.: *Uncensored War, the media and Vietnam* (1989); University of California Press, Los Angeles
- HANSEN, J., OWEN, A., MADDEN, M.: *Parallels* (1991); Aldine de Gruyter, New York
- HARRIS, M.: *La cultura norteamericana contemporanea* (1994); Alianza, Madrid
- HARRIS, R.: *Gotcha! The media, the government and the Falklands crisis*, (1983); Faber and Faber, Londres
- HASFORD, G.: *Short-Timers* (1987)
- HAZLEHURST, K., HAZLEHURST, C. (Ed): *Gangs and Youth Subcultures: International explorations* (1998); Transaction Publishers, Nova Jersey
- HEBDIGE, D. *Subculturas* (2004); Paidós, Barcelona
- HEINÄMAA, A.; LEPPÄNEN, M.; YURCHENKO, Y.: *The soldier's story. Soviet Veterans remember de Afghan War* (1994); University of California Press
- HEINEMANN, L: *La historia de Paco* (1988); Ediciones B, Barcelona
- HEINEMANN, L: *Black Virgin Mountain* (2005); Doubleday, New York
- HEINEMANN, L: *Close Quarters* (1987); Faber & Faber, Londres
- HERR, M: *Despachos de guerra* (2001); Anagrama, Barcelona
- HIPPLER, M.: *Matlovich. The good soldier*(1989); Alyson Publication, Boston
- HOLM T: *Strong Hearts, Wounded Souls: Native American Veterans of the Vietnam War* (1996), University of Texas Press
- HOSKINS, A: *Televising war: from Vietnam to Irak* (2004); Bloomsbury Academic, Londres
- HUNT, D; *The turning, a history of VVAW* (1999); New York University Press; New York.
- HUNT, N.C.: *Memory, war and trauma* (2010); Cambridge University Press
- HUNTINGTON, S. P.: *The Soldier and the State. The Theory and Politics of Civil-Military Relations* (2000); Harvard University Press
- HUSSER, H. C.: *Argentine Civil-Military Relations. From Alfonsín to Menem* (2002); National Defense University Press, Washington D.C.
- JAMAIL, D: *The will to resist: Soldiers who refuse to fight in Iraq and Afghanistan* (2010); Haymarket, Illinois
- JONES, A.: *They were soldiers. How the wounded return from America's Wars*, (2013); Haymarket Press, Chicago
- JONES, E.: *Red army and Society. A sociology of Soviet Military* (1985); Allen And Unwin, Londres
- JOYCE, W. (Ed): *Social Change and Social Issues in the former USSR. Selected papers form*

*the Fourth World Congress for Soviet and East European Studies* (1990); St Martin Press, New York

-JOZAMI, E.; PAZ, P.; VILLAREAL, J.: *Crisis de la dictadura argentina. Política económica y cambio social (1976-1983)*, (1985); Siglo Veintiuno, Buenos Aires

-KAKAR, M.H.: *Afghanistan. The soviet invasion and the afghan response, 1979-1982*, (1997); University of California Press, Los Angeles

-KAMIENSKI, L.: *Las drogas en la guerra. Una historia global* (2017); Crítica, Barcelona

-KAPLAN, R.D.: *Soldiers of God. With islamic warriors in Afghanistan and Pakistan*, (2001) Vintage, New York

-KASANZEW, N.: *Malvinas: a Sangre y Fuego* (2012); Cúspide, Buenos Aires

-KINDSVATTER, P. S.: *American soldiers. Ground combat in the World Wars, Korea and Vietnam* (2003); University Press of Kansas, Lawrence

-KINNEY, K.: *Friendly fire. American images of the Vietnam War* (2000) Oxford University Press, New York

-KIPP, W.: *Viet Cong at Wounded Knee* (2004); University Press of Nebraska

-KLAY, P.: *Nuevo destino* (2015); Penguin Random House, Barcelona

-KON, D.: *Los Chicos de la Guerra* (1983), New English Library, Londres

-KORDB, L.J.; DUGGAN, S.E.; JUUL, P.M.; BERMANN, M.A.: *Serving america's veterans: a reference handbook* (2009); Greenwood publishing group, Santa Barbara

-KOVIC, R.: *Hurricane Street* (2016); Akashic

-KOVIC, R.: *Nacido el 4 de julio* (1990); Emece, Barcelona

-JONES, ELLEN.: *Red Army and Society. A sociology of Soviet Military* (1985); Allen and Unwin, Londres

-LAQUEUR, W.: *Black Hundred: The rise of the extreme right in Russia* (1994); Harper Perennial, New York

-LARUELLE, M.; RAKISHEVA, B. (Ed): *Pamyat' iz plameni Afganistana. Interv'yu s vainami –internatsionalistami Afganskoy voyny* (2015)

-LAWRENCE, M.; STRAUSS, W.A. *Chance and circumstance. The draft, the war and the Vietnam Generation* (1978); Alfred A. Knopf Inc.; New York

-LEE, M.A.; SHLAIN, B.: *Sueños de ácido: Historia social del LSD* (2002); Castellarte, Barcelona

-LEVINSON, N.: *War is not a game. The new antiwar soldiers and the movement they built*, (2014), Rutgers University Press, New Jersey

-LEWES, J.: *Protest and survive. Underground GI Newspapers during the Vietnam war*

(2003); Praeger Publishers, Westport

-LEWIS, P: *Hardhats, hippies, and hawks: The Vietnam antiwar movement as myth and memory* (2013); Cornell University Press, New York

-LIMONOV, E.: *Drugaya Rossiya*; (2004); Yauza, Moscou

-LIMONOV, E.: *Historia de un granuja* (1993); Ediciones del oriente y del mediterráneo, Madrid

-LIMONOV, E.: *Memoir of a russian punk* (1990); Grove Press, Nova York

-LITTLE, D.: *American orientalism: The United States and the Middle East Since 1945*, (2008); University of North Carolina Press, Chapell Hill

-LORENZ, F.: ““Es hora que sepan”. La correspondencia de la Guerra de Malvinas: Otra mirada sobre la experiencia bélica de 1982”(2008); *Escuela de Historia*, Año1, n.1, Rosario

-LORENZ, F.: “*Las Guerras por Malvinas. 1982-2012*” (2012); Edhasa, Buenos Aires

-LOUVRE, A; WALSH, J (Ed.): *Tell me lies about Vietnam, cultural battle for the meaning of the war*” (1988), Open University Press, Philadelphia

-MACPHERSON, M.: *Long time passing. Nam and the haunted generation* (1984), Doubleday, Nueva York

-MAFFI, M: *La cultura underground* (1975); Anagrama, Barcelona

-MAILER, N: *¿Por que fuimos al Vietnam?* (1981); Plaza Janes, Barcelona

-MANTARÁS, M.: “La injusticia de la justicia. El juicio a los militares argentinos”; Nueva Sociedad, n.83 (Mayo-Julio 1986)

-MANZANO, V.: *The age of Youth in Argentina. Culture, Politics and Sexuality from Peron to Videla* (2014); University of North Carolina Press

-MANZILLA, J.A.: *Hambre y coraje. Diario de un soldado* (1987); SA, Buenos Aires

-MARCHI, S.: *El Rock Perdido. De los hippies a la cultura chabona* (2005); Capital Intelectual, Buenos Aires

-MARLANTES, K: *Matterhorn* (2009) Atlantic Monthly Press, New York

-MARLANTES, K: *What is like to go to war* (2011) Corvus, Londres

-MARTIN, A: *Receptions of war. Vietnam and the American culture* (1993) University of Oklahoma Press

-MARTINELLI, E.; BAYÚGAR, A.: *Tortas fritas de polenta*, (2014); Ponent Món, Barcelona

-M.D. BRENDE, J.O.; Ph.D. PARSON, E.R.; *Vietnam veterans. The road to recovery* (1985); Plenum Press, New York

-MIDDLEBROOK, M.: *The fight for the Malvinas. The argentine forces in the Falklands war*, (1990); Penguin Books, Londres

- MONTES DE OCA, I.: *Ustachas. El Ejército nazi de Perón y el Vaticano* (2013); Sudamericana, Buenos Aires
- MOORE, R.: *Boinas Verdes* (1966); Luis de Caralt, Barcelona
- MORGAN, M.; SHANAHAN, J.: *Democracy Tango. Television, Adolescents and Authoritarian tensions in Argentina* (1995); Hampton Press, New Jersey
- MOSSER, R.: *The new Winter soldier, GI and veteran dissent during the Vietnam War* (1996); Rutgers University Press, New Jersey
- MÜLLER, J.: *What is populism?* (2016), University of Pennsylvania Press
- NAPOLI, P.F.: *Bringing it all back home: An oral history of New York city's Vietnam veterans* (2013); Hill and Wang, New York
- NEALE, J.: *A people's history of Vietnam War* (2003); Free Press, New York
- NELSON, D.: *The War behind me. Vietnam veterans confront the truth about U.S. Crimes* (2008); Basic Books, New York
- NICOSIA, G.: *Home to War: A History of the Vietnam Veterans Movement* (2001); Crown, New York
- NOVINKOV, O.: *Afghan boomerang* (2011); Createspace Independent Pub. Houston
- NOVIKOV, V.S.: "Psikhologicheskoe obespechenie boevoi deiatel'nosti voennosluzhachshikh", *Voенno-meditinski Zhurnal*,; No. 4, (Abril 1996)
- O'BRIEN, T.: *En el lago de los bosques* (1994); Anagrama, Barcelona
- O'BRIEN, T.: *Going after Cacciato* (1999); Broodway books, New York
- O'BRIEN, T.: *If I die in combat zone* (2006); Harper Perennial, London
- O'BRIEN, T.: *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon* (2011); Anagrama, Barcelona
- O'BRIEN, T.: *Northern Lights* (2015); Fourth State, Londres
- OLIKER, O.: *Russia's chechen wars 1994-2000. Lessons from Urban Combat* (2001) RAND, Arlington
- OROPEZA, L.: *Raza si guerra no. Chicano protest and patriotism during Vietnam war Era* (2005); University of California Press, Los Angeles
- OUSHAKINE, S. A.: *The patriotism of despair. Nation, War and Loss in Russia* (2009); Cornell University Press, New York
- PALAZUELOS, E., FERNÁNDEZ, R.: *La decadencia económica de Rusia* (2002); Debate, Barcelona
- PARLAND, T.: *The extreme nationalist threat in Russia. The growing influence of western rightist ideas* (2005); Routledge, Londres
- PAVLOV, O.: *The Matiushin case; (2004) And Other Stories*, Londres

- PAVLOV, O.: *Captain of the steppe*; (2004) And Other Stories, Londres
- PEROCHENA, C.: “Una memoria incómoda. La guerra de Malvinas en los gobiernos kirchneristas (2003-2015)”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, Vol. 21 No.2 (2016)
- PIIRAINEN, T.: *Towards a New Social order in Russia. Transforming structures and everyday life* (1997); Darmouth, Vermont
- PILKINGTON, HILLARY (Ed.): *Gender, Generation, and Identity in Contemporary Russia* (2006); Routledge, Londres
- PILKINGTON, HILLARY; OMEL'CHENKO, ELENA; GARIFZIANOVA, AL'BINA: *Russian skinheads. Exploring and rethinking subcultural lives* (2010); Routledge, Londres
- POCH-DE-FELIU, R.: *La gran transición. Rusia 1985-2002* (2003), Crítica, Barcelona
- POKROVSKY, A ;TEREKHOV, A.: *Sea Stories / Army Stories*; (2007), Glass, Londres
- PRILEPIN, Z.: *Patologías* (2012); Sajalín, Barcelona
- PRILEPIN, Z.: *Sankya* (2016); Dzank Books, Michigan
- PROKHANOV, A.: *Afgan. Luchshaya Proza o Devyatiletney Voyn* (2008); Eksmo
- PROKHANOV, A.: *Chechenskiy blyuz* (1998)
- PROKHANOV, A.: *Palace* (2008); Vagrius
- PROKHANOV, A.: *600 let posle bitvy* (1989)
- PRON, P.: *Una puta Mierda* (2007); El Cuenco de Plata, Buenos Aires
- RALEIGH, D.J.: *Soviet Baby Boomers. An Oral History of Russian's Cold War Generation*; (2012) Oxford University Press, Nueva York
- RAMIREZ, J.; *A patriot after all, the story of a chicano vietnam veteran* (1993); University of New Mexico Press
- RAZZOLINI, L.A.: *Seineldín. El Gran Patriota*(2010); Lucrecia Editorial, Buenos Aires
- REINBERG, L: *In the field: The language of the Vietnam War* (1991); Facts on File, New York
- RIMMERMAN, C.: *From identity to politics: the lesbian and gay movement in the United States*. (2003); Oxford University Press
- RIORDAN, J. (Ed): *Soviet Youth Culture* (1989); Macmillan Press, Londres
- ROBLEDO, J. A.: *Felices Pascuas. Breve Historia de los Carapintadas* (2017); Planeta, Buenos Aires
- ROGATCHEVSKI, A.; STEINHOLT, Y. B.: “Pussy Riot's musical precursors? The National Bolshevik Party bands, 1944-2007”; *Popular Music and Society*, 39(4) (2015)
- ROGATCHEVSKI, A.: “The National Bolshevik Party (1993-2001): brief timeline”, *New*

*Zealand Slavonic Journal*, Vol. 41 (2007)

- RORABAUGH, W. J: *Kennedy y el sueño de los sesenta* (2005); Paidós, Barcelona
- ROSENDI, G. C.: *Soldados* (2007), Cuadernos Orquestados, Buenos Aires
- ROSZAK, T: *El nacimiento de una contracultura* (2005), Kairós, Barcelona
- ROWE, J. C; BERG, R: *The Vietnam war and the American culture* (1991), Columbia University Press, New York
- RYBAKOV, V.: *The Afghans*; (2004); Infinity, Pennsylvania
- RYBAKOV, V.: *The burden* (1986); Hutchinson & Co, Londres
- SARIN, O; DVORETSKY, L.: *The Afghan Syndrome. The Soviet Union's Vietnam* (1993); Presidio Press, California
- SAVAGE, J.: *Teenage. La invención de la juventud 1875-1945* (2018), Desperta Ferro, Barcelona
- SCHLESINGER, R.: *The Sociology of the Soviet Union. The Family in the USSR* (2000); Routledge, Londres
- SCHMITZ, D.F.; *The Tet Offensive, Politics, war and public opinion* (2005); Rowman & Latfield Publishers, Lanham
- SCHULZINGER; R.D, *A time for Peace. The legacy of the Vietnam war* (2006); Oxford University Press; New York
- SEEAR, M.; GARCIA QUIROGA, D.(Ed.): *Hors de combat: The Falklands-Malvinas Conflict in Retrospect* (2007); CCC Press, Nottingham
- SEVERO, R; MILFORD, L; *Wages of war* (1990); Touchstone, New York
- SEYMOUR, R.: *American Insurgents: A Brief History of American Anti-Imperialism* (2012), Haymarket Books, Chicago
- SHEPHARD, B; *War of nerves. Soldiers and psychiatrists 1914-1994* (2002); Pimlico, London
- SHENFIELD, S.D.: *Russian fascism. Traditions, tendencies, movements* (2001); M.E. Sharp, Nova York
- SHISHKIN, P.: *Restless Valley. Revolution, murder and intrigue in the Heart of Central Asia*; (2013) Yale University Press
- SHNEIDMAN, N. N.: *Russian literature 1995-2002. On the threshold of the New Millenium* (2004); University of Toronto Press
- SIECA-KOLOWSKI, E.: "The Post-Soviet Russian State facing Veteran's Psychological suffering", *Journal of Power Institutions in Post-Soviet Societies*, No.14/15 (2013)
- SMITH, G.: *Song to seven strings. Russian guitar poetry and soviet "Mass Song"* (1984);

Indiana University Press

-SMITH, S.: *Las montañas de Alá. La batalla por Chechenia* (2002); Destino, Barcelona

-SMOTHERS; B.: *1968 The year of the monkey* (2017) Create Space

-SONNIE, A.; TRACY, J.: *Hillbilly Nationalists. Urban Race Rebels and Black Power* (2011), Melville House, Nueva York

-SOPRANO, G.: “La educación militar en la transición democrática argentina. Tensiones entre concepciones tradicionales y reformistas en el contexto de crisis profesional e institucional del Ejército 1984-1986”, *Páginas*, No.19 Año 9 (Abril 2017)

-SPANN, E.K. *Democracy Children. The young rebels of the 1960s and the power of ideals* (2003); Scholarly Resources Inc, Wilmington

-SPERANZA, G.; CITTADINI, F. (Ed): *Partes de Guerra*, (2001); Edhasa, Buenos Aires

-STACEWICZ, R.; *Winter soldiers. An oral history of Vietnam Veterans Against the War* (1997); Haymarket Books, Chicago

-STANFORD, K.L: *If We must die: African American voices on war and peace* (2008); Rowan and Littlefield, Maryland

-STARR, P; JAMES, H; BONNER, R: *The discarded army: veterans after Vietnam* (1973); Charterhouse, New York

-STEWART, N. K.: *Mates and Muchachos. Unit Cohesion during Falklands/Malvinas War*, (1991); Brassey's, Washington D.C.

-STINE, P (Ed); *The sixties* (1995); Wayne State University Press, Detroit

-STITES, R.: *Russian popular culture . Russian Popular culture. Entertainment and society since 1900* (1993); Cambridge University Press

-STONE, R: *Dog Soldiers* (2010); Libros del Silencio, Barcelona

-SURAN J. D.: “Coming out against the War: Antimilitarism and the Politization of Homosexuality in the Era of Vietnam”. *American Quarterly*. Vol 53 (No.3). John Hopkins University, (Septiembre 2001)

-SURIANO, J. (Dir): *Nueva historia Argentina, dictadura y democracia (1976-2001)*, (2005), Editorial Sudamericana, Buenos Aires

-TAMAROV, V.: *Afghanistan. A russian soldier's story* (2001); Ten Speed Press, Berkeley

-TANNER, S.: *Afghanistan. A military history from Alexander the Great to the fall of the Taliban*, (2002) Da Capo Press, Cambridge

-TERRY, W: *Bloods. Black Veterans of the Vietnam War: An Oral History* (1985) Presidio Press, New York

-TROIISKY, A.: *Back in the USSR. The true story of rock in Russia* (1987); Omnibus Press,

Londres

- TROITSKY, A.: *Tusovka. Who's who in the New Soviet Rock culture* (1990), Omnibus Press, Nova York
- TRUJILLO; Charley .B. : *Dogs From Illusion* (1994); Chusma House, California
- TRUJILLO, C: *Soldados: Chicanos in Viet Nam* (2000); Chusma House, California
- TURSE; N: *Kill anything that moves. The real American war in Vietnam* (2013); Metropolitan Books, New York
- TUROLO, C.M. (Ed): *Así lucharon* (1983); Sudamericana, Buenos Aires
- UHL, M; ENSIGN, T: *GI Guinea pigs. How the Pentagon exposed our troops to dangers more deadly than war* (1980); Wideview Books, New York
- VAPNARSKY, C. A.; Gorojovsky, N.: *El crecimiento urbano en la Argetina* (1990); Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires
- VARESE, F.: *The Russian Mafia: Protection in a New Market Economy* (2001); Oxford University Press
- VASALLO, F. D.: *Suicidios de Ex Combatientes de Malvinas* (2011); Facultad Regional La Plata
- VEA, A.: *Gods Go Begging* (1999); Plume, Nueva York
- VILA, P; CAMMACK, P.: "Rock nacional and dictatorship in Argentina", *Popular Music*, Vol.6 No. 2 (Mayo 1987); Cambridge University Press
- VOLKOV, V.: *Violent Entrepreneurs: The use of force in the making of Russian Capitalism* (2002); Cornell University Press
- VV.AA.: "Back from Afghanistan: The Experiences of Soviet Afghan War Veterans", *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society*, Vol.1, N° 2, (2015); Ibidem Press, University of Melbourne
- VV.AA.: *War and Peace. Contemporary Russian Prose*; (2006); New Russian Writing, San Petersburgo
- VV.AA.: *Terrorismo de estado en la Argentina* (2011); Instituto Espacio para la Memoria, Buenos Aires
- WAISMAN, C.; REIN, R.; GURRUTXAGA ABAD, A. (Dir): *Transiciones de la dictadura a la democracia: los casos de España y América Latina*, (2005); Universidad del País Vasco, Bilbao
- WALDMANN, P; GARZÓN VALDÉS, E. (Ed): *El poder militar en la Argentina (1976-81)*, (1982); Waldmann, Frankfurt
- WEBB, J; *Lost soldiers* (2001); Random House, New York
- WESTHEIDER, J: *The African American experience in Vietnam* (2008); Rowman & Littlefield Publishers, Plymouth

- WIEST, A. (Ed): *Rolling Thunder in a gentle Land. The Vietnam War revisited* (2006); Osprey Publishing, Oxford
- WILSON, A.; BACHKATOV, N.: *Living with Glasnost* (1988); Penguin Books, Londres
- WILSON Jr; J. W.; *Draftee. Summoned to serve: the plight of a Vietnam Draftee in War and Beyond* (2011); Createspace Independent Publishing Plataform, North Charleston
- WILSON-BUFFORD, K.: "From exclusion to acceptance: a case History of Homosexuality in the U.S. Court of Military Appeals". *Journal of Homosexuality*. Vol 60 (No.2-3) Lincoln: University of Nebraska (Octubre 2014)
- WILSON, A.; BACHKATOV, N.: *Living with Glasnost* (1988); Penguin Books, Londres
- YBARRA, L: *Vietnam Veteranos: chicanos recall the war* (2004); University of Texas Press
- YOUNG, M. B: *The Vietnam wars 1945-1990* (1991); Harper Perennial, New York
- YOUNG, M. B.; "This is not Vietnam, this is not a pipe"; *Middle East Report*, No. 171, The Day After (Julio-Agosto, 1991)
- ZURCHER, C.: *The Post-Soviet Wars: Rebellion, Ethnic Conflict, and Nationhood in the Caucasus*, (2009); New York University press, New York

## **5.2. -Fuentes documentales**

### 5.2.1- Fuentes hemerográfias

#### -Publicaciones de prensa soviética/rusa:

- Agitator Armii i Flota*, No. 15 (Agosto 1982)
- Boevoe Bratsvo* (162) 2016
- Boevoe Bratsvo* (163) 2016
- Boevoe Bratsvo* (164) 2016
- Boevoe Bratsvo* (165) 2016
- Boevoe Bratsvo* (166) 2017
- Boevoe Bratsvo* (167) 2017
- Boevoe Bratsvo* (168) 2017
- Karta*, No.16 (1997)
- *Karta*, No. 21 (1999)
- Krasnaya Zvezda* (18 Julio 1982)
- Krasnaya Zvezda* ( 28 Julio 1982)
- Krasnaya Zvezda* (30 Julio 1982)

- Krasnaya Zvezda* (3 Agosto 1982)
- Krasnaya Zvezda* (5 Agosto 1982)
- Krasnaya Zvezda* (20 Agosto 1982)
- Kryl'ya Rpdiny*, No.7 (Julio 1982)
- Kryl'ya Rpdiny*, No.9 (Julio 1982)
- Limonka*; No.1 (Noviembre 1994)
- Limonka*; No.2 (Noviembre 1994)
- Limonka*, No.4 (Enero 1995)
- Limonka*; No.5 (Enero 1995)
- Limonka*; No.7 (Febrero 1995)
- Limonka*; No.31 (Enero 1996)
- Limonka*; No.47 (Setiembre 1996)
- Limonka*; No.75 (Setiembre 1997)
- Pravda Ukrainy* No.6 (Julio 1982)
- Posev*, No. 6 (Junio 1980)
- Posev* No. 10 (Octubre 1980)
- Posev* No. 1 (Enero 1980)
- Radio Liberty* (9 Setiembre 2014)
- Sovetskiy voin*, No.17, (Setiembre 1982)
- Sovetskiy voin*, No.18, (Setiembre 1982)
- Soviet Military Review*, No.1 (Enero 1983) (Versión internacional de *Krasnaya Zvezda*)
- Soviet Military Review*, No.2 (Febrero 1983)
- Soviet Military Review*, No.5 (Mayo 1983)
- Soviet Military Review*, No.6 (Junio 1983)
- Soviet Life* (Febrero 1969)
- Soviet Life* (Agosto 1983)
- Soviet Life* (Octubre 1984)
- Sputnik* (Diciembre 1982)
- Ukranian Weekly*, No.28, Vol.54 (Julio 1986)
  
- Prensa argentina:
- Caras y Caretas*, No.2 197 (1983)
- Entre todos*; Vol. 2, No.15 (Marzo 1986)
- Entre todos*; Vol. 2, No.17 (Mayo 1986)

- Entre todos*; Vol. 2, No.18 (Junio 1986)
- Entre todos*; Vol. 2, No.19 (Julio 1986)
- Entre todos*; Vol. 3, No.26 (Abril 1987)
- *Entre todos*; Vol. 3, n.27 (Mayo 1987)
- *Entre todos*; Vol. 3, No.29 (Junio1987)
- *Entre todos*; Vol. 3, No.30 (Julio 1987)
- *Entre todos*; Vol. 3, No.32 (Agost 1987)
- *Entre todos*; Vol. 3, No.33 (septiembre 1987)
- *Entre todos*; Vol. 3, No.35 (Octubre 1987)
- Entre todos*; Vol. 3, No.36 (Novembre 1987)
- Entre todos*; Vol. 3, No.38 (Diciembre 1987)
- El Malvinense*; (15 de Mayo 2007)
- El Dia* (16 de Mayo 2007)
- Expreso Imaginario*, Vol.1 No.1 (Agosto 1976)
- *Expreso Imaginario*, Vol.4 No.41 (Diciembre 1979)
- *Expreso Imaginario*, No.67 (Febrero 1982)
- Expreso Imaginario*, No.68 (Marzo 1982)
- Expreso Imaginario*, No.69 (Abril 1982)
- *Expreso Imaginario*, No.70 (Mayo 1982)
- *Expreso Imaginario*, No.71 (Junio 1982)
- *Expreso Imaginario*, No.72 (Julio 1982)
- Expreso Imaginario*, No.73 (Agosto 1982)
- *Expreso Imaginario*, No.74 (Septiembre 1982)
- *Expreso Imaginario*, No.75 (Octubre 1982)
- *Expreso Imaginario*, No.77 (Diciembre 1982)
- Expreso Imaginario*,No.78 (Enero 1983)
- La Nación* (30 de junio 1982)
- La Nación*, (24 de enero 1999)
- Revista Fierro*, Vol.1 No.1 (septiembre 1984)
- *Revista Fierro*, Vol.1 No.2 (Octubre 1984)
- Siete Dias*, Año XV, No 859 (Noviembre-Diciembre 1983)
- La Gaceta Malvinense*, Vol.1. No.1 (Mayo 1982)
- *La Gaceta Malvinense*, Vol.1. No.2 (Mayo 1982)
- *La Gaceta Malvinense*, Vol.1. No.3 (Mayo 1982)

- La Gaceta Malvinense*, Vol.1. No.6 (Mayo 1982)
- La Gaceta Malvinense*, Vol.1. No.7 (Mayo 1982)
- *La Gaceta Malvinense*, Vol.1. No.8 (Mayo 1982)
- La Gaceta Malvinense*, Vol.1. No.9 (Junio 1982)
- La Gaceta Malvinense*, Vol.1. No.10 (Junio 1982)
- La Gaceta Malvinense*, Vol.1. No.11 (Junio 1982)
- La Guerra de las Malvinas*, Vol.1 No.1 (Mayo 1987); p.49
- Pelo*, Vol.3 No. 25 (1972)
- Pelo*, Vol.3 No.26 (1972)
- *Pelo*, Vol.3 No.27 (1972)
- Pelo*, Vol.8 No.82 (1977)
- Pelo*, Vol.8 No.83 (1977)
- Pelo*, Vol. 8 No.86 (1977)
- *Pelo*, Vol.8 No.87 (1977)
- Pelo*, Vol.8 No.89 (1977)
- Pelo*, Vol.12 No.146 (1981)
- *Pelo*, Vol.13 No.160(1982)
- *Pelo*, Vol.16 No.244 (1985)
- Punto de Vista*, Vol.5 No.15 (Agosto -Octubre 1982)
- Punto de Vista*, Vol.6 No.18 (Agosto 1983)
- Siete Dias*, Año XV, No 859 (Noviembre-Diciembre 1983)
- Soldados* (2009)

*G.I. Press*

- CAMP News*, Vol.3, No 1 (15 Enero, 1972)
- Counterpoint*, Vol 2. No.12 (Junio 1969)
- Counterpoint*; Vol.2 No.14 (Agosto 1969)
- Counterpoint*, Vol 2, No.15 (Septiembre 1969)
- Column Left, March*,(1971)
- *Column Left, March*, Vol.2, No.3 (Febrero 1972)
- *Column Left, March*, Vol.2, No.4 (Abril1972)
- Column Left, March*, Vol.3, No.1 (Octubre 1972)
- Column Left, March*, Vol.3, No.2 (Abril 1973)
- Fed Up!*, Vol. 1, No. 15 (15 Abril 1970)

Fed Up! (28 Abril 1971)

- Fort Hood Three Defense Commite*, New York (1966)
- GI Counseling Services Newsletter* No.2, (Nueva York, 1970)
- GI VOICE*; Vol. 6, No.10 (Octubre 1973)
- *Lewis-McCord Free Press*, Vol. 2, No 1 (Enero 1971)
- Lewis-McCord Free Press*, Vol.3, No 1 (Julio 1971)
- Lewis-McChord Free Press*, Vol. 3 No. 3 (Setiembre 1971)
- Lewis-McCord Free Press*, Vol. 6, No 3 (Febrero 1973)
- Lewis-McCord Free Press*, Vol.3, No 1 (Agosto 1973)
- Liberated Barracks*, Vol.1 No.4 (Diciembre 1971)
- Liberation News Service* (Septiembre-Octubre 1969)
- Liberation News Service*, No.423 (7 Mayo 1972)
- Newsletter from GI Counseling services*, No.2, Nueva York, (1970)
- Resisters inside the Army*, No. 145 (Noviembre 1972)
- Short Times*, No.2 (6 Diciembre 1968)
- The 1st Casualty*, Vol.1, No. 1 (Agosto 1971)
- The 1st Casualty*, Vol.1, No. 2 (Octubre 1971)
- The 1st Casualty*, Vol. 2, No. 1 (Julio 1972)
- The 1st Casualty*, Vol. 3, No. 2, (Abril 1973)
- The Veteran*; Vol.1, No.2 (1973)
- The Veteran*, Vol. 7 No.5 (Noviembre 1977)
- *The Veteran*, Vol. 13 No.2 (Abril-Mayo 1978)
- The Veteran*, Vol.12 No.4 (Noviembre-Diciembre 1982)
- The Veteran*, Vol. 13 No.1 (Febrero-Marzo 1983)
- The Veteran*, Vol. 13 No.2 (Abril 1983)
- The Veteran*, Vol. 13 No.3 (Junio 1983)
- The Veteran*, Vol. 13 No.4 (Finales 1983)
- The Veteran*, Vol. 14 No.1 (Febrero-Marzo 1984)
- The Veteran*, Vol. 14 No.2 (Primavera 1984)
- The Veteran*, Vol. 14 No.3 (Julio 1984)
- The Veteran*, Vol. 14 No.4 (Finales 1984)
- The Veteran*, Vol. 15 No.1 (Primavera 1985)
- The Veteran*, Vol. 15 No.3 (Verano1985)
- The Veteran*, Vol. 16 No.1 ( Febrero-Marzo 1986)

- The Veteran*, Vol.16 No.2 (Finales 1986)
- The Veteran*, Vol. 17 No.1 (Invierno 1987)
- The Veteran*, Vol. 17 No.2 (Primavera 1987)
- The Veteran*, Vol. 18 No.1 (1988)
- The Veteran*, Vol. 19 No.1 (Primavera 1989)
- The Veteran*, Vol. 20 No.1 (1990)
- The Veteran*, Vol. 20 No.2 (Verano 1990)
- Veterans Voice*, Vol.II, No.4 (1974)
- Winter-Soldier*, Vol. 3, No. 8, (Octubre 1973)
- Winter-Soldier*, Vol. 3 No. 7, (Septiembre 1973)
- Winter-Soldier*, Vol.5, No. 1, (Enero 1975)
- Winter soldier*, Vol. 5 No. 5, (Junio-Julio 1975)
- Winter-soldier*, Vol. 5 No. 6, (Octubre 1975)
- *Winter soldier*, Vol. 6 No. 1, (Marzo-Abril 1976)
- Winter-Soldier*, Vol.6, No. 5, (Octubre 1976)

#### 5.2.2. -Publicaciones e informes de la Junta Militar argentina

- Comisión de Análisis y Evaluación de las responsabilidades del conflicto del Atlántico Sur*, Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, Archivo judicial Militar, Diciembre 1982
- Ejército Hoy*; Comando General del Ejército, Agosto 1976
- Informe Oficial del Ejército Argentino. Conflicto Malvinas* (2 Vols.), Julio 1983
- Marxismo y Subversión Ámbito educacional*; Estado Mayor General del Ejército, 1976
- RE-9-51: Instrucción de lucha contra elementos subversivos*, Agosto 1976

#### 5.2.3.-Publicaciones de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos

- Uniform Code of Military Justice*, Secretaria de Defensa (1950)

#### 5.2.4.-Actas de las Comisiones gubernamentales en relación al caso POW/MIAS (prisioneros de guerra/desaparecidos en acción):

- American Prisoners of War in South West Asia, 1970. Hearings before the Subcommittee on National Security Policy and Scientific Developments of the Committee of Foreign Affairs House of*

*Representatives*, Abril -Mayo 1970

-1st Plenum of the U.S. -Russia Joint Commission on POW/MIAs, Moscú, Russia, Marzo 1992

-15th Plenum of the U.S. -Russia Joint Commission on POW/MIAs, Moscú, Russia, Enero

1998

-16th Plenum of the U.S. -Russia Joint Commission on POW/MIAs, Moscú, Russia, Enero 1999

-17th Plenum of the U.S. -Russia Joint Commission on POW/MIAs, Moscú, Russia, Noviembre

2000

-19th Plenum of the U.S. -Russia Joint Commission on POW/MIAs, Moscú, Russia, Junio 2005

-Comprehensive report of the U.S. Side of the U.S. -Russia Joint Commission on POW/MIAs,

Junio 1996

-Joint Task Force –Full Accounting, 15 Noviembre 1993

-Joint Task Force –Full Accounting, 18 Febrero 1994

-Joint Task Force –Full Accounting, 12 Julio 1995

- Joint Task Force –Full Accounting, 14 Enero 1996

-POW/MIA: *Where do We go from here? Hearing before the subcommittee on Asia and the Pacific*, Comité de Asuntos Exteriores de la Casa de Representantes, Febrero 1994

#### 5.2.5.-Publicaciones de colectivos afgantsy:

-*Afganskii veter*(1989; *Muzichna Ucraina*, Kiev

-*V etikh pesnyakh yest' dusha* (1990); Consejo de militares internacionalistas de la región Voroshilovgrad, Luganks

-*Vremya vybralo nas. Pesni, rozhdennyye v Afganistane* (1988); Moscú

#### **5.3.-Recursos audiovisuales**

-BALABANOV, A.: *Brat* (1997); Kino International

-BALABANOV, A.: *Gruz 200* (2007); Kino International

-BAUER, T.: *Iluminados por el fuego* (2005); Cameo

-BEKMAMBETOV, T.: *Peshavarskiy val's* (1994); Iskona Film

-BODROV, S.: *Kavkazskiy plennik* (1996); BG Productions

-BONDARCHUK, F.: *9 Rota* (2005); Art Pictures Studio

-BORENSZTEIN, S.: *Un cuento chino* (2011); Buena Vista International

-BORTKO, V.: *Afganskiy Izlom* (1991); Lenfilm

-CLAVERO, L.: *1533 Km hasta casa*, (2015) Mirasud Producciones

- DAVIS, P: *Hearts and minds*,(1974) producido por la BBS
- D'ORION, Thibault; DAUBENTON, Annie: *La Colonne Chamanov*; Transparence Productions, Francia (1997)
- CHSILOV, A. : *Sto dney do prikaza* (1991); Gorky Films
- GIECO, L.: *4° LP*, (1978) Sazam
- HAYWARD, L.: *With the Marines at Tarawa* (1944); United States Marines Corps
- HOUSTON, J: *Let there be light* (1946), producida por el Gobierno estadounidense y United States Army Signal Corps; US National Archives
- KAMIN, B.: *Los Chicos de la Guerra* (1984); K Films
- KOTIK, R.: *GI Junkies. The Forgotten veterans*, Channel 13 (1976)
- KOSMINSKY, P: *Afghantsi*, film documental producido por P. Kosminsky (1989)
- KVASHNEV, B.: *Ameriken Boi* (1991), Lybid
- LAUGHLIN, T.: *The Born Losers* (1967). Producida por Laughlin, Satet y James
- LAURENCE, J: *The world of Charlie Company*, (1970) producido por CBS News
- LAURENCE, J: “The Viet Nam War, capítulo número 6. Saigon and Hue”, dentro de “*The Viet Nam War with Walter Cronkite*” (1976); producido por CBS News
- MALIUKOV, A.: *Delai-Raz!* (1990); Mosfilm
- MAZUR, V.: *Afganets* (1991); Dovzhenko Film Studios
- PAZ CLEMENTE, G.; DE LAS HERAS, T.: *Combatientes* (2013); Serie de televisión producida por el Ministerio de Planificación Federal, el Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales y Universidad de San Martín
- PILGER, J: *Vietnam: the quiet mutiny* (1970)
- PILGER, J: *Heroes*, (1981); producida por ATV
- POLUNINA, A.: *Da, Smert* (2004)
- POLUNINA, A.: *Revolyutsiya, kotoroy ne bylo* (2008)
- PODNIIEKS, J: *Vai viegli būt jaunam?*, film documental producido por Juris Podnieks (1986)
- USPENSKY, E.; NAZAROV, E.: *Pro Sidorova Vova* (1985), Soyuzmultfilm
- ROGOZKHIN, A.: *Karaul* (1990); Lenfilm
- ROZENBAUM, A.: *Doroga dlinoyu v zhizn* (1988)
- ROZENBAUM, A.: *Nastoyashchiy soldat* (2001)

-SEIGER, D; *Sir, no sir! The hidden history of the GI Movement againts the Vietnam War* (2005)

-STRICK, J: *Interview with My Lai veterans* (1970), producida por Joseph Strick

-USPENSKY, E.; NAZAROV, E.: *Pro Sidorova Vova* (1985), Soyuzmultfilm

-VILA, R, H.: *El Héroe del Monte Dos Hermanas* (2010), INCAA, CINEMA 7 Films